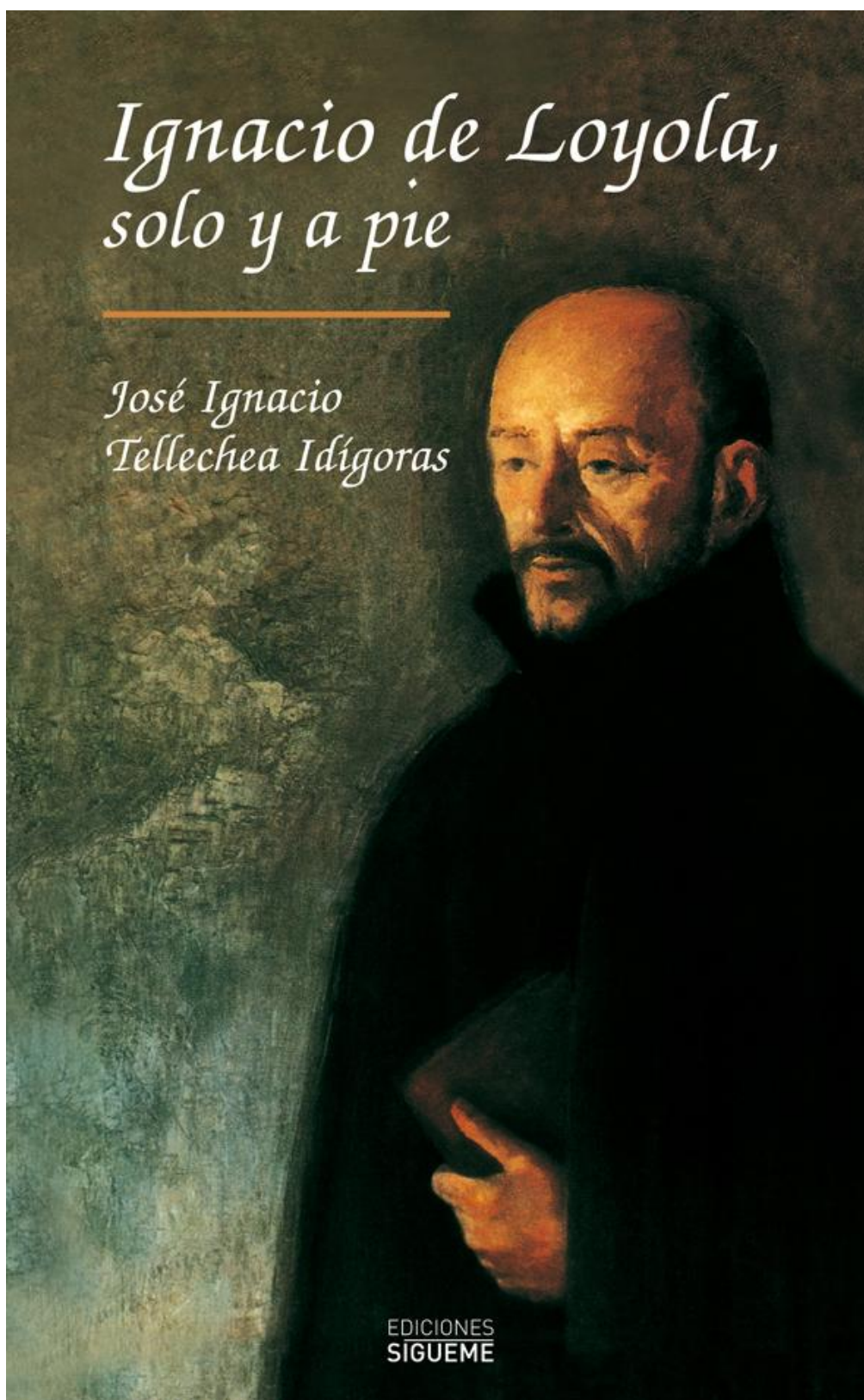


Ignacio de Loyola, solo y a pie

*José Ignacio
Tellechea Idígoras*



EDICIONES
SIGUEME

J. IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS
IGNACIO DE LOYOLA
Solo y a pie

OCTAVA EDICIÓN
EDICIONES SÍGUEME SALAMANCA
2002

Índice

Índice	2
COMO NACIÓ ESTE LIBRO	4
INTRODUCCIÓN: fantasía y fuentes	10
I.- De Loyola a Loyola	24
Oñaz-Loyola: el menor de muchos hermanos	26
¿Cuándo nació? Las cuentas de la nodriza	28
«Parientes mayores»	29
Aquí... o lejos	31
En otro hogar: Arévalo	33
Leal vasallo, perfecto caballero	34
Un proceso, no de beatificación	36
Sin protector: «Sin poder dejarle acomodado»	38
De la casa del Virrey de Navarra	39
Cada hombre con su pesadilla	43
De pronto, la guerra: ¿invasión o liberación?	45
Uno contra todos: «Vergüenza por la honra del mundo»	46
«Hasta que te quiebren una pierna»	48
Síntomas que «suelen ser de muerte». Balance de una vida	50
«Determinaba seguir el mundo»	53
Caballero de Dios. Soñando hazañas	54
«Se paraba a pensar»	55
«Razonando consigo»	57
«He pensado que soy dos»	59
Mudanza de alma. Sólo los locos van de veras	63
«Pasión convertida». La unidad de sí mismo	66
Hacia la libertad: «Se partió solo en su mula»	68
Y ¿la época? Héroe solitario y aprendiz de cristiano	72
II.- ¡JERUSALEN!	75
Peregrino... hoy	75
«L'ome sant»	76
Admiración y murmuraciones	79
«Igualdad grande de alegría... sin ningún remedio»	82
Ocurrió junto a un río	85

Otro hombre, ojos nuevos, cosas nuevas	87
Caridad, fe, esperanza.....	90
¡Oh, Jerusalén!	94
¿Qué debía hacer?	98
La llamó madre. El pobre peregrino Iñigo.....	99
«Ayudar a las ánimas»	101
«A manera de apóstoles».....	104
El hospitalero y su mujer	106
María de la Flor, la perdida.....	107
«Vidi Paulum in vinculis»	109
Erasmus le enfría: diversa temperatura.....	112
«O por letras... o por Espíritu Santo»	114
«Nunca pudieron acabar... se partió a pié»	118
Un estudiante pobre y vagabundo	120
Alboroto en París: «Todo se atribuía a mí»	123
¡Si bailásedes al uso de vuestra tierra...!	124
«Andaba quieto... en paz con todos»	126
La cosa empezó en un cuarto de colegio	130
«La pasta más ruda»: el Maestro Xavier	131
Los «iñiguistas», unos amigos	132
El futuro, la Iglesia, la Inquisición	135
«Para el sentido verdadero en la Iglesia militante».....	137
Los aires en que fue criado	140
En el Hospital de su pueblo. Mendigo y catequista.....	143
Solo y a pie: de Azpeitia a Venecia.....	147
Venecia, cruce de caminos	149
Los Magistri parisienses, «novicios en caminar»	153
Sólo aquel año no zarpó el barco	157
Si les preguntaban quiénes eran.....	160
Yo os seré propicio en Roma	161
«Pobres sacerdotes peregrinos»	164
Infundios. «El camino que seguimos».....	166
«Buena y verdadera Jerusalem es Italia si...».....	168
«Preparados para todo».....	169
Deliberar... decidir: nuestra vocación y fórmula	171
Ya no camina el peregrino.....	174
«El nos engendró»	177
«Con toto el core, con toto el ánima, con tota la volunta»	179
Los trabajos de los días	181
III.- TAMBIÉN ROMA ES JERUSALEN	183
«Todos siguen tu camino»: «Avezarse a mal dormir y a mal comer».....	184
«A tenor del paño», el «metal y natural de cada uno»	186

El mundo es pequeño desde aquella celda.....	189
«Preparados para todo», menos para... ..	191
Bulas, pobreza, lágrimas, «claridad calorosa».....	193
La dispersa Compañía	196
Cohesión por cartas: «Todo vuestro, sin poderme olvidar tiempo alguno»	199
Un librito «para se ejercitar»	203
¡Cómo encapsular la vida... y el carisma!	209
Ars gubernandi: «interior ley de caridad y amor».....	213
«Se dibujó al natural»	215
«Otro que mejor, o no tan mal, hiciere el oficio que yo tengo» .	216
«El tesoro que tenemos de esperanzas»	217
«La miseria de la triste vida»	221
Sinsabores	222
«Qué cosa me podía dar melancolía»	226
El «Prepósito vizcaíno» y su declive.....	228
Palabra, acción, voluntad	230
«Una fuente de óleo». «Como quien besa el alma»	233
Naturaleza y talla, hierro y forja, dejarse guiar	235
«Parece que ve a Dios»	236
«¡Si yo siguiera mi gusto e inclinación!»	238
La vida ¡qué raras carambolas!	240
Extrañas preguntas para una entrevista.....	241
«La aventura de un pobre cristiano»	242
El último tramo del peregrino solitario y callado	244
NOTA BIBLIOGRÁFICA	247

COMO NACIÓ ESTE LIBRO

La editorial Fayard me incita a escribir apresuradamente un ensayo sobre san Ignacio de Loyola para su colección «Douze hommes d'Eglise». La invitación me produce ilusión y miedo por partes iguales, pero me decido a escribir. Me llamo Ignacio. En todas las familias de mi parentela, pasada o presente, hay algún Ignacio, Iñaki, Iñigo, como en infinitas familias vascas. Mi nonagenaria madre me asegura que me llevó a Loyola a los seis meses de mi nacimiento para ponerme a los pies de mi patrón; dieciocho años más tarde dio generosamente su aquiescencia ante personas que le aseguraban que yo sería jesuita. San Ignacio, liberal y generoso, aceptó aquella oferta materna, pero no la ha transformado en adscripción jesuítica. La ha dejado en suave patrocinio espiritual. Estoy en deuda con él.

De todos modos, este libro, que ciertamente quedará muy por debajo de mi gratitud y admiración hacia él, no es del todo improvisado. Hacia los catorce años leí la primera biografía; algo más tarde, la escrita por mi tío José de Arteche. En torno a la veintena, estudié en pequeño grupo los Ejercicios durante dos años, analizando su texto y el de los mejores

comentaristas, y leí la Autobiografía, Diario y Constituciones ignacianas, el Memorial de Fabro, cartas y biografías de Javier, escritos de Borja... Desempolvé materialmente muchos tomos de la magna colección Monumenta Histórica Societatis Iesu, auténtica cantera de la historia ignaciana y jesuítica, de la que disponía en mi querido Seminario Diocesano de Vitoria. Más tarde fui alumno de los jesuitas en la Universidad Gregoriana de Roma y visitante asiduo del Instituto Histórico y de la Biblioteca y archivo de la Curia General de la Compañía de Jesús. En una y otra casa he gozado de la amistad de eminentes ignacianistas, algunos desaparecidos, como los PP. Leturia, Villoslada, Dalmases, Iparraguirre... He practicado repetidas veces los Ejercicios ignacianos y agradezco a Dios y a san Ignacio sus frutos. He visitado muchas veces Loyola, no en el día multitudinario de la fiesta del santo, cuanto en tardes apacibles en que la santa casa se ofrece como un remanso de paz y de meditación. San Ignacio me es familiar y, por otras múltiples investigaciones históricas, también su época. No puedo renunciar a bocetar su retrato, al menos con el pretexto con que se negara a pintarlo el gran Zuloaga, paisano de Loyola y mío: «Es que no lo siento». Yo sí lo siento.

Todo esto no basta para disipar mi miedo ante una figura como la de Ignacio de Loyola cuya grandiosidad, por diversos conceptos, reconocen hasta sus enemigos o poco afectos. El decía, y con razón, que «no el mucho saber harta el ánimo». En mi caso el saber un poco me basta para descubrir la limitación de mis saberes, y mi consiguiente audacia en la empresa apresurada, sobre todo si pienso que mi maestro, el P. Pedro de Leturia, sólo tras una vida de pacientes investigaciones, se disponía a afrontar una síntesis que impidió la muerte. Pero hay muchos gestos, ignacianos precisamente, que me impulsan a la aventura: cuando, empeñado en catequizar a sus paisanos de Azpeitia, su hermano le disuadía de tal obra diciéndole que nadie acudiría, él «repuso que le bastaba con uno»; en otra ocasión decía que «si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado y lleno de lodo para ser tenido por loco». Aunque mi humildad no sea tanta, acepto la locura de este intento, seguro de que habrá al menos un posible catequizado al que pueda acercarle a san Ignacio. Y si logro acercarle, él seguirá siendo hábil para hacer el resto. Todo es cuestión de honesto, limpio acercamiento.

No sueño en competir con las grandes biografías clásicas, repletas de erudición y cargadas, de notas. Felizmente para mí, se me impone que excluya tal estilo y que componga un perfil de san Ignacio y su época, removiendo ideas posadas en la conciencia tras años de lecturas y meditaciones.

Si con esto se ahorra las fatigas de la erudición completa y detallada, sobrevienen otras de no menor alcance. La primera de todas, la de tener que seleccionar de una inmensa selva informativa aquellos datos más importantes y significativos y resaltar facetas de su personalidad que resulten más aleccionadoras para el hombre de hoy. Existe una historiografía, luminosa o tenebrosa, que demuestra la diversa sensibilidad de las épocas ante la figura de Ignacio. Tras la exaltación barroca del siglo XVII, lo mismo que tras los bocetos denigrativos del siglo XIX, es difícil hallar al hombre de carne y hueso que fue Ignacio de Loyola. Si en vida conoció adhesiones incondicionales, suspicacias y ataques, después de su muerte crecieron unas y otros en número y en calidad. Hay que terciar en el avispero de la discusión, intentando tenaz y honestamente acercarse a la

realidad histórica de Ignacio de Loyola y rechazando los múltiples clichés, blancos o negros, acumulados por los siglos y de tanta vigencia histórica como la realidad, si no mayor. El proceso acumulativo de la historiografía y de la documentación tiene sus ventajas y también sus desventajas; entre estas últimas, las peores son la inercia y la perduración tenaz de los errores.

Un experto en la materia, como el P. Ignacio Iparraguirre, ha utilizado la palabra desmitificación para describir el resultado del último siglo de investigación sólida ignaciana. Esta purga afecta tanto a la literatura maravillosista y triunfal, impregnada de narcisismo, de unos, como a la literatura denigratoria, de otros: caricaturas del odio o del entusiasmo. La mitificación, positiva o negativa, es tan vieja como el propio san Ignacio. A raíz de su muerte, Paulo IV lo definió como «ídolo» de los suyos, esto es, de los jesuitas, mientras un sabio coetáneo como el calvinista Teodoro Beza lo incluía entre los «espantosos monstruos» (tetterima monstra) de su siglo, junto con Servet y Juan de Valdés. La figura ha tentado a numerosos historiadores, literatos, psicólogos y ensayistas, católicos o protestantes, creyentes o ateos. Su información ha sido en ocasiones parcial y defectuosa, y en muchas ha estado imbuida por un antijesuitismo que, sin el debido discernimiento, se ha volcado sobre el fundador de la Compañía. En sentido opuesto, otros han estado ofuscados por el santo y por el fundador, han querido retrotraer el carisma de la santidad o de la fundación hasta fechas muy tempranas.

Es verdad que ante la historia resulta muy difícil disociar a san Ignacio de su Compañía con la historia subsiguiente, y no estará de más el recalcar que me voy a ocupar exclusivamente del primero. Decía Ortega y Gasset que el hombre maduro era el que «ha visto ya la espalda de las cosas». Nosotros vemos las espaldas de Ignacio y de su obra. Pero es elemental para el historiador olvidarse de ello en alguna medida, para centrarse en un hombre que se llamó Iñigo de Loyola, luego el Maestro Iñigo, después el Padre Maestro Ignacio, y mucho después, ya muerto, san Ignacio de Loyola.

Su persona fue despertando variadas connotaciones a lo largo de su vida: en Manresa, mientras él se sentía pecador, lo llamaban «el hombre del saco», el «loco por Cristo» y hasta lo tenían por santo; en Alcalá y Salamanca sospecharon que pudiera ser judío o alumbrado; en París el Maestro Gouvea le consideró «seductor» de estudiantes, mientras los seducidos, que le llamaban Iñigo, lo miraban como a un auténtico padre. Durante muchos años de su vida ocultó celosamente el apellido de su estirpe y no sin intención se designa en su Autobiografía como el peregrino, en su afán total de anonimato.

Viendo las espaldas de su historia y con la exaltación triunfalista propia del barroco, se le cuelgan epítetos resonantes, preferentemente de tinte militarista: capitán, adalid, campeón, héroe, soldado de Cristo, abanderado, general de las milicias loyoleas, patriarca, atlante de la Iglesia... La imaginería barroca lo presenta brioso y triunfal, cubierto de oro, envuelto en una casulla airosa, con gesto bizarro. ¡Qué lejos estamos de la vera efigie de este hombrecillo que no llega a un metro con sesenta, mal trajeado y enfermo, que paseó por Europa su aspecto despreciable durante tantos años de su vida! Hemos de despojarle de esas numerosas capas de pintura para llegar a su madera originaria, a su fibra humana y espiritual. Por eso omitiremos sistemáticamente el designarle como san Ignacio, para seguir más libres, los caminos de Iñigo, el hijo menor de los Loyola y Oñaz; del Maestro Ignacio, que era considerado padre antes de ser sacerdote; del

Padre Maestro Ignacio; del «santo viejo», como lo llama afectuosamente su secretario Polanco en carta escrita pocos días después de su muerte. Hemos de despojarle de los oropeles de genial estrategia para seguir un derrotero singular de menos alharacas, al que con gusto aplico una expresión de Ignazio Silone, ajena a nuestra intención: «la aventura de un pobre cristiano»: de un pobre cristiano, prácticamente seglar hasta sus cuarenta y siete años, que se dejó llevar a donde no sabía, y así resultó santo y fundador, como lo reconocería oficialmente la Iglesia más de medio siglo después de su desaparición sobre la tierra.

El anacronismo de óptica puede afectar igualmente a esa condición que se estampa en el título de esta colección: «Hombres de Iglesia». Tal designación no tiene la misma validez y sentido aplicada al Iñigo bautizado en la pila de Azpeitia, al adolescente tonsurado, al converso errante, luego empeñado en ayudar a las almas, al sacerdote que aún persiste en vivir y morir en Tierra Santa, o al fiel servidor del pontificado. El sentido de pertenencia a la Iglesia y de responsabilidad dentro de ella fue madurando y adquiriendo nuevas cotas en este hombre que durante muchos años fue un marginal en la Iglesia, un solitario en el que parecen encontrar escaso eco gravísimos acontecimientos de la vida eclesial. Inmerso en los abismos de su mundo interior, llama a la interioridad a gentes que se le acercan o le salen al paso. Mientras arde Europa, él sueña tercamente con la Tierra Santa. Sólo cuando se despeje definitivamente este sueño y se unza al carro del pontificado, adquirirá su forma plena y definitiva la dimensión eclesial de sus intenciones.

Buscar en la selva, seleccionar, romper viejos clichés, desmitificar, seguir el ritmo de los tiempos... y habérselas con un vasco, contenido, callado, misterioso y enigmático. No con los enigmas y misterios oscuros que suponen sus adversarios, sino con los de la voluntad consciente de cubrir con el velo del silencio, roto sólo a ráfagas, el auténtico secreto de su vida: Dios y lo que para él esta realidad significa. A la inefabilidad del asunto, subrayada por todos los místicos, se añade en Loyola cortedad de palabras y, todavía más, un propósito de pudorosa reserva. Hablaba con más facilidad de las fechorías de su primera vida, que de las íntimas comunicaciones con Dios de la segunda, y esto último lo haría en momentos esporádicos y a medias palabras. Los suyos lo espionaron en sus años postreros, quisieron hurgar en el pozo de su memoria, tomaron apuntes de sus palabras y expresiones. Su secretario íntimo, el burgalés Polanco, una semana después de la muerte, escribe: «en la vida fue amigo de esconder los dones de Dios secretos, fuera de algunos que para la edificación debían manifestarse». Otro privilegiado observador como Ribadeneira le define como «suae virtutis occultatorem». Y aquel a quien más largamente confiara los secretos de su vida, Gonçalves Cámara, recogió puntualmente de sus labios esta frase: «Nuestro Padre dijo una vez, pocos días ha, que quien medía su amor con lo que él mostraba, que se engañaba mucho; y lo mismo en el desamor o en mal tratamiento».

Estas palabras son como para desanimar al más perspicaz biógrafo. Pues, ¿qué puede hacer éste sino ahondar en el misterio de una persona a través de lo que ella de alguna manera muestra al exterior? No queda más recurso que el de sumarse secretamente al grupo de los espías, escudriñar con avidez lo que ellos espionaron, leer ávidamente y entre líneas los papeles y hasta la caligrafía de Loyola, que nos deja conocer fácilmente su intimidad. El tenaz defensor de la ciudadela de Pamplona, defiende la ciudadela de su

alma de las miradas de los curiosos superficiales, y sólo abre algunos portillos o brechas a los que se disponen a someterle a un prolongado cerco.

Me asedian las dudas, la temeridad de mi empeño. En similar trance, Loyola «picó espuelas» y se metió en Pamplona a tentar lo imposible. Voy a imitarle, al menos en este gesto. ¿A qué musas invocaré siguiendo los patrones clásicos? ¿A Calíope, la de la poesía épica? ¿A Melpómene, la de la tragedia, más afín con mi situación personal? Imitando el realismo ignaciano, prefiero andar más a ras de tierra y tomar por mascota protectora al cuartago o burrito que dejó Ignacio en Azpeitia tras su breve estancia en 1535. El halo de respeto y veneración que dejó Ignacio durante aquellos meses entre sus paisanos hizo el milagro de que éstos respetasen al animalito cuando se metía por los trigales, sin maltratarlo. Si hubiese pertenecido a los poderosos Loyola, le esperaba otra suerte. Pero había traído a Iñigo, el converso, que tan profunda huella dejó entre sus paisanos.

En 1552, en carta dirigida al mismo san Ignacio, el P. Miguel Navarro le refería que habían visitado el hospitalito de Azpeitia donde él había vivido unos meses, y le añadía: «Hallamos también el mismo cuartago que Vuestra Paternidad dejó al Hospital ahora diez y seis años, y está muy gordo y muy bueno y sirve hoy en día muy bien a la casa: es muy privilegiado en Azpeitia, que, aunque entre en los panes, disimulan con él». Si entonces la veneración al santo se hizo extensiva a la peana, esto es, al manso burrito que lo trajo de París a Azpeitia, algo similar puede esperar quien quiere transportar su imagen entrañada a París desde un rincón de los mismos Pirineos.

Ituren (Navarra) 4 de julio de 1980.

Contrariamente a lo que mandan las normas y a lo que yo mismo inculco a mis alumnos en clase de metodología, las páginas de entrada precedentes fueron las primeras redactadas. Más que un prólogo son una profesión de intenciones, que, releída al término del trabajo, merece el protocolario «vidimus et approbamus» o la fórmula romanceada de los viejos procesos: «e en ello se ratificaba e ratificó».

Otra vez en Ituren, 31 de julio de 1982. Fiesta de san Ignacio de Loyola*

* Concluido este libro, tras el paréntesis de una larga dolencia, fue a París y se tradujo al francés. La colección Douze hommes d'Eglise se ha visto interrumpida tras la publicación de cinco tomos. Sin su invitación, probablemente nunca hubiese escrito esta obra, pensada para unos lectores a los que no ha llegado.

Aparece la segunda edición de este libro, agotada en breves meses la primera.

Sin tiempo para recibir posibles correcciones de las revistas especializadas y ante el total silencio, con dos honrosísimas excepciones, de la prensa nacional, publicamos de nuevo el libro, que realmente se agotó en puro silencio, a golpe de contagio entre los lectores.

Ese contagio se extendió rápidamente fuera de España, por Europa y, sobre todo, por Latinoamérica, países en los cuales se nos pidió traducción del libro o reimpresión del mismo, como ocurrió en Chile, donde el Círculo de Lectores nacional lo publicó para sus asociados.

En esta nueva edición sólo se han corregido tres erratas de inadvertencia: una fecha y dos veces el nombre de un Pontífice. La «aventura de un pobre cristiano», Iñigo de Loyola, ha conmovido profundamente muchos espíritus. Me prometía yo en mi prólogo al menos

un catequizado, y han sido muchos y en lugares muy distantes y extraños. Deseé sólo acercar al verdadero Ignacio, y me prometía, en tal supuesto, que él seguiría siendo hábil «para hacer el resto». Y lo ha hecho con creces, gracias a Dios.

Salamanca, 15 de marzo de 1987.

El año centenario ignaciano hizo el milagro. Se agotó la tercera edición de este libro, más larga que las anteriores. Fue traducido al francés, al italiano, al alemán y al portugués (Brasil), y está a punto de editarse en inglés (Estados Unidos), en polaco y en japonés.

Me pide el editor unas palabras para la cuarta edición. Me refugio para redactarlas en un rincón paradisíaco del mundo. Escribo a la sombra de un viejo molino, que ya no muele. Mi vista se extiende a lo largo de un río rodeado de fronda verde. Escucho el rumor suave de la cascada o pesquera. Y simultáneamente aguzo el oído interior para escuchar otro rumor, el de algunos recuerdos personales; y el, aún más profundo, del fluir de la corriente ignaciana por obra de este libro.

Entre los recuerdos, los hay muy variados. Sé que el Padre General de la Compañía ha leído dos veces este libro y lo considera una de las más bellas biografías de san Ignacio. Es una buena patente. Un hermano jesuita me dice haberlo leído en plena selva amazónica, a días de viaje de la civilización, y que en tal entorno la figura de Ignacio de Loyola había cobrado singular resonancia para él. Acaso tenga mayor mérito otro jesuita, que lo leyó en el metro de Berlín en sus forzosos viajes diarios, y según me confesó, abstraído de cuanto pasaba a su alrededor y algunas veces llorando de emoción. Lo han leído en el refectorio de algunos monasterios, lo «devoró» en la prisión el general Armada, lo ha saboreado un médico que se dice agnóstico. El cardenal primado de Toledo lo tiene en su mesilla de noche, el cardenal Ratzinger dice haberlo saboreado en versión alemana. Muchos cientos de jóvenes peregrinos europeos que llegaron a Loyola el día de san Ignacio, lo habían leído en francés. Alguno me escribe desde un lejano aeropuerto tras haberlo leído en un largo viaje transoceánico. En uno de éstos topé con un jesuita peruano a las diez de la noche y la hebra ignaciana duró varias horas. Una señora ecuatoriana que viajaba a mi derecha no pudo contenerse y prorrumpió en un comentario sabroso sobre nuestra conversación a media voz: ¡Ay, padre, qué lindo es todo lo que estoy oyendo! Muchos sacerdotes me dicen haberse reconciliado con san Ignacio. Otros, sacerdotes y seglares, que lo han descubierto. Laus Deo.

San Ignacio es como un río caudal, sordamente rumoroso, como el río Águeda que corre a mi derecha, los ríos sólo necesitan una acequia que canalice el agua y la lleve donde su fuerza pueda hacerse fecunda. Este libro ha sido tal acequia. El resto lo hace el río, es decir, aquel hombre silente, de pocas y sustanciosas palabras, que más hablaba y contagiaba con la vida que con discursos. ¿Diré que a alguno le ha revuelto los posos oscuros del alma y le ha hecho emprender el camino de retorno hacia Dios? ¿y que a tantos otros les ha dado razones y fuerza para seguir su camino, caminos variados por los que, en definitiva, todos caminamos solos y a pie? Su mensaje corre, no como el agua, sino casi como el viento, y ha llegado al Japón y a la India, a Puerto Rico y a Oaxaca. El mexicano P. Escobar me dijo que llegó a soñar conmigo.

Estábase allí el molino
a la corriente del agua

Es el estribillo de una poesía, tan ajustado a mis pensamientos. La corriente fue y sigue siendo Ignacio de Loyola. No basta estarse junto a la corriente, hay que aprovechar su fuerza para convertirla en siempre renovables dinamismos, que no tienen por qué ser reiteraciones o reproducciones miméticas de la corriente original. Basta con que el santo suscite nuevas fuerzas. La corriente en bajada siempre mueve, o puede mover. No basta con que se esté allí el molino, aunque sea «a la corriente del agua». Es lo que ocurre con tanto cristiano que parece molino parado o fuera de curso. Como éste en el que he venido a escribir estas líneas, que concluyo cuando la abuela Carmen, con sus ochenta y tres años muy bien llevados, me trae un delicioso café. Intento leerle este prólogo. Ella me dice que no entiende de estas cosas, pero le agrada que haya hablado del molino, al que se aferra toda su vida, como la yedra que lo embellece.

Fuenteguinaldo, en el molino de Valeriano, 21 junio 1992.

INTRODUCCIÓN: fantasía y fuentes

Si Ignacio de Loyola volviese de incógnito a su tierra, como lo hiciera en 1535, difícilmente reconocería su villa natal. ¿Dónde están sus tortuosas calles medievales, sus murallas, la vieja torre de la parroquia? El restaurado palacio de Emparan le traería a la memoria al menos un apellido, emparentado con su estirpe. También era de nueva construcción el convento de las Concepcionistas y aunque en la villa las llamen las monja xarrak (monjas viejas), nadie conocía sino él el primitivo beaterío de fines del siglo XV. La soberbia casa de los Anchieta, con su extraño aire mudéjar, sí constituye un fragmento de su pasado, pero ese apellido le traía recuerdos negros de antagonismos que llegaron a la sangre. Si entrase en la parroquia, hallaría la vieja pila bautismal recompuesta y junto a ella un cartel capaz de sacudirle el alma: «Aquí fue bautizado Ignacio de Loyola». Vagando por las calles del primitivo casco urbano, hoy ampliado y rodeado de feas fábricas, toparía con una que se llama Calle de San Ignacio. Si llevado de la curiosidad interrogase a los viandantes quién era el titular de la calle, descubriría en un entusiasmo y amor a su paisano, y en algunos indiferencia, repulsa y —lo que es más extraño— rechazo de su condición de vasco. ¡Que le regateen o amengüen tal condición los extraños, es doloroso pero perdonable; pero que renieguen de él sus paisanos!...

Con este desengaño en el alma podría salir de la villa para acercarse a la cercana Loyola, su cuna y cuna de sus antepasados durante siglos. El valle aún conserva el verdor de antaño y allí sigue, desafiando los siglos inmóvil e impasible, el monte Izarraitz. Pero, ¿dónde está la ermita de Olatz, a cuya Virgen dirigía sus plegarias, dónde la encina gigante que, emergiendo de un bosque frondoso, señalaba el emplazamiento de su casa-torre? ¿Qué era aquella gran mole de piedra grisácea que se levantaba en su cercanía, aquella gran cúpula airosa construida por Ibero? El sempiterno peregrino que él fue va a ocultar su nombre y adentrarse en la esplendorosa basílica. Escondida en la alta hornacina de su altar central estaba su imagen, la estatua de san Ignacio con muchos quintales de pura plata, regalada en el siglo XVIII por la Compañía Guipuzcoana de Caracas. Siguiendo los pasos de la cansina corriente de turistas, perdido y desconcertado ante tanta novedad, pasó del pórtico de la basílica hacia el punto de obligada visita: lo llaman la Santa Casa. De pronto el corazón le palpitó con fuerza: ¡allí estaban los muros inconfundibles de su casa, con

sus piedras sólidas y su escudo labrado, con aquella parte alta edificada en ladrillo por el abuelo Juan tras el derribo de las almenas por orden y castigo del Rey. También resultaban inequívocas —y para él inmensamente sugerentes— las dos figuras que albergaba aquel insólito patio: la del caballero erguido enfundado en pesada armadura y la del grupo en que unos soldados transportan en una camilla a un herido, al que recibe festivamente el perrillo de la casa. Ignacio recordó el nombre del perrillo y la compañía que le hiciera en horas de honda soledad y desamparo.

Enseguida traspasó el dintel de su casa, se fundió con la riada de turistas, escuchó las explicaciones del guía de turno. El, siempre él. Lo llenaba todo, y con él los suyos, no los de sangre —nadie se acuerda de ellos itan prepotentes!—, sino los de espíritu. Los encontraba por doquier, en estatuas y en recuerdos de su paso, en reliquias o en vidrieras artísticas, o en ancho grupo y cobijados por el manto de la Virgen en una capilla que estaba en la estancia donde en sus lejanos tiempos estuviera la cocina, la cocina de las consejas en las noches invernales en que crepitaban las castañas en el tamboril. ¿Qué le iban a explicar los guías que él no lo supiese infinitamente mejor, de sí mismo, de su familia, de aquellos compañeros entrañables? Le interesaba más lo que él solo sabía: descubrir tras aquellos artificiosos revestimientos la fisonomía material de su viejo hogar primero, las recias vigas bajo las que ahora se cobijan capillas y altares suntuosos, mas donde él situaba imaginativamente camas, arcones, alcancías, de roble o castaño. Reconoció sin dificultad la graciosa tabla de la Anunciación, regalo de la Reina Doña Isabel a Magdalena de Araoz, la cuñada querida que hizo veces de madre cuando le cuidara herido y convaleciente. La emoción mayor le esperaba al visitar la estancia alta de la casa de tantos recuerdos, avivados ahora por la visión de la talla policromada del joven caballero convaleciente que levanta sus ojos del libro que sostienen sus manos para dirigirlos a una virgencita de madera, que suplanta malamente a la que un día él viera de verdad. En realidad, su aventura empezó entonces y allí mismo. Desde aquellos ventanucos contemplaba el Izarraitz, lo único intacto después de tanto tiempo, lo que más limpiamente le devolvía a las viejas vivencias. Entre aquellas paredes había nacido por segunda y definitiva vez, lenta, laboriosamente, a una vida que no se rige por el compás de la que anida en el cuerpo. Todo lo ocurrido hasta aquel instante —muchos años— era vano y vacío, guedejas de humo que llevó el viento cuando voluntariosamente quemó lo que hasta entonces adoró. Las ensoñaciones alimentadas en la soledad de aquel recinto tantas tardes marcaron su vida, que, a partir de entonces fue en verdad suya. Aunque, queriendo ser veraz y verdadero, más que suya fue de Otro, que le llevó por donde nunca pensó en aquellas horas fervientes de mudanza y proyectos. Porque ¿dónde había terminado el inicial aspirante a cartujo? «Pocos hombres se asemejan a su vida» (G. Bernanos).

Al abandonar el recinto y bajar las escaleras percibió en sí una extraña angustia. Cada rincón le había evocado tantas cosas... pero ninguno le devolvía el perfil, la silueta de su madre. Nunca se le grabaron en su retina de modo que pudiera recordarlos o asociarlos a algo. ¿No se daría en el secreto último de su existencia errante una búsqueda inconsciente de la madre no conocida, un modo instintivo y casi biológico de restañar la herida de la carencia materna? Recordaba a su hermano Martín, el heredero de Loyola por muerte del primogénito en las guerras de Italia; a Pedro, el clérigo dominante y disoluto, que fue Rector de la iglesia de Azpeitia; a

Hernando, el que se perdió en América; a Ochoa, que murió joven entre aquellos muros; a Magdalena, que lo acogió en Anzuola cuando lo traían herido de Pamplona, a Beltrán, Juaneiza, Petronila, Sancha... Sobre aquel recinto aleteaban las sombras de los bastardos que indefectiblemente se añadían a las diversas generaciones de los Loyola. Orgullo y lujuria eran sus genuinos blasones. Loyola quiere decir lodazal. El estaba hecho del mismo barro y hubiese sido otro más en la larga serie, a no ser por lo que pasó en aquella estancia que dejaba a sus espaldas.

¿Y el caserío Eguibar, tan cercano a su casa, donde vivía Errasti el herrero y su mujer María Garín, la que le amamantó a él de niño? A ella le debía la vida y con la vida todo; porque, al fin, es en la vida donde somos lo que llegamos a ser. ¿Seguiría en pie la fragua donde por primera vez vio moldear a golpes el hierro fundido? También él se había forjado así, a golpes de la vida, y así quiso moldear a los suyos. De camino le tentó una curiosidad imprevista: allí, junto a su vieja casa, estaba un centro de espiritualidad. Preguntó por él al azar a un Padre jesuita quien le dio todo género de explicaciones. Era una casa de promoción e irradiación espiritual; en ella se perpetuaban «actualizados» los Ejercicios Espirituales de san Ignacio y se publicaba una revista de extraño nombre: «Manresa». El visitante se quedó mudo y concentrado, hurgando en su alma y saltando el tiempo. Pudo ver la biblioteca y hasta le dejaron un rato curioseando a placer sus libros. Se encontraba de nuevo en aquellos papeles. ¿Qué le iban a decir que no supiese? El corazón le restallaba cuando sus ojos registraban textos harto familiares: Ejercicios Espirituales, Forma Instituti, Diario espiritual, Constituciones... Había cincelado morosamente cada una de las palabras de aquellos escritos. ¿Por qué los envolvían en aquel extraño adobo de introducciones y notas eruditas, con intención de colmar lagunas, adivinar intenciones, construir exégesis? ¿Sería todo tan complicado? El creía haber seguido simplemente su camino; con inesperados vericuetos, es verdad, pero sencillo y simple como el del riachuelo que allí cerca bajaba de las cumbres del Pagotxeta buscando sin equivocación posible la llamada del valle y de su río Urola. Ciertamente se resistió durante mucho tiempo a narrar el hilo de su vida, mas, en un momento de benevolencia senil, cedió a las importunaciones y comunicó algunos retazos. Aunque se guardó vetas inexplicables de su secreto interior, ¿podía llenar su vida errática cuatro grandes tomos con el pomposo título de *Fontes narrativi de Sancto Ignacio*? ¿Tanto podía narrarse de su simple vida y quiénes eran los indiscretos y facundos narradores?

Hojeó los índices y le saltaron por doquier nombres amigos a los que, sin quererlo, asociaba epítetos hondos y certeros: el grave Láinez; el dulce, angelical y, por eso, escrupuloso saboyano Fabro; el sufrido Polanco, que aguantó a su vera tantos años, abrumado de trabajo, como una recia muía castellana. Y Nadal, tan entusiasta, aun cuando resistiera tantos años a las primeras invitaciones. Y Gonsalves Cámara, el afortunado beneficiario de su confianza. ¡Qué extraño! Aún hoy no sabría explicarse por qué se confió a él y no a ninguno de los veteranos compañeros del pequeño grupo de París. Luego venía Ribadeneira llenando con su bella prosa toledana un grueso volumen. ¿Será posible? ¿Aquel chicuelo travieso de catorce años, paje del cardenal Farnese, que se escapó de su amo por alguna trastada y fue admitido en la Compañía y compañía de sesudos varones; aquel que «no se apartaba de su lado» y le hacía preguntas sólo disculpables por sus pocos años y por su temperamento despabilado? El peregrino no pudo resistir sin

asomarse al prólogo. — ¡Hinchado y ampuloso el exordio del toledano! — . No era así cuando yo le acogí, se dijo.

Saltó unos párrafos y se dejó embargar por la emoción espontánea, pues estaba solo y nadie le espiaba, cuando saboreó estos párrafos: «Este es un piadoso y debido agradecimiento y una sabrosa memoria y dulce recordación de aquel bienaventurado varón y padre mío que me engendró en Cristo, que me crió y sustentó, por cuyas piadosas lágrimas y abrasadas oraciones confieso yo ser eso poco que soy... Contaré lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos en nuestro B. Padre Ignacio, a cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad... dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella, no me apartaba de su lado, acompañándole, escribiéndole y sirviéndole en todo lo que se me ofrecía, notando sus meneos, dichos y hechos»... Al menos era hondamente agradecido el biógrafo recogido de chicuelo y la gratitud era para el peregrino la primera cualidad de un alma bien nacida, de un hombre cabal y de un cristiano de verdad. Y era sutil y buen escudriñador el tal Ribadeneira, porque sin tales condiciones no hubiera escrito otros párrafos que descubrió aquí y allí en su voluminoso libro: adivino certeramente, en efecto, que, bajo la «paz y sosiego» que dominaban en el comportamiento del peregrino, se escondía un hombre «muy cálido de complexión y colérico», y aun se atrevió a insinuar que el peregrino tomaba y dejaba una «como máscara y semblante de severidad cuando y como quería».

No tropezó el astuto Ribadeneira donde se enredó el honesto y rectilíneo Laínez, que todo lo tomaba en serio, y desde luego le agradó sobremanera al visitante-lector el juicio definitivo de su antiguo monaguillo y acompañante: «Tenía muchas cosas que le hacían muy amado de los suyos». En conclusión pudo deducir el improvisado curioso que aquellos venerables Padres, que eran el espejo de la discreción, lo habían espiado constantemente, habían penetrado en su intimidad cautelosamente reservada y, ya en vida suya y mucho más después de su muerte, habían establecido un pugilato mutuo en el rescate afectuoso y lleno de veneración de sus recuerdos personales. Después de todo, el amor conoce mejor que el odio.

Frente a aquellas muestras de admiración amorosa, existían otras, frías y distantes, que encubrían una antipatía de fondo. Existía el aborrecimiento sin antifaz. Lo pudo comprobar al asomarse a los anaqueles de biografías, donde le esperaban infinitas sorpresas, porque junto a los admiradores, descubrió que tenía terribles enemigos. A muchos de éstos les había intrigado el secreto de la fuerza de Loyola, y se empeñaban en crear, para hurgar en él, el espectro de su enigma y misterio. Uno lo llamaba genial psicólogo empeñado en filtrarse en la sociedad (H. Boehmer), y otro lo calificaba de diplomático intrigante que quiso dominar la cristiandad desde su centro romano, sucumbiendo a la tentación de poder (Fülop-Muller). Orador exaltado tenía que ser quien lo elogiara como genio organizador de militar y general de primer orden, para luego asegurar que quiso matar la libertad, aniquilar totalmente el ser humano y llevar a la humanidad al suicidio (E. Castelar). Otro le llamaba «dictador de almas», hombre adusto, hipócrita e impasible, «no es un padre que se regocije o entristezca con los suyos» (L. Marcuse). No entendió muy bien que le considerasen héroe al servicio de la Iglesia, paladín y exponente de la Contrarreforma (L. Gothein), pero su asombro no conoció límites cuando se vio retratado en otros libros como histérico, como espíritu judío y antigermánico, como ocultista y gurú

secreto. ¿Sería posible? Harto más sabrosas encontró las ocurrencias de su paisano Unamuno cuando lo comparaba con Don Quijote. ¿Entablaría pleito contra los que le denigraban, acudiría a tribunales pontificios o civiles para defender su buena fama o el «derecho de imagen», como tantas veces lo hiciera en vida? Verdaderamente los humanos cumplían muy pintorescamente aquella máxima que, con otras intenciones y supuestos, había estampado él en su libro de los Ejercicios (n. 76): «andando siempre a buscar lo que quiero». ¿Qué misterios querían buscar en su vida?

Cerró los libros cuando vinieron a buscarle. Era la hora de cerrar. Se despidió del benévolo Padre del Centro de Espiritualidad y se fue alejando de su casa-torre nativa. Al atravesar la ancha explanada que ante ella se extiende, topó con la estatua que se yergue sobre un alto pedestal: San Ignacio de Loyola. A pocos metros correteaba un enjambre de muchachos. Resonaban sus gritos: ¡Iñigo, Iñaki, Ignacio! Uno de ellos fijó su mirada en el peregrino, alertado por la morosidad con que éste contemplaba aquella estatua tan familiar. ¡Qué estará mirando! y desde luego no lo reconoció. El peregrino se perdió en la soleada tarde y se dispuso a ascender las primeras estribaciones del Izarraitz. El valle iba quedando cada vez más bajo y distante, se iba abriendo el horizonte y ensanchando el cielo. Una tenue neblina hacía más dulces los tonos azulados del atardecer, mientras se encendía el brillo de Venus en el cielo y comenzaban a aparecer las estrellas. El peregrino miró hacia arriba y de su corazón brotó espontáneamente una exclamación que parecía fundir en un instante siglos de distancia y amasar la continuidad perdurable del espíritu: «¡Qué sórdida la tierra, cuando miro al cielo!».

Esta fantasía precedente nos ha servido para, de modo plástico y por contrastes, adentrarnos en las dificultades que presenta cualquier intento de recomponer la «vera effigies» de san Ignacio, evitando el ditirambo o el panfleto, y sus abundantes cosechas respectivas. Es preciso hacer un esfuerzo para acercarse a la imagen originaria para acompañar al peregrino en su camino lleno de recodos inesperados. Para eso hay que optar decididamente por la cantera informativa primigenia, eso que en historiografía se designa con el nombre de fuentes; y acudir subsidiariamente a investigaciones reconocidas por su calidad, ya que hoy abundan biografías y estudios doctrinales notables, sea de carácter global y sintético, sea de carácter analítico y limitado.

En punto a fuentes, disponemos hoy de la magna edición de los Monumenta Histórica Societatis Iesu con más de cien gruesos tomos, muchos de los cuales se centran directamente en la figura de Ignacio. Ninguna Orden religiosa ha hecho un esfuerzo comparable a éste a fin de exhumar toda la documentación referente a sus orígenes, a su primer medio siglo de vida. Iniciada a fines del siglo pasado, prosigue tenazmente en su tarea; sus frutos son tangibles, no sólo en la edición de nuevos tomos, sino en la reedición notablemente mejorada, en cantidad y calidad, de no pocos tomos primerizos de la serie.

Aun dejando de lado muchos volúmenes dedicados a los primeros compañeros (Laínez, Fabro, Nadal, Polanco, Javier, Bobadilla, Borja, Broet, Jay, Coduri, etc.), nos esperan no menos de veinticuatro volúmenes consagrados al propio Ignacio: doce de cartas e instrucciones, dos con los Ejercicios Espirituales y Directorios, cuatro con las Constituciones y Reglas, uno titulado Scripta de S. Ignatio, cuatro fundamentales agrupados bajo el título de Fontes narrativi de Sancto Ignatio, en el que se incluye la clásica

Vida escrita por P. Ribadeneira, y uno recentísimo con fuentes sobre la familia, patria, juventud y primeros compañeros, publicado por el P. Dalmases.

Dentro de esa gran masa documental, poseen luz propia los escritos procedentes del mismo san Ignacio, editados ahora con las máximas garantías textuales posibles y con el complemento de introducciones y notas eruditas de gran valor ilustrativo. Evidentemente no todo tiene el mismo peso específico, aunque siempre posea algún valor biográfico. Sobresale entre todos la llamada Autobiografía, relato hecho por el mismo san Ignacio a Gonsalvez Cámara en 1553, verdadera piedra millar para la mayor parte de la vida de Loyola. El pequeño librito de los Ejercicios, clave del ignacianismo, en la medida en que representa la teorización de su experiencia espiritual y apostólica más íntima, posee también fuerte carga autobiográfica. Su vida ilustra muchas de sus máximas, y éstas iluminan, a su vez, situaciones biográficas vividas. Las Constituciones, pacientemente elaboradas al final de su camino, desvelan, bajo su prosa frecuentemente legalista, el alma del proyecto ignaciano y las aspiraciones íntimas proyectadas sobre el grupo al filo de una experiencia constantemente contrastada. El Diario espiritual, a veces desesperantemente conciso y cifrado e incomprensiblemente inédito en su integridad total hasta 1934, abarca un período muy breve de su vida (1544-1545), pero abre un portillo insospechado sobre las altas vivencias místicas del santo, difícilmente adivinable en tal medida de no ser por estas breves páginas.

Dejando de lado otros escritos menores, no por eso menos importantes, como la Formula Instituti, la deliberación sobre la pobreza, etc., digamos algo sobre las cartas que ocupan doce tomos de la colección citada. Descontando las perdidas, las editadas se acercan a unas siete mil. Se extienden desde el año 1524 hasta su muerte, y abarcan lo mismo breves billetes de cortesía o de asuntos muy particulares, que piezas maestras notables por su contenido espiritual: en cualquier caso nos desvelan un Ignacio vivo y palpitante, inclinado sobre personas o asuntos concretos, sensible a trances y tiempos, remachando o aplicando aquellas pocas verdades fundamentales que constituían su peculio espiritual o glosando el espíritu de sus Ejercicios o de sus Constituciones. Muchas veces leía, releía y limaba sus cartas este hombre de hablar muy pensado, para que no hayamos de intentar descubrir en ellas filones secretos de su espíritu.

Desgraciadamente hemos de dar por definitivamente perdidos su poema juvenil en honor de san Pedro, las anotaciones del convaleciente en tinta roja y azul de sus lecturas loyleas de la Vita Christi, sus primeros apuntes espirituales, sus redacciones manresanas de los Ejercicios y otras cosas. Unas desapariciones resultan comprensibles, otras no tanto. En cualquier caso es mucho lo que nos queda de él y a través de ello hemos de rastrear los pasos de su aventura espiritual. San Ignacio escribió mucho, pero no publicó nada. La edición primera de los Ejercicios (Roma 1548) apareció sin nombre de autor y reservada a los jesuitas, aunque luego se haya editado 4.500 veces y en 20 idiomas.

En segundo lugar contamos con lo que, ya desde fecha muy temprana, se escribió sobre él, más con ánimo de ahondar en su interioridad y hacerla perdurable, que de airearla. Lo escribieron los suyos, no lo olvidemos; los que un día se adhirieron a su persona y se comprometieron a seguir su forma de vida, para constituir luego grupo compacto, aprobado por la Iglesia. Cada uno miraba a Loyola como a su padre; además lo miraban

como al padre y cabeza del grupo en cuanto tal. Espiaron amorosamente a Ignacio, que no era precisamente un exhibicionista de su intimidad. Quisieron saberlo todo de él, porque entendían que todo lo suyo les pertenecía y les afectaba.

A espaldas de san Ignacio, Diego Laínez, uno de los de la primera hora, rompe el fuego a instancias de Juan Polanco y recoge en una larga carta, «fiel y sencillamente», lo que rebusca en sus recuerdos personales «que toca a nuestro Padre Maestro Ignacio», refiriendo lo que le había oído contar a él mismo. Por lo que respecta al origen de la Compañía, podía hablar como testigo de vista y, en parte, de oídas. Probablemente colaboró con él en la redacción de la carta Salmerón, su viejo compañero de universidad en Alcalá y París, también iñiguista de la primera hora. Habían convivido muchos años con Ignacio, conversado muchas horas, viajado juntos por el norte de Italia y a Roma en 1537. Laínez fue el confidente privilegiado de la visión de La Storta. La larga carta de Laínez, dividida en la edición actual en seis capítulos con 62 largos párrafos numerados, aunque inédita hasta 1904, se difundió ampliamente por la Compañía y fue como primer cliché ignaciano oficial en la misma en los primeros años que siguieron a la muerte del santo. En este texto, redactado en 1547, recopila noticias sobre la vida de Loyola a partir de su conversión hasta la fecha de la carta.

Polanco, que hacía de secretario de san Ignacio desde comienzos de 1547, mostró muy pronto afán por recopilar noticias. El trato asiduo con él y el manejo de papeles, le hacían gozar de una posición privilegiada. Dispuesto a usufructuar positivamente las ventajas de su oficio, el diligente secretario, trabajador infatigable, encontró tiempo para pergeñar un primer borrador que iría perfeccionando en sucesivas redacciones. Es el «Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan». En 1549 lo tradujo al italiano, en 1551 le dio una nueva mano. Muchos años más tarde (1574), este hombre que había sido secretario de san Ignacio nueve años (desde 1547 hasta su muerte), recopiló nuevas noticias en unos *Commentariola* (1564-1573) y antepuso una vida del santo a su voluminoso *Chronicon*. Recopilador de materiales más que biógrafo, corrigió errores y completó lagunas, y pudo utilizar la citada carta de Laínez y el texto de Gonsalves Cámara del que hablaremos a continuación.

Este es la perla de las fuentes ignacianas, aunque incomprensiblemente no fue editado hasta 1904. De él haremos frecuente uso, pues no en vano se le designa con el nombre de Autobiografía y corre hoy traducido al latín, al alemán, al checo, al eslovaco, al francés, al holandés, al húngaro, al inglés y al italiano. Su nacimiento es, en cierto modo, sorprendente. Es preciso leer morosamente el prólogo que antepuso al relato el propio Cámara. Es la historia de una confidencia. En su primera línea registra, como la fecha de un milagro, el día para él impensable en que nunca hubiera soñado. Luis Gonsalves Cámara era un jesuita de la segunda generación. Nativo de la isla de Madeira e hijo del gobernador, estudió Arte en París en 1535, pero no entró en la Compañía sino en 1545 y en Portugal. Le empujó a tal decisión su trato con Fabro, compañero del Colegio de Santa Bárbara de París, pero a quien sólo conoció íntimamente en Coimbra muchos años más tarde. Este buen latinista, helenista y hebraísta, hijo de gran familia, hizo su noviciado en Valencia, sirviendo en su hospital.

De nuevo se encontró con Fabro en Madrid a principios de 1547: «me pareció que no habría otro hombre en el mundo que tuviese más de Dios; tanto que, cuando después oía hablar de la ventaja grande que hacía a todos el Padre Ignacio, solamente lo creía por fe»... Este alto concepto, mantenido en la nebulosa de la distancia, le hizo llamar a san Ignacio «mi Padre y mi Dios en la tierra» en carta que le dirigiera en 1552. Su deseo, ardiente y arraigado de conocerlo y tratarlo, se vio cumplido cuando fue designado por el visitador P. Miguel de Torres para que fuera a Roma a dar cuenta al General de las cosas de la Compañía en Portugal. El contacto directo con el santo no le defraudó: Fabro le pareció entonces «un niño, junto a nuestro Padre». Llegó a Roma el 23 de mayo de 1553; salió el 23 de octubre de 1555 hacia Portugal. Sin embargo, este recién llegado fue el depositario de confidencias ignacianas que para sí deseaban sus amigos veteranos.

Es verdad que tal milagro no se produjo de la nada. Dos años antes, un día en que Nadal sorprendió a Loyola abstraído y como transportado, éste dejó escapar una frase misteriosa: «Ahora estaba yo más alto que el cielo». Los esfuerzos indiscretos de Nadal por penetrar en el secreto trance fueron baldíos; Loyola desviaba la conversación. Mas, queriendo forzar aquella sobriedad expresiva de Ignacio, Nadal se mostró más audaz y fue al bulto descaradamente. Le recordó que Dios le había concedido ya las tres gracias que deseaba antes de salir de esta vida: la aprobación de la Compañía, la de los Ejercicios, y la redacción de las Constituciones. ¿No era razonable pensar que su fin estaba próximo? La decrepitud de Loyola era visible y no permitía forjarse ilusiones. ¿Por qué no les declaraba «el camino por donde el Señor le había llevado desde los primeros tiempos de su conversión?». Sería como su testamento espiritual e instrucción postrera. Loyola se cerraba en banda alegando ocupaciones. No quería ceder a simple curiosidad humana. Otra cosa sería si se persuadiese que Dios le exigía aquel vaciamiento de su interioridad.

Un año más tarde Nadal le preguntó de nuevo si había hecho algo. «Nada», fue la respuesta lacónica del hombre a quien atrapaban otras preocupaciones. Fueron inútiles reiteradas insistencias durante años. Nadal parece complacerse en subrayar que sus importunaciones fueron las que provocaron el desahogo de Ignacio con Cámara; desahogo, por cierto, del que le dio cuenta el portugués, no Ignacio. Tuvo que resignarse a aceptar la mayor confianza otorgada a su joven compañero y espolear a éste a que pusiese el mayor tesón en el empeño.

Con enorme sencillez narra Cámara la historia de esta confidencia prodigiosa. Su feliz memoria, bien acreditada en el relato, registra pormenores que el afecto magnifica: «el año de 53, un viernes a la mañana, 4 de agosto, víspera de Nuestra Señora de las Nieves, estando el padre en el huerto junto a la casa o aposento que se dice del Duque», que no es otro que Francisco de Borja... El milagro se produjo sencilla, inesperadamente, quizá porque en aquel trance Cámara no preguntaba, sino que exponía a Ignacio particularidades de su propia alma. Le confió un secreto íntimo: sus luchas personales contra la vanagloria. El origen familiar, dotes naturales, estudios, el crédito alcanzado en la Corte de Lisboa... todo se concitaba para no hacerle fácil el menosprecio de sí mismo. Sin saberlo, Cámara había tocado una fibra, ya muerta, pero que un día fue muy sensible en Ignacio. Este le adoctrinó con consejos y le consoló, pero además le hizo una inesperada revelación que remontaba a viejos tiempos: él también había

sido tentado dos años de la vanagloria. Por ello ocultó su nombre cuando fue a Jerusalén. En otra ocasión... El relato de Ignacio fue largo y circunstanciado. Todo quedaba atrás y lejos. Fue una tentación infantil que nunca volvió a perturbar la paz de su alma. El subconsciente había traicionado a Loyola, pero pudo comprobar que aquel gesto de sencilla espontaneidad hizo bien a su interlocutor. ¿No había sido este rezumar de su alma el nervio de su irradiación personal, desde los lejanos días de Manresa, Alcalá, París? Comenzaron a aflojar sus resistencias a la comunicación confiada. Acaso comprendió que su vida no era solamente suya.

Dos horas más tarde se encontraban a la mesa Ignacio, Polanco y Cámara. Ignacio, el gran silente, sorprendió a los comensales con sus palabras. Les refirió su encuentro con Cámara en el huerto. Había reflexionado sobre ello en su celda y Dios le había dado claridad al respecto. Iba a cumplir los deseos reiteradamente expuestos por Nadal y otros. Por fin, «se había del todo determinado». «La cosa era declarar cuanto por su ánima hasta ahora había pasado, y que tenía también determinado que fuese yo a quien descubriese estas cosas», dice Cámara. Una determinación, y además confesada, de Loyola era cosa seria. Once veces utiliza el vocablo en diversas modalidades en el libro de los Ejercicios para definir resoluciones comprometedoras. Esta nueva «intención determinada» era como una razón para seguir viviendo. El, que se prometía pocos días de vida y, ante cualquier proyecto a dos semanas vista, decía «¿y tanto pensáis vivir?», anunció ante los pasmados comensales que pensaba vivir tres o cuatro meses para acabar esta cosa.

¿Qué haces, prudentísimo Ignacio, fidelísimo y tenaz cumplidor de promesas, que no sabías dejar para mañana una promesa que podías cumplir hoy? ¡Mira, vasco encerrado en ti, que la cosa esta vez no son hazañas, acción, mudanzas, sino palabras, palabras densas y veraces, y la cosa es desvelar tu intimidad! Por una vez vas a ser remolón en cumplir lo prometido. Te han cogido la palabra. Tu palabra, que era ya casi obra.

Desde el día siguiente le va a importunar justamente el delicado portugués y habrá de aceptarle que le recuerde cada día la promesa solemnemente hecha. Ignacio replica que está muy ocupado en otras cosas, quiere reservar la cosa para los domingos. Pasan semanas sin acometer la terrible promesa... Desde aquella hora, las miradas de sus amigos se han vuelto implorantes, inquisitivas; son un recordatorio vivo y mudo de lo que anunció en un momento de flaqueza. Y no disimulan el miedo. El P. Ignacio está muy indispuerto y en manos de médicos, ha declinado mucho en dos meses; temen que los deje para siempre. ¿No sabía él que se pasan avisos, que acaban de dar prisa a su viejo compañero Simón Rodrigues para que venga a Roma, si quiere verle vivo? Aquel mutismo, que parecía eterno, se rompió en septiembre. Por fin, Ignacio llamó a Cámara. Iba a «decir toda su vida».

Las sesiones se repitieron tres o cuatro veces en aquel mes. Loyola narraba y revivía su pasado con pasmosa claridad. «Hace al hombre presente todo lo que es pasado». Como si repitiera aquella vieja confesión general en Montserrat, por escrito y durante tres días, Loyola contó detalladamente al silencioso oyente que tanto le admiraba «las travesuras de mancebo, clara y distintamente, con todas sus circunstancias». Llegó hasta su época manresana. Sobraban preguntas, pues era amplio el relato de las lejanas secuencias revividas. Cámara pasaba a rápidas notas las

palabras frescas, que le servían para una redacción cuidadosa en su celda, procurando ajustar las frases a lo que exactamente había escuchado. Prefería no desviarse un ápice de las palabras oídas, aunque sentía que se le escurría la fuerza secreta de algunas de ellas. Aquel feliz comienzo se interrumpió pronto y con desesperante terquedad. Tornaban las excusas: enfermedades, negocios indeclinables, la dotación del Colegio Romano, los asuntos de Etiopía, etc. Pasaron los meses.

Llegó Nadal quien, holgándose de lo comenzado, incitó a Cámara a importunar a Ignacio y suavemente animó a éste a proseguir lo iniciado. Con ello, le decía, fundaba verdaderamente la Compañía. La narración siguió en marzo de 1554. La muerte de Julio III, el brevísimo pontificado de Marcelo II, la elección de Paulo IV, los calores estivales y las ocupaciones, hicieron correr los meses sin nuevas confidencias. Para colmo, se comenzó a tratar de enviar a Cámara a España. Este se decidió a «apretar mucho» a Ignacio para que cumpliera lo prometido. Lo citó, por fin, el 22 de noviembre en la pequeña torre roja contigua que hacía de enfermería. Un pequeño contratiempo frenó de nuevo las confidencias de Ignacio aquel día. Nuevas instancias, esta vez con fruto. Ignacio dictaba paseando; le perturbaba que Cámara observase atentamente su rostro. Aquel manso contemplar la compostura y aspecto de Loyola encendía en amor de Dios el alma de Cámara, le hacía bien. Ignacio le advirtió reiteradamente que observara la regla de la Compañía que moderaba el ejercicio de la vista; una vez lo dejó cortado y se marchó.

El monólogo se reanudó al poco tiempo y con prisa. Llegaba la hora de la partida de Cámara. Este cumplió con su tarea hasta la víspera, sin tener tiempo material para poner en limpio sus últimas notas. Lo tuvo que hacer durante el viaje, en Génova, y a falta de amanuense español, recompuso y dictó en italiano los últimos recuerdos extraídos. Esto ocurría en diciembre de 1555. Cámara remitió a Roma estas postreras páginas de su inapreciable relato. Para entonces ya se habían hecho copias de la primera y extensa parte del mismo. De creer a Ribadeneira, san Ignacio las conocía, ya que por orden suya se le dio una copia cuando salía camino de Flandes, sin sospechar que sería su primer gran biógrafo. A Ignacio le quedaban meses de vida.

Increíble, por no decir sospechosamente, no se conservan los papeles originales de Cámara, aunque sí muchas copias y la versión latina muy temprana del texto destinado a manos de la ya internacional Compañía. ¿Cómo explicar la desaparición de semejante reliquia, tan codiciada y tan laboriosamente alcanzada? En el texto actual se liquidan en dos líneas las «travesuras de mancebo», tan clara, distinta y circunstancialmente contadas por Ignacio. Nos consta que las refirió. ¿Las puso por escrito Cámara? ¿Fue respetuoso con la sinceridad del hombre o le venció el respeto al santo? En cualquier caso es lamentablemente sobrio en el inicio del relato que actualmente poseemos, cuya primera copia es la llamada de Nadal, hombre excesivamente empeñado en teologizar sobre los episodios edificantes de Loyola y en convertirlos en espejo de la Compañía recién nacida. Con ello perdemos contacto con el hombre Ignacio, más proclive a contar sus flaquezas que sus carismas. Cámara volvió sobre su obra, completó su sustancioso prólogo, añadió algunas notas.

Además de su tarea de receptor concienzudo de las confidencias del fundador, había iniciado en Roma una recopilación propia de dichos y anécdotas de san Ignacio, a quien observó sin descanso. Sus centenares de

anotaciones secretas, todas del año anterior a la muerte de Loyola, fueron recogidas en un *Memoriale* (1573-1574), que constituye una cantera inacabable de recuerdos. Inserto ya en una facción más bien rigorista, podía verse tentado a autorizar su punto de vista con la evocación interesada de unos aspectos. Con todo, en su doble tradición manuscrita en español y portugués, constituye una fuente inapreciable de pinceladas sobre san Ignacio.

La joya máxima es, sin embargo, la justamente llamada *Autobiografía*, ya que, como certeramente diría Ribadeneira, «se escribió casi por boca de nuestro Padre». Se percibe en ella el eco vivo y directo de Loyola en su prosa y en muchas palabras que podríamos considerar como *ipsissima verba*. En paz consigo mismo y con un pasado asumido plenamente en sus sombras y luces, Ignacio guarda ante su ejecutoria aquella distancia que él recomendaba en los *Ejercicios* en punto a decisiones: «mirar a un hombre que nunca he visto ni conocido... considerar lo que yo le diría que hiciese». En este caso, que dijese... Su intención es simple: no busca el exhibicionismo, sino el relato del discurso de su vida, el modo en que Dios le había llevado rescatándole del pecado. Ni Cámara es un indiscreto reportero moderno, ni Ignacio un engolado narcisista. El protagonista de su relato no es, en realidad, él, sino Dios. Loyola, el peregrino, es objeto del extraño gobierno de Dios, que hoy, desde la cima de su vida, descubre con claridad. Por eso no tiene intención de componer la figura: narra sus vanidades, sus ensueños, sus desesperaciones, sus trabajos, sus persecuciones, sus fracasos, con la misma serenidad con que cuenta visiones, gracias místicas, heroicidades.

Con sobrecogedora seguridad, se muestra menos sensible que sus amigos a la sensibilidad de la época, cargada de suspicacias y de amenazas inquisitoriales. Ribadeneira recortará algunas de estas cosas en su biografía. Loyola resulta así un prodigioso narrador, directo y expresivo. Siempre dice cosas, con sustantivos, con escasos adjetivos y con horror a los superlativos. Es todo un test literario. Por algo Fueter consideró la *Autobiografía* como «un modelo de alma intuitiva y realista, un relato maravilloso cual sólo puede brotar de una auto-observación de largos años... Nada de expresiones recargadas ni de frases hechas con miras a la edificación».

¿Es verdad esto último? Evidentemente no hay «frases hechas», pero este vaciamiento interior de san Ignacio no puede tener otra mira que la edificación de los demás. Es un canto a la misericordia de Dios hecho por un vasco sobrio, no por un ardiente africano como Agustín, que lo siembra de interjecciones y signos interrogativos, o por la prodigiosa Teresa de Jesús de fácil palabra. Es el relato de un peregrino, del hombre que peregrinó — peregre, lejos de su hogar nativo— hacia lo desconocido, guiado por una confianza fundamental en quien le llevaba, no sabiendo hacia dónde. También él veía ahora las espaldas a los hechos, iba descifrando el enigma, desandando desde la meta alcanzada los seguros, pero oscuros, pasos del largo laberinto de su vida. No recuerda todo, sino lo significativo. Sus intenciones ponen un filtro a su memoria, cuando no es la memoria misma la que ha dejado agostar mucha hierba del camino o ha purgado sus recuerdos. Dice Tagore, un poeta, en su libro titulado *Recuerdos*: «No sé quién pinta los cuadros en el lienzo de la memoria; pero sea quien fuere lo que pinta son cuadros. Con lo que quiero decir que lo que allí deja con su pincel no es una copia fiel de todo cuanto ocurre. El coloca y quita según sus preferencias. ¡Cuántas cosas grandes hace pequeñas y cuántas

pequeñas hace grandes!... Descubrí que los recuerdos de la vida no son la historia de la vida, sino la obra original de un artista desconocido. Los colores variados esparcidos por todas partes no son reflejo de luces exteriores, sino que pertenecen al pintor mismo y vienen matizados apasionadamente desde su corazón».

Ignacio recuerda a distancia y con distancia. Ya no es ése que revive en su memoria. Pero no aborrece, como Lutero, sus esfuerzos generosos de la primera hora, sus excesos penitenciales de converso. Los contempla con benevolencia, como expresiones de un fervor puro y ardiente. Ya no tenía fuerzas para aquellas desmesuras; sobre todo, no las creía necesarias. A su modo y tiempo, fueron efecto de una pasión encendida por lo absoluto, buscado por caminos ásperos, queriendo conquistar a Dios. Pero desde la cumbre de quien hoy se abría sencillamente a lo divino —«*patiens divina*», teopatía—, veía aquellos lejanos años generosos como su «*iglesia primitiva*», aureolados con el encanto de un hervor ingenuo.

Ignacio concluyó su relación con algunas alusiones a sus iniciales actividades romanas. A partir de esa fecha ya no había misterios en su vida, al menos externa. Nadal podría contarlos. Cámara quiso saber algo más acerca de la redacción de los Ejercicios y de las Constituciones. Obtuvo breves, pero preciosas confidencias. Su labor llegaba al final. Ignacio había cumplido generosamente lo prometido y no estaba libre de un cierto pesar. El último día, antes de la cena, llamó a Cámara. Su aire era más reconcentrado que de ordinario. Gravemente le espetó una especie de atestado final, explicándole la intención y sencillez con que había volcado su intimidad. El hombre de palabras pesadas y pensadas quería asegurarle de una cosa: no le había dicho nada de más. Seguro; no sería vasco. Pero en los brochazos finales nos abre a simas espirituales privilegiadas que desvelan su interioridad. En efecto, confesó nuevas cosas: que había ofendido mucho a Dios desde su conversión, pero nunca con pecado mortal consentido; que su devoción había ido creciendo; que ahora, como nunca, encontraba con facilidad a Dios; que gozaba de visiones y gracias cuando decía misa o redactaba las Constituciones. Para él eran como moniciones supremas en sus determinaciones, le confirmaban en sus opciones. Cámara quiso ver, aunque fuese de refilón, los papeles en que iba moldeando las Constituciones, pero «él no quiso».

Nos hemos detenido largamente sobre la Autobiografía, especie de testamento ignaciano, porque ella es la piedra angular de toda aproximación al santo de Loyola y ya desde el principio será utilizada y saqueada por Ribadeneira, Maffei y otros. No hay que decir que será una fuente privilegiada de nuestro libro. Seremos más breves en la presentación de las fuentes posteriores a la muerte de Ignacio.

Tras la carta necrológica escrita por Polanco a la muerte de Loyola, se inicia una nueva etapa. La abre Nadal, cuyas exhortaciones o pláticas en Roma, Coimbra, Alcalá, Colonia, su Apología contra los doctores de París y otros escritos, recogen la sustancia de la historia conocida y tratan de hipostatizarla. A Nadal le interesa más la edificación que la mera historia y está persuadido de que la vida del desaparecido fundador es como el fundamento de la Compañía. Nadal asume el papel de intérprete del espíritu ignaciano, su admiración por el fundador no conoce límites. El perfil ignaciano recibe algunas aportaciones; su cliché se estiliza y ejemplariza, recibe los oportunos retoques. En su función de visitador, Nadal airea por Europa su visión de Ignacio de Loyola y su amorosa complacencia, no

exenta de narcisismo, en la nacida Compañía. Todavía estamos en la época de los papeles copiados y difundidos, de la palabra viva, de la imagen doméstica.

La hora de la publicidad llega con Ribadeneira. La compañía, ya dispersa, pedía desde muchas partes una vida escrita del fundador que fijase la tradición oral y supliese a los papeles que corrían manuscritos. Ribadeneira, que había vivido los últimos dieciséis años en compañía de Ignacio, recibió el encargo oficial en 1567 y facilidades para manejar los papeles existentes. Por su cuenta había empezado una labor de recopilación ya desde 1549; según otros, desde 1553. No era de los primitivos ni había vivido los frescos años parisinos. Era un buen escritor. Desde su adolescencia, testigo inmediato de la vida de Ignacio en Roma. Era consciente de que su biografía sería la biografía oficial de san Ignacio. Trabajó a conciencia, manejó mucha documentación y naturalmente la Autobiografía. Podía contar, en muchos casos, lo que él vio, oyó y tocó de su padre Ignacio. Su obra está penetrada de devoción y gratitud y quiere ser un pago parcial de lo mucho que le debía, aunque lo quiera combinar con la primera regla de la historia que es guardar verdad.

La obra de Ribadeneira fue examinada escrupulosamente por los Padres supervivientes que habían tratado íntimamente a Ignacio. Al fin, fue autorizada y editada en Nápoles en 1572 y en latín. Se hicieron 500 ejemplares, más bien para uso doméstico. En 1573 apareció en Madrid una edición en castellano, ampliada y mejorada; siguieron las nuevas ediciones de 1580 y 1584. Desde entonces es una fuente absolutamente clásica y ciertamente muy valiosa y sabrosa. Ribadeneira creía haber dicho la última y definitiva palabra y hasta tuvo la pretensión, y otros con él, de hacer recoger autoritativamente la Autobiografía para «quitar toda diversidad». Tenía gran estima del relato de Cámara, que consideraba «en sustancia fidelísimo» y escrito «casi por boca de nuestro Padre»; pero por otra parte la consideraba «cosa imperfecta» que podía estorbar y disminuir la fe de lo que más cumplidamente se escribía, y hasta apunta que al propio santo, «a la postre de su vejez», le faltaba la memoria en punto a cronología. Fueter y otros han elogiado altamente la calidad de la Vida de Ribadeneira como una joya de la historiografía del siglo de oro. Su autor intenta ser veraz y objetivo, pero está subyugado por el santo: su entusiasmo no le deja ver la evolución interior de Loyola. Para verificar sus procedimientos de historiador resultan útiles sus recopilaciones de hechos y frases *De actis Patris nostri Ignatii* (iniciada en 1549 y concluida en 1566), y la amplia colección de *Dicta et jacta* (1573).

El cliché oficial que pretendía haber fijado Ribadeneira fue sometido a críticas posteriores. Araoz, Canisio, Ferrer, Texeira, Manare y otros redactaron censuras: muchas de forma, otras de fondo y exactitud. La 3.ª Congregación general de la Orden no mostró plena complacencia por la obra de Ribadeneira y encargó otra al italiano Maffei. Es inferior a la del toledano, pero amargó la existencia de éste. En cualquier caso, la diatriba beneficia al historiador actual. Por fin, como último superviviente del inicial grupo parisino, el portugués Simón Rodrigues redacta en 1577, a punto de morir, un delicioso relato acerca de los orígenes, rico y detallado, sobre todo en lo que se refiere al viaje desde París a Italia en los ya lejanos años 1537-1538. Palmio, a quien acogió Ignacio como novicio en 1546, puso por escrito sus viejos recuerdos a fines de siglo. Se extinguía la generación de los testigos vivientes que conocieron directamente a Ignacio. Ellos hurgaban en sus

recuerdos, los siguientes serían testigos de segunda mano y habrían de manejar papeles.

Al concluir el siglo, esta vasta operación de rescate y fijación de la imagen de Ignacio recibió un nuevo impulso por obra del proceso de beatificación en curso. Los primeros procesos informativos tuvieron lugar en Azpeitia, Barcelona, Manresa, Montserrat, Alcalá, lugares vinculados a la vida de san Ignacio hacía tantos años. El climax es de exaltación y veneración, pero no deja de conmover el testimonio aún caliente de octogenarios y nonagerarios que escarban en su frágil memoria y aportan innumerables detalles del paso lejanísimo del santo por sus vidas. Los procesos remisoriales se extendieron a Flandes e Italia. Se repiten esquemas, pero siempre es posible extraer algunas pepitas de oro. Es el postrer eco de la irradiación de un santo, catapultado hacia los altares: beatificado en 1609 y canonizado en 1622 junto con su querido Javier y con santa Teresa. La mitificación se consolida y adquirirá inflamados desarrollos. Estamos en pleno barroco, triunfal, maravillosista, heroico, milagrero. ¿Quién reconocería al pobre peregrino descalzo que pateó media Europa en las gloriosas bóvedas del Gesú de Roma?

Para devolvernos a la realidad de la vida nos quedan aún otras fuentes, documentos secos y fríos nacidos al filo mismo de los hechos y que son fragmentos sobrios del acontecer. Un centenar y medio ha recogido el P. Dalmases en su último libro. Las mercedes reales y pontificias de la familia de Loyola, testamentos, capitulaciones matrimoniales, concordias y pleitos de los antepasados o de parientes coetáneos del santo, los estatutos del clero de Azpeitia, de la cofradía del Santísimo Sacramento o las Ordenanzas para la asistencia de pobres de su villa natal, etc. nos ayudan a crear ambiente y enmarcar las actividades ignacianas. Otros nos traen el nombre de Iñigo, como ese temprano contrato de compra-venta de un caballo en que figura como testigo (1505), o los fragmentos de la causa criminal seguida contra Iñigo y su hermano (1515), o la concesión de Carlos V de llevar armas (1518), las declaraciones del capitán Herrera que defendía Pamplona y que cita como testigo al Loyola recién herido, los procesos complutenses (1526-1527), los registros de la Universidad de París, los títulos y dimisorias de órdenes; la licencias sacerdotales, los testimonios de inocencia de París (1537) y Venecia (1537), el proceso que le siguió en Roma y del que resultó inocente (1538), las dietas impuestas por los médicos, el pago atrasado del médico que curó sus heridas juveniles, etc.. Todos ellos con su aire burocrático o curialesco nos traen la imagen del hombre de carne y hueso que fue dejando esos variados rastros escritos, hoy pacientemente recuperados y coleccionados.

En resumen, quien hoy se quiere acercar a san Ignacio dispone de un acervo documental muy valioso en cantidad y calidad. Aunque no pueda disipar la impresión de habérselas con un iceberg y sospeche que su punta visible es mucho menos que la gran masa oculta, puede intentar razonablemente una aproximación al núcleo genuino de la personalidad ignaciana reflejada en sus pensamientos, palabras y obras y en la irradiación que su cercanía produjo en muchísimas gentes muy distintas. Hasta su caligrafía habla a los expertos en grafología.

Claro que las limitaciones de espacio y hasta la buena técnica literaria fuerzan a ir a lo esencial, a renunciar a los infinitos y mínimos hallazgos de eruditos, de los que está llena la bibliografía ignaciana, e inclusive a no tratar todas las facetas de la personalidad de san Ignacio. Sólo relativo es el

interés que puede tener el saber en mínimo detalle los múltiples itinerarios de Loyola, los reglamentos de los colegios parisinos, el emplazamiento y eventual subsistencia de las casas en que habitó, o la vida y milagros de los infinitos personajes que se cruzaron en su vida. Lo mismo pudiera decirse del ancho abanico de sus preocupaciones grandes y mínimas o de su polifacética experiencia. Nos interesa su actitud fundamental ante Dios y ante la vida, oír su voz como si manase del fondo de nosotros mismos; poder contemplar, a su luz, nuestra vida, con menos desprecio, si no con menor inquietud.

Precisamente para ello, hemos de contemplarle de cara, no de espaldas; desnudar de clichés y de imágenes gloriosas nuestra memoria, girar decididamente hacia atrás las manecillas del reloj, acompañarle en su largo itinerario o peregrinación sin saber lo que va a pasar más tarde. En suma, por elemental discurso de método, olvidar al santo. Después de todo, como dijo Manuel Machado en su bello soneto dedicado a Loyola:

«Santo, más luego de no serlo tanto para serlo mejor...».

Como detalle simbólico nunca le llamaré san Ignacio. En pura cronología, primero fue Iñigo de Loyola: el menor de trece hermanos, pronto sin madre y con demasiados herederos por delante como para esperar muchas facilidades de la vida sin tener que luchar para abrirse camino. Pero, ¿cuál, si él tampoco lo sabía?

I.- De Loyola a Loyola

Tierra y tiempos En cualquier caso era un Oñaz-Loyola, nombres de las dos casas solariegas que servían de apellido a los de su estirpe. El adoptó el segundo y lo haría universalmente conocido. Cuando inició su aventura, su hermano Martín trató de disuadirle por todos los medios, recordándole su valer, aireándole fundadas expectativas de mayor honor. ¿Cómo iba a pensar que el trotamundos, deshonra de la familia, iba a ser quien más la honraría? Iñigo de Loyola es un vasco, el vasco más universal, que dará a su apellido resonancia mundial y con él a su tierra nativa. Muchos lo llamarán vizcaíno, al uso de aquel tiempo, pero él debió dejar muy claro su origen, pues ya desde 1547 Laínez y Polanco lo hacen en sus apuntes nativo de Guipúzcoa, o de la Provincia, la provincia por antonomasia hasta el siglo XIX. Los biógrafos modernos, no hispanos, suelen subrayar su origen. Algunos hispanos liquidan muy sucintamente este punto y nos lo arrebatan para pasarlo muy pronto a Arévalo y moldearlo a su gusto como un producto típico del naciente Imperio. ¡Como si tuviera poca importancia el código genético recibido, la impronta familiar, el horizonte primigenio en el que nos abrimos a la vida: elementos todos que marcan indeleblemente nuestro ser en sus capas más profundas! Tierra y tiempos había que titular este capítulo. La primera, en singular, está ahí, compleja y confusa; el segundo, en plural, porque no coincide simplemente con los calendarios de manual, ni es único o uniforme. ¿Cómo y cuándo llegaban entonces las noticias y cuáles llegaban? ¿Qué significaba, desde la conciencia concreta de los hombres, la contemporaneidad? Ni siquiera poseían ideas exactas sobre el año del propio nacimiento. El «poco más o menos» suele ser una forma habitual en los intentos de precisar la edad. Por otra parte, el tiempo en que se vivía adquiría connotaciones muy variadas según fueran los ventanales familiares desde los que los hombres se abrían a los acontecimientos. En fin, este asomarse concreto posee, sobre todo en el niño y adolescente, una

carga de atención, interés y curiosidad, variable con los años. En biografía no nos importan tanto las coincidencias cronológicas, cuanto la sintonía espiritual. Un niño vive en el presente envolvente y le cuesta trabajo concebir un pasado inmediato en el que él no existía. La vivencia del tiempo y de su curso la adquiere directamente ahondando en el pasado familiar, en la inserción en su propia estirpe, en la identificación progresiva con un nosotros. El linaje, y no precisamente por ser de alto rango, tiene enorme importancia entre los vascos; dentro de él, la familia inmediata, compuesta por dos o tres generaciones, es como su compendio. Los niños no dicen «mi padre», «mi casa», sino «nuestros árboles» o «nuestras ovejas». El individualismo se expande en conciencia familiar. ¿Que podía significar, o ir significando, en el transcurso de los años ese «nuestro» para el menor de los Loyola? Lo más inmediato, tangible y estático eran las cosas vinculadas a la mansión: las piedras recias de los gruesos muros de la casa-torre, que resistieron el embate de los gamboínos en el siglo XV: «e no la pudiendo tomar, porque era recia pared»... Entre las piedras sobresalía una más enigmática: la del viejo escudo con los cuarteles de los Oñaz y los Loyola, con lobos que hablan por sí solos de dominio, osadía y rapacidad, y con caldera que parecía fundir generaciones y que nunca se sabía lo que podría cocer en el futuro. Y con las piedras, las armas bien guardadas y bruñidas, las cubas, los aperos de labranza, las ropas y utensilios que engrasan los inventarios familiares o los testamentos.

Mas, antes de entrar en la familia, volvamos a la tierra, a esa concreción máxima y entrañada que llamamos paisaje. Loyola se encuentra en la mitad de un alargado valle, ligeramente curvo, por el que corre un río de juguete llamado Urola, que apenas puede mover con sus desniveles molinos y ferrerías. Un valle, como tantos otros perdidos en un laberinto de montañas, en que la vista se posa sobre lo que se contempla a causa de su cercanía y su medida a escala humana. Predomina en él un fuerte verdor en primavera y verano, que se transforma en oro y colores calientes en otoño, en violáceos y rojizos en invierno, en gris tenue con tintes azulados cualquier día del año de cielo encapotado y en gris plumizo cuando se posan sobre el valle espesas neblinas que entran desde el mar o cuando amenazan horas de tormenta. A un lado de la casa-torre se van levantando altozanos cubiertos de espesos bosques de castaños, hayas y robles, árboles amigos que dan leña, fruto y sombra, que a su vera crían hongos y setas, y que cada año, con el caer de la hoja, recuerdan mansamente el fluir del tiempo, la mudanza, la brevedad de las estaciones, la esperanza de lo futuro. Al otro lado se levanta imponente la mole calcárea del Izarraitz, con su cresta pelada y grisácea, rosada en días de sol, y su falda donde se ase el verdor queriendo conquistar la cima. Llegar a su espinazo equivale a un certificado de hombría e implica descubrir incontables montañas circundantes y la inmensa anchura del mar. En días de tormenta se condensan en sus alturas los nubarrones que vienen del Cantábrico y parecen deslizarse por sus laderas como un ejército invasor, mientras los vientos furiosos entran desbocados por la oquedad montañosa de la vecina Cestona. Esos días la montaña, que parece un muro imponente, adquiere tonos sombríos y oscuros, casi tétricos. El Izarraitz es lo arduo, lo grandioso o inhumano, lo tremendo y casi numinoso, lo misterico, lo otro, donde cada día se oculta el sol. A un lado y a otro de Loyola, dos caras o dos espejos de la realidad cósmica. Y ¿cómo olvidar dentro de este marco el emplazamiento de la casa de los Loyola? Tengo para mí que Iñigo fue

siempre fundamentalmente un solitario. La tentación de vida eremítica que le asaltarán en algún momento de su vida no es gratuita. Era un hombre capaz de soledad y que, en el fondo, la añora; de una soledad impregnada de naturaleza y de espacios interiores repletos de sentimiento. ¿Qué otra cosa podía ser un niño nacido en una casa solitaria y aislada, discretamente distante de dos villas próximas, Azpeitia y Azcoitia, y para colmo rodeada de un tupido bosque? «Toda cercada de una floresta y árboles de muchas maneras de frutas, tan espesos, que casi no se ve la casa hasta que están a la puerta». Así la describía con ojos asombrados el castellano P. Tablares en 1551. La casa estaba en un altozano y un árbol gigantesco le daba sombra al mismo tiempo que ayudaba a descubrirla desde la lejanía. Iñigo nace y vive en un mundo aislado de la civilización urbana: aislado por el espacio físico y por la distancia que impone la estirpe. Por ello el entorno familiar inmediato adquiere una densidad mayor que en otros casos.

Oñaz-Loyola: el menor de muchos hermanos

Iñigo no conoció abuelos que fuesen fuentes de ternura, de leyendas, de primeros aprendizajes más tolerantes que directivos. Su padre murió cuando Iñigo tenía unos dieciséis años y acababa de salir de la casa paterna. ¿Y su madre? El más empeñado investigador de la historia de la familia Loyola ha de reconocer con resignación que nada sabemos de la madre de Iñigo con seguridad fuera del nombre —Doña Marina Sánchez de Licona— y de la fecha de su matrimonio con Beltrán de Oñaz, el padre de Iñigo (1467). Ni siquiera conocemos con exactitud su edad ni, sobre todo, la fecha de su muerte, ciertamente anterior a la de su esposo. En el testamento de Ochoa de Loyola (1508), hermano de Iñigo, se menciona al padre, ya difunto, pero en las composiciones de deudas y cumplimiento de mandas se habla de «un voto que la señora su madre mandó cumplir a Guadalupe, en tres ducados», y de una saya que dejó en testamento. Ella llevó 1.600 florines de oro de dote matrimonial y era hija de Martín García de Licona, personaje de Corte conocido como el Doctor Ondárroa. En el testamento del primogénito Juan, hecho en Nápoles en 1496, tampoco se hace mención alguna de la madre Doña Marina. Sorprendentemente no encontramos la menor alusión a su madre en la vida de Iñigo. ¿Llegó a conocerla o era para él un concepto sin rostro? Sospecho firmemente que sí, y que, en la medida en que la muerte de su madre afectó a su más o menos tierna infancia, tuvo que dejar en él huella indeleble en esa urdimbre constitutiva esencial de todo ser humano (Rof Carballo). Esa relación primigenia o, mejor, su eventual carencia, supone la privación de funciones maternas amparadoras, liberadoras, ordenadoras, transmisoras de pautas, inspiradoras de la confianza básica, descubridoras de horizontes. Esta temprana privación afectiva puede originar un insuficiente crecimiento corporal. Iñigo era muy pequeño de estatura y no deja en buen lugar la alta talla de los vascos. La carencia de madre es fuente de hábitos y de depresiones por falta de objeto, afecta a los modos de reaccionar y relacionarse con los demás, suscita oscuros sentimientos de culpabilidad. «Todo aventurero errante responde a la necesidad secreta e insoslayable de restañar en la urdimbre constitutiva un trastorno de esa función materna de horizonte», dice el eminente psiquiatra citado. ¿Se ocultará en ello la clave de la aventura errante que cubre un buen tramo de la vida de Iñigo? Mucho ha intrigado a los historiadores la «dama de los pensamientos» del Iñigo cortesano y herido, sobre todo por

aquello de que el estado de la dama era más alto que el de condesa ni duquesa. Acaso no han reparado que la soñada imagen maternal de toda Dulcinea imposible denuncia una urdimbre afectiva deficitaria. En el alma de Iñigo la madre fue suplantada o compensada, sea por la mujer que le amamantó, sea por su cuñada Magdalena de Araoz, sea por las buenas mujeres manresanas, sea por patrones mucho más sofisticados. El incolmable vacío lo han de poblar otras figuras. Hay otro dato seguro de no despreciables consecuencias: Iñigo fue el menor de trece hermanos. Entre la fecha de su nacimiento y el matrimonio de sus padres transcurren unos veinticuatro años.

Un eco lejano de este hecho cierto lo encontramos en las informaciones hechas en 1606 en Valencia, donde Doña Leonor de Oñaz, que se crió en Loyola, quiere convertir en milagroso el hecho, no sólo subrayando que Iñigo fuese hijo de «madre de tantos años», sino hasta haciéndolo nacer treinta y seis años más tarde que el primogénito de la familia. Los años fueron menos, pero bastantes. De hecho, sólo tenía siete años cuando entraba nueva dueña en la casa de Loyola: la esposa del heredero Martín, segundo de los hermanos de Iñigo. El mayor había muerto dos años antes en Nápoles (1496) en las guerras del Gran Capitán y pronto moriría el tercero de los hermanos en el mismo escenario. Iñigo creció junto a los hijos de su hermano, a caballo entre dos generaciones y con la psicología propia de quien vive tal situación: emulando a los mayores ante los que se siente pequeño y distanciándose de sus sobrinos ante los que se siente mayor. Su padre, muy a tiempo, quiso hacerle cambiar de aires y aprovechó la oportunidad de enviarlo a Arévalo. Mas, no adelantemos acontecimientos. De momento subrayemos que, al menos inicialmente, suele ser bueno ser muchos y ser el menor, llegado casi fuera de expectativas. Le precedían otros doce hermanos: Juan, Martín, Beltrán, Ochoa, que moriría en Loyola hacia 1510 tras haber servido en el ejército en Flandes y Castilla, mientras Hernando se perdía sin dejar rastro en la Tierra Firme de América; le seguían Pedro, el clérigo, y sus hermanas Juaniza, Magdalena, Petronila, Sancha... No faltaban dos hermanos bastardos; pero éstos generalmente sólo aparecían en los testamentos y los conocían de mayores. En sentido lato, la familia se amplía con las ramificaciones de la estirpe, poblada de apellidos ilustres: los Lazcano, Iraeta, Emparan, Licona, Yarza... Y de alguna manera se extiende a los criados de la casa, de presencia constante. Ya más lejos quedan los inquilinos o arrendatarios de tierras, ferrerías y molinos. En cambio queda muy cerca, física y sentimentalmente, la mujer que amamantó a Iñigo, María Garín, esposa de un herrero que vivía en una casa muy próxima que aún subsiste con el mismo nombre que entonces: Eguibar. El hecho no es efecto de una maternidad tardía. Curiosamente el hermano mayor de Iñigo, el muerto en Nápoles (1496), dejó una manda de cinco mil maravedises de Castilla para Ochanda, «mi ama que me crió»; y Ochoa, que murió en Loyola hacia 1510, dejó igualmente una saya y una capa de mujer a «la madre que me crió de teta». La presencia de una nodriza crea un tipo de relación, que hoy ha desaparecido, de incalculables resonancias sentimentales. María Garín pasa a la historia por su generosa prestación fisiológica, pero nadie habla de su influjo tutelar psicológico. ¿Criaría a Iñigo juntamente con algún hijo suyo? Aunque sea difícil servir a dos señores (Mt 6, 24), quizá sea posible criar a dos hijos. En cualquier caso, en el rostro,

en los brazos, en el seno de María Garín se ocultan para siempre secretos últimos que los investigadores buscarán en vano entre los documentos.

¿Cuándo nació? Las cuentas de la nodriza

Junto a este servicio personal —¿quién lo diría?—, María Garín será fundamental en verificaciones cronológicas, nada menos que acerca del año del nacimiento de Iñigo de Loyola. En la primitiva tradición documentada de la Compañía y en vida del mismo Ignacio, se venía atribuyendo a éste unos años precisos; tal tradición se apoyaba en referencias habidas de labios del propio Iñigo. Cuando él relató sus recuerdos a Cámara, comenzó resueltamente con un dato cronológico: «Hasta los veintiséis años de su edad»... lo que situaba su nacimiento hacia 1495-1496. Otras manifestaciones, también suyas, lo hacían nacer dos años antes. La estimación común y la posible vacilación de aquellos sabios maestros parisinos vino a quebrarse al tiempo de la muerte de Ignacio: en la lápida sepulcral le atribuyeron sesenta y cinco años, cuando hasta entonces se le daban sesenta y dos. Tal sorprendente y tardío cambio se debió a la seguridad con que María Garín aseguraba a quien quisiera oírla que Iñigo tenía dos años más. La tozuda nutrix, con la rotundidad de las mujeres del pueblo, convenció a los jesuitas coetáneos, y ha rendido a los historiadores de nuestros días, máxime cuando han podido reforzar tan pintoresca fuente histórica con un documento notarial de 1505 en que Iñigo aparece como testigo, obligando a pensar que tenía los catorce años legales requeridos para tal efecto. Sólo la autoridad moral del ama de leche podía dejar en mal lugar la prodigiosa memoria de Ignacio con argumentos más fuertes que el mejor silogismo. Sin ir a estudiar a París, ella prueba con las manos sobre los pechos que el pequeño de Loyola tiene dos años más de los que dicen. Ella no sabe restar, para fijar el año de nacimiento; pero lo pueden hacer los que sepan. El hecho tiene su importancia, porque de él depende la más larga o breve estancia de Iñigo en Loyola. Algunos le situaban en Arévalo a los siete años. Hoy con mucha probabilidad se sitúa tal trasplante a los dieciséis. Es ya un árbol talludito, con hondas raíces en su tierra nutricia. Entre otras cosas, ha tenido ocasión de patear las propiedades de los Loyola, de repetir ante casas azpeitianas, ante caseríos de labranza, molinos, ferrerías, tierras de cultivo, castaños y bosques, «eso es nuestro». Con un «nuestro» relativo, porque ya desde 1498, por el derecho consuetudinario vasco, el heredero Martín García de Oñaz, su hermano, es el dueño único y señor de Loyola, y sólo debe a sus hermanos una modesta ayuda, la legítima. Es una primera lección para Iñigo: ser más es tener más. Luego irá descubriendo que se pueden tener también cosas inmateriales, como un pasado, que prolonga más el ser hundiéndose sus raíces en el tiempo. El pasado entra en el niño por el oído más que por los ojos. El muchacho que intervino como testigo en la compra-venta de un caballo (1505) adquirió, sin duda, un sentido religioso de los papeles y del oficio de escribano. Dos hermanas suyas se casarían con sendos escribanos de Azpeitia y Anzuola. Acaso pudo contemplar alguna vez y tener en las manos los venerables papeles de la casa, recordatorios difusos de pasadas grandezas. Los privilegios, viejísimos a los ojos de un niño, otorgados en 1402 a Don Beltrán, por lo que se le concedían los diezmos de la parroquia; la Bula de Benedicto XIII firmada en Perpiñán (1415) que hablaba del patronato sobre la iglesia de Azpeitia; las confirmaciones de Juan I y II. Cuesta trabajo

pensar que no hubiera acariciado entre sus manos los documentos, mucho más recientes, de los Reyes Católicos, que tenían que ver con su padre, quien adquiriría así a sus ojos dimensiones míticas; en aquellos papeles se hablaba de los «muchos, buenos e leales servicios», en que puso su persona «a peligro e aventura». Fue en horas trascendentales en que se tambaleaba el trono de Isabel la Católica. Los vascos, y entre ellos el padre de Iñigo, tuvieron parte fundamental en tres escenarios neurálgicos: levantamiento de los cercos de Toro y Burgos, y defensa de Fuenterrabía contra los franceses (1476). El grito de guerra de Toro se hizo tan famoso por su éxito como por su rareza: Erru, erru, daca Rey. Repetido estentóreamente es como para movilizar la fantasía de un niño y provocarla a la repetición en juegos infantiles. Otros papeles hablaban de arrendamientos, de pactos entre familias, de treguas. En ellos podría haber aprendido Iñigo una condición de la naturaleza humana; «según las diversas intenciones y condiciones de los hombres, de lijero se mudan las voluntades para discordias»...

«Parientes mayores»

También, que la discordia estaba en la entraña de su estirpe y icon qué fuerza! Más de una vez debió oír que su abuelo lanzó un desafío terrible con otros señores a las villas guipuzcoanas (1456); que éstas le vencieron; que fue desterrado por el Rey, viendo desmochadas las almenas de su casa fuerte; tras la amnistía él hizo en ladrillo la parte alta de la casa, donde probablemente dormía Iñigo. Con el abuelo se extinguió la fibra levantisca y prepotente de los Loyola, y de las casas principales de Guipúzcoa, de los «parientes mayores». Con aquella generación acabaron las sangrientas guerras entre banderizos. Los Loyola eran oñacinos, los más poderosos del bando fuera de los Lazcano, con quienes emparentaban. Los otros eran los odiados gamboínos. «No pasaban los de Oñaz por la calle de los Gamboa, ni los de Gamboa por la de Oñaz; y hasta los vestidos y trajes se diferenciaban y en traer los penachos, que los de Oñaz los traían a la parte izquierda y los de Gamboa a la derecha». El abuelo fue desterrado con otros nobles de la zona de guerra con los moros, a Jimena de la Frontera. El Rey les incitaba a combatir contra los enemigos de la fe, no contra los enemigos de la carne. En tres años de destierro el abuelo dejó dos vástagos; ella se llamaba Hermosa. Como el amor no conoce fronteras luego se casó con Doña Sancha, una gamboína de la casa de Iraeta. Ella le dio a Beltrán, el futuro padre de Iñigo, y dos hijas más; sin ella tuvo otro bastardo. Era achaque de la familia. En generaciones anteriores nos encontramos con una Teresa, desheredada solemnemente porque «escogió de vivir inhonesta y no castamente». La pobre era mujer y desbordó los límites convencionales de la ancha moral de los Loyola. La tenían, sin duda, y se refleja en sus testamentos. Al legado de lo «nuestro» pertenecía el pecado, pero también la fe, y antes de que Iñigo dictase meditaciones sobre la muerte o el infierno, existían en su entorno la muerte y el miedo al infierno. ¿Habría leído alguna vez esos testamentos de sus antepasados y contemporáneos que hoy podemos saborear? Aquella 3.ª regla del segundo modo de elección, «considerar como si estuviese en el artículo de la muerte», la habían practicado, pero ya en esa hora postrera, sus mayores, y con qué profundidad. En los testamentos asoman los hijos legítimos e ilegítimos para fruición futura de genealogistas; las posesiones, las deudas, los

préstamos y deudas no canceladas, para gozo de los economistas y sociólogos; el derecho consuetudinario vasco de transmisiones patrimoniales, que interesará a los juristas; las mandas para redención de cautivos, para hospitales, para la parroquia y para las múltiples ermitas del contorno, que harán las delicias de los estudiosos del folklore y de las mentalidades. No deja huella el pesar por los enconados odios y torvas venganzas. Sí, el afán de rescatar el tiempo perdido, de buscar compensaciones penitenciales reñidas con la indeclinable responsabilidad personal. «Que envíen a Santiago un hombre por mi alma», decía Lope García de Lazcano en 1441. «Mando que envíen dos hombres a Santiago de Galicia por cuanto soy en cargo», repetía su mujer Doña Sancha en 1464. Otros dos habían de ir a Guadalupe, «el uno por mi alma, el otro por el alma de Juan Pérez de Oñaz». Y Ochoa de Loyola disponía en 1508 que un «buena persona» fuese a Guadalupe «en romeaje por mi ánima». La «guarda e salud del ánima» adquiriría en aquellos trances nitidez obsesiva, mucho antes de que Iñigo estampase la frase célebre: «y mediante esto salvar su ánima». Hechas todas las cuentas y balances, contrastados los «bienes e mercedes recibidos» con los pecados cometidos, sólo quedaba salida a la esperanza en el convencimiento de que en Dios «mayor es su misericordia que los pecados del mundo»; en la apelación a la piedad y misericordia divinas calificadas de «inmensas»; en la confianza de que quien crió y redimió nuestra alma, la querrá salvar; en la invocación de los santos, y sobre todo, de la Virgen María. No se improvisan en trance de muerte tantas y tan bellas invocaciones a María: «me sea abogada e rogadora por mi alma al su precioso hijo», decía el poderoso Lope García de Lazcano en 1441. A la «Virgen Santa María, en quien es mi esperanza», invocaba su esposa Doña Sancha (1464), segura de que la piedad de María «jamás falleció ni fallecerá a los que a ella con buena voluntad se encomiendan». Juan, el hermano mayor de Iñigo, que murió en Nápoles y quiso ser enterrado en Santa María nova, inicia su testamento en tierras lejanas en nombre de la Trinidad y «en nombre de la muy gloriosa Virgen María, Madre de mi Señor e Salvador Jesucristo, la cual hube siempre por señora e ayudadora e abogada mía en todos mis hechos, e ahora mucho más devotamente con verdadero corazón me confieso por su siervo e servidor». El hermano cura, gran pecador, también invoca a María por señora y singular intercesora (1527). D. Martín, el hermano que heredó Loyola, consciente de sus «enormes pecados» se acoge a «la sin mancha Reina de los ángeles» y deja mandas para sus ermitas. Mucho antes de leer las deliciosas coplas de Montesinos, Iñigo había mamado en su casa la devoción mariana que nunca abandonará.

También data de entonces el asentamiento de indudables vetas franciscanas en el espíritu de Iñigo. Los franciscanos aparecen en Guipúzcoa en el siglo XV. La aparición de la imagen de Aránzazu tuvo lugar en 1469, donde ya en 1501 existía un beaterío de Hermanos de Penitencia de la Tercera Orden de San Francisco que daría paso a convento formal franciscano en 1514. Un pariente próximo de la madre de Iñigo, Juan Pérez de Licona, sería el fundador del convento de Sasiola (1503). Más próximos geográficamente a Loyola van surgiendo por esos años las Clarisas de Oñate, Elgóibar, Mondragón, Vergara. Mención especial merece el convento de las Concepcionistas de Azpeitia, iniciado como beaterío en 1495 y que abraza regla formal en 1497. En su fundación desempeñó papel fundamental una pariente próxima de Iñigo, María López de Emparan y

Loyola, la monja de la familia que primero fue freirá de la ermita de San Pedro. A su profesión no debió faltar Don Beltrán, patrono de la iglesia. Iñigo, de niño, pudo oír de labios de su pariente monja el nombre de Francisco, que, por entonces, no le diría gran cosa. Más tarde conocería en Arévalo a otra tía monja franciscana. Quedaba sembrado un nombre, san Francisco, que un día se iluminaría desde dentro y conmocionaría el alma de Iñigo.

Aquí... o lejos

Iñigo fue abriendo los ojos a la amorosa nodriza que le repetiría orgullosa a modo de requiebro y con acento azpeitano: ¡Loyolako txikie! (el pequeño de Loyola). Se fue abriendo a los ritmos de la naturaleza en un rincón privilegiado, que el ya citado Tablares lo llamó en aquella época «una sombra de un paraíso en la tierra». La sensación de la fluidez del tiempo nace del contacto con la naturaleza: el día y la noche, las estaciones del año, los poblados manzanales en flor de la primavera, el otoño con la laboriosa confección de la sidra, el invierno con sus días cortos y largas noches en que se saborean las castañas, las tardes apacibles de viento sur, o de la fresca brisa del nordeste. Aún no habían venido de América el tomate, el tabaco, el chocolate, las judías que aún hoy se llaman Indi-babak, habas de las Indias. El domingo rompía la monotonía de la semana y obligaba a asomarse al casco urbano, donde los Loyola tenían su jantzi-etxe de rigor, la casa de aliñarse vestidos y calzado para acudir a la parroquia, conscientes siempre de sus derechos de patronato. El ritmo litúrgico con sus reiteraciones se asemeja más a un eterno retorno con las grandes secuencias de la Cuaresma y Pascua, la alegría festiva de la Navidad, y una inacabable lista de fiestas de la Virgen, de los Apóstoles y de los santos, que la vemos ordenancísticamente fijada en Azpeitia en 1499 con la misa mayor como centro. La gravedad de las ceremonias parroquiales se aligeraba y hacía campestre en las sucesivas romerías, que tachonaban el año, a las múltiples ermitas dedicadas a Santa María, San Juan, la Magdalena, San Pedro, etc. Aquel entorno inmediato, riente, aparentemente cerrado, ofrecía grietas o fisuras como para atisbar que el mundo no terminaba en el ancho valle, protegido por el Izarraitz y el Araunza a un lado y las costas de Oleta, Izaspi, Pagotxeta por el otro. ¿Qué había al otro lado de aquellos montes? A poco que ascendiese, descubriría nuevas cordilleras. ¿A dónde iban a parar las limpias aguas del Urola, cuyo curso se engrosaba en invierno dando mayor impresión de prisa y movimiento? Al mar, al mar que llevaba a Flandes e Inglaterra, al Nuevo Mundo. ¿Dónde estaba la frontera de moros donde estuvo desterrado el abuelo? ¿Dónde ese Nápoles en que muriera su hermano mayor, y en donde surgían tantos testigos vascos en un testamento hecho en tan lejanas tierras? Su padre le hablaba de los franceses y del sitio de Fuenterrabía en cuya defensa tomó parte; del abuelo materno, D. Martín García de Licona; del Doctor Ondárroa, miembro del Consejo Real, el que compró en Azcoitia la casa de Balda; o del pariente lequeitano Artieta que llevó en su nave hacia África a Boabdil el último rey moro, aunque la escuadra que él preparó en 1493 era para proseguir los descubrimientos en América, en el nuevo mundo. En aquellos días estaban frescas las proezas marítimas de Arrióla, Mendaro, Lazcano... y pronto coronaría la primera vuelta al mundo Juan Sebastián de Elcano. La nueva dueña de Loyola, Doña Magdalena de Araoz le hablaría de la Reina

Isabel a la que sirvió, y lloraría su muerte delante de Iñigo (1504), besando el cuadrito de la Anunciación que le regaló la Reina al despedirse, si acaso no le regaló también unos hermosísimos libros con la *Vita Christi* y un *Flos sanctorum*, ambos en romance. El mundo se iba haciendo más ancho en la fantasía de Iñigo; se iba poblando de nombres extraños, de reyes lejanos, de guerras. A su sombra iban cobrando cuerpo las ideas de valor y lealtad, de servicio, de honra, de fama. Se iba situando en el tiempo y en el espacio. La cronología es un frío invento de manual. La cronopatía es un sexto sentido, un sentimiento difuso que crece y se consolida en el ser humano, como los huesos y los dientes, y se mezcla con el torrente sanguíneo a la vez que las misteriosas hormonas. Iñigo fue aprendiendo a leer y escribir. Pero más que repasar el *Flos sanctorum* le gustaba visitar las herrerías de Aranaz y Barrenóla, donde se fundía el hierro con que se hacían espadas y coseletes, y entraba como en su casa en la cercana herrería de Martín de Errazti, el esposo de su nodriza, quedándose extasiado al verle trabajar en su pequeña fragua. Veía atizar el fuego, poner rusiente el hierro, martillearlo con decisión, con prontitud, exactamente, para transformarlo en azada, en arma o en herradura. Todo dependía del proyecto del herrero, de su «determinación determinada». —¿Ya ves?, le decía lacónicamente. Bastaba ver, saber ver, para descubrir la fuerza del actuar y sus resultados duros, resistentes, imperecederos. Era toda una lección que quedaba sembrada en su alma, harto más interesante que el dibujar letras con la pluma de ave. «Nosotros aquí», le repetía lacónicamente el herrero. —El hierro va a Inglaterra, a Flandes; los soldados también, lejos, y tus hermanos... ¿Aquí o lejos? En la alternativa aleteaba el espíritu de aventura y de proezas, mas también la necesidad forzada. Su hermano Martín era ya el dueño de Loyola e iban llegando los hijos. Mientras viviese el padre no lo echaría de casa, pero ya iba declinando visiblemente por mor de los años. Faltaba la madre para el buen consejo. El techo familiar era mucho menos firme de lo que soñó en su infancia. El confortador «nuestro» mantenía alguna consistencia bajo la sombra tutelar del padre. Don Beltrán quería encarrilar a Iñigo antes de decir adiós a la vida y pensó en utilizar la ayuda de la estirpe. Brilló la buena estrella para sus inquietudes seniles. Nada menos que el Contador mayor de Castilla le abrió las puertas de su casa para acoger a Iñigo como a un hijo. Allí se educaría y desde allí no le sería difícil situarse luego en la corte. La mujer del contador era pariente de los Loyola. En fin, el destino tenía un nombre: Arévalo, en el corazón de la meseta castellana. Pero tenía un precio: el abandono del verde valle de Loyola. La última tarde Iñigo paseó morosamente su vista por las laderas azuladas del Izarraitz, repasó sus ermitas, visitó la herrería de Errazti, acarició las piedras de su casa. Aquella tarde le sonaron de otro modo las campanas de la parroquia de Azpeitia y las esquilas de los rebaños que se recogen en el aprisco. Se disponía a hacer una «oblación de mayor estima y momento». ¿Acabaría en el servicio personal del Rey? Ni le pasó por el pensamiento el adjetivar al monarca. Pasarían muchos años hasta que distinguiese entre Rey temporal y Rey eternal. Así pensaba Iñigo un día cualquiera hacia 1506. Sintió sobre su hombro la mano segura de su padre, a la vez que lamentaba más que nunca el desamparo materno. Su padre podía morir tranquilo el 23 de octubre de 1507. Iñigo quedaba solo, discretamente emplazado, ante la aventura de la vida.

En otro hogar: Arévalo

Doña Magdalena de Araoz, la cuñada que hizo de madre, intentaría explicar a Iñigo en los días de preparativos de su partida de Loyola cómo era la fortaleza de Arévalo que ella conocía de sus años de dama de la Reina Isabel. Era inútil describir al mocito vasco el paisaje de Castilla; aproximadamente tan inútil como describir el mar azul a un castellano de tierra adentro. Yo tenía algún año más que Iñigo cuando llegué a Burgos en un mes de julio y aún está viva la impresión vivida en las altas torres de la catedral. Por Vitoria y Burgos tuvo que dirigirse Iñigo camino de Valladolid y Arévalo, donde la llanura se hace aún más inmensa. Su grandeza sobrecoge, empequeñece, casi llega a asfixiar al hombre de pequeños valles y cercanas montañas, de escala paisajística de medida más humana. La mirada no se posa, se pierde en el infinito; el árbol no es un amigo cercano, sino un punto de referencia, una especie de accidente de la naturaleza. Y el cielo terso, inmenso, azul o negro y tachonado de estrellas... Ante lo que veían sus ojos, Iñigo descubrió, ya de camino, que los predios de los Loyola eran como una pequeña huerta comparados con las mieses de Castilla, semejantes a un mar de oro; su altiva casa-torre era modesta y sobria comparada con los palacios de los notables de Castilla. La lección tomó perfiles más tangibles cuando llegó a la mansión donde fue acogido como un hijo por Velázquez de Cuéllar y más aún por su esposa, doña María de Velasco, pariente de los Loyola. Iñigo haría nuevamente el número trece en la nutrida familia, ya que crecían en ella seis hijos y otras tantas hijas. El acoplamiento del nuevo miembro de la familia no fue difícil, pues la diferencia de edad no era mayor. El primogénito sólo llevaba siete años a Iñigo y eran más o menos de su edad Miguel, Agustín, Juan, Arnao. La adaptación, en estudios o diversiones, en la vida corriente, fue feliz. Más delicado sería el proceso de adaptación a un nivel de vida inusitado. Hubo de pasar tiempo para que el fresco asombro inicial cediese ante la rutina, para que la grandeza se hiciese hábito. Hoy conocemos mejor la atmósfera que respiró Iñigo durante diez años largos de su vida: el peor noviciado imaginable para una futura vida de pobreza. Esto hace más meritoria la opción: Iñigo escogió libremente la pobreza suma, habiendo conocido la riqueza fastuosa. Pero ¿qué estoy diciendo? Iñigo aún no ha escogido nada, y menos la pobreza. Le han marcado su destino, un destino en verdad envidiable.

El hogar donde vivió era un palacio real verdadero, mansión habitual del matrimonio Velázquez-Velasco. La vida en aquellos muros era una lección permanente de muchas cosas. Iñigo se insertaba en su nueva familia en un momento en que ésta disfrutaba de espectacular prosperidad y gloria. Poco a poco pudo adquirir conciencia de ello, abriendo simplemente los ojos y los oídos en las largas tertulias con los hijos, que todo lo cuentan. Don Juan Velázquez de Cuéllar era un personaje. Sus hijos no dirían que era un burócrata ascendido a altas cumbres, y que de tales alturas entroncaría con la nobleza. Eso lo dirán luego los historiadores. Ellos sólo contarían que el bisabuelo sirvió al Infante Don Fernando en Antequera y fue Canciller y tres veces Virrey de Sicilia; que su abuelo Don Gutierre fue del Consejo Real, sirvió treinta años a la Reina Isabel, y fue teniente de aquel palacio real y fortaleza de Arévalo, en que ahora vivían; que su padre era contador mayor del Reino. Ya no se acordaban de que comenzó por ser contino (1486), que participó como capitán en la conquista de Málaga (1487), que fue maestresala y contador del Príncipe Don Juan, muerto en plena juventud,

gobernador y justicia de Arévalo, y teniente de aquellos palacios. Los niños cuentan las cosas últimas, las más gruesas: que era amigo del Rey Fernando, hombre de confianza y beneficiario de inacabables mercedes. Había sido testamentario de la mítica Reina Isabel, quien, por cierto, había estado en aquella su casa once veces para visitar a su madre, Doña Isabel de Alvis. No se podía digerir aquel torrente de favores reales sino con el tiempo, con el paso de meses y años. Iñigo nunca conocería la lista completa de cargos y mercedes reales de que gozaba su protector: sueldos, tercias, regidurías, escribanías; le bastaba saber que tal prócer era amigo de su padre y le había pedido «le diese uno de sus hijos, para que él con su fervor le ayudase y tuviese en su casa» y luego lo introdujese en las antecámaras reales. Aun sin ver los libros de cuentas, bastaba vivir en aquella mansión para saborear la dulzura de la opulencia: a la vista estaban tablas, cuadros y tapices preciosos; el cuerpo se fue haciendo placenteramente al rico tacto de las sábanas de holanda de los lechos. Los días de fiesta lucía la casa galas nunca soñadas. ¡Cómo olvidar los fastuosos banquetes con que Doña María de Velasco obsequiaba a la Reina Doña Germana de Foix, la que había suplantado en el corazón de Fernando a la gran Isabel! Varias veces moró el viejo Rey Don Fernando días y aun semanas en aquella regia mansión durante los años de estancia de Iñigo. Aquellos días salían a relucir las espléndidas vajillas de oro y plata y las joyas de la señora, y en la capilla se usaba el fabuloso Misal con 219 perlas engarzadas. Al pasmo de los ojos se unía el del olfato ante los extraños perfumes; y el de los oídos, porque Doña María repetía una y mil veces ante aquellos tesoros como ante su fabulosa colección de perlas y pedrería preciosa: —Esto fue de la Reina Isabel. Muchos nobles y grandes de Castilla habían comprado cosas similares en la increíble almoneda que siguió a la muerte de la Reina Isabel para cumplimiento de mandas y pago de deudas; pero ella había tenido la suerte de «estar de mano» en aquel juego de sueño, porque su esposo era el administrador de aquel tesoro, el vendedor y tasador, y ella se había quedado con la mayor y mejor parte.

Leal vasallo, perfecto caballero

Hay un pasaje en la Autobiografía en que se alude a estos años: «el tiempo en que servía en la corte del Rey Católico». Iñigo no fue paje oficial, sí lo eran los hijos de Velázquez y damas de corte las hijas. Mas la corte estaba donde estaba el Rey, y en Arévalo estuvo días y aun semanas Don Fernando en 1508, en 1510, en 1511, en 1515, y en aquella casa se criaba el Infante Don Fernando, el futuro emperador que sucedería a su hermano Carlos. En otras ocasiones tocaba a Velázquez y su familia servir al Rey fuera de Arévalo: en Burgos, en Valladolid, en Sevilla, en Segovia o en Medina del Campo. Los hijos de la casa, y con ellos Iñigo, harían de pajecillos, y experimentarían la caricia cuasi carismática del monarca. Era casi obligada la presentación. —Alteza, éste es el hijo menor de Don Beltrán de Loyola. —¿Qué se hizo de Don Beltrán? —Murió en octubre de 1507, Alteza. —Un leal vasallo, un gran caballero, diría el Rey, se portó como un valiente en Toro, en Burgos y en Fuenterrabía. Y ¿qué es de doña Magdalena de Araoz? —Alteza, vive en mi casa de Loyola, casada con mi hermano Martín. Por primera vez sonó en oídos de Iñigo, de labios de un monarca, la frase mágica, «leal vasallo», «perfecto caballero». Le encandiló con su embrujo. Era más alto sentirse decir «vasallo» por un gran Rey, que

sentirse pequeño señor de unos vasallos y aun «pariente mayor» en Guipúzcoa. ¿Qué sería el oírse llamar «perverso caballero»? ¡Qué fuerza poseen las palabras en boca de los reyes! Aún le resonaban las que oyera a Don Fernando en el banquete: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de los infieles. Está en ello el Cardenal de Toledo y nos ayudarán el Rey de Portugal y de Inglaterra. Conquistaremos la Tierra Santa y el Cardenal celebrará la misa ante el Santo Sepulcro. Yo espero que los que más se querrán afectar y señalar en mi servicio ofrecerán sus personas al trabajo y harán oblaciones de mayor estima y momento. ¡Caminos para soñar con la mirada perdida en la llanura sin fin! Desde aquella atalaya excepcional se contemplaba el mundo, se percibían sus palpitaciones. Llegaban más noticias que a Loyola, y cada noticia era como una oferta tentadora. Italia era un dulce nombre. Allí murió su hermano, pero seguía la guerra y en ella extraños pactos. Don Juan Velázquez les habló un día de la Liga Santa entre el Rey Católico, el Papa, el Emperador Maximiliano, Enrique VIII y Venecia, y de la derrota que la Liga sufrió en Rávena (1512). El Rey Fernando había ocupado Navarra; Íñigo se acordó de Beotibar. Aún había tierras más lejanas y fantásticas, las Indias, el nombre que tentó a su hermano Hernando. Diego Velázquez de Cuéllar acababa de conquistar Cuba (1511); Ponce de León, la Florida; Núñez de Balboa descubrió otro inmenso mar detrás de aquellas tierras (1513). «Mi voluntad es de conquistar»... Cerca estaban Valladolid y, sobre todo, Salamanca, con su universidad. A ésta iba a ir Arnao Velázquez de Cuéllar, capellán de la Reina Juana sin ser sacerdote, pero destinado para clérigo. Se hablaba mucho de la de Alcalá, recién fundada por Cisneros, pero las Letras no le tentaban. Bien decía el refrán tantas veces oído en Loyola, que compendia el horizonte para los vascos decididos a ser algo: «Iglesia, mar o casa real». Su camino estaba marcado. El también podía decir en algún sentido: «Es mi voluntad»... Los sueños se derrumbaban cuando llamaban al orden los preceptores. Íñigo se lucía en caligrafía. Si se contentase con > menos, podía ser un buen escribano. Un vasco callado y buen pendolista podía ser secretario real. Ahí estaba su paisano Pedro de Zuazola para demostrarlo. Le entusiasmaba la delicada música cortesana y gozaba aprendiendo a tañer instrumentos. Su paisano y pariente Joanes de Ancheta era una figura en la corte. Acaso tuvo por maestro a Pedro Mártir de Anghiera, el hombre que no cesaba de escribir cartas. Los latines no le iban. Cualquier día pudo enseñarles el preceptor, acariciándolos uno a uno, los preciosos libros de la biblioteca de la casa. El los prefería a todas las perlas de Doña María, porque en ellos se nos enseñaban cosas muy importantes para la vida; entre otras, a rezar. Para eso eran aquellos preciosos Libros de Horas. Para acertar en el camino de la vida estaban las obras de san Agustín, los escritos de Libertino de Cásale y de Cavalca, las revelaciones de Angela de Foligno, la traducción del libro de Guileville Del Peregrino de la vida humana. —Y ¿qué es un peregrino?, preguntó Íñigo entre la hilaridad de los demás. Aún quedaban títulos más extraños: Del regimiento de la conciencia, Reformación de las fuerzas del ánimo, un viejo manuscrito acerca de la Tierra Santa... Los ojos, y más el corazón de Íñigo, resbalaron sobre aquellas palabras que, todavía, nada le decían. En punto a libros, sólo le interesaban los libros de caballerías que le pasaban a hurtadillas sus nuevos hermanos mayores. Lucha, torneos, hazañas famosas, gloria, «valer más», la vieja melodía de los parientes mayores, pero ahora potenciada, orquestada, a muchas y grandes voces... Se identificaba con el brillo, con el reflejo soñado de sí

mismo en los demás. (Más sale unas cien veces en el libro de los Ejercicios. Perdón, por el anticipo). Y ¿la obligada «dama de los pensamientos y dueña del corazón» de todo esforzado caballero? Tenía que ser al menos «muy hermosa, generosa y virtuosa», como lo era Doña María de Velasco, según sus coetáneos, y aún más que condesa ni duquesa. Y ¿cuáles serían los tiempos y modos de elección de la señora imposible, que suplantaría el inmenso vacío inconsciente de la madre? La Reina Doña Germana era gorda y bebedora, entrada en años, poco apta para romanticismos juveniles. Veinte años tenía la Infanta Leonor, a la que viera en inolvidables festejos en Valladolid. Aún no había visto a la Infanta Catalina, hija póstuma de Felipe el Hermoso, cautiva en Tordesillas con su madre loca; de ella diría fray Lope de Hurtado que era «la más linda cosa que hay en el mundo». La más ruda de las imposibles hazañas era para Iñigo la de ser poeta y versificador. Podía ser lo primero, porque sentía mucho. Pero ¿lo segundo? ¿Quién pudiera componer coplas como fray Ambrosio de Montesinos! Trataba en su lengua nativa, le faltaba léxico y fluidez. Pero lo intentó. Nos consta que escribió un poema en verso en honor de san Pedro. Puro mimetismo falaz. Recuerda, Iñigo: «Toda la vida espiritual perece en cuanto se la reduce a estética» (L. Lavelle). No eres tú. —Y ¿quién soy yo? —No tienes tiempo para pensarlo. Espera un poco. «Buscar lo que quiero», «sentir»... Te hierve demasiado la sangre y la prisa. Ahora te esperan la caza, las fiestas, y en ellas damitas de perfil y contornos menos impalpables que los de la dama de tus pensamientos. Te vas olvidando paulatinamente de tu Loyola nativa, alejándote física y espiritualmente. Ya no te acuerdas de María Garín, y del herrero Errazti, que te decía: «Nosotros aquí». Todos los hijos pródigos que en el mundo han sido acaban yéndose in regionem longinquam (Le 15, 13), emborrachados del presente y despojándose del pasado como de una ropa vieja.

Un proceso, no de beatificación

Iñigo salió ciertamente de Arévalo durante los años de su larga estancia. ¿Volvió alguna vez a Loyola? Nos consta de una vez, en que dejó triste memoria, con un lance que fue fruto de la arrogancia del que viene de fuera, contagiado de la prepotencia que insemnan las alturas. Es el primero de los procesos que va a sufrir Iñigo, y no precisamente de beatificación. Quedan aún suficientes fragmentos del mismo como para ponernos en autos. Fue el año 1515 y en Carnaval. No sabemos si Iñigo tuvo tiempo para visitar a su prima monja concepcionista, pero lo tuvo para fechorías nocturnas, «cierto exceso», cometido en compañía de su hermano clérigo Pedro, que se desglosa en los papeles como «delitos... calificados y enormes». Hay extremos seguros: fue «de noche, e de propósito, e sobre habla e consejo habido sobre asechanza e alevosamente». En nada se descubre la entidad de la fechoría nocturna bien tramada. ¿Un susto, alguna paliza, faldas? Fue más que una chiquillada, aunque no nos debe asustar el calificativo de «enorme». Simplemente los hechos desbordaban ciertos límites convencionales y dieron lugar a la intervención del Corregidor de Guipúzcoa, Don Juan Hernández de Gama. Iñigo vivió horas dramáticas en las que podía jugarse el porvenir. Huyó precipitadamente de Loyola. ¿A Arévalo? No, a Pamplona, a acogerse a la protección episcopal, alegando que era clérigo tonsurado (!). Allí fue detenido, arrestado o encarcelado en las cárceles episcopales. El proceso descubierto en nuestro siglo ha dado

quehacer a los historiadores. ¿Acaso Iñigo, como tantísimos otros, fue tonsurado de muy joven, dejando así abierta una puerta para el futuro, de cara a posibles prebendas eclesiásticas —los Loyola eran patronos de las iglesias de Azpeitia y Azcoitia— o a la eventual protección del fuero clerical? La Iglesia lo amparó en la persona de Paulo Olivier, Vicario del obispo administrador de Pamplona, Juan Bautista Costanzi, arzobispo de Cosenza, en Italia. Mas el Corregidor no cedió ante la amenaza de censuras canónicas, sino que pleiteó con la curia pamplonesa. En sus reclamaciones repite insistentemente que Iñigo era lego y no clérigo de corona, y se atiene en su convicción a datos externos: aunque lo fuese, jamás había sido matriculado como tal en los registros de Pamplona, ni había llevado el hábito clerical prescrito por las Constituciones Sinodales. Esto bastaba para no poderse acoger al fuero clerical, a tenor de las pragmáticas de los Reyes Católicos, que quisieron cortar el uso abusivo del mismo por parte de quienes en sus fechorías no usaban signos o hábitos clericales. Con intención manifiesta de subrayar el carácter laico, y aun mundano, de Iñigo, el Corregidor acumula auténticas pinceladas brillantes sobre la estampa pública del pequeño Loyola cortesano: era notorio que durante meses y años, lejos de ostentar hábito clerical, había traído armas, y capa abierta, y cabello largo, hasta los hombros, sin asomo de corona. En otros documentos el Corregidor suplanta al mejor pintor describiéndonos a Iñigo con vestidos multicolores a cuadros, con su birreta roja —distintivo de los Oñaz—, con su espada al cinto, con loriga y coraza, empuñando ballestas. Y mojando el pincel en tintas más sombrías añade que se mezclaba en asuntos seculares, con escasa decencia clerical en su vestir y aún peor en sus costumbres. La lectura atenta de las diversas piezas documentales no nos saca de dudas: no queda claro si el «llamado clérigo» era solamente laico, o si efectivamente había abandonado impuestos e interesados propósitos clericales. El asunto volverá a salir al paso años más tarde. Mintiese o no mintiese el joven Loyola de largos cabellos rubios, se acogía a la Iglesia para escapar de responsabilidades, no para asumirlas. Feo comienzo para un hombre que aspira a engrosar una galería brillante de «hombres de Iglesia». De esos había muchos, pero sólo entran en esta colección como trasfondo y contrapunto de otros más notables y singulares. El Corregidor quedó contrariado y tuvo menos fortuna que su antecesor Velanúñez, que pudo meter en la cárcel y desterrar de la provincia a Martín de Loyola. Iñigo volvió a Arévalo en cuanto pudo, a fanfarronear de su aventura y de su escapada.

Fue un primer aviso, para su loca seguridad de joven y de poderoso. Le esperaban otros en Arévalo. No precisamente el de su buena y vieja tía monja, Doña Marina de Guevara, que un día le dijera: «Iñigo, no asesarás ni escarmentarás hasta que te quiebren una pierna». Era una frase ingeniosa y casi tópica; no sospechaba que fuese premonitoria. Mas la vida nos enseña con hechos, no con frases. Y no faltaban hechos que ensombrecían las antiguas euforias. En 1515, el año marcado por la calaverada azpeitiana de Iñigo, llegaba a la mayoría de edad el archiduque Carlos. ¿Qué astrolabio orientaría a los hombres en el norte del poder? Aún no se habían calmado las banderías entre felipistas y antifelipistas que asomaron durante el reinado efímero de Felipe el Hermoso. El 23 de enero de 1516 moría el Rey Fernando. Los Reyes no eran eternos, sino temporales. Allí estuvo Don Juan Velázquez de Cuéllar para la lectura del testamento. Era un alto honor, pero el fin de una confianza y de una generosa protección. El Rey vivió sus últimos días «roído de tristeza», como

diría Pedro Mártir. Anduvieron por medios afrodisíacos propinados por Doña Germana. El 22 de febrero de 1517 moría en Arévalo el primogénito de Velázquez de Cuéllar, en pleno esplendor. Antiguo paje del Príncipe Don Juan, luego de los Reyes Católicos, agraciado con innumerables prebendas y mercedes, pregonero mayor de todas las rentas y alcabalas por la Reina Doña Juana, casado con una Enríquez, de la casa del Almirante de Castilla y prima carnal del Rey Fernando. El Rey le regaló medio millón de maravedíes para la boda y luego lo hizo caballero de Santiago y Comendador de Membrilla. Razón llevaba el poeta Manrique: Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir, allá van los señoríos.

Sin protector: «Sin poder dejarle acomodado»

Unos meses más tarde moría prematuramente Don Juan Velázquez de Cuéllar: exactamente el 12 de agosto de 1517. Pero antes que la muerte física, había conocido otro género de muerte, que afectó a Iñigo como a toda la familia arevalense. El nuevo Príncipe Don Carlos, tras la muerte de Don Fernando, había pasado a Doña Germana las rentas y señoríos de Arévalo, Madrigal y Olmedo. No le gustó al Cardenal Cisneros la medida y se quejó al joven Príncipe, no sin prevenir a Velázquez de que se dispusiera a acatar lo que dispusiere. Menos gustó a éste el repentino cambio, que la propia villa consideró no correcto. Carlos V revocaría la orden en 1520, pero era firme en 1516. Velázquez resistió en noviembre de aquel año y aun puso la villa en estado de defensa. Cisneros lo destituyó y Cuéllar hubo de retirarse a Madrid a llorar su desgracia, la muerte de su hijo e ingentes deudas. Los Velázquez se vieron hundidos, despojados de sus cargos y echados de su casa, que pasó a Doña Germana. Hacía poco tiempo no podía estar un día sin Doña María de Velasco, su servidora y amiga, «más de lo que era honesto», como diría el coetáneo Carvajal. Ahora Doña María «desamaba» a su vieja amiga. Del amor se pasó al odio, sentimientos contrapuestos; de la opulencia a rango inferior; del favor real, al que estaban habituados, a la desgracia, dictada por el nuevo Rey extranjero. La nueva situación fue fatal para Iñigo; la registrará cabalmente un compañero suyo de aquellos días, llamado Montalvo, muchos años más tarde: su protector murió «sin poderle dejar acomodado». Fue un amargo despertar. Doña María de Velasco fue generosa, pero no se engañaba respecto a sus posibilidades futuras; le buscó un nuevo patrón, poderoso y pariente de los Loyola. A él le remitió con cartas de recomendación, regalándole además dos caballos y la nada despreciable suma de 500 ducados. Tras los días gloriosos, era humillante tornar a Loyola. Había que volver a empezar. La buena estrella era una estrella fugaz, como aquellas que se veían en la noche de San Lorenzo en el ancho cielo de Castilla: brillaban un instante y parecían caer en la oscuridad del abismo. La fortuna era voluble e inestable, se complacía en acumular desgracias. Bastaba un mínimo accidente para cambiar su rumbo. Años más tarde contaría Iñigo el trance a Ribadeneira: un grano en la nariz, una soriasis maloliente, postró al joven caballero en la desesperación, al verse rechazado por todos. Acudió sin éxito a muchos médicos. En algún momento imaginó que habría de terminar sus días escondido en un monasterio. Unos simples baños de agua despejaron la temible enfermedad. Menos mal. Iñigo volvió a vivir. «No asesará...», le decía la vieja tía monja cercana a la muerte. De Arévalo salió con dos caballos y algunos escudos por todo beneficio. Rotas sus esperanzas

cortesanas, no le quedaba sino el camino de la milicia o del servicio. Pero le quedan prendidos en el alma y en el cuerpo los finos usos cortesanos, un aire distinguido y pulido, que nunca lograría disimular, ni disfrazándose con andrajos; unos modales y unas bellas manos que recordarían todavía a fin de siglo unas mujeres catalanas. Le quedaba también una arraigada capacidad de ensoñación, de ser más, de concebir ideales magnánimos. Con todo, había de comenzar por ser satélite de otra estrella, el Duque de Nájera, Don Antonio Manrique de Lara, Virrey de Navarra desde 1516. Le nombró el cardenal Cisneros, pero le confirmó en el cargo Carlos V desde Bruselas el 7 de junio.

De la casa del Virrey de Navarra

¿Desde cuándo virreyes en Navarra si sus reyes, enteros y verdaderos, remontaban a la época de Carlomagno? ¿No contaba con una serie de dinastías que mezclaron su sangre con las de Aragón y Castilla, con las de Francia y hasta con antiquísimos reyes moros? Eso... había terminado bruscamente hacía sólo cinco años. El viejo y pequeño reino pirenaico arrastró terribles desgarros internos durante el siglo XV, entre agramonteses y beamonteses que, por cierto, se vinculaban respectivamente a gamboínos y oñacinos guipuzcoanos. Pero aquella agonía no concluyó con muerte natural, sino con una ocupación militar dispuesta por Fernando el Católico. Comenzó por solicitar el tránsito de sus tropas para combatir contra Luis XII, rey de Francia, excomulgado por Julio II. Luego pretextaría que la excomunión era extensiva a la dinastía navarra, aliada del francés. Al fin, reclamaría el título de rey de Navarra y lo uniría a la corona de Castilla, no a la de Aragón. Las tropas del Duque de Alba tuvieron pronto la última palabra: 6.000 infantes, 2.500 caballeros y 20 cañones tenían un poder persuasorio superior a cualquier Bula pontificia. El Rey navarro Don Juan de Albret mandó a sus hijos al Bearn y pronto se uniría a ellos en el destierro. La soberanía de Navarra murió en 1512. Para designar esta operación de rapiña, los historiadores suelen utilizar abundantes eufemismos: incorporación, anexión, unión, que recuerdan una moderna palabra, Anschluss. Don Juan de Albret intentó recuperar su reino en octubre de aquel mismo año y pudo contar con un ejército de 14.000 hombres, navarros, franceses y alemanes, mandados por La Palice. Llegó a sitiar Pamplona, pero tuvo que retirarse en pleno invierno perdiendo hombres y artillería en los riscos de Veíate, hostigados por guipuzcoanos y beamonteses, entre los que se encontraba Don Martín de Loyola. Los fracasos se pagan caro. Más que las razones pesaría el derecho de conquista. El 14 de junio de 1515 era incorporada Navarra a la corona de Castilla. Había muerto ya Julio II, el Papa de la Bula infausta, y acababa de morir Luis XII de Francia. Le seguiría pronto Don Juan, el último rey de Navarra. Un año más tarde desaparecía de escena Fernando el Católico. Mueren los hombres, permanecen los problemas. El 10 de julio de 1516, el nuevo titular de los reinos hispanos, el futuro Emperador Carlos, juraba que tendría a Navarra «por reino en sí». En mayo había nombrado Virrey al Duque de Nájera, acérrimo enemigo de los agramonteses. A él llegaría un año más tarde en busca de protección y empleo Iñigo de Loyola; le abonaban las cartas de recomendación de Doña María de Velasco y su propio parentesco con el Duque.

Fue acogido como gentilhomme; el Duque lo contaba entre «los de su casa». Es verdad que le deleitaban los ejercicios de armas, pero Iñigo no fue un soldado, aunque podía manejar la espada cuando fuese preciso. Iniciaba su nueva vida en Pamplona, en los palacios del Duque en Nájera o en Navarrete. Arévalo iba quedando lejos, como una Capua de delicias. En Navarra «servir» significaba «trabajar en el día... vigilar en la noche» (Ej 93), a la sombra de un personaje odiado por los más. No se vivía en guerra, tampoco en paz, simplemente en tregua. Al fin, el Duque era el representante del Rey intruso, no del natural; un ocupante. ¿O no? Buscaba apoyos y adhesiones que diesen a la situación visos de normalidad política, de derecho, pero dejaba sentir el peso del invasor y extraño de mil formas: se demolían pequeñas fortificaciones antiguas, se conferían a los adictos los puestos de mando. Beaumont sucedió en la Presidencia del Consejo Real de Navarra al prestigioso Doctor Jasso; no en vano los hijos mayores de éste luchaban por el rey destronado. Murió, lleno de tristeza, el 16 de octubre de 1515, preocupado por la suerte de su hijo menor de sólo nueve años. Se llamaba Francisco y vivía junto a su madre en el castillo de Javier. Este sería demolido en gran parte al año siguiente y quedaría reducido a mera vivienda. El cardenal Cisneros urgía el desmantelamiento de Navarra. También moriría pronto, así como el Rey legítimo, Don Juan. Los viejos se iban, traspasando sus dolores y gozos a sus sucesores, que cambiaban de nombre: León X se llamaba el nuevo Papa, Francisco I el rey de Francia, Carlos I el de España; Enrique, el adolescente que aspiraba a rescatar su corona navarra. Todos vigilaban; esperaban ocasiones propicias. Al morir Don Fernando se intentó reconquistar Navarra entrando desde Francia por el Roncal. Al nuevo fracaso siguieron más duras medidas, represalias y registros de casas. Al morir Cisneros renacieron las esperanzas de los perseguidos. El Duque de Nájera quiso cortar el envío de mensajes al príncipe Enrique, que vivía en el Bearn. Además, dio una orden prohibiendo severamente que se dijese que Navarra pertenecía a los Albret. Se podía aherrojar la opinión pública, no los sentimientos. Por eso se dio prisa a fortificar Pamplona. El viejo castillo no servía. En pocos años se quiso poner en pie una nueva fortaleza. Para ello hubo que derribar un convento de dominicos y destruir en él la sepultura del señor de Javier y hasta una casa que éste poseía en Pamplona. Sus recias vigas sirvieron para el castillo nuevo o fortaleza de Santiago, en cuya construcción trabajó activamente un enjambre de canteros guipuzcoanos. Pamplona no era Arévalo. No había visitas de reyes, fiestas, noticias del Nuevo Mundo. Se dormía con intranquilidad y no se caminaba seguro por sus callejas. Hablaban torvamente los ojos. Los dedos se volvían huéspedes y la intranquilidad hacía ver fantasmas amenazantes. Bajo cualquier gesto o ademán se ocultaban dosis de resistencia o provocación. Un hermano del Duque recordaría años más tarde, en la lejana Ratisbona, con lágrimas, que él vio con sus ojos cómo una vez se cruzó Iñigo con una hilera de hombres que lo arrimaron a la pared de la calle. Echó mano a la espada y siguió calle abajo a aquellos desconocidos. ¿Quién provocó a quién? «Si no hubiera quien le detuviera, o matara a algunos de ellos, o le mataran», comenta el narrador, amigo de Iñigo, «como quien tanto tiempo le había conocido en su casa», y testigo de la escena. ¿Valor del colérico Loyola o miedo vestido del más engañoso de sus disfraces, la valentía sin medida? Iñigo residió más de tres años a la sombra del Duque-Virrey, regularmente en Pamplona. Con toda probabilidad le acompañó a Valladolid a la jura del nuevo monarca Carlos,

ya que allí estuvo el Duque «con toda su casa». Con motivo de las Cortes, se celebró en la capital castellana la recepción del Reino. El 7 de febrero de 1518 desfiló por la villa el más vistoso cortejo. Delante iban tambores, clarines y heraldos, les seguían los embajadores. Eran las nueve de la mañana; lluvia y nieve deslucieron la solemne procesión que se dirigía a San Pablo. Los Grandes Maestres, el Condestable, el Almirante, los Duques de Alba, de Nájera, de Béjar, de Arcos... Muchos marqueses y condes, entre éstos Ureña, «lujosamente ataviados», acompañaban a pie al Rey Carlos, mientras en la iglesia le esperaban los Infantes Fernando y Leonor, los Prelados y los procuradores de las ciudades. Celebró la misa el cardenal Adriano de Utrecht. En el transcurso de la ceremonia rindieron pleito homenaje al Rey los Infantes, obispos y altos nobles, entre ellos Nájera. ¿Hasta cuándo estuvo éste en Valladolid? En las semanas siguientes se celebraron justas y torneos. El día 11 el Rey Carlos, acompañado de 600 arqueros y alabarderos, pudo contemplar la lucha entre seis gentilhombres a caballo, y justadores «ricamente vestidos». No se sabía de dónde salían tantas telas preciosas recamadas en oro y plata. Se repitió la fiesta el día 16. Tras correrse la duodécima lanza, el Rey dejó secretamente su estrado, se armó y equipó, y luchó en la plaza. La gran Justa tuvo lugar el día 25. Nos olvidamos de un acontecimiento. También hubo torneos los días 12 y 13, a los que asistió la Infantita Catalina, liberada por unas horas del cautiverio de Tordesillas junto a su madre —y madre del nuevo Rey— Doña Juana. La niña no creía lo que veían sus ojos. Estaba habituada a contemplar el mundo desde su ventanuco de Tordesillas, viendo pasar gentes o ganado; disfrutaba viendo jugar frente a su casa a los niños, pobres, pero libres. Cuando podía les echaba una moneda desde la ventana. Y los niños, que no necesitaban embajadas escritas ni entienden de política, acudían gustosos a jugar ante el palacio para que les viese la infantita. Su tierna belleza, realzada por preciosos trajes, y su condición de prisionera y apartada del mundo, la convertían en la dama inalcanzable, bellísima y, para que nada le faltase, cautiva, de un lector de novelas de caballería con capacidad de ensoñación. ¿Sería ella la dama de los pensamientos del calenturiento y audaz Iñigo de Loyola? Su hermano Martín, más realista y menos soñador, se conformaba con menos y también andaba por Valladolid. Con el apoyo de Nájera logró la licencia real para instituir el mayorazgo de Loyola. Si Iñigo hubiese ejercitado entonces las portentosas dotes de observador de hombres y de cosas de que daría prueba en su vida, hubiese descubierto que los clarines de tanta fiesta no lograban acallar un sordo clamor de malestar y protesta en Castilla ante los profundos cambios impuestos por el nuevo monarca y su rapaz séquito. Cisneros, que murió humillado, había sido suplantado por Guillaume de Croix en la sede de Toledo ante el pasmo de todos. Mandaban hombres de extraños apellidos, Chièvres, Sauvage, Utrecht..., mientras la primera nobleza era condenada al ostracismo. El descontento cundía por igual, aunque por diversas razones, en las altas estirpes y en los bajos estratos de los pecheros. Con aquella invasión de extranjeros y de nuevas modas, subían los precios, se evaporaba la vieja austeridad... y desaparecían los doblones. Corría un proverbio alarmante: «Doblón de dos caras, norabuena estedes, pues con vos no topó Chièvres». Cuando nos acunan las delicias, no queremos despertar. El nuevo y joven Rey Carlos abandonó Valladolid el 22 de marzo en la compañía de los Infantes Fernando y Leonor, y de la Reina Germana, camino del reino de Aragón. Llegó a Zaragoza el 9 de mayo y allí residiría hasta el 24 de enero

de 1519. Entre los mil papeles que llegaron y salieron de su cancillería hay uno que nos interesa particularmente, y no solamente porque parezca indicar que por la ciudad del Ebro pasó Iñigo. Ha sido descubierto muy recientemente y dice así: «Muy poderoso señor: Yñigo López de Loyola dize que tiene enemistad e diferencia con Francisco de Oya, gallego, criado de la Condesa de Camina, el cual dice que le ha de matar e, poniéndolo por obra, le ha guardado muchas veces, e nunca ha querido amistad, puesto caso que ha seído muchas veces requerido con ella. A cuya causa el dicho Yñigo López tiene mucha necesidad de traer armas para guarda y defensa de su persona, como dará información, si necesario fuere. Suplica a V. A. le mande dar licencia de traer las dichas armas y él dará fianzas de no ofender a nadie con las dichas armas, y en ello le hará V. A. merced». El documento, hallado en el archivo de Simancas, lleva dos anotaciones de otra mano: «En Zaragoza a 20 de diciembre de 1518». La segunda dice: «Que se le dé para él solo». Antes de acometer el comentario, digamos que la petición se repitió y dio lugar a una nueva Real Cédula, dirigida al Corregidor o juez de residencia de Valladolid, fechada en esta misma villa el 10 de noviembre de 1519, y a una tercera suscrita el 5 de marzo de 1520. Su texto es más amplio y la concesión recoge más extremos de la solicitud. Por estas últimas sabemos que el incidente originario se produjo en tiempos en que Iñigo vivía en Arévalo. El antagonista Francisco de Oya u Hoyo, gallego, era criado de Doña Inés de Monroy, viuda desde 1498 de Alvaro de Sotomayor, conde de Camina y que residía en Valladolid. El tal Hoyo quiso tratar mal a Iñigo, le llegó a herir, y le había mandado aviso de que le mataría. No se aplacó el odio de su adversario al desaparecer Iñigo de Arévalo. Hoyo había hecho pesquisas para saber dónde posaba su odiado enemigo y prometió dineros a una mujer si le daba manera de herir y matar a Iñigo. La mujer dio aviso de ello a Iñigo y éste temió harto razonablemente que su enemigo pondría por obra su mal propósito. Por ello pidió nuevamente licencia de armas y aun dos hombres armados de escolta. El Rey autorizó la concesión, una vez verificados los extremos de la solicitud, y para un año; por ello se reiteró la merced también en 1520. Que el santo —no Iñigo—, nos perdone, si sospechamos que encono tan tenaz y duradero, de tan mortífera intención, de tan despiadada y artera búsqueda, sólo tiene explicación adecuada en enredos de enamorados, con gravísimas causas y con mujer por medio, que esta vez no es Dulcinea vaporosa o lejana dama de los pensamientos. Cuando el ya Padre Maestro Ignacio habla del demonio, «enemigo de natura humana», dice que se hace «como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto. Porque así como el hombre vano que, hablando a mala parte, requiere a una hija de un buen padre o a una muger de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y el contrario le displace mucho, cuando la hija al padre o la mujer al marido descubre sus vanas palabras y intención depravada, porque fácilmente colige que no podrá salir con la empresa comenzada»... (Ej 326). Todo sentido traslaticio tiene un humus originario. ¿Estaría en el de esta frase el recuerdo de Francisco del Hoyo, buen esposo o buen padre, a quien Iñigo ofrecía amistad después del entuerto y él replicaba con el odio incurable de un corazón profundamente herido? El Duque de Nájera saboreó la apoteosis de su vida cuando en el Capítulo de la Orden del Toisón de Oro, celebrado en Barcelona el 7 de marzo de 1519 alcanzó esta altísima investidura juntamente con los Reyes de Dinamarca y Polonia, Jacobo de Luxemburgo y los Duques de Alba, Escalona, Infantado, Frías, Béjar, Cardona, etc. Varios

de ellos eran lejanos parientes de Iñigo. Es muy probable que éste estuviese presente y tal circunstancia en semejante ocasión haría más comprensible un suceso posterior. Cuando en agosto de 1522, disfrazado de peregrino y deseoso de anonimato, se desvió a Manresa sin entrar en Barcelona, lo hizo «por no ser conocido», porque en Barcelona «hallaría muchos que le conociesen y honrasen». ¿Quiénes eran esos «muchos» que le podían reconocer y agasajar sino los que había conocido tres años antes en el día triunfal de su amo y pariente el Duque de Nájera? Sabemos también que el Duque, acompañado de «sus parientes» hizo un viaje a Roma y aun en cartas de la época se habla del paso por Roma de Pedro de Oñaz en abril de 1520 juntamente con un pariente suyo designado como «el gentilhomme de Azpeitia». ¿Podríamos conjeturar que se trataba de Iñigo?

Cada hombre con su pesadilla

Mas, dejémonos de conjeturas y pisemos nuevamente tierra. Iñigo vive la pesadilla de Francisco del Hoyo, mientras el Duque de Nájera no se libera de la pesadilla de Navarra, y a Carlos V le agobia la del Imperio, vacante desde el 12 de enero de 1519 por muerte de Maximiliano. Su antagonista no era Francisco del Hoyo, sino Francisco I, Rey de Francia. Muchos años más tarde Carlos I diría, a propósito de su eterno rival, que estaban ambos de acuerdo en una cosa: en que los dos pretendían Milán. Esta curiosa coincidencia tenía ahora otro capricho común: el Imperio.

Ambos monarcas derrocharon ríos de oro e infinitas intrigas diplomáticas. Ganó Carlos, que fue elegido Emperador el 28 de junio de 1519. Pero quedaban pendientes otras caprichosas coincidencias: los dos querían Nápoles y sobre todo Navarra, la recentísima conquista, que se quería convertir en «pacífica posesión». Pero a la hora de dictar testamento, Carlos I mantendrá escrúpulos de conciencia respecto a la tranquila incorporación de Navarra y dejará un portillo abierto a soluciones negociadas. Ahora, en 1519, había un principito que reclamaba lo suyo, Enrique Albret, el hijo del Rey destronado; y detrás de él se alineaba gustoso Francisco I para defender la justicia y/o para incordiar a su poderoso vecino. El contencioso de Navarra estuvo sobre la mesa en el Tratado de Noyon (1516). Francia reclamaba su cumplimiento y el omnipotente Chièvres, filofrancés, acompañado de Gattinara y otros, celebraba entrevistas en Montpellier para resolver el asunto. Esto disgustó a Castilla, empeñada en no perder Navarra, que era «llave» del Reino, lo mismo que Milán era «llave» de Italia. El litigio se alargaba, no se resolvía. Precisamente por eso y en previsión de ataques, se iba terminando la nueva fortaleza de Pamplona, encarada hacia Francia; contaba ya con guarnición regular desde 1518 y con depósitos de armas. Bien es verdad que el Rey había dispuesto desde Flandes la venida de tres capitanías de gente a caballo, de una parte de la Armada de los Gelves y de tres mil alemanes. Nunca se cumplió tal promesa; por el contrario se fue desguarneciendo Pamplona en beneficio de Castilla, donde la situación comenzó a ser muy delicada a raíz de la guerra intestina de las Comunidades. La salida de España de Carlos I fue fatal. Cuando embarcó en La Coruña el 20 de mayo de 1520, las tumultuosas Cortes precedentes hacían presagiar lo peor. En pocos meses el descontento evolucionó hacia la franca rebeldía; se pasó de la revuelta a la revolución. A partir de junio de 1520, las principales villas castellanas fueron agitadas por la conmoción. La Junta comunera no

reconocía la autoridad del Gobernador, cardenal Adriano, ni la del Consejo Real. El poder real se hundía por momentos, mientras figuras de la nobleza jugaban a dos cartas.

Los historiadores modernos discuten acerca del significado politicosocial de la revuelta. Lo que es indiscutible es que tal situación de inestabilidad y aun de debilidad interior constituía una buena baza para Francisco I de Francia y para las aspiraciones de muchos navarros de recuperar su Rey natural y la independencia de su reino. Buena era la ocasión, mejor el pretexto; la colaboración y alianza eran seguras. Esta situación tuvo una repercusión doble en la vida de Iñigo, aun antes de producirse la guerra de Navarra. En efecto, aquella conmoción general afectó a la Rioja. La villa de Haro se levantó contra su señor, el poderoso Velasco; Nájera lo haría contra su Duque. El carácter antiseñorial de ambos movimientos es evidente. En Nájera se destituyó a los oficiales del Duque, se persiguió a los leales, se mandó ahorcar a un criado. Las masas de campesinos llegaron a ocupar la villa, se apoderaron de dos fortalezas del Duque y sitiaron una tercera. Dieron cuenta a la Junta comunera de sus actos y de sus razones: «estaban tiranizados»; naturalmente, pedían una ayuda que nunca llegó. Tras cuatro días de disturbios, quien llegó fue el ejército del Duque, amenazando a los sediciosos con muerte y pérdida de bienes. Los dos mil infantes ocuparon pronto la villa, no sin luchar bravamente. La represión fue brutal: encarcelamientos, confiscación de bienes, ejecución de cuatro comuneros y horrible saqueo «según uso de guerra». En aquel ejército del Duque estaba Iñigo. Combatió como el primero, pero no quiso participar en el saqueo: «aunque él pudiera mucho tomar de la presa, le pareció caso de menor valer, y nunca cosa alguna quiso de toda ella». Fue un gesto de noble orgullo, de decencia, acaso el único grande y glorioso de una jornada ingloriosa. Quedaría fuertemente grabado en el alma de Iñigo y de él se hace eco Polanco ya en 1547. Ocurrió este episodio el 18 de septiembre de 1520. Más grave y complicado fue un segundo episodio, mes y medio más tarde, precisamente en la provincia de Guipúzcoa. El nuevo Corregidor Lie. Acuña, nombrado por el Gobernador del reino, encontró dificultades para la aceptación de su nombramiento. Días más tarde se retenía en Tolosa y Hernani el paso de pólvora, picas, alabardas y artillería, que iban para Castilla. Prendía en algunos la chispa comunera, y hubo enlaces con la Junta de Tordesillas. Vino la escisión, los bandos; esta vez no de Parientes Mayores, sino de villas. Se produjeron ataques armados, represalias, misivas de cada bando al lejano Carlos I. Era casi una guerra civil, que hacía aún más difícil la conservación de Navarra, ya que Guipúzcoa era su primera garantía. El Virrey de Navarra se trasladó a San Sebastián en enero de 1521 para poner en paz a Guipúzcoa, convertida en un avispero. Esto era más difícil de domeñar que Nájera. El Virrey es realista y razona ante el Consejo: la tierra guipuzcoana es indispueta y fragosa, hay muchas villas amuralladas, los disidentes cuentan con seis mil hombres. Harían falta otros tantos para hacerles frente, lo que distraería tropas absolutamente necesarias en Castilla y Navarra y requeriría dispendios económicos que no se podían soñar. Además, una «guerra guerreada a fuego y a sangre» destruiría Guipúzcoa y dejaría a Navarra en situación aún más precaria. El Duque-Virrey buscó la paz a cualquier precio e hizo derroche de cordura, de paciencia y aun de blandura, utilizó todas las tácticas y medios para apaciguar a los enconados bandos y hacer posible una sentencia arbitral de

paz el 12 de abril de 1521. Quienes efectivamente hicieron posible la paz fueron, como tantas veces, negociadores que quedan en la penumbra. Ibáñez de Érenla, el padre del autor de *La Araucana*, y también Iñigo de Loyola. En la noticia recogida por Polanco percibimos el eco del relato del protagonista: «Una vez se señaló notablemente en esto»... Y esto era ingenio y prudencia en las cosas del mundo, pericia en «tratar los ánimos de los hombres», especialmente en acordar diferencias o discordias, en apaciguar. ¿No podría ser Iñigo un buen diplomático? No tuvo tiempo para pensarlo. Por aquellos mismos días corrieron noticias alarmantes: «el hijo del Rey Don Juan hace gran ejército con ayuda del Rey de Francia para ir contra Navarra y que trae seis o siete mil alemanes y buena artillería». Así avisaba desde Behobia Hernán Pérez de Yarza, su alcaide, el 15 de abril, y seguirá avisando en días sucesivos, cada vez más angustiosamente.

De pronto, la guerra: ¿invasión o liberación?

Nadie se engañaba en la primavera de 1521. Los espías habían detectado fuertes preparativos militares en el lado francés, que sólo presagiaban la guerra. Desde los castillos de Fuenterrabía y Behobia como desde la fortaleza de Pamplona se lanzan a Castilla gritos de auxilio. El Conde de Salvatierra estorba desde Álava la comunicación con Castilla y está en favor de los comuneros. El cardenal-gobernador Adriano tuvo que huir de Valladolid. Tropas de Pamplona acuden a Castilla dejando aún más desamparada la nueva fortaleza. El 12 de abril colaboran en la derrota del Conde de Salvatierra; unos días más tarde se logra aplastar a los comuneros en Villalar. Toledo resiste y pide ayuda a los franceses. En tal trance, el 12 de mayo se pone en movimiento un imponente ejército de doce mil hombres, mandados por el Conde André de Foix, señor de Asparros. Lo componen gascones y alemanes, bearneses y navarros fieles a su Príncipe. Cuentan con 26 piezas de artillería gruesa. El día 15 conquistan con facilidad San Juan de Pie de Puerto, hoy francesa, pero entonces importante bastión norteño del reino de Navarra. Se suceden rápidamente acontecimientos que hoy podemos recomponer minuciosamente, como a cámara lenta: días dramáticos para unos, de esperanzas para otros. Vuelan correos desde Pamplona. Se intenta, ya tarde, lo imposible. Aparece la realidad, hasta entonces reprimida, con su verdadera faz. El día 16 llega a media legua de Pamplona la vanguardia del impresionante ejército. ¿Invasor? Así piensa el Duque. Pero miles de vascos de la montaña se alzarán en favor del Príncipe Enrique; lo mismo hicieron ese día las villas de Sangüesa, Cáseda y otras. No era sólo la guerra convencional entre dos ejércitos. Los hechos del día 17 y siguientes lo demuestran. Además, ejército sólo había uno: el que venía a conquistar Pamplona. Enfrente estaban una fortaleza inacabada, casi total desguarnición militar, un puñado de soldados veteranos mal pagados y desmoralizados, un pueblo contrario y hasta hostil. Así lo confesó tras el desastre, para excusarse de responsabilidades, el alcaide de la fortaleza, Miguel de Herrera. Cundió el pánico. El Duque de Nájera escapó de Pamplona para pedir refuerzos... y para salvar la piel. Hasta el Almirante de Castilla salió más tarde en su defensa: «el capitán, mejor estaba suelto para socorrer, que atado para no poder hacer nada». Los juicios y pronósticos de un testigo del momento no dan pie al menor engaño: «El Señor Duque ha huido de Pamplona —decía en carta Miguel de Añués—; tendrá que agradecer a Dios si llega a Castilla».

Dejó el mando de la plaza a Don Pedro de Beaumont, que pronto seguiría el ejemplo de su amo, saliendo de Pamplona hacia Logroño con ochocientos riojanos y doscientos cincuenta infantes viejos. Huyó el Obispo asesor del Duque, el guipuzcoano Mercado de Zuazola. Huyeron hacia Alfaro los señores de Góngora y Guendulain «con sus haciendas, mujeres e hijos». Huían los navarros adictos al ocupante. En aquel vacío de poder, «se alborotó la gente de la ciudad e los que estaban dentro de acá de Castilla, de temor de ser degollados, son salidos e se venían», se dice en un memorial redactado en Logroño el 18 de mayo. Pamplona, pues, quedaba en el más absoluto desamparo. El 18 llegó el grueso del ejército —¿invasor o liberador?— a Pamplona. No tendrían que quitarse las espuelas para tomar la fortaleza. Pronto el pueblo saqueó la casa del Duque, derribó los escudos de España, y se amotinó contra los militares que pretendían defender la plaza. Tal defensa era inútil, podía ser perjudicial y, además, no la querían. Beaumont escogió ese momento para retirarse con sus tropas, escalonadamente. El Concejo pedía el mando de la ciudad, posiblemente para pactar y evitar un asedio inútil. En ese momento caótico llegaron los primeros refuerzos guipuzcoanos para la defensa, capitaneados por Don Martín de Loyola. ¿Tuvo tiempo Iñigo para ir a Guipúzcoa y volver con tropas, tras la huida del Duque y la de Beaumont, a cuyo servicio quedó? Lo cierto es que se encontró con su hermano fuera de Pamplona. La situación era desesperada, y cada hora que transcurría, decisiva. Los Loyola reclamaban el mando para asumir responsabilidades y la ciudad les negaba. Don Martín, inundado de amargura y rabia, no quiso siquiera entrar en la ciudad y se alejó con sus tropas. Iñigo sintió vergüenza en retirarse, se despidió de su hermano, picó espuelas a su caballo, porque los minutos eran de oro, y entró a galope en Pamplona, seguido de unos pocos caballeros. Más de una vez debió de hablar de este trance, puesto que Nadal y Polanco se hacen eco del mismo con detalle. La vergüenza, ese íntimo sentimiento de la propia dignidad, lanzó a Iñigo a lo imposible, a trascenderse a sí mismo. «Juzgando cosa ignominiosa el retirarse», dice Nadal. Más tarde considerará la «vergüenza y temor por la honra del mundo» como un impedimento para servir libremente a Dios y considerará una dádiva del cielo el sentir hondamente «vergüenza de mí mismo» (Ej 9 y 48). La roca firme, en que hunden sus raíces la vergüenza o la conciencia variable de la propia dignidad, puede ser muy distinta.

Uno contra todos: «Vergüenza por la honra del mundo»

Polanco describirá con fuerza plástica a Iñigo cruzándose en la calle con amotinados y con los que huían con Beaumont, convencidos de que era imposible la resistencia, y recelando del vecindario de Pamplona: «Iñigo, avergonzándose de salir porque no pareciese huir, no quiso seguirle, antes se entró delante de los que se iban, en la fortaleza, para defenderla con pocos que en ella estaban». El verbo entrar se convierte casi en transitivo y reflexivo, porque, efectivamente, Iñigo se metió a sí mismo en la heroica aventura. Cruzó el rubicón de la fortaleza, y con la honra la agonía, en el sentido originario, tan querido de Unamuno, de la palabra.

Justamente en este momento se inicia su Autobiografía, aunque con una frase inicial desconcertante: «Hasta los veintiséis años de su vida»... Feder dijo que era el único lapsus memoriae de relato. Algunos, fiándose del dato, que, según la cronología hoy admitida, nos trasladaría al año 1517,

han querido situar un primer esbozo de conversión o profundo cambio, en los meses desgraciados de su etapa final en Arévalo. En cualquier caso, la mutación definitiva se produjo después de la experiencia dramática de Pamplona. Pues bien, el P. Ignacio, totalmente curado de vanidades y bravuconerías de juventud, evocaba con viveza en 1533 la escena vivida y se complacía en subrayar su generoso arrojo ante el peligro, no compartido por nadie: «Y estando en una fortaleza que los franceses combatían y siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo». El sensato Ignacio de la ancianidad da, en el fondo, la razón a sus compañeros de asedio. Era claro que no se podía defender Pamplona. Pero entiende que bajo aquellas sus razones engañosas latía un inmenso valor, rayano en locura, y en locura que fue contagiosa por algunas horas. Razón tiene Unamuno cuando coteja a Loyola con Don Quijote en tantos lances de sus vidas. Fue una de las locuras más hermosas de las muchas de la vida de Loyola. Bien podían los encantadores quitarle la ventura, pero «el esfuerzo y el ánimo será imposible» (Quijote, caps. 16-17). En esta opción ante lo heroico pudo palpar las clases de actitud de los hombres (tres binarios), las diversas maneras de acatamiento y leal servicio del Rey: el mero cumplimiento externo, el cálculo, o el generoso servicio que acepta ser estimado «por vano y loco» (Ej 113-115, 165-167). Se había sobrepuesto a la calle. Creyó dejar al enemigo al otro lado del foso de la fortaleza. Pero el enemigo se había colado por las troneras del castillo. Era el miedo, un miedo infinitamente razonable y justificado. Se celebró consejo en alguna estancia de la fortaleza, y todos fueron partidarios de entregarla por ser impensable su defensa. Todos menos Iñigo, que «dio por parecer que en ninguna manera, sino le defendiesen o muriesen». Entretanto, en Pamplona se intentaba por todos los medios evitar una catástrofe a la ciudad y se negociaba el ataque por los flancos que dejasen a ésta más a salvo. Al margen de estas negociaciones interesadas, los sentimientos de la ciudad eran bastantes claros, aunque dorados con la disculpa de imposibilidad de defensa. Presidido por el capitán Charles de Artieda, antiguo servidor de Fernando el Católico, el Consejo de Pamplona se dirigía solemnemente al campo francés y capitulaba, proclamando por Rey al Príncipe Enrique, formalizando el juramento recíproco y recobrando la «antigua libertad y franqueza». Entregaron las llaves de la ciudad. Ese mismo día, que era fiesta de Pentecostés, entraron dos banderas en Pamplona. Al día siguiente se movió el vistoso ejército y entró en la ciudad. Nada valían ni podían los requerimientos de Miguel de Herrera, alcaide de la fortaleza, que incitaba al pueblo a echar de la ciudad a los enemigos y amenazaba con hacerles todo el daño que pudiese. André de Foix, señor de Asparros, intimó la rendición a la ciudadela, el único punto de resistencia, queriendo evitar un final desastroso e irremediable. Se avino a conferenciar con los responsables para llegar a un acuerdo honroso. Herrera acudió a la entrevista, llevando tres acompañantes, entre ellos a Iñigo. Asparros pudo reconocer a éste, y recordar los días de Arévalo en que acompañaba a Doña Germana de Foix, y disuadirle de su empeño temerario y suicida. El acuerdo de rendición ofrecido pareció «vergonzoso» a Iñigo, quien fue contrario a toda componenda. Sólo quedaba una salida: «ponerse en armas», combatir y defender el castillo. Y, previamente, volver a entrar en él. Era la guerra más

desigual y absurda; la locura del honor y la lealtad. Para Iñigo, «la más alta ocasión que vieron los siglos». No hace falta ser Cervantes ni hallarse en Lepanto para sentir eso. Se muere una vez y para cada cual su vida es lo más grande que puede ofrendar. Iñigo entró de nuevo en el castillo. La muerte le miró de cara y con prisa, no de espaldas como en las turbias amenazas del gallego vengativo. Iñigo entró también en la ciudadela de su alma. «Y venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas». Esta práctica de emergencia de la confesión a un seglar no es desconocida en la Edad Media. Santo Tomás habla de ella en el Libro IV de las Sentencias y, más cercano a nuestra historia, fray Hernando de Talavera en su Manual de confesores (1482) se plantea la cuestión a propósito del ministro de la confesión: «Peca el que lo ministra sin ser sacerdote, salvo en caso de necesidad, cuando alguno puesto en peligro de muerte, no pudiendo haber sacerdote, se quiere confesar al que no lo es; aunque esto no es de necesidad, ca, si no puede haber sacerdote, la contrición sola le basta». El indulgente Talavera, famoso primer obispo de la Granada conquistada, piensa en la necesidad sacramental, no en la necesidad psicológica, casi biológica, de autoasegurarse que se implora perdón y que se desea descargar la vida, no de complejos de culpabilidad —invento moderno—, sino de pecados que pesaban sobre el alma con tanta solidez y seguridad como la coraza de hierro pesaba sobre los hombros. Reconocer ante otro sus pecados, y aún más cuando ese otro es un laico, es el primer paso eficiente de una catarsis profunda, una manera de certificar el hondo deseo de perdón y la disposición de hacer de nuestra parte lo posible para merecer misericordia. El gesto de Iñigo es el cliché, un negativo, de la persuasión íntima de que dos llevan mejor el peso que aplasta a uno solo, un modo ciego de insertarse en la comunión de los santos. En la espera ansiosa de que hablasen las bombardas y culebrinas, Iñigo volcó su conciencia en su atónito compañero de armas, quien pudo descubrir con asombro, más que gruesos pecados comunes y corrientes, facetas ocultas e impensadas del corazón de su orgulloso confidente.

«Hasta que te quiebren una pierna»

Sonó el primer cañonazo, sacudiendo los instintos primarios, la pura biología alertada. Iñigo acudió a la defensa, a su puesto, acaso no se cubrió bien con las almenas... y cayó herido de un rebote. Sostiene la tradición que fue herido ese mismo día 20 de mayo. La Autobiografía añadirá, sin más precisión cronológica, que «cayendo él, los de la fortaleza se rindieron»: sucesión inmediata y además causal de hechos, propicia para mitificar el papel cardinal de Iñigo en la defensa de Pamplona. El valor de Iñigo, su papel de alma de la resistencia, ha quedado suficientemente acreditado sin necesidad de esta última suposición. Las cosas pudieron ocurrir de otro modo; al menos hoy sabemos con seguridad que la rendición efectiva de la fortaleza no se produjo sino el 24 de mayo. El duelo artillero ciertamente se inició el día 19 y por ambas partes, pues las piezas de la fortaleza hicieron algún estrago en la ciudad y en los atacantes. Mas la temible artillería gruesa del sitiador no llegó hasta el 23 o 24, día en que se rindió el castillo tras unas pocas horas de serio bombardeo que logró abrir la brecha en los recios muros. Iñigo es bastante preciso en su evocación: «Después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una bombarda en una pierna,

quebrándosela toda; y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fue malherida. Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego»... Si el hecho ocurrió en los primeros cambios de artillería, el día 20, hay que interpretar el luego con cierta amplitud, ya que la rendición ciertamente tuvo lugar tres o cuatro días más tarde. El proyectil que le pasó entre las piernas más hace pensar en el inicial fuego de hostigamiento, y hacia lo alto, de los primeros días, que en el recio ataque de las últimas horas. Inclusive se puede suponer que la herida en las piernas descrita no pudo ocurrir a través de una ventana o saetera, sino a cuerpo descubierto en la parte alta del castillo, que, sabemos, no contaba aún con pared protectora. Si la batería comenzada es la de la artillería pesada, no fue ésta la que hirió a Iñigo; pero en tal caso hemos de renunciar al día 20 de mayo. La rendición se siguió a las pocas horas, seis según algún coetáneo. En el primer supuesto, Iñigo aguardó malherido varios días; aun en el segundo le tocó parecida suerte, pues los sitiados y rendidos no pudieron salir en casi otros tres días. Hubo de pactarse la salida y sus condiciones; a pesar de todo, no estuvo libre de venganzas. Asparros tuvo que proteger y escoltar hasta Logroño a los supervivientes que no pagaron con la vida su hazaña en el momento de abandonar el castillo. Dentro quedaban los heridos: Alonso de San Pedro, Pedro de Malpaso, veedor de obras, que moriría al mes siguiente, Iñigo de Loyola... Este llevaba varios días herido, física y moralmente derrotado, postrado en cualquier rincón del castillo, aguantando malas curas de urgencia y esperando ansiosamente la entrada de los vencedores. En aquellas horas, que se le hicieron eternas, pudo iniciar el camino de retorno a sí mismo. Si no le venció el dolor físico o el ansia primaria de sobrevivir, tuvo que contemplar globalmente su pasado como todos los pródigos que vuelven la vista hacia sus raíces y al proceso de su largo camino de alejamiento. Acaso intuyó que desde los días embriagadores de Arévalo, su vida se resumía en una palabra que en otros órdenes le parecía la suma de la ignominia: huir. Huir de sí mismo. ¿No había sido, como diría san Agustín, un empecinado «fugitivo de su propio corazón»? Huía de su interior ciudadela, huía hacia el futuro soñado o incierto, que en este momento le dejaba solo y vacío ante un presente grávido y precario. ¿No sentiría una modalidad nueva de vergüenza: la de la mentira de su honor, la de la vaciedad de su vida, la del anquilosamiento de su fe dormida? Quizá adelantamos procesos íntimos que surgieron con fuerza más tarde; él sitúa explícitamente en Loyola su «primer discurso... en las cosas de Dios». Si no de Dios, sí se acordaría del vaticinio de Doña Marina de Guevara en Arévalo: «Iñigo, no asesará ni escarmentará, hasta que te quiebren una pierna». La entrada de los vencedores desencadenó nuevamente sus esperanzas e ilusiones, concentrando sus energías en la supervivencia. Hay una caballeresca postura de gratitud en su recuerdo distante de la conducta de los franceses: «trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente». Posiblemente Asparros se interesó por el valiente y leal adversario. «Y hallándole tendido en el suelo —nos dice Polanco— le llevaron a la ciudad (porque era muy conocido de muchos) y le dieron muy buen recado para curarse los enemigos mismos, proveyendo de médicos y lo demás, hasta que les pareció enviarle a su casa para que en su cura, que había de ser luenga, se entendiese más despacio». Iñigo fue herido de guerra privilegiado. Le visitaron sus adversarios y él les correspondió regalándoles su rodela, su puñal, su coraza. Le visitó un viejo amigo de los días de

Arévalo llamado Montalvo, que nunca olvidaría el valor de Iñigo en las dolorosas curas. Tras un par de semanas de primeras atenciones, lo encaminaron en una litera hacia su casa. Llevado cuidadosamente por hombres de la tierra, se inició el retorno, física y moralmente penoso. Su increíble entereza ante el dolor se vio adornada con otra que dice mucho en su favor: en medio de sus sufrimientos, «nunca tuvo odio a persona ninguna ni blasfemó contra Dios».

Era todo un carácter.

Síntomas que «suelen ser de muerte». Balance de una vida

Cual otro Quijote molido y descalabrado, llegaba Iñigo a Loyola en la primera quincena de junio, sin ánimo para gozar del verdor lujuriente de la naturaleza. Era el reencuentro con su terruño, con los suyos. Don Martín le reprocharía su locura de Pamplona. Doña Magdalena lo cuidaría con solicitud silenciosa. El herrero Errasti le pudo recordar, con la misma monotonía rítmica con que golpeaba el yunque: —Ya te decía yo: Nosotros aquí. Los dolores de Iñigo no permitían las tranquilas conversaciones que siguen a las aventuras; eran insoportables y profundos, como suelen ser los de hueso. Su rodilla derecha destrozada empeoraba, sea porque encajaron mal sus huesos en Pamplona o porque se le desencajaron en el camino. Se llamó a médicos y cirujanos de muchas partes; sólo conocemos el nombre de uno, Martín de Iztola, quien cobraría en 1539 los tres últimos ducados de los diez que supusieron sus honorarios. Todos fueron de un parecer: había que desconcertar nuevamente los huesos para poder sanar. El Padre Ignacio evocará años más tarde la dolorosísima operación, pero ni para tal caso utiliza superlativo alguno, sino un sustantivo espeluznante, que realza aún más su increíble comportamiento: «E hízose de nuevo esta carnicería, en la cual, así como en todas cosas que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra ni mostró otra señal que apretar mucho los puños». Iñigo es todo un hombre de incalculable energía. No fue una vida dura la que forjó su fibra de acero; la poseía por naturaleza. A pesar de todo empeoró, no podía comer, se presentaron síntomas «que suelen ser de muerte». Los médicos tenían muy poca confianza en que saliese adelante. Era el día de San Juan — 24 de junio—, en que los azpeitianos acudían a la ermita dedicada al Bautista. «Fue aconsejado que se confesase». ¿Le aconsejó Don Pedro, su hermano, el mal cura de la familia? No era precisamente un cristiano comprometido. Mas en esos trances de muerte, tal consejo y en tales labios desvela la autenticidad que se oculta bajo una vida inauténtica; debajo del pecado, queda el rescaldo de la fe. ¿O fue Doña Magdalena la discreta consejera, más valiente e insinuante que los hombres de la casa para tales menesteres? Iñigo recibió los sacramentos, sellando sacramentalmente su precipitada confesión pamplonesa. Por fuerza hubo de hacer ahora un segundo balance, más reposado, de su vida. Muchos ídolos se derrumbaban estrepitosamente en aquella hora que podía ser la última. Lo que entonces pasó es silenciado por Iñigo. Si no entonces, ciertamente más tarde calculó retrospectivamente el haber y el debe de sus treinta primeros años; lo deja traslucir en su Autobiografía y en frases y referencias que recogieron cuidadosamente sus futuros compañeros. Tan lejanas situaciones requerían la utilización del pretérito perfecto; en ocasiones utiliza una expresión más rica en poder evocador: «solía». No tengamos miedo a recomponer ese pasado sirviéndonos de memorias retrospectivas.

Iñigo ha buceado mucho en sí mismo y en sus recuerdos, es implacable consigo en sus juicios, ha tocado las riberas de la sinceridad y transparencia, ha cobrado distancia, asume sin trampas su pasado.

Ama la verdad y no la encubre con un falso pudor; éste último puede tentar a sus amigos. ¿Cuál era el balance de su vida? El pudoroso Cámara comprendió demasiado las particularidades escuchadas en esa frase con que arranca la Autobiografía: «Hasta los veintiséis años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra». Fuera de la acción ingloriosa de Nájera y del descalabro de Pamplona, ninguna de las dos deleitable, Iñigo no luchó como soldado ni, en realidad, fue nunca soldado profesional. Deleites y vanidades en armas sólo le pudieron proporcionar los torneos vistosos, los duelos y desafíos por honor. Batallas de mentira, animadas por el prestigio y por la pura vanidad, alimentada ésta por la más vana de las lecturas: «Era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías». Ribadeneira confiesa con aires de revelación que bajo la mansa gravedad del Padre Ignacio se ocultaba, domesticada, una complexión colérica: ésta es la que, sin bridas ni freno, dio el tono a su juventud. Ayudada por una sorprendente imaginación, se proyectaba hacia la identificación con los modelos fantásticos de los protagonistas de los excitantes libros de caballerías. Su temperamento —lo recalcan todos— era «recio y valiente, y más aún, animoso para acometer grandes cosas». Era «mozo lozano y polido y muy amigo de galas y de traerse bien», dice Ribadeneira. «Discurría con la voluntad», como dice Unamuno de Don Quijote, pero la voluntad la ponía al servicio de la propia honra. Era peleón y retador, aunque, metido en lances peligrosos, compusiese coplas a Nuestra Señora. El honrado Polanco es quien delinea la personalidad de Iñigo con trazos más duros y vigorosos. Nos lo pinta como hombre «de grande y noble ánimo y liberal», capaz de «mostrarse para mucho en lo que se ponía y aplicaba». Pero, ¿a qué se aplicaba el mozo de cabellos largos muy rubios y hermosos, sino a fantasear hazañas y aventuras? Siempre hacia afuera, lejos de sí. En un relato latino posterior Polanco lo excusa, haciéndolo víctima de las costumbres cortesanas. Su vida, nos dice, era todo menos espiritual, y justifica su aserto añadiendo latines suficientemente transparentes: «Satis liber in mulierum amore, ludis, et concertationibus honoris causa susceptis». En eso consumió su juventud. Todavía en su relato escrito en vida de Ignacio estampa una frase que es preciso leer morosamente: «Hasta este tiempo, aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y en cosas de mujeres y en revueltas y en cosas de armas, pero esto era por vicio de costumbre». Esa afición a la fe, rescoldo humeante de lo recibido, dista infinitamente de la densidad que él pondrá en la palabra «afección» o «afectarse», en el libro de los Ejercicios. Es conformismo puro y superficial, rutina cada día más diluida; traspasada, como por ráfagas, por cierta devoción caballeresca a María y por su apego inextinguido a san Pedro. Su fe no era viva y operante, «no vivía nada conforme a su fe». Su vida no era coherente: «no se guardaba de pecados». La palabra «travieso» aplicada hoy a niñerías (enfantillages), tenía un sentido hartó más recio en el siglo de Polanco; significaba «inquieto, revoltoso, y se decía del que vive distraído en vicios, especialmente en el de la sensualidad». Por lo demás, no se escamotea el campo de las travesuras: juego, mujeres, reyertas. Lo de siempre, pero en grueso. Las hazañas

soñadas por Iñigo no tenían que ver, entonces, con la virtud o con el dominio de sí mismo. Eran extraversion pura. Sus «hazañas», en el sentido picaresco de la palabra, significaban, intra muros de la conciencia, bancarrota moral. Lo dirá, sin paliativos, Laínez: fue «combatido y vencido del vicio de la carne». Y todo ello «por vicio de costumbre». ¿Costumbre suya o del ambiente en el que vivía? Es un atenuante que parece diluir la responsabilidad moral, pero psicológicamente representa el fardo pesado del hábito, que ha ido desvaneciendo escrúpulos, pesadumbres, añoranzas, juicios diáfanos y exigentes sobre la propia culpa rindiéndose a una especie de invencible fatalidad. La sensualidad dominante es el humus del adormecimiento de la fe y luego de la incredulidad. ¿Tópico de literatura ascética? Sí, pero no maniqueo ni inventado, sino extraído de la realidad cotidiana, como el hecho de que el agua estancada cría mosquitos. Nadal define la ejecutoria religiosa de Iñigo con una expresión de gran modernidad: «Populariter christianus». Hoy, tras unos ramalazos puritanos y de gabinete contra la religiosidad popular, comenzamos a redescubrir valores ocultos bajo la hojarasca, sentido hondo debajo de la exterioridad. Bajo la vida más desastrada quedan el rescoldo inapagado de la fe, ciertos reductos intactos de la personalidad, resortes escondidos capaces de regenerar a una persona. Hay tres cosas que Iñigo redime del desastre del pasado en su evocación tardía: Primero en el combate, no se dio al pillaje en la represión de Nájera. «Le pareció de menos valer», lo mismo que al gran Ciro de la antigüedad que arengó así a sus tropas: «Si vencemos, no os deis al pillaje; actuar así no es propio de un hombre, sino de un mozo de cuerda» (Jenofonte, Ciropedia IV, 2,25). En segundo lugar, no blasfemó, ni siquiera en medio de recios dolores, y hay que pensar que el blasfemar también sería vicio por costumbre generalizada. Por último, nunca odió a nadie, ni siquiera a sus rivales de duelo o de guerra. Más que un gesto, esta trilogía encarna una actitud en el sentido de esos tres noes, negativa, es cierto, pero que desvela zonas incontaminadas de sus manos, de su boca, de su corazón, y de su alma, fronteras no traspasadas por el envilecimiento; un último reducto de respeto a sí mismo, de sentido de dignidad, de la vergüenza. Todo hombre se redime a sí mismo —redención es rescate— rescatando esas mínimas parcelas intactas de sí mismo, reforzándolas y orientando en nueva dirección energías no extinguidas de su espíritu: reestructurando la esfera de los noes, al impulso avasallador de un nuevo sí. Cuando se acalla el ruido de la vida se pueden percibir voces nunca apagadas. «Dios no habla al hombre hasta que éste no ha logrado establecer la calma en sí mismo» (Alexis Carrel). Confesado y comulgado, Iñigo no mejoró, sino que entró en fase crítica de extrema gravedad. Los médicos dijeron que «si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto». Semejantes palabras se suelen clavar en la memoria y, unidas a ellas, la fecha de aire fatal: la víspera de San Pedro, del que «solía» ser devoto nuestro enfermo. Si hubiera muerto no hubiera dejado huella mayor en la historia, como no la dejaron sus hermanos: Juan, el que murió en Nápoles, Ochoa que anduvo por Flandes, Beltrán que acabó sus días en Italia, o Hernando al que se tragó América... Pero «aquella misma noche» se inició la mejoría sensible, y a los pocos días estaba fuera de peligro de muerte. Volvía a la vida... y, ¡quién lo diría!, a las vanas ilusiones. Pronto le llegaría la noticia de la espantosa derrota del ejército de Asparros en los campos de Noain, sobre los que quedaron miles de muertos. En esta batalla se distinguió el capitán azpeitiano Ugarte y hasta el propio Don

Martín, el hermano de Iñigo. Pero éste no pudo estar en la jornada del triunfo. El Duque de Nájera, que tomó parte en la acción bélica, se resarcía de su reciente descalabro. Pero pronto se vio desposeído de su Virreinato de Navarra, dejando el puesto al Duque de Miranda. Era la segunda vez que Iñigo se veía desamparado por un protector. A los pocos meses las noticias eran distintas: navarros y franceses habían conquistado los castillos fronterizos de Behobia y Fuenterrabía, que no se recuperarían hasta años más tarde. Ocasiones perdidas para Iñigo; avatares de la guerra, y de la fortuna, tan ensalzados por Machiavelli, como lo fueron las responsabilidades exigidas al alcaide Herrera por su deficiente defensa de Pamplona. Citó entre los testigos a Iñigo, gravemente herido, pero no se conserva su declaración. Y lo serían también las represalias que cayeron en Navarra contra los colaboracionistas, con penas de muerte y confiscaciones; y las recompensas y pagos de guerra, aunque nadie se acordó de Iñigo. Sólo le quedaba el honor. Al menos no fue declarado rebelde, como Miguel y Juan, los hijos del castillo de Javier, metidos de hoz y coza en todas las acciones de guerra llevadas a cabo desde Francia y conquistadores de Fuenterrabía bajo el mando de Pedro Navarro, el militar mítico de las guerras de Italia que abandonó el servicio de Carlos I.

«Determinaba seguir el mundo»

Todo esto podía repercutir en el ánimo de Iñigo, pero su preocupación dominante era componer el mal encaje de los huesos de su rodilla, «que era cosa fea, lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar». ¡Claro que se podía cortar! Pero era una operación larga y los dolores físicos serían mayores que todos los pasados. Su hermano Martín se espantaba y decía que jamás soportaría la espantosa cirugía en frío. Iñigo «se determinó martirizarse por su propio gusto»... y sufrió el aserramiento atroz «con la sálita paciencia». Cortada la protuberancia ósea, se intentó que no le quedase una pierna más corta, valiéndose de ungüentos, de extensión de la pierna mala con instrumentos y pesos, «que muchos días le martirizaban». Su fortaleza física aguantó todas las pruebas. Recobró la salud plenamente, pero no podía tenerse en pie sobre la pierna mala y por ello «le era forzado estar en el lecho». Para llenar las horas de ocio, para «pasar el tiempo», pidió libros de caballerías, a los que era «muy dado». La petición encierra algún sentido proyectivo, a estas alturas inesperado. ¿Se enfrascaría en tales lecturas como Doña Beatriz Dávila y Ahumada, la madre de Teresa de Jesús, «para no pensar en los trabajos que tenía», como lo confesará la hija? Equivaldría a una voluntad de descentrarse, de huir de la realidad. ¿O se embecía en su lectura de tal suerte, que no tenía contento si no leía un libro nuevo, como le acaecía a la misma joven Teresa? (Vida 2,1). La sombra de Amadís gravitará meses más tarde sobre la conciencia inquieta del convertido Iñigo. Amadís «el solo, el primero, el único..., el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos imitar todos los que debajo de la bandera del amor y de la caballería militamos», como diría Cervantes por boca de Don Quijote (I, 25), para quien Dulcinea «tanto vale como la más alta princesa de la tierra». ¿Acaso Iñigo, como el caballero manchego, podía pensar: «yo imagino todo lo que digo»? Bajo su epidermis pintoresca, la querencia de Iñigo puede revelarnos capas más profundas de su alma. De ella podíamos pensar, sin ir

descaminados, lo que Rof Carballo dice de la locura de Don Quijote, esto es, que no es fruto de la lectura de libros de caballería, sino efecto de una carencia de afecto. ¿Por qué, si no, iba a refugiarse a ella? «Falto de regazo, lo buscaba en la imaginación calenturienta de los libros de hazañas. Y como prueba de mi sospecha, alegaba el típico peregrinar, su condición de andante perseguidor del ideal, que es signo que nunca falta para denunciar en el hombre una carencia afectiva primordial en esa fase en que afianza los pilares primeros de su personalidad bajo la tutela amorosa en esa etapa que he llamado de la 'urdimbre afectiva'». ¿Perseguirá Iñigo, el futuro andariego, la sombra materna que estuvo ausente en la primera aurora de su vida?

Caballero de Dios. Soñando hazañas

La demanda fue infructuosa y estéril, porque en la casa «no había ninguno de los que solía leer»; pero ha producido su fruto, al abrírnos este resquicio de los posos inconscientes de su alma. Y en aquella hora provocó una sustitución: «Y así le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los santos en romance», dos obras de puras esencias medievales, sobre todo la segunda. Ninguna de las dos figura en el prestigioso elenco de «Libros que cambiaron el mundo»; mas ellas sirvieron para cambiar a Iñigo. Vita Christi es un título excesivamente genérico; bajo él corrían por aquellos tiempos varias obras de similar temática de Francisco Eximenis, López de Mendoza, san Buenaventura y otros. Alguien ha pretendido que la obra leída por Iñigo era el Retablo de la vida de Christo, de Juan de Padilla, cartujo sevillano, repetidas veces editado en España de 1505 a 1518. De ser así, Iñigo pudo leer versos como éstos: «Tres cosas provocan a los corazones de los humanos a las carnalidades: grandes riquezas o grandes beldades o canto suave de dulces canciones... Mira la summa, divina clemencia que abre sus brazos si te convirtieres. Por ende, mira quién es y quién eres, polvo de tierra, pesar y dolencia». La obra de Padilla fue más difundida en España que la de igual título de Ludolfo Cartujano. En ella podría estar el secreto del interés posterior de Iñigo por la cartuja de Sevilla. «Mirar quién soy yo., considerar quién es Dios», se lee en los Ejercicios (n. 58-59) como un eco de los versos citados. Sin embargo, los eruditos se inclinan casi unánimemente en favor de la obra de Ludolfo, vertida al castellano por el poeta franciscano fray Antonio de Montesinos desde principios de siglo y publicada en lujosa edición en varios tomos de preciosos caracteres góticos. La rica casa de Loyola era pobrísima en libros, como no fuesen de cuentas. No es aventurado suponer que tan precioso libro fue traído de la corte por Doña Magdalena de Araoz. En su prólogo se hacía el panegírico de los Reyes Católicos, de más grata memoria para Iñigo que el nuevo monarca; de sus proezas contra los turcos y en las Indias, de sus empeños reformistas de cara a la Iglesia. Luego venía la detención morosa en los pasos de la vida de Cristo. Los eruditos que han leído detenidamente ambas obras para rastrear y sentir lo que en su lectura rastreó y sintió Iñigo, detectan un mayor impacto del segundo de los libros, esto es, del Flos sanctorum, versión libre de la Legenda áurea, de Jacobo de Varazze, autor del siglo XIII. La obra se había editado casi un centenar de veces hasta 1500 en latín y corrían ya numerosas versiones a lenguas modernas y, entre ellas, al menos dos versiones distintas a la castellana. Leturia identifica la edición manejada por Iñigo: sería la prologada por fray Gauberto Vagad, primero

soldado, luego monje, historiador y poeta. Quien soñaba en hazañas y se acababa de martirizar por su gusto por corregir una fealdad corporal, descubrió otro tipo de hazañas y martirios, igualmente por gusto, pero con otros fines. ¡Santos de carne y hueso! Se profesaban seguidores del «eterno Príncipe Cristo Jesús», «benigno caudillo»; la suya era una «devota caballería». Eran, según el autor, «los caballeros de Dios». Tal lenguaje cobró secretas resonancias en el alma de Iñigo. Comenzó a intuir vagamente otro rey, otro reino, otras banderas, otras caballerías. Y no en forma de sabias teorías, sino de modelos concretos con los que identificarse, más reales que Amadís de Gaula, y no menos hazañosos. Iñigo, nieto de quien desafiara las villas guipuzcoanas, amigo también él de desafíos y obsesionado por el «más valer», comenzó a encajar el nuevo estímulo como un reto, empezó a aficionarse sólo «un tanto» a aquellas lecturas. «Algunas veces se paraba a pensar».

«Se paraba a pensar»

Nunca lo había hecho de ese modo en su vida. Tal actitud será el alma de sus Ejercicios; él fue el primer ejercitante. San Agustín se encontró con Plotino y con el Hortensius, santa Teresa con el Abecedario de Osuna. Mas, nadie se convierte a un libro, sino a lo que un libro le desvela. Y lo percibe, porque de algún modo lo añoraba. «El mundo perceptivo, dirá la más moderna psicología, está montado sobre una expectación. Se percibe primordialmente aquello que se está, en denso bosquejo, preparado a recibir». Bajo su alma ardiente, descontenta con lo mediocre y deseosa de cosas arduas y difíciles, hay una fuerza que le empuja a trascenderse a sí mismo. Es verdad que podemos caer en la ilusión de ser santos porque contemplamos admirativamente el paisaje de la santidad (R. Bos), y que no son transformantes los narcisismos conceptuales o estéticos. Pero Iñigo discurre con la voluntad. «Pararse a pensar» es casi ponerse en el disparadero del hacer. Casi... porque ni siquiera para él fue tan fácil. Cuando menos, se avivó el rescoldo admirativo y surgió la tentación de la acción: «¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo san Francisco y esto y esto que hizo santo Domingo?». ¿O lo que hizo san Onofre en el desierto? Despojo y pobreza absolutas, penitencias, vida solitaria. Esto... hacer... Si yo... Aún no ha llegado él, yo sí. ¡Qué difícil es el primer paso firme de todos los hijos pródigos, el que inicia el retorno desde la región lejana (Le 15,13)! Porque esta lejanía no es un concepto espacial o material, es un estado de espíritu: alejamiento de sí mismo, de algo nuclear más íntimo que nuestra misma intimidad consciente. «Intimior intimo meo». El primer paso se da hacia dentro y en silencio, en ese silencio interior que la juventud teme o desdeña (G. Bernanos). El P. Miguel Ochoa visitaba ya en 1553 y miraba con devoción los muros de la ciudadela de Pamplona, «donde cobramos todos los de la Compañía Padre». Uno más que ve la espalda de los hechos. Lo que se recobró tras la refriega artillera de mayo de 1521 fue un herido grave. Mejor dicho, varios heridos. Uno murió al mes siguiente de resulta de las heridas. El veedor de artillería Alonso de San Pedro sanó presto. Era «tan viejo que en su cabeza no hay pelo negro, ni en la barba cosa que no sea blanca, y nunca hace sino afeitarse y no aprovecha» —dice una carta del mes de agosto. Sin embargo, se casó con una mocita de veinte años. «Cuando por los viejos corre la lujuria— comenta el correspondiente—, ¿en qué peligros estamos los mozos?». Las

heridas solas no convierten. Con todo, es preciso reconocer que el episodio de Pamplona y, sobre todo, sus secuelas dolorosas físicas y morales brindaron a Iñigo esa coyuntura que la psicología considera propicia para reestructuraciones fundamentales ante la vida y ante el entorno. Si la muerte rozó con sus alas a Iñigo, el dolor físico le clavó sus garras sin compasión y durante muchas semanas, produciendo aquellos hondos efectos descritos por Léon Bloy: «L'homme a des endroits de son coeur qui n'existent pas encoré et où la douleur entre a fin qu'ils existent». «El hombre posee rincones en su corazón que no existen y donde entra el dolor a fin de que existan». Existían tales parcelas, pero es como si no existiesen.

El dolor áspero posee la fuerza mágica de desvelarnos la existencia de músculos o tuétanos del hueso nunca sentidos hasta su visita, e igualmente descubre rincones de nuestro corazón nunca explorados ni asumidos. Vamos a seguir a Iñigo en el momento cardinal de su vida, en el de su conversión. Experiencia única e irrepetible en la vida de un hombre, como el nacimiento y la muerte, a los que tanto se asemeja. Experiencia repetida múltiples veces en la historia de los hombres hasta el punto de justificar una tipología de las conversiones. Unas son de tipo intelectual, fruto del raciocinio, de la ardua conquista de la verdad. Otras son voluntarísticas, efecto de una asunción de altos ideales. Las hay emocionales, hijas de una conmoción irresistible, de una fulgurante captación de la belleza. Más que aprisionarla, el hombre se ve preso, seducido por la verdad, la bondad o la hermosura. Toda conversión supone una integración de fuerzas dispersas de la persona que se funde en un haz y un rumbo, un nuevo rumbo al que se proyectan, ver sus. Este cambio de rumbo afecta a las capas más profundas del ser, rompe su vieja estructuración. Toda conversión es una subversión, justamente porque lleva en sí una ruptura y sacudimiento, y una aversión. Un singular experto en tales trances como Agustín de Hipona describe así este doble movimiento: de la «aversio a Deo et conversio ad creaturas» se pasa a la «conversio in Deum et diversio a creaturis», y diseñará con maravillosos trazos psicológicos la perdida y añorada unidad integradora interior: «Fui cortado en fragmentos en el momento en que me separaba de tu unidad, para perderme en una multitud de objetos». Aun antes que él, otro converso como Cipriano de Cartago se asombraba ante su propia transformación: «Cuando el segundo nacimiento hubo restaurado en mí al hombre nuevo, se opera en mí un extraño cambio: las dudas se aclaran, las barreras caen, las tinieblas se iluminan. Lo que yo juzgaba imposible, puede cumplirse... Ésta es la obra de Dios. Sí, de Dios. Todo lo que podemos viene de Dios». El era bien consciente de los límites de la ruptura y de la continuidad: «Renacer de nuevo, abandonar la vieja carne para vigorizarla al contacto con el agua salvadora, cambiar de alma y de mentalidad y eso sin perder la propia identidad... Imposible, decía yo, tal trueque. Imposible abandonar todo lo que, nacido en mí, se ha instalado ahí como en su propia casa, ni nada de lo que, venido de fuera, ha echado raíces en mi propio ser» (Ad Donat. ep. 4). Jamás ocurrirá esto cuando uno hace eje de su vida una máxima como la de A. Gide: «Jamás he sabido renunciar a nada; protegiendo en mí lo mejor y lo peor, he vivido descuartizado». Iñigo, que pensaba sólo en encabalgando los huesos de su maltrecha rodilla, acabó encabalgando su alma dispersa, su personalidad descuartizada. También en este segundo ajuste hubo que serrar múltiples protuberancias, que tensar su entendimiento y voluntad, que renunciar. El proceso fue largo y delicado y nos lo describe maravillosamente en las

frases de la Autobiografía. En ellas hemos de detenernos, mirándolas al trasluz. No son menos sobrias que aquellas en que nos describe la carnicería obrada en su carne, ni menos cargadas de excepcional valor descriptivo. Iñigo vivió su trance originario en absoluta y gran soledad y, sobre todo, en absoluto mutismo. No se desahogó con nadie. Sin embargo, treinta años más tarde evocará su proceso con la viveza que podía haberlo descrito cuando lo vivía. No podía ser de otro modo, tratándose de un trance que, como para todos los conversos, representa un segundo y definitivo nacimiento. Lo anterior queda relegado a la insignificancia y al vacío, a la muerte y al olvido. Hasta entonces... vanidad.

«Razonando consigo»

Antes de escuchar su evocación, recompongamos un poco el contexto en que se produjo la gran mudanza. El medio año largo (junio 1521 - febrero 1522) que Iñigo consumió retirado en la estancia alta de su casa-torre de Loyola fue amasando, al filo de las semanas, el dolor físico, la lectura reposada, el silencio y la reflexión pausada, el rebrotar de viejas aspiraciones y sueños imposibles juntamente con la preocupación por el futuro. Todo confluía en un profundo balance de su vida, hasta la regresión a la infancia lejana, facilitada ahora por los cuidados cuasimaternales de Doña Magdalena, por el trato continuado con sus hermanos y sobrinos, por la recuperación del hogar perdido con sus ritmos de vida, costumbres, sonidos y olores, clima y paisaje familiares. Veía con otros ojos la luz otoñal que daba en su ventana, la transición de rosas, grises y azules del Izarraitz con los cambios de tiempo o de horas. Oía con otros oídos las esquilas de los rebaños que se recogían a sus bordas (apriscos), el grito del cashero para achuchar a los bueyes o a las vacas perezosas, la música rítmica del yunque de Errasti y el son distinto de las campanas de Azpeitia en tardes de viento sur. El paisaje es un estado de alma, y el alma de Iñigo empezaba a cambiar, aunque sea un poco. En esa regresión, suave e imperceptible, poblada de sentidos y de espíritu, fueron despertando parcelas dormidas de su ser, secretamente marcadas por la primerísima infancia, avivándose nostalgias difusas. Rescataba la infancia... a la hora sexta de su vida... Destejía la tela que ansiosamente había tejido, pero sin cortar nudos, soltándolos con paciencia, como quien ama sus hilos. Asido al cabo del instante presente, iba desandando el laberinto de su vida para llegar al otro cabo del instante lejano en sus recuerdos... y aún más allá, a la zona oscura del inconsciente, a su urdimbre constitutiva originaria con sus posibilidades y carencias, al núcleo más genuino de su yo, para desde él volver a repasar el curso de los treinta años vividos, con todas sus alternancias. ¡Fascinante panorama y quehacer para horas de inacción forzada! Es obligado preguntarse: ¿era Iñigo un fracasado? La verdad es que con treinta años a las espaldas sus logros, tangibles y estables, eran escasos. Los privilegios que le regaló la vida y las posibilidades que aún le quedaban eran, sin duda, muy superiores a los de la inmensa mayoría de los hombres. El balance depende de los patrones de contabilidad que utilicemos. En su propia estimación, emergía sobre todo la actuación de Pamplona, gesta más de voluntad que de cabeza. Suicida, pero leal a sí mismo y a su rey temporal. Con todo, lealtad no pagada y nada agradecida. Iñigo no recibió ningún parabién; su nombre no figura en listas de premiados por méritos de guerra; ni siquiera le dieron 12 ducados para curarse las heridas, como se los dieron

a su compañero Malpaso. No era un militar. Hasta el alcaide Herrera salvó la piel tras un proceso por responsabilidades. El Condestable quería que le degollasen en castigo por su comportamiento, pero él defendió su causa mejor que la fortaleza y siguió ostentando la alcaldía y otros cargos similares. A Iñigo le quedó el honor, sólo el honor, y el crédito que había ganado ante su patrón el Duque de Nájera. Pero éste, a su vez, había perdido el propio crédito y fue destituido como Virrey. Es cierto que Iñigo contaba siempre con un puesto y un salario en casa del Duque, y hasta con una muy probable tenencia de algún castillo. Pero, ¿qué significaba tan pobre destino para un impenitente soñador de grandezas como él, capaz de enamorarse de una Princesa? Desde el patrón de sus aspiraciones, ¿Iñigo está al borde del fracaso? Bien pesado todo, la vida no le ha vuelto definitivamente las espaldas, ni él siente desprecio por sí o por la vida. No es un resentido ni un hombre agriado o escéptico. No renuncia a vivir. Más aún, conserva prodigiosamente intacta su capacidad de ensoñación y de aspiraciones quiméricas. Todavía no es un converso, es simplemente un convaleciente, en quien con la salud renacen las esperanzas adormiladas, pero no muertas. Puesto a pensar, aún le encandilan las cosas del mundo que «antes solía pensar». ¿Es un fracasado? Ciertamente no es un derrotado ni abatido. ¿Cómo ver un derrotado en un vasco con tentaciones de poeta enamorado de una dama inaccesible, fantaseando hazañas de amor? ¿Quién lo hubiera adivinado, si él mismo, desde su vejez, no nos lo hubiera revelado, desgranando, mientras paseaba, frases en las que parece reverdecer la lejana tierna incandescencia? «Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído en su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuan imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de éstas». Para todo enamorado su amada, su Dulcinea, es «más que condesa ni duquesa», aunque se llame Aldonza Lorenzo; y perlas y oro son los granos de trigo rabión que manejan sus manos de aldeana. Sin embargo, la confidencia ignaciana parece apuntar a una dama, que no es una mujer ideal y abstracta (Susta) y menos la Virgen María (Desdévise du Dezert); su altísimo estado fuerza a pensar en una mujer de sangre real. Muchos han señalado a la reina Doña Germana de Foix, a pesar de que fue la causante de la ruina de Velázquez de Cuéllar, el protector de Iñigo, pero estaba casada en segundas nupcias desde 1519 y, además, era entrada en carnes y bebedora. Algunos han apuntado a Doña Leonor, a quien Iñigo pudo haberla visto en las fiestas de la jura de Carlos I cuando frisaba los veinte años y que pronto jugó algún papel como baza política para un eventual matrimonio con el Príncipe de Navarra, aunque al fin se casó con el Rey de Portugal. El P. Leturia se inclina a favor de la Infanta Catalina, la niña cautiva en Tordesillas, arrancada de su soledad para las fiestas vallisoletanas, en que Iñigo la pudo contemplar vestida de satén violeta, recamado de oro, convertida en «la más gentil dama... la más linda cosa que hay en el mundo». Tenía menos años que Iñigo, pero no era tanta la distancia como la que había entre su compañero de armas Alonso de San Pedro y la mocita de Ezpeleta con la que se acababa de casar. Aquella extraña mezcla de amor y conmisericordia, propia de un lector de

Amadís, puede ser también una solapada proyección de su carencia materna. Fuese real o imaginaria la dama, Iñigo desvariaba, porque «no miraba cuan imposible era poderlo alcanzar». Lo sabía, pero no lo miraba. Para lo primero bastaba con abrir los ojos, para lo segundo era precisa la complicidad de una inhibición de la voluntad. Loco sí, tonto no, como diría Unamuno, quien subraya que sólo los locos van de veras. Tan de veras que el pobre Iñigo estaba embebido por estos sueños que consumían sus horas sin sentirlo. ¿Quién dijo que eras rígido, calculador y frío, insensible al amor e inmunizado al afecto, tú que eras capaz de «estar embebido en pensar en ella dos... y tres... y cuatro horas, sin sentirlo, imaginando...»? El imagina lo que piensa y piensa lo que imagina. Y ¿cómo en tan compacto, pertinaz y dulce sueño, en aquel asedio de su alma, más desigual que el de Pamplona, podía abrir brecha otro pensamiento contrario, si no fuera potenciado nada menos que con la fuerza de Dios que le socorría, «haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros que nacían de las cosas que leía»? ¿Desde cuándo los libros podían desdibujar o difuminar a la dama? No era un ataque de frente, sino como una mina o galería que socavaba los cimientos de la fortaleza. Pensamientos contra pensamientos, que todos brotaban del mismo hontanar, de un sí dual y escindido. También leyendo la vida de Cristo y de los santos, «se para a pensar, razonando consigo»... Razonar consigo es escucharse y contestarse, discutir y luchar. Y eso que convencionalmente llamaríamos monólogo es el más profundo de los diálogos. Diálogo entre dos partes del sí mismo y con una tercera parte que intenta hacer de arbitro decisorio en una incomponible guerra civil interior y entre hermanos siameses que nadie puede separar. Dos voces dije, y son más, son legión, tantas como los fragmentos del propio ser con sus múltiples objetivos, que torturaron a san Agustín.

«He pensado que soy dos»

Con toda seguridad no era la primera vez que Iñigo razonaba consigo. Antes lo hizo leyendo libros de caballerías y ahora lo hará leyendo la vida de Cristo y de los santos. Más que leer descende a su interior. Los símbolos externos germinan en su alma como propios, como trozos ignorados de sí mismo. Es sensible a la fascinación de modelos heroicos. Su contagio admirativo se transforma en emulación imaginada. Razonando consigo empieza a preguntarse: «¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo san Francisco y esto que hizo santo Domingo?». Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: «santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo de hacer; san Francisco hizo esto, pues yo lo tengo de hacer». Es un párrafo admirable para detectar la «semántica del deseo» de que habla Paul Ricoeur, hasta en esa gradación entre el «si yo hiciese» y el «yo lo tengo de hacer». Iñigo vislumbra las cimas de la santidad en dos modelos destacados de la rica galería del Flos sanctorum. La santidad es lo arduo y dificultoso y algo que hay que hacer. El, caballero andante, a lo humano o a lo divino, es el «poeta de la acción» (Unamuno). A primera vista, Francisco de Asís o Domingo de Guzmán hicieron cosas hazañosas: se despojaron de todo, practicaron terribles penitencias, rompieron con su pasado... En su identificación proyectiva con ellos, en Iñigo se da el tránsito del pensamiento al deseo, del deseo

condicional tímido al resolutivo concreto, si bien fantaseado. Cree posible, y aun fácil, el poner por obra lo pensado y proyectado en las oscuras cavernas del deseo, no menos soñado que el ideal de la inaccesible dama, inspiradora de otras hazañas. Es su fantasía, no su voluntad firme, la que trabaja alternativamente en una u otra dirección, en esta «sucesión de pensamientos», en esa marea invadiente, con su flujo y reflujo, que, en definitiva, no hacía sino mostrarle su escisión interior. Podría haber expresado su contradicción en aquellos versos que escribía un siglo más tarde el jesuita Juan Bautista de Avila y los cita el también jesuita Baltasar Gracián: «Decidme quién soy, mi Dios, porque siendo uno en el ser, al pecar y al proponer, he pensado que soy dos. Porque andáis, ¡ay alma!, vos tan otra en el corazón de vos misma en la ocasión, que en un mismo instante creo que anda en un alma el deseo y en otra la ejecución». No es poco que ande un alma en el deseo, aunque la otra resista o contradiga desde la ejecución. Hoy existe la tendencia a endosar este y otros dualismos del ser humano al ingrediente helénico de la antropología cristiana, como si tan ingenua excusa nos liberase de contrastes y aun desgarros interiores que los griegos no inventaron, sino registraron; porque en su *theorein* hay mucho más de ver que de teorizar, tanto cuando miran la naturaleza como cuando miran al hombre. Iñigo no se extrañaba de esa diatriba agónica entre el quiero y hago, tan irrefutablemente descrita por Pablo (Rom 7,15) o de ese avasallamiento intermitente entre dos deseos contrarios que lo agotaban hasta el cansancio. Pero en un golpe maestro de fenomenología, sí le maravillaba algo en la anatomía finísima de sus deseos proyectivos. Los sueños mundanos, que le deleitan mientras de ellos alimentaba su espíritu, cuando «después de cansado» los abandonaba, le dejaban «seco y descontento». En cambio sus toscas ensoñaciones miméticas de la santidad —«ir a Jerusalén descalzo, no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos»—, le consolaban mientras en ellos vagaba, y aun luego de olvidados, «quedaba contento y alegre». A la alternancia seductora de ideales, seguía una alternancia en los estados de ánimo, cuya diferencia sutil no reparó Iñigo hasta que una vez «se le abrieron un poco los ojos y comenzó a maravillarse de esta diversidad». ¡Qué sugerente frase en su concisa concreción! Abrir los ojos ante el fluir de su ánimo, registrar la distinta resonancia de las antagónicas llamadas, dejarse ganar por el sorprendente hallazgo de los ecos distintos que procedían del pozo de su ser. De la curiosidad y admiración nació la ciencia de la naturaleza, y de los mismos padres procede la espeleología del espíritu. En Iñigo a la admiración siguió la reflexión; y a ésta, la verificación empírica. La experiencia era clara y contundente: «de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre». Al margen de las consecuencias del episodio, aprendió de modo indeleble una lección: conoció «la diversidad de espíritus que se agitaban». La frase tiene una intencionalidad objetivadora, despersonalizante. Ribadeneira acentúa su significación cuando nos dice que Iñigo «entendió que había dos espíritus, no solamente diversos, sino en todo y por todo contrarios entre sí». Los hipostatiza como la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, Cristo y Belial. Acaso corre más que el propio Iñigo, tímidamente asomado a un dualismo que va a exigir opción y lucha. Los dos espíritus que desde fuera parecen solicitarle o las dos tendencias que en su intimidad apuntan, están demasiado ligadas a las creaciones concretas de su fantasía: proezas para servir a la dama, proezas para emular a los santos. Dios no lo interpela

personalmente, sino como borroso horizonte, horizonte compartido con los santos, aún no personalizado ni entrañado. Pero en este punto del laborioso discurso sí que estaba Dios levantándole al primer escalón de su despegue ascendente y dictándole una lección de largas consecuencias. Lo verá con nitidez treinta años más tarde según lo expresa una frase marginal de Cámara en su relato: «Este fue el primer discurso que hizo en las cosas de Dios; y después cuando hizo los Ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus». El primer discurso en las cosas de Dios siempre lleva en su seno la dualidad: Dios y yo, bien y mal, espíritu y carne, materia y sentido, sueños y realidad, este deseo o el otro... Donde hay dos, hay tensión y problema, aporía. Sólo la tentación monista nos puede producir la ilusión de la simplificación, de la fusión o absorción artificiosa, de la reducción al uno con sacrificio del otro. Soñar que se es puro espíritu es tan engañoso como resignarse a ser sólo cuerpo. Integrar esa suprema aspiración de la armoniosa evolución psicológica supone multiplicidad, aunque ordenada. El descubrimiento de la tensión de la dualidad de espíritus, de fuerzas, de deseos, fue una gran lección para Iñigo y le proporcionó «no poca lumbre». Una luz que le clarificó sus vaivenes de presente y se le metió por los escondrijos del pasado. «Comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia de ella». Esa simple coma ortográfica es poca cosa para marcar el hiato que separa los dos conceptos de la frase. Reconocerse pecador es la antesala de la regeneración, fórmula más sencilla y eficaz para acabar desculpabilizándose que el engañoso intento voluntarístico de abolir de la conciencia la culpa. El largo trecho que va desde el repasar la vida hasta la convicción de que se impone la penitencia, que no es en esta ocasión ese cambio o metánoia propios del sentido originario de la palabra, sino que también induce a la satisfacción o compensación del vacío y del pecado descubiertos. De nuevo arrecia el deseo: no el fantasioso de emular, sino el humilde de sencillamente «imitar los santos», sin pensar en circunstancias, con el mimetismo indiferenciado de repetir sus gestos. El deseo está rozando la promesa; y la promesa es ya invocación de una fuerza más fuerte que él mismo: «no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo, como ellos lo habían hecho». El hervor va tomando cuerpo y concreción: «Todo lo que deseaba hacer, luego como sanase, era la ida a Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias cuantas un ánimo generoso y encendido de Dios suele desear hacer». Sus antepasados disponían a la hora de la muerte que alguien fuese «en romeaje por su ánima» a santuarios lejanos o en las basílicas romanas. Iñigo quería hacer su romería penitencial en persona y le fascinó desde el primer momento la ciudad santa, Jerusalén. ¿Qué intuía Iñigo tras esa palabra, que tan fuerte y obsesivamente arraigó en su alma durante toda su vida? La Tierra Santa era algo presente en la tradición guipuzcoana, sea en forma de óbolo para sus iglesias, sea como destino de una peregrinación.

De la romería jerosolimitana hablaban de oídas el músico Anchieta en sus rimas cantadas y Montesinos en sus coplas, y de vista Don Pedro Vélez de Guevara, sobrino de Marina, que acompañó en 1519 al Marqués de Tarifa a la ciudad santa. Los Reyes Católicos destinaron rentas fijas a reparos del monte Sión y de otras capillas palestinenses y crearon la Obra pía para su asistencia que había de durar siglos. El Cartujano en la Vita Christi encomia como «negocio más deleitable» el ver con los ojos

corporales y revolver con el entendimiento la tierra en que Cristo obró nuestra redención y describe morosamente a los devotos que visitan con espíritu inflamado los lugares sagrados y los riegan con lágrimas de contrición. También es verdad que desde la conquista de Oran y Argel (1509-1510) se desató un cierto mesianismo jerosolimitano que profetizaba la pronta conquista de Jerusalén por los reyes de España y hacía soñar a Cisneros con celebrar la misa en el Santo Sepulcro. Pero Iñigo no sueña en conquistar nada, sino en hacer penitencia. Jerusalén es la tierra de Jesús, el escenario de la redención, es el posible campo desértico para sus penitencias, es la ruptura mediante la distancia, es acaso y sobre todo la vaporosa lejanía, la llamada inconsciente de la lejanía, del futuro misterioso y distinto, de la búsqueda de algo. En esta lenta recuperación de sentido, Iñigo ha vencido ya el vacío existencial, asume lúcidamente su pasado con valoración crítica, comienza a reordenar y seleccionar sus aspiraciones. Un deseo desplaza a otro deseo y acaba relegándolo a la categoría de mero pensamiento. Iñigo los contrapone sutilmente: «Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía»... Sólo se le iban olvidando, perdiendo perfil y fuerza... hasta que ocurrió lo imprevisto, pero deseado: un robustecimiento interior que él llama «visitación» y que lo describe tantos años después con seguridad y firmeza y con la misma naturalidad con que puede hablar de sus viajes a Flandes. Es imposible suplantar el relato y el razonamiento anejo: «Estando una noche despierto, vio claramente una imagen de Nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el agosto de [15] 53 que esto se escribe, nunca más tuvo un mínimo consenso en cosas de carne, y por este efecto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo ni decía más que afirmar lo susodicho». Es una página maestra de finura psicológica y también de ese discernimiento de espíritus sobre el que más tarde daría reglas precisas. Iñigo cuenta escrupulosamente el episodio, no osa afirmar con certidumbre que sea cosa de Dios, pero sí afirma con certeza los prodigiosos efectos, instantáneos y duraderos, de aquel trance, y su convencimiento de que tan radical cambio no provenía de sus fuerzas ni tendencias. Al fin sintió «asco de toda la vida pasada». Al preguntarse ¿quién soy yo?, se hundieron los falsos prestigios familiares y personales, y se vio «como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima» (Ej 58). Desde ese instante era un converso, un hombre necesitado de redención profunda, acuciado por la búsqueda del tiempo perdido, pero para rescatarlo. El asco es la antesala de la sinceridad. ¿O al revés? En ese punto y hora cayó herido y rendido Iñigo; no entre las almenas del castillo de Pamplona. El asco sin esperanza, no produce un santo; enerva, deprime, empuja a la insignificancia y al aniquilamiento. En Iñigo no fue una causa de transformación, sino un efecto inducido por la irrupción de una luz interior que le descubrió el vacío y el abismo bajo sus pies, justamente porque le señaló el camino de lo Absoluto.

Mudanza de alma. Sólo los locos van de veras

Empezó, solo empezó, a ser otro hombre, despertándose en él energías potenciales de paz y libertad. Se traslucía al exterior.

«Así su hermano, como todos los de su casa, fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente». Hasta sus sobrinitos Millán, Magdalena, Catalina y Marina apreciarían confusamente el cambio. Y ¿cómo no lo había de notar Doña Magdalena, «siempre temerosa de Dios», al decir de Iñigo? Tales mudanzas interiores cambian la mirada exterior y aún más la interior; todo empieza a verse con otros ojos. Iñigo comienza a estar absorto, recobra libertad ante el pasmo de los suyos, se enciende su nueva afición. Está «afectado», en el jugoso sentido que él sabrá poner en tal palabra. «No se curando de nada, perseveraba en su lectura», como otrora cuando se enfrascaba en los libros de caballerías. Se robustecía en sus buenos propósitos y gastaba en cosas de Dios el tiempo que empleaba en conversar con los de su casa. Suprema prueba del cambio obrado, máxime si tenemos en cuenta que jamás comunicó nada a nadie sobre sus seísmos interiores, ni siquiera a su hermano sacerdote. Ahora sus palabras hacían efecto, estaban cargadas de vibración interior. Es su primera experiencia como guía de espíritus. Le fue ganando el entusiasmo, y releía con otros ojos y con avidez los mismos libros que antes había curioseado forzosamente. Y hasta le vino a la mente la idea de extractar las cosas más esenciales de la vida de Cristo y de los santos, escribiéndolas con esmero en un infolio que llegó a tener casi 300 hojas. El refuerzo psicológico que supone el registrar por escrito pensamiento y frases gratas hace que éstas vayan calando en el alma y fijándose en la memoria. Algunas expresiones del *Flos sanctorum* y del Cartujano reflorescen algo más tarde en la redacción del texto de los Ejercicios, donde con toda seguridad las han sabido rastrear los expertos. Mas tanto como el escribir ayuda a fijar las cosas el hecho de seleccionar; el escoger desvela criterios y regustos íntimos arraigados con la reiteración de la meditación. «Guste con ordenada discreción de paso en paso cada día», aconseja el Cartujano, y presenta al respecto el ejemplo de santa Cecilia, quien de día y de noche pensaba en algunas cosas más devotas del evangelio y las tornaba pensar «gustándolas con gusto». Esta experiencia le enseñó a Iñigo que «no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente», como diría en las anotaciones iniciales de los Ejercicios (Ej 2). Si conservásemos esta gustosa *sylva rerum* de Iñigo, sería un precioso espejo de las «afinidades electivas» suscitadas por la lectura que fecundaba su espíritu. El frustrado aprendiz de motes y discursos amorios se esmera ahora en transcribir fielmente y con su mejor caligrafía los pasajes que internamente siente y gusta. Cambia de tinta y plumas, para copiar las palabras de Cristo en tinta colorada y las de Nuestra Señora en tinta azul, «sobre papel bruñido y rayado». En el recuerdo, preciso y detallista, aletea todavía fresco el candor del episodio originario que tan mal se compone con la estampa del supuesto militar rudo que algunos se empeñan en ver en este soldado de circunstancias. Tal candor, puro y diáfano, sólo puede brotar del manantial recobrado de la infancia. Unamuno, con intuiciones que valen por quintales de erudición, nos da la clave de este u otros candorosos excesos: «El héroe es siempre por dentro un niño, su corazón es infantil siempre; el héroe no es más que un niño grande». O como dirá en otro lugar: Los locos —como los niños, añado yo— van «de veras siempre; son los cuerdos los que van de burlas».

Y itan de veras como iba Iñigo, creando su personal antología de textos! En ello empleaba largas horas, porque ya comenzaba a levantarse y a andar un poco dentro de casa. Gastaba también parte de su tiempo «en oración». Es la primera vez que nos sale al paso esta palabra, cuajada de misterio. No es difícil orar cuando bullen en el alma deseos y propósitos, asco de la propia vida y necesidad de auxilio; ni importa en tal efervescencia que broten palabras justas o abundantes, siempre pobres para expresar lo que se lleva dentro. Iñigo debió de manejar algún Libro de Horas que le ahorra el esfuerzo creativo de un lenguaje al que estaba poco acostumbrado y en él pudo encontrar la plegaria «Anima Christi», que durante siglos ha corrido luego como de su invención. Que el tal libro era en algún modo precioso y rico en imágenes lo sabemos por una confidencia tardía de Iñigo hecha a un novicio jesuita que se angustiaba por el apego afectivo que sentía hacia sus padres y parientes. Para su alivio y adoctrinamiento le confesó Iñigo que en los días iniciales de su conversión le turbaba en su devoción una imagen de la Virgen del tal Libro de Horas de singular parecido con el rostro de su cuñada Doña Magdalena, despertándole un cariño humano. El remedio fue cubrir la imagen con un papel. Con su fuego de converso ya iniciaba su táctica del «*oppositum per diametrum*», este hombre más inclinado a la «*férrea extremositas*» que a ninguna «*áurea mediocritas*». Llevaba en su temperamento la cólera y la demasía. Extremosidad de converso fue también la áspera reprimenda que propinó a su solícita cuñada Doña Magdalena. La culpa la tuvieron los perros de caza pedidos de prestado por los parientes de la casa de Iraeta. Doña Magdalena dijo que no estaban en casa, siendo verdad lo contrario. Casi todos suponen que a Iñigo le exasperó la mentira intrascendente; alguno ve otra trastienda en la negativa amañada de Doña Magdalena: los Iraeta eran gamboínos. Iñigo reaccionó con excesiva dureza: «la riñó ásperamente e dijo que no se pondría con él en una mesa y aun algunos pocos días le quitó la habla por ello». ¿Habría retirado entonces el papelillo encubridor de su Libro de Horas? Bajo esta corteza recia, a Iñigo se le va ablandando el alma, cada día más porosa al influjo tan sutil como la consolación. Muchas veces y por largo espacio contempla el cielo y las estrellas. ¿Qué dirían el alcaide Herrera o Montalvo el de Arévalo si supieran que «la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor?». Sólo un poeta excepcional como Tagore nos puede ayudar a comprender este relámpago intimista de Iñigo: «Cuando la naturaleza habla, apaga las palabras en nuestros corazones y nos pide en cambio por contestación una música sugeridora de lo indecible. El pensamiento sube — o ha subido ya— más allá del mismo pensamiento». Iñigo, tan reacio a manifestar sus emociones estéticas, dejará escapar otros fugaces ramalazos de su corazón conmovido hacia el final de sus días cuando exclame el famoso «¡Qué sórdida la tierra, cuando contemplo el cielo!», o cuando nos revele el secreto mensaje que le comunicaba la contemplación de las humildes flores. Otra vez nos socorre Tagore: «Tentados por los encantos del espíritu insolente de la humana prosperidad..., entonces llega la flor a nosotros, mensajera de la otra orilla y dice blandamente a nuestro oído: Aquí estoy, El me envía. Soy la mensajera del Hermoso, de aquél cuya alma es el paraíso del amor. Ya su puente toca la ribera de esta isla apartada. El no te ha olvidado y ahora te salvará. Te llevará hacia El y te hará de El». Iñigo posee nuevos ojos y por eso contempla la naturaleza de modo nunca

imaginado y se deja invadir por un sentimiento cósmico, como su admirado Francisco de Asís. Pero tal sentimiento se transformaba en él en esfuerzo dinámico hacia la acción. Nunca fue maestro en decir. Pasa por maestro en discurrir y en emplear la voluntad. Mas su secreto oculto estriba en sentir, «sentir internamente». Toda su vida se dejará invadir y guiar por esas olas interiores y buscará metódicamente su impulso, que llamará «moción» — kinesis, dirían los viejos ascetas griegos — , aunque aprenderá muy pronto que también hay horas áridas en que nada es sentido y en que el efectivo amor, el amor-servicio, cuelga sólo de la voluntad. ¿Irá para contemplativo este silencioso rumiante de cielos y estrellas? Primero quiere saldar el propósito pendiente que le quema las entrañas, «deseando ya ser sano del todo, para se poner en camino». Vive con intensidad el culto al instante presente, rico y hondo, pero de nuevo se proyecta y huye hacia el futuro y hasta comienza a echar cuentas sobre lo que hará cuando vuelva de Jerusalén. Le domina la idea de vivir siempre en penitencia, en lugar apartado y comiendo hierbas como san Onofre, porque al asco de sí acompaña el afán de «ejercitar el odio que contra sí tenía concebido». ¡Extremoso y ardiente Iñigo, que sueñas en enterrarte en la célebre Cartuja de Sevilla, «sin decir quién era para que en menos le tuviesen»! Aún no te has curado de tu orgullo. La obsesión del anonimato sólo acucia a los que paladean el brillo de la estirpe, el renombre de su nombre, no a los infinitos hombres que viven sencillamente en su anonimato. ¿Te hundirás más en la oscuridad haciendo penitencia «andando por el mundo»? La Cartuja de Miraflores de Burgos estaba más cerca. Un criado de los Loyola, que tuvo que hacer un viaje a la capital castellana, recibió estupefacto el secretísimo encargo de Iñigo: informarse de la regla de los monjes. Cumplió el encargo a satisfacción e Iñigo quedó contento de los informes recibidos. Mas lo primero era ir a Jerusalén y pronto; ya se hallaba «con algunas fuerzas». Para llegar a Jerusalén había de traspasar otra vez, y ésta de modo definitivo, el dintel del portón de Loyola, pasar bajo la caldera de su escudo con el propósito oculto que cocía en la caldera de su corazón. Llegaron las Navidades de 1521. Serían las últimas que pasaba en su hogar; quizá dejó transcurrir algunas semanas de enero de 1522. Llegaba la hora-límite, el punto de ruptura de incalculables consecuencias personales, familiares y sociales. Iñigo se sentía firme y libre, pero temía el cerco familiar, la tutela de su hermano Martín, que era como cabeza de la estirpe. Por una vez, el intrépido Iñigo no lucha de frente, se muestra tímido y corto, oculta celosamente su secreto. Buscando un pretexto para justificar la salida del hogar, un día cualquiera insinúa a su hermano, sin darle mayor importancia, que será bueno que vaya a Navarrete, donde está su patrón el Duque, ya que éste sabe que Iñigo está curado. Decía la verdad, pero no toda la verdad. Pero enfrente tenía a otro vasco, tan reservado como él y sagaz como los lobos rampantes del escudo de los Loyola. Su hermano Martín y algunos otros de casa ya sospechaban para entonces que Iñigo quería hacer «una gran mutación». No le cogió desprevenido la insinuación camuflada ni seguramente improvisó su discurso fraterno. La Autobiografía reproduce en estilo indirecto, pero con abundantes y vividos verbos en tiempo de presente, el nervio de su razonamiento y describe suficientemente la tensa escena familiar: «El hermano le llevó a una cámara y después a otra y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que

tenía». Iñigo se vio tentado «grosera y abiertamente» (Ej 9), con la lógica coherente y cerrada, que hasta entonces fue la suya, y con un repertorio de razones, contundentes para un hermano, pero toscas y débiles para el otro. No valen tranquilizantes para remediar la turbación de un hombre empeñado en una lucha espiritual, ni tales espoliques para turbar la paz y libertad cobradas al término de esa lucha. En esa mezcla de súplica e imperio, de admiraciones e interjecciones, habla la sangre y desde ella el pasado, el presente y hasta el futuro en forma de expectativas. Es un ataque frontal contra peligrosas y denigrantes aventuras. Quieren que sea como ellos. «¡Al carril, al carril!», exclamaría alborotado Unamuno, mientras su hermano gemelo Kierkegaard nos repetiría su deliciosa fábula del águila domesticada por los patos. Iñigo recibió la embestida, pero escabullendo como pudo el bulto. Tales tácticas, aparentemente ingloriosas, se emplean también en la guerra. Por una vez, resignó la honra y pareció huir. En realidad, cantaba victoria, porque su palabra prevaleció y fue la última. «La respuesta fue de manera que sin apartarse de la verdad, porque de ello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló de su hermano». Probablemente no le engañó a su hermano. Iñigo no iba a lo que iba, sino iba a lo que no iba. Cualquier polemista menos inteligente que Pascal vería en el lance el nacimiento de la restricción mental jesuítica. Pero los jesuitas no habían nacido, ni siquiera en la mente de quien sería su padre.

«Pasión convertida». La unidad de sí mismo

Iñigo dispuso el viaje como si fuese a acomodarse en casa del Duque protector, organizó su equipaje y se vistió de gala sin olvidarse de la espada y el puñal. El solo sabía su secreto. Un buen observador hubiera notado en su mirada algo especial, porque quien se despide para plazo no definido, eventualmente para siempre, acaricia las cosas y los rostros con sus ojos. Cruzó otra vez el dintel de Loyola como quien traspasa la frontera de la libertad: hace quince años ganó la incierta libertad de, esta vez era también la libertad para algo. En realidad, ¿era libre? Iñigo aún no es santo; intenta ser un voluntarioso imitador de los santos en sus perfiles más llamativos y externos. Iñigo ignora las abstracciones y busca lo concreto. Su voluntad está poseída por algo más fuerte que ella misma. Es una «pasión convertida» que ha descubierto un nuevo sentido. En el santo, libertad y necesidad se confunden, dice certeramente L. Lavelle, quien añade palabras que bañan de luz este momento de la vida de Iñigo: «No dejamos de estar divididos entre lo interior y lo exterior, entre la verdad y la opinión, entre lo que quisiéramos y lo que podemos. Propio del santo es haber realizado la unidad de sí mismo. Siempre imaginamos que vive en un perpetuo sacrificio, pues es lo exterior lo que retiene nuestra atención y pensamos que lo exterior debe separarnos de él. Es la opinión lo que tememos, pensando que ridiculiza la verdad. Es nuestra debilidad lo que invocamos, juzgando que hace inaccesibles nuestros votos más esenciales. El santo no conoce este temor ni este embarazo. Por comprometerse siempre todo entero, jamás calcula su pérdida y su ganancia. Y, así, jamás tiene la impresión de sacrificar nada. ¿Cómo podría hacer el sacrificio de lo exterior, que no es para él otra cosa que lo interior de una presencia que lo realiza?». «Cabalgando en una muía» salió de Loyola. Incitato aequo se metió hacia poco con arrojo en la aventura de Pamplona, y picando suavemente espuelas iniciaba ahora una aventura de horizonte menos concreto. En

gestos mínimos, pero voluntariosos de la vida se ocultan consecuencias imprevisibles. Iñigo salió acompañado: acaso fue una cautela familiar, inútil, para garantizar el destino de su viaje. Le acompañaban dos criados de casa cuyos nombres conocemos: Andrés de Narbaitz y Juan de Landeta. Le acompañaba también su hermano Pedro, el futuro párroco de Azpeitia, su compañero de calaverada en los carnavales de 1515 y que acababa de tener una hija unos meses antes. Era para Iñigo la imagen más tangible y conjunta de «hombre de Iglesia». Ya de camino, el seglar persuadió al sacerdote «que quisiesen tener una vigilia en Nuestra Señora de Aránzazu». Ascendieron a la pequeña ermita perdida entre ásperos riscos. Iñigo hizo oración y cobró nuevas fuerzas para el camino. Muchos años más tarde recordará el provecho que recibió en aquella vigilia entre tinieblas que rompió el alba. Luego bajaron a Oñate y allí quedó Don Pedro en casa de una hermana que iba a visitar: Magdalena, la esposa de Juan de Gallaiztegui, la que tuviera algunos días en su casa a Iñigo cuando le traían de Pamplona. La despedida fijó la distancia entre los hermanos, la sorda hostilidad, el endurecimiento de Pedro. No se vieron nunca más. Tras el asesinato de García de Anchieta, Pedro será Rector de la parroquial de Azpeitia y morirá en 1529 al retomo de uno de los varios viajes que hizo a Roma para pleitar con las monjas clarisas de su villa natal. Iñigo, además de recobrar fuerzas, vació las que creía tener en un gesto generoso. «La certeza no es inmovilización del espíritu» (G. Marcel), y hasta puede compaginarse con cierto miedo: el miedo a sí mismo. No por fanatismo, sino por un temor que ignoró antes en difíciles batallas, Iñigo quiso amarrar su voluntad con lazos sagrados. Fue probablemente en Aránzazu, antesala de su inmersión en la nueva vida, donde hizo voto de castidad. Lo confesaría más tarde a Laínez y de ello se hace eco Ribadeneira. Seguimos la fuente primera y más fresca: «Y porque tenía miedo de ser vencido en lo que toca a la castidad que en otras cosas, hizo en el camino voto de castidad, y esto a Nuestra Señora, a la cual tenía especial devoción». Podía, como en Pamplona, perder la victoria, pero no el ánimo generoso, o la «intención pura» como la llama Laínez, quien sale garante de la fecundidad del gesto y de la protección buscada: «con haber sido hasta allí combatido y vencido del vicio de la carne, desde entonces acá nuestro Señor le ha dado el don de la castidad y, a lo que creo, de muchos quilates». Los santos no nacen santos, se hacen, y en momentos de flaqueza beben del elixir de los héroes, reforzando con voluntad su fe vacilante: «Sólo el que ensaya lo absurdo es capaz de conquistar lo imposible» (Unamuno). Para que la cosa no quedase en propósitos brillantes, «desde el día que partió de su tierra, se disciplinaba cada noche». «Y él se fue a Navarrete», siquiera para no quedar como mentiroso, pues el primer destino de su viaje era ya Montserrat, famosa cita de peregrinos. No parece que se viera con el Duque. Aun pensando en dejarlo todo, reclamó por carta salarios atrasados al tesorero. No andaba sobrado de dinero contante, pero el Duque dijo que «para todo podía faltar, mas que para Loyola no faltasen» —probablemente así lo llamaban en los medios cortesanos—, y aún estaba dispuesto a designarle para una buena tenencia, si quería, en mérito al «crédito que había ganado en lo pasado». Iñigo no estaba para ser teniente de nada ni de nadie, sino para personalizar protagonísticamente su incierta aventura. Cobró los dineros y parte los mandó repartir en personas a las que se sentía obligado, que no nombra; otra parte la dedicó a pagar los gastos de restauración y ornato de una imagen de Nuestra Señora. Despidió a los

criados que iban con él; podían, sin mentir, certificar a su hermano Martín que Iñigo había ido al palacio del Duque. Además, les manifestó su propósito de dirigirse a Montserrat «como romero de pobreza y penitencia». Sería durante unos años la última pista para su familia. Iñigo tenía prisa. No sólo por el escozor interno que consumía su alma, sino por adelantarse a un comprometedor cortejo que hacía la misma ruta: el de Adriano de Utrecht, que el 10 de febrero había aceptado en Vitoria su elección para Papa. El 15 de marzo fue hospedado por el Duque en su fortaleza de Nájera. Si Iñigo hubiese querido habría paladeado de nuevo las dulzuras cortesanas, se le hubiesen abierto insospechados caminos. El siguió el suyo en solitario: opción ante el destino, elección del suyo.

Hacia la libertad: «Se partió solo en su mula»

«Se partió solo en su mula» camino de Montserrat, como saldría Don Quijote solo una mañana, antes del día, y con idéntico «grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo» (I, II). Pero no tan solo como pensaba, porque era un Loyola; sus ricos vestidos denunciaban que era alguien y él lo sabía: ¡mucha compañía! No sabemos si nuestro caballero novel en aventuras espirituales dio voces ensartando disparates aprendidos en los libros, pero sí sabemos que los pensó consigo mismo. Los años transcurridos procuran perspectiva, pero no han borrado la huella precisa de aquella vivencia evocada en una de las páginas más brillantes y vibrantes de la Autobiografía: «Y en este camino le acaeció una cosa que será bueno escribirse, para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima, que aun estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese, y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacar a Dios. Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios, que, sin hacer juicio que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer, no se acordaba de ellos. Y así cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los santos, proponía de hacer la misma y aún más. Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era hacer de estas grandes obras exteriores porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia». Hacer, hacer, hacer, repetido hasta la saciedad, como el adjetivo grandes... y aún más. Emulación en penitencias, más que arrepentimiento. Euforia proyectiva y exteriorista como Don Quijote y, como éste, «al modo de lo que sus libros le habían enseñado» (I, II). A pesar de sus introspecciones pasadas, no mira a su interior; aún no ha aprendido el abe de la humildad, de la caridad, de la paciencia, la práctica regulada de infinitas virtudes. Ni falta que hace. Le posee un hervor selvático y está seguro de que Dios le pide sólo generosidad. Lo demás vendrá por añadidura. Le cuadran perfectamente las palabras con que Teresa de Jesús retrata un cambio similar: «Así comencé a hacer mudanza en muchas cosas, lo llevaba por modo de amar a Dios y no por apremio... veíase en el exterior» (Vida 24, 1-3). Iñigo siguió la ruta más o menos obligada: Logroño, Tudela, Alagón, Zaragoza, Fraga, Lérida, Cervera, Igualada... A Don Quijote acontecían cosas que de contar fuesen, y

a Iñigo, entre otras que silencio, «le acaeció una que será bueno escribirse». Y es que en el camino le alcanzó un moro, caballero en un mulo. «Y yendo hablando los dos, vinieron a hablar de Nuestra Señora». Iñigo es un poseído, que camina de Aranzazu a Montserrat. La conversación fue honda y sincera; hasta ecuménica, porque al moro «bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre, mas al parir, quedando virgen, no lo podía creer». Daba sus razones y no se apeó ante las contrarias de su compañero metido a teólogo. El moro se despidió y adelantó con prisa, e Iñigo lo perdió de vista «quedando pensando en lo que había pasado con el moro». Si hubiese leído la *Vita Christi*, de Padilla, en ella habría visto versos como éstos a propósito de la virginidad de María: «Malditos aquellos que en esto no creen mirando los cursos de nuestra natura... Huye, cristiano, de los que discreen de aqueste misterio de sumo consejo». Sea como fuere, y a vuelta de pensar, fue invadiendo el alma de Iñigo una marca cuyo crescendo describe portentosamente: sus «mociones» fueron sucesivamente de descontentamiento, de sombrío pesar por no haber hecho su deber, su indignación más vivaz contra el moro por sus demasías, de impulsos por volver por la honra de Nuestra Señora, de deseos de ir en busca del moro, y no precisamente para uncirle a su muía de caballero y llevarlo cautivo a hincarse de rodillas ante su Señora de Montserrat, sino para darle de puñaladas por lo que dijo. «Perseverando en el combate de estos deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado a hacer», pues, entre otras cosas, de ejecutar sus deseos tenía que desviarse del camino real para seguir el del moro. «Cansado de examinar», no hallaba resolución cierta, y determinó ir con su muía hasta el cruce de caminos y dejarla «con la rienda suelta» para seguir el que ella eligiese. A pesar de la tentadora anchura del camino seguido por el moro, la muía de Iñigo eligió el contrario, ahorrando así al moro la muerte y a Iñigo las galeras o cualquier otro fundamental desvío de su recién iniciado derrotero. Y con esto, como sucedería con Don Quijote, «se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en ello consistía la fuerza de las aventuras». Lérida o Igualada parecen ser el «pueblo grande», ya cercano a Montserrat, donde Iñigo quiso comprar el ropón que pensaba vestir y con el que iría a Jerusalén. Recuerda perfectamente la compra: «tela de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas». Alguien le hizo con la tosca tela una veste larga hasta los pies. Compró el bordón y la calabacita, atuendo obligado de peregrinos, y todo lo puso en el arzón de su muía. Compró, además, un par de esparteñas, quedándose con una. Todavía llevaba ligada y algo maltratada una pierna, que por las noches, a pesar de ir montado, aparecía hinchada. La pierna enferma mereció la atención de ir calzada. Y prosiguió su camino de Montserrat con calentura en la cabeza y en el corazón de la más pura esencia caballeresca: «Y fuese su camino de Montserrat, pensando, como solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas, y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de Nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo». Bullen en la imaginación de Iñigo escenas del libro IV del Amadís, en que es armado caballero Esplandián ante el altar de la Virgen, que, a su vez, cumplen puntualmente el ritual descrito en la siete Partidas medievales de

Alfonso el Sabio: «los hinojos fincados e todo lo al en pie... ca la vigilia de los caballeros no fue establecida para juegos ni para otras cosas, si no para rogar a Dios ellos que los guarde... como a ornes que entran en carrera de muerte». ¡Y pensar que este Iñigo es contemporáneo de Machiavelli! Por fin, llegó a Montserrat, la primera meta soñada de su andanza, menos extraña de lo que a primera vista parece. La devoción a la Virgen Moreneta era familiar en los medios cortesanos —Reina Isabel y Reina Germana— y en la propia casa del Duque de Nájera, cuya esposa Doña Juana de Cardona, de la primera nobleza catalana, era hija de quien se educó en la escolanía del monasterio. Además se hallaba difundida en Guipúzcoa; en sus iglesias se recogían limosnas para el lejano monasterio, en los testamentos figuraban mandas para el mismo y no faltaban quienes hiciesen voto de ir a visitarlo en peregrinación. Hubo tiempo en que las Juntas generales de Guipúzcoa autorizaron la cuestación exigiendo a cambio que el monasterio montserratino contase con dos confesores en lengua vasca para que los peregrinos guipuzcoanos «pudiesen desahogar sus conciencias en su propio idioma». A Montserrat llegó nuestro vistoso caballero con vestidos «ricos, preciosos y delicados... al modo y talle de soldado»... El ansia no le dejaba contemplar el paisaje insólito. Era la mañana del 21 de marzo de 1522. Primero oró en el templo repleto de luminarias e inmediatamente buscó confesor. No era pretensión difícil en un cenobio que contaba con cincuenta monjes y que vivía desde principios de siglo un hondo espíritu de reforma. El culto divino y la práctica de la contemplación eran los ejes de la vida restaurada por García de Cisneros, primo del célebre Cardenal del mismo apellido. Unos años antes Iñigo se podría haber encontrado —¿o los hubiera evitado?— a monjes paisanos suyos como Juan de San Juan de Luz, autor de un tratado del Espíritu Santo, o a Alonso de Vizcaya, que escribió otro sobre el Matrimonio espiritual. El culto al libro era singular en aquella casa que contaba con una rica biblioteca y con imprenta propia.

Iñigo no buscaba libros, sino un confesor ante quien liquidar definitivamente su pasado: «se confesó por escrito generalmente y duró la confesión tres días»; y a quien confiar sus planes de futuro que hasta ese momento a nadie absolutamente había descubierto. El hombre que recibió la primicia, hasta entonces celosamente guardada, fue Juan Chanón o Chanones, un santo varón que también sabía de renunciaciones generosas, porque dejó su vicaría de Mirepoix para vestir la cogulla benedictina en Montserrat. Avezado a confesar peregrinos, no todos los días topó con un penitente semejante: aquel lustroso caballero le quería hacer cómplice de un ritual caballeresco que constituiría el pórtico de su nueva vida y el remate de su concienzuda confesión, para luego entregarse a la oración y a la austeridad. Chanones era un hombre muy apto para entender y encauzar al fogoso peregrino recién llegado, cuya confesión no era trivial ni de rutina. A un penitente, inicialmente movido por lecturas y dispuesto a un repaso concienzudo de su vida, no es extraño que el ponderado confesor le hubiese puesto en las manos el Confesionario o cartilla de pecados que daba a los peregrinos que sabían leer, o más bien el libro por antonomasia del monasterio que como precioso legado les dejara el reformador García de Cisneros: Ejercitatorio de la vida espiritual. Existía, además, un compendio del mismo, frecuentemente editado y cuya última tirada había salido de las prensas en 1520; era una especie de manual de piedad del peregrino. En estos libros, no innovadores ni pioneros, se recogía una rica herencia espiritual largamente cultivada y expresada por autores de lejanas tierras y

extraños apellidos (Mombaer, Zuften, Kempen...). Su originalidad mayor estribaba en el afán de someter a método el proceso espiritual y una de sus máximas vivencias: la de la oración. Iñigo sabía bien que había que «ejercitarse» en el manejo de armas; que hacía falta método para gobernar un caballo, aprender música, disparar con ballesta o hacer bella caligrafía. Ahora aprendía que el camino emprendido no se reducía a fantásticas y episódicas hazañas, sino que tenía fases o etapas (purgativa, iluminativa, unitiva); que la confesión general no era la meta, sino el comienzo; que había reglas y avisos para examinar la conciencia y para gobernar el espíritu; andaderas para aprender a orar con provecho, como podían ser la invocación inicial, la fijación de la imaginación, el discurso ordenado por partes y puntos, la expansión espontánea del coloquio... No bastaba aprender o saber, era preciso ejercitarse, con constancia y paciencia. Era todo un hallazgo, un auténtico descubrimiento que dejará honda huella en su espíritu. Esta fecundación no es ajena a los primeros apuntes que pronto redactará con el nombre de Ejercicios espirituales, aunque los eruditos perfilarán su alcance y dejarán suficientemente en claro la originalidad sustancial de la creación de Loyola. El inicial triduo montserratiniano es demasiado breve para dar por supuesta una asimilación que requerirá tiempo. Iñigo tenía bastante con confesarse bien y con poner en ejecución su primera hazaña con métodos menos complicados: el despojamiento exterior, primer paso de su peregrinación jerosolimitana. Chanones fue su cómplice secreto. No era difícil concertar con él el desprendimiento de la muía en beneficio del monasterio. Por cierto, sobrevivió bastantes años. Tampoco era extraño que Chanones hiciese colgar como exvotos ante la Moreneta, la espada y el puñal, donados secretamente por el caballero. Durante muchos años estuvieron en la reja que separaba el camarín de la Virgen del cuerpo de la iglesia. Colgar sus preciosos vestidos era más llamativo e imposible de conjugar con el anonimato total en que Iñigo quería hacer sus cosas. Iñigo sacó el coraje de las grandes ocasiones y dio el paso trascendental con el que daba cumplimiento a las ansias contenidas durante tantas semanas, cerraba un largo capítulo de su vida y aniquilaba su pasado entero: «La víspera de Nuestra Señora de marzo en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre y, despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre y se vistió su deseado vestido». Desnudarse de sus galas era más que abrazar la pobreza, era romper el símbolo de su prestigio, el lazo que le unía al pasado abolido voluntariamente. En su precipitación alborozada tuvo la infeliz idea de regalar sus arreos al primer mendigo indiscreto que aceptó el inadecuado obsequio. Soñaba Iñigo con ser pobre y olvidado, soñaba el mendigo con ser rico y estimado, y unas varas de tela que cambiaron de dueño hicieron el milagro elemental. Iñigo se disfrazaba de pobre, de anónimo, como si despojándose de atuendos arrancase de su conciencia el paladeo de su apellido y de su sangre, del nombre y del renombre. En lo exterior es ya un Francisco de Asís que puede llamar sólo a Dios su Padre y hermanos a todos los hombres que encuentre en sus caminos. Hay algo del hippie moderno en su teatral ruptura con lo anterior. Es un inconformista y un contestatario. La diferencia estriba en que él sabe a dónde va o, al menos, cree saberlo. Ha conquistado su libertad, pero su libertad no es un fin en sí misma. Vestido con su ropón, su nueva y extraña divisa de caballero, remedó a los héroes de los libros de caballerías, «y se fue a hincar de rodillas delante el altar de Nuestra Señora, y unas veces de esta manera y otras en pie, con su bordón

en la mano, pasó toda la noche». Fue la noche del 24 al 25 de marzo, interrumpida por los maitines de la fiesta de la Anunciación a María. Noche de promesas y plegarias, coronada por el embeleso de la misa festiva temprana con músicas que gustaban sobremanera a Iñigo. Comulgó, perdido entre los romeros con la ayuda de las sombras. Y «en amaneciendo, se partió para no ser conocido». Y por no ser conocido, no siguió camino a Barcelona, donde «hallaría muchos que le conociesen y honrasen», sino que se desvió a un pueblo, que resultó ser Manresa, donde pensó pasar sólo algunos días en un hospital «y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado y con que iba muy consolado». Demasiadas cosas había vivido en pocas horas como para no necesitar su desaguar y fijar sus emociones por escrito en el único tesoro que conservó en sus alforjas: su libro. Sin él pretenderlo había dejado tras sí una tempestad. Fue inútil su disfraz y su escabullida. Alguien le siguió desde Montserrat y le alcanzó y reconoció, preguntándole ansiosamente si había dado sus vestidos a un pobre, como éste decía. ¡Tanta prisa tuvo el mendigo en disfrazarse de Loyola, como Loyola en disfrazarse de pobre! Iñigo dijo simplemente la verdad y no creyó que procedía decir quién era él, ni de dónde venía, ni cómo se llamaba, ni siquiera para librar al inocente. ¿Por qué no había de bastar la verdad desnuda? Pero intuyó un drama personal y humano y con su atuendo de peregrino entendió por vez primera, desde la ribera de los pobres, la crueldad de la justicia humana, ciega ante la inocencia de un pobre vestido de rico. —Yo le he dado, respondía secamente Iñigo; pero «le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos»; de compasión —aclaró él mismo— porque entendió que «lo vejaban pensando que los había hurtado». En la primera hora de su soledad anónima, de su ensimismamiento, descubría a un prójimo sin nombre en el más grotesco y sensible de los desvalimientos. Lloraba de compasión quien era capaz de aguantar que le serrasen los huesos sin gemir ni hacer otra cosa que apretar los puños. Mucho significa ese gesto, reñido probablemente con la ortodoxia de la caballería. Llorar, por sí o por otro, es siempre una «elaboración vital, una catarsis, una digestión del sufrimiento» (L. Ibor). Iñigo prosiguió su camino alejándose de la santa montaña de imborrables recuerdos en los que había muerto el gentilhomme y había nacido otro hombre. «Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud y hazaña —diría su paisano Huarte de San Juan—, entonces nace de nuevo y cobra otros mejores padres y pierde el ser que antes tenía». El que acababa de nacer, llevaba en el alma un «paisaje prometido» y estaba dispuesto a peregrinar sobre la tierra hasta encontrarlo. Un paisaje, borroso e incierto, que no coincide con el de la inmensa mayoría de los hombres de su época. Por el momento Iñigo sólo sintoniza consigo mismo, no con su tiempo.

Y ¿la época? Héroe solitario y aprendiz de cristiano

En este punto, el amable editor me recordará que soy infiel al compromiso de hablar de la figura y de su época, que peco de psicologismo. Pero, ¿qué otra cosa hacer ante esta batalla campal de todos los sentidos y potencias de Iñigo en su propia psique, cuyos senos se le descubrían cada vez más anchos e inabarcables? ¿Podían tener resonancia alguna en su alma, asediada por una crisis existencial y por una sed de absoluto, los tratados de Carlos I con Enrique VIII de Inglaterra o con León X, la

evolución de la guerra con los franceses, la conquista de México por Hernán Cortés? ¿Le podía inquietar la sucesión de Selim I por el gran Solimán y la caída en poder de los musulmanes de Belgrado o de Rodas, como no fuese porque podían malograr su viaje a Jerusalén? ¿Podía vibrar ante la proeza de su paisano Juan Sebastián Elcano, que arribó a Sevilla tras dar la primera vuelta al mundo, cuando él estaba enfrascado en cruzar meridianos y paralelos de ese microcosmos dilatadísimo que es el hombre? Nada esperaba del retorno a España del Emperador Carlos, porque nada quería. Los pleitos interesados de su familia con los clérigos o las Clarisas de Azpeitia le tenían sin cuidado, lo mismo que los viajes a Roma de su hermano clérigo en busca de ventajas. Ni siquiera quiere acercarse a la corte de Adriano VI que seguía, camino de Roma, la ruta que él hiciera en solitario por delante: Logroño, Zaragoza, Barcelona. No pensaba en servir al Pontífice ni al Pontificado mendigando prebendas, sino en servirse de él obteniendo la licencia o pasaporte pontificio para ir a Tierra Santa. Cuando la imprenta difunde la Políglota de Alcalá, los coloquios de Erasmo, la Utopía de Tomás Moro, las obras de Ariosto o las terribles invectivas de Lutero, a él le basta con su mamotreto de extractos del Flos sanctorum y el de la Vita Christi, en los que ha leído lo que él añora. Su época no es suya, porque no se la apropia. Son acontecimientos simultáneos, sincrónicos, yuxtapuestos a tenor de imperativos de calendario o de sinopsis cronológica de manual de historia. ¿Y Lutero, la tensión dialéctica con Lutero, condenado y excomulgado en 1520, presente en Worms en abril de 1521, encerrado en la colina de Wartburgo cuando Iñigo sufría y meditaba en Loyola; el fray Martín causante del incendio voraz que asolaba a Europa? Ni siquiera Lutero está presente en su horizonte. La conversión de Iñigo ha brotado de sus solas entrañas; no contra nada ni contra nadie, como no sea contra sí mismo. Entre sus proyectos fantaseados, no ha cruzado por su mente la idea de ser el antagonista de Lutero, de organizar milicias antiprotestantes, de convertirse en paladín de la reforma católica. El hace su voto de castidad, libre y espontáneo, cuando Lutero lanza denuestos contra la tiranía de los votos, considerándolos antinaturales y antievangélicos. Loyola es la antítesis de Lutero cuando peregrina a santuarios y deja en ellos sus exvotos y, sobre todo, cuando entiende candorosamente la existencia humana como un hacer grandes cosas. Los sueños simultáneos de Lutero e Iñigo en Wartburgo y en Loyola son tema obligado y tentador para bonitos contrapuntos literarios, para lindas profecías post eventum. La verdad es que Lutero en este momento está menos presente en la mente de Iñigo que Amadís de Gaula, hartó más real, en su ficción, que el atronador germano de carne y hueso. Simplemente podemos compararlos, como hiciera Plutarco con figuras incomunicadas, en su ancha galería de figuras paralelas. Las líneas paralelas, por definición, nunca se encuentran ni cruzan. Claro que, en líneas de paralelismos, habría que preguntarse qué retratos sacamos de nuestro armario de fotos, ya que los retratos siempre son instantáneas y el hombre es duración. ¿Es el mismo a nuestros simples ojos el fray Martín joven, magro y de ojos encendidos, que el Lutero de los últimos días, con menos brillo en los ojos y muchos más kilos sobre el cuerpo; o el Iñigo galán vistoso, que el peregrino que camina con un pie descalzo y otro vestido y cubre su cuerpo con un saco? En 1522 no existe el Loyola de la historiografía, sino Iñigo, el peregrino anónimo, mientras que el nombre de Lutero, casi diez años más viejo que el vasco, resuena ya por toda Europa y ha tomado el camino que seguirá hasta el final. Si hemos de

cotejar las dos instantáneas de 1522 hallaremos, sin equívoco posible, grandes diferencias. La principal, su distinta actitud ante la Iglesia. Lutero se enfrenta, azota sin piedad, destruye, se separa de ella en nombre del Evangelio, es un mago de la palabra ciclónica y aplastante. Iñigo, clérigo o no, es también un inconformista y le separan muchas millas de su hermano Pedro, el cura de la familia. No reforma, se reforma; no censura, aunque su vida mudada misma es una censura. Quizá no ha tenido tiempo para pensar en la Iglesia. Entiende que todo puede ser bueno y debería serlo, los malos somos nosotros. La Iglesia es como un techo protector, un regazo tan indiscutible como el de la madre, una atmósfera que se respira sin preguntarse a cada instante si está polucionada. Iñigo es un silente, un mago de la palabra mansa y grave dicha al oído y en momento oportuno. De Lutero se ha escrito que era originariamente un pequeño burgués que lo ignoraba todo del mundo, aunque luego tuvo que meterse a fondo en sus entresijos políticos. Iñigo era un aristócrata que se inmergió en el mundo por canales privilegiados para luego, al comienzo, darle totalmente la espalda e ignorarlo. Sin embargo, por reacción contra lo convencional, me complace más subrayar analogías y afinidades. Fray Martín e Iñigo son héroes solitarios los dos y replegados sobre sí mismos, vehementes ambos, los dos seducidos y conquistados por sus respectivas *Turmerlebnis* (experiencia de la torre). Su mundo interior es suficientemente seductor y obsesionante como para que absorba todas sus energías sin respiro. Su experiencia personal tiene para ellos más fuerza que todas las teorías, y desde ella forjarán las suyas. Uno y otro poseen cierto sentimiento poético, una sinceridad enemiga del engaño, una generosidad ajena a todo cálculo. Hubo un momento en que la vivencia del pecado, el asco de sí mismo, perturbó hondamente a los dos; pero no les conmovió menos la visita ansiada de la paz, de la consolación vivida y vivida de lo creído. Iñigo hubiera entendido muy bien en algún momento de su vida las palabras de Lutero: «Mi carne indómita me quema con un fuego devorador. Yo que no debería ser sino presa del espíritu, me consumo por la carne, la lujuria, la pereza, la ociosidad, la somnolencia». Si le hubiera tentado la pluma, Iñigo podría suscribir ante sus viejos amigos de caza de Arévalo las frases del alemán: «Vosotros los cortesanos, que os alimentáis con la caza, seréis cuando os llegue la hora —como a mí— cazados en el paraíso y conservados con mucho trabajo por Cristo, excelente cazador. Mientras jugáis en la caza, sois vosotros los cazados». De Iñigo se puede decir lo que L. Fevre afirma de Lutero: fue «el artesano, solitario y secreto, no de su doctrina, sino de su tranquilidad interior». Uno y otro convertirán su camino en doctrina universal, porque están persuadidos de que es en el corazón del hombre donde se riñen las definitivas batallas y de que los corazones de los hombres, con sus miserias y anhelos, son parecidos. «Todas las oscuridades de la Escritura y todas sus claridades caerán al mismo tiempo arrastradas unas a otras hacia una u otra vertiente, según el lado donde está su corazón», ha escrito Malégué. Por eso los dos difundirán el hallazgo, que los hizo felices, a voces: con la ayuda de la imprenta uno, en rincones y con la palabra cara a cara el otro. Y en sus respectivas ortodoxias, serán hombres de certidumbres, seguros, retadores y desafiadores; frente a Roma uno, ante distintas Inquisiciones el otro. Fueron dos apasionados cristianos: uno vio en Cristo al Redentor que todo nos lo da; Iñigo no negaba esto, pero vio además que Cristo esperaba de nosotros algo más que la sola fe: su seguimiento, su imitación, su servicio; que podíamos ofrecerle nuestra

voluntad, aunque fuese pecadora. Tras el paso de muchos años y contemplando sus respectivas herencias podrían intercambiarse una mutua pregunta: ¿Crees que nuestra obra y herencia es fiel a nuestros generosos designios primitivos, a aquella especie de «primer amor» ilusionado y cándido de nuestro encuentro con Cristo? Pero, no perdamos la compañía del romero que desciende de Montserrat. Quiere sencillamente ser cristiano, un aprendiz de cristiano de verdad, distante de su viejo estilo religioso vulgar o popular tanto como de las exquisiteces de la docta pietas que Erasmo proclamaba a los cuatro vientos como suma de la existencia cristiana. Iñigo era «caballerosamente» cristiano, con el más puro hervor e ingenuidad caballeril; teñido de pelagianismo en su obsesión de hacer grandes cosas más que padecerlas o experimentarlas, de trepar a la santidad por atajos. Sin saberlo, era «vaso de elección», y no sospechaba «cuánto había de padecer» (Hech 9, 15-16). Le esperaban sorpresas no imaginadas por su fantasía, excesivamente troquelada por mimetismos, por caminos de otros; batallas poco vistosas y en primera línea, oscuros y complejos adiestramientos o «ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». Su fe de caballero a lo divino no era ninguna coartada del miedo a la vida o a la muerte, de debilidad o apocamiento, de una solapada mala fe, del hombre. No quería ser infiel al deseo imprevisto, formidable, de su nueva juventud, renovada como la de un águila (Salmo 102, 5). Tenía infinito que aprender, pero está resuelto a iniciar su «aventura de un pobre cristiano». Tan pobre, que ante las gentes se despojaría de su nombre. No será Iñigo, y menos Loyola, sino un peregrino, un cristiano anónimo. Un cristiano sin nombre propio para los demás, no un hombre sin nombre ni sustancia de cristiano.

II.- ¡JERUSALEN!

Soy peregrino de hoy, no me importa dónde voy; ¿mañana? Nunca, quizás. M. Machado

Peregrino... hoy

«Soy peregrino de hoy». La deliciosa definición de Manuel Machado se ajusta bien al talante de vida iniciado por Iñigo desde su despedida de Montserrat. La precariedad de vida, la incertidumbre de planes, el esperarlo todo de cada día, son compañía inseparable del peregrino de entonces, más que del de hoy. Iñigo salió de Montserrat huyendo de la notoriedad. Quizá desde allí vino encaminado al Hospital de Manresa en el que pensó pasar unos días escribiendo sus experiencias vividas, pero con ánimo de emprender su viaje a Jerusalén. «Algunos días», fueron once meses; un paréntesis fundamental que dejaría huella imborrable en su vida. En efecto, en Manresa nació más que el esbozo del librito los Ejercicios Espirituales y en la famosa visión del Cardoner se quiere ver más que el germen del origen de la Compañía. Es lógico que la historiografía jesuítica centre su atención en estos dos puntos basilares, con visión retrospectiva más que proyectiva. Es el espejismo de contemplar, una vez más, las espaldas de los hechos.

Acompañemos sencillamente a Iñigo en su largo camino de ida, sin olvidar que en el dictado de su relación o Autobiografía se designa a sí mismo, a partir del episodio con el moro, con ese nombre sin nombre: «el peregrino», que define perfectamente su actitud durante mucho tiempo. Vamos a llamarlo así durante algún espacio para reforzar tal concepto en el ánimo del lector. El peregrino es un hombre que se adentra en tierra extraña, se aliena o enajena de los soportes usuales de la existencia, se desprovee de todo amparo que no sea el de la caridad hacia el puro hombre desconocido que es él, sobre todo cuando muy ostensiblemente se presenta como pobre. Se podía peregrinar como rico, con criados y acompañantes o, al menos, con ciertas provisiones y reservas pecuniarias. El dinero abre puertas, concita servicios, da seguridades, aun en tierra extraña. Nuestro peregrino quiere hacer profesión de pobreza: por imitar viejos ejemplos, por hacer penitencia, por desaparecer. Sin quererlo, va a contemplar la vida desde otra cara, hasta entonces inédita para él: la del mendigo. No contemplarla estéticamente, sino vivirla en profundidad hasta los límites máximos del despojo de sí y de todo. «El más terrible enemigo del heroísmo —dice Unamuno— es la vergüenza de parecer pobre». Vencido tal enemigo, el heroísmo discurre a rienda suelta, pero ¡a qué precio y cuántas veces pagado!

El precipitado cambio de atuendo —símbolo de la significación social— no resultó tan discreto como él deseara. Si el pobre disfrazado de rico se vio libre de castigo por presunto hurto gracias a la aseveración del rico disfrazado de pobre, éste quedó demasiado al descubierto en el entorno montserratino, donde, ayer como hoy, los peregrinos no suelen hacer, de ordinario, cosas tan extrañas. El insaciable deseo de anonimato, compensación de la vieja idolatría por el apellido, se vio reducido a la ocultación del nombre; no del renombre que le concitara su inhabitual gesto. La mudanza de traje nada tenía en común con la rutina propia de los comediantes de corral; quería ser manifestación externa de una mudanza interior, de un cambio radical de vida, de una ruptura absoluta con el pasado, y como tal fue interpretada muy certeramente por cuantos la pudieron ver con sus ojos o simplemente oírla referir. Estaba fresquísima su estampa esbelta de caballero lustroso como para que la mutación no diera lugar a toda suerte de comentarios y conjeturas. «Mas por mucho que él huía de la estimación, no pudo estar mucho en Manresa sin que las gentes dijese grandes cosas, naciendo la opinión de lo de Montserrat; y luego creció la fama a decir más de lo que era: que había dejado tanta renta, etc.»... En el lacónico etc. puede incluir el lector los comentarios y conjeturas cada vez más hinchados a los que suele ser proclive el pueblo sencillo.

«L'ome sant»

El peregrino llegó, antes que los comentarios, a las cercanías de Manresa, una pequeña villa de industriosos cottoners, de unos mil habitantes. Estaba acostumbrada a ver pasar peregrinos, pero no tanto a uno de aquel pelaje. Un hombre joven, de complexión aún fuerte y recia, vestido de saco hasta los pies, con su bordón en la mano, con un pie descalzo y otro calzado con una alpargata de esparto. Alguna alforja llevaría para guardar papeles y escribanías, su inseparable infolio de cientos de páginas y otras cosas; entre ellas, una estampa de la Virgen de los Dolores que sacó de

Loyola y que le acompañaría durante muchos años hasta que se desprendiera de ella en Roma, regalándosela a su sobrino Araoz. Al margen de las noticias que llegarían de Montserrat, los manresanos supieron ver en su porte, en sus maneras y palabras, una distinción inocultable que lo distanciaba del hombre vulgar, o del pícaro vestido de peregrino. Una distinción que notarán pronto las buenas personas que se acerquen al peregrino; pero que no la captan los alejados de él, y la suelen ignorar totalmente todos los perros que en el mundo han sido, a pesar de sus celebrados instintos. Me gustaría que el sapientísimo Lorenz nos explicase por qué los perros ladran indefectiblemente a los pobres mendigos. En sintonía con los caninos, cualquier escultor del Barroco se negaría a fijar la estampa del harapiento peregrino en una talla inevitablemente destinada a coberturas de brillantes colores y de panes de oro. El puro saco, a diferencia del hábito negro de san Benito o del blanquísimo de san Bernardo, no se presta a lucimiento. Para no ahorrar a nadie el reproche, reconozcamos humildemente que ninguno reconoceríamos bajo esa triste figura, lastimosa si no irrisoria, al campeón y paladín de no sé cuántas cosas que nos describe la hagiografía triunfalista. Pero es él... y no lo sabe; como tampoco barrunta que inicia una etapa fundamental de su vida, no por las hazañas que él sueña, sino por las que no espera.

No hay que precipitarse ni saltar años hasta llegar al nacimiento de la Compañía, que será lo que preste significación histórica trascendental a Iñigo. Acompañemos día a día, paso a paso, al peregrino oscuro que ama el caminar solitario, despacio y cojeando. La evocación de este período ocupa veinte párrafos de su Autobiografía, si lo extendemos hasta el momento de su embarque en Barcelona, camino de Roma y Tierra Santa. Antes de dictarlos a Gonsalves Cámara, debió narrar estos trances a sus compañeros de París, pues Laínez los recoge en su carta de 1547 y le imitará Polanco un poco más tarde. Con la ayuda de los tres recuperamos los «tapices manresanos», que Iñigo conservaba colgados en su memoria.

Pero había otros muchachos dotados de memoria que conservaban en sus retinas y recuerdo imágenes vivas del peregrino que se detuvo en Manresa. En 1574, 1579 y 1582 se registraron por escrito las noticias detalladas que proporcionaba Juan Pascual, hijo de Inés Pascual, una manresana especialmente solícita y caritativa con el peregrino. Luego vinieron las testificaciones para la beatificación en Montserrat, Manresa y Barcelona (1595 y 1606). Es verdad que habían transcurrido más de setenta y ochenta años respectivamente desde los sucesos que en estos procesos se relatan. Con todo, quien tenga la paciencia de leerlos atentamente, casi palpará la huella duradera dejada por el peregrino en tierras catalanas.

En algunos raros casos nos encontramos con testigos de vista, gentes de ochenta y aun más de noventa años, que extraen de su memoria, habitualmente mejor fijada en sucesos de infancia que en hechos muy posteriores o de la vida senil, recuerdos no borrados. Tal es el caso de Gabriel Perpinyá, que vio a Iñigo en Montserrat ricamente ataviado y le oyó hablar en castellano y luego lo vio vestido de saco. La nonagenaria Damiana Fabrés certifica cómo los niños manresanos seguían a veces al peregrino y le llamaban l'orne sant. Bernardo Matellá, con más de ochenta años, recuerda cómo, siendo niño de ocho años, vio al peregrino y aun le llevó más de una vez algo de comer por encargo de su madre. Nada tiene de extraño este sorprendente manar de la memoria. Si yo llego a los noventa

años, recordaré a un mendigo cargado de medallas que conocí en mi infancia o que acompañé con unos diez años a quien llevaba de comer a los catalanes refugiados acogidos en el Frontón Moderno de San Sebastián, tras haber huido de su tierra y atravesado la frontera de Irún en plena guerra civil española.

La mayoría de los testigos pertenecen a la segunda generación, esto es, a la que oyó de boca de su madre, de su padre o de otras personas, referir cosas sobre el peregrino que vivió en Manresa o Barcelona. A veces cometen errores cronológicos, desplazan episodios. Pero en su recuerdo mitificado hay mucho más que residuos salvables. Aun respondiendo a la pauta de un interrogatorio preestablecido, aportan muchos detalles que, en su minucia e ingenuidad, llevan el sello inconfundible de la memoria popular, aferrada a insignificancias. Tal es el caso de la mujer que conservó las tijeras con que igualó el vuelo del saco del peregrino más largo por un lado que por otro. La selva de detalles, repetidos y coincidentes, está amasada por la convicción intuitiva temprana de hallarse ante un santo; al menos ante la imagen de la santidad que posee el pueblo, certero por instinto cuanto puedan serlo por reflexión los sesudos expertos que dictaminan sobre la heroicidad de las virtudes.

La transmisión oral del testimonio, abundante en sus derivaciones, se reduce en su fuente a no escasas personas que trataron de cerca al peregrino, ya lejano en el tiempo: las familias Pascual, Amigant y Paguera, Pedro Canyelles, Mauricio Salas, Ramón Capdepós, Juana Dalmau, Isabel Matella, Inés Clavera, la Ferrera, la Riudora, o el viejísimo Maestro de obras de Montserrat, Caldoliver, manresanos sencillos en su mayoría. Entre los barceloneses hay gentes notables, como tendremos ocasión de mostrarlo. Con la ayuda de sus testimonios se enriquece el relato de la Autobiografía. Sobre todo, cobramos nueva perspectiva.

Los once meses que Iñigo narra desde dentro, desde la intimidad de su proceso espiritual, los manresanos los contemplaron desde fuera y transmitieron tal vivencia a sus hijos: una vivencia que muy pronto descubrió l'orne sant en el viandante que primero llamaron «el hombre del saco».

Trataremos de pensar esa sustitución de apodos, que sintetiza el paso de una visión exterior a otra más interior y profunda, y renunciemos a dictaminar sobre algunos puntos oscuros en los que se enredan los eruditos en busca de exactitud. ¿Qué nos importan la rigurosa sucesión cronológica de los hechos, el emplazamiento de las casas donde habitó Iñigo y su supervivencia, el punto exacto de la gracia extática junto al río Cardoner y tantas otras cosas? Nos importa lo sustancial y significativo, captar el curso de los días, tanto en sus misteriosas gracias ocultas como en su apariencia exterior que nos asoma a trozos palpitantes del acontecer pueblerino. La vida antes que la hagiografía. En la vida manresana se produjo, a partir de fines de marzo de 1522, un hecho del que aún existía viva memoria en 1574. El P. Juan Plá se quedó asombrado de los innumerables testigos existentes en tal fecha que se acordaban del hombre del saco. Aún vivía Ángela Seguí, la esposa del clavero Amigant que acogió en su casa al peregrino enfermo. Vivía Juan Pascual. Se conservaban lugares y cosas relacionadas con el peregrino, ya muerto y que iba para santo canonizable.

En 1522 la cosa fue menos entusiasta, más llana e imprevista. Todo era primicia, primer encuentro. De creer a Juan Pascual, que en algunas cosas nos remite al testimonio de su madre y en otras a sus «propios ojos y

manos», la sencilla historia empezó así. Inés Pascual, madre de Juan, pasaba unos días en Manresa para liquidar la herencia de su primer marido Juan Sagristá, fallecido después de un año de matrimonio. Volvía un día de una visita de devoción a Montserrat en compañía de sus ahijados y de tres viudas, Paula Amigant, Catalina Molins y Jerónima Clavera, hospitalera esta última del Hospital de Santa Lucía. Cuando «venían poco a poco hablando», le vino al encuentro un pobre vestido de saco, como un romero, «no muy alto, pero blanco y sonrosado, de muy buena cara y grave, sobre todo de gran modestia en los ojos... venía muy cansado y cojeando de su pierna derecha». Preguntó si había cerca de allí un hospital donde se pudiera recoger. La presencia de aquel peregrino «de cabeza un poco calva» que hablaba castellano, movió a piedad a Inés Pascual. Ella le señaló que en Manresa podría encontrar el Hospital que buscaba y le invitó a unirse a la comitiva de las buenas mujeres. Caminaron despacio para que les pudiera seguir y no consiguieron que montara en el burrito que llevaban. Llegaron tarde a Manresa. El buen seny de la emprendedora Inés quiso evitar murmuraciones pueblerinas. No entró en la villa en compañía del peregrino, «por ser ella viuda, y él hombre de buena cara y joven»; sino que lo mandó por delante con la viuda Jerónima Clavera justamente al Hospital de Santa Lucía en que ésta servía, con encargo de que le atendiesen bien y con la promesa de que ella le asistiría desde su casa. La misma primera noche le envió de cena un buen caldo y algo de gallina, «por andar como andaba (el peregrino) de mala gana», y algo similar hizo los días siguientes. A los pocos días el peregrino atrajo las miradas de todos.

Admiración y murmuraciones

El recién llegado inició la nueva vida, descubriendo a la buena gente del pueblo artesano, dadivosa y cordial. Dormía poco y en el suelo, se entregaba a pensar y orar. Enfundado en su saco, ceñido con una cuerda recia de la que colgaba otra cuerda con nudos que aumentaban o disminuían, llamaba la atención por la gravedad y modestia de su mirada; y cuando empezó a tratar a las gentes, por la seriedad de sus palabras. Era un pobre penitente que ocultaba algún misterio; misterio que creció cuando llegó la noticia de la vigilia montserratina y del traspaso de ropas. Inés quedó prendada de las virtudes y paciencia del peregrino y lo acogió como a un hijo, haciendo diligencias para que lo recibiesen los dominicos en su convento y más tarde la viuda Juana Serra, haciéndose ella cargo de su comida y vestidos. Con gusto lo hubiera llevado a su casa, si no fuese por el malestar que causaría a los parientes con quienes pleiteaba. El peregrino moró también en otras casas manresanas; él recuerda la de la Ferrera.

Poco a poco la gente se fue habituando a las costumbres del peregrino. Pedía limosna cada día. No comía carne ni probaba vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba y bebía un poco de vino si se lo daban. Todos los días oía la Misa Mayor y leía en ella la Pasión; por las tardes asistía, con enorme deleite por la música, a las vísperas y completas cantadas. A pesar de sus diversos acomodos para dormir, pasaba horas de oración en la ermita de Nuestra Señora de Viladordis, en la iglesia de los dominicos, en la del Hospital o en una cueva que en las cercanías descubrió. Veneraba las cruces camineras y se detenía al toque de campanas del Ángelus. Rezaba su Libro de Horas, su rosario u otras oraciones vocales. Visitaba el Hospital, donde lavaba a los enfermos. Confesaba y comulgaba

semanalmente. Castigaba su cuerpo con disciplinas y cilicios y con el abandono total de su cuidado. «Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso». Esta rusticidad selvática, copia de modelos del Flos sanctorum, a una con el culto simultáneo de la máxima pobreza, contrasta con la extremada limpieza que le caracterizará más tarde; y mucho más con las sábanas de Holanda, las vajillas de plata y tantos otros refinamientos de sus años, aún recientes, en Arévalo.

Emulo de los grandes penitentes míticos, tardaría en aprender que también para las batallas del espíritu es importante la lección que impartiría otro idealista caballero andante: «que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas» {Don Quijote I, II). Laínez dirá que «con ser al principio recio y de buena complexión, se mudó totalmente en cuanto al cuerpo». El hombre de cara joven y sonrosada pronto se transformará en un hombre demacrado y macilento; así lo recuerdan los manresanos. Iñigo con sus excesos arruinó para siempre su salud. La grave lección, aprendida a su costa, estará presente más tarde en la suma delicadeza con que tratará a los enfermos y en el cuidado que tendrá de la salud de los jóvenes estudiantes: con una buena salud, rendimos más en el servicio de Dios. Otros tiempos, otra óptica.

El peregrino come lo que le dan, cuando le dan, donde le dan. Invitado a comer, habla poco y se escabulle con maestría de las preguntas curiosas que pretenden saber quién es. Es un pecador. Represada su cólera nativa, se expresa con gran mansedumbre. Habla en la calle a los niños, indefectibles seguidores de los peregrinos, y a los mayores que quieran oírle. No es un orador retórico, pero sus palabras tienen más fuerza persuasiva que la variedad de conceptos. Su mensaje es simple: no hay que pecar, hay que examinar la conciencia y esforzarse, es muy bueno confesar y comulgar todas las semanas. El consejo no cae en tierra baldía e irá transformando la vida espiritual de muchos manresanos. Son menos los que se acercan a él y lo buscan. Como siempre, las mujeres son más sensibles al atractivo del peregrino de palabras medidas y verdaderas. El peregrino comienza a tener fieles seguidoras, «mujeres honradas, casadas y viudas —como recuerda Juan Pascual— que andaban de noche y de día tras él con la boca abierta, muertas por oír las pláticas y palabras espirituales que siempre decía, y por ver las buenas obras que hacía, así en el Hospital adonde acudía para servir a los enfermos y limpiarles las manos y los pies, como en los demás pobres y huérfanos que había en la ciudad, para los cuales pedía limosna de puerta en puerta y la repartía en la puerta de la casa donde estaba a ciertas horas del día secretamente».

Faltaría algo inevitable en este inusual comportamiento si no apareciese el murmullo de envidiosos y maliciosos, como los llama Pascual, que públicamente hablaban mal de estas cosas, del peregrino y de sus secuaces; de Juana Serra, que lo alojaba en su casa y, sobre todo, de Inés Pascual, «la inventora de estos alborotos y novedades» y su fomentadora, la que introdujo al peregrino en Manresa y lo amparaba. Las murmuraciones tocaron en la honra del peregrino y de sus seguidoras. Se mitifica lo bueno y lo malo. Las «muchas y desatinadas murmuraciones» hacen oídos sordos a las pláticas del peregrino a hombres y mujeres, acerca de la salvación del

alma y del camino del cielo. En ley de psicología social, Juan Pascual las explica diciendo que Manresa era ciudad «tan chica y la gente maliciosa», y añade que su madre pensó seriamente en llevar al peregrino a una casa que tenía en la barcelonesa calle de Cotoners.

No es improbable que el peregrino se llegara algunos días a Montserrat y viviera vida eremítica en sus alrededores. Tal hipótesis la rechazó resueltamente Ribadeneira, aunque en ella insistió con fuerza nada menos que el P. Araoz, pariente de Iñigo, jesuita en vida de éste y rastreador en Cataluña de los recuerdos de su paisano. Ateniéndose rígidamente a la letra de la Autobiografía, muchos biógrafos arrancan a Iñigo de Montserrat la mañana misma que siguió a la vela nocturna y no aceptan un paréntesis montserratino en su vida manresana, a pocas horas de la montaña santa.

En la tradición del monasterio, recogida en 1595, está vivo el recuerdo del triduo de Iñigo ante la Moreneta; pero también dicen algunos declarantes que el austero Chanones le enseñó los Ejercicios de García de Cisneros y que el peregrino volvió algunas veces a dar razón de su práctica a quien tan bien lo acogiera en su primer y breve paso. Más aún, el sacerdote Gabriel Perpinyá con sus noventa y cinco años recordaba que durante su estancia de ocho meses en Montserrat en compañía de Guiot, Vicario de la parroquial de Prats del Rey, vio llegar al caballero bien vestido a modo de soldado, oyó que había renunciado a sus bienes y ofrecido su espada y daga a la Virgen; además, después que se vistió de saco, vio cómo un día le decían algunas personas que estaban en Montserrat al peregrino: —¿Qué dirían los suyos si vieses la penitencia que hace y cómo lo pondrían? Perpinyá que narra todo esto en catalán, intercala en castellano la respuesta del peregrino, oída por él cuando era un mocito: «Más quiero con un ojo entrar en el cielo, que con dos ir al infierno». De la forma más explícita asegura que tras estar en el Hospital manresano, tornó al monasterio vestido de saco; que, estando en él, surgió el viaje a Roma de Guiot por encargo de los monjes, y que los tres fueron a Barcelona para embarcar. Todo es posible si renunciamos a períodos rígidos o a la literalidad estricta de algunas expresiones.

La verdad es que el peregrino, aun en Manresa, se asemeja mucho a un ermitaño, en la medida en que no vivía con los demás y como los demás, sino, a lo sumo, cerca de los demás. Las buenas gentes respetan su quietud y soledad, su taciturnidad; han de acercarse a él para arrancarle sus exhortaciones sencillas y sentidas. Al peregrino le falta el aislamiento del yermo, pero una misteriosa distancia mantiene su corazón en una especie de yermo espiritual. Es un solitario inmerso en sí, pero no un hombre huraño. Sabe repartir su pan con otros tan pobres como él, y su palabra suave, corta, firme, reiterativa. Atrae hacia sí, pero su irradiación remite a sus oyentes al interior dormido de cada uno. Intrigan y conmueven a las gentes su ardor penitencial, su rabiosa pobreza material, acentuada por el desaliño, y la pobreza espiritual del desamparo y la" dependencia.

Aparece como un hombre sin raíces, celoso ocultador de un pasado distinguido, reconocible en su cortesía y sus modos; como un hombre sin más techo protector que el que brinda la pura caridad. No faltarían quienes criticaban su holgazanería en plena juventud. El pechaba con la pesadumbre de vivir de los demás, si bien con extrema austeridad. Ejercía el derecho a ser pobre que unos años después defendería con sutiles argumentos el teólogo fray Domingo de Soto. Un derecho que jamás entenderían Erasmo o Luis Vives, con estar menos habituados que nuestro peregrino a los

máximos refinamientos de casas dignas de reyes. Eran menos libres que el peregrino; no podrían prescindir de su bienestar discreto y, a su modo, mendigaban, también ellos, mayores favores, protección y dineros, a cambio de elogios y halagos. «Es de notar —comenta Polanco— la libertad que Dios daba entonces a Iñigo y el poco respeto que tenía a persona alguna». ¡Deliciosa anfibología! Porque a todas las personas, a los enfermos del pequeño y paupérrimo Hospital de Santa Lucía o a los pobres que se atrevían a aceptar sus miserables limosnas, los trataba con tanto respeto, como antes pudo tratar a un título de Castilla.

«Igualdad grande de alegría... sin ningún remedio»

Las gentes se ceban en el cálculo de las rentas que habría dejado el peregrino, en los misterios que ocultará éste en su corazón. Al menos en las primeras semanas, el alma del peregrino estaba menos rodeada de misterio de lo que estaría más tarde. Recio y decidido, era elemental su empecinamiento penitencial. El mismo confesará que en esos primeros meses, «no tenía ningún conocimiento de cosas interiores espirituales». Reproducía materialmente usos y gestos leídos en los libros, con ese fervor extremoso propio de todo converso, cuya llama viva puede arder días y semanas. «Igualdad grande de alegría» es la feliz definición de su estado de ánimo de principiante. Pronto vendrían pruebas capaces de desvanecer la alegría permanente. Quien escribiría un día sabias normas sobre los «tres tiempos para hacer sana y buena elección» iba a aprender ahora que los tiempos envuelven y aprisionan nuestra alma sin darle opción a elegirlos. Juan Pascual recuerda que al peregrino le dolía mucho su pierna herida si llovía o mudaban los tiempos; también duele, y ¡cómo!, el tuétano del alma, cuando ésta padece mudanzas en su clima espiritual. Los tiempos del espíritu no son siempre gratos, descansados, bonancibles.

La sorpresa se inició con la visión repetida de algo luminoso y bello que le causaba placer. ¿Alucinación, efectos de su agotamiento físico? ¿Podrán aclararse desde las investigaciones de Rorschach sobre alucinaciones reflejas y fenómenos asociados? Menos misterioso y más acongojante fue el «pensamiento recio» que comenzó a roer su ingenua alegría, magnificando la dificultad de permanecer indefinidamente en el camino iniciado: «como si le dijeran dentro de ánima: —Y ¿cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir?». Apunta el cansancio, la fatiga del presente y aún más el peso de un impreciso futuro. «Primera tentación» la llama él, que venció con resolución voluntarística: ¿Podía ofrecerle un día más de vida la voz interior que le amenazaba con largos años de insufrible penitencia? Respuesta, en verdad, un tanto flaca y que más parece esperar de la brevedad de los dolores, que de la fe capaz de sobrellevarlos largamente. Era sólo el comienzo del crudo invierno espiritual que se abatió sobre el peregrino cuando apenas había gustado una deliciosa primavera del alma. Jamás lo llegaron a sospechar las buenas manresanas. Sólo el peregrino nos lo puede contar. Lo hará maravillosamente treinta años más tarde, como un médico que diagnostica puntualmente las fases de una antigua enfermedad ya superada. Emplea una fina gama de términos que describen el proceso de modo estilizado, sin la angustia vital con que él mismo vivió aquellos trances sucesivos. Sus matices son finos y sugerentes. ¡Cuánto vivió y aprendió en poco tiempo con pasos de gigante!

Lo primero fue la pérdida de aquella sabrosa «igualdad grande de alegría», en la que pudo creer que su voluntad y su sensibilidad estaban definitivamente ancladas en la nueva tierra prometida. Irrumpieron, de pronto, «grandes variedades en su alma». Claro está que la alternativa de la invariable alegría no puede ser otra cosa que la tristeza, una tristeza áspera y seca, nueva para él, aunque harto común en los caminos del espíritu: «hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír misa, ni en otra oración ninguna que hacía». Si fuese de hoy, lo diría con una frase muy oída: «No me dice nada». Sequedad se llama eso, desconcertado peregrino; frustración íntima que san Juan de la Cruz comparará con metáfora expresiva con la que padece el niño en el destete. El sentido de la acción y de las cosas no se ve adobado con el jugo del sentimiento; queda desamparada la voluntad desnuda. Puede retornar impensada, súbitamente, la perdida alegría; entonces parece que la tristeza y desolación no pesan sobre nosotros, nos la descargan «como quien quita una capa de los hombros a uno». Así es de sólida y pesada la tristeza. El peregrino se espanta de estas alternancias y se pregunta: «¿Qué nueva vida es ésta que ahora comenzamos?», pues nunca entraron estas hazañas en sus quiméricos proyectos. Cuando habla con las personas que le estiman y gustan de su conversación espiritual, pone mucho fervor en sus palabras y muestra «mucha voluntad de seguir adelante en el servicio de Dios». Es como una compensación de sus momentos de frialdad, un esfuerzo de autosugestión, de feed-back de sus propósitos. No abandona el campo, su voluntad se sobrepone, persevera en su confesión y comunión semanal contra viento y marea. En tal trance se recibe bien cualquier palabra confortante, hasta la de la vieja beata manresana que con augurio profético le deseó que un día se le apareciese Jesucristo. ¡Fantasía grotesca! Pero sin duda le hizo sonreír y acaso esperar.

En vez de Jesucristo, se le presentaron «muchos trabajos de escrúpulos». Tras la crisis acerca del futuro, los escrúpulos representan una crisis del pasado que creía habérselo quitado de encima como otra capa pesada, haberlo sepultado en la nada. Rebrotaba en su interior como la mala hierba, pero en forma de responsabilidades anejas a los recuerdos. «Esto de los pecados —escribiría un día Teresa de Jesús (6 M 7, 2)— está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria». Por consejo de un doctor muy espiritual de la Seo (catedral) escribió de nuevo todo lo que se pudo acordar y se confesó de todo ello. Inútil. «Tornaban los escrúpulos adelgazándose cada vez más las cosas». La fenomenología de esa tortura espiritual, presente en los manuales de ascética y en los de psiquiatría, está condensada en las breves líneas de la Autobiografía: «le parecía», «mucha aflicción», «no quedaba satisfecho», «ninguna cosa le ayudaba», «se hallaba muy atribulado», «casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitarse de ellos, mas no lo podía acabar consigo». ¡A qué grados de sutileza y cavilaciones no llega un escrupuloso! Pensaba secretamente, y lo deseaba, que el confesor, nada menos que en nombre de Jesucristo, le mandase que no volviera a confesar ninguna de las cosas pasadas. El sueño se cumplió y el confesor, posiblemente un dominico de la casa donde entonces se alojaba el peregrino, le dio la orden deseada, sin conocer los cálculos de su penitente, pero con un aditamento tan normal como fatal: «si no fuese alguna cosa tan clara».

El peregrino, como todos los escrupulosos, «tenía todas aquellas cosas por muy claras; no aprovechaba nada este mandamiento y así siempre quedaba con trabajo». El perseveraba en el cumplimiento de sus devociones litúrgicas, oraba arrodillado muchas horas al día, y aun de noche. El tormento duró meses. «Ningún remedio». Igualdad, pero al revés, en la angustia que taladra lo más hondo del espíritu, sin descanso y sin resquicio para la esperanza. En una de esas situaciones límite el peregrino explotó en la soledad de su camarilla y en el fervor de la oración desesperada «comenzó a dar gritos a Dios vocalmente». Son gritos reales, audibles, los que dan cuerpo y cauce a los gritos invisibles del alma. La Autobiografía en este punto abandona la narración en tercera persona para intercalar, en estilo directo, las palabras de esta plegaria desgarrada: «Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré».

El cielo no respondía a la llamada, y empezaron a surgir en el fondo de su corazón, vehementes y reiterados, ímpetus de suicidio, a los que le invitaba la boca negra de un gran agujero o vacío del suelo de su aposento. El super-yo vigoroso le dictaba que era pecado matarse, y el peregrino afirmaba a gritos su voluntad de reprimir los impulsos: «Señor, no haré cosa que te ofenda». Experimenta intensamente el abismo del ser humano desprovisto de asideros, sin remedio de hombres ni otras criaturas. No pronunció la frase fatal de la renuncia: «Dios mío, alejad de mí la tentación de la santidad» (J. Riviére), aunque le asfixió aquel espíritu de vértigo del que habla Isaías (19, 14). Un domingo después de comulgar le vino a la memoria la historia leída de un santo que estuvo sin comer hasta lograr de Dios una gracia. Pensó largamente en ello y hasta calculó si ayunaría hasta que Dios lo proveyese o si, in extremis, pediría de comer. Una semana estuvo el peregrino de voluntad de hierro sin meter cosa en la boca, mas sin alterar un punto su programa de vida con su asistencia a los oficios divinos y largas horas de oración. Al domingo siguiente dio cuenta menuda de todo a su confesor. El se hallaba aún con fuerzas para proseguir su ayuno, pero obedeció ciegamente a su consejero, que le mandó romper aquella abstinencia. Dos días se vio libre de escrúpulos, cuando al tercero — que era martes— le volvió en la oración el recuerdo de sus pecados «y así como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesar». La renovada agonía desembocaba lógicamente en «unos disgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejarla». Era la crisis de la esperanza, el vacío existencial, la pérdida de sentido, la antesala de la rendición de la ciudadela de su voluntad.

Justamente en el momento en que reconoció que no poseía las riendas de su vida, en que no puso su confianza en sí mismo, se produjo el tránsito inesperado y ya no esperado: fue como el despertar de un sueño, algo parecido a la experiencia del ¡Ah! de que hablan los psicoanalistas. Descubrió el nudo del embrollo y la clave del enigma, recordando sus experiencias sobre la diversidad de espíritus adquirida en las horas de Loyola. Todo se rehizo rápidamente en su interior; cobró a la vez lucidez y seguridad. «Se determinó con grande claridad». No confesaría más ninguna cosa de las pasadas. Los escrúpulos desaparecieron instantáneamente por efecto de esta resolución, aun cuando él creía firmemente que Dios le libró

de ellos por su misericordia. Había recuperado la confianza básica necesaria para vivir y el discernimiento justo para sortear dificultades. Determinó comer carne con una seguridad que desconcertó a su confesor. Decidió dormir el poco tiempo que destinaba al sueño, desechando las grandes consolaciones que le venían cuando se iba a acostar. Su yo se ha rehecho y reforzado, decide por sí, recobra su tono vital tras aquellas penosas aventuras, que no eran de ínsulas, sino de en crucijadas (Quijote I, 10).

Las ínsulas o gozosas aventuras del espíritu vinieron en forma de misteriosas ilustraciones que transformaron su alma. Como punto de sutura entre penas y gozos hay una frase en la Autobiografía que resulta oscura: «En este tiempo»... Teóricamente no habría dificultad en que las propias ilustraciones descubriesen abismos del espíritu y fuesen seguidas de intensas desolaciones. Sin embargo, todos parecen concordar en que las pruebas se sucedieron durante los cuatro primeros meses y dieron paso a un luminoso período que se iniciaría allá por el mes de agosto. La impresión global que guarda el peregrino de este amanecer que siguió a la noche oscura pone de relieve su soledad fundamental, su tosquedad espiritual anterior y, ante todo, la fuente de su novísimo aprendizaje: «En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera. Antes si dudase en esto, pensaría ofender a su Divina Majestad, y algo de esto se puede ver por los cinco puntos siguientes».

Ocurrió junto a un río

Antes de repasar los cinco puntos tan esclarecedores, hemos de reconocer en el énfasis de las palabras del relato, que los santos, como los genios en otro orden, alcanzan cimas de evidencias que los demás mortales no llegamos ni a comprender con la escalera de mano de nuestros discursos. Hay que rendirse a la convicción de ellos, o renunciar a seguir en su compañía. No olvidemos que la evidencia conserva todo su brillo a los treinta años de su vivencia. La metáfora utilizada para describirla tiene gran encanto. No afloran a la imaginación de este rumiante de su pasado los sabios maestros parisinos, sino la figura del maestro de niños, quizá el que en Loyola le enseñó a leer y escribir. El niño es cera blanda, receptividad pura, confianza inmensa mezclada con pasmo. Así se considera el peregrino. Más problemática es la otra cara de la metáfora: Dios, y él sólo, fue su maestro. Esto era inquietante, no sólo en aquella época, a causa de los alumbrados que decían hablar con Dios «como con el corregidor de Escalona», sino en todas las épocas. Tan incontrolable aprendizaje parece hacer caso omiso de la función adoctrinadora de la Iglesia en los predios de la fe, y de la transmisión e interpretación de la palabra revelada. Lutero acababa de liberar a todos del modo más radical de la mediación de la Iglesia. El peregrino manresano no sufre esa tentación ni asume tal iniciativa; por el contrario, participa de los sacramentos, vive inmerso en devociones tradicionales, acude con sus cuitas al confesor y le obedece ciegamente. Pero entiende con claridad que, al margen de esa comunicación, Dios y él sólo, le enseñó como a un niño. No tengamos miedo. La Iglesia, recelosa siempre ante posibles ilusiones, ha estampado, tomándolo del

Deuteronomio (32, 12), un dictamen similar en la liturgia de santa Teresa de Lisieux: «El Señor la tomó para sí y la instruyó; como a la niña de los ojos la cuidó. Sólo el Señor fue su guía».

Dios no le enseña nuevas cosas; pero al alumno por El iluminado le parecen nuevas las viejas cosas aprendidas en su catecismo, en la cocina familiar o en los libros. Con el mismo pasmo con que aceptó un día de los labios del maestro las medidas de la tierra o la configuración de los novísimos Mapamundi, descubre insondables honduras en cosas que definimos con palabras gastadas por el uso. Porque los cinco puntos o capítulos de su nueva ciencia recibida, no articulada, pero sí sabrosa, son nada menos que Dios, Trinidad, creación o ser de las criaturas, eucaristía, asistencia cercana de la humanidad de Cristo... El recuerda el lugar de la iluminación: «rezando en las gradas del monasterio... al alzar de las misa». Más difícil es describir la vivencia: elevación del entendimiento, vista con los ojos interiores, imágenes visuales y no auditivas; sobre todo, inmenso e inesperado gozo, que se resolvía en incontenibles sollozos y lágrimas. Imposible resulta explicar las cosas que Dios imprimía a fuego, porque las vivencias se desvanecían, pero no así sus efectos. Toda su vida sentiría gran devoción orando a la Trinidad.

Treinta años después la evidencia no había perdido un punto de su fulgor: «Estas cosas que ha visto lo confirmaron entonces y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: Si no hubiese Escritura que nos enseñare estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas solamente por lo que ha visto». ¿Ver, más que creer? Un creer experimental, por paradójico que parezca, algo muy distinto de la fe de Lutero. ¡Lástima que se haya perdido el libro sobre la Trinidad que comenzó a escribir —que alcanzó las ochenta hojas según Ribadeneira—, a buen seguro muy poco escolástico!

Y aún no hemos hablado del punto quinto, el de la vivencia más alta, a orillas del Cardoner, referida con palabras insustituibles por el único que puede hablar de ella, describiendo su marco material preciso y sus lejanísimas riberas espirituales cubiertas por la neblina del misterio: «Una vez iba por devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río, y yendo así en sus devociones se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, sino que recibió con gran claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo cuantas ayudas haya tenido de Dios y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como aquella vez sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes».

«Estados alterados de conciencia» dirán los científicos, hoy por primera vez alertados a cuenta de sus extrañas concomitancias magnéticas, e inquietos ante ese tránsito de la conciencia racional y discursiva al campo de las intuiciones profundas, ante misteriosos procesos de visualización, ante recónditos sentidos interiores. Las vivencias del peregrino, inesperadas

y desacostumbradas, seguras, inefables, son peculio singular de algunos privilegiados de todos los tiempos en las más diversas religiones. No son estados permanentes, sino pasajeros; su huella sí es estable y duradera, como lo son la paz y la armonía que se apoderan del espíritu. El «otro intelecto» apunta a cimas u honduras de entendimiento, no alcanzadas por la actividad dialéctica. Lo sabido, comparado con lo intuitivo, se le antoja oscuridad e ignorancia. La innovación afecta a capas más hondas del ser que la de la pura inteligencia. Las entrañas renovadas sienten la existencia de modo nuevo, y con ella la novedad de las cosas. Desde el hondón de sí mismo se comulga con el universo y con Alguien que está por debajo de él y en todos sus entresijos. «Le parecían todas las cosas nuevas..., le parecía como si fuese otro hombre». «Comenzó a ver con otros ojos todas las cosas», dice Laínez; «con otros ojos que primero», apostilla Polanco. Otro hombre, ojos nuevos, cosas nuevas son palabras mágicas que hoy despiertan nostalgia y anhelo en los que buscan novedad y transformaciones profundas en viejísimos manantiales orientales, olvidando o despreciando la perdida atmósfera cristiana de familia.

Otro hombre, ojos nuevos, cosas nuevas

Mas volvamos al peregrino. Las palabras de su relato ni siquiera esta vez rozan el superlativo; mas su énfasis comparativo (tanto.... tanta manera), abarcando en la cuenta su vida entera, desvela la magnitud y profundidad de esta experiencia que le marcó para siempre. Muchos años más tarde, en decisiones tomadas en la configuración de la Compañía, se remitiría veladamente a «un negocio que pasó por mí en Manresa». Esto llevó a los entusiastas a ver en el alma del peregrino, ya en la orilla del Cardoner, el origen formal de la institución y de sus complejas constituciones. Otros, más discretos, se conforman con descubrir en el trance el surgir de un sentido apostólico y de una idea de servicio a Cristo que, andando el tiempo, tomaría perfil corporativo. Aún bastantes años más tarde se pudo decir todavía que «era llevado suavemente hacia donde él mismo no sabía» (Nadal). El era saeta que hacía su parábola; el blanco lo conocía sólo el saetero, según la metáfora que define el providencialismo.

Semejantes iluminaciones nunca son un fin en sí; más que metas de llegada, suelen ser puntos de partida para una inserción en la realidad desde una nueva reestructuración interior de lo absoluto y lo relativo. El peregrino se siente más libre, más creador de su mismidad, abierto de modo nuevo a los demás. Deja sus extremosidades, se corta el pelo y uñas, y desiste de su ideal cartujano, porque ve «el fruto que hace en las almas tratándolas». Piensa ya en irradiar lo que lleva dentro, porque entiende que hay gentes que, sin saberlo, buscan lo que él ha hallado. Estupenda translaboración que convierte al solitario en mensajero o en apóstol.

En ese humus nació en Manresa el cuaderno, más que el libro, de los Ejercicios, en su núcleo inicial fundamental. No son extractos de lecturas, sino «carta de marear» pensada para los demás. También en este punto la hagiografía exaltada, en libros, pinturas o estampas, creyó que la Virgen nazaretana cuya alma vibró en la poesía gozosa y esperanzada del Magníficat, dicte la prosa seca, las incontables reglas, los métodos complicados, del libro de los Ejercicios? Los efectos del pequeño cuaderno o, mejor, de la puesta en práctica de sus orientaciones, fueron prodigiosos

desde el principio hasta nuestro días. Nadal o Ribadeneira lo tendrán por inspirado y por obra impropia de un rudo soldado o de un penitente de escasa cultura espiritual. ¡Como si la densa y variada experiencia del alumno dócil y atento en Loyola y Manresa no valiese por un doctorado de cualquier instituto de espiritualidad! Tras aquella ilustración del Cardoner que corona con luces inesperadas el generoso aprendizaje del peregrino, éste había acumulado superiores lecciones de experiencia sobre los entresijos del corazón humano, sobre visitas de lo alto, sobre dificultades, caminos, engaños y discernimientos; sobre los mecanismos de la libertad humana y sobre las voces de la «llamada gigante», como diría Rilke, que sólo los santos la escuchan y atienden.

Sabía que tal llamada no era un privilegio cerrado y raro, como tampoco lo eran los impedimentos que hacen dificultoso el oírla y más el seguirla. El peregrino, que creía en la gracia y en el hombre, puso en orden y por escrito su experiencia, y desde ella se propuso guiar a los demás. El libro de los Ejercicios es, efectivamente, «un código sapientísimo y completamente universal de normas para dirigir las almas por el camino de la salvación y perfección», como dijera Pío XI. Código abstracto y quintaesenciado, pero que mirado al trasluz, nos deja ver tantas veces el alma de su autor, sus experiencias vividas, más que conocimientos librescos. Si bien se mira, bajo la fronda de sus normas, la atención está centrada en el hombre, en el rescate de su libertad y de su interioridad, en el cuidado escrupuloso de las condiciones que la hacen posible o imposible. Se supone, con reminiscencias autobiográficas, que quien se decide voluntariamente a entrar por tales caminos, lo hace «con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor», y se cree firmemente que a todos ilumina y mueve la gracia divina.

Pudo haber un trasvase de temas del Ejercitatorio de García de Cisneros, que conoció en Montserrat, y un más sutil contagio de espíritu de la Imitación de Cristo, que entonces se atribuía a Gerson. Ciertamente lo conoció el peregrino, nunca más se separó de su compañía y lo llamaría la «perdiz» de los libros espirituales. Sabrosa y nutritiva encontraba su lectura, sin duda porque su autor cree y siente lo que dice. ¡Cosa extraña! este librito, cuya lectura debía permitirse sólo ya mediada la vida, gustaba a Erasmo y a Lutero, y en nuestros días a Bonhoeffer, el supuesto padre del secularismo.

El pequeño cuaderno de los Ejercicios es más que otra cosa una reglamentación de procedimientos y temas, que importa al que da o al que recibe los Ejercicios, esto es, a los interesados en el juego. Árido como cualquier reglamento, su valor y mérito estriba en la eficiencia que acompaña a su práctica; y esto explica que sea tan pesado y meticuloso como un método de piano para hacer dedos, aburrido para quien no tiene interés en aprender, y maravillosamente eficiente y absolutamente necesario para quien aspira a concertista. El pequeño librito del peregrino figura con méritos objetivos en la selección de «Libros que cambian el mundo», pero difícilmente obtendrá un puesto en el más arrinconado espolio de un manual de literatura.

Durante muchos años el cuaderno-guía será *ad usum privatissimum* de su propietario, quien lo irá completando guiado por la experiencia y la vida. En algunos casos de fuerza mayor se verá obligado a mostrarlo para lograr el visto bueno de la ortodoxia y pasarán más años hasta que llegue la hora de confiarlo a otros, como confían los padres a los hijos los secretos de su

artesanía para que pervivan. Su primera edición, anónima y reservada, aparecería en Roma en 1548. La primitiva redacción manresana debía de incluir las meditaciones fundamentales de las cuatro semanas, los dos exámenes, las reglas para discernimiento de espíritus que brotaron en las horas de convalecencia de Loyola. Esto en cuanto a la estructura del cuaderno. Porque respecto a su aplicación o práctica desde los tiempos de Manresa no sabemos con claridad, sino que empezó a guiar a los demás, según su capacidad y generosidad, por los primeros trancos del sendero que él había pisado: «vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por cosa alguna que desordenada sea».

En los últimos meses del año 1522 el peregrino se siente «muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces de ellas». Algún eco se recoge en los procesos acerca de las pláticas que en la capilla de Santa Lucía hizo a sus devotas manresanas; el eco es más potente y preciso acerca del rapto que padeció durante una semana, quedando como muerto, ante la angustia de las familias protectoras. Inés Pascual atribuyó a su negligencia aquel raro desfallecimiento y quiso remediarlo con su infalible caldo de gallina. Por su parte, el peregrino nos habla de una enfermedad que le tuvo a punto de muerte con fiebre muy recia y, al parecer, de otra posterior enfermedad grave en pleno invierno que le valió la acogida de la familia Ferrera y las velas nocturnas de las buenas mujeres que le seguían. Quedó debilitado y con frecuente dolor de estómago. El invierno fue muy frío y las solícitas mujeres lograron que se vistiese, calzase y cubriese la cabeza «con un bonete de paño muy grueso como medio gorra». Iñigo sintió sobre sí cuidados maternos. Si no falla la memoria de Miguel Canyelles y de Juan Pascual, el peregrino, reservado y discreto, cruzó con una mujer, acaso por primera vez en su vida, dos palabras inéditas y salutíferas: imadre!, ihijo! Con conciencia viva de albergar a un santo, ella se sentía afortunada en su protección maternal. Se llamaba Inés Pascual. Según su hijo, ella le facilitó hospedaje en Barcelona, porque a la gran ciudad había de ir para realizar su propósito no olvidado.

En efecto, «íbase llegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Jerusalén. Y así al principio del año de 23, se partió para Barcelona para embarcarse». Era una referencia al deseo, fijo como un clavo, concebido en Loyola. En este punto no hubo mudanza. ¡Qué cerca y, sin embargo, qué lejos quedaban Loyola, Pamplona, Nájera, Arévalo, hasta Montserrat, suplantados ahora por el rincón junto al río «que iba muy hondo»! Cabe preguntarse por qué había demorado prácticamente un año el cumplimiento de su peregrinación jerosolimitana. Algunos lo atribuyen a la peste que azotó a Barcelona y que cerró la entrada a forasteros. Quizá anduvo escaso de tiempo, y no le fue fácil llegar a Roma en la Pascua de 1522, fecha en que el Papa concedía las licencias para peregrinar a Tierra Santa. Por otra parte, aquel año el Papa Adriano aún andaba por España y jamás se le hubiese ocurrido acercarse en persona a él, cuando en su séquito podía encontrarse con importantes conocidos.

No fue tiempo perdido; más tarde designaría aquel trascendental período de su vida como el de su «iglesia primitiva». Jamás olvidaría a Manresa y a sus buenas gentes. En Manresa quedaban, guardados como reliquias, su saco, su ceñidor; y el Hospital, el convento de los dominicos, la ermita Viladordis, la cruz de Tort, algunos aposentos, la cueva junto al río, impregnado todo por su presencia y su recuerdo. Seguían sin saber quién

fue; sabían quién era. En el corazón de Iñigo quedó una inmensa gratitud, puesta de manifiesto en la despedida.

No entró en Barcelona a la deriva, como lo hiciera en Manresa. La solícita Inés Pascual le cedió un camarote alto en su pisito de la calle Cotoners —hoy llamada de San Ignacio—, tras consultar la decisión con su hermano, que servía al Arzobispo de Tarragona. ¡El peregrino necesitaba tan poco, era un huésped tan cómodo! Tenía cobijo donde dormir y rezar; porque su vida siguió los mismos cauces externos que en Manresa.

Caridad, fe, esperanza

Las ciudades son lo que buscamos en ellas. Para el peregrino lo primordial en Barcelona era lograr pasaje por mar para ir a Roma, lo que era relativamente normal; además, quería ir gratis y solo. El viejísimo cura Perpinyá aseguraba en 1595 que acompañó en el viaje a su pariente Guiot y al peregrino; alguien añade que viajó en el mismo barco que Jorge de Austria, hijo bastardo del emperador Maximiliano, que pronto sería obispo de Barcelona y que en el viaje conoció y dio de comer al peregrino. Lo que queda fuera de duda es la singular intención del peregrino. Muchas personas, con buena lógica, le inculcaban las ventajas de acogerse a alguna compañía, ya que, entre otras cosas, no sabía ni latín ni italiano. El, con otra lógica, replicaba que no aceptaría la compañía —o protección— del mismísimo Duque de Cardona o de su hermano. (Una Cardona era la esposa de su antiguo protector el Duque de Nájera). El rechazo no se debía a una condición huraña o al simple afán de soledad, sino a un designio más hondo. «Toda su cosa era tener a Dios por refugio». Buscaba la aventura del desamparo humano total y del vivir puramente colgado de la Providencia. «El deseaba tener tres virtudes, caridad, fe y esperanza», en ese curioso orden y en el grado más alto y menos contaminado de adherencias. Había sopesado casuísticamente todas las posibilidades contrarias: «llevando un compañero, cuando tuviese hambre, esperará ayuda de él y, cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiaría de él y le tendría afición por estos respetos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en sólo Dios. Y esto que decía de esta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos él tenía deseos de embarcarse, no solamente solo, mas sin ninguna provisión».

El peregrino, verdadero anticipo de autoestopistas y polizontes es un hombre tenaz y con rara fuerza de persuasión. Sin más recomendación que su presencia y su palabra logró el pasaje gratis, pero el maestro le impuso una condición indispensable: embarcaría con la necesaria provisión de sufrido bizcocho. Ello le planteaba problemas de conciencia: «¿Esta es —se decía— la esperanza y la fe que tú tenías en Dios, que no te faltaría?». Hay mucho de radicalismo evangélico franciscano en esta etapa de la vida del peregrino; él dudaba entre la aceptación o rechazo de aquella condición que desvanecía la pureza de su gesto. El confesor, a quien fue con su cuita, le aconsejó una vía intermedia: embarcaría con lo necesario, pero antes lo pediría de limosna.

Desde que pisó Barcelona, Iñigo siguió su costumbre manresana de pedir de puerta en puerta, aunque luego distribuyera él limosnas a otros pobres que convirtieron la mansión de la señora Pascual en «casa de jubileo». Ahora pediría limosna expresamente para obtener provisiones para su embarque. Al contumaz pordiosero de devoción, le ocurrieron algunos

accidentes de éstos que no se olvidan. Una mujer, cuya bisnieta declararía en los procesos de beatificación, reparó en el rostro especial y en las delicadas manos del peregrino, le miró fijamente y le sermonéó con palabras que hacía problemática y cara la limosna: «Cierto que parecéis algún mal hombre, cuando así andáis por el mundo. Mejor fuera tornaros a casa, en vez de andar vagando por el mundo como un perdido». El peregrino, con paz y humildad, ratificó el reproche y se reconoció perdido y pecador. La buena mujer quedó prendada del peregrino y le dio pan, vino y otras cosas para su viaje. Otra, un punto menos indiscreta, le sometió a interrogatorio previo: ¿A dónde queréis embarcar?

Aquella curiosidad femenina planteaba algún problema al peregrino. No quería decir que iba a Jerusalén por «temor de la vanagloria», y por lo mismo ocultaba su tierra y casa de procedencia.

Es una forma sutil de vanagloria la que trata de evitar; no tiene que ver con el viejo y tosco orgullo de sangre ni tampoco con el puro hecho de ir a Tierra Santa. Estos dos extremos, unidos a su estampa de pordiosero, podían concitarle la veneración de las gentes como a un santo. Como cuando salió de Loyola a su hermano, dijo media verdad a la curiosa mujer: iba a Roma. —«Pues, los que allá van, no sé cómo vienen». La avispada barcelonesa no tenía un concepto demasiado edificante de la Roma renacentista de León X, en la que muy pronto moriría de tristeza el grave Adriano VI. Al precio de estos conjuros y sermones, el peregrino se hizo con sus provisiones y aún le sobraron cinco o seis blancas, que escrupulosamente las dejó abandonadas sobre un banco de la playa.

En espera del embarque, el peregrino buscó aún otra cosa en las tres semanas de permanencia en Barcelona: «personas espirituales», como él las llama. Más que maestro en doctrina, espíritus que congeniasen con su estado interior; acaso imágenes de santidad del signo espectacular de los héroes de Flos sanctorum. No sabemos quién le orientó para encaminar sus pasos, lejos de la ciudad, a las ermitas esparcidas por la montaña de San Jerónimo de Val de Ebrón. Sabemos que el peregrino hablaba a las monjas y permanecía como una estatua ante el Sacramento. Conocemos el nombre de dos monjas: Brígida Vicent y la tornera sor Antonia Estrada, a la que el peregrino traería de Palestina una cajita con recuerdos. No dio con las personas que buscaba. El secreto de sus «afinidades electivas» queda un tanto desvelado por confesión propia. De la galería de personas tratadas en Montserrat, Manresa y Barcelona, incluido Chanones, sólo se salva la anónima beata manresana de gratos augurios proféticos, «una mujer de muchos días y muy antigua también en ser sierva de Dios y conocida por tal en muchas partes de España; tanto, que el Rey Católico la había llamado una vez para comunicarle algunas cosas». No sabemos qué encontró en ella el peregrino ni si su santidad llevaba acompañamiento de raptos, visiones y profecías. Mirando hacia atrás, «ésta sola le parecía que entraba más en las cosas espirituales». Mirando hacia adelante, la frustrada búsqueda perdió atractivo e introdujo al peregrino en vías de madurez, menor dependencia y mayor soledad: «Después de partido de Barcelona, perdió totalmente esta ansia de buscar personas espirituales».

La navegación desde Barcelona a Gaeta, con recio viento de popa, duró sólo cinco días, amargados por la tempestad de mar. Cuando desembarcó, la peste amenazaba a Italia. El peregrino se encaminó inmediatamente a Roma. Se le unieron un mozo y una madre con su hija vestida de muchacho; todos ellos mendigaban. La caminata fue penosa y no exenta de sobresaltos.

La primera noche la quisieron pasar en una casería donde en torno a un gran fuego hallaron muchos soldados; les dieron de comer y fueron especialmente generosos en darles vino, «invitándolos de manera que parecía que tuviesen intento de escallentalles», dice el peregrino, experto en soldadesca. Luego dividieron al grupo, poniendo a las dos mujeres en una cámara, mientras el peregrino y el mozo fueron al establo. A medida que la noche los despertaron los gritos de madre e hija, quienes, para cuando salió Iñigo del establo estaban llorosas en el patio, lamentándose de que las querían forzar. Por unos instantes, en el humilde peregrino revivió el viejo hombre colérico y valiente soldado; le vino «un ímpetu tan grande» que se puso a dar gritos desaforados que espantaron a los de la casa y cortaron de raíz su atrevimiento. El mozo se esfumó al amparo de la noche.

Las dos mujeres y el peregrino prosiguieron su viaje en plena oscuridad. Llegaron a Fondi, que la hallaron cerrada, y tuvieron que pasar la noche en una iglesia. Ni de día pudieron entrar en la ciudad, a causa de las preocupaciones sanitarias; fuera de ella no hallaban limosna. Se acercaron a un castillo próximo. El peregrino estaba desfallecido por el cansancio y por las fatigas del viaje marítimo. No podía más. Madre e hija siguieron hacia Roma, y él «no pudiendo más caminar, se quedó allí». Quiso la suerte que aquel día saliese mucha gente de la ciudad al recibimiento de la señora de Fondi, la Condesa Beatriz Appiani, esposa de Vespasiano Colonna. El peregrino, en un gesto desesperado, se plantó materialmente delante en el camino para que no le tomasen por un apestado a causa de su macilenta figura y previno que «de sola flaqueza estaba enfermo», suplicando el favor de poder entrar en la ciudad. En ella reunió muchos cuatrines, se rehizo físicamente y pudo llegar a Roma el Domingo de Ramos.

Allí pasó la semana santa, mendigando y orando. Ninguna impresión nos dejó de tal estancia, pero tomó la bendición de Adriano VI. Habiendo llegado el 29 de marzo, ya el 31 había logrado el indulto pontificio, negociando en la Penitenciaría, en el que se daba la apetecida licencia o pasaporte para ir a Tierra Santa. Alguien le redactó en latín la oportuna súplica que ha aparecido en los archivos del Vaticano. En ella figura como Enecus de Loyola, por cierto como «clericus pampilonensis», lo que explicaría su acogida al fuero clerical en los azares ya viejos de 1515. No le fue demasiado difícil obtener aquella especie de pasaporte; en cambio, todas las personas a quienes confió sus intenciones, le disuadían de su empeño y le certificaban la absoluta imposibilidad de hallar pasaje sin dineros. Nada ni nadie era capaz de desviarle: «él tenía una grande certidumbre en su alma, que no podía dudar, sino que había de hallar modo de ir a Jerusalén».

Hacia el 13 de abril salía camino de Venecia, con seis o siete ducados que le habían dado para su pasaje y que él los tomó «vencido algo de los temores que le ponían de no pasar de otra manera». Dos días después de salir de Roma se arrepintió de su desconfianza y de haber tomado dineros y determinó emplearlos en beneficio de los pobres. Para cuando llegó a Venecia sólo le quedaban unos cuatrines que le prestaron buen servicio la primera noche. El viaje fue rico en azares y penalidades. Existen dos puntos ciertos en su itinerario, naturalmente hecho a pie: Chioggia y Padua. Probablemente pasó por Tívoli, Orvieto, Spoleto, Macerata, Loreto, Ancona, Sinigaglia, Pesaro, Rímini, Rávena, Chioggia, Padua, Venecia. Un precioso itinerario para un moderno viaje por la «Italia nunca vista», pero entonces penoso a causa de la peste. Se alimentaba como podía, dormía en los

pórticos o a cielo raso. Algún compañero nocturno de acampada, al ver a la luz del día su aspecto macilento y descolorido, huyó como alma que lleva el diablo pensando que se hallaba junto a un apestado. Tal era nuestro peregrino de la «triste figura».

La entrada en Venecia se presentaba aún más difícil. Algunos compañeros de viaje quisieron proveerse en Padua de una cédula de sanidad. No los pudo seguir en su recio caminar y se quedó rezagado «casi de noche, en un gran campo». Fue uno de los supremos trances de abandono total. Nos dice que «le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer», refiriéndose a los días en Manresa. No es una manifestación externa y visible, sino una experiencia vivida desde los «ojos interiores» con la sensación de la cercanía de la humanidad de Cristo en difusa forma blanca, sin distinción de miembros. El hecho le confortó y consoló y le hizo llegar a Padua, donde entró y salió sin necesidad de cédula sanitaria ante el pasmo de sus precavidos compañeros de viaje. Sin tal cédula entró, por fin, en Venecia. Los guardas pasaron revista de cuantos llegaban en barca; sólo el peregrino entró sin dificultad en la ciudad de los canales. Fue a mediados de mayo; le quedaban dos meses de espera.

No era un turista. Se mantenía mendigando y dormía en la plaza de San Marcos, donde pudo aprender los sonos de las campanas venecianas: la Marangona llamaba a trabajar, la Trottera servía de aviso a los senadores, la Rialtina marcaba el toque de queda, la hora de buscar cobijo para dormir en la preciosa plaza. Algún gondolero le pudo referir el dicho de Julio II: «Si Venecia no existiera, habría que inventarla». Los venecianos eran maestros inventando fiestas de gran colorido y vistosidad. El peregrino pudo contemplar durante su estancia la procesión del Corpus Christi, en la que participaban el Dux, los embajadores, los ediles de la ciudad, cada uno con un peregrino jerosolimitano a su derecha. Pudo también admirar la gran fiesta náutica en que se celebraban los desposorios simbólicos de Venecia con el mar. El Dux, en fantástica galera, escoltada por innumerables embarcaciones, salía a alta mar y arrojaba a las aguas un anillo de oro, para más tarde entonar el Te Deum en la iglesia de San Nicolás. El peregrino nunca quiso ir a casa del Embajador imperial ni se afanaba demasiado por asegurar su viaje a Tierra Santa. Tenía confianza ciega, «una gran certidumbre en su alma», como él dice, de que Dios le daría modo de llegar a Jerusalén. Todas las razones y miedos que le alegaban en contra no eran bastantes para hacerle dudar.

Un día topó con un español rico residente en Venecia, quien le preguntó qué hacía y dónde iba. Le invitó a comer a su casa y le alojó algunos días. El peregrino callaba, escuchaba y comía, respondía a las preguntas, y al término de la comida engarzaba lo oído con sus preocupaciones religiosas. La familia del inesperado anfitrión se aficionó a él; le forzaron a quedarse con ellos. Más aún, el innominado español le consiguió audiencia directa con el Dux de Venecia. El peregrino hizo el resto con la sola fuerza de su palabra: el Dux ordenó que le diesen pasaje en la nave que llevaba a los gobernadores de Chipre. La reciente caída de Rodas en manos de Solimán el año anterior había disuadido a muchos peregrinos de ir a Jerusalén; muchos se volvieron de Venecia a sus casas. La llamada «nave peregrina» partió primero con trece peregrinos; ocho o nueve quedaban para embarcar en la de los gobernadores. Hoy conocemos sus nombres por el diario de Füsli, uno de ellos. Era esta última una soberbia nave, llamada Negrona, artillada con 19 cañones, con 32 marineros de

dotación y un centenar de pasajeros, cuatro españoles entre ellos contando con nuestro peregrino. Pocos días antes de zarpar le habían sobrevenido unas inoportunas calenturas; el tratamiento fue inadecuado y justamente el día de la partida había tomado una purga. El médico decía que sólo podía embarcar para ser sepultado. El tenaz vasco se embarcó. A precio de vomitar sin cesar, comenzó a sanar.

El viaje fue lentísimo a causa de la calma; un mes entero tardaron en llegar a Chipre, donde tocaron puerto el 14 de agosto. La inacción dio viento a los vicios. Al peregrino tocó contemplar «suciedades y torpezas manifiestas», la sodomía practicada con descaro. El peregrino se enfrentó con severidad con los viciosos; los tres viajeros españoles le aconsejaban que no lo hiciese, porque los marinos trataban de dejarlo abandonado en alguna isla. Quiso Dios que llegasen pronto a Chipre. Cambió de puerto y nave, entrando en la Peregrina, sin más mantenimiento y provisión que su esperanza en Dios. En compensación la vivencia de la proximidad de Cristo en forma de «cosa redonda y grande, como si fuese de oro», le infundía consuelo y esfuerzo. Algo le llegaría de las grandes provisiones de Füsli, bien abastecido de carnes, huevos, frutas, quesos, vino y licores. El 19 partían de Chipre y el 22 avistaban Jafa; un error de maniobra retrasó el desembarco hasta el día 24. Entonaron el Te Deum y la Salve, y pronto montaron en asnillos para ir a Jerusalén, acompañados de los franciscanos y escoltados por soldados turcos.

¡Oh, Jerusalén!

Al acercarse a Jerusalén la comitiva de los veintiún peregrinos, uno de ellos, Diego de Manes, Comendador de San Juan, previno al grupo que se hallaba a dos millas de la ciudad santa y próximos al altozano desde el que podrían divisarla por primera vez; aconsejó a todos que se aparejasen en sus conciencias y que fuesen en silencio. La emoción fue enorme; el recogimiento, sumo. Antes de llegar al punto, se apearon de sus asnillos al ver que los esperaban los franciscanos de Jerusalén con la cruz alzada. «Viendo la ciudad, tuvo el peregrino gran consolación», y como él todos los demás. Les embargó «una alegría que no parecía natural»; un fervor devoto se apoderó del peregrino, y le acompañaría a lo largo de aquellos días en la visita a los lugares santos. Conocemos al detalle los pasos del peregrino y hemos de compendiarlos. Aposentados en el Hospital de San Juan, visitaron el 5 de septiembre el Cenáculo y la iglesia de la dormición de la Virgen. Por la tarde se encerraron en la iglesia del Santo Sepulcro y pasaron la noche en vela, confesándose cada uno en su lengua, oyendo misa y comulgando. Al rayar el alba salían de la iglesia cerrada y sellada hasta entonces por la guardia turca. Al día siguiente por la tarde hicieron el recorrido del Via Crucis. Durante los días siguientes, visitaban sucesivamente el monte de los olivos con el lugar de la Ascensión, Betfagé y Betania, Belén con su gruta, el valle de Josafat con el torrente Cedrón, el Huerto de los Olivos con su gruta de la agonía, la fuente de la Virgen, la piscina de Siloé y el monte Sión. Tras nueva vela nocturna en el Santo Sepulcro y dos días de descanso, salieron a Jericó escoltados por soldados turcos y visitaron el Jordán. Los últimos días los pasaron encerrados en el Hospital de San Juan.

Los ojos de Iñigo se saturaban de paisaje y recuerdos, para siempre grabados en su retina. La fijación de la imaginación en la fase de «composición viendo en lugar» que suele abrir la puerta al discurso en las

meditaciones de los Ejercicios, tiene, a raíz de estos días, un fuerte acento evocador y rememorativo. Tras los ojos, y más tarde con la ayuda de la imaginación, va el espíritu hacia los lugares impregnados por el paso de Cristo. El «loco de Cristo», como le llamaron en Montserrat, entrañaba en su alma el marco terrenal en que se manifestó el Verbo hecho hombre, el Cristo histórico de carne y hueso. Su cristocentrismo vigoroso encontraba singular pábulo espiritual en el teatro concretísimo en el que resonó la palabra de Jesús y en el que se realizó nuestra redención. La ansiada peregrinación a Jerusalén, anclada en su alma desde los días de Loyola, más que un acto penitencial escueto, es un intento de aproximación sensible de Cristo. Sólo faltaba El en los lugares y paisajes evocadores, pero El estaba presente en el corazón cada día más ardiente del peregrino.

En su intención más profunda, aquellos días no eran un paréntesis efímero. El deseaba con firme propósito quedarse para siempre en aquellos venerables lugares; secretamente pensaba además que su presencia podría reportar alguna ayuda a las almas. Traía para tal efecto cartas de recomendación para el Guardián, a quien manifestó su intención primera, como a tantos otros, no así su ideal misionero, que no confió a ninguno.

Esto último era prácticamente imposible en medio de un ambiente musulmán hostil y cerrado. Ni siquiera lo primero era factible. La casa franciscana de Jerusalén era pobrísima y aún se disponía a hacer volver con los peregrinos a algunos frailes. Nada pidió el peregrino sino que le admitiesen de vez en cuando para confesarse. El Guardián no quiso decidir sin el voto del Provincial que, a la sazón, estaba en Belén. Iñigo creyó resuelto el problema y aun empezó a escribir cartas a personas espirituales de Barcelona, para mandarlas con los peregrinos que retornasen. Asegura que escribió una, que bien pudiera ser la que consta que recibió Inés Pascual, larga de tres hojas, pieza de cálida devoción que se guardó en la familia como reliquia y de la que se hablará en los procesos de beatificación. La víspera del retorno escribía una segunda, cuando llegó el Provincial y desbarató sus esperanzas con las mejores palabras. Hombre de larga experiencia, estimaba descabellado el proyecto de Iñigo. Otros antes que él habían intentado aquella vida y acabaron presos o muertos, con gravamen o complicaciones para la custodia franciscana. Iñigo tuvo que aparejarse para salir al día siguiente con los demás peregrinos, aunque inútilmente alegó su «propósito muy firme» en contrario y su voluntad de no dejarlo por ninguna cosa de poner en obra. Habló de asumir responsablemente su suerte, sin temor a nada, como no fuese que tal decisión constituyese pecado. Pero el Provincial franciscano le hizo ver resueltamente su poder exclusivo y decisorio sobre la estancia en Jerusalén y las facultades que poseía de excomulgar a los recalcitrantes. Hasta quiso mostrarle las Bulas pontificias que le conferían tales poderes, pero el peregrino creyó en sus palabras y acató obedientemente una decisión, para él harto penosa.

Quiso apurar Iñigo sus últimas horas y volver de nuevo al Monte Olívete para verificar la posición de los pies en la piedra que se decía contener las huellas de las plantas de Cristo en el momento de su Ascensión. Sin decir a nadie ni tomar guía, se fue solo, escabulléndose de los otros. Sobornó a los guardas regalándoles unas tijeras que llevaba. Pronto cundió la alarma en el Hospital por la desaparición del peregrino; un criado salió en su búsqueda y lo encontró en el camino. Le amenazó con un gran bastón sumamente enojado e hizo ademán de pegarle y, asiéndole fuertemente del brazo, lo llevó como un delincuente al Hospital. El peregrino sintió en esta

circunstancia con fuerza vivísima la asistencia y cercanía de Cristo. Por fin, tras veinte días de permanencia inolvidable, salían los peregrinos de Jerusalén en sus asnillos la noche del 23 de septiembre. Había cumplido el gran deseo de su vida y daba por bien empleadas todas las penalidades. Tuvo que renunciar a vivir y a morir en Palestina, rindiéndose a lo que aceptaba como voluntad de Dios. Su camino no terminaría en Jerusalén. ¿Cuál sería entonces? «Soy peregrino de hoy, no me importa dónde voy?» (M. Machado).

El peregrino inició el retorno. Llegados a Chipre, el grupo hubo de repartirse en tres naves. Al rico veneciano dueño de la más rica y poderosa nave le rogaron algunos peregrinos que admitiera gratis en ella a su compañero sin dineros. El patrón se resistió a todas las súplicas y hasta se permitió una bufonada: Si era santo —epíteto que probablemente utilizaron los recomendantes—, que pasase milagrosamente el mar como Santiago. Las súplicas fueron más eficaces con el patrón de la nave pequeña en la que pudo embarcar. Sorprendió una recia tempestad a ambas. Aun con mucho trabajo, se salvó solamente el navío pequeño. Tocó tierra italiana en la Puglia. Hacía grandes fríos y nevaba. El peregrino soportó el mal tiempo con su atuendo paupérrimo, deplorable: un jubón negro, abierto por la espalda, unos calzones de tela gruesa que le llegaban a las rodillas, las piernas desnudas, zapatos en los pies y un ropilla corta de poco pelo. Así llegó a Venecia a mediados de enero de 1524, tras dos meses de navegación. Lo pudo ver Tiziano, mas el peregrino no era una figura atractiva para el pintor de Paulo III, Carlos V o de Venus. Una persona que antes lo acogiera en la ciudad, dio al peregrino quince julios de limosna y un paño que, en muchos dobles, lo puso sobre su estómago para protegerlo del enorme frío.

Venecia era para él punto de tránsito. Tras tantos meses de andanzas, su futuro era absolutamente incierto. Cerrada la posibilidad de quedarse en Jerusalén, «vino consigo pensando qué debía hacer». Sus viejos propósitos cartujanos se desvanecieron, suplantados por el deseo de ayudar a las almas despertado en su experiencia manresana. De cara a esa nueva meta, «al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo». Pensó de nuevo en Barcelona. Nunca sabremos más sobre este lento y complejo proceso interior que desembocó en un camino inédito e inesperado. Tenía ya unos treinta y tres años. Inició el retorno a España por tierra, siempre a pie. Estuvo en la catedral de Ferrara, cumpliendo sus devociones. Una vez dio una limosna a un pobre, otra algo mayor al siguiente, un julio al tercero. Corrió la voz y vinieron más, hasta un grupo. Dio todo lo que tenía y a los últimos pidió que le perdonasen, pues «no tenía más nada». El tuvo que mendigar para comer aquel día. Nada tiene de sorprendente que, como dice Ribadeneira, la turba de pobres aclamase al extraño peregrino al salir de la iglesia, «¡El santo, el santo!».

Tuvo un serio percance en su caminata de Ferrara a Genova. Lombardía era el teatro de la guerra entre Francisco I y Carlos V. Acababa de morir Próspero Colonna, jefe de las tropas españolas, a quien le sucedió Don Antonio de Leiva. Sancho de Leiva era Capitán General en Guipúzcoa. A los franceses mandaba el Almirante Gouffier, señor de Bonnivet, el que conquistara Maya, Behobia y Fuenterrabía en el otoño de 1521. Un año más tarde (1525) reñirían ambos ejércitos la terrible batalla de Pavía en la que moriría la flor de la nobleza francesa y su Rey Francisco caería prisionero. De momento, ocupaban posiciones. El peregrino topó con soldados españoles. Lo acogieron una noche, espantados de que se atreviese a

caminar «casi por medio de entrambos ejércitos». Le encarecieron que dejase la vía real y tomase otro derrotero más seguro. No hizo caso y siguió su camino derecho. Contempló con sus ojos las ruinas de la guerra, un pueblo quemado, destruido, abandonado. Caía la tarde sin haber probado bocado. Llegó a un pueblo cercado «cuando fue la puesta de sol», nos lo recuerda en rara pincelada paisajística.

Los centinelas lo detuvieron; tomándolo por espía, lo metieron en algún cuartucho junto a la puerta de entrada. «Lo empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospechas», dice el peregrino evocando escenas similares ya ancladas en su propio pasado. El respondía a todo que no sabía nada. Le desnudaron, le escudriñaron los zapatos y todas las partes del cuerpo para ver si llevaba algún mensaje escrito. No pudiendo saber nada por ninguna vía, lo llevaron preso al capitán. «El le haría decir», fue la frase, siempre amenazadora y temible. Ni siquiera le permitieron cubrirse con su capilla.

Sólo este hombre reconcentrado, en semejante trance, pudo dar otra dimensión a una escena en que lo primordial es sobrevivir. Mientras le conducían, con su jubón y calzones, por tres grandes calles, le vino a la memoria el apresamiento de Cristo. Con este pensamiento caminaba con alegría y contentamiento, sin tristeza ni temor. Entretanto la mente no estuvo ociosa. Había tomado la costumbre de hablar a todos sencillamente de vos, creyendo que tal sencillez imitaba la de Cristo con sus apóstoles. En el camino le tentó la idea de utilizar tratamiento con el capitán, llamándole señoría, y esto «por algunos temores de tormentos que le podían dar». ¡Vieja y eterna historia de los hábiles interrogatorios! Vio en la posible mudanza una tentación de desconfianza en Dios y decidió sin más no apearse de su uso llano, ni hacer reverencia ni quitarse la caperuza. Lo llevaron a un palacio y lo encerraron en una sala baja; al rato compareció el capitán. El peregrino omitió intencionadamente toda cortesía, respondió pocas palabras y con pausas. El colérico capitán lo tuvo por loco y lo motejó de tal ante sus subordinados: «Este hombre no tiene seso; dadle lo suyo y echadlo fuera». Ya en la calle encontró un español que allí vivía; lo llevó a su casa, donde pudo tomar el primer bocado del día, y le dio lo necesario para la noche.

Partió a la mañana siguiente, caminó hasta la tarde. Lo observaron dos soldados desde una torre y bajaron a prenderle de nuevo. Le llevaron ante otro capitán del ejército francés, quien le preguntó de qué tierra era. Al saber que era de Guipúzcoa, el capitán le confesó que él era de Bayona. Lejos de casa los vascos se entendieron mejor que dentro de ella. El capitán bayonés ordenó que le diesen de cenar y lo trataran bien. El peregrino omite otros incidentes menudos de este accidentado viaje que le llevó hasta Genova. Allí encontró a otro vasco notable, apellidado Portuondo, encargado de proteger las naves que llegaban con tropas a aquel puerto. Ribadeneira asegura que lo conoció antes en la corte de los Reyes. Con semejante protector no fue difícil embarcar en una nave que iba a Barcelona. A punto estuvo de ser apresada por las galeras de Andrea Doria, quien por entonces servía a Francia; después de Pavía pasaría al servicio de Clemente VII, luego nuevamente al de Francia y en 1528 definitivamente al de Carlos V. Iñigo llegó a Barcelona tras cumplir su periplo palestinense sin más provisión que su esperanza en Dios. Hay mucho de bohemia franciscana en esta increíble empresa, hija de tozudez y de una acrisolada esperanza. Por eso el relato pormenorizado y selectivo de los episodios del viaje no es el de

un turista, ni siquiera el de un devoto peregrino; es un sencillo canto a la Providencia que guió sus pasos.

Cerraba su derrotero hacia lo desconocido y azaroso para volver a la ciudad donde contaba ya con conocidos y amigos. Vencía ya el mes de febrero de 1524. Sin duda que había muerto Adriano VI y le había sucedido Clemente VII. Ciertamente no se enteró de que ese mismo año había nacido en Italia la congregación de los teatinos fundada por el futuro Paulo IV. El peregrino vive ajeno a los acontecimientos europeos: ¿qué sabe de la Dieta de Nüremberg, de la liga de Ratisbona, de las controversias con los sacramentanos, de la guerra de los campesinos, de Münzer, de Karlstad, de la polémica de Lutero con Erasmo? Este había podido reprochar a su antagonista: «Yo veo muchos luteranos; pero verdaderamente evangélicos, ninguno o muy pocos». El peregrino podía cantar con más razón que Lutero el célebre himno que éste acababa de componer: «Ein feste Burg in unser Gott»... Pero no hubiera entendido los debates que se traían humanistas y luteranos. El no era intelectual, sino un potencial candidato a estudiante, y por razones apostólicas. Ni siquiera había llegado a «determinación», su palabra favorita para las resoluciones firmes, sino a «inclinación» aún indecisa.

¿Qué debía hacer?

Para salir de dudas comunicó su secreta inclinación a Isabel Roser y al maestro Ardevol, profesor de gramática. Ambos aprobaron el propósito. Más aún, el Maestro se ofreció a enseñarle gratis y ella a proveerle de sustento. Los consejos y promesas fueron más allá de lo que secretamente pensaba el peregrino para el caso en que se determinase a estudiar. En este caso, abrigaba la idea de acudir a un monje manresano muy espiritual: junto a él podría aprender y además entregarse al espíritu y aprovechar a las almas. Aceptó provisionalmente la generosa oferta barcelonesa, pero fue antes a Manresa en busca del monje. Había muerto. Los acontecimientos le marcaban, una vez más, el camino a seguir. Volvió a Barcelona y «comenzó a estudiar con harta diligencia», abriendo una nueva etapa en su vida que duraría unos dos años.

Mucho sabemos sobre el Maestro Ardevol, sobre el ambiente humanístico barcelonés y sobre los libros que corrían por entonces en la Ciudad Condal. Pero hay que reconocer que nuestro tardío estudiante era del todo singular, y no sólo por su edad proveya. A las previsibles dificultades de acometer con la gramática de Nebrija y memorizar latinajos, se añadía en él lo que benévolamente podríamos llamar dispersión o distracción. Su espíritu volaba de las declinaciones a gustos e inteligencias espirituales, que experimentaba con tal fuerza que ni él mismo podía reprimir. ¡Cómo no!, pensó muchas veces sobre el asunto y reparó que tales gustos no le sobrevenían en la misa o en su oración. Entendido que era tentación, fue a Santa María del Mar en busca de su paciente Maestro a quien, «sentados» los dos, le confió sus dificultades y la razón oculta de su poco aprovechamiento. «Yo os prometo, le dijo, de nunca faltar de oírlos estos dos años,

en cuanto en Barcelona hallara pan y agua con que me pueda mantener. Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca más tuvo tentaciones». El *oppositum per diametrum* no es una idea de comportamiento espiritual, sino una vivencia reiterada en la vida de Iñigo.

Entre líneas nos ha dejado ver que era hombre de oración y misa, austero hasta la pobreza. El dolor de estómago que le molestó en Manresa y por el cual calzó sus pies, le había abandonado desde que partió hacia Jerusalén. Esta mejoría le hizo pensar en nuevas penitencias. Agujereó sus zapatos, que para cuando llegó el invierno no conservaban más que su parte superior. Todo esto nos lo dice él. Otras muchas cosas sabemos por Juan Pascual y por los procesos barceloneses de fin de siglo que iluminan la vida del extraño estudiante.

Inés Pascual, acaso la única mujer a quien Iñigo llamó en este mundo madre, lo acogió en la casa donde pasara tres semanas antes de ir a Jerusalén. El octogenario manresano Miguel Canyelles recuerda cómo Inés, gozosísima, le comunicó la noticia de la llegada del peregrino. El fue a verlo, incitado por Inés, y lo encontró rodeado de vecinos y de honorables mujeres barcelonesas que habían ido a verle. Miguel era hijo de un manresano que aprendió el oficio de tejedor en casa de los Pascual. Siendo niño de unos ocho años había sido acogido por piedad en la misma casa donde vivió Iñigo por la generosa Inés Pascual, quien lo encontró deambulando por las calles de la ciudad en la época de la peste. Hace un gran elogio de su protectora, «mujer de gran verdad, que no mentiría por todo el mundo». Miguel recuerda la cámara alta que ocupaba el peregrino en la casita, su lecho de madera sin colchones, sus horas de oración arrodillado. Lo evoca silente y callado; no hablaba sino preguntando y siempre con mesura, pero sus palabras «tocaban dentro». Nos dice que Iñigo volvió de Jerusalén con el mismo atuendo que llevó y que solía llevar un rosario consigo y lo recitaba. Lo más imprevisible de su evocación es la noticia que nos da sobre la estampa mendicante de Iñigo.

El deseo de mendigar su comida debía ser punto esencial para el peregrino, a quien no le hubiera sido difícil resolver el problema de su mínima subsistencia. Canyelles asegura que mendigó su comida el tiempo que estuvo en casa de Inés Pascual, pero además aporta detalles interesantes que hacen pensar en una fórmula convenida. Así nos dice que todas las semanas iba a casa de Doña Guiomar Gralla, pariente del Marqués de Aytona; de Isabel de Requesens, de la madre del Comendador Mayor de Castilla y de otras personas honorables, pero en compañía de Inés, pues «de otra suerte él solo era mínimamente apto para pedir nada». ¿Cómo encajar esto en quien llevaba muchos meses mendigando y de este modo había ido y vuelto a Jerusalén? ¿Timidez o pudor naturales que harían más heroica su larga experiencia mendicante? Pienso más bien que las devotas damas y mujeres barcelonesas apañaron aquella organizada limosna que respetaba la voluntad del paupérrimo Iñigo, y que éste se resistía de alguna manera a una mendicidad a la que le faltaba algo esencial: el encuentro con lo desconocido e imprevisto, la dependencia de la pura caridad al pobre sin nombre, el desprecio o el sermoneo enfurruñado, el desamparo desnudo, la pura esperanza en Dios.

La llamó madre. El pobre peregrino Iñigo

¿Cómo explicar, si no por convención mujeril, que Doña Guiomar le acudiese semanalmente con unos puñados de cereal, que amasaba y cocía Inés e Iñigo comía y distribuía a otros pobres? Miguel evoca con minuciosa morosidad una enternecedora escena familiar que desvela la veneración respetuosa de Inés Pascual por su santo peregrino. Iñigo solía traer a casa

trozos de pan blanco o negro; comía lo peor y lo mejor lo daba. Miguel y otros muchachos revisaban las alforjas del peregrino y le decían: —Tiene mucho pan. El peregrino le dijo con dulzura: —Miguel, toma y come. Los muchachos aceptaban la oferta y lo comían ante los reproches de Inés: —Picaros, dejadle comer. El peregrino terciaba humanísimamente en la contienda: —Madre Pascuala, dejadles comer, que me alegra el verles.

El hijo de Inés, Juan, compartía la cámara con el peregrino. Llegada la hora de acostarse, éste decía al muchacho: —Juan, vete a dormir, pero contemplaba con pasmo que su compañero de cuarto rezaba largas horas arrodillado y prorrumpía en gemidos que él podía escuchar: —¡Dios mío, si te conociesen los hombres! Son palabras que no se olvidan fácilmente, como tampoco los vestidos pobrísimos o los cilicios que vestía.

Y sin embargo, a pesar de su ansia de ocultamiento y soledad, el peregrino era cada vez menos desconocido en Barcelona. Lo tenían en gran estimación Jaime Cassador, arcediano y pronto Obispo de Barcelona; el Maestro Ardevol, la ilustrada dama Isabel de Josa, los Pujalt, Benet, Ribelles... Era menos ignorado de lo que él pensaba. Don Juan Boxador, cuando se cruzaba en la calle con el peregrino, decía discretamente a sus acompañantes: «Mirad, ése es el caballero noble». El podía ocultar su vida íntima y marginada, pero no podían menos de trascender ciertos hechos más clamorosos. Sus visitas al convento de las dominicas de Nuestra Señora de los Ángeles, tristemente famosas por su trato con seglares, lograron que las monjas zanjasen visitas y conversaciones inútiles.

Iñigo pagó las costas por obra de un facineroso a sueldo de un notable. Lo golpeó, insultó y apaleó en plena calle, dejándolo por muerto. Unos molineros lo llevaron a casa de Inés, donde tardó casi dos meses en sanar. Tan molido quedó que para rehacerle la cama, habían de moverle ayudándose de toallas. Lo curaron con sábanas empapadas en vino. Jamás dijo quién podía ser el autor o inductor de aquella venganza. «Mi madre —dice Juan Pascual— cuidóle y regalóle con caridad como a un hijo suyo o como a un ángel visible, pasando noches enteras sin acostarse... visitóle la flor de la nobleza de Barcelona, tanto damas como caballeros, y regaláronle infinito todos... y más que todos doña Isabel de Josa». Entre esos todos estaban Doña Estefanía de Requesens, hija del Conde de Palamós, Don Juan de Requesens, Doña Isabel de Boxadora, Doña Guiomar...

La vida de Iñigo era un espejo en el que se contemplaron muchos barceloneses. Su persona irradiaba algo que le concitó la veneración y el afecto. Mucho hablan de cierta luz en su rostro, transparencia somática de su intensa vida interior. El caso más notable a este respecto es el de Isabel Rosell. Vio por primera vez al peregrino en la iglesia de San Justo de Barcelona en los días precedentes a su partida hacia Jerusalén. Estaba sentado en las gradas, mezclado con los niños. Le llamó la atención la luz del rostro pálido y como luminoso del peregrino. «Llámale», le decía su interior. Un vez en casa y con permiso de su esposo, mandó buscar al peregrino y lo llevó a comer. Le pidieron que les hablase de Dios y pudieron escuchar su palabra eficaz y verdadera. El peregrino iba a embarcar ya en un bergantín, pero la familia le hizo cambiar de nave, sacando de aquél sus libros. El bergantín se hundió a la vista de Barcelona. Doña Isabel quedaría siempre afecta al peregrino y le ayudaría años después a pagar sus estudios en París. A ella le escribiría en 1532 desde la capital de Francia estas palabras de gratitud: «Os debo más que a cuantas personas en esta vida conozco».

La huella que iba dejando el peregrino en su entorno no se borrará fácilmente con el tiempo. Seguía siendo un solitario inimitable. Contaba con amistades protectoras, teñidas de veneración. Comenzaría a tener compañeros y a desearlos. Polanco se remite a estos años barceloneses cuando asegura que «comenzó desde allí a tener deseos de juntar algunas personas a su compañía para seguir el diseño que él desde entonces tenía de ayudar a reformar las faltas que en el divino servicio veía, y que fuesen como unas trompetas de Jesucristo». Es la primera vez que despunta un ideal reformista. Estos seguidores de primera hora son Arteaga, Cáceres y Calixto. El tiempo hará naufragar el proyecto. Otro paisano de Iñigo, López de Celain, andaba por aquellos años por tierras de Medina de Rioseco y bajo la protección del Marqués de Villena con ideas de fundar una especie de colegio apostólico para la conversión del mundo. Acabó en las garras de la Inquisición y fue condenado por luterano en Granada en 1530.

El borroso diseño reformista de Iñigo le empujaba a proseguir su oscuro camino. Su Maestro Ardevol le animaba a estudiar Artes y en Alcalá. El se hizo examinar por un doctor en Teología, quien fue del mismo parecer. Sólo quedaba seguir ciegamente el camino, huir hacia el futuro brumoso siguiendo una estrella rutilante: Alcalá, con la célebre Universidad humanística fundada por Cisneros en 1508.

Dejaba en Barcelona un hondo rastro espiritual: personas tocadas por su vida singular, lugares y cosas impregnadas de su presencia, aquella carta que remitiera a Isabel Pascual con los detalles de su peregrinación jerosolimitana y cuya lectura incitaba a devoción. Auguró al hijo de ésta, Juan, 'graves infortunios en su vida, que puntualmente se cumplieron, sin menoscabo de su religiosidad y con estima del peregrino que se haría más viva tras la muerte de éste. Como una reliquia de esta época nos queda la carta que dirigiera a Inés Pascual el 6 de diciembre de 1525 cuando probablemente estaba en Manresa. La previene contra dificultades serias en aquel trance de su vida y le aconseja evite los inconvenientes. El hombre exigente consigo mismo se muestra humanísimo con su madre adoptiva: «El Señor no os manda que hagáis cosas, que en trabajo ni detrimento de vuestra persona sean, mas antes quiere que en gozo en él viváis, dando las cosas necesarias al cuerpo. Y vuestro hablar, pensar y conversar sea en él, y en las cosas necesarias del cuerpo, anteponiendo los mandamientos del Señor adelante; que él esto quiere y esto nos manda... Y así por el amor de nuestro Señor, que nos esforcemos en él, pues tanto le debemos»... Por amor, esforzarnos, vivir en gozo. Son las coordenadas del alma de quien firma esta carta: «El pobre peregrino, Iñigo». La alternativa existencial expuesta por Fromm como doble modo de experiencia, Ser o Tener, no ofrece dudas para este contumaz desposeído. Es un liberado del deseo de posesión, de la estructura del tener.

«Ayudar a las ánimas»

«Buscar significa tener un objetivo. Encontrar, sin embargo, significa estar libre, abierto, no necesitar ningún fin». Este pensamiento de Hermán Hesse puede servir de pórtico al nuevo período de la vida de Iñigo. ¿Tiene ésta un objetivo verdadero? La presunción lógica es que iba a estudiar, buscaba un centro famoso donde mejorar sus saberes, aunque fuese con el fin ulterior de «ayudar a las ánimas». Nadie sabe —ni él mismo—, lo que busca este vasco reconcentrado, que «se partió solo para Alcalá». Ya es

extraño que, cuando el curso comenzaba por San Lucas, en octubre, él se encamine a la Universidad hacia el mes de marzo. Es aventurado suponer que apuntaba al sacerdocio en estos tardíos afanes de estudio. En cualquier caso habla muy poco de ellos en su Autobiografía. Al repasar este retazo de su vida con la intención exclusiva de contarnos los caminos por donde Dios le llevaba, su atención está prendida en otras cosas. De la aparente razón motiva de su paso por la Universidad cisneriana nos dice en breves líneas que estudió casi año y medio, y que sus materias fueron los «términos» o lógica de Soto, la física de Alberto Magno y el Maestro de las Sentencias: auténtica ensalada poco recomendable en cualquier Ratio studiorum. En cambio, dedicará ocho párrafos a informarnos largamente de otras aventuras complutenses.

El pasado lejano, y en él su familia, está sepultado en el olvido. Camina hacia el futuro inseguro con el gozo irrenunciable de estrenar cada día, con su peso y su gozo. En la época en que socialmente se introducen el lujo y las nuevas modas, propiciadas por el entorno de Carlos V, o en que América despierta la codicia, el afán de enriquecimiento rápido y de ruptura del inmovilismo social, el pobre peregrino persiste en su afán de anonimato y de radical pobreza. Nada posee. Con salir de Barcelona se despoja nuevamente de amparos y seguridades, de su imagen social y su renombre de santo. Se libera de limitaciones y dependencias. No es un jovencuelo con eufóricas ideas revolucionarias, ni un desertor de la vida, desilusionado y escéptico. Si dijéramos que es un independiente, sólo tendríamos en cuenta un aspecto, negativo y no central, de su personalidad. No es un rebelde estéril y vacío, contra el consumismo y contra los demás. Es un rebelde del espíritu que tiene su centro en sí mismo. Más que poseer una rica interioridad, ésta le posee a él. Y esa interioridad no es solitaria: siente la compañía de Dios, la presencia de Cristo domina su vida. Su existencia no está anclada en los parámetros del tener, sino del ser. Y la felicidad de este segundo modo no está simplemente en reprimir deseos y codicia, sino en el gozo de amar, compartir y dar. Estas apreciaciones de Fromm culminan en una frase: «Sólo la independencia interior conduce a la libertad». Además, no estaba solo. En Alcalá aparecen con él tres jóvenes, a los que pronto se suma un cuarto.

Desde la óptica del peregrino ¿para qué enredarnos describiendo la historia de la Complutum romana, de sus estudios generales, de la Universidad cisneriana, de sus constituciones, edificio y colegios, de sus glorias humanísticas, de la organización de sus estudios? Probablemente Iñigo no fue alumno oficial de la Universidad. En defecto de la matrícula universitaria, sí se inscribió y desde el primer día en la lista de los pobres. No del estudiante pobre y vividor, muerto de hambre, que llena las páginas de nuestra picaresca, sino del pobre de solemnidad, del mendigo. «Llegado a Alcalá empezó a mendigar y a vivir de limosnas». Conoció el desprecio anejo a la pobreza proclamada. Antes de dos semanas, un clérigo y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, empezaron a reírse y a decirle algunas injurias, «como se suele hacer a éstos que, siendo sanos, mendigan». No se ha borrado de la memoria de Iñigo el episodio, ni su inesperada resolución.

Pasaba en aquel momento el encargado del Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, fundado por D. Luis de Antezana (1483), le disgustó y pesó el escarnio, llamó al peregrino y le alojó en el Hospital. «Le dio una cámara y todo el necesario» que, según las constituciones, era «comer,

cama y candela». El compasivo hospitalero se llamaba Julián Martínez. Otro día le socorrió con una limosna un jovencito estudiante vasco; se apellidaba Olabe. Muchos años más tarde se encontraría de nuevo con aquel mendigo; Olabe sería jesuita, profesor del Colegio Romano y moriría dos semanas más tarde que su antiguo socorrido. Pronto conoció a D. Diego de Eguía, hermano del impresor alcalaíno del mismo apellido. Los Eguía eran naturales de Estella (Navarra) y parientes de Francisco Javier, y ayudaron al pobre peregrino a mantener a otros pobres. Alguna vez Don Diego no tenía dineros y llegó a dar al mendigo paramentos de colores, candeleros y otras cosas semejantes; el peregrino los llevó a las espaldas, envueltos en una sábana «y fue a remediar a los pobres», no con candeleros, sino con el producto obtenido de su venta. La vida está llena de encrucijadas misteriosas. El buen D. Diego sería más tarde jesuita, el confesor predilecto del Padre Ignacio. El ingenuo y generoso donante de telas y candeleros conservó intacto su candor y llamaría a boca llena santo a su penitente, muriendo en Roma mes y medio antes que éste.

El peregrino, ropavejero de ocasión, no es un estratega de la caridad y menos le pasa por la mente escribir un sabio tratado *De subventionem pauperum* como lo hiciera Luis Vives por entonces. Da de comer al pobre inmediato, sin nombre, pero con hambre, lo mismo en Ferrara, en Manresa que en Alcalá. El hambre no se remedia con bellas utopías ni puede esperar los efectos de la más constructiva crítica social. Da con el pan «el hombre de adentro que se lleva», quien, en su caso, quiere dar más que pan. Cuando, con cama, comida y candela, parecía que tenía todo lo necesario para dedicarse al estudio, él sitúa en primer plano otras ocupaciones y preocupaciones: «Y estando en Alcalá se ejercitaba en dar Ejercicios espirituales y en declarar la Doctrina Cristiana, y con esto se hacía fruto a gloria de Dios. Y muchas personas hubo que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales, y otras tenían varias tentaciones»... Despojemos la mente de especies equívocas. Iñigo no era un venerable Padre jesuita ni actuaba en una residencia o casa de ejercicios. Años después la Compañía fundaría en Alcalá. Pero en 1526 Iñigo era un extraño peregrino, un seglar rodeado de cuatro compañeros, vestido raramente, estudiante de demasiados años, alojado en un Hospital y que llegó cuando iba a acabar el curso sin demasiado afán por recuperar el tiempo perdido. Sus pláticas «hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adondequiera que él declaraba la doctrina». Un mago de la palabra desnuda, sin adobos literarios embelesadores.

La verdad es que llovía sobre mojado. Precisamente el año anterior (1525) la Inquisición había tomado partido frente a unos conventículos que pululaban no lejos de Alcalá, mediante un Edicto en que inventariaba sus doctrinas típicas. Me estoy refiriendo a los alumbrados. En su manifestación castellana de estos años se presentan como una corriente, más que movimiento organizado y homogéneo. Desde un punto de vista sociológico, su característica externa más acusada es la de formar conventículos que actúan con mayor o menor ocultamiento; se reúnen en casas, leen y comentan la Biblia u otros libros, gustan de la oración mental y desprecian la vocal, se distancian psicológicamente de los hábitos de la masa cristiana, aunque se acomodan al cumplimiento externo de sus preceptos. Engolosinados con altas comunicaciones místicas y con sus aparatosas manifestaciones exteriores, sobre todo los llamados «dejados», menosprecian las prácticas ascéticas y aspiran a altas cotas de libertad de

espíritu, que a veces los despeñaron en el libertinaje moral. Desde un punto de vista teológico, su principio más comprometedor podía ser la eliminación de la mediación de la Iglesia (jerarquía, sacramentos) y la aspiración a la comunicación directa con Dios; desde una perspectiva política, su huida del mundo podía desembocar en inacción, desinterés y marginación de los ideales convencionales de la sociedad de la época.

«A manera de apóstoles»

Nada tiene de sorprendente que los conventículos del peregrino suscitasen la sospecha de que perpetuaban los viejos brotes que quiso atajar la Inquisición el año anterior. El rumor popular fue creciendo, con disparidad de opiniones. La noticia llegó a Toledo y pronto se presentaron los inquisidores Carrasco y Mexía a investigar el caso. Quien les hospedó, pasó oportunamente aviso a Iñigo; a él y a su grupo les llamaban; los «ensayalados» (por su atuendo) y, lo que era más grave, «alumbrados». Los augurios no eran optimistas: «y que habían de hacer carnicería de ellos».

Iniciaron las pesquisas sobre la vida de Iñigo y sus compañeros y pronto volvieron a Toledo, pasando el caso al Vicario arzobispo, Don Juan de Figueroa. A los pocos días les llamó éste y les dio cuenta del resultado de las pesquisas hechas. Iñigo resume la amonestación, asegurándonos que le dijo que nada habían encontrado reprochable en su vida o doctrina y por ese lado no había impedimento en que se siguiesen sus pláticas; en cambio, puso reparos al hecho de que, sin ser religiosos, anduviese el grupo vestido con un hábito. Por ello mandó Iñigo a Arteaga que tiñesen sus ropas de negro (¿eran efectivamente clérigos?), mientras Calixto y Cáceres las teñirían de leonado. El mocito francés, Joanico podía quedar como estaba. El peregrino prometió obedecer. Era la primera vez que topaba con la Iglesia, pero se permitió criticar ante Figueroa tales inquisiciones, contándole un episodio reciente relacionado con los consejos que él daba: un sacerdote le había negado la comunión a uno porque comulgaba semanalmente y aun al mismo Iñigo le ponían dificultades.

Hay una soberana firmeza en la actuación de Iñigo. Quien encajaba pobreza, escarnios y humillaciones, no juega con el buen nombre de su ortodoxia. El diálogo es vivaz, y sorprendente en el humilde peregrino: «Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna herejía. —No, dice Figueroa, que si la hallaran, os quemaran. También os quemaran a vos», le dijo el peregrino. Tiñeron sus ropas. A las tres semanas Figueroa mandó al peregrino que no anduviese descalzo. Lo hizo así, «quietamente, como en todas de esa calidad que le mandaban». Es un gesto de hombre de Iglesia. Esta es la versión de Iñigo: hoy podemos contrastarla con las actas oficiales de las pesquisas hechas. Los sondeos de opinión fueron hechos el 19 de noviembre. Declararon el franciscano fray Hernando Rubio, la beata Beatriz Ramírez, el hospitalero Martínez y su mujer. Los inquisidores se interesaban por unos «mancebos que andan en esta villa vestidos con unos hábitos pardillos claros y hasta en pies, y algunos de ellos descalzos, los cuales dicen que hacen vida a manera de apóstoles».

Es una especie de foto-robot que las declaraciones han de completar; en él figura un dato externo: grupo, con ciertos hábitos; y otro interno: deseo de apostolado o acaso de imitación del colegio apostólico y de su forma de vivir. La «apostólica vivendi forma» era por aquellos años un

módulo de vida con gran atractivo y de evidente signo reformista. En Italia surgirían varios grupos inspirados en ese modelo. Intentó reproducirlo con trágico éxito el grupo de Lope de Celain en Medina de Rioseco. La fórmula, presente en la literatura utópica y mesianista proyectada sobre América, tomó cuerpo en la famosa expedición de los doce franciscanos capitaneados por fray Martín de Valencia en Nueva España. Erasmo era el más entusiasta ensalzador teórico de la «sublimitas evangélica» de los apóstoles en contraposición con el boato, los preceptos y las censuras con que se pretendía reforzar la autoridad jerárquica en la Iglesia decadente. Nuestro peregrino, sin teorías ni proclamas, se contenta con vivir sencillamente «a manera de apóstoles» con sus compañeros. ¿Constituyen un germen de la futura Compañía?

Al año y medio de su llegada, el grupo «iñiguista» era conocido, y así llamado, en el ambiente complutense. ¿Cómo era visto desde fuera? Eran cinco los que andaban así. Fray Hernando Rubio los consideraba mancebos y muchachos. Algunos de ellos estudiaban principios de gramática y de Lógica; no van al estudio, sino que les enseñan particularmente. Se juntaban a ciertas horas en el Hospital, o en otras partes. Precisamente el buen franciscano se vio sorprendido cuando una vez que fue en busca de un celemín de salvados a casa de Isabel la rezadera, vio desde el resquicio de la puerta una inesperada escena: en un patio cubierto con una esterilla disertaba, sentado en una silla, el mayor de los del grupo que solía andar descalzo. Dos o tres mujeres arrodilladas, «puestas las manos a manera de estar rezando», miraban al mancebo y lo escuchaban. La rezadera, que era una de ellas, despejó al indiscreto visitante: —«Déjanos ahora, padre, que estamos ocupados». Aquel mismo día por la tarde quiso remediar la descubierta: «Padre, no os escandalicéis de lo que visteis hoy, porque aquel hombre es un santo». Del hilo se saca el ovillo; parecidas serían las reuniones en el Hospital, a donde acudían hombres y mujeres. El caso era insólito, sobre todo el punto de las pláticas. «Cosa de gran novedad», dictamina fray Hernando.

La beata Beatriz Ramírez aportó nuevos datos. Conocía al descalzo, que se llamaba Iñigo y decían que era caballero. Uno de los del grupo había sido acogido en casa del panadero Dávila. Allí se reunían algunas veces. Ella estuvo un día y escuchó a Iñigo en compañía del panadero y de su mujer, de un viñador, de Isabel Sánchez, del ama de fray Bernardino y de una moza de catorce años. Acudió a la reunión invitada por el propio Iñigo. Este les habló de los dos mandamientos primeros, extendiéndose mucho sobre el amor de Dios. La beata se vio un tanto defraudada: amar a Dios y al prójimo no eran cosas nuevas para ella. Algo más sabía sobre el grupo: Cáceres y Arteaga vivían en una cámara en casa de Hernando de Parra; Calixto y Juanico, en casa del panadero; Iñigo en el Hospital, donde le visitaban los demás. Una pregunta malintencionada nos descubrirá otros detalles. En efecto, preguntaron a la beata si les había dado algo «por razón de su doctrina». Sí, les había dado pobres limosnas, como un colgado de uvas y un poco de tocino; y les obligó a aceptarlo por fuerza, porque no lo querían tomar. Además, la beata, con su prestigio de tal, había tratado con éxito con algunas dueñas ricas de la villa para que diesen a Iñigo cuatro varas de paño para el vestido que llevaba, un colchón regalado y otro prestado y dos sábanas; ella, por su cuenta, dio una almohada de lana a Calixto y a Juanico.

El hospitalero y su mujer

Quienes de más cerca podían observar a Iñigo eran el hospitalero y su mujer. Pocas cosas escapaban a la curiosidad de la hospitalera. Realmente no sabía por qué vestían de aquel modo ni quién era el inductor del tal costumbre. Sí sabía que Joanico llegó herido al Hospital, bien vestido, y luego se vistió como los otros. Cáceres comía y cenaba en el Hospital y luego iba a su casa. Calixto solía visitar a Iñigo y hablaba con él en su cámara o en el patio; tan callando, que el hospitalero nunca llegó a saber de qué hablaban. Ambos durmieron algunas veces en el Hospital al principio, hasta que les dieron ropa y cobijo, hacía unos cuatro meses. Evidentemente no escapaban a la atención del matrimonio hospitalero las reuniones que se celebraban en el recinto, principalmente los días de fiesta. Unas veces en amaneciendo, otras después de comer, algunas por las tardes; inclusive de noche venían algunos estudiantes preguntando por Iñigo. El día anterior a su declaración estuvieron cuatro o cinco mujeres. Los hospitaleros asumieron el papel de introductor de embajadores regulando a discreción las visitas. El reñía a veces a los visitantes diciéndoles que se fuesen y dejasen estudiar a Iñigo, ya que éste le decía que «estorbase que no le buscasen y que no les abriese». La mujer, instintivamente, se mostraba más severa con las mujeres atapadas que iban a visitarle al amanecer. Hacía cinco días que no dejó entrar a unas, a pesar de sus quejas. Entre marido y mujer recomponen de modo genérico la familia de visitantes: mujeres y hombres casados, mozas estudiantes y frailes. Y aportan algunos nombres concretos: Juan el albardero, Dávila la panadera que fue «mujer de mundo» antes de casarse, la beata Ramírez, Isabel la rezadera, una hija de Parra, una mocita hija del alcabalero Isidro, la viuda Mencía de Benavente... El auditorio podía alcanzar a veces la docena de personas.

Los inquisidores suspendieron sus pesquisas. Estimaron que el caso pertenecía al ámbito de ordinaria administración pastoral y lo pasaron al Vicario Figueroa. Dos días después de las declaraciones, éste dictó mandato formal para que Iñigo y sus cuatro adeptos dejasen su manera de vestir y adoptasen el vestido común de clérigos y seglares en el reino. Quizá más tarde le aconsejó de palabra que renunciase a aquella actividad espiritual. ¡Fino era el peregrino distinguiendo preceptos y consejos!

A cuatro meses escasos de este mandato, Figueroa inició otra breve pesquisa. A los motivos de la anterior, se unía ahora, según la sospecha de Iñigo, otro nuevo. Dio ocasión a la pesquisa una mujer casada y de calidad que tenía especial devoción al peregrino y que le visitaba al amanecer, viniendo cubierta, al uso de Alcalá, por no ser vista. Nada resultó de la investigación ni Iñigo fue llamado. Hoy poseemos las declaraciones que Iñigo jamás vio, hechas por la viuda Doña María de Benavente, por su hija Ana y por la jovencísima esposa de Andrés López, llamada Leonor, que contaba sólo dieciséis años. Si la pesquisa no tuvo resultados adversos inmediatos para Iñigo, arroja para el historiador un saldo positivo, ya que en ella tenemos la primera noticia un tanto detallada sobre las misteriosas pláticas del peregrino o, lo que es igual, sobre la acomodación de los Ejercicios a su devoto auditorio.

Iñigo enseñaba «los mandamientos e los pecados mortales e los cinco sentidos e las potencias del ánima, e lo declara muy bien, e lo declara por los evangelios e con sant Pablo e otros santos. E dice que cada día fagan esamen de conciencia dos veces cada día, traiendo a la memoria en lo que han pecado ante una imagen; e les aconseja que se confiesen de ocho a

ocho días e reciban el sacramento en el mismo tiempo». La nómina de oyentes ofrece nombres nuevos, todos de mujeres; entre ellos, varias criadas, algunas tejedoras, una viuda que se quiso ahorcar. El auditorio normal de Iñigo se componía del linaje que, según Don Quijote, sirve «de solo acrecentar el número de los que viven», y no de los contentos, sino de los afligidos (II, 6 y 12).

Las pesquisas prosiguieron más a fondo dos meses después, exactamente a partir del 10 de mayo. Ignacio vivía ya en una casilla, fuera del Hospital, donde quizá podía actuar con mayor libertad. Lo llamó un alguacil y lo llevó a la cárcel, prohibiéndole salir hasta nuevo aviso. En el camino se cruzó con un apuesto joven a caballo, que iba rodeado de amigos sirvientes; quedaron cautivados por el aire y la mirada del preso y llenos de compasión hacia él. El joven se llamaba Francisco de Borja; uno de los que le acompañaban era el portugués Doctor Miona, que regentaba una cátedra en Alcalá. Con el tiempo los dos serían jesuitas.

Era la primera vez que Iñigo conocía una prisión prolongada que duró casi mes y medio. Durante más de dos semanas no se le dio explicación alguna de su arresto. La prisión no era rigurosa, ya que «venían muchos a visitarle»; entre los que más le visitó está el Doctor Miona, que sería su confesor. Se interesó por el preso y por sacarlo de la cárcel Doña Teresa Enríquez, mujer del contador mayor del reino Gutierre de Cárdenas y madre del Duque de Maqueda; otros muchos se ofrecían a hacer de abogados o procuradores. Ninguna ayuda aceptaba el singular prisionero, que por toda respuesta decía: «Aquél por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido de ello». Como otro Pablo, convirtió la cárcel en teatro abierto de operaciones; éstas eran las mismas que le ocupaban cuando estaba libre: enseñar la doctrina cristiana y dar Ejercicios. Era infinita su libertad y su señorío sobre las circunstancias adversas, fruto de su seguridad interior.

María de la Flor, la perdida

El Vicario Figueroa quiso, esta vez, llegar al fondo del caso y comenzó el 10 de mayo a interrogar testigos. Abre la serie María de la Flor, bello nombre de quien «era antes mala mujer que andaba con muchos estudiantes en el estudio, que era perdida», como ella misma lo confiesa. De su declaración se deduce una historia humanísima y conmovedora. Era sobrina de Doña Mencía de Benavente, en cuya casa había visto entrar más de una vez al peregrino. Le intrigaban las secretas conversaciones de Iñigo con Mencía y con su hija y con otras mujeres que allí acudían. Supo de ellas que contaban al peregrino las penas que tenían y éste las consolaba y les hablaba del servicio de Dios. Flor debía tener sus penas en medio de su vida disoluta y algún día se atrevió a encararse con el peregrino y a suplicarle que también a ella le hablase del servicio de Dios. Iñigo le respondió que le había de hablar durante un mes continuamente y que durante ese tiempo debía confesar y comulgar semanalmente. Le previno que conocería días de gran alegría interior, «e no sabría de dónde le venía» y otros de profunda tristeza. En esas alternancias estaba el secreto de su provecho; eran signo de hondas resonancias en el espíritu. Iñigo estaba seguro del éxito de su tratamiento espiritual: si al cabo del mes no se sentía buena, podría retornar a lo pasado.

La larga y minuciosa declaración de Flor es un documento de enorme riqueza psicológica. Su nombre no había aparecido en las pesquisas

anteriores, acaso velado por cierto pudor. Parece una mujer sin trampas ni otras reservas que las de su inconsciente. En su biología está enraizada la generosidad. Quizá por ello fue pródiga de su cuerpo y víctima de engañosos amores estudiantiles. Ante quien le interroga será pródiga en palabras, sin necesidad de que se le formulen preguntas. Es toda emotividad y sentimiento. Es transparente revelando su pecado y sus anhelos, sus luchas interiores y hasta zonas penumbrosas de su conciencia que ni ella misma veía con claridad.

La pedagogía de Iñigo hubo de ser lenta, paciente y, en sus inicios, elemental. La regeneración de esta flor de estercolero no era fácil e implicaba la purga de pensamientos, palabras y obras, el socorro en los momentos de vacilación, el penoso aprendizaje de los primeros pasos hacia la interioridad. Flor debió sentir secreta envidia de quienes profesaban el servicio de Dios. Iñigo quería transformar la envidia estéril, casi estética, en celo y emulación operantes; hacer brotar en el fondo de aquella infeliz el deseo y la voluntad eficaz de superarse; lograr que ella misma optase desde el fondo de sí misma.

Fue el primer hombre que no la miró como un objeto, que le habló de ideales muy diversos de la venta o goce del cuerpo. Le adoctrinó sobre los mandamientos, sobre la realidad del pecado y su mayor o menor gravedad. Fuele quitando la costumbre de jurar, haciéndole olvidar sus habituales «así Dios me salve» y «por mi vida», para cambiarlos por un «sí, cierto», donde la palabra quedaba dignificada con la persona. La tentación no era un futurible para Flor. Iñigo le enseñó a merecer en la prueba a exigirse, a examinarse diariamente dos veces y a poner en tensión el espíritu, aunque fuese con palabras aprendidas. El le enseñó esta oración para decirla de rodillas: «Dios mío, padre mío, criador mío. Gracias y alabanzas te hago por tantas mercedes como me has hecho e espero me has de hacer. Suplicóte por los méritos de tu pasión me des gracia que sepa examinar bien mi conciencia». Suscitar un sentimiento de gratitud hacia Dios es un paso fundamental para una nueva aceptación de la vida. Iñigo dio elementales normas morales a la muchacha, menos experta en casuística que en azares de la vida: «E le decía que cuando alguna mujer venía a hablar a alguna doncella de mala parte, e que si tal doncella no daba oído a ello, no pecaba mortal ni venial; e que si otra vez venía e le daba oído e lo oía, que pecaba venialmente; e que si otra vez la hablaba e hacía lo que le decían, pecaba mortalmente». Las celestinas no son figuras literarias solamente.

La obediente y generosa Flor comenzó a confesar y a comulgar, y a ir con sus cuitas a un confesor. Este calificó de pecado mortal un pensamiento que Iñigo dictaminó luego que no era en absoluto pecado. Calixto confirmó el dictamen de su maestro. Uno y otro llegaron a decir a Flor que lo que con ellos hablaba no era necesario decirlo a los confesores. El consejo podía ser peligroso. Probablemente Flor comenzó a trabajar manualmente tejiendo con Leonor y fue acogida en el grupo de las iñiguistas. Iñigo seguía su catequesis espiritual y la iniciaba en métodos de oración que hoy vemos descritos en los Ejercicios: la oración vocal pausada o tercer modo, la contemplación por aplicación de los sentidos interiores (Ej 121), el modo de meditación con las potencias (Ej 45), empleando la memoria, el entendimiento y la voluntad. Reconozcamos que tenía fe en sus métodos, en la gracia de Dios... y en las personas. Era menos optimista que Erasmo y menos pesimista que Lutero.

No auguraba caminos de rosas, prevenía de antemano contra las tentaciones de vacilación y cansancio. Había experimentado él mismo todo eso. Era un guía seguro, previsor, realista. Los recovecos de la transferencia y contratransferencia, de la dependencia, son patentes en este caso. Tras los primeros hervores, vinieron los días áridos de pesadumbre. Cuatro veces inundó a Flor «muy gran tristeza que cosa ninguna le parecía bien, e non podía alzar los ojos a mirar al Iñigo; mas cuando hablaba con él o con Calixto, se le quitaba la tristeza», como ocurría también a Mencía de Benavente y a su hija. Cuando deseaba hablarle y se demoraba la oportunidad, «le venía un amortecimiento e se le cobría el corazón hasta que le hablaba». Iñigo no se alarmaba por los altibajos de espíritu. Decía que «entrando en el servicio de Dios, lo ponía el diablo; que estuviese fuerte en el servicio de Dios, e que aquello que lo pasase por amor de Dios». Lo mismo diría de los desmayos, «bascas del corazón» y otros fenómenos que comenzaron a manifestarse en otras devotas, tras apartarse del mundo y dejar el reír y jugar, murmurar y vestirse galas. Hondas mareas del mundo del inconsciente, con cierto tinte sexual, afloran en algunas declaraciones. ¿Quién podrá ahondar en el atractivo de la castidad de Iñigo y sus compañeros, morbosamente ensalzada y contemplada? «La castidad os hará penetrantes como un clarín», decía Claudel a J. Rivière. No es fácil deslindar la escueta verdad objetiva de lo fantástico y libidinoso, de obsesiones inconscientes. María de la Flor declaró sin disimulos que había oído decir a Iñigo y Calixto que habían hecho voto de castidad y que estaban seguros de que ningún pensamiento malo les vencería y que no pecarían aunque durmiesen en una cama con una doncella.

Por Ana de Benavente sabemos que la que esto decía, y sólo a propósito de Calixto, era la propia María de la Flor, quien también añade por su cuenta que, cuando les hablaban Iñigo y Calixto se acercaban mucho «e la cara llegaban muy juntos, tanto como desposados». Por mimetismo transferencial, María de la Flor pensó en retirarse al yermo para hacer vida como santa María Egipcíaca; lo mismo pensó su prima Ana de Benavente. La primera quiso envolver en su aventura a Calixto; fue con su cuita al confesor y esto le valió una reprimenda de Iñigo quien, por lo demás, le confesó que «cuando él se había salido, no se había aconsejado con ninguno». En prevención de complicaciones, no insólitas, de su proyectada vida solitaria, Iñigo y Calixto les advirtieron que si alguno las forzaba por los caminos sin su voluntad, tan vírgenes quedarían como antes: augurio que en el caso de María de la Flor era por lo menos audaz.

«Vidi Paulum in vinculis»

Lo que más alarmó al Vicario Figueroa era la noticia de extraños desmayos y convulsiones en el círculo de las iñiguistas, provenientes de Leonor de Mena, Ana y Mencía de Benavente y Ana Díaz. Interrumpiendo sus interrogatorios fue a visitar al encarcelado Iñigo el 18 de mayo. Le reprochó el que hubiese seguido reuniendo y adoctrinando a la gente, acusándole de desobediente a los mandatos recibidos. Ciertamente no figura este mandato en el texto del que se leyera a Iñigo el 21 de noviembre anterior. El preso pudo responder que entendió que tal cosa se le mandaba por vía de consejo y no de precepto. Las nuevas pesquisas de Figueroa tenían tres objetivos precisos: deseaba una explicación de los desmayos y arrebatos que sucedían en los conventículos de iñiguistas; en

segundo lugar, quería saber si había aconsejado a las mujeres que le descubriesen lo que pasaban con sus confesores y si se había permitido determinar qué debían o no debían de confesar; por último, le preguntó si había aconsejado a algunas mujeres que, dejadas sus casas, se fuesen en son de peregrinación a lugares remotos y apartados.

Para Iñigo la causa de los desmayos que aquejaron a cinco o seis mujeres era clara: como cambiaban de vida y se apartaban de pecados, o de tentaciones grandes demoníacas o de parientes, los desmayos eran reflejo de la interior repugnancia o resistencia que sentían dentro de sí. El las animaba a perseverar y ser fuertes, garantizándoles que tales tentaciones desaparecerían a los pocos meses, y justificaba sus predicciones «porque en lo de las tentaciones parece que lo sabe por experiencia en su propia persona, aunque no en lo de los desmayos». Al segundo punto respondió que nunca había inquirido en lo que sus devotas pasaban con los confesores, pero reconoció que en algunos casos, descubriéndole ellas escrúpulos y tentaciones, y conociendo que algunas cosas no eran pecado, les aconsejó que no se confesasen.

El tercer punto parece haber quedado sin respuesta por el momento. No se refería a los proyectos, quizá nunca cumplidos, de María de la Flor, sino a la desaparición hacía tiempo de una madre e hija que se habían ausentado de Alcalá, con gran disgusto de su tutor y patrocinador, nada menos que el Doctor Ciruelo. Eran Doña María del Vado y su hija Luisa Velázquez. Iñigo, con sus recuerdos, completa las noticias del acta escrita de su interrogatorio. Figueroa debió preguntarle muchas cosas, inclusive si hacía guardar el sábado. El peregrino intuyó la intención capciosa de la pregunta y respondió que «el sábado tenía devoción a Nuestra Señora, que no sabía otras fiestas, ni en su tierra había judíos». El Vicario centró las cosas cuando preguntó a Iñigo si conocía a las dos mujeres desaparecidas. Dijo que sí, pero aseguró bajo juramento que nada supo de su partida hasta que se produjo. Se despejaba una incógnita inquietante. El Vicario, «poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría», comentó: «Esta era la causa de vuestra prisión».

Es increíble el detalle con que Iñigo evoca estas escenas treinta años después. Madre e hija eran viudas y la hija «muy moza y muy vistosa». Eran nobles y se empeñaron en ir a pie a venerar la Verónica de Jaén, solas y mendigando por el camino. De hombre a hombre, Iñigo habló más largamente sobre el caso al citado Vicario. En realidad, las dos piadosas mujeres insistían ante Iñigo en ir por el mundo a servir a los pobres en los hospitales y él las había desviado de aquel propósito, en atención a la hija «tan moza y tan vistosa». Según él, sin salir de Alcalá podían visitar pobres y acompañar al sacramento.

A los tres días tenía el Vicario ante sí a las desaparecidas aparecidas tras un mes de ausencia. La infundada alarma del Doctor Ciruelo, hombre de seco carácter, quedó desvanecida. Madre e hija, acompañadas de su criada Catalina, habían peregrinado a Jaén y Guadalupe de propia voluntad y sin consejo de nadie. La madre había hablado con Iñigo algunas veces y le tenía «por buena persona y servidor de Dios». La hija lo conocía desde hacía medio año y había hablado con él repetidas veces en diversas casas y en el Hospital. Iñigo les enseñaba los mandamientos, les contaba la vida de santa Ana, de san José y de otros santos, y les recomendaba la comunión semanal, si estaban preparadas. De ambas dirá Iñigo en su Autobiografía que «habían entrado mucho en espíritu, máxime la hija».

Todo era, pues, normal y extraño a un tiempo en la actuación de Iñigo y sus compañeros. Ninguna tacha había que poner en su doctrina y vida; era general el respeto que se les tenía. Para colmo, cuando Calixto volvió de Segovia tras una grave enfermedad, se había metido en la cárcel voluntariamente por acompañar a Iñigo. Este le remitió al Vicario, quien lo trató bien, pero lo retuvo en la cárcel hasta que se despejara la incógnita de las peregrinas de Jaén a su retomo. La cárcel sentó muy mal a su convalecencia. Iñigo logró que lo sacasen de ella por los buenos oficios de un Doctor, «amigo suyo mucho». Alguien supone que se podría tratar del Doctor Naveros, regente de las cátedras de Física y Metafísica, canónigo de Palencia y predicador de Carlos V. Según noticias recogidas por Bartoli, Naveros visitaba a Iñigo en la cárcel y algún día prolongó la visita más de la cuenta y comenzó tarde su lección en la Universidad con estas sorprendentes palabras: *Vidi Paulum in vinculis*. He visto a san Pablo entre cadenas.

Tras el retomo de las peregrinas, el Vicario se tomó unos días para resolver discretamente el desconcertante caso. Un notario se presentó en la cárcel para leer a Iñigo la sentencia, que sería igualmente notificada a sus compañeros uno a uno. En su resolución, dictada el 1 de junio y que conservamos en su texto íntegro, no existe condena de ningún género. Bajo conminación de confinamiento en la casa donde vivía, había de dejar su hábito y vestirse, al uso del reino, como clérigo o como seglar, en el término de diez días. Era una repetición del mandato anterior. A éste se añadía otro, harto más costoso para Iñigo: por espacio de tres años se le prohibía de raíz adoctrinar absolutamente a nadie, en público o en secreto, en grupo o en privado. Pasados los tres años, podría pedir del Vicario existente licencia para ello. La prohibición era bajo pena de excomunión y de destierro perpetuo del reino. La razón motiva de esta medida no era error doctrinal alguno, sino, como recuerda Iñigo, que «no sabían letras». El reconoce de sí mismo que era «el que sabía más y ellas eran con poco fundamento, y ésta era la primera cosa que él solía decir cuando lo examinaban».

Iñigo acató con pesar y disgusto la sentencia y estaba dispuesto a obedecerla, aunque abrigaba algunas dudas en su corazón. Una cosa era clara: le cerraban las puertas para el apostolado. Lejos de seguir en paz su estudio universitario, tomó una resolución audaz. Todo lo dice en breves líneas: «Con esta sentencia estuvo un poco dudoso lo que haría, porque parece que le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas, no le dando causa ninguna, sino porque no había estudiado. Y en fin, él se determinó de ir al arzobispo de Toledo Fonseca y ponerle la cosa en sus manos». No era fácil de doblegar su tesón. Aún no veía con claridad que para tales ministerios espirituales el estudio era «siempre muy necesario o conveniente, no sólo el infuso, mas el adquirido», como se expresaría en 1548 en carta a Francisco de Borja, el joven apuesto que veinte años atrás le vio conducir a la cárcel.

Este era el Iñigo de carne y hueso que pasó por Alcalá. Su nombre, como el de san Juan de Avila, Laínez, Carranza, Constantino, Juan de Valdés, irá asociado a la villa de las orillas del Henares, pero más como a un topónimo que a lo que el nombre de Alcalá significa en la historia. Muy pocos años después de su desaparición algunos de sus adeptos se verán salpicados en nuevos procesos contra alumbrados. Así la beata Ramírez, Luisa Velázquez, el esposo de Ana Díaz, Miguel de Eguía. Hasta el Doctor

Miona se verá acusado de amistad con el alumbrado Bernardino Tovar y tendrá que huir a París. Allí se encontrará nuevamente con Iñigo y será su confesor. En realidad Iñigo era más afín a los alumbrados que a la entusiasta marea erasmista que aquellos años imperaba en el ambiente complutense.

Erasmus le enfría: diversa temperatura

He aquí una circunstancia, en el sentido envolvente de la palabra, en la vida de Iñigo, de la que es obligado hablar: Loyola y Erasmo. A la altura de nuestro relato, lo ajustado es acercar la lente de aproximación al Iñigo de Alcalá y al perfil sociológico concreto del erasmismo complutense en 1527, donde erasmismo no es todo Erasmo, sino que se compendia en el *Enchiridion* que acaba de publicar su amigo el impresor Eguía en versión castellana con abundantes y significativas suavizaciones. Nada dice de esto en su Autobiografía y ello resta importancia subjetiva a una cuestión que tanto subyuga a los historiadores. Nos consta que Iñigo tuvo en sus manos el *Enchiridion* y nada menos que por recomendación de su confesor Miona. La noticia proviene de Cámara, el fiel depositario de los recuerdos ignacianos, y la sitúa en Alcalá. Es verdad que Ribadeneira, no sabemos con qué base, anticipa la lectura a los días de Barcelona, no obstante la improbabilidad de que el confesor, un franciscano, le recomendase el libro, y de que Iñigo lo pudiese leer en latín. ¿Quería el biógrafo dejarlo indemne de toda tintura erasmista cuando ya el erasmismo estaba reprobado, o prestigiar el previsor olfato del hombre de «rudo ingenio» que consumía sus días en Barcelona enfrentándose malamente con la corteza de los latines? En cualquier caso la cosa no tuvo importancia para Iñigo, ya que abandonó aquel contacto epidérmico con el Roterodamo por motivos lógicos y coherentes consigo mismo. Según Ribadeneira, porque aquella lectura enfriaba su fervor; según Cámara, que asegura haberlo oído del propio Iñigo, porque había predicadores y personas de autoridad que censuraban a Erasmo y él prefirió leer libros «de los que no hubiese ninguna duda». Motivo subjetivo y personal el primero; exterior y de autoridad el segundo, índices ambos de estratos muy sólidos de la personalidad de Iñigo. En lo primero coincidía con Lutero, quien tachó las palabras de Erasmo de «más frías que el hielo». En lo segundo, se distanciaba infinitamente del germano; éste rechazaba de plano la autoridad de la Iglesia y, lejos de apartarse de cuestiones discutidas, se rebelaba doctrinalmente y se constituía en centro de la discusión.

Iñigo prefería el Kempis al *Enchiridion*. El alma de este bello librito erasmiano es la interiorización del cristianismo. ¿Qué otra cosa era la vida de Iñigo y la meta de su irradiación? Sin embargo, existe entre Erasmo e Iñigo una diferencia de tensión, de temperatura, y éstas se suelen notar al simple contacto. Erasmo había tejido el elogio de la locura y de la pasión, pero él era un seco y acerado razonante que escapaba al universal imperio de lo que tanto ponderaba. La templada brasa de su entusiasmo cristiano, combinada con su vasta cultura y hasta con su estimación por valores clásicos paganos, le inmergía en una atmósfera de inspiración evangélica en la que Cristo aparecía como el maestro que señalaba altas metas. ¿Para qué ir a Jerusalén, si hallamos a Cristo en el evangelio? ¿Por qué atesorar reliquias de santos, cuando no imitamos su espíritu? Alguna razón llevaba, pero sus palabras eran más valiosas que sus obras. Después de todo nadie

dijo de él que era el «loco por Cristo», como dijeran de Iñigo en los alrededores de Montserrat; le faltaba esa chispa de locura de la que era millonario Iñigo y acaso se consolaba con pensar que ser cristiano consiste en intuir las bellezas del cristianismo, gozar estéticamente de ellas, confundir añoranzas íntimas con realidades. Jamás se había preguntado con tanto dramatismo como Iñigo: qué tengo que hacer por Cristo; ni había soñado con romper barreras en gesto de generosidad. Jamás le tentó el despojo y la pobreza absoluta como medio de imitación e identificación realista con Jesucristo, no obstante haber aireado la pobreza de Cristo y de los apóstoles para fustigar el lujo de los obispos, que se decían sus seguidores y representantes. Erasmo representaba la última moda en la lectura del evangelio, en escrupuloso texto griego y con toda la acribía de Lorenzo Valla o de los primores lingüísticos renacentistas. Iñigo abrevó su sed en las ingenuas aguas envasadas de Ludolfo de Sajonia, en modelos de radical cristianismo encarnado como el de Francisco de Asís o Domingo de Guzmán, o en las llanuras áridas de la Tierra Santa donde anduvo su Maestro y Redentor,

que yéndolas mirando
con sola su figura
prendidas las dejó de su hermosura.

Son distintas ondas de captación. Frecuencias moduladas: moduladas por Erasmo y por Iñigo, que no buscaron ni encontraron lo mismo. Por aquellos mismos días se reunirían en Valladolid los astros mayores de la teología de Alcalá y Salamanca para debatir sobre la ortodoxia o no de Erasmo; el ambiente era enconado entre erasmistas y antierasmistas. Iñigo no era ni una cosa ni otra, estaba fuera del juego. No era satélite de nadie, ni gregario; era él, un hombre prisionero de Cristo, vinctus Jesu Christi (Ef 3, 1), no encandilado por libros. Como Lutero, leía lo que buscaba; y lo que buscaba, no lo encontraba en Erasmo.

Con el paso y peso de los años, Erasmo se haría más circunspecto y menos cáustico, Iñigo más sensible al mundo de la cultura. Cambian las circunstancias del cotejo, quizá se reduce la distancia objetiva entre ambos. Iñigo será motor de renovación interior, cobrará afición a la Biblia y a los Padres, inclusive romperá con la tradición monástica; eran ideales queridos por Erasmo. Este le podría haber enseñado muchas cosas, pero no profundidades de experiencia, ardor místico, ascesis, afán apostólico, participación activa en la melée que movilizaba a Europa. Por lo demás, la crítica mordaz y pública, las liviandades satíricas y frívolas de Erasmo que hicieron reír a carcajadas, al menos a sus admiradores, hubieran encontrado una resistencia visceral en Loyola, el más eficaz, pero callado, reformador del siglo.

Antes de abandonar Alcalá Iñigo cumplió el primer punto de la sentencia: mudar de atuendo. Alguien tendría que pagarle el nuevo vestido. En alguna manera le debió de ayudar el propio Figueroa. En los tardíos procesos de beatificación se dice que le ayudó a recabar limosnas un tal Lucena y que al acercarse a unos caballeros ricos que se entretenían jugando a pelota, un Lope de Mendoza, le espetó a Iñigo: «Quemado muera yo, si no merece ser éste quemado». «Mirad que no os suceda lo que decís», le repuso el aludido. El y su criado murieron muy poco después cuando intentaban manejar pólvora para festejar el nacimiento del Príncipe, el futuro Felipe II, y aun se dice que Iñigo había profetizado aquel desenlace.

Hacia el veinte de junio Iñigo y sus compañeros abandonaban Alcalá. La huella que tras sí dejaba no sería tan profunda como la que dejó en Manresa y Barcelona. Exteriormente salía derrotado y como fugitivo. De hecho en años posteriores le seguiría como una sombra la sospecha de que huyó de la quema, como ciertamente huyeron poco después Juan de Valdés y el Doctor Miona. El no huía, sino que iba a proseguir la batalla nada menos que ante el mismísimo arzobispo de Toledo, Fonseca. Tengo para mí que en Alcalá aprendió una cosa nueva: cierta reserva ante la mujer que quedará fuertemente anclada en su alma. Salía limpio de tres procesos, mas su desaparición resultaría providencial. Quizá tres años más tarde su suerte hubiese sido más problemática y quién sabe hacia dónde habrían derivado los conventículos complutenses. Un paisano suyo quedó admirado de ver lo mucho que se le perseguía; nos lo cuenta su hijo, el famoso historiador Garibay. Iñigo quedó positivamente desautorizado para continuar sus pláticas espirituales y no quiso limitarse a estudiar, que era lo razonable. No valía para nuestro caballero andante el sensato consejo que se diera a Don Quijote: «Ea, mi señor don Quijote, redúzcase al gremio de la discreción» (I, 49). Su descanso era pelear por el ideal que se le clavaba en la cabeza.

«Soy peregrino de hoy». Hoy para Iñigo era Valladolid, el teatro de sus mocedades, porque allí estaba el arzobispo Fonseca que había bautizado al Príncipe Felipe el 5 de junio. El fausto natalicio se vio ensombrecido por las noticias que llegaron del Sacco de Roma (6 de mayo). Las fiestas se interrumpieron; pronto algunos erasmistas hispanos «teologizaron» el acontecimiento que convirtió en prisionero al Papa Clemente VII, justificándolo como un castigo de Dios. Con esto y con la amenaza turca, el mesianismo imperial desatado a raíz de la victoria de Pavía cobra nuevas fuerzas. Fonseca, amigo personal de Erasmo, se entretendría en Valladolid, donde el 27 se iniciaron las juntas de teólogos para dictaminar sobre la ortodoxia de Erasmo.

Cuando le acuciaba este espinoso problema, se le presentó el peregrino a «ponerle la cosa en sus manos», lo que significaba un intento de sacarlas del estado en que las había puesto Figueroa.

¿Habría pasado de camino por Arévalo, la villa de dulces recuerdos? Fonseca, el protector en España del buen nombre de Erasmo y lector habitual de sus obras, recibe al humilde visitante que le refiere «la cosa que pasaba, fielmente», y la comenta con sutiles escapatorias canónicas; no estaba obligado a guardar la sentencia de Alcalá, por hallarse fuera de su jurisdicción; con todo haría lo que le ordenase el arzobispo, a quien, por cierto, dio tratamiento de vos, que aun ante iguales consideraría Cervantes como de «no vista arrogancia» (I, 51). Fonseca lo recibió muy bien, pero no le abrió las puertas de Alcalá levantando la sentencia. Y entendiendo que su interlocutor estaba dispuesto a pasar a Salamanca, le abrió camino hacia amigos salmantinos y hacia su Colegio Mayor de Santiago o del Arzobispo, fundado en 1521 para estudiantes pobres, «todo le ofreciendo». En la despedida le dejó entre las manos cuatro escudos.

«O por letras... o por Espíritu Santo»

A Salamanca fue, para comenzar de nuevo, en la primera quincena de julio. ¡Buena fecha para iniciar estudios! Su «compañía» como él la llama, esto es, sus cuatro compañeros, estaban ya en la ciudad del Tormes hacía

días. Iñigo entró a orar en una iglesia; se le acercó una mujer desconocida y le preguntó por su nombre. Al identificarlo lo llevó donde sus compañeros, de quienes ya era devota. Todos vestían ahora hábito y bonete de estudiantes. Al menos tenían estampa de universitarios aquellos distraídos mozos que llegaban a pocos días del final del curso académico. ¿Para qué vamos a historiar la grandeza de la Universidad de Salamanca, de sus colegios, de sus eminentes catedráticos y turba universitaria? Iñigo y los suyos pasaron por Salamanca, sin que Salamanca pasara por ellos. Salmantica docet reza el lema, completado por el otro viejo dicho: Quod natura non dat, Salmantica non praestat. Y claro está que en la natura entran la inteligencia y, además, la voluntad eficaz de aprender. En la evocación autobiográfica del viejo Ignacio se dedican nueve párrafos a Salamanca, pero a episodios que poco tienen que ver con los gloriosos anales universitarios. Bastará con resumirlos, Iñigo —¡qué lejos de los alumbrados!— seguía con su confesión semanal. Acudió a los dominicos de San Esteban. No todos los días caía por el confesonario un penitente semejante. Algo debió de comentar el confesor entre sus hermanos de hábito. A los doce días se produjo un encuentro que la Autobiografía describe de modo muy incisivo y directo con frases que basta entresacar:

—Los Padres de la casa os quieren hablar.

—En nombre de Dios.

—Será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas.

El domingo se presentó Iñigo acompañado de Calixto. Este traía un sayo corto y un grande sombrero, un bordón en la mano y unos botines hasta media caña. Hasta el propio Ignacio reconoce la estrafalaria figura de su compañero, quien, para colmo, «por ser muy grande», parecía más deforme. Está ausente el Prior, fray Diego de San Pedro. Tras la comida, el Subprior, el confesor y otro fraile fueron con los huéspedes a una capilla y les comentaron afablemente la buena noticia que tenían de sus vidas, «que andaban predicando a la apostólica» y les manifestaron su deseo de saber más particularidades. Alguno pidió una explicación sobre el atuendo de Calixto. Iñigo refirió la prisión sufrida en Alcalá y la orden recibida de vestir como estudiantes. Calixto, por los grandes calores se había desprendido de su vestido talar o loba y regaládosela a un clérigo pobre. «Aquí dijo el fraile como entre dientes, dando señas que no le placía: Chantas incipit a se ipso». Mas la particularidad que más intrigaba a los improvisados pesquisadores era la de los estudios hechos. Iñigo ama la verdad y nada oculta. Confesó lo poco que había estudiado y con cuan poco fundamento; así y todo, sabía más que sus compañeros.

—Entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo. —Pues, luego, ¿qué es lo que predicáis?

—Nosotros no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos de cosas de Dios, como después de comer, con algunas personas que nos llaman.

—¿De qué cosas de Dios habláis, que eso es lo que querríamos saber?

—Hablamos cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprendiendo.

—Vosotros no sois letrados y habláis de virtudes y de vicios y de esto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras o por el Espíritu Santo. No por letras; ergo por Espíritu Santo. Y esto del Espíritu Santo es lo que querríamos saber.

Aquello no era una llana conversación, sino una trampa y con descaradas inducciones silogísticas de la más pura Escolástica. Aún eran recientes las escisiones suscitadas en San Esteban entre dominicos por la famosa beata de Piedrahita, pródiga en éxtasis y revelaciones que interesaron a Cisneros, al Duque de Alba y al propio Fernando el Católico. Aunque sean comprensibles las cautelas del teólogo dominico, no deja de ser un sofisma que de Dios sólo pueden hablar los letrados y los iluminados. Iñigo no era un cándido. «Estuvo un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella pregunta; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más de estas materias». El fraile instó:

—Pues ahora, que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros que han engañado al mundo, ¿no queréis declarar lo que decís?

—Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello.

—Pues, quedaos aquí, que bien haremos que lo digáis todo.

Con aquellas palabras amenazadoras los frailes abandonaron precipitadamente la capilla. El peregrino preguntó con tranquilidad dónde debían quedarse, si en la capilla o en otra estancia. Se quedaron en la capilla y les cerraron las puertas. Tres días aguardaron a que se despejase aquella situación. Comían en el refectorio con los frailes. En alguna cámara les aposentaron, que casi siempre estuvo llena de frailes que venían a verles. Iñigo les hablaba «de lo que solía»; se atrajo el afecto de unos, sin dominar las reticencias de otros. Surgió cierta división entre los oyentes.

A los tres días apareció un notario y los llevó a la cárcel común. No los mezclaron con los delincuentes, sino que los pusieron en una cámara alta, vieja y deshabitada y, por ello, sucia. Les echaron al pie de cada uno sendos cepos unidos a la misma cadena, de doce o trece palmos. Todo está vivo en la memoria del viejo Ignacio, hasta este detalle penoso: «cada vez que uno quería hacer alguna cosa, era menester que el otro le acompañase». Pasaron en vela toda la noche. Al día siguiente corrió la noticia de la prisión por la ciudad, donde, por lo que sucedió enseguida, contaban con amigos. Les mandaron en qué dormir y lo necesario abundantemente. Muchos les visitaban. Iñigo continuaba sus ejercicios de hablar de Dios.

Vino a examinar a Iñigo y a Calixto el bachiller Sancho González Frías, titular de la cátedra de Vísperas y Vicario del obispo de Salamanca. Iñigo le entregó lo que más quería en esta vida, «todos sus papeles, que eran los Ejercicios», para que los examinase. Es el primer testimonio del propio Iñigo sobre su obra escrita. Frías preguntó por los demás compañeros y por su paradero; acudieron a él y pasaron a la cárcel, a excepción de Juanico. Los pusieron con los presos comunes. Tampoco en esta ocasión Iñigo quiso abogado o procurador alguno.

A los pocos días fue llamado a comparecer ante los doctores canonistas Hernán Rodríguez de San Isidoro y González Frías, a quienes acompañaban el Doctor Alonso Gómez Paraviñas y el citado Frías. Todos habían visto ya los Ejercicios y le interrogaron acerca de ellos y sobre la Trinidad y la eucaristía. Iñigo hizo su «prefacio», probablemente manifestando su falta de estudios, y luego dio razón de lo que le preguntaron. Frías le planteó un caso de derecho canónico. Luego le mandaron que repitiese sus explicaciones habituales sobre el primer mandamiento. Tanto se extendió en ellas que no le interrogaron más. El punto más vidrioso de aquella especie de examen, y no para grado, fue el relativo a las anotaciones del libro de los Ejercicios sobre el pecado mortal y venial. ¿Cómo sin ser letrado,

dictaminaba sobre tales materias? Iñigo esquivaba el cómo e iba al qué: «Si esto es verdad o no, allá lo determinad; y si no es verdad, condenadlo». Los jueces no se atrevieron a condenar nada y se marcharon.

En pocos días Iñigo se había concitado respeto y admiración. Menudeaban las visitas a la cárcel, algunas tan sorprendentes como la de Don Francisco de Mendoza, hijo de los Condes de Cañete. Entonces era un mozo de unos veinte años y ya regentaba la cátedra de griego en la Universidad. Con el tiempo sería obispo de Coria, Cardenal (1545) y obispo de Burgos (1550). No era el primero en visitarle ni en hacerle, en tono franco, la obligada pregunta: ¿Cómo estaba en prisión, le pesaba de estar preso? Con extraña firmeza el prisionero le respondió: —Yo responderé lo que respondí hoy a una señora que decía palabras de compasión al verme preso: «En esto mostráis que no deseáis estar presa por amor de Dios. ¿Pues tanto mal os parece que es la prisión? Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca que yo no deseo más por amor de Dios». Sin proferir semejantes palabras, sus compañeros encarcelados con los presos comunes las practicaron. En efecto, un buen día huyeron todos los delincuentes; a la mañana sólo hallaron a Cáceres y Arteaga, con las puertas abiertas. El caso tuvo amplia resonancia en la ciudad y les valió que los trasladaran a un palacio por cárcel.

A los veintidós días de cárcel, los presos fueron llamados para oír la sentencia. No se ha hallado su texto, como en el caso de Alcalá. La sustancia de la misma quedó bien grabada en el alma de Iñigo: ningún error hallaron los jueces en la vida y doctrina de los encarcelados; más aún, podían seguir enseñando la doctrina y hablando de Dios, de modo general y teórico, con tal que no dictaminasen «esto es pecado mortal o esto es pecado venial». Lo podrían hacer pasados cuatro años de estudio. Las cortapisas muy razonables puestas en la conservadora Salamanca eran mucho menos duras que las de Alcalá, la liberal y humanista. El modo de comunicársela —«los jueces mostraron mucho amor»— tenía más de reconvención que de severo dictamen judicial, y hasta se deseaba una aceptación franca y amistosa por parte de los afectados. Con gran sorpresa, Iñigo, en representación del grupo, dijo que cumpliría lo ordenado, pero que no aceptaba la sentencia, porque, sin condenarle en nada, «le cerraban la boca para que no ayudase a los prójimos en lo que pudiese». El bachiller Frías, el iniciador de la pesquisa, se mostraba ya afecto a Iñigo y le instó mucho para que aceptase el dictamen. Iñigo sólo respondió que lo cumpliría escrupulosamente mientras estuviese en la jurisdicción de Salamanca.

¡Desconcertante actitud! Nadie le cerraba la boca para hablar de Dios, para disertar teóricamente sobre verdades y principios. Mas el hablar de Dios para ayudar al prójimo, tal como lo entendía y practicaba Iñigo, era mucho más que uncir palabras y proposiciones: era situar en trance de interpelación mutua a Dios y a cada hombre, orientar en ese comprometedor proceso a cada alma; no enumerar el catálogo abstracto de vicios y virtudes, sino afrontar —dictaminando— los pecados y resistencias y las solicitudes personalizadas de la gracia, concretísimas, porque de esas confrontaciones en que las abstracciones se transforman en ¿quién soy yo, quién es él?, nacen la vergüenza y confusión íntimas, la generosidad personificada y estimulante, el coloquio yo-Tú entre el hombre y Dios. El no era un profesor, ni siquiera un modesto catequista adoctrinador; era un educador y guía que se acercaba a cada hombre. Efectivamente, le cerraban la boca para hablar de Dios como él solía hablar. El estaba pronto

y ansioso de dar razón de su esperanza a todo el que se la pidiese (1 Pe 3, 15), pero de modo distinto a como lo hacía otro eminente vasco, gamboíno, y no oñacino, y auténtica lumbrera salmantina: fray Francisco de Vitoria.

Iñigo, con los suyos, salió de la cárcel. Una vez más en su vida, parecía empezar de nuevo. Nuestro pobre cristiano aventurero «empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía de hacer». La fórmula no tiene ahora la indeterminación que tenía cuando la planteaba en Loyola o en la peregrinación; no todo era oscuridad en el asunto. Existía un norte fijo y claro: ayudar a las almas. Existían unas trabas insuperables en el camino que se le marcaba: «hallaba dificultad grande de estar en Salamanca», ya que el precio era la renuncia a su vocación y ministerio. Los días de la prisión tuvo tiempo para pensar y hacer el recuento de su nueva vida. Ya desde los días de Barcelona, cuando consultaba sobre la conveniencia de estudiar «y cuánto», le acuciaba la idea de si, al término de sus estudios, entraría en una orden religiosa «o si andaría así por el mundo». El viejo atractivo por las hazañas era temperamental; siempre le atrajo lo arduo y difícil. Por eso en la disyuntiva, aún no resuelta definitivamente, estaba vivo el rescoldo de un deseo: entrar en una orden estragada y poco reformada, para padecer en ella y quizás servir de instrumento de regeneración. «Y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas e injurias que le hiciesen». Unos años más tarde aquejó una tentación semejante a un frailecito, menudo de cuerpo como Iñigo. Quería «apartarse más», ingresar en la Cartuja o, mejor, en la Orden que estuviera «más relajada». Se llamaba fray Juan de Santo Matía, aunque hoy lo conocemos como san Juan de la Cruz.

Esta alternativa reverdeció nuevamente en las horas de meditación de la cárcel salmantina. Mas, junto a ella, prevalecía otra, cada vez más diáfana en fines y medios precisos: «aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y ajuntar algunos del mismo propósito, y conservar los que tenía». En Iñigo, clarificar la mente equivalía a actuar; él diría «determinarse». En orden a poner en práctica su proyecto indicado, con sus fines y medios, apuntó en su mente, sin que sepamos cómo, un nombre: París. Sin meterse en más «curvas o transversales», Iñigo decidió marchar a la ciudad del Sena. Trató largamente el asunto con sus compañeros y concertó con ellos que esperasen en Salamanca, mientras él veía el modo de poderlos llevar a estudiar consigo. El hoy del peregrino se llamaba París.

«Nunca pudieron acabar... se partió a pié»

De nada sirvió que gentes principales le instasen a que no se fuese. «Nunca lo pudieron acabar» con el vasco. Como ya tantas veces en su vida, una mañana de mediados de septiembre «se partió solo». Mucho es que esta vez le acompañaba un asnillo «llevando algunos libros». ¡Cuánto quisiéramos poseer el inventario de este archivo y biblioteca portátil! Ciertamente llevaba los papeles de sus Ejercicios, ahora con el nihil obstat de los doctores salmantinos. Ya quedaba relegado al pasado aquel tórrido y accidentado agosto en la ciudad del Tormes. A buen seguro no encajaba con el viandante que cruzaba las secas llanuras el elogio nostálgico que dirigiera años más tarde Cervantes a la ciudad dorada recostada sobre el río: «Salamanca, que enhechiza la voluntad de volver a ella a los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado». La vieja cámara sucia,

deshabitada y tórrida, los grillos en los pies... no eran precisamente símbolos de apacible estancia que despertara añoranzas.

Con todo, en Salamanca, se acendró su amor de Dios, más fuerte que grillos y cadenas; le quedaba buen recuerdo de Don Francisco de Mendoza, del bachiller Frías, de la generosidad de los salmantinos, y hasta de muchos frailes de San Esteban. En Salamanca nació su decisión de ir a París y adquirió rumbo fijo su destino; lo que vino después no fue cambio, sino añadidura. Iñigo no volvería a la ciudad, pero pronto vendrían su adeptos, aunque él, ahora, ni lo imaginaba siquiera.

Para ir de Salamanca a París, entonces y hoy, hay que atravesar la tierra nativa de Iñigo. Cinco años largos llevaba éste lejos de su casa, sin que los suyos conocieran su paradero. Jean Seguy lo ha llamado un «hippie avant la lettre», y alguna razón lleva si nos fijamos en la apariencia de su vida. Iñigo no volverá, ni siquiera pasará por su casa. Asegura como cualquier hippie su libertad de; se diferencia en el para qué de su libertad radical. Irá a su segunda patria, a Barcelona, donde su autonomía parecía estar garantizada. Algo menos de lo que él pensaba. El afecto crea lazos, como la sangre, acaso más puros y desinteresados. «Todos los que le conocían» en Barcelona le disuadían de su entrada en Francia, con razones de fuerza mayor: la guerra entre Francia y España. La guerra declarada no surgiría hasta el 22 de enero de 1528, pero ya Lautrec con la colaboración de Doria había conquistado Genova y Alejandría. La tensión entre Carlos V y Francisco I, vuelto a su tierra tras la prisión en España, era extrema y alocada. El 12 de diciembre de 1527 los embajadores de Francia e Inglaterra naufragaban ante Carlos V en sus negociaciones políticas. Al día siguiente comparecían los reyes de armas de ambas naciones para declarar la guerra, a usanza medieval, a modo de desafío. El Emperador lo aceptó, pero afeó públicamente la conducta de Francisco I: «Decid a vuestro amo, que lo ha hecho muy ruinmente y vilmente en no guardarme la fe que él mismo me dio estando él y yo solos, y que esto le manterné yo de mi persona a la suya». El comentario imperial llegó a oídos del Rey de Francia y provocó el desafío personal del francés a Carlos V el 28 de junio de 1528, quien aceptó el duelo y señaló el campo entre Hendaya y Fuenterrabía. Los barceloneses quisieron intimidar a Iñigo, diciéndole que entonces los franceses metían a los españoles en asadores. Fue inútil.

«Nunca tuvo ningún modo de temor». Había en él una seguridad desconcertante. A primeros de enero de 1528 «se partió para París solo y a pie». Inés Pascual le aprovisionó lo mejor que pudo para el camino. Iñigo aceptó una cédula de pago extendida por un mercader que le valió en París veinticinco escudos, con los que hacer frente a sus primeras necesidades. Isabel Rosell, Aldonza Cardona, Isabel de Josa y otras le prometieron socorrerle en sus estudios. La despedida fue conmovedora.

Tras atravesar Francia, Iñigo está en París el 2 de febrero. Un mes más tarde escribía a Inés Pascual comunicándole su feliz viaje, agradeciéndole la mucha voluntad y amor que con obras le había mostrado. «Estoy estudiando hasta que el Señor otra cosa de mí ordene». No olvida un saludo agradecido a la vecina de Inés que algo le metió en las alforjas en el momento de su partida. Para Juan, el muchacho que espiaba sus plegarias nocturnas en la alta cámara y era hijo de Inés Pascual, hay un recordatorio sencillo: «A Juan me encomendad mucho y decidle que a sus padres siempre sea obediente, guardando las fiestas; que así, haciendo, vivirá mucho sobre la tierra y también el cielo». Murió en la peste barcelonesa de

1589, tras una vida probada por el infortunio, como se lo predijera Iñigo, y entregado a la piedad. Era un archivo viviente de recuerdos ignacianos y lloraba de no haber sabido aprovechar mejor la cercanía de un santo. Su nombre y su recuerdo están en la carta que Iñigo dirigiera a su madre desde París el 3 de marzo de 1528, rematada con esta firma: «De bondad pobre, Iñigo».

Solo y a pie atravesó Francia en el corazón del invierno el cojo más andarín de Europa, atraído por la fama del más famoso centro cultural del mundo. Con el recuerdo aún fresco de la dorada y tórrida Salamanca, el 2 de febrero de 1528 se adentraba en París, la gran urbe amurallada, fría y gris, que albergaba a un cuarto de millón de habitantes, más de cuatro mil estudiantes e innumerables colegios, iglesias y conventos. Un poco antes que él llegó la noticia de la liberación de Clemente VII, preso del Emperador desde el aciago Sacco de Roma. Si hubiera llegado un año antes hubiera conocido la boda de la hermana del Rey, Margarita, con el Rey legítimo de Navarra, Enrique; la solemne entrada de la real pareja en París le hubiera recordado la razón de su cojera. ¡Qué lejos quedaba Pamplona!

Iñigo se hospedó en una casa con algunos españoles. Ellos serían los que le acompañarían en los primeros pasos por la deslumbrante ciudad cargada de historia y donde el pasado estaba en algún modo vivo. La vida de nuestro viejo estudiante discurría primordialmente por el barrio latino de callejas estrechas, donde se apretaban colegios de historia e importancia desigual, cuyos nombres iría aprendiendo con el tiempo. Allí estaban la Sorbona con su claustro de Doctores; la rué de Saint-Jacques, que le sería familiar; los conventos de dominicos, franciscanos, trinitarios. En la contigua Cité, corazón de la villa, contemplaría con pasmo Notre Dame con sus 45 capillas, el F'alais, la Sainte Chapelle, recuerdo vivo de las Cruzadas. Luego iría conociendo la fortaleza del Louvre, el Gran-Châtelet, el mercado, el Hospital de los peregrinos de Saint-Jacques, y célebres mansiones diseminadas por los verdes arrabales, como la Abadía de Saint German-des-Prés, el Pré-aux-clerics supuestamente donado por Carlomagno, la Cartuja, Notre Dame des Champs, la colina de Montmartre, y mucho más lejos Saint Denis.

Un estudiante pobre y vagabundo

No era un turista. Parecía que venía decidido a estudiar, a pesar de sus cerca de cuarenta años. Su primer gesto de seriedad fue el reconocer que había pasado con demasiada prisa sus estudios anteriores y estaba «muy falto de fundamentos». Con tanto realismo como humanidad se inscribió en los cursos de latinidad del Colegio de Monteagudo. Era un curso preparatorio obligado, donde había que afianzarse en gramática, retórica y métrica. Lo cursaban gentes muy jóvenes, hasta niños de diez años. No hay ninguna exageración en la Autobiografía: «Y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París». En París había más de una manera; concretamente la de Monteagudo era de las más rancias, excesivamente basada en el Doctrinale de Villedieu. Cada colegio era una estrella dentro de la vasta constelación parisiense. Por aquél había pasado hacía muchos años Erasmo, quien jamás olvidaría los huevos podridos, pulgas y falta de higiene del Colegio; sus sátiras se verían completadas por las de Rabelais.

Más graves podían ser las acusaciones contra su higiene mental y retrogradismo. Fundado en el siglo XIV, había conocido a fines del XV la severa reforma introducida por el flamenco Stan-donck, mantenida luego por Tempéte —hórrida tempestas, según Rabelais—. Por él habían pasado algunos hispanos que figurarían en la historia, como Pardo, los Coronel, Juan de Celaya, Domingo de Soto, Gaspar Lax, Luis Vives. En él vivía desde 1525 un antiguo alumno, el escocés John Mair, convertido ahora en oráculo de la Universidad. La verdad es que Iñigo no fue ni becario, ni porcionista, ni camarista del Colegio, sino simple martinete, esto es, alumno externo que recibía clases; no conoció los arenques, huevos podridos y pulgas del Colegio, que tanto denigrara Erasmo, y sí pudo conectar en él con algo del espíritu de la Devotio moderna de Standonck que antes había bebido en Montserrat.

Sin ser un colegial normal, por primera vez en su vida podía entregarse al estudio sin agobios económicos. Los veinticinco escudos que le supuso la cédula de cambio que traía de Barcelona le permitían pasar dos años en París. Por una especie de horror instintivo al dinero, se los dio a guardar a un español de la posada donde vivía. Al poco tiempo éste los gastó alegremente, dejando a Iñigo sin blanca a los dos meses de haber llegado. Tuvo que abandonar su albergue y se vio forzado a mendigar en París. No sería ni el primero ni el último de los estudiantes que lo hacía. Logró que le acogiesen en el Hospital de peregrinos de Saint-Jacques, no sin incomodidad para su estudio. Quedaba a unos tres kilómetros del Colegio y no había manera de hacer compatibles los horarios de ambas casas. No podía salir del Hospital antes del alba, y había de recogerse en él al Ángelus vespertino. La caminata al Colegio le llevaba una buena media hora, y el horario de este último era increíblemente riguroso y exigente. Según las normas de Standonck, se levantaban sus alumnos a las cuatro de la mañana y ya tenían su primera clase antes de la misa, que se celebraba a las seis. De ocho a diez proseguían las clases, seguidas de una hora de disputa; por la tarde había dos horas de clase de tres a cinco.

Iñigo, por fuerza, se veía obligado a recortar sus horas de clase; y además, tenía que ingeniárselas para subsistir de limosna. El resultado inevitable era que «aprovechaba poco en las letras». Decidido como estaba a estudiar pensó en una solución de emergencia: buscar un amo, esto es, servir de criado a algún profesor y estudiar al mismo tiempo, como hacían otros. Standonck había ideado en 1490 una comunidad de estudiantes pobres sometida a un Licenciado del Colegio, designado como «Padre de los pobres». La comunidad tendría doce estudiantes de Teología en memoria de los doce apóstoles, y 72 de Artes en memoria de los otros tantos discípulos. Acaso por mimetismo, Iñigo soñaba con Maestro y escolares, que serían como Cristo, san Pedro, san Juan... La cosa no pasó de sueño, porque todas sus diligencias fueron inútiles, a pesar de que habló al bachiller burgalés Castro y a un cartujo que conocía a muchos maestros. Iñigo conoció la desesperanza del estudiante pobre y vagabundo.

Al fin, se atuvo al consejo realista de un fraile español que le habló de la generosidad de los mercaderes hispanos de Flandes. Iñigo optó por perder dos meses del año, yendo y viniendo a Flandes, con tal de poder sufragar los gastos del curso. E inició su visita anual a Brujas y Amberes ya en 1529 en tiempo de cuaresma y en los veranos de 1530-1531; en este último viaje llegó a Londres. Sabemos que en Brujas fue huésped de Gonzalo de Aguilera, a quien de tal suerte ganó, que cuando vino a París

para sus negocios, quiso compartir la habitación de Iñigo. En Amberes le hospedaron Juan de Cuéllar, cuyo apellido le recordaría el de su antiguo protector, y Pedro Cuadrado, fundador más tarde del Colegio de la Compañía en Medina. El viaje más rentable fue el de Londres. La repetida visita a Flandes le granjeó la voluntad de sus protectores, quienes luego le ahorrarían el viaje girándole en letras de cambio su importante ayuda. La experiencia pasada le hizo cauteloso, pero no por eso menos caritativo: quien negociaba la letra de cambio en París, pagaba sus gastos y atendía las indicaciones de Iñigo en favor de otros estudiantes necesitados.

Aunque esporádica, la entrevista históricamente más relevante sostenida en estos tres viajes fue la mantenida en Brujas con Luis Vives, vecino y amigo de Gonzalo de Aguilera. Iñigo fue invitado a comer por el gran humanista valenciano, admirador de Erasmo. Era un día de abstinencia cuaresmal y, por ello, dieron cuenta de delicados pescados, exquisitamente condimentados. La conversación, ornamento de la comida, también tuvo su punto de especias. Vives hizo algún comentario sobre la escasa significación penitencial de aquel refinado modo de cumplir la ley eclesiástica sobre abstinencia de carnes. Iñigo, que solía ser un comensal silente, se enfrentó con su anfitrión con un razonamiento inesperado, que nos lo recuerda Polanco: «Tú y otros que pueden comer exquisitamente, quizá no sacáis gran provecho de esta abstinencia de cara a la finalidad que la Iglesia persigue con ella; pero la muchedumbre del pueblo, por quien debe mirar la Iglesia, no se permite estas exquisiteces y encuentra en la abstinencia ocasión de mortificar su cuerpo y de hacer penitencia». El episodio suele servir de tópico para contraponer al paladín de la reforma y al refinado renacentista.

Iñigo no era paladín de nada; sino un oscuro estudiante pobre y más que talludo, un hombre que sabía de ásperas penitencias y que vivía infinitamente más cerca del pueblo que Vives. Su actitud ante el castigo corporal, jamás la entenderían Erasmo ni el valenciano. Y, sin embargo, en su respuesta, más sociológica que teológica, había más concordancia de lo que se cree con el pensamiento de Vives: en el fondo, ambos estaban de acuerdo, y otros coetáneos les acompañaban en la crítica, en la inautenticidad de determinadas maneras de cumplir los preceptos penitenciales, más propias de privilegiados que de la gran masa cristiana. Esta concordancia de base, llevaba a Vives a criticar la ley eclesiástica, mientras que Iñigo salvaba la ley y su validez penitencial general, descalificando suavemente a los que con subterfugios esquivaban sus santos fines o a los moralistas que autorizaban tales grietas. El enfrentamiento discreto dejó huellas. Iñigo ganó en la estimación de Vives, quien descubrió en su comensal un santo y hasta un eventual fundador de una Orden religiosa, según manifestó a su amigo íntimo, el burgalés Doctor Pedro de Maluenda. A Iñigo, en cambio, le quedó un cierto mal sabor de boca sobre el espíritu de Vives y más tarde desterró de la Compañía la lectura de sus obras, así como las de Erasmo. Acaso no supo Iñigo que aquel hombre de espíritu, para él, dudoso acababa de abandonar ricas prebendas en el opulento Colegio del Corpus Christi de Oxford por oponerse al divorcio de Enrique VIII, era un hombre de exigente moralidad, y escribiría un bellissimo tratado *Defensio fidei christianae* que es una profesión de fe y fidelidad al catolicismo, no obstante haber perdido a sus padres y abuelos en aras de la persecución antijudía llevada a cabo por la

Inquisición española. Hay muchos modos de comportamiento heroico, al margen de blanduras o rigores en punto a abstinencias.

Alboroto en París: «Todo se atribuía a mí»

Mas volvamos atrás en nuestra historia, y contemplemos el genio y figura del Iñigo mendigo, acogido a un Hospital y obligado a recortar sus horas de pesados latines. A su retorno del primer viaje de Flandes (cuaresma de 1529) quizá pudo dispensarse de mendigar; en compensación «empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales», y no precisamente con sus jovencísimos condiscípulos de latín, ni entre clase y clase. En mayo y junio, en plena recta final del curso, dio por separado Ejercicios espirituales al toledano Peralta, que empezó a leer Artes como Maestro aquel mismo año; al burgalés bachiller Castro, socio de la Sorbona; y a un paisano alumno de Santa Bárbara, el guipuzcoano Amador de Elduayen. El efecto de la actuación de Iñigo en sus oyentes fue espectacular y clamoroso: un cambio radical de vida, comentado en todo París. Toda conversión auténtica suscita reacciones de autodefensa del medio familiar o social en que se produce. Iñigo lo sabía muy bien por experiencia propia. Aquellos tres estudiantes se desprendieron de todo lo que tenían, inclusive de los libros, dándolo todo a los pobres; se acogieron al Hospital de Saint- Jacques y se pusieron a mendigar por las calles de la gran urbe, Peralta y Castro eran personas especialmente señaladas y conocidas.

Su mudanza causó «grande alboroto» en la Universidad, particularmente entre los estudiantes hispanos. Amigos y parientes se empeñaron en apartar a Peralta y Castro de su extraño modo de vida; no sirviendo razones, los arrancaron del Hospital por la fuerza y a mano armada. Luego llegaron a un acuerdo: primero terminarían sus estudios y luego llevarían adelante sus propósitos.

Años después Castro entraría cartujo; Peralta peregrinaría a Jerusalén; a la vuelta topó con él en Italia un capitán pariente suyo, que hizo modos de llevarlo hasta el Papa y por este medio logró reintegrarlo a España, donde acabaría siendo canónigo de Toledo. El tercero, Amador de Elduayen, era el menos notable de los tres; pero su mudanza tuvo un antagonista más importante que la algazara estudiantil. Nada menos que el Maestro Gouvea, rector de Santa Bárbara, de donde era colegial el guipuzcoano.

Iñigo había quedado al descubierto como responsable de aquellas inusitadas resoluciones y era objeto de comentarios y murmuraciones, sobre todo por parte del grupo de burgaleses, como Pedro de Garay, Bernardino de Salinas, el Doctor Maulenda, Francisco de Astudillo; sus nombres los recordará Iñigo en una carta de 1542, así como su resentimiento por la desconcertante mudanza de su paisano el Maestro Castro. «Todo se atribuía a mí». Y la atribución no iba precisamente acompañada de estimación positiva. ¿Cómo podían calificar el asunto los estudiantes, cuando el grave Maestro Gouvea iba diciendo que Iñigo «había hecho loco a Amador»? Y aun amenazó con hacer dar «una sala» a Iñigo la primera vez que viniese a Santa Bárbara desde el Colegio contiguo de Monteagudo, «por seductor de los escolares». La más bella definición que jamás se diera de Iñigo es la de este irritado portugués, dispuesto a castigar con una solemne y pública azotaina la seducción espiritual del aprendiz de latín capaz de perturbar a bachilleres y Maestros y de constituir

un germen de un «mayo parisién» en 1528. La santidad auténtica, como la poesía, es «enfermedad pegadiza». ¿Dónde estaba el secreto de su embrujo, el atractivo de sus embustes? En lo que decía, en cómo lo decía, en lo que él era, en su entrega a los demás. Iñigo tomaba en serio y amaba de verdad, a quienes le escuchaban y seguían, a los que le perseguían y hasta a los que le estafaban.

Quien le gastó los dineros que le podían haber servido para poder estudiar descuidado de preocupaciones monetarias, desapareció un día de París camino de España. Cayó enfermo en Rouen, donde pensaba embarcar. Algo revela el que hubiese escrito una carta, precisamente a Iñigo, manifestándole su situación y necesidad. Iñigo, que en sus años mozos nunca odió a nadie, no es sólo un generoso perdonador, sino que concibe la idea de visitar y ayudar al alegre dilapidador de sus caudales con un más alto y noble objetivo: «en aquella conjunción le podría ganar para que, dejado el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios». Queriendo poner alto precio al rescate de aquella alma, cruzó por su mente una idea, generosa hasta la locura: haría a pie y descalzo el trayecto París-Rouen, sin comer ni beber. ¿No sería tentar a Dios? Lo pensó en la soledad de la capilla del convento de Santo Domingo y quedó más tranquilo y definitivamente decidido. Madrugó mucho al día siguiente para poner en ejecución su plan. Su sensibilidad protestaba y se sintió como agarrotado al tiempo de vestirse.

Con cierta repugnancia en el alma, salió de casa antes del alba. Corrió la calle Saint-Jacques, atravesó el Sena y tomó la ruta de Pontoise, que pasa por Monceaux y Argenteuil. En su antiguo convento tomó el hábito Eloisa, la amante del célebre Abelardo. Quizá nada sabía Iñigo ni de una ni de otro. En cambio, sí le dijo algo la iglesita románica en que, según tradición, se conservaba la túnica inconsútil de Cristo: era una referencia concreta a Jerusalén, a la pasión y a los trabajos de Cristo. Iñigo iba todavía sumido en su «trabajo espiritual», en su cierta pesadumbre interior. El recuerdo actuó a modo de catarsis. Se desvaneció, como una pesadilla, su resistencia y le inundó de pronto un extraño gozo: «tanta alegría, que comenzó a gritar por aquellos campos y hablar con Dios». La primera noche durmió con un pobre mendigo en un Hospital, la segunda se refugió en un pajar; al tercer día estaba en Rouen, «todo este tiempo sin comer ni beber». Verdaderamente era un cuerdo loco este hombre de voluntad invencible, cifra y espejo de los extinguidos caballeros andantes que ayudan a los menesterosos. Fue capaz de recorrer, sin probar bocado y en tres días, unos 150 kilómetros, estableciendo un record digno de los más esforzados maratonianos. Mas junto a la proeza física, destaquemos el heroísmo moral: consoló al abatido enfermo, le ayudó a ponerlo en una nave para volver a España y le dio cartas de recomendación para Calixto, Cáceres y Arteaga. Acción, no demonios ni revelaciones, no dialécticas envolventes ni bellos discursos.

¡Si bailáseis al uso de vuestra tierra...!

Su naturaleza y voluntad recias son capaces de gestos menos robustos y espectaculares, pero acaso más tiernos e inesperados. No sabemos si corresponde a esta época parisina o a una posterior un episodio que figuró en la biografía manuscrita de Ribadeneira y por falso pudor fue eliminada de las ediciones impresas de la misma hasta que apareció en la edición crítica en 1965. Su bella prosa tiene todo el aire de los fioretti de san Francisco de

Asís: «Contóme una persona grave, que fue en un tiempo discípulo espiritual de nuestro Padre en París, que estando él una vez muy malo y muy congojado y afligido por la enfermedad, le visitó nuestro padre y con gran caridad le preguntó aparte qué cosa habría que le pudiese dar contento y quitarle aquel afán y extremada tristeza que tenía. Y como él respondiese que su pena no tenía remedio, volvióle Ignacio a rogar que lo mirase bien y pensase cualquier cosa que le pudiese dar gusto y alegría. Y el enfermo, después de haber pensado en ello, dijo un disparate: Una cosa sola, dijo, se me ofrece: si cantásedes aquí un poco y bailásedes al uso de vuestra tierra, como se usa en Vizcaya. De esto me parece que recibiera yo alivio y consuelo. —¿De esto (dijo Ignacio) recibiréis gran placer? —Antes, grandísimo, dijo el enfermo. Entonces Ignacio, aunque le parecía que la demanda era de hombre verdaderamente enfermo, por no acrecentarle la pena si se lo negara y con ella la enfermedad, venciendo la caridad a la autoridad y medida de su persona, determinó de hacer lo que se le pedía y así lo hizo. Y en acabando, le dijo: —Mirad que no me pidáis esto otra vez, porque no lo haré. Fue tanta la alegría que recibió el enfermo con esta tan suave caridad de Ignacio, que luego comenzó a despedir de sí toda aquella tristeza que le carcomía el corazón, y a mejorar, y dentro de pocos días estuvo bueno del todo. Por donde parece que el enfermo siguió su antojo en pedir lo que pidió, e Ignacio en concederlo tuvo cuenta de la caridad, por la cual nuestro Señor dio salud al enfermo». Con ese gesto de infinita delicadeza, el grave y cojo Iñigo satisfizo el antojo del triste enfermo, cumplió la palabra dada y dejó constancia viva de pertenecer a ese «pueblo que baila al pie de los Pirineos», como lo definiría siglos más tarde nada menos que Voltaire.

En este punto de la Autobiografía, la mención incidental de los compañeros de Alcalá y Salamanca hace detenerse a Iñigo unos instantes para dedicarles un último recuerdo marginal: «Y para no hablar más de estos compañeros, el fin de ellos fue éste». Habla de su fin o paradero casi veinticinco años después, sin decirnos las razones de su despegue. Iñigo cumplió parcialmente su promesa desde París y les escribió a menudo, pero para darles noticia «de la poca comodidad que tenía de hacerles venir a estudiar a París». ¿Es una razón? Iñigo ayudó en París a otros estudiantes menesterosos; por otra parte, sus antiguos compañeros sabían mendigar como él y no les defraudaría el tener que seguir los pasos iniciados por Peralta, Castro y Elduayen. ¿Es un pretexto para abandonar a sujetos de menos valía, comparados con los que empezaba a tratar en París? La verdad es que Iñigo se interesó eficazmente por Calixto e hizo sus primeros manejos diplomáticos al respecto. No sabemos el alcance de la expresión «se ingenió»; sí el contenido y destinatario de su ingenio.

Escribió nada menos que a Doña Leonor de Mascareñas, alta dama de la Corte de la Emperatriz Isabel y aya del recién nacido Príncipe Don Felipe. Probablemente la conoció en Valladolid el verano de 1527 cuando fue a hablar con el arzobispo Fonseca y le pudo referir su peregrinación a Jerusalén. Doña Leonor le cobró gran afecto y sería con el tiempo gran protectora de la Compañía. Iñigo imploró el favor de la alta dama para lograr para Calixto una de las muchas becas que el Rey de Portugal otorgaba a estudiantes parisinos. Doña Leonor proveyó a Calixto de una muía y dineros. El, que ya en Alcalá no presenta la fibra de Iñigo, fue a Portugal y no vino a París, sino a España, desde donde embarcó para México en compañía de una beata franciscana. Los odores de Nueva España

le obligarían a separarse de ella y él volvió a Salamanca sin la beata, pero acaudalado, ante el asombro de los que antes le conocieron. De Cáceres nos dice Iñigo que volvió a su patria, Segovia, y comenzó a vivir de tal modo, que «parecía haberse olvidado del primer propósito». El tercero, Arteaga, llegó a Licenciado y se pudo aprovechar del favor de la familia Zúñiga-Requesens, antigua protectora de Iñigo en Barcelona, para llegar a ser comendador de Santiago y ayo de los hijos de la familia. En 1540 fue nombrado obispo de Chiapas, pero murió trágicamente en México sin tomar posesión de su sede, en la que le sucedería el célebre fray Bartolomé de Las Casas.

Ventas temporis filia. El tiempo aclara y depura los misterios del corazón humano y la consistencia de sus deseos. No basta la seducción de Iñigo para garantizar fidelidades a toda prueba. Sin su asistencia cercana, se desvaneció el grupo de los compañeros de Alcalá y Salamanca. Naufragó también el trío parisino, «segundo parto» como lo llama Polanco. No por eso cejaría Iñigo en la tarea de buscar y juntar compañeros ni abandonaría fácilmente tal idea.

En septiembre de 1529 y a su vuelta de Rouen, estaba, por fin, decidido a iniciar seriamente sus cursos de Artes o Filosofía. Le esperaba un nuevo contratiempo. Su nombre era el centro de «gran rumor sobre él», a cuenta de las novedades pasadas de Peralta, Castro y Elduayen. A la irritación de Gouvea por la mudanza del barbista Elduayen, se unía la del Doctor Ortiz, quien desde Monteagudo tutelaba a Peralta. Antes de abandonar París y su cátedra sorbónica para pasar a explicar Biblia en Salamanca, Ortiz había ido con su queja al Maestro Ory, recientemente nombrado inquisidor por Clemente VII. Sabedor de ello, Iñigo no esperó a ser llamado, sino que se presentó en persona ante el sorprendido inquisidor, diciéndole que sabía que lo buscaba. Se mostró aparejado a toda clase de aclaraciones y le rogó, para colmo, que despachase pronto su asunto, pues quería comenzar en paz y orden su nuevo ciclo universitario el 1 de octubre. Ory reconoció que había recibido una denuncia, pero no mostró inquietud por el caso y dejó libre al intrépido estudiante.

«Andaba quieto... en paz con todos»

Iñigo comenzó las Artes el 1 de octubre. Sorprendentemente lo vemos admitido en Santa Bárbara, el colegio regido por Gouvea. Arremetía con cuatro años de fatigas para desbrozar la Lógica pura en las Summulae de Petras Hispanus y sus comentaristas, el Organon de Aristóteles, los Físicos, la Ética, etc.. ¡Qué terrible batalla con axiomas, predicamento, universales, silogismos... a una edad y con una condición personal que no favorecían excesivos entusiasmos por aquellos galimatías e interminables discusiones entre escuelas! A gusto suscribiría, de conocerla, la invectiva de Melancthon contra la «pagana Escolástica» de París que, de tolerarla, haría imposible la curación de la Iglesia. En cualquier caso, no era ése su terreno preferido ni el centro de sus preocupaciones. Más que los entusiasmos de Stapleton por el texto puro del Estagirita, le gustarían los versos de Murellius, perdidos entre sus comentarios:

Únicamente la virtud perdura.
El poder, la riqueza y la fama,
el tiempo los disipa y desparrama.
¡Qué pronto pierde el joven la hermosura!

¡Cómo no disculparle si su mente se distrae en las clases y se enreda con pensamientos espirituales que le asaltan! Advertida la tentación, como antes en Barcelona, se impone la voluntad sobre el gusto: fue el Maestro y le prometió la mayor asiduidad y atención en clase. Con todo, más a gusto se encuentra los domingos en la Cartuja, a donde consigue arrastrar a algunos estudiantes para provocar en ellos vivencias espirituales elementales. Su Maestro Peña, el único de quien hace mención en su Autobiografía, ve disminuir con tal motivo la asistencia a sus disputas dominicales. Amonesta a Iñigo varias veces, rogándole que no se entrometa en vidas ajenas, desasosegando a los estudiantes. Al final, se quejará al Rector Gouvea. Lo que pasó, lo supo Ribadeneira en París en 1542. Gouvea decidió frenar a Iñigo con el severo castigo aparejado para la indisciplina más grave: darle una sala o azotaina pública, por perturbar el Colegio y romper sus usos en son de santidad. Convocado el colegio para el triste espectáculo, Iñigo fue a hablar con el terrible Rector. Nada le importaba la humillación personal; pero como guía y apóstol, temía que sus seguidores no sabrían soportar aquella prueba. En unos minutos, la palabra persuasiva de Iñigo hizo desistir al Rector de su propósito y lo transformó en amigo. ¡Ironías del destino! Gouvea sería quien años más tarde abriría a la Compañía el camino de la India.

Iñigo inicia una etapa en que modera su celo, con sorpresa de observadores como el aragonés Doctor Jerónimo Frago. Algún día éste se permite comentar a Iñigo «cómo andaba quieto, sin que nadie le molestase». La respuesta es contundente: «La causa es porque yo no hablo a nadie de las cosas de Dios; pero, acabado el curso, tornaremos a lo acostumbrado». Durante el curso estudia, pero a su edad no caben entusiasmos juveniles por la ciencia, sí la seriedad y el tesón del adulto. La filosofía y la teología suscitaron en él la estimación y respeto de quien se ha asomado ordenadamente a ellas; ningún espiritualismo radical sería capaz de anularlos o borrarlos. De su penoso aprendizaje sabrá sacar consecuencias prácticas, que algún día tendrán gran alcance y efecto multiplicador: aprecio por la ciencia académica; convicción de que es preciso integrar Biblia, Padres y Escolástica; sentido de los métodos pedagógicos, conveniencia de los grados universitarios en el mundo en que vivía, necesidad de garantizar al estudiante unas condiciones mínimas que aseguren su dedicación total al estudio, etc.

Estudia, pero no es un intelectual ni aspira a serlo. Es un hombre de acción, de irradiación activa. Nunca asombrará a sus maestros por sus sutilezas, pero sí les subyugará por el señorío y majestad con que hablaba de materias teológicas. Hay algo en él que le da ascendiente entre sus compañeros, más jóvenes que él, e inclusive entre profesores. No es el tipo inteligente, decidor, brillante, que gana simpatías superficiales. Es otra cosa. Por dondequiera que pasa, fermenta el ambiente. Siembra inquietud, arrastra y, lo que es siempre mucho más difícil, transforma. Externamente nada hay de maravilloso en su manera de presentarse, ignora la retórica; sus iniciativas concretas no van embadurnadas con el atractivo del esteticismo o de la moda intelectual. Es un converso que va a lo esencial sin miedo y sabe que hay que llegar a un punto de ruptura y de entrega. Liquidación del pasado: en palabra sencilla y comprometedora, confesión general. Ruptura con el presente ambiguo o pecaminoso: malas compañías y hábitos, liberación del ambiente, posición personal firme contra todo y contra todos: como un símbolo simple, pero comprometedor, la confesión y

comuni3n semanal, la reuni3n en la Cartuja. De ah3 pueden surgir otros cambios m3s profundos; para ellos reserva su t3cnica de los Ejercicios.

En el secreto de su irradiaci3n est3n la autenticidad de su palabra y de su vida, su ejemplo sin trampa ni enga3o, sus modos directos. Es un hombre comprometido. Siempre se puede acudir a 3l en busca de ayuda material, de consejo, de aliento, de apoyo. Polanco recrea la atm3sfera que rodeaba a I3igo al decirnos que por este tiempo «viv3a en paz con todos, aun los que ten3an esp3ritu de mundo». Conversaba con personas de autoridad para ayudarse de ellas con los estudiantes. Ayudaba sin discriminaci3n a compa3eros pobres con limosnas, poni3ndolos con amos que les diesen comodidad de estudiar, obten3ndoles «porciones» o ayudas, aconsej3ndolos... Su red de amigos y favorecidos fue muy amplia. Con su consejo, m3s de uno abraz3 la vida religiosa, entrando franciscano, dominico o cartujo. Su influjo espiritual alcanza al te3logo Valle, del Colegio de Navarra; a Don Alvaro Moscoso, Rector de la Universidad en 1527 y m3s tarde obispo de Pamplona; al principal del Colegio de San Miguel, Marcial de Mazurier, quien, sensible a las ense3anzas de aquel extra3o estudiante seglar, quer3a hacerle Doctor en Teolog3a a quien lo adoctrinaba a 3l, que era Doctor. Eran igualmente amigos suyos los Doctores Picart y Frago.

Esta presencia, callada y discreta, a veces se condensaba en gestos de gran arrojo. Empe3ado en apartar a uno del concubinato, I3igo es capaz de esperarle en la afueras de Par3s, de salirle al paso y de arrojarse a su vista a un estanque de agua helada para disuadirle de su pasi3n. Sabe ganarse a un mal sacerdote, confes3ndose con 3l y conmovi3ndole por el relato de sus propios pecados y, sobre todo, por su arrepentimiento. Su valent3a alcanza cotas de f3bula en el vencimiento de s3 mismo. Estando con el Doctor Frago, se le present3 un fraile que pidi3 al Doctor le buscara hospedaje, porque ven3an muriendo muchos en la casa donde estaba y sospechaba que era peste. Frago visit3 con I3igo la casa, acompa3ado de una mujer experta en aquellos achaques que les sacase de dudas. Efectivamente, se trataba de la temida peste. I3igo se empe3i3 en entrar en la casa; pudo visitar y consolar a un enfermo, toc3 con la mano sus llagas, «lo anim3 un poco». M3s tarde le empez3 a doler la mano y, en su soledad, le agit3 la obsesi3n de haber contra3do la enfermedad. En terrible lucha consigo mismo, termin3 metiendo la mano en la boca para vencer sus aprensiones; por este motivo no le admitieron en el Colegio durante algunos d3as. El gesto es mucho m3s que episodio edificante de Flos sanctorum. En este agere contra de I3igo ve la psicolog3a moderna una muestra de intenci3n parad3jica, tratamiento no infalible, pero s3 frecuentemente eficaz en situaciones obsesivas, compulsivas y f3bicas, especialmente en los casos en que subyace la ansiedad anticipativa.

Estos son algunos de los recursos parisinos que afloran en la Autobiograf3a, extra3amente pobre en la evocaci3n del ambiente universitario y de acontecimientos importantes de la 3poca. Se dir3a que I3igo viv3a ajeno a ella, inmerso en su mundo interior, en sus preocupaciones estudiantiles inmediatas y queriendo encauzar a muchos hacia el centro de s3 mismos. A pesar de este opaco silencio hay que pensar que era imposible sustraerse a la noticia de sucesos que iban marcando los a3os. En Par3s, Lutero y el luteranismo no eran palabras vac3as referidas a lejanas tierras germ3nicas. El Parlamento, la Corte de Justicia y la Facultad de Teolog3a se ven3an mostrando inflexibles ante la nueva ola. En 1521 fue condenado Lutero, dos a3os despu3s se quemaban sus obras en la plaza de

Notre Dame y se prohibía su venta. En 1525 se arremetió contra las veleidades del grupo de Meaux, presidido por el obispo Briconnet. A partir de 1526 el ambiente se endureció todavía más. Fueron quemados por luteranos el Licenciado Hubert, el noble de la Tour, el estudiante Pauvant; en algunos casos se les cortaba o traspasaba previamente su lengua.

La creciente intransigencia no perdonó a Erasmo, con hallarse en el cénit de su fama. Su *Enchiridion* había alcanzado cincuenta ediciones en 1525, sus *Coloquios* veinticinco, el *Elogio de la locura* se vendió por decenas de miles y su *Novum Instrumentum* pudo alcanzar los cien mil ejemplares. No obstante, París condenó sus *Coloquios* (1526) y acogió la censura del implacable Noel Beda, ratificando la reprobación de cien proposiciones. El cartujo Sutor y el corpulento Beda lo atacaban sin cesar en sus escritos; Erasmo se vengaría con las más acerbadadas críticas e insultos. Cuando Iñigo ya estaba en París, la Universidad en pleno volvió a condenar los *Coloquios*. ¿Cómo pudo ignorar que el Rector de su Colegio fue invitado a participar en la Junta de Valladolid (1527) y que en ella se tomó posición contra Erasmo; o desconocer que Clichtove y De Cornibus tronaban contra Lutero y Erasmo en los pulpitos parisienses? Mientras él viajaba a Flandes fue quemado vivo Berquin, por relapso luterano. Aquel mismo año se hizo célebre la Dieta de Spira, de la que surgió por vez primera el apelativo de «protestantes».

Mientras él se enfrentaba con Aristóteles, discutían católicos y protestantes en Augsburgo las bases del nuevo cristianismo condensadas en la *Confessio Augustana*. Las nuevas ideas llegaban a París. Un fanático descabezó una imagen de la Virgen. El hecho causó consternación y se hizo reparación pública y solemne con una vistosa procesión presidida por el propio Rey.

Nada de esto parece inquietar a Iñigo y mucho menos perturbar su adhesión a la Iglesia; por el contrario, la hará más firme, profunda y completa. A pesar de las diatribas de Lutero y Erasmo contra los votos o contra la vida monástica y religiosa, él encamina gentes al convento, mientras se despueblan las comunidades en Alemania. Pero ¿por qué él mismo no seguía ese camino?

Su irradiación espiritual, ancha y abierta, acompañada de una infatigable actitud de servicio, no era una sementera completamente desinteresada. «Ganaba el amor de muchos —dice Polanco— teniendo ojo al fin suyo de traer algunas personas que más ingeniosas y hábiles para su propósito le parecían». No es un piadoso invento de Polanco. El propio Iñigo nos confiesa que cuando empezó los cursos de Artes (1529), decidió reducir sus proyectos a la conservación de aquellos que tenían propósito de servir a Dios, «sin ir más adelante a buscar otros, a fin de poder más cómodamente estudiar». En ambas frases sale la palabra propósito, aunque referida a distintos sujetos: en la segunda sirve para calificar, desde la óptica de Iñigo, unas personas; en la primera nos manifiesta un designio secreto del propio Iñigo. ¿Qué significaba para él en este momento «servir a Dios»? ¿Tenía un proyecto claro y definido para los sujetos así dispuestos? En cualquier caso desechemos la falsa imagen del estratega genial que planea un vasto ejército de fuerzas con que batallar contra el protestantismo o defender a la Iglesia tambaleante. Tiempo al tiempo y paso de buey. Las cosas son infinitamente más sencillas y modestas en su origen.

La cosa empezó en un cuarto de colegio

La vida de Iñigo está repleta de encuentros fortuitos, de más o menos largas consecuencias. Parece un hombre que estuviera seguro del resultado final y echa el copo en todas las direcciones sin saber el momento feliz de la pesca definitiva y sin que le arredren los fracasos. De los múltiples encuentros, hay uno singular por sus consecuencias. Cuando Iñigo fue admitido en Santa Bárbara y fue a habitar una cámara de su Torre alta, designada familiarmente como «el Paraíso», se encontró en ella con su Maestro Peña y con dos estudiantes que pronto serían licenciados: Pedro Fabro y Francisco Javier. Allí nació, en su primer germen fecundo, la Compañía. Podríamos bautizar su nacimiento con este título: «Todo empezó charlando en un cuarto». ¿Es posible que la Autobiografía por toda noticia sobre el origen del grupo fundacional, se limite a estas más que lacónicas palabras?: «En este tiempo conversaba con Maestro Pedro Fabro y con Maestro Francisco Javier, a los cuales ganó para servicio de Dios por medio de los Ejercicios». No eran Maestros cuando empezó a conversar con ellos; y aun antes de los Ejercicios, estaban ambos ganados por el singular conversador. Venturosamente, Fabro y Javier, Laínez, Simón Rodrigues... y los demás que se fueron uniendo, también tienen memoria, memoria agradecida para Iñigo, a quien contemplarán como padre en el espíritu. Con ayuda de ellos podemos recomponer una historia tan sencilla como increíble, casi unos «fioretti» de Iñigo.

Fabro era un rubio joven de alma pura como las alturas alpinas de su nativa Saboya. Hijo de labradores y pastorcillo en su infancia, jugaba a curita y predicador de sus compañeros de juego de Villaret. Su afán de saber encontró apoyo en un tío cartujo; tras pasar por diversas escuelas, llegaba a París en 1525. Era un hombre dotado de especial bondad y simpatía por naturaleza; su trato fue siempre maravillosamente atractivo. Podía, resolver dudas sobre el texto griego de Aristóteles a su Maestro Peña. ¡Cuánto más servir de repetidor y ayuda a Iñigo, su nuevo compañero quince años más viejo que él! Una conversación continuada, a poco que sea sincera, es como un camino con insospechados destinos; aunque el punto de arranque sea Petrus Hispanus o Aristóteles, el de llegada es imprevisible, sobre todo cuando se intercambia algo más que saberes aprendidos. Cuando Fabro escribía su Memorial (1542-1546), que son sus confesiones, entona un canto de agradecimiento a Dios por aquel encuentro, cuyas consecuencias describe morosamente: de la conversación exterior y superficial se pasó a la interior y espiritual, del Perú hermeneías a la confidencia, de las anécdotas a los temas espirituales. La conversación auténtica es una malla que enreda. El repetidor y el viejo alumno tuvieron que moderar las charlas interminables y gustosas para cumplir con el estudio. Nació una amistad profunda sostenida por el vivir juntos, uno en la mesa, en la bolsa, compartir la cámara.

Un día Fabro abrió a Iñigo un resquicio nuevo de su intimidad: era un hombre tímido y vacilante, le atormentaban los escrúpulos. Su amigo, el curtidor aprendiz de lógica, sabía mucho de estos achaques: le dio la paz, inapreciable regalo. El viejo ejerció sobre el joven un suave magisterio: hablaba del conocimiento de Dios y de sí mismo, de entender su conciencia. Fabro ya no tenía secretos. Iñigo apaciguó en sus tentaciones al angelical saboyano, agitado por imaginaciones sensuales. Conocía la fornicación sólo por los libros, cuando otros la conocían por sus efectos, como aquel profesor que acababa de morir consumido por la sífilis. Además Fabro era

indeciso frente a su futuro: ¿sería médico, jurista, teólogo? ¿Se casaría, o profesaría en una Orden, sería simple clérigo? Aun sin hacer los Ejercicios, Fabro cobró firmeza y llegó a total identificación con los ideales de su amigo y consejero. «Llegamos a ser una misma cosa en deseos y voluntad y propósito firme de querer tomar esta vida que ahora llevamos», escribiría ya de jesuita. Cuatro años empleó Iñigo en esta labor de orfebrería espiritual de Fabro: empezó por confesarse con el Doctor Castro, a quien le remitió Iñigo, comulgaba semanalmente, examinaba diariamente su conciencia, y terminó por querer seguir la forma de vida de su amigo. Sería con el tiempo un trabajador intrépido e infatigable y puntal de la Compañía naciente.

«La pasta más ruda»: el Maestro Xavier

Había nacido el mismo año que Fabro, y casi el mismo día de abril, su compañero y amigo Javier, colegial como él de Santa Bárbara desde el 1 de octubre de 1525. ¡Llevaban cuatro años conviviendo en un cuarto! Era simpático y jovial, hombre de vitalidad arrolladora y el mejor saltarín en los juegos atléticos que se celebraban en las praderas de la He. Soñador por naturaleza, quería resarcirse con sus triunfos personales de las rudas pruebas que aquejaron a su estirpe. Era, como Iñigo, el menor de la familia. Los azares de Navarra habían costado la vida a su padre, el Doctor Jassu, Presidente del Consejo Real del pequeño reino pirenaico; sus hermanos habían combatido en todas las batallas por fidelidad a la dinastía destronada, habían conocido la cárcel y hasta la pena de muerte y el indulto. Había ya muerto su madre, «Doña María la triste», como firmara en alguna de sus cartas. Javier se había criado en la tristeza de una familia hundida y había visto desmochar las torres de su castillo familiar por orden de Cisneros cuando contaba doce años. ¿Identificó desde el primer momento a Iñigo con el antiguo defensor de Pamplona y aliado del bando adverso al de los Javier? Probablemente le envolvió en el calificativo displicente que le merecían todos los guipuzcoanos.

Todo aquello era ya agua pasada. Ahora se enderezaban los caminos del más joven vástago de Javier. A los meses de llegar Iñigo, Javier conseguía el título de Licenciado. El 15 de marzo de 1530. Muy poco después, gastando dineros que no le sobraban, lograba la investidura de Maestro. Podía llevar la escarapela de los Maestros sobre el hombro izquierdo de su hábito talar y, lo que es más importante, comenzar a regentar una cátedra en el Colegio de Beauvais. Pasaba a ser miembro de la Facultad de Artes, podía participar en sus Juntas y tomar parte en la elección de Rector. Como complemento haría diligencias para acreditar nobleza y así obtener una canongía en Pamplona. El navarro Miguel de Landívar le servía como criado. Algo alcanzado andaba para mantenerse en su nuevo tenor de vida, tras los gastos del doctorado, sobre todo teniendo en cuenta que su familia no lo asistía con la puntualidad y generosidad necesarias.

Iñigo le ayudó económicamente; además le halagó buscándole alumnos, que le presentaba personalmente. Velaba también discretamente sobre su círculo de nuevas amistades, en momentos en que el clima intelectual parisiense se abría a una nueva generación de humanistas de insegura ortodoxia. Iñigo conocía bien el dulce atractivo del ser más, tener más, valer más, el deseo de honra, gloria y fausto. Como una gota fue

gastando aquella alma roqueña, de cuya resistencia se hacen eco algunas fuentes. El Maestro Javier estuvo «un poco más duro y dificultoso», escribirá Texeira. En los diálogos de ficción que compone Auger a fines de siglo, pone en labios de Polanco esta frase reveladora: «He oído decir a nuestro gran moldeador de hombres, Ignacio, que la pasta más ruda por él jamás manejada, había sido en los principios este joven Francisco Javier». Al navarro no le atraía en absoluto el estilo de vida de Iñigo y aun se burlaba de los que le seguían. Se mantenía a distancia, en inconsciente autodefensa. «¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo?...» La frase evangélica deshinchaba sus ambiciones, les restaba importancia y significado; al fin, se disiparon como niebla y Javier se adhirió a Iñigo y a sus planes; cambió de vida y licenció a su criado. Evocando la vieja sentencia de Gouvea, Iñigo «había vuelto loco» al Maestro navarro. Landívar, afectado por el despido, resolvió matar al embaucador de su amo y llegó a subir las escaleras del Colegio, puñal en mano y ciego por el odio. Una voz de Iñigo bastó para detenerlo y postrarlo a sus pies. Ribadeneira oyó relatar este episodio al propio Ignacio. Javier no había hecho los Ejercicios, pero estaba decidido a seguir el camino de Iñigo en la primera mitad de 1533. Duro como la madera de los robles pirenaicos, la talla que reciba le dará forma y grandeza imperecederas. Fabro y Javier, compañeros de cuarto, dos hombres cabales con sus veintisiete años.

Los «iñiguistas», unos amigos

Fue más fácil y rápida la conquista de. otra pareja, Laínez y Salmerón, dos jóvenes promesas, «grandes amigos entre sí», con veintiuno y dieciocho años, y con ansias de saber. Venían de Alcalá, donde habían oído hablar de Iñigo y deseaban conocerlo.

La suerte quiso que el primero con quien topó Laínez en París al apearse en su posada fuese Iñigo. Le fueron muy útiles sus primeros consejos, orientaciones prácticas y ayudas. Pronto conoció el camino de Santa Bárbara y se unió al grupo que se reunía los domingos en la Cartuja. Era ya Maestro por Alcalá desde el 23 de octubre de 1532; fue el tercero de su promoción, porque el favoritismo regaló a los otros los dos primeros puestos. Intuitivo e inteligente, hábil disputador y erudito, era débil y pequeño de cuerpo, de ojos grandes y vivos, joven piadoso, puro y dócil. Su nariz aguileña denotaba su raza judía. Su inseparable amigo, Alfonso Salmerón, era un toledano franco, alegre y abierto, joven de prodigiosa memoria que recitaba de memoria a los poetas griegos y latinos que estudió en el Colegio Trilingüe de Alcalá. A Laínez y Salmerón Iñigo los trabajó separadamente y, sin saber uno del otro, se encontraron embarcados en la misma empresa. Casi al mismo tiempo llegó a París Nicolás Alonso, que sería conocido como Bobadilla, un castellano viejo de Palencia, áspero, campechano, pasional en su modo de hablar y en su franqueza, bachiller en Artes por Alcalá y Regente de Lógica en San Gregorio de Valladolid. Llegaba a París atraído por la fama de los profesores del Colegio Real, con ganas de aprender las tres lenguas sabias que mejorarían su formación teológica. Accedió a Iñigo porque ayudaba a estudiantes. En efecto, le logró una plaza de Regente en el Colegio de Calvi, pero le puso en guardia respecto a la ortodoxia de los profesores que él buscaba. Bobadilla cambió de plan y estudió Teología con los dominicos y franciscanos. Se integró en el grupo de Iñigo. El portugués Simón Rodrigues, becario de Juan III de Portugal, vivía

en Santa Bárbara desde 1526. Convivió con Iñigo desde 1529, pero no trató con él hasta 1533. Siendo ya muy anciano, escribiría en 1577 un delicioso relato con sus recuerdos parisinos. Entró en contacto con Iñigo por iniciativa propia, atraído por la santidad del estudiante cuarentón. «Determinó darle parte de sus deseos y alma». Pronto se decidió a seguir un nuevo camino. Su mudanza sorprendió a sus amigos portugueses, e inclusive a Fabro y Javier.

Ya eran seis los que, uno a uno y sin conocimiento de la determinación de los demás, desembocaban en la misma resolución precisa: visitar Tierra Santa y emplear su vida en ayuda y provecho de la salvación del prójimo; o lo que es igual, «seguir el instituto de Iñigo» como diría Laínez. Instituto no significa otra cosa que el camino o la manera de Iñigo, aún algo desdibujado y ciertamente no inserto en las usuales estructuras eclesiales. Iñigo no fundó inicialmente un grupo, sino moldeó una a una, como el herrero Errasti de Loyola, piezas que se conjuntaron perfectamente. Aquel plantel de excepción, de estirpes y nacionalidades diversas, poseía una homogeneidad que era resultado de edad y nivel cultural análogos y sobre todo de ideales idénticos. Bastaba montar o conjuntar las piezas para que naciese el grupo compacto, identificado con el guía personal, el mismo para cada uno y para todos. Al abrigo de esta afinidad y convergencia, fraguó una íntima amistad. Todo empezó en un cuarto, pero luego el cuarto de cada uno era el de todos, y en cualquiera de ellos se reunían algunas tardes, llevando cada uno su merienda, para encontrarse, charlar y soñar.

Iñigo no era un estratega ni un líder arrollador, sino el compañero-guía que ejercía un suave magisterio y liderazgo, firme y seguro. Había hecho posible que cada uno escuchase la llamada de Dios, que, curiosamente, se identificaba con la llamada que un día percibiera el propio Iñigo, hasta en este detalle poco previsible de iniciar el nuevo derrotero visitando la tierra de Jesús. Estamos en el pórtico de la aventura de seis pobres cristianos, ninguno de los cuales es sacerdote; se encontraban, como los peregrinos, queriendo hacer el mismo camino, pero habiendo decidido cada uno de por sí y con independencia de los otros. Eran siete hombres decididos, libres, dueños de sí mismos, que renunciaban a todo, porque elegían una sola cosa: consagrarse a Dios y a los demás. Ideal generoso, pero aún sin forma precisa. Lo importante, por el momento, era la actitud abierta y radicalmente disponible. La coyuntura histórica ayudaría a concretar caminos.

Ciertamente fue muy singular la de 1533, aunque no deje rastro en la Autobiografía de Iñigo. Lo de menos es que ese año, el 13 de marzo, Iñigo obtuvo la Licenciatura de Artes, *licentia docendi, disputandi, determinandi...* *Parisiis et ubique terrarum*. Alguna complacencia tuvo que sentir Iñigo, recordando las trabas puestas a sus pláticas en Alcalá y Salamanca. ¡Ya habían pasado los cuatro años, empleados, además, en el estudio! Tenía patente para enseñar; aunque los *Analytica* de Aristóteles, ni siquiera el *De ánima*, le sirviesen demasiado para ayudar a las ánimas. El acontecimiento europeo del año fue la boda de Enrique VIII con Ana Bolena, que rompió el desposorio milenario de Inglaterra con Roma. Ese mismo año París conoció de nuevo la peste; se promulgaron severas ordenanzas. Más difícil de desarraigar era la infiltración protestante, cada vez más patente en libros y sermones. Un síntoma del cambio de clima fue el destierro de Noel Beda y Picart, bastiones de la lucha contra Lutero y Erasmo. Calvino había retornado a París y vivía cerca de Santa Bárbara. La atmósfera tensa, que

se reflejaba en las reticencias de ciertas obras de teatro, se convirtió en tempestad al iniciarse el curso 1533-1534. El nuevo Rector de la Universidad, amigo de Calvino y bachiller en Medicina, mostró en su discurso inaugural claras simpatías hacia la doctrina protestante, designada ambiguamente como «filosofía de Cristo».

El sermón de Cop desencadenó una reacción fulminante. Fue censurado por la Facultad de Teología. Convocada asamblea general, las Facultades pugnaron entre sí con actitudes diferenciadas. Sobrevinieron tumultos y Cop tuvo que huir en el momento en que iban a prenderle. En la desbandada desapareció también Calvino. El Parlamento y hasta Francisco I, que acababa de suscribir el año anterior el convenio de Saalfeld con Liga protestante de Esmalcalda, reaccionaron con vigor. Picart y Beda volvieron en triunfo, mientras se promulgaban edictos condenando a la hoguera a cualquier convicto de luteranismo por dos testigos. El nuevo año 1534 no empezaba con mejores augurios. Se atacaba a los humanistas profesores del Colegio Real y se les quería prohibir el comentario de la Biblia, bajo pretexto de que no eran teólogos. El Parlamento prohibió nuevas traducciones de la Sagrada Escritura a lengua vulgar. La agitación crecía por momentos, favorecida por el decreto de extirpación de la herejía y por la caza de herejes.

En ese contexto y para remachar adhesiones ya firmes, Iñigo da en febrero los Ejercicios a Fabro, el primogénito del grupo, quien en pocos meses accede a las órdenes y celebrará su primera misa el 22 de julio. Después lo hicieron separadamente Laínez y los demás, a excepción de Javier, que los haría en septiembre. Iñigo empleaba su técnica a fondo, sin adaptaciones o recortes acomodaticios. No eran Ejercicios de conversión, sino de elección o fijación de estado; ya antes de ellos estaban decididos. «Al que recibe los Ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Creador, ofreciéndole todo su querer y libertad». ¿Cuándo se cumplió con más rigor esta anotación 5.a del librito que con aquel plantel, que sirvió de test para comprobar la eficacia de la técnica de Iñigo para hacer surgir en cada uno potenciales ilimitados de respuesta a las llamadas de la gracia?

Hicieron los Ejercicios separadamente, uno a uno. Se retiraban a alguna casita, abandonando su morada habitual; se entregaban a grandes penitencias y ayunos, los visitaba frecuentemente Iñigo para hablarles y seguir su proceso. Sólo Bobadilla los hizo retirado en su Colegio. Los Ejercicios no conquistaron adeptos, los confirmaron irrevocablemente en la decisión ya tomada. El 5 de abril obtenía Iñigo el título de Maestro en Artes, más por conveniencia social que por ambiciones vanidosas. Recibió la birreta en los Mathurinos de la calle Fouarre. Ya era el Maestro —no Padre— Ignacio. Con este nombre queda inscrito en los libros oficiales de la Universidad. Nadie explica esta mudanza; se da como razón del nombre adoptado el que le parecía más universal, su devoción al mártir antioqueno, acaso la convicción de su equivalencia. Todavía familiarmente le llamarían Iñigo y firmará aún años más tarde algunas veces con su viejo nombre. Poco a poco se fue imponiendo el de Ignacio, con el que pasará a la historia.

El curso siguiente podía inscribirse en la Facultad de Teología: «Dominus Ignatius de Loyola, dioecesis pampilonensis». Ya no importa el anonimato. Desde su opción firme y estable podía escribir a su familia en junio de 1532. Quizá no era la primera carta. Tras años de desconexión, Iñigo —así firma la carta dirigida a su hermano Martín— trata de explicar su

aventura con estas palabras preciosas: «Decís que os habéis mucho holgado en pareceres que he dejado la manera que con vos he tenido en no os escribir. No os maravilléis: a una gran llaga para sanalla aplican luego en el principio un ungüento, otro en el medio, otro en el fin. Así al principio de mi camino una cura me era necesaria; un poco más, más adelante»... Invoca el ejemplo de san Pablo, a quien se pareció en el principio y quisiera asemejarse en lo restante. Pero, la excusa de su silencio, más que las ocupaciones pasadas, es la duda de que sus cartas pudieran aprovechar al espíritu de quienes llevaban la misma sangre. Es un aldabonazo a su familia, abundante en cosas terrenas y obsesionada por el valer más, para infundirle el deseo de bienes espirituales y de gestos duraderos y con sabor de eternidad. Para Iñigo, la sangre como tal, ya no cuenta; está abierto a todos los hombres. No importa que sean pecadores, con tal de que admitan serlo. Le importa su destino inmortal y el que adquieran conciencia del mismo.

En julio de aquel año una ventolera de reforma sacudió a la Universidad reunida en asamblea general. Se tomaron diversas medidas, sobre todo en la Facultad de Artes: el latín, la dialéctica, la piedad, las costumbres, el ejemplo de los profesores, las reservas contra los escritos obscenos y contra el luteranismo, el saneamiento de los colegios: todo recibió atención y normas de aquella asamblea en la que participó el Maestro Javier. Algo era frente a los aguijonazos de Erasmo contra tanto Maestro ajeno a la contienda que dividía a Europa. No había entre ellos quien siguiera la vía de aquel Canciller, que se llamó Gerson, que descendía de la alta cátedra para catequizar a los niños.

El futuro, la Iglesia, la Inquisición

Aquel verano el plantel selecto de iñiguistas deliberó seriamente sobre su futuro. No tenían prisa, pues varios de ellos iban a comenzar su estudio de la teología. Eran un puñado de amigos íntimos unidos que deseaban seguir los pasos de Iñigo. Cualquiera que fuese el destino de su vida futura, se afianzaban en algunos puntos fundamentales. Optaron por la pobreza efectiva, con las renunciaciones necesarias. Sus títulos universitarios no serían instrumentos de pane lucrando. Ejercerían el apostolado gratuitamente, sin soñar en prebendas ni honorarios. Su pobreza se haría más radical al término de sus estudios. Se sobreentendía que optaban por la castidad celibataria. No eran ascetas sombríos; eran alegres y confiados seguidores de Cristo, del Cristo descubierto y entrañado en los Ejercicios, cuyas huellas querían pisar en Tierra Santa. Uno a uno se habían comprometido a hacer esa peregrinación, que constituía el vínculo más tangible y concreto de su unión. Era el punto más firme, aunque surgieran diferencias sobre su alcance. El Maestro Ignacio sabía mejor que nadie hasta qué punto su realización dependía de azares imprevisibles. Durante semanas discutieron sobre la eventualidad de un fracaso y sobre el alcance del viaje.

Ignacio, Laínez y Javier soñaban con quedarse a vivir definitivamente en Palestina, gastándose en servicio de cristianos e infieles. ¿No huían de aquella Europa envejecida y dilacerada, ahita de ciencia y sorda a los compromisos de la fe? Fabro y Rodrigues pensaban en volver. Y si no pudiesen cumplir su voto por dificultades imprevistas, ¿hasta cuándo se sentirían vinculados por él y qué rumbo tomarían en caso de imposible cumplimiento? Como expertos dialécticos, barajaron todas las posibilidades

y trazaron un plan de acción. Partirían hacia Venecia en 1537, tras afianzarse en sus estudios teológicos, y esperarían la oportunidad de embarcar durante un año: si se les cerraba la puerta de Jerusalén, se pondrían a la disposición del Papa. Si conseguían llegar al país de Jesús, allí decidirían por mayoría de votos la estancia permanente o el retorno; en caso de volver, igualmente se acogerían al destino que les marcara el Papa. Una referencia al futuro, una iniciativa a tomar, creaba el grupo como tal, supeditando por primera vez los destinos individuales a la opción del grupo de amigos. Jerusalén es la meta fija e invariable; quedaba en reserva la alternativa de Roma para dos eventualidades posibles. La romanidad es sólo una carta de reserva; no un ideal originario de Ignacio, y mucho menos con la intención de conquistar el corazón de la cristiandad. Ignacio dejaba la rienda suelta a la muía, como en el episodio del moro, porque sabía que Otro guiaba sus caminos.

Eran siete hombres, con siete nombres inconfundibles, pero con ideales comunes e intercambiables. Para dar firmeza a las decisiones tomadas, aquellos Magistri parisienses empeñados en servir en pobreza a los demás, se reunieron en la más retirada de las iglesias de las afueras de París. El escenario y el día fueron sin duda cuidadosamente escogidos: la capilla-crypta de San Dionisio y sus compañeros mártires, en Montmartre (Mons martyrum); la fecha, la festividad de la Asunción de María. Ambas circunstancias coloreaban de aire transcendente aquella reunión singular. Celebró la misa el único sacerdote del grupo, el Maestro Fabro. Antes de la comunión, uno a uno fueron pronunciando su voto, al que Fabro añadió el suyo. El compromiso colegiado adquiría así un carácter sagrado. Cuarenta años después todavía recordaba con emoción aquel «holocausto» un superviviente como Simón Rodrigues, y parecían reverdecen en él la alegría de espíritu, la abnegación de voluntad y la inmensa esperanza en la misericordia divina que animaron aquel gesto. Lo renovaron en la misma fecha en los dos años sucesivos. Ignacio estaría ausente; pero se sumaron al grupo tres nuevos adeptos: Jay, Broet y Codure, saboyano y franceses. Ya eran diez.

¿Había nacido la Compañía? No, en sentido estricto. No había regla, ni estructura jerarquizada, ni programa de acción; hasta el terreno concreto de trabajo quedaba colgado del futuro impreciso y supeditado a avatares imprevisibles. Se había consolidado un deseo romántico, ancho e infinito como el cielo del día de la Asunción. Se había formado la crisálida de la que un día surgiría una institución. Laínez lo confesará claramente más tarde: «Nuestra intención desde París aún no era de hacer congregación, sino dedicarse en pobreza al servicio de Dios y al provecho del prójimo, predicando y sirviendo en hospitales». Todavía tres años más tarde el propio Ignacio escribe a Verdolay desde Venecia, mientras intenta embarcar para Jerusalén: «No sé adelante lo que Dios nuestro Señor ordenará de mí». Nadal podía escribir en 1563, refiriéndose a estos años, de Ignacio: «Era llevado suavemente a donde no sabía, y no pensaba en fundar Orden alguna».

En septiembre pudo hacer los Ejercicios de mes el Maestro Javier, retirado en una casita solitaria. Asistía a misa en la iglesia vecina; le visitaba mucho Ignacio, alguna vez los otros compañeros. Ayunó rigurosamente durante cuatro días. El ágil saltarín se inmovilizó ligándose brazos y pies; a punto estuvo de gangrenarse y de que le hubieran de amputar un brazo. Los Ejercicios fueron una experiencia profunda e

imborrable. Salió de ellos con su jovialidad proverbial, pero era otro hombre. Jamás se separará del librito de los Ejercicios, forjado él en tal troquel. Su afecto apasionado por Ignacio no conocerá límites y raya en la idolatría. Lo podía llamar «Padre en las entrañas de Cristo único», ya que por él había hablado Dios a su corazón.

En octubre reanudaron todos sus estudios. Ignacio prosiguió su teología, escogiendo entre los diversos centros el de los dominicos. Desechó el nominalismo de moda, para abreviar en las fuentes del tomismo, hacia las que guardaría siempre un profundo respeto. De las visiones trinitarias del Cardoner, a las lucubraciones de la Summa Theologica. Los ramalazos de las sentencias tomistas alimentaban el alma más que las dialécticas de Maior o Celaya. París conoció un otoño caliente. El 18 de octubre en la capital y otras ciudades de Francia habían aparecido carteles (placarás) protestantes en que se atacaba abiertamente la misa. Hubo diversas procesiones de desagravio organizadas por el Parlamento y por la Universidad los días 22 y 23. El 10 de noviembre se dictaron las primeras sentencias de muerte. En diversas plazas fueron quemados los condenados, tras perforárseles la lengua o cortarles la mano. El Rey volvió a París y atizó aún más la caza de herejes. El 21 de enero presidió la magna procesión en que participaron parroquias, abadías, conventos, colegios, la Universidad, prelados, embajadores y la Corte en pleno. El monarca pronunció un duro discurso; poco después eran quemados otros seis luteranos en rué Saint-Honoré. A los pocos días eran citados a comparecer 73 acusados, cortesanos, comerciantes, frailes... que habían huido de la ciudad. Quien escondía a un luterano podía ser castigado como tal; quien lo entregaba recibía recompensas. Era una guerra entre irreconciliables. Las reticencias o ambigüedades de los humanistas quedaban, cada vez más, fuera de este juego o batalla a muerte. Las actitudes habían de ser claras y netas, era preciso optar en aquel contexto electrizado.

«Para el sentido verdadero en la Iglesia militante»

Ignacio, que iba retocando sin cesar su cuaderno de Ejercicios, introdujo en la larga etapa parisién piezas nuevas, como la meditación de los dos binarios, la de los tres grados de humildad y no pocas reglas; dio quizás nueva estructura literaria a su obra. En este momento añadirá un complemento famoso: unas normas «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener», según reza el texto original castellano. Aunque en la redacción definitiva de 1541 son dieciocho, parece seguro que las cinco últimas las añadió más tarde en Italia. Mucho se ha escrito sobre ellas, considerándolas como la quintaesencia de la Contrarreforma: unos han querido rastrear sus fuentes literarias en las actas del Concilio de Sens (1529), sea en la condenación de errores que promulgó, sea en la exposición de la doctrina católica que redactó Clichtove. Otros han subrayado las analogías que se dan entre estas reglas y los puntos de la respuesta de Francisco I y la Sorbona a Melancton el 30 de agosto de 1535, sin tener en cuenta que para esa fecha Ignacio llevaba varios meses lejos de París y que el texto de los Ejercicios que quedó en poder de Fabro y pasó luego al código llamado coloniense tiene ya las Reglas. Más que en influencias literarias hay que pensar en influencias ambientales: bastaba vivir en París, para darse cuenta de que, además de situar a cada hombre ante Cristo, era necesario resituarle en aquella tormenta de opiniones,

proporcionarle brújula y carta de marear. ¿Redactó estas Reglas antes de la jornada de Montmartre, o acaso al entregar al inquisidor Lievin una copia de sus Ejercicios?

La verdad es que Iñigo había vivido hasta entonces en la Iglesia, sin sombra de problemas acerca de sus dogmas, del principio de autoridad y jerarquía, ni de sus tradicionales formas de devoción. En las confrontaciones personales con sus representantes jerárquicos, siempre dio muestra de una rendida sumisión. La Iglesia había sido para él como una atmósfera, un regazo maternal, natural y obvio como puede ser el respirar o el gozar de buena salud. Ahora era preciso explicar y profesar sin reticencia de ningún género, no un acatamiento humano, sino una auténtica fe en la Iglesia, «santa madre»..., y confesar esto de la iglesia real, histórica, manchada, la iglesia «militante», sin refugiarse en la idealizada iglesia primitiva: para Ignacio, con el paso y peso de los siglos, la Iglesia no dejaba de ser «vera esposa de Jesucristo». Esta es la savia que fluye por el ramaje de las Reglas meticulosas. Ante el desconcierto coetáneo de opiniones particulares — cualquiera de ellas con aires de infalibilidad—, Iñigo prefiere aferrarse a la Iglesia de siempre, con fe y confianza profundas; siempre puede reforzarse este discurrir con la voluntad buscando las razones que lo abonan, más que las contrarias; y siempre podemos «tener ánimo pronto y aparejado para obedecer» y rechazar la desobediencia, si no es más por espíritu de cuerpo, y de cuerpo en grave peligro.

Desfiguraríamos, con todo, el sentir ignaciano reduciéndolo a mera disciplina ciega, si no captásemos su total perspectiva: porque la frase conocida, «lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina», al margen de que la Iglesia no determine todos los días, ni sobre todo, ni con la misma rotundidad, va justificada con las hondas razones que asienten a tal creencia o fe: «creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia». Me atrevería a decir que la coyuntura histórica sirvió para que el mismo Iñigo explicitara y enriqueciera su fe en la Iglesia.

Mucho se ha discutido sobre si el bloque parisino de Reglas, las trece primeras, es de signo antiluterano o antierasmista. La disyuntiva es en parte falsa. Lo que preconizan o condenan estas Reglas, encuentra, en muchas de ellas, el polo opuesto en Lutero y en Erasmo: en el primero con total radicalismo, con rechazo frontal; en el segundo, con ambigüedades y matices. La confesión, la misa, los oficios y horas canónicas, la vida religiosa, los votos, el celibato, el matrimonio, la devoción a los santos y a sus reliquias, las peregrinaciones e indulgencias, los ayunos y penitencias externas, los usos cuaresmales, los ornamentos y edificios sagrados.... habían sido rechazados por Lutero, o alegremente criticados por Erasmo. Ignacio, que ha practicado seriamente todo ello, dice simplemente que hay que alabarlos; no denigrarlos, y menos rechazarlos. Igualmente pide respeto para los preceptos de la Iglesia y para sus representantes jerárquicos; para los primeros, tratando de buscar razones en su defensa —recuérdese el coloquio con Vives—; para los segundos, no defendiendo lo indefendible, sino evitando suscitar desprestigio y procurando su corrección eficazmente.

Junto al capítulo de devociones, las Reglas 10-12 se plantean el problema de las autoridades o instancias que podían regular y orientar la

vida espiritual. Frente a una autoridad constantemente criticada y puesta en solfa, él se inclina por alabar las constituciones, recomendaciones y costumbres de los superiores en jerarquía, antes que adherirse a sus denigradores (Regla 10). Ante la alternativa, muy de la época, Biblia y Padres o Escolástica, integra ambas instancias inspiradoras y rectoras del saber teológico y de la piedad ilustrada; los primeros nos mueven a gustar, amar y servir; la segunda es precisa para aclarar, perfilar, corregir, y claro está que no debe olvidar la inteligencia de la Escritura y de los Padres. Por último, ante la seducción de prestigiosos espirituales coetáneos y vivientes, recomienda cautela y discreción, sobre todo en compararlos con los maestros indiscutidos y consagrados por el tiempo. El enemigo de los superlativos lo será también de los comparativos. Claro que en tal óptica no podía entrar Lutero, por mucho que sus admiradores lo comparasen con san Pablo. Quien ya desde los días de Alcalá otorgaba sus preferencias a lo seguro y probado, no podía confeccionar esta especie de carta de marear para evitar la herejía notoria como tal, sino para ahorrar a los incautos escollos menos visibles, y por eso más peligrosos, llámense Erasmo u ostenten nombres menos famosos.

Todavía podríamos preguntarnos a quiénes iban dirigidas estas cautelas. Muchas parecen pensar en los ejercitantes, y esto les fuerza a pensar que las Reglas ignacianas representan una malla fina tejida, no precisamente para dejar pasar gruesos errores heréticos. Equivaldrían a un manifiesto o programa de estricta ortodoxia. Quizá no se ha pensado suficientemente en un detalle mínimo: estas Reglas, como todas las demás del manuscrito de los Ejercicios, siguieron en su elaboración unas etapas intencionalmente claras: primero fueron apuntes de observaciones puramente personales; luego fueron normas entrañadas de Iñigo para ayudar a los demás cuando él daba los Ejercicios; finalmente, llegaba la hora en que sus técnicas iban a ser puestas en práctica activa por sus compañeros. Por lo mismo, éstas y todas las Reglas marcaban las maneras y estilo de actuar de los directores de Ejercicios, en los cuales no cabe concebir la menor connivencia con la herejía declarada. Inclusive cuando se edite el librito, lo que no ocurre hasta 1548, será casi exclusivamente para uso doméstico o interior de la Compañía. No era un libro de lectura para el ejercitante, sino guía de métodos para el director; éste debía saberlo más que llevarlo: «El que da los Ejercicios no debe llevar el libro de ellos para de allí lérselos, sino que tenga bien estudiado lo que ha de tratar», se dice en el Directorio autógrafo de Ignacio. En su primera intención, pues, las célebres Reglas, constituyen una patente adicional de ánimo ortodoxo en el autor de unos métodos cuyos secretos podían inquietar a la opinión pública hipersensibilizada; y un repertorio de criterios para la actuación práctica de todo posible director de Ejercicios. Ciertamente es que este apéndice del pequeño librito, aun desligado de él, mantiene validez general y universal de cara a un problema de entonces y de siempre: «el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener», según la formulación original más ancha y rica en perspectivas; o «Algunas reglas que hay que guardar para sentir verdaderamente con la Iglesia», según reza el título de la vulgata versión latina de Freux o Frusio que traduzco, autorizada por Ignacio. Aunque en las preposiciones en y con se aprecien sutiles matices diferenciales, ambas llevan el marchamo ignaciano.

En resumen, ante las múltiples bifurcaciones de caminos que suscitaban las miles contiendas de diversa gravedad y especie de la época,

Iñigo no dejaba opción entre la autoridad científica o espiritual, pero individual, del más prestigioso patrón, y la de esa institución que se llama iglesia jerárquica, «quae romana est» añadirá en la versión primera. En el fondo, tal preferencia no se apoyaba en conservadurismo, en rigidez, en miedo. El sabrá buscar caminos nuevos y muchos no comprenderán sus novedades; sabrá ser flexible, y harto le costará elaborar unas Constituciones que, en definitiva, dejará abiertas a las instancias de la vida y de la experiencia; no hablemos de miedo, en quien tiene una ejecutoria repleta de audacias inauditas. Su preferencia inequívoca por las directrices de la Iglesia estriba simplemente en su fe en Cristo, en la prolongación de su «vera esposa» y en la asistencia indudable y siempre actuante del mismo Espíritu.

Los aires en que fue criado

Cuando disponían de tres años para engolfarse en la Teología, la salud del Maestro Ignacio comenzó a mostrar serias resquebrajaduras. El dice que se encontraba muy mal del estómago: cada quince días le agarrotaba un fuerte dolor, seguido de fiebre; alguna vez le duró el espasmo dieciséis horas. Su autopsia descubrirá que se trataba de una litiasis biliar, con sus coletazos intermitentes dolorosísimos. Los médicos tentaron inútilmente todos los remedios; sólo quedaba por probar una milagrosa medicina acreditada por la antigüedad clásica: los aires natales. En vieja prosa castellana se hace decir a Valerio: «E aun dicen sabidores, que enfermedades pueden haber los hombres fuera de la tierra donde nascieron y fueron criados, que no pueden sanar de ellas sin tornar a la tierra donde salieron, ca están complexionados por aquellos aires en que fueron criados, y por otros diversos de ellos pueden enfermar o enfermaron; y aun no solamente los vivos, mas entendieron que los cuerpos después de muertos había mejor holganza en las tierras do sus antecesores estaban sepultados, que no en otras». Ignacio, esta vez, «se dejó persuadir de los compañeros», quienes añadieron a razones de salud otras conveniencias: podía visitar a las familias de los españoles y despachar algunos asuntos de ellos. Le tranquilizaba la firmeza del compromiso de Montmartre, al que precisamente alude en este momento en su Autobiografía. Así, pues, tras una ausencia de trece años, volvería Ignacio a su tierra en la primavera de 1535. Tras la decisión más o menos forzada, brotó en él una nueva justificación, íntima y secreta, del viaje: con su paso por Azpeitia y Loyola, contrarrestaría su propia imagen pasada, de vanidad, escándalos y orgullos.

Todavía el 28 de marzo estaba en París. El 25 firmó el Maestro Francisco Javier la carta que le entregaba para su familia. Estando ya para partir, llegó a los oídos de Ignacio una noticia inquietante: le habían acusado ante el inquisidor de París, el mismo ante el que él llevara a más de uno arrancado discretamente de connivencias con los protestantes. En aquel ambiente cargado de recelos y suspicacia, todo era mirado al trasluz: también la práctica secreta de los Ejercicios y el misterio del grupo iñiguista. Miona, el viejo confesor complutense que ahora estaba en París, no estaba libre de temores. Lo mismo podía decirse de un pequeño mallorquín que enseñaba matemáticas y aprendía teología. Trataba con el grupo, que abiertamente lo quería enrolar en sus filas, pero se resistía a hacerse iñiguista. Convaleciendo de una enfermedad que creyó grave, recibió la visita de Ignacio y le confesó su ya pasado miedo de la muerte. Le

impresionó hondamente la respuesta rotunda del visitante: «Desde hace quince años no la temo ya más». Con todo, la respuesta no fue bastante para disipar sus prevenciones respecto a la ortodoxia presente y al futuro problemático de los ñiguistas. Ignacio, a quien no escapó esta suspicacia, se encerró un día con el recalcitrante mallorquín en la capilla de Saint-Etienne-des-Gres, y trató de despejar aquel recelo, confiándole sus proyectos y aun narrándole las persecuciones de Alcalá y Salamanca de las que salió acreditada su inocencia. De poco sirvieron sus razones. Al salir de la iglesia, el mallorquín blandió en sus manos un Nuevo Testamento, despidiéndose del latoso sermoneador con estas palabras: «Este libro quiero yo seguir. Vosotros no sé en qué pararáis, y dejadme en paz para siempre». Luego conseguiría una canonjía en su patria, pero no así la paz de espíritu. Muchos años después volvió a encontrar a Ignacio en Roma. Se hizo jesuita en 1545 y sería uno de sus más hondos admiradores: se llamaba Jerónimo Nadal.

No fue el único en recelar. También a Navarra habían llegado algunas noticias alarmantes sobre la adhesión de Javier a Iñigo. Nada tiene de extraño que las suspicacias se cebasen sobre Iñigo en el ambiente parisino.

Iñigo se presentó de propia iniciativa al inquisidor fray Valentín Lievín. Le habló de su inmediato viaje, para no dar pie a que nadie lo interpretase como una huida, y le dijo que «tenía compañeros». Creo que, sobre todo en atención a ellos, dada su condición de guía, requirió al inquisidor a que se pronunciase. Lievín no otorgó importancia a la denuncia, efectivamente recibida, pero deseó vivamente ver «los escritos de los Ejercicios». Tras haberlos leído, los alabó mucho y le pidió a Ignacio una copia de los mismos, lo que obtuvo sin dificultad. Desgraciadamente esta copia no se ha hallado nunca; ella nos aclararía la fase redaccional del texto en ese momento. Iñigo no se contentó con alabanzas verbales e insistió en demandar sentencia en forma. Ante la resistencia de Lievín, trajo notario y testigos e hizo levantar la correspondiente acta. El secretario de Lievín, poco después Inquisidor general, daría testimonio de ello en 1537. En punto a ortodoxia, Iñigo no jugaba con su fama pública.

A últimos de marzo y tras siete años de estancia, el pequeño vasco abandonaba París para no volver más. Se despidió de sus amigos citándose con ellos en Venecia, para donde partirían el día de la conversión de san Pablo, 25 de enero de 1537. Tan largo y seguro fiaba Iñigo de sus incondicionales adeptos que dejaba encomendados al cuidado de Fabro. En ellos se cumplía la definición que Homero diera de la amistad, «dos marchando juntos». Ellos eran siete. No sabían con claridad hacia dónde iban. Hacia algo nuevo ciertamente. Iñigo, una vez más, partía solo, pero no a pie: «Montó en su rocín, comprado por sus compañeros, y se fue solo hacia su tierra, encontrándose en el camino mejor». Los demás quedaban en la ciudad siguiendo sus estudios. Todos se daban cita en un lugar, a la vez real y simbólico, Jerusalén. Soñaban con una utopía pocas semanas antes de que muriera en Londres Tomás Moro, el hombre que hiciera famosa esta palabra seductora y su significado: algo inalcanzable, pero que empuja a su conquista, cuando prende en insaciables deseos y en esperanza.

Iñigo abre un paréntesis en su vida, un excursus o desviación momentánea en su camino. El Maestro ha aprendido a vivir en un colegio parisino como las personas normales, a construir silogismos, a diferenciar un predicamento de un predicable, utiliza en su lenguaje términos

académicos extraños, como «binario», y abundantes latinajos; hasta vuelve a cabalgar en un rocín, aunque sea regalado. Vive para el futuro. ¿Se habrá despedido de los gestos heroicos, habrá relegado al pasado las caminatas, la proximidad a las gentes, la pobreza, la mendicidad? Iba, casi en penitencia, a respirar los aires natales, no a dejarse reblandecer por el calorillo del hogar paterno.

En el camino tiene tiempo para pensar y, sobre todo, «determinarse» acerca de los objetivos de aquel reencuentro y del modo en que se ha de comportar. Su libertad de, no pelagra en modo alguno, pero no irá a habitar su casa señorial donde con agrado le recibiría su hermano Martín y le cuidaría con la solicitud de antes su cuñada Doña Magdalena. Su libertad para... le exige algo obvio que los demás no sabrán comprender: ser el que es ahora, con la misma naturalidad y seguridad con que fue el que fue en otro tiempo, precisamente en su pueblo. Desde los días de Manresa había morado en muchos hospitales de Europa. ¿Por qué no acogerse, como un pobre, al de su pueblo? Pensó en uno de los hospitalitos de Azpeitia, el de la Magdalena. Para salvaguardar su libertad de presiones, llegaría de incógnito y sin preaviso.

Alguna contradicción sufrió su proyecto, cuando fue reconocido por alguien cerca de Bayona. No tardaría en saberlo su hermano y en desear interferir sus planes. Los dos hermanos Loyola van a desplegar una estrategia de movimientos, digna de los lobos de su escudo. El más astuto será Iñigo. Al entrar en Guipúzcoa dejó el camino común y buscó atajos solitarios, «por montes y rodeos». Atravesó parajes inhóspitos con leyenda de ladrones y asesinos. Cruzó con dos hombres armados que, al rato, se volvieron y le siguieron con prisa. Por una vez, confiesa que «tuvo un poco de miedo». En tales trances no hay como trabar conversación. Iñigo supo que eran criados de su hermano, enviados por éste a buscarle. Logró mandarlos por delante y él siguió su camino. Todavía le saldrían otra vez al encuentro, queriéndole llevar a su casa. Potenciana de Loyola, hija natural del Rector Don Pedro, recordará en 1595 un episodio pintoresco de esta caminata por montes, cuyo itinerario está hoy relativamente bien fijado en la enmarañada orografía guipuzcoana: Iñigo hizo noche en la venta de Iturriotz, punto de paso y alivio en gran zona descampada. La ventera no identificó al viandante que dijo ser azpeitiano, pero dio la noticia de él a otro cliente que solía viajar a Behobia para abastecer a la villa de Azpeitia: era hijo de María Garín, hermano de leche de Ignacio. Se llamaba Juan de Eguibar. Acompañado por la ventera, pudo ver al misterioso viajero por un resquicio de la puerta de su cuarto. Oraba de rodillas en su aposento. Era Iñigo.

Eguibar volvió sin tardanza a Azpeitia a comunicar a los Loyola la fausta noticia. Temerosos de que, saliéndole al encuentro, se volvería atrás, se valieron de los buenos oficios del clérigo Baltasar de Garagarza para certificarse de la identidad de Iñigo y tratar de reducirlo a casa. Garagarza logró fácilmente lo primero, pero hubo de renunciar a lo segundo, pues Iñigo rechazaba intencionadamente su compañía. Iñigo salió por delante, mientras Don Baltasar le seguía y espiaba de lejos sus movimientos. Se desvió excesivamente hacia la derecha; todavía hoy se conserva viva en un caserío la tradición de que en él buscó orientación sobre su camino. Todo estaba perfectamente calculado para entrar en Azpeitia desde Lasao, esto es, por la parte opuesta a la casa-torre de Loyola, para ir a parar directamente al Hospital de la Magdalena que se encontraba a las afueras.

Respiraba los aires de su tierra, no vista desde aquella otra primavera de 1522 en que salió de ella; Azpeitia respiraría el nuevo aire de Iñigo, que ya no era el armado mozo brioso de otros tiempos, sino un hombre flaco, enfermo, inerme. Sus «altos pensamientos» de antaño no habían rebajado sus cotas, pero las habían cambiado sustancialmente.

En el Hospital de su pueblo. Mendigo y catequista

La narración, sobria y contenida, del propio Iñigo, no nos da idea de la conmoción producida en Azpeitia: «Y así se fue al hospital. Y después, a hora conveniente, salió a pedir limosna por la tierra. Y en este hospital comenzó a hablar con muchos que le fueron a visitar, de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto. Y luego desde su llegada, determinóse a enseñar la doctrina cristiana todos los días a los niños, mas su hermano le hizo grande contradicción, alegando que nadie acudiría. El repuso que le bastaba con uno. Pero después que comenzó a hacerlo, eran muchos los que constantemente venían a escucharle, y entre ellos también su hermano». Todo es verdad, aunque excesivamente compendiado.

Sesenta años después de este acontecimiento, esto es, en las declaraciones para la beatificación, aún se percibe el eco vivo del paso de Iñigo por su tierra. He repasado los testimonios de veinte testigos; todos menos uno vinieron y oyeron a Iñigo; el único que habla de oídas, lo sabía todo por los comentarios de su madre, Catalina de Eguibar. Cuando pasó Iñigo por Azpeitia, los testigos que comparecen tenían nueve años el que menos y veintiocho el que más; una mitad de ellos andaban entre los diez y los quince años. Eran los niños que rodearon con alma limpia e insaciable curiosidad a aquel extraño pobre de quien tanto hablarían los mayores. Combinando estas piezas rescatadas de la memoria popular, podemos reconstruir el capítulo, hasta en detalles insospechados. ¿Cómo no creer a Domenja de Ugarte, entonces criada del Hospital a sus doce años, cuando nos asegura que llegó un viernes a las cinco de la tarde; o que un día, por sorpresa, descubrió el cilicio de Iñigo y su cinto de hierro? Todos sabían bien las presiones del hermano y de otras personas principales para conducir a Iñigo a su casa o al menos albergarlo en una posada; algunos dicen que se llegó a traer al Hospital una cama de Loyola, que Iñigo no la quiso usar. Para sus parientes no era decoroso que un Loyola viviera con los pobres en el Hospital, y aún menos que desde el primer día saliese a pedir limosna de puerta en puerta: era auténtica afrenta. Aún está viva su estampa en el recuerdo: vestía pobremente con una sarga parda y calzaba alpargatas, que, a veces, las llevaba al cinto.

Al siguiente día de la llegada comenzó a mendigar. Pronto le reconoció una anciana, llamada Teresa. ¡Cuánto más Catalina de Eguibar, en cuyo caserío se había criado de niño! Le faltó tiempo para pasar aviso a Don Martín de Loyola, para quien cada recado de este género era una nueva bofetada. El gesto de Iñigo provocó la admiración. Esta y la calidad del mendigo harían el milagro de engrosar las limosnas y aun de enviarle regalos al Hospital. Iñigo lo repartía todo entre los pobres, en cuya mesa comía. El viejo Andrés de Oráa precisa la pugna entre los dos hermanos Loyola y dice que Iñigo se disculpaba ante Don Martín diciéndole que él no había venido a pedirle la casa de Loyola ni a andar en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios. Junto a la mendicidad, fue ésta su actividad principal. Quien está dispuesto a volcarse sobre un único oyente posible, ha

vencido el miedo al fracaso. Las previsiones de Don Martín reflejan su despecho y deseo, no lo que ocurrió efectivamente.

Sabemos que, excepcionalmente, predicó el día de las letanías de san Marcos en la ermita de Nuestra Señora de Elosiaga subido a un ciruelo. Se sumó a la tradición popular que reunía gentes de los pueblos vecinos y sabemos que censuró los tocados amarillos y cabellos rubios de las mozas. El escenario normal de sus pláticas fue la iglesia del Hospital, que pronto resultó insuficiente para la concurrencia y obligó a Iñigo a predicar en campo abierto. Las gentes se apiñaban para verle y aun se subían a cercas y árboles. Las hierbas y zarzas del entorno se secaron pisoteadas por la muchedumbre. Algunos días llegó a predicar en la iglesia parroquial. Según Ribadeneira, confesó públicamente un hurto de fruta cometido en su adolescencia, sobre todo, porque, a raíz de él, fue castigado con grave multa un inocente. Nos consta que de Ascensión a Pentecostés explicó los mandamientos. Todos recuerdan su espíritu y fervor; algunos, su voz delgada, prodigiosamente audible a mucha distancia, sus palabras eficaces y penetrativas, la asistencia de gentes de pueblos comarcanos, no tan cercanos, como Régil, Tolosa. Con esa fijeza con que se recuerdan palabras extrañas no bien entendidas, Juan Odriozola recuerda haber oído a su madre, que hablaba de las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad. Domenja de ligarte no olvidó el énfasis que puso Iñigo en la explicación del segundo y sexto mandamiento.

Los efectos moralizantes se dejaron sentir muy pronto: descendieron los juramentos y blasfemias, los garitos de juego y los naipes; y hubo gran enmienda en personas de mal vivir. Iñigo denunció abiertamente el amancebamiento, que en ocasiones destrozaba matrimonios. Fue clamorosa la conversión de tres mujeres de la vida, cuyos nombres se recuerdan sesenta años después. Ana de Anchieta, prima de Ignacio, evoca las palabras que oyera de labios de la más famosa de ellas, Magdalena de Mendiola, conocida como la «Sendo»: «El sermón de Iñigo me ha partido el corazón. He servido al mundo, ahora quiero servir a Dios». Dos de las convertidas fueron en peregrinación a Roma; una de ellas murió en el camino, Magdalena volvió; una tercera no se atrevió, por su edad, y se quedó como ermitaña en San Juan de Elormendi. Iñigo, además, compuso matrimonios desgarrados, en algún caso llamó con un billete al marido. También puso paz entre padre e hijo desavenidos. Fue hábil mensajero de paz y concordia. «Con todos acababa lo que quería», dice un testigo. Es todo un retrato de su poder de persuasión.

Quizá la actuación más querida y frecuentada por el Maestro de París fue la más humilde: la catequesis de niños. ¡Con qué gozo dice María de Ulacia que aprendió la doctrina de él! Iñigo enseñaba oraciones, suscitaba sentimientos, explicaba los mandamientos. El auditorio estaba regularmente sosegado. El azpeitiano es socarrón y mordaz, certero en sus apodos, proclive a la hilaridad. Oírle a Ignacio era una cosa, prestar oídos a la respuesta de los que él interrogaba otra, sobre todo cuando el preguntado era un tartamudo. Estaba justificada la risa, y el capotazo amable del catequista a la mujer que se reía: ¡a ella le quería ver en el lugar del otro! ¿Y qué decir de Martín de Errasti, a quien los testigos recuerdan como algo feo y carituerto? Aquellas risotadas crueles e implacables hirieron afectivamente a Iñigo, porque Martín era hijo del ama que le crió a él, oficial herrero como su padre Errasti. Iñigo lo elogió públicamente, augurándole que sería un gran hombre. Acaso su palabra le redimió de esa

coacción ambiental implacable que no le deja a uno ser el que quiere ser. Lo cierto es que nació en el oficial herrero el ánimo de ser sacerdote, y lo fue con el tiempo y excelente confesor. Nunca sabemos adivinar la virtualidad de una palabra oportuna y cálida.

La conmoción popular se transformó en veneración; ésta se extendió más allá de Azpeitia. Iñigo calmó a un epiléptico que residía en el Hospital, llamado Bastida, y el gesto tomó aire de milagro. Acudió a él una mujer tísica de Zumaya, que también se vio beneficiada. A los veinte días volvió la agradecida mujer con regalos y una cesta de pescado fresco; Iñigo le dijo que lo vendiera en la plaza y diese el dinero. Ella replicó que tenía con qué hacer limosna y le importunó a aceptar los peces del Cantábrico. Iñigo tuvo que aceptarlo, aunque lo repartió entre los pobres. Aquel día descubrió la generosidad y el corazón proverbiales de los arrantzales (pescadores).

Acuciado por estos rumores, un día le trajeron una niña vizcaína considerada endemoniada. Iñigo les recordó a los acompañantes que él no era de misa, pero que la santiguaría y rezaría por ella. Este recordatorio nos sirve para no olvidar que Iñigo no es sacerdote, aunque predique; no obstante, los sacerdotes y clérigos de Azpeitia también serán objeto de su atención reformadora. El ascendiente que le conferían su calidad personal y su vida ejemplarísima, unidos al patronato de su hermano sobre la parroquia, hicieron posible que durante su estancia se llegara a una concordia escrita entre el patrón, rector y clérigos de la parroquia con las monjas isabelitas, dirimiendo una vieja contienda. Ciertamente se ocupó además de regularizar la vivienda de los clérigos, quienes acataron sus normas, dice un testigo, «como si fuera un obispo o un juez ordinario». Iñigo reforzó la vieja devoción del rezo por las ánimas al toque de campanas, y aun logró introducir la costumbre de tañerlas al mediodía para rezar por los que estaban en pecado mortal. Los Loyola perpetuarían la costumbre dotándola con una asignación anual, en la que un testigo quiere ver la aplicación de la legítima que correspondía a Iñigo. Algún influjo tuvo en la reiteración por parte del Corregidor de una ordenanza azpeitiana aprobada por los Reyes Católicos que prohibía se cubriesen las cabezas con tocas las que no estuviesen legítimamente casadas.

Con todo, su obra más duradera fue la organización de la asistencia pública y ordinaria de los pobres. Las ordenanzas aprobadas por el consejo de la villa el 23 de mayo dan idea suficiente de la concepción de esta obra benéfica, patrocinada por Juan de Eguibar, el carnicero sin hijos que donó 160 escudos de capital y administraría en el futuro las colectas. Se intentaba suprimir la mendicidad y, por otra parte, salir al paso del hambre y de las necesidades de los verdaderamente pobres. Dos delegados de la villa, elegidos cada año, se ocuparían oficialmente de recoger limosnas los domingos y fiestas, y de distribuirlas entre los pobres, previamente matriculados. El hospital y la asistencia estaban abiertos solamente a los verdaderamente pobres. Sin duda, se contaba entre ellos el propio Iñigo, que nada tenía. Mas no deja de ser paradójico que el más empedernido mendigo de Europa se avenga a suprimir la mendicidad, siguiendo los patrones de la lucha contra la misma que había podido contemplar en Flandes y en los que inspiró la obra programática de Luis Vives *De subventione pauperum*.

Mucha actividad desplegó Iñigo en Azpeitia en tres meses como para cuidar excesivamente de su salud. Sabemos que a su ordinario aire achacoso se añadió alguna seria crisis que le hizo guardar cama; con tal

motivo lo visitaron y velaron sus sobrinas María Sanz de Arrióla, hija de Petronila de Loyola, y Simona de Alzaga, hija de Joaneiza de Loyola; a cierta hora de la noche, él les mandó retirarse y matar la vela, sin valer empeños en contrario. Su condición era «que luego se hiciese lo que él decía». Dijo que no iría a su casa-torre y no fue ni por compromiso social... más que una vez. A Domenja de Ugarte, a sus doce años, le quedó grabada la escena vista en el Hospital un día: los parientes, en especial Doña Magdalena, le instaban para que visitase su casa. Iñigo respondía que estaba cansado e iría otro día. Doña Magdalena le suplicaba con fórmula vivaz «por las ánimas de sus padres». Al fin se lo pidió de rodillas, por la Pasión de Cristo: «¿Eso me decís? Pues por eso iré a Loyola y aun a Vergara y todo». Probablemente Domenja no oyó lo que le dijo la angustiada doña Magdalena a su cuñado. Lo único que sabía es que fue de noche, que no se acostó y que estaba de vuelta en el Hospital por la mañana temprano.

Nunca sabríamos lo que ocurrió en Loyola aquella noche, a no ser por una confidencia de Iñigo años más tarde al jesuita padre Tablares. Iñigo no fue a su casa movido por conveniencias sociales o por lazos de sangre, sino con una audaz misión espiritual. Aunque la noticia pasó de Tablares a González Dávila y de éste al P. Cristóbal de Castro, aún conserva frescura y vigor en su redacción: «Supo que uno de ellos (sus parientes, probablemente su hermano Martín) estaba amancebado y que cada noche entraba la mujer por un lugar secreto». El la aguardó una noche y topó con ella y le dijo: «¿Qué queréis vos aquí?». Ella le respondió lo que pasaba. El la llevó y metió en su aposento y la guardó allí, para que no fuese a pecar, hasta la mañana, que la echó, que hasta entonces no había por dónde. Cuando dijo: «La metí en mi aposento», dijo el P. Tablares: «Eso no hiciera yo». Y el Padre le respondió: «Yo sí, que sabía que lo podía hacer». Y cayendo en lo que había dicho, de repente volvió y dijo: «Dios os perdone, que me habéis hecho decir lo que no quisiera». Las palabras que habían convertido a otros, no habían conmovido a Don Martín. Iñigo acudió a este gesto desesperado para poner al descubierto el pecado de su hermano y para mostrar piedad por su buena cuñada. Sin palabras, era su postrero sermón personal en la casa-torre que abandonaría para siempre.

Hay un documento notarial que parece abonar la presencia de Iñigo en su casa-solar el 23 de julio. Real o simulada, se trata de una compraventa de un caballo castaño en treinta ducados. El comprador es el mayorazgo de Loyola, Beltrán; el vendedor, Beltrán López de Gallaiztegui, hijo de Magdalena de Loyola; ambos sobrinos de Iñigo. El notario, Pedro García de Loyola, hijo ilegítimo del padre de Iñigo, legitimado por Carlos V y nombrado escribano. El documento está firmado en la casa-solar y firma entre los testigos Iñigo López de Loyola. ¿Era un regalo de sus sobrinos con vistas al viaje inmediato? ¿Pasó en Loyola la noche siguiente a la firma de este acta?

A los tres meses de estancia en Azpeitia, dejaba tras sí un halo de ejemplaridad y de fecundidad espiritual que no se borraría durante mucho tiempo. Muchas personas le rogaban que se quedase en Azpeitia, dado el fruto conseguido; él respondía que quedándose «no podía servir a Dios como debía y como lo podía hacer estando fuera de ella». Ya estaba sano y «determinó partirse» para despachar los asuntos de sus compañeros de París, naturalmente a pie y sin dineros. Como hacía trece años, su hermano se alteró y avergonzó; Iñigo condescendió en ser acompañado hasta el límite de la provincia por Don Martín y otros parientes. Dirigiéndose a

Pamplona, repitió a la inversa el camino que hiciera herido en ocasión memorable. En el límite con Navarra se apeó de su caballo y, sin aceptar provisiones, volviendo a la pobreza y a la limosna, solo y a pie tomó el camino de Pamplona.

Solo y a pie: de Azpeitia a Venecia

Los meses que siguieron ya no son un paréntesis, sino estricta prolongación del plan concebido en París. El laconismo de la Autobiografía es extremo: «Se fue a Pamplona, y de allí a Almazán, tierra del P. Laínez, y después a Sigüenza y Toledo; y de Toledo a Valencia. Y en todas estas tierras de los compañeros no quiso tomar nada, aun cuando le hacían grandes ofertas con mucha instancia». El itinerario que le ocupó unos cuatro meses empezaba por Navarra, la tierra de Javier. Habían muerto los padres de éste; en 1533 su hermana clarisa Magdalena, y acababa de morir otra hermana llamada Ana. Los hermanos Miguel y Juan, acogidos a la amnistía de Carlos I (1524) se habían casado. No sabemos si Iñigo visitó a Miguel en el castillo de Javier; ciertamente vio a Juan, que residía en Obanos. Llevaba como credencial una preciosa carta del Maestro Francisco, quien llevaba diez años fuera de casa, y era de todo punto necesaria. En ella el Maestro Francisco salía al paso de las prevenciones de Juan contra Iñigo, causadas «por informaciones de algunos malos y de ruin porte». Le hervía la sangre al menor de los Javier y no acertaba a descubrir al autor de la mala obra entre los muchos que se le acercaban como amigos en París: «Es difícil saber quién es, y Dios sabe la pena que paso en diferirles el pago que merecen, mas sólo esto me da consuelo, que quod differtur, non aufertur».

Las amenazas al oculto enturbiador van compensadas por el más cálido elogio del Maestro Iñigo, a quien en la vida — dice— podrá pagar cuanto le debe: no sólo por haberle favorecido muchas veces con dineros y amigos en sus necesidades, sino por haberle apartado de malas compañías que, por poca experiencia, no conocía. Las malas compañías eran personas, buenas por fuera, pero llenas de herejías por dentro. Ningún malhechor —la palabra da idea de las prevenciones de Juan— se entrega en manos de aquel a quien ha ofendido. Iñigo es una «persona de Dios» y de ejemplar vida, que podrá informar a Juan «mejor que persona del mundo, por estar él al cabo de mis miserias y lacerias más que hombre del mundo», por eso le deberá dispensar Juan el recibimiento que haría a su propio hermano. Nada dice en la carta de su cambio de vida y nuevos proyectos; acaso encargó al propio Iñigo la delicada tarea de informar a su hermano. Sí le pide explícitamente ayuda económica, «merced de aliviar mi mucha pobreza». Por el final de la carta sabemos que lo planeado era que el padre de Laínez girara a París los recursos obtenidos por Iñigo.

Nada sabemos de la visita a Almazán. Cuando años más tarde pase Fabro por la villa de Laínez, hará un gran elogio de su familia. Iñigo no fue a Bobadilla (Palencia), porque habían muerto ya los padres del compañero conocido por el nombre de su pueblo. Camino de Madrid, por fuerza tuvo que pasar por Alcalá. Iñigo consigna su paso por Sigüenza, pero silencia extrañamente el nombre de la villa de Henares donde había vivido más de un año; en cambio no había olvidado a sus compañeros. Pasó por Madrid, donde en la corte estaba Arteaga, pero no pudo enrolarle en su nuevo proyecto. En la corte encontró también a Doña Leonor de Mascareñas, aya

del Príncipe Don Felipe, y aun pudo ver al hijo de Carlos V. No hay otra circunstancia que explique el que muchos años más tarde, al contemplar Felipe II un retrato de san Ignacio, de la firma de Sánchez Coello, comentara el monarca: «Yo conocí al P. Ignacio y éste es su rostro, aunque, cuando yo le conocí, traía más barba». En Toledo visitó a la familia de Salmerón y probablemente a su antiguo adepto el Dr. Peralta, ahora era canónigo y predicador. Su intento de recuperación del trío complutense y del inicial parisino, no tuvo éxito.

«Ninguno de todos ellos se dispuso a seguirle». En el reino de Valencia visitó en la Cartuja de Val de Cristo, cerca de Segorbe, al más encaminado de sus antiguos ejercitantes, al Doctor Castro; permaneció con él ocho días, dejando un profundo recuerdo en aquel convento. Iñigo, cartujo frustrado, pudo confiar a su antiguo discípulo el destino que en aquel momento seguía a una con los compañeros de París. En años posteriores mantendría relación epistolar con el Doctor cartujo.

Concluía con esto el periplo español de Iñigo, quien soñaba con pasar a Italia para proseguir sus estudios teológicos en el tiempo que le quedaba hasta el vencimiento del plazo fijado para el encuentro del grupo en Venecia. Muchos le disuadían del viaje por mar, inclusive los cartujos de Val de Cristo. Barbarroja, expulsado de Túnez por Carlos I hacía dos meses, se había apoderado de la isla de Mahón y amenazaba con sus galeras las costas valencianas. «Y por muchas cosas que le dijeron, bastantes a ponerle miedo, nada le pudo hacer dudar». Posiblemente embarcó en Valencia, no sabemos si tocó puerto en Barcelona; ciertamente llegó a Genova, no sin padecer una terrible tormenta marina donde la nave perdió el timón y todos vieron cerca la muerte. A la observación de Iñigo no escapó aquella vivencia y su matiz diferencial respecto a otras análogas, anterior y posterior. Nada nos dice de su disposición íntima ante la muerte en Pamplona y Loyola. Cuando creyó morir en Manresa le halagó el pensamiento de que era un justo o santo; lo rechazó como una tentación y aun rogó a los circunstantes que le recordasen a gritos en otro trance similar que era un pecador. En el peligro de muerte de su travesía marítima hacia Genova, repasó a fondo su vida y no sintió miedo por sus pecados, sino más bien confusión y dolor por no haber aprovechado mejor los dones de Dios. Cuando crea acabar sus días en 1550, el pensamiento de la muerte le causará tanto consuelo y alegría, que tendrá que desecharlo como una muestra de egoísmo. Las tres actitudes reflejan bien sus consecutivos ascensos espirituales.

Desde Genova, Iñigo se encaminó rápidamente hacia Bolonia, no a Venecia; probablemente quería enrolarse en el curso universitario. El viaje en pleno invierno fue muy penoso: los días eran cortos, los caminos estaban enlodados por las lluvias, y hacía frío intenso. Caminando por las fragosidades de los Apeninos, se le fue estrechando una senda alta junto a un río profundo. Tuvo que andar a gatas, agarrándose a matorrales, sin poder avanzar ni retroceder. Esta vez tuvo «gran miedo». A cada movimiento creía que se despeñaba en el río. En el catálogo amplio de sus penalidades ésta fue la más angustiosa: «Esta fue la más grande fatiga y trabajo corporal que jamás tuvo; pero al fin pasó». Todavía al entrar en Bolonia y cruzar su puentecillo de madera, cayó al río, del que salió mojado y lleno de lodo. «Hizo reír a muchos que estaban presentes». Era el pórtico de días penosos.

Recorrió toda la ciudad pidiendo limosna, pero no recogió un cuatrín ni un trozo de pan. Fue acogido en el famoso Colegio de España, fundado por

el cardenal Albornoz, donde encontró conocidos y pudo enjugarse y comer. Pensó inicialmente seguir sus estudios en Bolonia y aun recibió para ello una ayuda económica de la catalana Isabel Rosell. No le probaban las nieblas húmedas y frías de aquella ciudad. Siete días pasó en cama con fiebre y escalofríos, y con su viejo compañero, el dolor de estómago. El había madurado su teoría cristiana de las enfermedades que expusiera a la Rosell en carta de 1532: servían para experimentar la brevedad de la vida. «Y en pensar que con estas cosas visita a las personas que mucho ama, no puedo sentir tristeza ni dolor, porque pienso que un servidor de Dios en una enfermedad sale hecho medio doctor para enderezar y ordenar su vida en gloria y servicio de Dios». A falta de otros éxitos académicos, de Bolonia salía con ese medio doctorado en virtudes a últimos de diciembre de 1535. Se dirigió a Venecia, donde se sintió mucho mejor. Le quedaba un año largo, todo el 1536, antes de la cita con sus compañeros.

Venecia, cruce de caminos

1536 es un año de relativa calma en la vida de Iñigo, cuya salud parece mejorar en Venecia. Tuvo tiempo para dedicarse al estudio de la teología de modo privado, ya que la maravillosa ciudad del Adriático, madre de tantos hábiles diplomáticos, carecía de Universidad. Algo contribuyó a ello la renuncia a viajes y caminatas, y sobre todo el acomodo benévolo hallado en casa «de un hombre mucho docto y bueno»; según unos, D. Martín de Zornoza, cónsul de España en Venecia, a quien en una carta de 1540 designa con el amable título de «amigo antiguo y hermano en el Señor»; según otros, Andrés Lippomano, prior de la Trinidad.

La limosna que regularmente le llegaba de Barcelona —Isabel Rosell— y París, le hacía ser menos gravoso y no le obligaba a mendigar. No tiene ansiedad ni prisa. Su antiguo amigo barcelonés, el arcediano Cazador, que pronto sería obispo de la ciudad, le invita a predicar públicamente en Barcelona. Iñigo le responde manifestándole sus deseos de corresponder al pueblo con el que «más cargo y deuda» tiene en la vida, predicando «como persona menor, las cosas inteligibles, más fáciles y menores»... y desde luego en pobreza, y no. «con la largueza y embarazos» que al presente con el estudio tenía; y aun añade que se proponía, terminados sus estudios en la primavera siguiente, enviar los libros que tenía a Isabel Rosell. Antes de terminar el año repite idénticos conceptos a su protectora de París, posiblemente una dama de la corte de la Reina Leonor: «Me hallo bueno de salud corporal, esperando la Cuaresma para dejar los trabajos literarios, por abrazar otros mayores y de mayor momento y calidad». Aunque mantenga en pie su compromiso con los compañeros de París, su futuro se presenta abierto e incierto. ¿Volverá Iñigo a Cataluña? Promete que no se detendrá a predicar en ningún otro lugar de España sin antes encontrarse con su amigo. Pero tal retorno está condicionado a un futurible deseado, de cabal entonación quijotesca: «Si fuera de España en cosas más afrentosas y trabajosas para mí, Dios N. S. no me pusiere, lo que no soy cierto ni de lo uno ni de lo otro». ¡Qué bien le cuadraín los versos del poeta!: «Soy peregrino de hoy, no me importa dónde voy. ¿Mañana?.. Nunca quizás». Vive colgado del mañana y del plus ultra.

No todo fue estudio silencioso durante aquella temporada. El solitario Iñigo mantuvo desde Venecia relaciones epistolares; algunas de las cartas que escribe son especialmente ricas en doctrina, v.gr. las dos que dirige a

sor Teresa Rejadell, monja clarisa de Barcelona; en ella le da precisas normas sobre discreción de espíritus y sobre la oración, de gran trasfondo autobiográfico. Se vuelca sobre las pruebas de los demás y es mucho más sensible de lo que parece a los problemas de su entorno. Resulta sumamente reveladora una frase perdida en la ya citada carta a don Jaime Cazador, a propósito de las desventuras del monasterio de sor Teresa Rajadell: «Ciertamente no tengo por cristiano aquel a quien no atraviesa su ánimo en considerar tanta quiebra en servicio de Dios». Más abundaban las quiebras que las virtudes en el entorno europeo del momento, y es bueno saber que repercutían en el alma de este hombre que no suma públicamente su voz a la de los llamados espíritus críticos, pero no tiene por cristiano a quien no sienta las quiebras. Su amor a la Iglesia «vera esposa de Jesucristo» no cegaba sus ojos para no ver sus miserias. Merece también mencionarse su sentida carta al Doctor Miona, el viejo amigo y confesor de los días de Alcalá y París, que no acababa de disipar sus recelos respecto al futuro de Iñigo y se resistía a practicar los Ejercicios. Con tan preciso motivo, Iñigo le pide encarecidamente que se anime a dar el paso y le asegura con firmeza que los Ejercicios son «todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos». Miona entraría en la Compañía en 1545.

Iñigo se ocupó en Venecia de conversaciones espirituales. Podemos pensar sin dificultad que se trataba de algo más que de pláticas piadosas. Venecia en aquellos años era punto singularísimo para tomar el pulso a la cristiandad. Ya no era la ciudad de 1522, aunque siguiesen sonando la Marangona y la Rialta.

El norte de Italia había sido escenario de continuas guerras y se habían endurecido, en general, las relaciones con la «Sublime Puerta», aunque los Doges buscasen apañíos para proseguir sus intercambios comerciales. La riqueza y el esplendor se mezclaban con la miseria, abundaban huérfanos y viudas. En Venecia confluían la cultura occidental y la oriental, el norte protestante y el sur católico; estaba rodeada de un mosaico de razas y pueblos, conocía las lacras de la cristiandad y también algunos de los movimientos reformadores; su proximidad al Imperio, la convertía en campo propicio para la expansión protestante. Iñigo pudo conocer de cerca la iniciativa de Jerónimo Emiliani, noble y soldado un tiempo, que había fundado la «Compañía de los siervos de los pobres» para atender necesidades perentorias; no era una orden religiosa, sino un grupo de clérigos reformados. El noble patricio, hoy santo, se le parecía en algunas cosas; mendigaba vestido de andrajos, ayudaba a los hambrientos y a los apesados, recogía huérfanos. Acababa de estar en Venecia en 1535; como él en Azpeitia, vivió en el Hospital y allí tuvieron que ir a verlo sus familiares. Le obsesionaba la catequización de los niños. Su ejemplo le suscitó seguidores, y su obra se extendió rápidamente a Venecia, Milán, Pavía, Bérgamo, Como, Brescia. Ese mismo año 1536 se celebra en Brescia el tercer capítulo de la Compañía. Morirá en febrero del año siguiente este coetáneo de Machiavelo y de Baldassarre Castiglione. Mientras Bembo diserta sabiamente para mostrar que el amor verdadero culmina en el amor divino, Jerónimo Emiliano curaba llagas repugnantes de soldados y civiles en el Hospital de los Incurables, fundado en Venecia por Cayetano de Thiene, un hombre cuyo lema era: «Para quien ama a Dios, todo es lijero».

Venecia era mucho más. Un importante emporio cultural por obra de sus prestigiosas imprentas; foco en el que convergían diversas y contrastantes ideas del vivaz y revuelto clima teológico italiano. Crispoldi había agitado en 1530 y 1534 los temas de la predestinación y del binomio fe-obras, de claras resonancias protestantes; mereció la réplica, desde el pulpito, de Alberto Pigghe. El cardenal Contarini se veía obligado a disipar ambigüedades marcando líneas pastorales para la predicación: deseaba que se exaltase la confianza en las obras y en el libre arbitrio, y que no se predicase al pueblo el tema de la predestinación por las malas consecuencias que algunos derivaban de ella. Venecia era la ciudad de corrientes espirituales promovidas por Contarini, Pole, Gherio, y al mismo tiempo refugio de cripto-heterodoxos fugitivos de Siena como Agustín Museo, o de Florencia como Bruccioli. También llegó a la ciudad, como fugitiva del Sacco de Roma, la congregación de los teatinos fundada por Cayetano de Thiene y Juan Pedro Carafa. Este último, obispo de Chieti, se sentía el guardián de la ortodoxia y mostró recelos respecto a Lippomano y Gregorio Córtese (1536). Chietino era un término negro en boca de algunos espirituales, como también en la pluma de Aretino o de Bonfadio, quienes tachaban de hipócritas a los teatinos. Los nombres de Occhino, Grimani, Seripando, ocupaban la atención de los eruditos, con sus sermones y libros. La sorda batalla entre intransigentes y espirituales llegaría a su cénit pocos años después, poniendo al descubierto la crisis interna del movimiento que ingenuamente se ha denominado evangelismo. Buena parte le cupo en ello al teólogo Catarino quien, entre otras muchas cosas, censuraba la actitud de los que predicaban al vulgo lo que sólo se debería proponer a los perfectísimos, esto es, el hacer todo por puro amor de Dios.

Nada sabemos de los estudios teológicos privados de Iñigo. Ciertamente no fue insensible a esta marea ambiental descrita y a ello obedecen las cuatro últimas de las «Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener», escritas en este tiempo (1538-1541), a raíz de la experiencia italiana, acaso concretamente veneciana. En ellas toca puntos fundamentales dogmáticos, aunque sólo de cara a la predicación. No es difícil registrar en sus directrices el eco de lo apuntado más arriba: «No debemos hablar mucho de la predestinación»; y menos en un sentido determinista que haga que se descuiden las obras. Tampoco se debe hablar indiscriminadamente y con énfasis de la fe, de suerte que se dé al pueblo ocasión para ser torpe y perezoso en el obrar. Ni se debe exaltar tanto la gracia, «que se engendre veneno, para quitar la libertad»; ni se debe elogiar tanto el puro amor, que se olvide que es cosa «pía y santísima» el temor filial, y aun el servil si otra cosa no alcanza el hombre. Eran cautelas prácticas «en nuestros tiempos tan peligrosos», tanto para orientar las actividades pastorales de los suyos como para explicitar intenciones.

Así y todo no se vio completamente libre de sospechas. Porque, además de estudio y conversaciones, Iñigo se ocupó de su tarea predilecta: dar Ejercicios espirituales. No puede callar lo que vio y contempló, lo que sus manos palparon tocante al Verbo Encarnado (1 Jn 1, 1). No vende recetas de autocontrol o fórmulas de sofrología; quiere ir más a la raíz, encarando a los hombres con su destino, con Dios y la verdad, en actitud de reconocimiento y de servicio. Esto es «principio y fundamento» de todo su edificio. El mismo señala algunas personas distinguidas que los practicaron: el Maestro Pedro Contarini, Procurador del Hospital de los Incurables,

pariente del cardenal Contarini y amigo de los promotores de reforma espiritual de Venecia. Iñigo le dirigirá una preciosa carta un año más tarde desde Vivarolo en el discreto latín que aprendiera después de sus treinta años; en ella elogia sin tasa la pobreza: «Si algo posees —Contarini era de egregia estirpe—, no seas poseído por nada», viene a ser su lema. Lema que está más cerca de la vivencia personal que del principio teórico, ya que él confiesa gustar cada día más la experiencia de san Pablo: «No tenemos nada y lo poseemos todo» (2 Cor 6, 10). El segundo ejercitante notable fue el Doctor Gaspar de Doctis, auditor del Nuncio Pontificio en Venecia y más tarde del cardenal Carpi. El tercero es un español, que unos identifican con un Rodrigo de Rojas que vivió en Nápoles diez años después y era amigo de Iñigo y Laínez; y otros, con otro Rojas que en 1539 acompañó a la famosa convertida azpeitiana Magdalena, a su regreso a Guipúzcoa.

Un cuarto ejercitante mencionado es el malagueño Diego de Hoces, clérigo letrado y ejemplar que había conocido previamente a Iñigo en Alcalá y, de vuelta de Jerusalén, lo encontró de nuevo en Venecia. Conversaba mucho con el Maestro Ignacio y no menos con el obispo de Chieti, Juan Pedro Carafa, refugiado en Venecia a raíz del Sacco de Roma (1527) e instalado junto a la iglesia de San Nicolás de Tolentino con la Congregación de los teatinos. Hoces tenía cierto deseo de hacer los Ejercicios, pero nunca se decidía a ponerlo por obra. Al fin se dispuso a ello y al tercer día confesó a Iñigo algo asombroso: tenía miedo a que le enseñase en los Ejercicios alguna mala doctrina y había venido provisto de libros para estar en guardia contra posibles engaños. Todo esto «por cosas que alguien le había dicho». Es casi seguro que quien sembró en su ánimo tales recelos fue el obispo Carafa, que pronto sería cardenal y unos años más tarde papa, con el nombre de Paulo IV. Tanto aprovechó Hoces en los Ejercicios que, como ocurriera en París con los demás, quiso «seguir la vida del peregrino».

¿Disputaron Carafa e Iñigo por la adscripción de Hoces a sus respectivos grupos? La contienda fue más honda y de consecuencias largas. Con ser bastante análogas sus aspiraciones de fondo, Carafa y Loyola ofrecen un modelo de mutuo rechazo interpersonal, aunque con motivaciones y actuaciones harto diversas. La actuación del obispo fue insidiosa y objetivamente maligna: inculcó en Hoces una honda suspicacia respecto a la ortodoxia de Iñigo, y aun extendió más ampliamente estos recelos. No fue sólo una guerra a distancia y al amparo de cortinas de humo. Hubo encuentro personal entre Iñigo y el obispo, y la conversación versó sobre aquellos clérigos reformados capitaneados por Carafa: discutieron a fondo sobre la cuestión, y no hay que forzar las cosas para prever en Carafa arrebatos de cólera que no sabría disimular veinte años después, ni siquiera en su calidad de Papa. Los puntos de vista de Iñigo constan en una carta a Carafa, fuera cursada o no. Iñigo se expresa con sencillez escalofriante —el seglar ante el obispo— y exige que se acoja su exposición con disposición paralela al amor y voluntad sana y sincera con que la escribe. Iñigo arranca de un hecho indubitable: el escaso desarrollo de la Congregación de los teatinos, aprobada con Breve de Clemente VII ya en 1524. Y «como los menores a los mayores acostumbran hacer», se atreve a manifestar las que, a su juicio, son las causas de aquella existencia poco briosa de la institución.

La primera causa es el estilo de vida del propio Carafa. A Iñigo personalmente, dice, no le escandaliza ni desedifica que un mayor y principal del grupo goce de mejores vestidos y atavíos, en atención a su estirpe, a su dignidad episcopal y a sus años; pero... estima de «grande y

crecido saber» el estilo de los viejos modelos —Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, como en los días de Loyola— y su modo de dar orden y ejemplo a sus compañías —nótese la palabra—: no todo lo lícito era conveniente (1 Cor 6, 12). Lejos de dar ocasión de aflojar, el patrón tenía que dar ejemplo «de pasar adelante». Hay mucho de autobiográfico en este principio. En segundo lugar, Iñigo pasa examen al estilo de la nueva congregación, excesivamente encapsulada en su vida interna, adicta a la observancia del coro, pendiente de las limosnas voluntarias, pero sin lanzarse al apostolado de predicar, a ejercer la caridad corporal o a la humillación de mendigar. Otras cosas de mayor importancia (i), no se atrevía a confiarlas por escrito. No es difícil deducir de este negativo, el positivo del ideal ignaciano en aquellos momentos.

La censura, tan severa como franca, produjo una ruptura abierta entre los dos «mayores y principales», y pronto padeció Iñigo las consecuencias de la ira no disimulada de Carafa, trasladado a Roma como cardenal. Iñigo guardaría silencio durante su vida acerca de los detalles de esta entrevista, en la que, al margen de la censura, puso de manifiesto su más íntima convicción personal: sólo el heroísmo —las «hazañas», humanas o divinas de su juventud y de su conversión— tiene garra y produce vida. El soñaba con héroes curtidos, no con monjes instalados en el corazón de una ciudad. Pronto su sueño se plasmaría en realidad, gracias al grupo que dejó en París.

Los Magistri parisienses, «novicios en caminar»

Aquel puñado de hombres selectos respondió, esta vez, a sus expectativas. La partida de Iñigo los había contristado, pero el grupo poseía ya solidez suficiente y aun autonomía. Dedicados enteramente a sus estudios, mantuvieron sus prácticas de confesión y comunión semanal y de meditación. Mucho les ayudó su estrecha amistad y ayuda mutua. Después de todo, su punto de apoyo último no era Iñigo, sino Cristo. Por eso, aun en ausencia de aquél, renovaron su voto de Montmartre en los aniversarios siguientes, y aun vieron con satisfacción que se les sumaban otros compañeros: tres estudiantes de procedencias geográficas muy distintas (Saboya, Picardía, Provenza), residentes en tres colegios diversos; dos eran sacerdotes, uno de ellos con diez años de cura de almas. Fueron ganados por Fabro, que hasta entonces era el único sacerdote y poseía sobre el grupo, no condición alguna de superior, de un segundo Iñigo o un Vice-Iñigo, sino simplemente la de ser el primogénito entre los iñiguistas. La aglutinación perfecta se obró por el troquel común, la práctica de los Ejercicios. Fabro mostró gran maestría en la utilización del método ignaciano. Tenía especial gracia en el ministerio de la confesión y un auténtico carisma de simpatía que le hacía ganar amigos. Entre sus penitentes se contaba un portugués joven, de diecisiete años; se llamaba González Cámara. Entre los ejercitantes debemos mencionar al fugitivo inglés Helyar, porque él conservará una transcripción temprana del texto de los Ejercicios que Iñigo dejara en París y la recibiera de Fabro.

El 3 de octubre de 1536 obtuvieron el título de Maestros en Artes Fabro, Simón Rodrigues, Salmerón, Bobadilla, Jay, Coduri y Broet. Laínez y Javier ya lo eran con anterioridad. En cambio, no podrían obtenerlo en teología, ya que costaba muchos años y se echaba encima la fecha convenida de su partida de París: el 25 de enero de 1537. Más aún, tuvieron que anticiparla

al 15 de noviembre del año anterior a causa de la guerra entre Francia y España. Previamente se hicieron con el pergamino que acreditaba que habían dedicado año y medio al estudio de la teología. La interrupción brusca del estudio y el abandono repentino de la ciudad con la consiguiente ruptura de relaciones apostólicas, todo por el capricho fantasioso de ir a Jerusalén, sorprendió a más de uno. Un doctor, no sin cierto realismo, puso a Fabro ante un dilema de conciencia, pues no eximía de pecado mortal aquella aventura en la que dejaba el fruto cierto que allí hacía por el incierto en el que soñaba; y aun le pidió su consentimiento para someter su parecer al claustro de todos los teólogos de la Universidad. El grupo estaba firme en su decisión y no necesitó de la protección de la dama María y del confesor de la reina Guzmán, a quienes Iñigo les había recomendado. Es verdad que aquella desaparición repentina tenía las trazas de una huida y algunos años más tarde dará lugar a que en Italia se diga que habían huido de París como herejes.

Simón Rodrigues nos relata con detalle los percances y penalidades de este viaje aventurero. Por evitar la Provenza y Lombardía, que eran escenario de guerra, tuvieron que optar por un itinerario más largo y penoso a través de Lorena, Alemania y los Alpes. Una parte del grupo adelantó cinco días su salida; los últimos se encargarían de dar a los pobres todo lo que les sobraba. Acaso estos últimos dejaron la ciudad el 15 de noviembre antes del alba para no ser notados. Al terminar ese día se encontraron con unos soldados y campesinos en el camino que les preguntaron quiénes eran, de dónde venían y a dónde iban. Los franceses del grupo se adelantaban a responder en nombre de todos: «Somos estudiantes de París». ¿Carmelitas monjes o clérigos?, les preguntaron de nuevo. Una viejecilla atajó a los soldados: «Dejadles, van a reformar alguna provincia». En medio de la risa general, les dejaron proseguir.

En adelante, aunque Laínez y Javier hablaban bien el francés, fueron los franceses quienes respondían en su territorio; los hispanos callaban o, forzados, se limitaban a decir que estudiaban en París. Tan reiterada y vaga respuesta le valió a alguno el dicterio de «gran animal» de parte de algún soldado. Ciertamente iban vestidos con las ropas tálares de los estudiantes, con sombreros de ancho vuelo y con bordones en la mano. Cada uno llevaba terciado un bolsón de cuero con su biblia, breviario y cartapacios y, colgado al cuello, un rosario. Para caminar levantaban sus ropones y los sujetaban al cinto. Al evocar la escena cuarenta años después, Simón Rodrigues rememora vivamente la inmensa confianza en Dios de aquellos viajeros y su indecible alegría; vivían una auténtica fiesta y no les parecía que pisaban con los pies la tierra. Reunidos en Meaux, determinaron el modo de viajar. Caminarían juntos y a pie; en vez de ir pidiendo limosna, se servirían del dinero que tenían hasta llegar a Venecia, sin separarse por ningún motivo. Durante la caminata iban frecuentemente rezando. Si les preguntaban a dónde se dirigían, responderían que iban en peregrinación a San Nicolas-du-Port, en Lorena. En Francia los persiguió la lluvia, en Alemania la nieve. «Éramos novicios en caminar», dice Laínez. Sin duda concibieron mayor admiración por la fortaleza del Maestro Ignacio en punto a caminatas.

El itinerario seguido fue Meaux, Metz, Nancy, Basilea, Constanza, Tirol, Trento, Venecia. Fue azarosísimo el paso por Lorena, invadida por tropas francesas. Por apartarse del grupo, el Maestro Simón tuvo que pelear a brazo partido con un campesino, empeñado en arrastrarle donde una

hermosísima moza. Tres días le costó ganar Alemania y acogerse al dominio de Carlos V. Llamados por los gobernadores, esta vez acudieron los hispanos y dijeron que eran estudiantes de París que se dirigían por devoción a Loreto; la respuesta la repitieron más de una vez, pero en alguna se vieron obligados a aguantar la befa de algún protestante. Si el frío y la nieve les atenazaban el cuerpo, les encogía el alma el contacto directo con el protestantismo. Rotos por las inclemencias del tiempo, llegaron a Basilea, donde pasaron tres días y discutieron en defensa de la fe católica. Hacía poco que había muerto Erasmo, cansado de luchar e incomprendido, y allí estaba enterrado, al igual que los corifeos protestantes Zwinglio y Oecolampadio.

Ignorando la lengua nativa y los caminos, más de una vez se perdieron; en una de estas ocasiones llegaron de noche a un pueblo protestante que celebraba la boda de su cura con grandes músicas y banquetes. Peor lo pasaron en Weinfelden, donde el cura casado llevó las de perder en la discusión y les amenazó con meterlos presos; tras una noche de angustias en que pensaron ya en morir, un joven compasivo los sacó del peligro antes del alba, encaminándolos al otro lado del monte Ottemberg. Constanza era una ciudad enteramente protestante, donde con dificultad pudieron celebrar en una iglesia extra muros, no sin que los asistentes tuviesen que pagar una tasa. Antes de llegar a Lindau, una viejecita les salió junto a un lazareto, dando gritos de emoción y abalanzándose a besar los rosarios que llevaban al cuello; luego les enseñó un montón de manos y cabezas de imágenes de santos destrozadas que ella guardaba piadosamente, y más tarde les acompañó hasta las puertas de la ciudad, exclamando sin cesar: «Aquí tenéis hombres cristianos. Me habían mentido al decirme que todo el mundo había abrazado vuestros errores». Era una anciana resistente a la que nada ni nadie pudo arrancarle de su antigua fe. En lo más crudo del invierno el grupo pasó por Feldkirch, Innsbruck, Brenner, celebró las Navidades en el Tirol, y por Bolzano y Trento descendió hacia Castelfranco y Mestre. Por fin, Venecia. Era el 8 de enero de 1537, dos meses y medio antes de lo previsto.

El encuentro con Maestro Ignacio les produjo inmenso gozo. Los parisinos le presentaron los tres nuevos adeptos. Por su parte, Ignacio no esperaba solo: había ganado a Hoces; había conquistado a dos de los innumerables hermanos Eguía, cuando volvían de Tierra Santa: el viudo Esteban, y Diego, el que tanto le favoreciera en los días de Alcalá; de momento volverían a su tierra y luego se incorporarían al grupo. También daba por ganados a Arias y a aquel criado de Javier, Landívar, el que lo quiso matar en París. Les quedaban dos meses de espera antes de negociar en Roma el permiso pontificio para pasar a Jerusalén, y medio año antes de pensar en embarcar. ¿Qué planes tendrá Iñigo, el hombre del «realismo apostólico», sobre este brillante plantel de Magistri parisienses en su mayoría, que optaron por seguirle en su forma de vida? Sencillamente distribuirlos en los dos hospitales venecianos, el de Incurables y el de San Juan y San Pablo, para que descendan de la teología a enfermos de carne y hueso, y de las sutiles disputas a los más humildes menesteres, como eran hacer camas, barrer, lavar ropas, limpiar llagas, vestir y enterrar muertos. Todo eso lo sabía por experiencia Iñigo, quien sorprendentemente prosiguió su vida retirada en casa de su protector. Tenían que forjarse solos, ser cada uno un héroe por impulso propio.

La inmersión de aquellos universitarios en zonas desconocidas y poco gratas de la vida tuvo que ser brutal; hacían falta fuerzas de gigante para

soportarla y para vencer repugnancias, poco menos que invencibles, de la naturaleza. Mas sobre la naturaleza está la voluntad y puede prevalecer la segunda, cuando es la de un Javier, quien, para vencer la náusea que le causan las llagas de un sifilítico, las lame en gesto sobrehumano; o la de un Rodrigues, que, al ver que se le negaba cama en San Juan y San Pablo a un leproso, le permitió compartir la suya. En tales trances, Javier llegó a creer que se había contagiado y Rodrigues pasó un día enfermo, de miedo de haber contraído la lepra. Eran de nuestra raza, pero de otro temple voluntarístico y espiritual.

Tras dos meses de prueba de hospitales, salieron todos para Roma a recibir la bendición del Pontífice para pasar a Jerusalén. «El peregrino no fue con ellos por causa del Doctor Ortiz y también del nuevo cardenal teatino». Era una discreta cautela: Ortiz, el antiguo denunciante de París, era ahora embajador extraordinario de Carlos V en Roma; Carafa, nombrado cardenal, había pasado a la Curia Romana. Cuesta trabajo creer que Iñigo, que se envalentonaba en las persecuciones, pudiera tener miedo. Era discreción, ahorro en las persecuciones innecesarias, acaso deseo de someter a sus Maestros, sin acompañarlos, a la prueba de la peregrinación en la que él era alumno aventajado. Contrariamente a lo que habían hecho desde París a Venecia, esta vez caminaron en pobreza absoluta viviendo de la pura limosna. Sabemos que llegaron a Rávena mojados, cansados y muertos de hambre. Iban de tres en tres, con un sacerdote en cada grupo. Siguiendo las huellas de Iñigo, dormían en hospitales, en pajares y aun en establos. Comían en el acto lo que les daban, pero no guardaban provisiones para el camino. Una vez viajaron todo el día con el pan que comieron por la mañana, aguantando la lluvia y caminando descalzos, entre rezos y cantos. Alguno los creyó un grupo de viejos soldados del Sacco de Roma que iban en penitencia a pedir perdón al Papa. Para pagar el barco de Rávena a Ancona tuvieron que empeñar un Breviario. Comían como pobres de solemnidad. En Ancona el Maestro Laínez, descalzo, agradeció cortésmente la caridad de unas verduleras del mercado que le dieron un rábano, una col y una manzana. Tres días se detuvieron en Loreto, dedicados a la oración. En Tolentino un extranjero los socorrió para una cena de pan, higos y vino, de la que hicieron partícipes a otros mendigos. Por fin, llegaron a Roma el domingo de Ramos, 25 de marzo, donde fueron acogidos en los respectivos hospitales nacionales. ¡Qué cuatro meses de noviciado! Eso era seguir el «modo de vivir» de Iñigo, como lo define Laínez, dejando las cosas del mundo y confiando en solo Dios. Es el período de la heroicidad más desnuda y brillante.

Las cosas cambiaron en Roma y del modo más inesperado. El temido Doctor Ortiz fue su más firme valedor, llegando a conseguirles audiencia con Paulo III, y ¡qué audiencia! Ortiz habló al Papa de aquellos nueve prometedores teólogos parisienses que querían viajar en pobreza a Jerusalén. No dejaba de ser algo insólito, casi milagroso. Paulo III, que gustaba de rodearse de comensales notables que animasen sus comidas los invitó a presentarse durante su comida y tuvo ocasión de oírlos disputar. Quienes hacía unos días dormían en un establo, se sentaban ahora con los purpurados a la mesa del Papa. La fuerza de la costumbre hizo preguntar a Paulo III, encantado con aquellos hombres, qué gracias deseaban. No deseaban prebendas ni beneficios, sino, nada más, permiso para pasar a Jerusalén. En el rescripto en que se formalizó la autorización a nombre de Fabro y doce compañeros (i) se solicita sutilmente la gracia de visitar, de

permanecer en algún santo lugar, de establecerse y de volver cuando les placiere. Es una gradación calculada para prevenir las imposiciones del Guardián franciscano sobre Iñigo hacía unos años. Discretamente queda abierta la puerta para el retorno lo mismo que para la permanencia. Se cumplía escrupulosamente el voto de Montmartre. Entre los doce peregrinos se contaban el grupo parisiense con Iñigo, más Hoces, Arias y Landívar.

Sólo aquel año no zarpó el barco

Con todo, lo que empezó en un cuarto de París en 1529 y se mantuvo limpio y tenso —sirviendo enfermos, pasando hambre y durmiendo en paja— podía estropearse en una comida pontificia. Al privilegio límpido de la radical pobreza y confianza en Dios, comenzaban a mezclarse ahora otros privilegios humanos, altas protecciones y apoyaturas, atajos hacia las metas soñadas. Papa y cardenales reunieron 260 ducados de limosna para ayudarlos a sufragar el viaje. El Papa, además, concedió *motu proprio* a los que eran sacerdotes, facultades universales para absolver pecados reservados. Los que no lo eran, podían recibir las órdenes sagradas, incluso el sacerdocio, de manos de cualquier obispo y sin observar los intersticios canónicos. La «buena estrella», siempre peligrosa, comenzaba a lucir para el grupo de amigos, aun antes de alcanzar estructura canónica alguna. Con todo, la estrella suprema, la meta añorada, seguía siendo Jerusalén.

Los extraños peregrinos volvieron mendigando a Venecia, llevando en sus alforjas más concesiones de las soñadas. Sorprende sobre todas la vía abierta al sacerdocio. Puede considerarse normal dentro de la dinámica del grupo y dentro de la óptica papal, pero no entraba dentro de las expectativas explicitadas ni de las peticiones formales hechas. Ciertamente resultaba más anormal e inesperado el modo de acceso al sacerdocio, esto es, sin ninguna vinculación diocesana y sin la base normal de un título patrimonial o benefical; podían ser ordenados *ad titulum paupertatis et sufficientis litteraturae*. Iñigo hará el recuento gozoso de todas estas gracias y novedades en carta a su amigo Verdolay de julio de aquel año: «en pobreza, sin dinero, sin favor... confiando y esperando solamente en Dios... hallaron, y sin trabajo alguno, mucho más de lo que ellos querían»... Esta era la situación de aquellos «nueve amigos en el Señor», como llamaba Ignacio a los venidos de París, la suya propia... y la de Hoces..., porque Arias y Landívar no volvieron de Roma. El primero se despegó del grupo y más tarde aparecieron en él graves grietas morales que aireó el propio Landívar; en cuanto a éste, siempre a bandazos, buscó en su cobardía la compasión y el amor de un Iñigo siempre dispuesto a esperar. La experiencia le haría pronto más duro y exigente, menos indulgente con los flojos.

De nuevo en Venecia se reintegraron a sus trabajos hospitalarios, pero antes de la eventualidad del embarque se dispusieron a acceder a las órdenes. El obispo Negusanti les confirió a marchas forzadas las órdenes sagradas: las menores el domingo 10 de junio, el subdiaconado el día 15, el diaconado el 17 y el presbiterado el 24 de junio, día de san Juan Bautista. Los ordenados fueron Bobadilla, Laínez, Javier, Coduri, Simón Rodrigues e Ignacio de Loyola; Salmerón, ordenado diácono, hubo de esperar para el presbiterado por su poca edad. Nada les cobró el obispo por la ordenación a quienes en ella hicieron voluntariamente voto de perpetua pobreza. El Nuncio Veralli, por su parte, les impartió las más amplias licencias

ministeriales. Por fin Iñigo, como los demás, podía determinar «cuándo era pecado mortal o venial», ya que podía confesar y absolver de reservados, predicar y explicar las Sagradas Escrituras pública y privadamente... con misión canónica. Se disipaban las cortapisas complutenses y salmantinas tras quince años de esfuerzos. Ni que decir que los «amigos en el Señor», transformados en «sacerdotes reformados», soñaban con celebrar sus primeras misas en la tierra de Jesús. Todo se había cumplido, y con creces, de las previsiones parisinas de 1534. Fallaría lo más importante: el paso a Jerusalén.

Lo que no había ocurrido en cuarenta años, ocurrió precisamente en aquél: no pudo zarpar la nave peregrina. La tensión entre venecianos y turcos era extrema. Una impresionante Armada amenazaba las fortalezas e islas venecianas del Adriático y ponía el pie en Otranto, tras la huida de la escuadra de Andrés Doria. El 3 de junio se rompió la alianza entre la «sublime Puerta» y Venecia. No prevalecieron los turcos en su deseo de conquistar Corfú, pero arrebataron a los venecianos varias islas en el Mar Egeo. Venecia terminaría por sumarse a la Liga Santa propiciada por Paulo III, junto con el Emperador y el Rey de los Romanos. Se llegó a ella el 8 de febrero de 1538, aunque tras varios fracasos, quedó disuelta antes de terminar el año. No tardaría Venecia en negociar una paz duradera con los turcos, rematada en 1540. Esto lo sabemos hoy, pero en 1537 el horizonte aparecía cerrado indefinidamente y, como dice la Autobiografía, «se alejaba la esperanza de pasar» a Tierra Santa. Avezado a soluciones inverosímiles, Iñigo, con los suyos, no se rindió a la primera y quiso cumplir el año programado de espera, sea un año natural (1537), sea un año de estancia en Venecia que comprendiese dos oportunidades de partida en sucesivas primaveras.

El 31 de mayo el grupo tomó parte en la procesión del Corpus Christi veneciano y tras ella fue presentado al viejo Doge Gritti, el mismo que recibiera a Iñigo en 1523. La ruptura de relaciones que sobrevino tres días después, hacía impensable, de momento, cualquier navegación a Palestina. En vista de ello, el grupo decidió completar el año de espera, pero repartiéndose por las tierras venecianas de dos en dos y a suertes y no sin antes devolver a Roma la póliza con los 200 ducados no utilizados. Dejaban así el absorbente servicio de los hospitales a fines de julio y se disponían a unos meses de vida anónima, solitaria y libre, casi eremítica, como preparación para sus primeras misas. Con el consejo de amigos y echando a suerte destino y grupos, los lugares a los que se retiraron fueron: Verona (Bobadilla y Broet), Bassano (Jay y Rodrigues), Treviso (Coduri y Hoces), Monselice (Javier y Salmerón). Ignacio, Fabro y Laínez fueron a Vicenza y se alojaron en una casilla en las afueras de la ciudad, cedida por los religiosos de Santa María delle Grazie. Era un edificio ruinoso y abandonado en tiempos de guerra, sin puertas ni ventanas, llamado S. Pietro de Vi varólo... Dormían sobre el suelo, con un poco de paja por cama. Iñigo, ya para esta época, llora con facilidad y con frecuencia; sus ojos están estropeados y es muy sensible a la luz y al aire. En vista de ello, Fabro y Laínez salen a mendigar dos veces al día a la ciudad; con lo que ellos traen no consiguen matar el hambre. Iñigo hacía de cocinero, aunque su menú ordinario no pasaba de cocer los duros mendrugos de pan para hacerlos algo comestibles. Si algún día disponían de un poco de aceite o manteca, era un verdadero festín. En tal penitencia y absoluto retiro pasaron una cuarentena, «no atendiendo más que a la oración». Es una clara imitación

de los pasos de Cristo antes de su vida pública que, ¡ay!, soñaron con ponerla en práctica en Palestina.

Los distintos grupos cumplieron la cuarentena de oración en plena canícula; los mosquitos se encargaron de romper la soledad, acrecentando la penitencia, y acaso fueron causa de que muchos enfermasen. El de más cuidado fue el Maestro Simón; Ignacio fue ansioso a visitarlo, sin que Fabro pudiese seguir el paso rápido del viaje. Ignacio, Fabro y Laínez, a quienes se unió Coduri, comenzaron a predicar en las plazas de Vicenza, llamando a las gentes con sus grandes bonetes. La calidad de su italiano era muy inferior a la fuerza de sus palabras elementales. Poco a poco se fue juntando el grupo completo en Vicenza, donde los ciudadanos empezaron a ser caritativos con ellos. En septiembre recibió el presbiterado Salmerón. Al inicio del otoño dijeron su primera misa en la iglesia de S. Pedro de Vivarolo Javier, Laínez, Bobadilla y Coduri; Simón Rodrigues la diría en Ferrara. Aquellas misas fueron puro festejo de espíritu, sin concesión alguna a la carne, a la sangre, o a conveniencias sociales. Ignacio demoraba su misa, sin duda con la secreta esperanza de poder decirla en la tierra de Jesús.

Era un compañero más... y no lo era. Pero tampoco era el líder aparatoso, el jefe impositivo, el estratega organizador. Era el padre de todos y para todos. Quebrantado de trabajos y con calenturas, era capaz de dejar la cama del hospital para visitar a Rodrigues que estaba más grave que él. Silente y discreto, parecía poseer el secreto del futuro; sin embargo, también para él era incierto. Posee un misterio personal, íntimo y profundo, que era incierto, que en nada nos lo aclara cuando nos confiesa que durante estos meses «tuvo visiones espirituales y muchas casi ordinarias consolaciones.... grandes visitaciones sobrenaturales, de aquellas que solía tener estando en Manresa». Nos conmueven sus gestos externos, su pobreza o su oficio de cocinero, pero nada sabemos de lo que cocina en el fondo de su espíritu, que debe ser mucho. Externamente conduce al grupo con aire democrático: quiere que todos juntos decidan en Vi varólo lo que harán a partir de noviembre para cumplir escrupulosamente su compromiso conjunto de Montmartre. Decidieron completar los tres meses de retiro, mezclado ya con predicación, y tras esto, repartirse por diversas Universidades de Italia para captar nuevos estudiantes. Captarlos..., ¿para qué? Se ponía en práctica lo que Iñigo había anunciado discretamente a Verdolay en carta del 24 de julio... «Todos andarán repartidos por esta Italia hasta el otro año, si podrán pasar en Jerusalén; y si Dios nuestro Señor no fuere servido que pasen, no esperarán más tiempo, mas en lo que comienzan irán adelante».

Mientras la disyuntiva consumía los últimos plazos, se distribuirían por las ciudades universitarias de dos en dos: Siena, Ferrara, Padua. Javier con Bobadilla fue a Bolonia, la ciudad donde se doctoró su padre en 1470. El trío Ignacio, Fabro y Laínez, iría a Roma, animado por la invitación del Doctor Ortiz, antes tan temido. Ciertamente que cuando éste había vencido todos los recelos, surgieron otros nuevos en la propia Venecia desde principios de año. Iñigo los llama «persecución», y con razón. ¿Quién podría pensar que se desatarían en Venecia rumores —«siendo muchos los que decían»— de que Iñigo había sido quemado en estatua en España y en París? Esto equivalía a considerarlo un hereje fugitivo. ¿Quién sembraba malignamente aquellas especies? Esta vez la cosa fue adelante y el proceso siguió su curso. Justamente en este momento dictaba sentencia el amigo ejercitante Doctor Gaspar de Doctris, en nombre del Legado Pontificio. En ella se dice que las

acusaciones hechas contra «cierto presbítero, Ignacio de Loyola», son frívolas, vanas y falsas. Era la quinta vez que se confirmaba su ortodoxia. Tras ello, al menos podía separarse tranquilo de sus compañeros en otoño de 1537.

Era una separación temporal, porque pensaban juntarse de nuevo en la primavera de 1538 para, de modo definitivo, despejar la incógnita del futuro. Eran amigos, compañeros e iguales, cofundadores de algo aún impreciso, pero nadie discutía a Iñigo el título de padre de todos. Mientras Don Martín creaba el mayorazgo de Loyola vinculando casas, ferrerías y manzanales, Iñigo creaba un pequeño mayorazguito de hombres ricos en saber, en virtud, en pobreza, en celo sacerdotal. ¿Quedaría vinculado a la tierra de Jesús para convertir musulmanes y aun morir a manos de ellos? ¿O habría que renunciar al pertinaz sueño y resignarse a ponerse en manos del Papa? Después de haber cabalgado sobre las nieves invernales de los Alpes y los Apeninos para tocar el mar de los desposorios de Venecia, aquellas aguas lisas y tranquilas como las de un lago constituían la dificultad insuperable...

Si les preguntaban quiénes eran...

Aún quedaba un hilillo de esperanza, seguían colgados del futuro. Mas, en trance de separarse, se formularon una cuestión obvia: ¿qué habían de responder si les preguntaban quiénes eran? La ingenua pregunta equivalía a interrogarse acerca de su identidad. No eran monjes. Se parecían bastante a los mendicantes en unas cosas, mas no en otras; sobre todo no formaban una orden religiosa. Ya no eran seglares como hasta hacía muy poco lo fueran la mayoría. Denominarse Maestros de París era equívoco y no exento de vanidad. Llamarse sacerdotes o clérigos reformados se prestaba a confusiones con otros grupos así llamados y con aprobación canónica. Eran unos compañeros, estrechos amigos, unidos por un ideal, más que por una estructura jurídica; no poseían regla alguna aprobada ni superior legal. ¿No había en Italia asociaciones como la Compagnia del Divino Amore, hermandades como las fundadas por Bernardino de Feltre —alguna en Vicenza— Compagnia del buon Gesù Ellos, los amigos aunados por una base, eje y meta, que era Jesucristo, podrían presentarse como la Compañía de Jesús. Algo más que una confraternidad tradicional, menos que una orden hecha y derecha, y nada que tuviese que ver con trazas militares, aunque todos se sentían vasallos y soldados del Rey eternal. En un cierto sentido nació el nombre antes que la institución histórica bien perfilada que pasará a la historia con ese título. Porque, en rigor, el nombre no hizo sino bautizar aquella maravillosa fraternidad, cuyo aglutinante era Jesús.

Intentan seguir a Jesús, pero repiten las pisadas de Iñigo, como cuando ponemos el pie en la huella que otros dejaron en la nieve. Por eso seguirán como antes visitando hospitales y cárceles, pidiendo de puerta en puerta, catequizando a niños y mayores o ejercitando la caridad; ahora, además, pueden predicar oficialmente, confesar, celebrar la misa y administrar sacramentos, todo gratis y en pobreza. En cada pareja, integrada siempre por nacionalidades distintas, se comprometen voluntariamente a obedecerse uno a otro por semanas alternas. También obedece Iñigo, -aun cuando todos lo miran con reverencia. No todo el mundo entiende el raro género de vida. Así el Vicario general de Padua,

como primera medida ante aquellos extraños sujetos, decide encarcelar y encadenar a Coduri y Hoces: este último, con ascética ignaciana y humor andaluz, ríe estrepitosamente cuando se ve entre rejas, sin poder contener su alegría interior. Menos mal que al día siguiente los soltaron y las cosas parecieron cambiar de signo. La consigna general es que cada uno ha de valerse y mirar por sí. Iñigo confía en ellos y en su responsabilidad e inesperadamente, mediado el mes de octubre (1537), se encamina a Roma en compañía de Fabro y Laínez. Fabro precisa que fueron llamados desde la Ciudad Eterna, pero no dice por quién. Aquel viaje incierto sería definitivo en orden a despejar las oscuridades del horizonte.

Pasando por Bolonia, Laínez enfermó seriamente y no podía caminar. Iñigo alquiló un caballo para el enfermo, mientras él caminaba por delante con paso rápido que pasmaba a sus dos acompañantes. Siempre había alcanzado lo que había buscado y querido y lo que creyó ser voluntad de Dios. Una duda le roía el alma: ¿sería posible que Dios torciera el plan jerosolimitano, acariciado durante tantos años y en el que todos veían inequívocamente su camino? Iñigo, providencialista, si los hay, y hombre guiado por signos sobrenaturales, acaso está íntimamente desconcertado, en noche oscura, y busca la seguridad de lo alto como en otras ocasiones. De camino y a poca distancia de Roma, entra en una capillita solitaria y abandonada: la Storta. Lo que allí pasó entra en la categoría de los episodios definitivos de su vida, constituye un hito tan fundamental como Loyola o Manresa. A nosotros nos llegan débiles vibraciones de un seísmo profundo a través de la Autobiografía, que asume la entonación de los momentos solemnes de trascendentes certezas. «Y estando un día —dice— pocas millas antes de llegar a Roma en una iglesia y haciendo oración en ella, sintió tal mudanza en su ánimo y vio tan claro que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo, que no tendría ánimo de dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo... y oyó que el mismo Señor y Redentor le decía: 'Yo os seré propicio en Roma'»*.

Yo os seré propicio en Roma

Algo debió de contar Iñigo a Laínez sobre esta vivencia íntima de la Storta. Cuando años más tarde Nadal y González Cámara intenten hurgar en la memoria de Ignacio al respecto, apoyados en las confidencias de Laínez, Ignacio responderá con una evasiva, que, sin embargo, deja abierto un portillo a la confirmación: «Si lo dijo Laínez, puede ser». Cuando muera, aparecerá entre sus papeles más íntimos una frase clave de clara referencia:

* Llegado a este punto, quien esto escribe experimentó en su carne los efectos de un ataque de calculosis biliar, la crónica dolencia ignaciana, y concibió una más alta admiración por su biografiado. Tras una intervención quirúrgica y la extirpación de dos cálculos biliares, conoció un rosario inacabable de complicaciones que duraron catorce meses, viéndose en ocho trances de muerte. Salió de la enfermedad «hecho medio doctor», en expresión ignaciana, pero certifica que su vida anterior no fue banco de terribles dolores físicos como sentencian los médicos, lo mismo que sentenciaron quienes hicieron la autopsia del cadáver de Ignacio de Loyola. Con conciencia de vivir de milagro, ofrendó su obra en Loyola el día mismo que la concluyó al Santo que hizo posible que el propósito inicial llegara a puerto.

«Cuando el Padre me ponía con el Hijo». No es precisamente una frase excesivamente literaria ni esclarecedora. Iñigo no es un místico que se torture intentando expresar lo que, por definición, es inexpresable. Se lo guarda y calla, pero queda marcado a fuego; en algún sentido, podría suscribir el célebre aserto de Wittgenstein: «De lo que no se puede hablar, mejor es callarse».

El fenómeno experiencial de la Storta es el último eslabón de un período rico en parecidas ilustraciones interiores precedentes recibidas en el retiro largo de S. Pietro de Vivarolo durante aquel interminable año de cada vez más desesperanzada espera. Para un hombre tan ciegamente providencialista como Iñigo, renunciar a la vieja, arraigada y compartida idea de vivir y morir en Jerusalén era algo que le sumía en incertidumbre. «¡Qué hermoso es el fuego que se levanta al quemar uno las naves!». El fuego fue la Storta, las misteriosas palabras grabadas y pesadas una a una, con la imagen, al fondo, de Cristo con la cruz auestas. Ego era el mismo Cristo buscado en la soñada Jerusalén; vobis era el grupo de amigos el que recibía la confortante promesa; propitius significa un modo de benevolencia, favor y confirmación; Romae: la flecha del camino se desviaba de la meta jerosolimitana y apuntaba a Roma, carta de reserva ya intuita desde París como alternativa a la frustración del viaje a Tierra Santa. Quienes suponen en Ignacio desmedida ambición de poder, propósitos oscuros de conquistar imperios mundanos desde Roma, falsean la historia. Si la nave peregrina veneciana hubiese surcado el Mediterráneo con los peregrinos parisienses, la historia hubiera sido muy distinta. Después de la Storta, Ignacio, el peregrino, está seguro de haber recobrado el camino justo, pero nuevo e incierto; más aún, barrunta que en Roma les esperan dificultades y pruebas, acaso persecuciones, en suma, hostilidad. Lo expresa plásticamente con una metáfora: ventanas o puertas cerradas. Certeza y seguridad no implican claridad ni horizonte despejado. Sólo quedaba una opción, seguir adelante, caminar. «Se hace camino al andar».

Y caminando llegaron a Roma los tres compañeros alguna tarde de otoño de 1538, en la que el sol bañaba la campiña verde-azulada y llenaba de esplendor las infinitas iglesias, soberbios palacios y monumentos de la ciudad que emergían orgullosos sobre el humilde caserío. A pesar del atosigante dominio extranjero sobre Italia y del terrible ataque protestante contra Roma, a la que no obedecía gran parte de Europa, en la ciudad se mantenía vivo el hálito infundido por el Renacimiento y progresaban las artes y las letras y hasta la demografía. Era una ciudad única. A las viejas y poderosas estirpes de los Colonna, Orsini, Savelli, Conti, se sumaría la nueva nobleza, con sus palacios y villas, su competencia en el fasto, sus áreas de influencia. El pasado glorioso, pagano y cristiano, estaba presente en viejísimos monumentos más o menos salvados de la ruina, en las múltiples iglesias, en las catacumbas progresivamente descubiertas, y en las innumerables y bellas fuentes. Los cardenales de Curia, con amplio séquito de lacayos y protegidos, asumían especial protagonismo en la batalla de cada cónclave y pesaban no poco en el gobierno de la cristiandad. Los embajadores de las principales potencias traían a la ciudad el latido del mundo y querían materializar en su boato y en pugnas por puntos de honor el prestigio de los reyes y príncipes a quienes representaban. Universitarios y clérigos de toda Europa concurrían a cientos buscando un puesto en la Curia, un acomodo en una familia cardenalicia o episcopal, una prebenda

eclasiástica en cualquier país, desde un arcedianato hasta una humilde pensión anual.

Desde los papas de Aviñón, Roma se había convertido en una gigantesca oficina de nombramientos y, consiguientemente, en teatro de intrigas, ambiciones, favores y cohechos. El dinero abría puertas, todo se compraba y vendía, olvidando en la práctica que la renta o *beneficium* tenía una esencial razón de ser, como era la atención personal y servicio pastoral, el *officium*. Esta ya inveterada praxis era una de las llagas más profundas y de efectos más deletéreos en la cristiandad, ya que detrás de ella se agazapaban las dispensas, la acumulación de cargos, el absentismo de obispos y párrocos, las permutas y tantos otros abusos. *Subversio ordinis* es el fuerte calificativo de tal situación que empleará un moralista coetáneo como Domingo de Soto. Varias generaciones venían clamando en vano por una decisiva reforma que atajase el mal de raíz, mas sus clamores se perdían en el vacío o se estrellaban contra aquella inmensa máquina centralizadora y fiscal de la Curia, demasiado interesada en que no cambiasen las cosas. La conmoción del terrible Sacco de Roma (1527), que sometió la ciudad a los desmanes de la tropa durante meses y vio al Papa encerrado en Sant'Angelo, estaba aún fresca en la memoria de las gentes. No faltaron predicadores y profetas que vieron en el espantoso acontecimiento un castigo de Dios por los muchos pecados de la ciudad llamada santa, u otros que anunciaban —o deseaban— un papa angélico y celeste.

Las cosas no cambiaron sensiblemente y el Papa reinante, Paulo III, un Farnese, ofrecía más resabios renacentistas que angelicales. Inició su promoción bajo Alejandro VI y acumuló varios obispados. Elegido Papa en 1534, le preocupaba más el engrandecimiento de su familia y de sus dos hijos, que la eficaz reforma de la Iglesia. Con todo, la renovación que operó en el Colegio cardenalicio distinguiendo con la púrpura a hombres eminentes como Juan Pedro Carafa, Gaspar Contarini, Sadoletto, el inglés Pole, Fregoso, Morone, Cervini y otros, dio pie a algunas esperanzas. Con varios de esos hombres se cruzarán Ignacio y sus compañeros y encontrarán decisivos apoyos para sus proyectos. En efecto, un grupo conspicuo de estos cardenales redactó el famoso *Consilium de emmendanda Ecclesia* (1536), en el que apuntaba certeramente los males que había que remediar. En él mostraba su alarma ante las teorías exageradas sobre la autoridad pontificia y proponían fundamentales líneas de reforma en punto a dispensas curiales, limitación de exenciones, selección de candidatos a órdenes sagradas, mejora de la predicación, etc. El programa era válido y certero, pero fue inoperante. No pasó de ser el símbolo de una conciencia viva, de una buena voluntad. Es verdad que Paulo III invitó a los obispos que vivían en Roma a incorporarse a sus diócesis, pero nada pudo en su deseo de reformar la Dataría. Su fracaso fue aún más estrepitoso en sus intentos de reunir un concilio. Nadie acudió a su llamada del campo católico y, para colmo, fue rechazada por los protestantes unidos en la Liga de Smalcalda (1537). El anhelado concilio quedó aplazado hasta 1542 y tampoco entonces se pudo reunir. Con todo el espíritu de reforma no era voz periférica y de ataque, sino ansia —deseo más que realidad— que florecía en el corazón de la cristiandad. Junto a la Roma que podíamos llamar oficial, estaba la otra Roma, el popolino menesteroso, aficionado a grandes fiestas, envilecido y humillado ante los grandes, apegado a sus tradiciones seculares y a sus supersticiones; estaban los hospitales, las

infinitas asociaciones y confraternidades de piedad o de caridad, la corrupción de costumbres, las innumerables cortiggiane. En ese abigarrado mundo se metían, esta vez no de sólo paso, Ignacio, Fabro y Laínez, en busca de su camino, a la espera de que se iluminase su senda. No venían a pedir, sino a ofrecerse.

«Pobres sacerdotes peregrinos»

La premonición de las «ventanas cerradas» no resultó cierta. Aunque imperase el egoísmo, también había gente buena en la ciudad. Nada más llegar, los tres sacerdotes peregrinos pudieron disponer de una casucha junto a una viña al pie de Trinitá dei Monti, cedida generosamente por Quirino Garzoni. Un hijo de éste recordará muchos años más tarde cómo a veces les llevaba comida a los peregrinos, que la repartían con otros más pobres, y cómo dormían en el suelo; no olvidaba tampoco las caricias que recibió de Ignacio. Sin duda debieron lograr pronto el objetivo de su viaje: ponerse a los pies del Papa y hacer ofrecimiento pleno de sus personas. En un mundo en que todos se acercaban a solicitar y pedir, era absolutamente insólito que un puñado de Maestros parisienses se ofreciese a trabajar sin pedir recompensa alguna. Paulo III designó muy pronto a Laínez y Fabro para que enseñasen en la Sapienza, ateneo famoso en tiempos de León X, cerrado por Clemente VII a raíz del Sacco de Roma. Fabro inició sus lecciones de teología positiva y bíblica, y Laínez su exposición de Gabriel Biel. A este último le costó tiempo adquirir el justo tono docente y aun nos confiesa que Ignacio se avergonzaba de él. En tal tarea debieron emplear unos dos años. Tal actividad docente conjugaba muy bien con la condición universitaria de los designados, aunque se apartaba no poco de las humildísimas tareas ejercidas hasta entonces y aun de propósitos expresamente concebidos por el grupo.

Ignacio quedó libre y volvió a su actividad preferida, conversar con la gente y, cuando alguno se disponía, inducirlo a la práctica de los Ejercicios. El primero en hacerlos —¡quién lo diría!— fue el corpulento Doctor Ortiz. Se encontraba en Roma, enviado por Carlos V, para defender el matrimonio de Catalina de Aragón con Enrique VIII, aunque éste había procedido ya a nuevas nupcias y separado su reino de la obediencia romana. Ortiz se retiró con Ignacio a Montecassino y allí se sometió a su dirección durante cuarenta días. Todas las viejas suspicacias de los años de París desaparecieron y el viejo profesor de la Universidad de Salamanca se transformó en un entusiasta de Ignacio y en decidido valedor. De Loyola, según él, había aprendido una nueva teología no la que se aprende para enseñar, sino para vivir. También practicaron los Ejercicios con parecido efecto el prestigioso senense Lattanzio Tolomei, pariente del cardenal Ghinucci y hombre versado en letras y bellas artes; el médico Dr. Ignacio López, que se convertiría en personaje familiar de los primeros jesuitas, y el nobilísimo cardenal veneciano Gaspar Contarini, cuyo valimiento sería importante muy pronto. Entretanto moría en el norte de Italia el malagueño Hoces, el primero que en Italia ganara Ignacio para la Compañía mediante los Ejercicios. Este era el horizonte inicial en Roma de los tres destacados, separados del grupo: poca cosa en compensación de la soñada Jerusalén.

Transcurrido medio año desde su llegada y pasada la Cuaresma de 1539, llegaron a Roma todos los demás. Habían vivido una rica experiencia pastoral en las diversas ciudades de Italia en que estuvieron y dejaban tras

sí un vivo recuerdo y no pocas amistades que más tarde darían su fruto. Ya no cabían en la casucha de Garzoni y hubieron de encontrar acomodo en la ciudad en un sitio más céntrico. Regularizaron su situación canónica como sacerdotes, obteniendo licencias de confesar, predicar y administrar sacramentos. Se las concedió el cardenal Vincenzo Carafa, sobrino del cardenal Juan Prieto, del mismo apellido, y con recomendación de éste. Y sin más pensarlo, se lanzaron a repetir en plena Roma la actividad que habían desplegado en las ciudades norteñas. Pronto los empezaron a llamar los «sacerdotes peregrinos» o los «pobres sacerdotes peregrinos». Esas tres palabras definían muy bien su estampa exterior, su condición de vida y aun sus íntimos ideales. También los designarían como «sacerdotes reformados». Muy ciego había que ser para no atisbar que representaba una cierta novedad, en contraste con clérigos de misa y olla, poco celosos o de disolutas costumbres. «Comenzamos a predicar en diversas iglesias», dice Laínez. En efecto, les cedieron los pulpitos de San Lorenzo in Dámaso, del Salvador, de San Luis, de Santa Lucía. Ello no impedía que a veces se pusiesen a predicar también en las plazas públicas.

Lo que más asombraba al pueblo es que los Maestros parisinos, tras la prédica, pidiesen limosnas por las calles. La «dama pobreza» seguía siendo compañera de sus vidas. Nos consta que Ignacio predicó en castellano en la iglesia española de Santa María de Montserrat y sabemos que fueron asiduos a sus sermones el Doctor Ortiz y el Doctor Jerónimo Arce, quien, a propósito de lo escuchado, decía que nunca vio «tanta fuerza de convicción» en un predicador. Ignacio poseía la magia de la palabra, aunque no de la oratoria. Aquella predicación, de la palabra y de la vida, produjo profundo efecto. Influyó parcialmente en ella el hecho de que fuera en el tiempo pospascual, y no en el habitual de la cuaresma, y aun el que fueran sacerdotes, y no frailes, quienes predicasen. Ignacio comunicaría, exultante, el fruto recogido a su amiga barcelonesa Isabel Rosell, recalcando que la cosecha no se debía a «talento y elegancia en el hablar», sino al favor de Dios. Laínez confesará que nada hubo en sus actuaciones de galanuras de estilo, y sí mucho de «ejercicio de mortificación».

Acaso por ello brillaba con más fuerza el poder de la pura, pobre palabra, que nacía del corazón.

Todo parecía comenzar exitosamente, cuando de pronto se presentó la inesperada borrasca presentida por Ignacio en la Storta. Fuerte tuvo que ser para que Ignacio la defina como «la más difícil contradicción o persecución» que jamás afrontara en la vida. Fue una amenazadora campaña de rumores y calumnias, que arrojaban lodo sobre la ortodoxia y honestidad de vida, no sólo de Ignacio, sino de todo el grupo. Aquella persecución no era gratuita; en realidad, era una contienda entre españoles en torno a la celebridad del pulpito romano, el agustino piamontés Mainardi di Saluzzo, que acababa de predicar en la Cuaresma precedente. Le habían escuchado algunos de los compañeros de Ignacio y no quedaron satisfechos de su doctrina. Italia no era Alemania, y los adeptos ocultos al luteranismo utilizaban expresiones ambiguas cuando salían de la clandestinidad para hablar en público. Los ignacianos habían detectado esta táctica en algunas ciudades del norte, y eran todo menos lerdos. Entre los admiradores del predicador italiano, muy considerado dentro de su orden, estaban los hispanos Pedro de Castilla, Francisco Mudarra, el Doctor Pascual y cierto Barrera, a quienes Ignacio se permitió ponerles en guardia contra el admirado predicador; los compañeros de Ignacio, por su parte, habían

intentado llamar al orden al discutido agustino y, en vista de la inutilidad de su corrección fraterna, comenzaron a aclarar ideas desde el pulpito.

Desconocidos extranjeros y recién llegados, se vieron envueltos en una anónima barahúnda de ataques descalificadores, desatados por aquellos hispanos que pisaban fuerte en el ambiente romano. Les ayudó en la tarea un viejo antagonista de Ignacio, el navarro Miguel de Landívar, criado de Javier, que en París intentó asesinar a Ignacio. Es verdad que más tarde había rondado en torno al grupo ignaciano y aun soñó con incorporarse al mismo. En septiembre de 1537 andaba por Venecia buscando fortuna, separado definitivamente de Ignacio y los suyos. Más tarde vino a Roma e intentó, sin éxito, ser admitido en el grupo. La vacilante y veleidosa amistad se transformó en terrible enemistad y despecho. Sabía muchas cosas y el odio concebido le empujó a adobarlas a su gusto. Olvidando sus gestos de adhesión y hasta de momentáneo entusiasmo, expresados en carta que poco antes dirigiera a Ignacio, dio en atacar a éste y a los suyos mezclando verdades con mentiras: Ignacio era un fugitivo condenado por hereje en España y Francia y había dado inicio a una nueva religión no aprobada por la Sede Apostólica. ¿No sería un luterano oculto? Calumnia... que algo queda.

Infundios. «El camino que seguimos»

Los infundios tuvieron efecto inmediato. Comenzaron a faltar niños en sus prédicas, el cardenal de Trani aireó que los ignacianos eran lobos bajo piel de ovejas, algunos se alejaron discretamente. ¿Qué hacer ante esta descalificación total que echaba por tierra toda aspiración apostólica? ¡Ironías de la historia! Ignacio, que pasa por ser el campeón de la ortodoxia más escrupulosa, padeció muchos procesos por sospecha de heterodoxia; todos le afectaron a él en persona, pero este último involucraba a todo el grupo. Como en otras ocasiones dio muestras de valor y energía, de intrepidez y constancia. El, amigo de padecer, de sufrir humillaciones y oprobios, no consintió la menor mancha sobre su fe, ya que la misma connivencia en la materia podía inutilizar sus afanes apostólicos. Como lo hiciera antes en París y en Venecia, se presentó en persona al gobernador Conversini y al cardenal Vincenzo Carafa, legado del Papa durante la ausencia de éste por viaje a Niza. Tras tenaz insistencia, logró ser escuchado y también que fueran llamados sus acusadores. Los vagos infundios perdieron toda consistencia, el acusado parecía inocente, el asunto terminado. Prelados, amigos, sus propios compañeros, daban por aclarada la situación, sin necesidad de ulterior sentencia legal. Sólo Ignacio se empeñó contra todos en recabar una sentencia jurídica en forma y para justificarla recabó informes escritos de las autoridades eclesiásticas de Bolonia, Siena y Ferrara y cartas comendaticias del duque Ercole que abonasen la conducta intachable de sus compañeros. Ante la resistencia del gobernador a dictar sentencia formal y una vez que hubo regresado de Niza Paulo III, Ignacio se dirigió en persona al Papa, que se encontraba en Frascati.

El discretísimo y paciente Ignacio abordó la situación de frente y sin rodeos: expuso directamente al Papa las intenciones del grupo y le relató pormenorizadamente y por su orden los procesos, y a veces cárceles, padecidos en Alcalá, Salamanca, París y Venecia. No quería que nadie pudiese informar con más detalle al Papa ni que nadie solicitase una

investigación a fondo con más fuerza que él; pero al mismo tiempo deseaba vivamente una sentencia aclaratoria que pusiese la verdad en su punto. No podían pensar en predicar, sin gozar de buena fama. Pidió al Papa que nombrase un juez cualquiera. Si los acusados eran culpables, aceptarían el castigo y la corrección; pero si eran inocentes, exigían una declaración en forma. Aquella extraña, pero sincera y enérgica actitud resultó convincente. Paulo III ordenó que se evacuase con rapidez aquella causa. Por carambolas de la historia se encontraron precisamente entonces en Roma quienes habían examinado a Ignacio en Alcalá, París y Venecia. Sus atestados, el testimonio de los cardenales Contarini y Ridolfi de Venecia, conocedores directos de la actividad de Ignacio y de su grupo, y los informes recibidos de Bolonia, Siena y Ferrara, justificaron una cumplida sentencia en que los acusados resultaron inocentes. Las actas de este proceso han sido descubiertas y publicadas recientemente.

«Veritas filia temporis». El tiempo se encargó de aclarar quién era quién. Poco después acontecía la estrepitosa apostasía de Mainardi, que huyó de Italia y abrazó el protestantismo. Barrera moría pronto en Roma, arrepentido de su mala obra. Mudarra, condenado como hereje, huía de la cárcel, siendo quemado en estatua. Pedro de Castilla, absuelto de herejía en 1549, era de nuevo procesado por lo mismo en Nápoles y condenado en Roma a cárcel perpetua, muriendo en 1559 asistido por el jesuita Diego de Avellaneda.

Ignacio —y esta vez, el grupo entero— salió limpio de la prueba. Era la octava vez que pasaba, con dignidad rayana en fiereza, su examen de ortodoxia. Algunos consideraron su reacción extremosa y falta de mansedumbre cristiana. Avezado a humillaciones, vejaciones y al perdón, no cedía un milímetro en punto a rectitud doctrinal y ejemplaridad de vida; más aún, se ocupó de difundir la sentencia y mandó una copia de la misma a su amigo Pietro Contarini. La raíz de su actitud quedaba patente en la carta latina que le dirigiera, de la que traducimos este párrafo: «Nunca andaremos inquietos mientras se nos llame indoctos, rudos, ignorantes del buen decir, y lo mismo si nos tachan de malos, de engañadores, de inestables; pero nos dolíamos de que considerasen no sana la doctrina que predicamos o malo el camino que seguimos. Ninguno de los dos es nuestro, sino de Cristo y de su Iglesia». La conciencia eclesial toma cuerpo en su alma y adquirirá en breve más amplia consistencia.

El incipiente, aunque decisivo favor papal, se reforzó cuando a fin de año disponía por medio de su gobernador que los niños de los trece barrios o rioni de Roma fuesen instruidos en la doctrina cristiana por aquellos sacerdotes forasteros que se agrupaban en torno a Ignacio. Era el refrendo jurídico de lo que de hecho venían haciendo. Pocos días después, Ignacio celebraba su primera misa en Santa María la Mayor, junto a la reliquia que la tradición consideraba el pesebre de Jesús. Este acto, tras una espera de un año, era un modo de suplencia de la Tierra Santa en la que le hubiese gustado celebrar y un gesto de renuncia definitiva al sueño jerosolimitano. Justamente cuando Ignacio desistía, su antiguo alcaide de la fortaleza de Pamplona, el ya viejo Miguel Herrera, alardeaba en carta al secretario real Vázquez de Molina: «Aquí estoy, loado sea Dios, bueno y muy bravoso y con gana de conquistar la casa santa de Jerusalén, que no me encuentro contento con esas poquedades de Constantinopla». El dictado de inocencia obtenido en Roma no era un fin en sí, ni siquiera apoyatura para una

humana complacencia, sino salvaguarda de un ideal, el de «predicar en pobreza».

Unos días después de haber disipado la marea de calumnias, tuvo lugar el ofrecimiento formal de los sacerdotes parisinos al Papa, ya para entonces conocedor de los mismos y de sus ideales. Aquel paso, que les abría un horizonte tan ancho como el de toda la Iglesia —no menor era su intención generosa—, limitaba, por otra parte, la propia iniciativa y los vinculaba a la voluntad pontificia. Para entonces el viejo Diego de Gouvea, el principal de Santa Bárbara de París que tildó a Ignacio de «seductor de estudiantes», había quedado seducido por aquel valiente e indomable alumno, y había interesado al Rey de Portugal para que enviase a las Indias Orientales a aquellos valiosos maestros que dejaban las cátedras para vivir y predicar en pobreza. Ignacio le contestó por la pluma de Fabro con una negativa cuyo fundamento nos aclara el estado de ánimo del grupo: «Nosotros, todos cuantos colegiados en esta Compañía estamos, nos hemos ofrecido al Sumo Pontífice, por cuanto es el Señor de toda la mies de Cristo; y en esta oblación le significamos estar preparados a todo cuanto de nosotros en Cristo dispusiere, de modo que si él nos envía adonde vos nos llamáis, gozosos iremos. La causa de esta nuestra resolución, que nos sujeta a su juicio y voluntad, fue entender que él tiene mayor conocimiento de lo que conviene a todo el cristianismo».

También un obispo español y el embajador de Carlos V en Roma les habían hecho alguna insinuación análoga de cara a América, pero vieron que la voluntad del Papa era que no se movieran, «pues abundante es la mies en Roma». «La distancia del país —prosigue en la citada carta— no nos espanta, ni el trabajo de aprender lenguas; se haga lo que más agrade a Cristo». Tras dar somera cuenta de la reciente persecución sufrida, concluye con una luminosa arenga al viejo profesor: «No faltan tampoco en Roma muchos a quienes es odiosa la luz eclesiástica de verdad y de vida: sed, pues, vigilantes y esforzaos tanto en adelante a edificar al pueblo cristiano con el ejemplo de vida, como laborasteis hasta ahora en defensa de la fe y doctrina de la Iglesia. Porque ¿cómo podemos creer que nuestro óptimo Dios conservará en nosotros la verdad de la fe santa, si de la bondad huimos? De temer es que la causa principal de los errores de doctrina provenga de errores de vida; y si éstos no son corregidos, no se quitarán aquéllos de en medio»...

«Buena y verdadera Jerusalem es Italia si...»

Se impone una conclusión: la Romanidad de la Compañía no es fruto de cálculo, sino de carambolas históricas; no efecto de ambición, sino de afán de servicio; no elección del centro de poder de la Iglesia, sino aceptación religiosa de la eficacia operativa de la dirección del cabeza de la Iglesia. Paulo III, que invitaba periódicamente a su almuerzo a Fabro y a Laínez, dejó caer un día una frase reveladora: «¿A qué tanto desear ir a Jerusalem? Buena y verdadera Jerusalén es Italia si deseáis hacer fruto en la Iglesia de Dios». Efectivamente, la tierra de Jesús, era el mundo entero, y cada rincón del mismo necesitado de su palabra y de su redención. Era Dios quien marcaba aquel viraje decisivo al camino trazado por Ignacio. El había suscitado a los caminantes; «preparados a todo», sin miedo a distancias ni lenguas extrañas y, sobre todo, con ardor para conjugar mensaje y vida,

por exigencia de un impulso interior, más que como respuesta motivada por la gran catástrofe religiosa de Europa.

Se ha querido ver en la obra ignaciana un muro de contención del luteranismo —cuando no una hueste aguerrida de ataque—, la quintaesencia de la Contrarreforma. Curiosamente, sólo una vez sale el nombre de Lutero en todo cuanto ha dejado escrito Ignacio. Contrariamente a lo que sucederá en la Reforma teresiana, ningún eco literario parece alcanzar la terrible escisión religiosa en las determinaciones personales ni en la de su grupo de amigos. En el libro de los Ejercicios, el arma secreta ignaciana, reaparece con frecuencia el adverbio *contra* o el adjetivo *contrario*, mas en un contexto que nada tiene de aires belicistas o de inserción intencionada en aquella pugna religiosa. La verdadera batalla se da en el corazón de cada hombre, en su pobre respuesta al requerimiento de Cristo, en su falta de libertad y de generosidad. Está claro que el pecado es algo *contra* Dios; hay que abrazar el menosprecio y la humildad *contra* el amor mundano y la soberbia. Toda oblación generosa es una guerra *contra* la propia sensualidad y amor carnal. En resumen, Ignacio no combate *contra* nadie, sino *contra* lo peor de nosotros mismos. Le cuadra perfectamente el pensamiento de Goethe: «Si tomamos a los hombres tal y como son, los hacemos peores de lo que son. En cambio, si los tratamos como si fueran lo que debieran ser, los llevaremos a donde tienen que ser llevados». Su experiencia íntima y la adquirida en el trato profundo con los hombres abonaban este principio. Fue un excelente y persuasivo guía, porque antes fue un perfecto guiado.

«Preparados para todo»

«Preparados para todo», pues, radicalmente disponibles. Dos enseñaban en la Sapienza, los demás adoctrinaban niños en los barrios. Vivían juntos, en una nueva casa de Antonio Frangipani, cerca del Capitolio. Trabajaban cada uno por su lado y estaban unidos espiritualmente para afrontar juntos el futuro. Y el futuro inminente fue un invierno espantoso, precedido de floja cosecha. Faltaron víveres, sobrevino una carestía general y se abatió sobre Roma y su región un período de meses con fuertes nevadas, lluvias tormentosas y terrible frío. Gentes de los pueblos vecinos engrosaron la caterva de desamparados tirados por las calles, a veces muertos de hambre y de frío. En aquella concreta situación predicar en pobreza implicaba acoger en su casa durante la noche a aquellos desgraciados. Los flamantes maestros parisinos pedían limosnas por las calles y tornaban a casa cargando sobre sus espaldas pan, leña o paja para improvisar unas yacijas. Lavaban los pies a los mendigos, acomodaban en lechos a los enfermos, llenaban sus estómagos con alguna sopa, y sólo luego les explicaban rudimentos de doctrina y les inculcaban el amor fraterno. El hecho conmovió a algunos ricos y cardenales y comenzaron a ayudar con limosnas a los improvisados servidores de los pobres. Con el tiempo fue preciso colocar a tanto enfermo y famélico en los hospitales romanos, ya que se contaban por miles. Margarita de Austria, hija de Carlos V, fue particularmente generosa en sus dádivas a Ignacio y éste administró escrupulosamente cuanto recibió sin permitir que un cuarto beneficiase a los suyos, que vivían de limosna.

Aquel inesperado noviciado de extrema caridad fue la mejor corroboración de la reciente sentencia judicial. La presencia en Roma

echaba hondas raíces, prestigiaba a los «sacerdotes peregrinos», a quienes comenzaban a llegar requerimientos de otras partes. Ignacio había amasado pacientemente un grupo estrechamente unido en amor fraterno e ideales; las tareas impuestas por el Papa iban a exigir su separación e irradiación progresiva. Había que afrontar y perfilar el futuro. ¿Seguiría cada uno el camino que le marcara la obediencia al Papa conservando entre ellos tan sólo el vínculo del afecto largamente madurado y el recuerdo del aventuroso camino compartido? o ¿se decidirían a constituir una comunidad agrupada, con un cabeza a quien obedecer, para así cumplir mejor con el compromiso ya adquirido con el Papa? Porque Ignacio, llamado por algunos modernos dictador despótico de espíritus, no era el jefe jurídico, sino, todo lo más, el despertador y guía del espíritu de todos, el descubridor de horizontes y suscitador de ideales y de entregas, un hermano mayor, sólo distinguido por la consideración filial que le otorgaban los demás. ¡Qué largo camino el recorrido desde los días inquietos de Loyola en que soñaba con grandes hazañas espectaculares, desde la lejana peregrinación a Jerusalén, desde los meses de latines amargos de Barcelona, desde los primeros escarceos apostólicos en Alcalá y Salamanca, o la adhesión primera de Fabro y Javier!

Iñigo camina a paso de buey, intentando plasmar algo vagamente intuido que lleva en su conciencia desde la experiencia de Manresa. Los acontecimientos le van marcando la ruta, siempre espera nuevas señales de lo alto que le orienten en sus pasos. Es el artífice del grupo, el «padre de todos», ellos así lo reconocen. Se encuentra en vigilia expectante de la misión o misiones que les quiera confiar el Papa. De ahí vendrá la moderna palabra «misiones». Su «camino» tenía mucho de franciscano en su deseo primordial de imitar a Cristo, ayudando a los demás, prodigándose gratis en sus ministerios. Algún motivo había para que, desde fuera, los llamasen «iñiguistas», pero él se aferraba al nombre inspirado de «Compañía de Jesús». Habían profesado castidad y pobreza y aun obedecían a un superior convencional y cambiante, más por parecerse a Cristo, que por necesidades de disciplina o conveniencias de acción ordenada. A partir del «holocausto» hecho al Papa, su futuro asumía un claro relieve eclesial y en tal oblación hemos de ver la esencia y fundamento de la Compañía.

El grupo inicial, con los tres admitidos por Fabro en ausencia de Iñigo, constituía el grupo de cofundadores, o mejor, de co-fundidos por Iñigo. Su género de vida, acaso por lo difícil y heroico, suscitaba nuevas adhesiones, con consistencia varia. Atrás quedaban, descolgados del empeño, Calixto y Cáceres en Castilla, Elduayen, Peralta y Castro en París, Landívar, Arias y García en Roma con destinos muy diversos. Pero se incorporaban de modo decidido viejos amigos o nuevos conocidos como los hermanos Eguía y Estrada, Rojas, Carvajal, el italiano Codacio, el portugués Ferrao, el vasco Araoz, sobrino de la esposa del hermano mayor de Ignacio. Curiosamente Araoz había venido a Roma representando a la familia con intención de desviar a Ignacio de aquella larga aventura con visos de alumbradismo, pero acabó bien pronto uniéndose a los proyectos de su tío. Muchos de estos nuevos seguidores dieron el paso tras la práctica de los Ejercicios.

Mandaba la vida, mas era preciso deliberar, reflexionar, fijar las condiciones objetivas del proyecto. La reciente experiencia del norte de Italia y en Roma mostraba claramente que la mies era mucha y la acción iniciada era fructífera. La vocación o camino era clara, y firme la oferta hecha al Papa. No había que ser futurólogo para prever la próxima

dispersión del grupo a tenor de las disposiciones del Papa sobre cada uno. Por otra parte, la admisión de los que llamaban a la puerta iba configurando al grupo como una Congregación, que, sin embargo, no contaba con la aprobación oficial de la Iglesia. ¿Podrían afrontar el futuro y sus instancias previsibles liquidando el fraterno y entrañable pasado en aquella especie de marginación eclesial permanente, e incrustándose como individuos en estructuras papales o diocesanas?

Deliberar... decidir: nuestra vocación y fórmula

En punto a deliberaciones el Padre Maestro Ignacio era un consumado experto y los demás estaban marcados por su escuela y métodos. La elección fundamental de estado estaba hecha, mas había que determinar y precisar los perfiles de ese estado. Las normas de los Ejercicios para tales menesteres, completadas por las que tratan del discernimiento de espíritus, no eran armas psicológicas capciosas para coaccionar o engañar a nadie, sino instrumental válido para acertar en la búsqueda de camino en extremada libertad y sensibilizados para los requerimientos interiores más exigentes, esto es, para percibir la llamada de Dios. No era la primera vez que el grupo trataba seriamente el problema. Muchas veces (pluries) habían hablado sobre el tema sin lograr concordar plenamente sus pareceres. Con todo, era común y uniforme su vocación. Tal era la meta clara. Mas, ¿cuáles eran los medios más convenientes y fecundos para el logro del fin? En este punto, y en absoluta libertad, era patente la «pluralidad de opiniones», como se reflejará en el posterior debate. Sólo que ahora resultaba perentorio pasar de las opiniones a las decisiones, a la opción definitiva conjunta, despejar la indecisión. El procedimiento a seguir es el típico de Ignacio: orar con más fervor del acostumbrado, movilizar las capacidades de diligencia humana, esperar en Dios. La diligencia humana fueron meses de reunión y debate, en que se fueron viendo las cosas con idealismo y realismo a un tiempo.

La «*Deliberatio primorum patrum*», documento coetáneo, no es un acta pormenorizada de las reuniones, pero revela con bastante detalle su proceso. El documento se inicia con un dato de situación: era inminente el momento en que tendrían que dividirse y separarse. La previsión resultó certera. El horizonte que se les abría era inmenso: el Papa los podía enviar a los turcos, a los indios, a los herejes, a fieles o infieles. ¿Era conveniente, o no, permanecer unidos y vinculados en un cuerpo, de suerte que ninguna separación corporal disolviese el grupo? Muy pronto iban a partir hacia Siena Broet y Rodrigues: ¿debía el grupo cuidarse de ellos y ellos del grupo, seguir en común entendimiento; o no cuidar de ellos más que de los demás que están fuera de la Compañía? Se decidía la suerte del grupo. La cuestión fue resuelta clara y rotundamente. Todos sentían en su intimidad que Dios los había unido, y no en vano contaban ya con una historia pasada. En ella, la presencia y ayuda mutuas, la amistad fraterna, la vinculación con quien los «había engendrado en Cristo», como diría Fabro, la convergencia de ideales, el recuerdo de horas felices vividas conjuntamente, eran un don del cielo y raíz de gran fruto pastoral. Era claro que no había que romper lo que Dios había unido; y no era el menor milagro de aquella unión el hecho de que los miembros del grupo perteneciesen a' nacionalidades históricamente enfrentadas: «Galos, hispanos, saboyanos, cántabros», dice el documento,

que olvida al portugués. Además, la unión daba fuerza y hacía más duraderas las empresas arduas.

Embarcados ya en el mantenimiento del grupo, se plantearon en buena lógica la segunda cuestión: ¿estabilizarían y estructurarían el grupo comprometiéndose a darle un cabeza a quien harían voto de obediencia? Añadir este voto a los ya emitidos de castidad y pobreza, por una parte entrañaba una mayor sinceridad y mérito en el cumplimiento de la voluntad de Dios y una garantía de más eficaz cumplimiento de la voluntad del Papa; mas, por otra parte, significaba dar un paso definitivo en orden a incrustarse en el estatuto propio de las órdenes religiosas. La pregunta obvia e inevitable era: ¿fundarían una nueva orden religiosa? Aunque extrañe al lector, el debate se prolongó durante muchos días sin llegar a solución satisfactoria.

Para salir de las vacilaciones optaron por ordenar la discusión. Todo fue puntualmente pesado y meditado: el marco, el método, los fines. Les tentó el deseo de retirarse a meditar a un lugar apartado. Pronto lo desecharon. Tras los lances pasados, una salida de la ciudad hubiera suscitado rumores y el temido sambenito de fugitivos; además, les obligaría a interrumpir unos ministerios de no escaso eco y frutos. En consecuencia, no saldrían de Roma, proseguirían sus actividades ordinarias y por las noches se reunirían a deliberar. Cada uno lo pensaría todo de su parte, sin comunicarse con los demás ni comprometer su libertad de juicio. Madurarían sus decisiones como si fuesen extraños al grupo y nunca pensasen formar parte de él. Todos orarían con mayor intensidad durante aquellos días. El tema de sus reflexiones sería el sabido: «Nuestro vocación y fórmula de vida». No su esencia, ya perfilada, sino la manera práctica de plasmarla en realidad viable. El planteamiento no podía ser más radical: no interesaban el parecer, las cavilaciones propias, un cierto exhibicionismo dialéctico, sino lo que cada uno entendiese que era la voluntad de Dios sobre aquel puñado de meros amigos. Por eso sus eventuales opciones debían llevar el marchamo inconfundible de lo sobrenatural: la paz y alegría interiores, la luz del Espíritu Santo. Iñigo no conduce, no es el líder que impone. Es uno más, espera, escucha, aguarda la señal de Dios a través de la voz de sus amigos. En suma, libertad, búsqueda afanosa del mayor servicio de Dios con el refrendo inequívoco del gozo. «Cuando la vivencia religiosa está desprovista de gozo, es dudoso que no sufra herida profunda» (Vergote). Iñigo lo diría de forma más concreta: «Es propio del buen espíritu dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud»... (Ej 315).

Para la sesión siguiente todos se habían obligado a presentar los contra, las razones y motivos contra el voto de obediencia. Los había, y tenían su peso en la conciencia de cada uno. El nombre de congregación religiosa y obediencia suena mal a oídos del pueblo cristiano. «Monachatus non est pietas», había escrito Erasmo. Si nos convertimos en religiosos, decía otro, acaso el Papa nos fuerce a adoptar una regla determinada, y con ello se coartaría el ámbito de la salvación de las almas y se frustrarían nuestras aspiraciones, aceptas a Dios. El miedo a la obediencia frenará la incorporación al grupo de muchos, que, sin embargo, estarían dispuestos a trabajar en la viña del Señor. Otro día se siguió el camino contrario, esto es, el de sopesar las ventajas de la obediencia, exponiéndolas o planteándolas en situaciones límite. Sin el orden impuesto por la obediencia, ¿quién querría ocuparse de las cosas prácticas y materiales? ¿Podría mantenerse y perseverar el grupo sin obediencia? ¿Podrían vivir la pobreza profesada o

entregarse a ministerios asiduos y difíciles sin ella? La obediencia produce virtudes heroicas, de ella brota la prontitud en la ejecución del deber; cuando éste es heroico, aquélla es el antídoto de la soberbia, del apego al propio juicio. La obediencia prestada al Papa puede quedar en cosa vaga e imprecisa, ya que él no se va a ocupar de los asuntos particulares y contingentes del grupo.

Tras muchos días de pesar y pensar, llegaron a conclusión unánime nullo prorsus dissidente: era mejor y más conveniente prestar obediencia a uno del grupo para mejor y más exactamente dar cumplimiento a los deseos primitivos de cumplir la voluntad de Dios, para más seguramente conservar el grupo y para proveer a todos los asuntos particulares, espirituales y temporales. Decidido esto, que era sustancial, luego fueron tratando temas menores. Casi tres meses de fatigas llevó aquella decisiva deliberación, que concluyó por San Juan Bautista. Sin embargo, el punto decisivo de la obediencia fue decidido ya el 15 de abril, en documento firmado por todos. Son once: a los seis del inicial grupo parisino, se añaden los admitidos por Fabro (Coduri, Broet, Jay) y el español Cáceres. En noveno lugar aparece Ignatius. Al consenso se le buscó el conveniente refrendo religioso, como años antes en Montmartre. El documento, en el que, además, se comprometían a entrar en la Compañía si el Papa la aprobaba, fue firmado tras una misa en común celebrada por Fabro.

Apenas había nacido el proyecto perfilado de futuro cuando dos de ellos salían para Siena. Nunca más se reuniría el grupo fundador al completo. El 4 de mayo los restantes habían llegado a algunas determinaciones concretas ulteriores. Las firman siete; en quinto lugar, Iñigo. Se fijan las primeras piedras angulares de la Compañía; expreso voto de obediencia al Papa, catecismo de niños por parte de todos durante cuarenta días al año, designación de ministerios y lugares por parte del superior, probación de tres meses de los nuevos candidatos mediante la práctica de Ejercicios, peregrinación y asistencia de hospitales. El 23 de mayo, sin el voto de Bobadilla, se recalca el deber de catequizar a los niños como incluido en voto formal. A raíz de esta primera falta de unanimidad en las decisiones, se optaría en el futuro por adoptarlas por mayoría de votos. Asimismo se determinó que para decidir cosas de esta naturaleza se dedicarían a ellas durante tres días. Jamás se había utilizado en la historia una forma tan democrática en la configuración de una orden.

Por el mismo sistema, el 11 de junio «fueron determinados, aunque no cerrados», los puntos siguientes: habría en la Compañía un prelado para toda ella, elegido ad vitam, algo insólito en la tradición canónica. Se recibirían casas o iglesias para vivienda sin derecho de propiedad sobre ellas. En la admisión o expulsión de miembros podía aconsejarse o informarse el superior, pero luego decidiría él solo en plena libertad. Cuando fuese admitir a algún pariente, coterráneo o dirigido espiritual, el juicio de admisión pertenecería a la mayoría de la congregación. En suma, general vitalicio, pobreza, selección limpia.

Se habían dado pasos decisivos: era la oferta primitiva con contornos más precisos. Adquiría forma de disponibilidad, antes que nada oblativa y espiritual; además, claramente funcional. Quedaba pendiente un condicional: si el Papa lo aceptaba.

La larga espera en Italia del frustrado plan de pasar a Jerusalén se había convertido en el no pensado proyecto de dar forma estable y jurídica al ideal del grupo. Habiendo llegado, trabajosa y maduramente, a esta

conclusión, Iñigo daría los pasos precisos, poniendo en ello su tesón acreditado, mientras los demás se dispersaban y aceptaban las más variadas misiones. Broet y Rodrigues recibieron el encargo papal de reformar algunos monasterios de monjas en Siena, y comenzaron a trabajar entre los estudiantes del ateneo senense. El palentino Francisco Strada, captado por Iñigo a su paso por Montecassino, se transformaba a pesar de su extrema juventud en un predicador notable y en director de Ejercicios en Montepulciano; más tarde pasaría con igual éxito por el ambiente estudiantil de Lovaina y allí ganaría para la Compañía a Manare y Couvillon. Strada era todavía un estudiante de filosofía. Fabro y Laínez trabajaban en la misma línea en Parma y Piacenza. Su palabra y su vida resultaban contagiosas y por ellos entraban en la Compañía otros varios: el canónigo valenciano Jerónimo Domenech y Pietro Achule, futuros fundadores de la misma en Sicilia; Elpidio Ugoletti, que trasplantaría la Compañía a Padua y Venecia y más tarde pasaría a Messina y Palermo; Silvestre Landini, gran misionero popular; Juan Bautista Viola, introductor de la Compañía en Francia; Antonio Criminali, el primer mártir jesuita en Comorín (1549); Benedicto Palmio. Jay y Bobadilla predicaban en Bagnoreggio e Ischia y Calabria, respectivamente.

Ya no camina el peregrino

Iñigo, el empedernido caminante, quedaba en Roma, preso y secuestrado por su obra misma. Rara vez saldría de la ciudad en lo que le restaba de vida. Miraba al futuro, sin dejarse atrapar por la añoranza de sus años de peregrinar, y había de llevar a buen término las decisiones adoptadas. Compendió en cinco capítulos los puntos básicos de la nueva Congregación (fines, medios, estructura) y utilizó los buenos oficios de su antiguo ejercitante el cardenal Contarini para poner el proyecto en conocimiento de Julio III. Esto ocurría a fines de junio de 1539. Examinados por el Maestro del Sacro Palacio, el dominico Tomás Badía, y aprobados, pudo redactarse una minuta de letras papales en la que se insertaban casi al pie de la letra los cinco capítulos que constituyen como la primera carta magna de la Compañía. Su lectura, agradó y emocionó a Paulo III. «Aquí está el dedo de Dios», exclamó al finalizarla. Contarini se apresuró a comunicar el éxito a «Don Ignacio» (todavía hoy subsiste en Italia el peculiar tratamiento de Don a los sacerdotes). La aprobación de la Compañía viva voce tuvo lugar el 3 de septiembre. Quedaba pendiente la formalidad de extender el correspondiente documento por parte de la Curia.

Sin embargo, lo que parecía breve y de puro trámite, se demoraría un año. La causa del retraso fueron los reparos puestos por el prestigioso cardenal curial Ghinucci a algunos puntos de los cinco capítulos famosos. Suprimir el órgano y el canto en el culto y no imponer a sus miembros penitencias corporales no prescritas por la Iglesia, creía que era dar pie a los luteranos para confirmarse en convicciones similares, aunque muy contrarias en su fundamento; igualmente creía superfluo el voto especial de obediencia al Papa. El contencioso requirió un nuevo arbitro, un canonista acepto a Paulo III, que en pocos días fue nombrado Vicario del Papa, obispo de Teramo y cardenal: Bartolomé Guidiccioni. Era hombre de una pieza, firme en sus convicciones y poco dúctil. Ante el abigarrado panorama de múltiples órdenes religiosas, necesitadas todas de reforma y muchas veces contrapuestas y reñidas entre sí, Guidiccioni pensaba —y aun había

publicado un libro bajo anónimo— que era conveniente no aprobar ninguna nueva orden y reducir las existentes a cuatro fundamentales: dominicos, franciscanos, cistercienses y benedictinos. Guidiccioni constituía un serio obstáculo para la viabilidad de una orden que, además de nueva, se mostraba novedosa.

Iñigo crece ante la dificultad y, poniendo en práctica una máxima que hará famosa, pondrá toda su esperanza en Dios, pero movilizará también todos los resortes humanos. De cara a lo primero, hizo promesa de celebrar tres mil misas; en el segundo terreno, recurrió a todos los favores y apoyaturas humanas. El Duque Ercole II d'Este recomendó vivamente la Compañía a su hermano cardenal y otros personajes de la Curia romana. El consejo de Ancianos de Parma apoyó a la Compañía ante la hija de Paulo III, Constanza. Broet lograba el apoyo del arzobispo de Siena y del cardenal Ferreri, Legado papal en Bolonia. Por su parte, Juan III de Portugal pedía al Papa la aprobación de la Compañía e invitaba a Francisco I de Francia y a Carlos V de España a hacer otro tanto. Guidiccioni fue cediendo en su antagonismo y al fin buscó una salida honrosa a su oposición un tanto singular: quedaría aprobada la Compañía, pero los profesos no pasarían de sesenta, mientras el tiempo no mostrase que convenía suprimir cualquier limitación. Por fin, el 27 de septiembre de 1540 Paulo III firmaba en el palacio de San Marcos la Bula propiamente fundacional de la Compañía. Su texto, que comienza con las palabras «Regimini militantis Ecclesiae», incluye con escasísimas variaciones, los cinco capítulos que más que una Regla, constituían un programa de vida, estructura y actividades.

La fórmula, a juzgar por sus frutos y por el abanico de posibilidades que abría, era fecunda. Es verdad que el Papa otorgaba libertad a sus miembros —y al mismo tiempo los invitaba a ello— para nombrarse un superior y para redactar Constituciones peculiares adaptadas a su finalidad. Mas ésta quedaba fijada en la Bula, en los mismos términos en que se expresara Iñigo, con aire de invitación y llamada más que de formulación teórica: «Quienquiera que en nuestra Compañía, que deseamos marcada con el nombre de Jesús, quiera militar a Dios bajo la bandera de la cruz y servir al único Señor y a su Vicario en la tierra, hecho el voto solemne de perpetua castidad, tenga fijo en su ánimo que forma parte de una Compañía instituida principalmente para el provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana y para la propagación de la fe con el ministerio de la palabra, con los Ejercicios espirituales, con las obras de caridad, y expresamente con la enseñanza de las verdades cristianas a los niños y a los rudos. Industríese cada uno en tener siempre ante los ojos en primer lugar a Dios y luego el modo y forma de este su instituto, que es un camino para llegar a él»... Un camino cuya meta estaba clara, pero cuyos pasos se encargaría de señalar Iñigo, aleccionado por la experiencia y por los requerimientos tanto de la obediencia al Papa como de las exigencias de la vida. Un camino que exigía enorme coraje y disponibilidad, prontitud y generosidad en la respuesta inmediata a tareas apostólicas en cualquier rincón del mundo (turcos, nuevo mundo, luteranos, fieles o infieles)... Por eso, quienes quieran engrosar las filas de la Compañía, han de meditar larga y profundamente si tienen fuerzas para sobrellevar «el peso de esta vocación».

La pobreza, aceptada con voto, será el distintivo de su vida, porque cuando ésta se aleja de todo interés y se aproxima a la pobreza evangélica, es más gozosa, más pura y más apta para la edificación del prójimo.

«Nuestra manera de vida» es un programa expuesto al Papa y «a nuestros sucesores, si, por voluntad de Dios, tuviéremos alguna vez imitadores en este camino». Entonces, septiembre de 1540, apenas eran una docena los comprometidos, aunque una veintena había dado su nombre a la naciente sociedad. Luego, y durante siglos, serían miles y miles. Mas volvamos a la docena; tan dispersa y desparramada, que el grupo fundador no pudo celebrar unido la aprobación pontificia de la Compañía. Primero fue servir, luego nacer.

Cualquiera hubiese esperado otro comportamiento del discreto y prudente Ignacio. ¡Pensar que ya en la primavera de 1540 Fabro y Laínez, se hallaban en Parma y Piacenza, Bobadilla en Nápoles, Rodrigues en Siena, que el Papa iba a destinar a Salmerón y Coduri a Escocia, y que el Rey de Portugal seguía pidiendo sujetos para las lejanas Indias! Sabía el monarca cuál era la vía para obtener su demanda: su embajador Mascarenhas quiso ganar la voluntad y mandato del Papa para la empresa. Paulo III le insinuó que explorase la voluntad de los interesados. Estos dijeron que estaban dispuestos a aceptar el encargo del Papa. Mascarenhas deseaba nada menos que diez, pero en Roma sólo estaban seis y dos de ellos destinados a Escocia. «Si de diez, van seis a las Indias, ¿qué deja V. S. para el resto del mundo?», le dijo Ignacio al embajador. Al fin fueron designados dos: Rodrigues, que estaba en Siena y que, enfermo, embarcó en Civitavecchia el 5 de marzo; y Bobadilla que haría por tierra el viaje a Lisboa y que vendría de Nápoles. La víspera de su partida enfermó y los médicos desaconsejaron el viaje. Ignacio, también enfermo, tuvo que suplir rápidamente la vacante. Sólo podía elegir entre tres: Jay, Broet, Javier. Llamó a Javier para encomendarle el encargo: «Ya sabéis, hermano Maestro Francisco, que dos de nosotros han de pasar a las Indias por orden de Su Santidad y que el padre Bobadilla, destinado a esta empresa, no puede partir porque está enfermo y el embajador no puede esperarlo por la prisa de sus negocios. Dios quiere servirse de vos en esto, a vos os toca esta misión». «Aquí estoy, padre; yo estoy dispuesto».

Remendó sus vestidos, fue a recibir la bendición del Papa y se despidió de sus amigos dejándoles escrita su fórmula de votos, su voto para la elección de General y su consentimiento para las Constituciones que diesen a la nueva orden, aún no aprobada. Al día siguiente salía con el embajador camino de Loreto y con dirección a Lisboa. Allí tendría que esperar nueve meses. El 7 de abril de 1541 zarpaba para Goa. Rodrigues quedaba en Portugal, y embarcaba con Javier el italiano Paolo de Camerino. Tras una penosa navegación e invierno forzoso en Mozambique, llegaron a Goa en la primavera de 1542. Con esta prontitud iniciaba el jovial Maestro navarro el camino que le convertiría en figura indiscutible de las misiones modernas. No era una aspiración, sino una actitud firme, la expresada en la fórmula «preparados para todo». Por ello, el día de la aprobación de la Compañía sólo tres de los primitivos estaban en la Ciudad Eterna.

La Bula pontificia representaba el final de una búsqueda, pero más aún el punto de partida, con puntos fundamentales pendientes como el de nombrar un jefe y promulgar unas Constituciones. Pasados unos meses, Ignacio llamó a los que andaban por Italia. A principios de la Cuaresma de 1541 llegaban a Roma Laínez, Broet, Jay. A Bobadilla lo retenía el Papa en Bissignano.

Se reunieron los seis el 4 de marzo. ¿Cómo cumplir el precepto de la Bula de redactar entre todos las Constituciones cuando faltaban varios y los

que habían acudido no podían abandonar sus ministerios por largo tiempo? Acordaron confiar el encargo a Ignacio y a Coduri. Conforme a la voluntad del grupo, comenzaron su tarea el 10 de marzo. Se limitaron a explicitar algunos puntos de las anteriores deliberaciones y de la Bula, comenzando por el modo de vivir y practicar la pobreza. El documento, que suele llamarse «Constituciones del año 1541», dista mucho de las definitivas, cuya redacción ocupará el resto de sus días a Ignacio. Con todo, ya en éstas, en forma de 49 breves párrafos, se descende a no pocas particularidades sobre las facultades del superior, sobre la recepción de nuevos candidatos, el vestido, la obligación de enseñar doctrina a los niños, las pruebas para la admisión, el culto, etc.. Llamen la atención dos breves indicaciones: «Hacer colegios en las Universidades. No estudios ni lecciones en la Compañía». Igualmente la anotación 38: «ítem queremos que la Bula sea reformada, id est, quitando o poniendo o confirmando o alterando cerca las cosas en ella contenidas según que mejor nos parecerá, y con estas condiciones queremos y entendemos de hacer voto de guardar la Bula». ¿Desobediencia, protesta? No, simple provisionalidad del vago programa expresado, al que la vida y las misiones recibidas darían contenido y previsibles cambios, uno y otros naturalmente negociables con la suprema autoridad de la Iglesia. La forma definitiva de la Compañía quedaba abierta al futuro y a sus exigencias.

«El nos engendró»

En cambio, no admitía demora otra cuestión más fácil de resolver. La de designar un cabeza en la Compañía. Además de constituir una exigencia canónica inevitable, la misma marcha de la Compañía, su dispersión y sus iniciativas, pedían una dirección firme y segura. «Hasta aquí —dirá más tarde Polanco en su *Chronicon*— había manejado Ignacio el timón de la navecilla, más bien como padre que a todos había engendrado en el espíritu y como amigo que había ganado con prudencia y caridad su confianza plena, que como Superior dotado de poderes legítimos para gobernarlos». Tras días de oración y reflexión, el 5 de abril se reunieron para depositar sus votos, a los que se unirían los depositados o enviados por Javier, Fabro y Rodrigues. Esperaron otros tres días para abrir urna. Como era previsible la elección recayó por unanimidad sobre Ignacio; sólo él —firma Iñigo—, se excluyó expresamente a sí mismo y votó a quién más votos obtuviese, acaso por no dar preferencia personal a ninguno. Faltó la papeleta del ausente Bobadilla. Los votos eran más que meras papeletas nominales; algunos explican la elección de Ignacio. Salmerón, el más joven del grupo primitivo, razona así: «El nos engendró en Cristo y, cuando pequeños, nos alimentó con la leche espiritual y, ahora que ya somos crecidos, nos da el más sólido sustento de la obediencia»... Rodrigues elige al «único a quien podemos elegir como jefe y presidente»; y como si previera resistencia, añade: «si por desgracia resultara imposible esta designación, es Pedro Fabro quien debe sucederle». Le Jay elige a Ignacio como «a quien tuvimos tantos años por padre». Coduri como al «más ardiente promotor de la gloria de Dios y de la salud de las almas». Más lacónicos son Laínez y Fabro, quien en caso de muerte de Ignacio, designa a Javier. Este último designó a Don Ignacio, con la siguiente emotiva glosa: «El fue quien, después de no pocos trabajos, nos congregó a todos». Además opinaba que tras la muerte de Ignacio, debía sucederle Fabro. Unanimidad, pues, por Ignacio —todos lo

designan con este nombre—; y, después de él, Fabro, Javier, ambos ausentes. ¡Los tres de la celda del Colegio de Santa Bárbara, donde todo empezó!

Todos los presentes quedaron satisfechos y gozosos del resultado, menos Ignacio. El recoge en un escrito, «Forma de la Compañía oblación», los azares de estos días. Nos dice que quiso razonar su negativa en una plática «según que su ánima sentía». Hallaba en sí más voluntad y querer para ser gobernado que para gobernar. No se hallaba con suficiencia para regirse a sí mismo, ¡cuánto menos a los demás! Habló de sus muchos y malos hábitos pasados y presentes, de sus muchos pecados, faltas y miserias. «Se declaró de no aceptar tal asunto, ni tomaría jamás, si él no conociese más claridad en la cosa de lo que entonces conocía». Rogó a sus compañeros que deliberasen aún otros tres días «para hallar quien mejor y a mayor utilidad de todos pudiese tomar el asunto». Ellos asintieron a la propuesta, «aunque no con asaz voluntad». Pasados cuatro días, se repitió el mismo resultado en las votaciones. ¡Alguna vez había de vacilar aquel gigante voluntarioso, incierto ante su suerte mientras no viese en el lance la voluntad de Dios! «Finalmente Iñigo, mirando a una parte y mirando a otra, según que mayor servicio de Dios podía sentir»... decidió ponerlo todo en manos de su confesor, el franciscano fray Teodosio de Lodi, a quien confesaría todos sus pecados «desde el día que supo pecar hasta la hora presente» y le descubriría todas sus enfermedades y miserias corporales, ateniéndose ciegamente a lo que él le mandase. De nuevo, «aunque no con asaz voluntad», se conformaron sus compañeros a esta propuesta.

Tres días se retiró Ignacio a San Pedro in Montorio para cumplir su palabra y confesarse. El día de Pascua le comunicó fray Teodosio su resolución en términos contundentes para Ignacio: no aceptar era resistir al Espíritu Santo. Ignacio pidió a su consejero que pensase mejor la cosa en el Señor y con ánimo quieto resolviese la cuestión y enviase su respuesta en cédula cerrada a la Compañía. Tras esto, volvió a su casa. A los tres días envió fray Teodosio su resolución y fue leída en público, juntados los compañeros. La resolución fue que «Iñigo tomase el asunto y régimen de la Compañía». Tuvo que resignarse y aceptar. Días más tarde, el 22 de abril, y completaron la jornada visitando las basílicas romanas. Se juntó el grupo en la de San Pablo extra muros, se confesaron entre sí e Ignacio celebró la misa. Antes de comulgar hizo su profesión conforme a la Bula de Paulo III, gesto que luego repitieron los demás ante el propio Ignacio. Luego ante el altar mayor se dieron el abrazo fraterno entre sí. Con ello «dieron fin a su profesión y vocación comenzada», y tornaron a su casa. Fabro profesaría en Ratisbona (1541). Alguna dificultad hubo con Bobadilla, que profesó en manos de Ignacio en septiembre de 1541. Javier en Goa (1543), Rodrigues en Evora (1544). Terminaba la zozobra e inseguridad, quedaba sancionado el camino. «Facta est continua et magna tranquillitas».

Soñó con Jerusalén... y despertaba en Roma. Entró en la ciudad sin pensar en fundar una orden, y se veía convertido en fundador y prepósito general. Amaba el anonimato, la pobreza radical, la desnuda esperanza en Dios, los caminos y hospitales, y se verá solicitado por reyes, duques, embajadores y obispos, protegido y agraciado por el Papa y cardenales, condenado a una vida inmóvil y sedentaria, prisionero de su propia obra. Anhelaba vivir y morir en un rincón oscuro de la deseada tierra palestinese, y se encontraba en el centro de la cristiandad, sintiendo los latidos fatigados de toda la Iglesia e impotente para responder a tanta necesidad. Casi sin él

saberlo, Dios lo había llevado hasta ese trance. Todo había cambiado. Sólo quedaba firme y absoluta su aspiración radical: a la mayor gloria de Dios... ayudar a las ánimas... servir...

Ya estaba marcado el camino, con su estatuto y horizonte eclesiales. Desde ahora la Compañía y el Padre Maestro Ignacio serán tan inseparables como la Pietá o la Capilla sixtina lo son de Miguel Ángel. Ignacio es la Compañía, la Compañía es Ignacio, ambos injertados en la Iglesia. A ésta, a través de aquélla, entregará sus horas, día a día, hasta su muerte. Le quedan quince años por delante, con una salud muy quebrantada que conocerá crisis pasajeras. Resulta difícil para el biógrafo aislar la historia de Ignacio de la de su obra, no seguir su rastro en el despliegue de los suyos. Pero, ¿cómo contar esta historia conjunta en pocas páginas, sin perderse, además, en un mar inabarcable? Decididamente, habremos de ceñirnos a Ignacio, el timonel de la Compañía, el forjador de la institución y de sus hombres, paciente, reflexivo, abierto al ancho mundo y a las necesidades de los tiempos y, sobre todo, a la voz callada del espíritu. Su aire exterior irradiaba una cualidad definitoria: es un contemplativo en el más ancho uso de la palabra, un meditativo. Un solitario, aunque rodeado de gente, que pasea por la celda o por el huerto, que interrumpe sus pasos y se detiene levantando los ojos hacia el cielo, siempre pensativo. A partir de ahora, su vida pierde espectacularidad y variedad narrable, se concentra; su intimidad más honda se esconde. Hemos de penetrar en su misterio viendo en qué se ocupa, qué escribe y qué proyecta.

«Con toto el core, con toto el ánima, con tota la volunta»

Quería ayudar, servir, y le toca dirigir, coordinar, mandar. Para él el distintivo, muy evangélico, del que manda debe ser la humildad y la caridad. Por eso, forzado a ser prepósito general, inmediatamente se pondrá a servir de ayudante del cocinero de casa en los ministerios más humildes. Cumple su tarea con seriedad y atención, con el fervor de un novicio. Luego tendrá que dividir el día entre este menester y sus ocupaciones crecientes. Al fin, tendrá que renunciar a aquella tarea que imponía con gusto a sus adeptos, aunque fuesen flamantes doctores. Más de una vez celebraba la misa en la iglesuela de Santa María de la Strada. Uno de sus beneficiados, Pedro Codacio, Maestro de Cámara de Curia, ingresó en la Compañía y obtuvo del Papa, tras su renuncia, que se asignase al prepósito general de la Compañía aquella diminuta iglesia, presidida por un fresco de la Virgen; luego se ocupó de adquirir huertos colindantes y aun de edificar una casa adecuada que se inauguraría en 1544 y albergaría una treintena de jesuitas. De la edificación posterior de la iglesia del Gesú, en la que reposan hoy los restos de san Ignacio, y de una casa más amplia, por favor del cardenal Farnese, se han salvado para la posteridad cuatro celdas de la primitiva casa que podemos contemplar hoy. En ellas vivió, trabajó y murió Ignacio, así como sus cuatro sucesores en el supremo cargo. Aquellas minúsculas celdas se transformarían en el corazón de la Compañía, porque a ellas llegaron noticias del ancho mundo, de ellas salieron directrices para todos, en ellas oró, pensó y decidió el Padre Maestro Ignacio durante doce años. Muy cerca se encontraba el palacio de San Marcos, donde vivía Paulo III, y los palacios de los Astelli, Altieri y otras poderosas familias. Santa María de la Strada, del camino. ¿Qué mejor advocación para unos hombres que consumían su vida caminando y siempre estaban dispuestos a aceptar un nuevo destino

para sus caminatas? ¿Quién puede contar los kilómetros que hizo el más gigante de los caminantes, por mar y por tierra, Francisco de Javier?

¿Los que poco después harían otros con destino a Irlanda, Etiopía o Brasil; los de otro infatigable caminante como Fabro, que hollaría con sus pies Italia, Alemania, Francia, España y Portugal, para morir agotado cuando se disponía a asistir a Trento?

Mas, volvamos a Ignacio y a su quehacer, a sus sueños. Las biografías tradicionales se suelen entretener en la descripción de sus actividades apostólicas personales. Al margen de su fecundidad, representan un abanico de tareas nuevas. La primera de todas fue la catequesis durante cuarenta y seis días en el verano de 1541. El gesto no es puramente episódico, sino que responde a una aspiración profunda de su alma y aun a un distintivo específico de la Compañía. En el largo proceso de plasmación de las Constituciones se repetirá machaconamente este propósito firme y se irá perfilando escrupulosamente el modo de cumplirlo y su obligatoriedad. Acaso alguno encontraba algo mezquina e inadecuada tal tarea para maestros parisinos. Era una idea fija de Ignacio: enseñar a los muchachos y a los rudos las primeras nociones de la fe cristiana. ¿Late en este ideal el afán pedagógico, el descubrimiento de la importancia de la educación, el afán de remediar la tremenda ignorancia religiosa existente, o de salvaguardar una fe en peligro por la escisión espiritual de Europa? Creo más bien que lo que atrae a Ignacio en la fórmula es justamente su insignificancia y su modestia, precisamente en labios de maestros. Para él es la manera práctica y sin falsificaciones posibles de su vieja aspiración de «predicar en pobreza». Pobreza material en la vida, pero también en la renuncia a su ciencia, en el desvalimiento espiritual del destinatario, en la limosna de elemental saber que se hace, en el ejercicio del personal anonadamiento.

Todo miembro de la Compañía tendría que pasar, al menos una vez, por este humilde ministerio que Ignacio cumplió durante aquel verano, hablando a niños, mujeres y a algunas personas adultas. Su lenguaje debió de ser una lamentable mezcla de latín, italiano y español, que sonrojaba al jovencísimo Pedro de Rib'adeneira, recién ingresado en la Compañía.

Con menos respeto que los demás, el muchacho echaba en cara a Ignacio sus faltas y éste le suplicó que se las corrigiera; pero eran tantas, que pronto desistió de intentar remediarlo. La oratoria y galanura de estilo no eran el fuerte de Ignacio, pero nadie discutía la fuerza y carga que ponía en sus palabras. Aunque la fonética y la lengua salgan malparadas, iqué fuerza percibimos en el pobre italiano de la frase conclusiva de las catequesis ignacianas: «Amare a Dios con toto el core, con toto el ánima, con tota la volunta»! El pueblo sabe captar quién cree en lo que dice.

Nunca más volvió a repetir con esa continuidad su labor catequística. Bien es verdad que a lo largo de los años a veces se detendría en plena calle o en plazas públicas para dirigir algunas palabras a los niños, con éxito no del todo positivo, pero dejando huellas imborrables. Todavía en 1606, al tiempo de los procesos de beatificación, vivían en Roma quienes recordaban aquellas pláticas junto a la Strada, en plaza Altieri, en Banchi, en Zeccha vecchia o en Campo di fiori. Uno de ellos Lorenzo Castellani aprendió de Ignacio el padrenuestro y el avemaría. El florentino Leonardo Bini aporta un dato inesperado: «Yo he conocido al P. Ignacio que predicaba en Zecca vecchia y los niños le tiraban manzanas; él lo sobrellevaba con paciencia,

sin enfadarse, y siguió el sermón». También le vio catequizar en Campo di fiori. Las dos veces en 1552.

Los trabajos de los días

¿Qué otras parcelas cultivó Ignacio con su dedicación personal durante estos primeros años? Las que menos podíamos esperar. «Ayudar las ánimas» era una meta imprecisa, un estilo. Las circunstancias mandaban o sugerían los modos. Ignacio, apóstol de Roma, afrontó problemas de la gran ciudad; no los de las alturas, sino los de los bajos fondos y gentes necesitadas de amparo. Poco podía hacer él solo, pero mostrará grandes dotes de organizador en todo y seguirá un esquema de acción que se mostrará fecundo y duradero: detectar los problemas, sensibilizar el ambiente, implicar en la acción a otros y organizados, crear instituciones, buscar para ellas el marchamo pontificio. No basta predicar contra el vicio, hay que ir a sus raíces y propiciar fórmulas que hagan posible la regeneración desde una libertad realmente posibilitada.

La primera lacra que quiso remediar era vieja: la prostitución. Roma era el paraíso de las cortigiane, procedentes de toda Europa. No era fácil rescatarlas; aún más difícil que quisiesen ser redimidas. Además, ¿qué futuro les esperaba en el caso de que lo desearan, para escapar de las mallas del vicio? Existía en Roma desde hacía veinte años el monasterio de las convertidas que abrazaban una vida de penitencia. Era para solteras. ¿Y las casadas o las que querían sencillamente asentar sus vidas en el matrimonio? Ignacio respetaba la libertad, sobre todo la hacía posible. Inicialmente buscaba para ellas la protección de alguna señora, luego pensó en un asilo o casa en que recoger temporalmente a las prostitutas que querían dejar su mala vida. Interesó en la obra a gentes principales, mas no pasaban de las buenas palabras alentadoras a los hechos.

La fortuna vino a visitarle de forma inesperada. Al hacer los cimientos de la nueva casa de la Strada aparecieron restos del célebre pórtico Ecatostylon de Pompeyo. El buen Codacio, el hombre de agibilibus de la Compañía, recibió de Ignacio el encargo de venderlos. Se sacaron cien escudos, hartos necesarios para la débil economía de la casa. Ignacio, sacando el coraje de las grandes ocasiones, los destinó al ansiado proyecto, con estas palabras: «Si no hay alguien que quiera ser el primero, síganme a mí, que lo seré». El gesto fue contagioso; así nació la casa de Santa Marta all'arco Comigliano, muy cerca de la actual iglesia de San Ignacio y que perduraría durante siglos. Ignacio redactó con su habitual minuciosidad sus constituciones, con las condiciones de ingreso y los interrogatorios para las peticionarias. Luego fundó una confraternidad de protectores; consiguió la adhesión de catorce cardenales y de damas de la primera nobleza e hizo que el Papa confirmase la obra con una Bula. Una mujer gobernaba la casa; el cuidado espiritual quedaba reservado a Ignacio. Más tarde le sucedió en la preocupación Diego de Eguía. Las acogidas que desfilaron por la casa hasta 1552 fueron unas trescientas. Algunas de ellas lograron pronto que una parte de la casa se transformase en convento y abrazaron la regla de San Agustín. En la Roma de las grandes ambiciones, no era inusual la imagen de Ignacio caminando por las calles a distancia discreta, seguido por una pobre mujer que había ganado para Santa Marta.

El mordaz pueblo romano respetaba en silencio el gesto de Ignacio, aunque no faltó algún despechado violento como Matías Gerardo de San

Cassiano, Maestro de correos pontificios. Su prenda adorada se refugió en Santa Marta y él no se retuvo en apedrear la casa de noche y en difundir las más obscenas acusaciones contra Ignacio y los suyos. Una vieja historia, muchas veces repetida. Ignacio aguantó la embestida, pero, como en otras ocasiones, acudió al Papa y exigió un proceso en forma que clarificase las cosas. Una vez más, no era un lance de honor, el proverbial «puntiglio» de honra de los españoles, como lo llamaban en Italia, sino un modo de salvaguardar la fama pública maltrecha. El acusador Matías no quiso comparecer ante la citación y manejó todos los resortes para impedir la publicación del proceso. Ignacio no cedió y la sentencia se hizo pública; en cambio, intercedió para que no se hiciese daño al falso acusador ni le impusiesen riguroso castigo. Suficiente castigo era la verdad patente.

Por lo demás y de cara al viscoso mundillo de la mala vida, los parámetros operativos de Ignacio, que pasa a la historia como el hombre de la eficacia, fueron singulares, aunque en su modo de proceder habituales. En efecto, cuando alguien se permitió comentar la esterilidad de tanto esfuerzo ante la proclividad de volver al vicio propia de aquel rebaño indócil, Ignacio repuso que si con su esfuerzo llegare a conseguir que una sola de aquellas pobres mujeres dejase de pecar una sola noche por amor a Cristo, se daría por satisfecho. Ninguna fatiga ahorraría, aun a sabiendas de que la pecadora volvería a caer pronto. ¡Genio y figura! Tal respuesta nos trae a la memoria una análoga dada en Azpeitia cuando su hermano le auguraba fracasos en sus empeños catequísticos.

Un viejo refrán vasco de la época de Ignacio, recogido en aquel siglo por su paisano Garibay, iluminaba no poco el fatalismo que pesaba sobre la triste realidad de la prostitución: Bearrak bearra eragiten du. La necesidad crea necesidades. Ignacio pudo comprender, sin excesivo dispendio de reflexión, que no bastaba con redimir a las caídas, sino que era preciso poner el remedio al mal en su origen. ¿Qué iban a hacer las hijas de las cortigiane sino seguir el oficio de sus madres? ¿No era la miseria familiar la que conducía irremediablemente a otras muchas a vender sus cuerpos? Prevenir era mejor que curar la enfermedad. Ignacio favoreció la reciente fundación de una «Cofradía de las vírgenes miserables» y pasó «no pequeño trabajo» en arrancar a niñas de diez y doce años de los ambientes que irremediablemente las llevaban a prostituirse.

Otro campo al que ya desde 1541 dedicó Ignacio su atención personal fue el de los judíos. El punto de arranque fue el bautismo de un hebreo adulto celebrado en la pequeña iglesia de Santa María de la Strada en el otoño de aquel año, al que asistieron Margarita de Austria, hija de Carlos V casada con un Farnese, los cardenales españoles Sarmiento y Alvarez de Toledo y los embajadores de España y Portugal. Paulo III fue especialmente complaciente para los hebreos. Laínez predicó en aquel bautizo que culminó además en boda. Ignacio descubrió una realidad circundante a la que había que llegar de modo evangélico. De cara a un problema hacia el que se había sensibilizado particularmente el ambiente español, Ignacio será un conformista. Nada pesan sobre él la expulsión de los judíos ni el prurito de pureza de sangre que invadirá la sociedad española y hasta las instituciones eclesiásticas. El era un cristiano viejo —«en mi tierra no hay judíos»—, pero no tuvo dificultad en admitir a su lado gentes de sangre judía como Laínez y Borja, que le sucederían en el generalato. Más aún, algún día asombró a sus comensales con una frase dicha con semblante y voz muy persuasivos: «Habría tenido por gracia señalada de Nuestro Señor el

descender de raza hebraica, porque en tal guisa habría sido, según la carne, pariente de Cristo y de Nuestra Señora la gloriosa Virgen María».

La confesión escandalizó a más de un asistente, como también escandalizaría en España la actitud de la Compañía naciente de no exigir limpieza de sangre. Pues bien, Ignacio se significó no poco en el apostolado entre los judíos. Antes que nada removiendo obstáculos que dificultaban su conversión. Existían viejísimas costumbres, inútilmente condenadas por sucesivos papas, que forzaban al convertido a entregar al fisco todos sus bienes; igualmente existía la costumbre de que quienes abrazasen el cristianismo, sobre todo con la oposición de sus padres, perdiesen sus derechos hereditarios. Ignacio logró de Paulo III que aboliese tales usos por la Bula Cupientes judaeos del 21 de marzo de 1542 y comenzó a acoger en su casa a sujetos en trance de bautizarse y los instruía debidamente. Margarita de Austria le proporcionó una casa para acoger a los catecúmenos y más tarde el Papa erigía un doble hospicio, masculino y femenino, para infieles y judíos de cualquier nación que quisiesen hacerse cristianos. Bajo la protección del cardenal Cervini la casa de los catecúmenos fue puesta bajo la dirección del sacerdote Torano. No obstante, el Vicario del Papa consultaba los asuntos más delicados con Ignacio. Esto suscitó la celotipia y aun el ataque abierto del citado Torano, que no se cansaba en infamar por doquier a Ignacio y los suyos con todo género de acusaciones, desde que eran herejes hasta que violaban el secreto de la confesión. Ignacio, de quien decía que debían quemarle vivo, esta vez guardó silencio; el tiempo se encargó de descubrir graves delitos en el acusador, que le valieron la cárcel perpetua, conmutada luego por destierro de Roma.

Existen otras iniciativas a las que Ignacio prestó su apoyo. Con mayor fuerza y participación personal sabemos que actuó en favor de la mitigación de una severa decretal de Inocencio III (1215), en virtud de la cual los médicos debían rehusar su asistencia a los enfermos que rechazasen los sacramentos. En menor grado, también promovió y apoyó la creación de casas para niños huérfanos. También prestó su apoyo —alguna vez tenía que estar de acuerdo con Giampietro Carafa— a la erección de la Inquisición romana (1542).

Inclinado ante la miseria humana concreta, ante el hombre y la lacra moral, benigno y compasivo ante las víctimas de los prejuicios raciales, amigo de los niños y empobrecidos de espíritu, riguroso con la herejía... eran respuestas vivas a problemas vivos, más que organigrama de acción; y por eso mismo más que modelos repetibles brindan pautas sugeridoras de una actitud que no sabe de pasividades e indolencia. Por lo demás eran episodios en cierto modo periféricos o, todo lo más, complementarios de una tarea indeclinable que incumbía a Ignacio desde 1541, en que los demás le confiaron oficial y colectivamente la tarea de gobernar una Compañía en proceso creciente, de darle forma y cauces, de dotarla de Constituciones, de institucionalizarla, con todo lo que esto significa de encorsetar y enlatar el espíritu. Ya no estaba solo, había cumplido el viejo y vago sueño de juntar a algunos.

III.- TAMBIÉN ROMA ES JERUSALEN

Admirable peregrino, todos siguen tu camino
M. Machado

«Todos siguen tu camino»: «Avezarse a mal dormir y a mal comer»

«Admirable peregrino, todos siguen tu camino». Todos no, pero sí muchos. De 1540 a 1556 en que muere Ignacio, sus seguidores pasan de una docena a cerca de mil. ¿Cuál es el secreto de esta multiplicación prodigiosa? Las asociaciones o congregaciones de «sacerdotes reformados» que nacieron por aquellos mismos años fueron bastantes. Concretamente en Italia nacieron los teatinos, los barnabitas, los somascos; en España, Juan de Avila agrupaba en torno a él un plantel de discípulos fervorosos. Hasta hubo algún intento, que no fructificó, de fundir el grupo avilista y el de los teatinos con el grupo de Ignacio. Tan semejantes eran sus aspiraciones y su tenor de vida y de trabajo. Y, sin embargo, ninguno de ellos cobraría el volumen y la resonancia histórica de la Compañía. ¿Por qué? ¿Influyó en ello la modernidad (?) de su fórmula de vida, más ágil con sus ministerios volantes, más plenamente consagrada a la acción, más disciplinada y generosa? ¿Su espíritu recio y hasta heroico, el afán radical del seguimiento de Cristo y del servicio, con la consiguiente ruptura con las concupiscencias esclavizantes de siempre —soberbia, carne, riqueza (1 Jn 2, 16)—, o acaso el variado campo tan ancho como el mundo, para vaciarse en él?

Es claro que la Compañía crece como por extraña osmosis y contagio. No es sólo Ignacio el que atrae y conquista; sus seducidos iniciales se transforman en seductores: Laínez, Fabro, el jovencísimo Estrada... Se le adhiere gente hecha y derecha, como al principio; hombres maduros, universitarios, canónigos o Maestros de la Cámara pontificia que cambiaban de vida y horizonte. Y comienzan a llamar a la puerta muchachos jóvenes, distinguidos y modestos, para los que el camino ignaciano representaba un revulsivo y un ideal. Muchos venían ya decididos, a otros los empujaron azares de la vida. Estrada, expulsado del servicio del cardenal Carafa juntamente con otros españoles, era un jovenzuelo vacilante que buscaba fortuna en Italia, y se encontró con Ignacio en Montecassino cuando éste fue a visitar a su amparador el Doctor Ortiz. El encuentro fue decisivo para su vida. Más pintoresca es la historia de Pedro Ribadeneira, despabilado muchachito toledano que se enroló a sus trece años como paje del cardenal Farnese cuando éste pasó en misión diplomática por Toledo. Era vivaz y peleón y con facilidad se enzarzaba a puñetazos con italianos por antagonismos patrióticos; alguna vez descargó un mamporro de cuenta en plena sala de espera de la Cámara pontificia. Un entuerto de éstos le obligó a escapar del palacio en que vivía, en el que, por lo demás, le comenzaban a amenazar sombras de lo que él llama «cathedra pestilentiae». El jovencito fugitivo y desamparado fue acogido en Santa María de la Strada y se convirtió en el juguete de la casa. Ignacio lo ganó con los Ejercicios para siempre, aunque él no tuviera reparo, en su inconsciencia juvenil, en corregir sin piedad los planchazos de su venerado maestro en punto a italiano.

Este y otros casos similares plantearon a Ignacio un problema de cara al futuro de la Compañía. Acaso había pensado inicialmente en reducirla a un grupo minoritario de hombres maduros, mas por esa vía difícilmente podía responder a las necesidades del ancho mundo y aun a las instancias inmediatas y concretas que le llegaban. Con extremo realismo capta la situación en 1541: buenos y letrados se hallan pocos; y de esos pocos, los más quieren descansar de sus pasadas fatigas logrando beneficios

eclesiásticos o aspirando a prebendas y cargos. «Hallamos cosa muy dificultosa que de los tales letrados, aunque buenos y doctos, pudiese ser aumentada esta Compañía, así por los grandes trabajos que se requieren en ella, como por la mucha abnegación de sí mismos, estando aparejados para caminar y trabajar hasta en cabo de todo el mundo, quier entre fieles e infieles. Por tanto, nos pareció a todos, deseando la conservación y aumento de ella para mayor gloria y servicio de Dios, que tomásemos otra vía, es a saber, de colegios». Laínez tuvo no poco peso en este nuevo derrotero.

No es oportunismo, es ductilidad, apertura a la realidad. Porque no rebaja o acomoda la razón de ser de la Compañía al nivel de las vulgares aspiraciones humanas; mantiene trabajos y abnegación como pan de cada día de sus seguidores, mas entiende que en la juventud puede haber prometedora generosidad para el cumplimiento de sus planes. Ignacio sabe ser flexible en aquello en que puede serlo. Por eso irá perfilando sin cesar su obra.

En la década que va desde 1541 a 1551 la Compañía evolucionará y cambiará más que en muchos siglos posteriores y adquirirá su modo de ser peculiar y definitivo. Y no deja de ser interesante el atisbar en esta actitud flexible ante las circunstancias los síes y noes de Ignacio, los elementos fijos e inmutables y los variables de su espíritu moldeador. Hemos mencionado, de paso, una novedad: los colegios, pensados exclusivamente para la formación de los que quieren ser jesuitas, luego se harán mixtos y al fin se convertirán en instrumento de un campo específico de la Compañía y quedarán desglosados de los centros de noviciado y formación de los candidatos. La fibra humana y espiritual de los candidatos ha de ser contrastada en pruebas.

En este punto Ignacio es firme; hay más que reminiscencia de su vieja experiencia en sus procedimientos. Todos deberán pasar por un período de concentración espiritual y de práctica de los Ejercicios y luego por el mes de servicio a los hospitales «porque vejando se humille y a sí mismo venciendo, la vergüenza del mundo se aparte y se pierda». Luego viene la prueba, cargada de recuerdos, de la peregrinación, «a pie y sin dineros, porque toda su esperanza ponga en su Criador y Señor y se avece en alguna cosa a mal dormir y a mal comer; porque quien no sabe estar o andar un día sin comer y mal dormir, no parece que en nuestra Compañía podría perseverar». Los blandengues y los ilusos no tienen sitio en la mesnada de Ignacio. Mientras la Compañía profesaba radical pobreza, los colegios podían buscar renta mediante el mecenazgo de algún protector: los estudiantes debían estudiar y no ganarse el sustento pidiendo limosna por las calles, como lo hiciera el propio Ignacio. El porqué de esta probación de vida y «mayores experiencias» —lo dice con moderna palabra— lo razona Ignacio con rigor contundente: el monje se protege con la clausura, la quietud y el reposo, mientras el jesuita «discurre de una parte a otra»; el candidato a monje tiene tiempo por delante para corregir sus malos hábitos pasados y perfeccionarse, mientras el jesuita ha de ser probado y experimentado antes de ser admitido, porque pronto habrá de zambullirse en el mundo, y para ello se requieren mayores fuerzas, experiencias y mayores gracias y dones de Dios. Tal era el ideal neto, aunque en la práctica se condescendiese con la edad, salud y condiciones de los nuevos candidatos y con las exigencias de la vida, que pedía hombres sin dar tiempo a formarlos. Había prisa y no faltaban generosidad en los que obedecían ni confianza en

quien los mandaba. ¿Cómo responder con un puñado de hombres a las innumerables peticiones y encargos que comenzaron a llover sobre Ignacio, provenientes de Italia, de Europa entera y aun del nuevo mundo descubierto a Oriente y a Occidente?

«A tenor del paño», el «metal y natural de cada uno»

En aquellos primeros años de primavera de la nueva orden, Ignacio pedía a los que querían seguir su camino intención recta y limpia, adaptación al instituto, capacidad de generosa respuesta, disponibilidad total, despegue de todo y de sí mismo. Fue más flexible en las pruebas; y acaso en los últimos años creyó que había sido demasiado generoso en admitir y la Compañía le resultó más nutrida que en sus iniciales previsiones. Sin título de maestro de novicios, él se ocupaba personalmente de forjar a los nuevos adeptos, fuesen adultos o jóvenes. En esta forja de hombres duros imitaba el ejemplo del vecino herrero de Loyola, a quien vio trabajar en su infancia; poner el alma al rojo vivo con los Ejercicios y luego martillar, darle forma y temple y dejar que la acción hiciese el acabado, acreditando la calidad y consistencia de las opciones. No buscaba genios, sino gente recta, decidida, conquistada por un ideal. Dosificando responsabilidades, sabrá transformar a un medianamente dotado en un hombre infatigablemente trabajador y fecundo. Así creó un estilo que se perpetuaría, un troquel que debiera funcionar dondequiera se incorporasen a la Compañía nuevos candidatos y tareas adecuadas.

Los que entraban en Roma se encontraban con él. Aun dentro de cierto apartamento, se incorporaban a la vida real de los demás, convivían y podían beber el espíritu y los modos de acción de los primeros. Los que pasaron por sus manos guardarán, en recuerdo inolvidable, el retrato físico y espiritual del incomparable formador. Nadal, aquel joven mallorquín que receló de Ignacio en París, vino a caer en sus redes cuando ya era sacerdote y doctor. Le empujó a ello el conocimiento de una larga carta en que Javier narraba sus correrías apostólicas. Nadal se presentó en Roma, hizo los Ejercicios que años antes se resistió a hacer e ingresó en la Compañía. A los días, Ignacio puso al flamante doctor de ayudante del cocinero y del hortelano. Mientras Ignacio paseaba con el Dr. Miguel Torres, el teólogo mallorquín impuesto en hebreo y latines hacía lo que podía despanzurrando terrones. La prueba duró cuatro meses; en cambio fue dispensado de la prueba de hospitales y de la peregrinación por causas de salud. Nunca olvidó la «dulzura y familiaridad» con que lo trató Ignacio, las visitas que le hacía en su celda, las veces que le invitó a comer a su mesa o a pasear. Ignacio le dispensó de ayunar y como Nadal replicase que los de casa podían escandalizarse de ello, él le respondió: Dígame quién se escandaliza y yo le echaré de la Compañía. No le permitía hacer penitencias. «Las harás», le decía, y aun le daba complaciente los alimentos especiales que para él preparaban. En contra de la falsa imagen de un Ignacio dictador e inflexible, Nadal estaba persuadido de que estas delicadezas se debían a su condición aún tierna y necesitada de alivio.

Benedetto Palmio también nos ha dejado algún recuerdo de su noviciado bajo la dirección de Ignacio. Había conocido a Fabro y a Laínez en Parma. Tras estudiar en Bolonia hizo los Ejercicios con Domenech y fue admitido por Ignacio en la Compañía en Roma (1546), donde hizo su noviciado durante más de año y medio. Cuando redactó su autobiografía a

finales de siglo mantenía muy vivo el recuerdo de aquellos años y añoraba la sencillez y unión de caridad que entre todos se vivía entonces. A pesar de las galanuras latinas con que viste sus recuerdos no es difícil darse cuenta de la desnuda verdad que rezuman. Evoca con fuerza las dificultades que experimentó pidiendo limosna por las calles de Roma y oyendo no pocos dicterios. El peor, y para él el más costoso, es el de un antiguo compañero de universidad, quien, asombrado de verle en hábito y oficio de mendigo, le recriminó su género de vida y aun le intentó apartar de la Compañía, diciéndole que era el ludibrio de Roma. Tanto o más que ese lance le costó someterse a servir en la cocina de la casa. Palmio era un joven remilgado que aborrecía la suciedad y mucho tuvo que empeñarse en vencer las naturales náuseas. Algún día que salía sucio y perdido de polvo y telarañas de un cuartucho o bodega, topó en el pasillo con el Padre Ignacio, quien sonriendo le espetó: «Así me gustas más». Le tocó también sufrir algunas penitencias públicas impuestas por Ignacio, mas con el suficiente discernimiento como para darse cuenta que más que castigos severos eran tretas y modos para ponerlo a prueba.

Manare o Mannaert, atraído por el fervor de Fabro y la elocuencia de Estrada, era demasiado joven para ser admitido en la Compañía. Tras estudiar en Lovaina, volvió a encontrar a los jesuitas en París y, luego de hacer los Ejercicios con Mercuriano, ingresó en la Compañía (1551) y fue llamado a Roma. Allí conoció y fue formado por Ignacio. Cincuenta años más tarde asoman en su relato pinceladas frescas que nos ayudan a recomponer la fisonomía de Ignacio. A los novicios, dice Manare, invitaba Ignacio con gran benignidad a charlar con él, sentándose a su lado, bien en el huertecillo, bien en otro lugar. Cuando estuvo enfermo lo visitaba y trataba como un padre. A veces, lo llamaba a su mesa y le ofrecía una manzana o pera que había pelado con primor. Era admirable su gracia hablando, siempre grave, nunca excitado. Sus palabras nunca eran vacías o superficiales, siempre sólidas y eficaces. Parecía que todo lo tenía premeditado; nadie se apartaba de él sin ser consolado. Deseaba que todos tuviesen el espíritu dócil e indiferente, pero le gustaba secundar la propensión de los súbditos. Amaba sobremanera la limpieza y el silencio de casa, cuidaba del orden y disciplina, le molestaban los ruidos y las voces. Inculcaba constantemente la obediencia y observaba con escrúpulo la pobreza. Algún día confió Manare a Ignacio que comenzaban a rebrotar en él viejos vestigios de ira y mal genio. Ignacio le animó a luchar, no sin advertirle que la ira moderada iba bien con tareas de gobierno... con tal de moderarla. Ignacio siempre estaba volcado hacia Dios, aunque se ocupase en mil cosas. A Manare le quedó grabada la imagen del fundador paseando en el jardincillo; se detenía y levantaba los ojos hacia el cielo, siempre lleno de una inmensa confianza en Dios y capaz de gestos audaces en momentos de apuro. Pero también confiaba en los hombres. Cuando le puso a él al frente del Colegio romano, quiso recibir normas precisas. «Haz lo que puedas, le dijo Ignacio; acomoda las reglas a la situación. Haz lo que has visto y el Espíritu Santo te alumbrará». Sobre la distribución de oficios entre los miembros de la casa, recibió este consejo singular: «Haz los vestidos a tenor del paño del que dispones».

Ignacio dispuso de un «paño» muy particular en la persona de Pedro de Ribadeneira, el muchachito travieso y fugitivo que fue admitido en la Compañía sin haber cumplido los catorce años. Tuvo que esperar cinco para hacer sus primeros votos y trece para ser sacerdote. Con el pequeño de la

casa, alegre y tormento de tantos sesudos varones, la ternura de Ignacio no fue sólo paternal, sino que asemejó más a la debilidad afectiva propia de los abuelos. Con su franqueza tersa y su inocencia juvenil, Perico, como familiarmente le llamaban, fue el único capaz de poner motas en el garrafal italiano que Ignacio hablaba en sus catequesis y aun de permitirse repetir al día siguiente ante el mismo público una síntesis de lo que su venerado maestro quiso decir el día anterior. ¿Quién iba a pensar entonces que aquel muchachuelo vivaz iba a ser el primer biógrafo de Ignacio? Gozó de privilegios únicos: dormía en la misma cámara que Ignacio, le ayudaba a misa como monaguillo, le acompañaba frecuentemente en sus salidas fuera de casa, fue testigo de excepción el día que nació la Compañía y profesaron los primitivos en San Pablo. En ocho años de convivencia, no se cansaba de contemplar como «un enamorado», nos dice él, el rostro de su admirado maestro. Su imagen, sus modales, su pensamiento, todo fue calando e imprimiéndose en su alma. Le bastará ahondar en el manantial de su memoria para que mane de ella, envuelta en gratitud y asombro, una biografía que es «un piadoso y debido agradecimiento y una sabrosa memoria y dulce recordación de aquel bienaventurado varón y padre mío que me engendró en Cristo y sustentó, por cuyas piadosas lágrimas y abrasadas oraciones confieso yo ser eso poco que soy».

Ribadeneira todavía vivía en 1610 y tenía arrestos para escribir. Entonces compuso un a modo de tratado sobre la manera que gobernando tenía Ignacio. Ya no quedaba ningún superviviente de los primitivos más que él, y por eso quiso condensar en unas páginas los rasgos que, tan fuertemente impresos en el alma, captara hacía ya setenta años. En prosa jugosísima, avalada por el «yo vi y oí», nos revela cosas muy notables. Así nos dice que Ignacio al principio no fue difícil en admitir gente para la Compañía; después vino a apretar la mano y aun a decir que si por algo quisiera vivir, era por ser difícil en recibir para la Compañía. Prefería candidatos activos e industriosos, que no quietos y mortecinos; y pensaba que «el que no era bueno para el mundo, tampoco lo era para la Compañía». Quería —Ribadeneira fue una excepción— que fuesen «grandecillos y salidos de muchachos»; sobre todo «miraba mucho el metal y natural de cada uno», su buen juicio y aptitud para los ministerios, su salud y fuerzas; pero si tenían muchas letras o prudencia, no reparaba tanto en la salud, porque estos «medio muertos, ayudan». No quería gente inútil o de la que no se pudiese esperar algún rendimiento.

Con los novicios iba «muy poco a poco», mezclaba suavidad y severidad y era especialmente blando con los tentados y los enfermos. Con los primeros tenía increíble paciencia y delicadeza, esperando mejor coyuntura; con los segundos, sus desvelos eran incontables, llegando a matar chinches y limpiar las camas. Lo que más de veras procuraba se guardase era la obediencia, la disponibilidad. En todos deseaba intención recta, pura y limpia. Buscaba que todos fuesen bien fundados en letras, era amplio ante las doctrinas aprobadas, mas no gustaba de que hubiese variedad de opiniones y menos que se aficionasen a autores discutidos o polémicos. Amaba la observancia puntual de las reglas, pero sabía ser flexible dispensando a tenor de las circunstancias y sentía mucho que alguno se escandalizase de esto último, porque «le parecía espíritu indiscreto el medir las cosas desiguales con igual medida». Recibía con grande afabilidad, cuidaba de cada uno, le gustaba dar contento; cuando había de disgustar, se servía de superiores inmediatos; no solía imponer

penitencias extraordinarias por faltas graves, sino que prefería que el culpable se asignase la penitencia y entonces la rebajaba.

Sin duda, Ignacio es un extraordinario conocedor y forjador de hombres, y lo atestigua el ya citado Ribadeneira. Su principal método era «ganarles el corazón con un amor de suavísimo y dulcísimo padre, porque verdaderamente él lo era con todos sus hijos». El artificio de Ignacio para «ganar las voluntades», con los suyos o con otras personas, parece una táctica artera: tener verdadero y sincero amor y mostrarlo con palabras amorosas y obras... hacer confianza de las personas... conformarse con sus condiciones y condescender en lo que no sea contra Dios... «entrar con ellos y salir con nosotros». El secreto último es el amor: «Este amor de nuestro Padre —dice enternecido su fiel admirador— no era flaco ni remiso, sino vivo y eficaz, suave y fuerte, tierno como amor de madre y sólido y robusto como amor de padre... A los que en la virtud eran niños, daba leche; a los más aprovechados pan con corteza; y a los perfectos trataba con más rigor, para que corriesen a rienda suelta a la perfección». La imagen estereotipada del Ignacio áspero, déspota, ganz sódatisch, tan difundida, es un lastre histórico absolutamente falso mantenido por inercia o malevolencia.

El mundo es pequeño desde aquella celda

Pero el Padre Maestro Ignacio no puede limitarse a ser un tranquilo y retirado Maestro de novicios que cuida como perlas preciosas a los nuevos reclutas de la Compañía. Sabe muy bien que sobre sus hombros carga la «superintendencia» de la Compañía, como dice en carta al Virrey de Cataluña Francisco Borja. Y ¡si sólo fuera eso! Es que además de llevar las riendas ha de empeñarse en plasmar de modo concreto sus modos de vida y acción, en infundirle un espíritu específico, en darle Constitución y norma, cauces propios de actividad. El peregrino errante se va a transformar en un hombre inmóvil y sedentario, atrapado por su propia obra. Roma y no Jerusalén fue su ciudad de término; rarísimamente saldrá de ella en lo que le queda de vida. Y, sin embargo, los caminos, el caminar, parecen seguir siendo la nota dominante de la Compañía incipiente. El hacer camino, no elegido, sino impuesto, es la primera consecuencia de la generosa oblación hecha al Papa, de aquel ilimitado «preparados a todo cuanto de nosotros, en Cristo, dispusiere» con que definió la esencia de la Compañía en carta al viejo Gouveia.

El «preparados a todo» abrió a la Compañía, ya desde su nacimiento, los caminos del ancho mundo y la dispersó, aun antes de ser aprobada. Asombra seguir el periplo de Fabro en poquísimos años: Worms, Spira, Maguncia, Amberes, Portugal, pasa por Colonia, vuelve a Evora, viene a Valladolid, llega a Roma y muere allí, agotado (1546), cuando se disponía a acudir al Concilio de Trento. Jay, que reemplaza a Fabro en Alemania, se mueve por Ratisbona, Ingolstadt, Salzburgo, Dillingen, Trento, Ferrara, retorna a Alemania... Broet y Salmerón reciben la misión de Irlanda (1541), tan penosa como estéril. Luego, en pocos años Laínez misiona y predica en Venecia, Padua, Brescia, Roma, Bassano, acude a Trento, vuelve a Florencia, Sicilia, Genova... Salmerón se mueve por Nápoles, Roma, Trento, Ingolstadt, otra vez Nápoles, marcha a Alemania y Polonia... Bobadilla es un caminante excepcional, que inicia su andadura en Ischia y Nápoles y luego discurre por Innsbruck, Viena, Passau, Praga, Worms, Bruselas, Augsburgo, Roma,

Nápoles, Ancona, la Valtelina, Dalmacia... Rodrigues, el candidato a Indias Orientales, se quedará en Lisboa. Y ¿quién contará las leguas de Javier, el improvisado misionero por tierras, islas y mares remotísimos? Todos los caminos nacían en Roma y de todos se miraba a Roma, y no sólo al Papa, sino a la iglesita y casa contigua de Santa María de la Strada o Virgen del Camino, donde Ignacio seguía los pasos de cada uno de los suyos, de la «mínima Compañía», como él gustaba llamarla. La Strada, con hombres estables, era a la vez casa de paso, de partidas y llegadas. Ignacio goza inmensamente con los reencuentros, salpicados de anécdotas, en aquella primavera generosa y aventurera de la primera Compañía. Su alegría es indisimulable y provoca esas raras situaciones en que parece perder su autocontrol y entregarse a una risa ostentosa. Amaba la alegre generosidad y no tenía escrúpulo en decir al risueño Hermano Coster: «Reíd, hijo, y estad alegre en el Señor, ya que un religioso no tiene ninguna razón para estar triste y tiene mil para alegrarse». Falsean la verdad los que se han empeñado en pintarnos un Ignacio tétrico y sombrío.

Se ha solido presentar frecuentemente a Ignacio como un genial estratega que descubre los puntos neurálgicos del momento, planifica la acción, sitúa a la Compañía en el mapamundi, diversifica los ministerios, lanza divisiones aguerridas a todos los frentes. Una vez más contemplamos los hechos —enhiados en larga historia— por la espalda. Ignacio más que planificar, va a remolque de la vida misma, consciente de que desde ella le gobierna Dios. El es el timonel que tiene a punto la nave, pero los vientos que la mueven y marcan su rumbo son los acontecimientos, las demandas imperativas del Papa o las súplicas reiteradas de obispos y cardenales, de reyes y príncipes. El no escoge países o ciudades, sólo responde y decide, cuando le hacen posible la respuesta sus efectivos. Alguna vez despunta en él una iniciativa personal: soñó con instalarse en su querido París, en la restauración católica inglesa bajo la Reina María Tudor o en fundar colegios en Constantinopla y en la Jerusalén de sus añoranzas; justamente en todos esos casos vio incumplidos sus deseos. En cambio, acudió como pudo a las misiones encomendadas en el Extremo Oriente, a Irlanda, a Sicilia, al norte de Italia, al Concilio de Trento, a Alemania, a Etiopía y al Brasil.

En estos primeros años domina en la Compañía lo imprevisible. El Papa les marca el rumbo en tareas entre infieles; el ámbito europeo queda más reservado a la decisión de Ignacio, siempre a merced de lo que piden los demás. Hay algo inequívoco en todas sus prestaciones: acción. Pero una acción enormemente diversificada y hasta desconcertante. Casi no hay tiempo ni sazón para pensar en la Compañía misma, para dejar cuajar unas fórmulas pautadas de ministerios, para redactar leyes. La vida misma lo arrolla todo, fuerza a un despliegue de hombres y de proyectos, a buscar nuevas formas canónicas, a evolucionar sin cesar, a no cerrar puertas, sino a formular normas provisionales y abiertas. En esta primavera loca de los primeros años de la Compañía, cada año se estrenan cosas nuevas: la primera casa profesa en Lisboa (1541), los primeros colegios en Padua, Goa, Lovaina y Gandía; los primeros estudiantes en París (1540), el primer noviciado exento en Mesina, la primera Provincia en Portugal a la que seguirán España y la India; pronto el primer mártir, el Padre Criminali (1549).

«Preparados para todo», menos para...

En los primeros diez años, la Compañía evolucionará más que en los cuatro siglos siguientes. ¿Quién podrá penetrar en la mente de Ignacio, gran soñador y, por otra parte, hombre pragmático? Embarcado en la aventura de «predicar en pobreza», se aferra e impone a sus amigos maestros el humilde deber de enseñar los rudimentos cristianos a niños y a rudos. Sin embargo, en esos puntos de referencia obligada —más que Constituciones— de 1541, desea para la Compañía preferentemente letrados, se propone crear colegios en las Universidades, pero no quiere estudios ni lecciones en la Compañía. ¡Quién lo diría a la vista de la historia de la Institución! «Predicar en pobreza» será asumir, con olvido de los propios deseos, las misiones encomendadas: ir a la India, o acompañar a Worms al Doctor Ortiz, encajar las penalidades del inútil viaje a Irlanda, predicar a multitudes en Montepulciano o explicar la Escritura en cualquier ciudad de Italia. Los colegios, inicialmente concebidos para la formación de los nuevos adeptos, se transformarán pronto en instituciones abiertas y multiplicadas por innumerables ciudades de Italia, España, Alemania y constituirán una de las actividades típicas de la Compañía. La práctica de los Ejercicios, sobre todo en una forma elemental de primera semana, dará la pauta para el ministerio de las misiones populares; su práctica más concienzuda y completa quedará más reservada a individuos aislados, aunque generalmente con menos rigor que el observado en la historia personal de los primi pares en los años de París. La estabilidad, esa nota característica de la antigua vida monástica, no se aviene con el programa de los adeptos de Iñigo, cuya vida está marcada por la movilidad y la disponibilidad continuas. Ni siquiera llegaban a formar escuadrones volantes; en muchos casos se encontraban alejados y perdidos, sin comunidad ni casa, dos o uno, acogidos por la caridad, cuando no en un hospital, el hostel preferido del peregrino fundador.

Ignacio, experto conocedor, forjador e impulsor de hombres, se despega con facilidad de los suyos, los lanza con arrojo a la aventura, se fía de ellos una vez que han adquirido el verdadero temple, sobre todo fía en Dios. Los quiere «preparados a todo».

En este todo entran lo mismo misiones entre infieles que labores catequéticas, servicio de cocina que limpieza de vasos en hospitales, acompañar a un cardenal o rescatar y educar a un cortigiana, hablar a los padres del Concilio o enseñar latines en una escuela; aunque sea ocasionalmente, dará un sí al socorro de los hambrientos, a la instrucción de los judíos, al servicio de los soldados en los ejércitos, a la redención de cautivos, al examen de los candidatos al sacerdocio, a la reforma de monasterios femeninos. Junto a tanto sí, aparecen unos noes que ayudan a perfilar el camino, no sin escándalo de algunos en unos casos. Uno de los noes más inesperados es el de la renuncia a la asistencia espiritual ordinaria a las monjas. Pocos santos hay tan delicadamente agradecidos como Ignacio a la asistencia, a veces maternal, recibida de piadosas mujeres en Loyola, Manresa, Barcelona, Alcalá. Nunca se borrarán de su memoria sus nombres y condiciones. En su epistolario hay numerosas cartas de gran calidad espiritual dirigidas a estas mujeres y Hugo Rahner nos ha regalado una tan prodigiosa como sorprendente monografía sobre este tema.

Y, sin embargo, en ese ancho entorno femenino se incrusta un episodio poco conocido en que se rompe la sensibilidad ignaciana ante las imposiciones de los acontecimientos. Es el caso de Isabel Rosell, la

generosa protectora de Ignacio en los días lejanos de Barcelona y que años después le ayudaría económicamente durante los estudios parisinos. Esta fiel y audaz mujer se presentó en Roma en 1543, ya viuda, con el propósito decidido de ponerse bajo la obediencia y dirección espiritual del antiguo y desvalido peregrino convertido ahora en fundador. Ignacio se comportó exquisitamente con ella y delegó las funciones de una atención continuada a su persona en manos de Esteban de Eguía. Isabel se empeñó en pertenecer estrictamente a la Compañía y sus habilidades diplomáticas fueron tantas que logró algo ante lo que el obediente Ignacio no pudo resistir: nada menos que el propio Paulo III ordenó que fuese admitida en la Compañía. Llegó a colaborar con Ignacio en la casa de Santa Marta recogiendo pecadoras y aun le visitaba cuando estaba enfermo. Luego trajo sobrinas casaderas y empezaron los desacuerdos. Con autorización de Paulo III, el P. Nadal tuvo que intervenir leyéndole ante notario una declaración que la liberaba de todo compromiso y vinculación. Ignacio la prefería más como madre que como hija.

El hecho produjo banderías dentro de la Compañía. Uno de los que censuró más ásperamente la conducta de Ignacio fue el P. Zapata, quien se permitió una dura crítica sobre los modos del fundador: «Yo soy hombre y tengo barbas y no soy muchacho, y querría más obedecer a cincuenta que a vos solo». Ignacio tuvo infinita paciencia con su censor y, al fin, lo hubo de expulsar de la Compañía. No menor la tuvo con la inquieta catalana, quien aireó su condición de víctima y aun que había sido despojada por la Compañía. La cuestión fue a pleito y las cuentas claras arrojaron un saldo desfavorable a la demandante: había dado 144 ducados, pero había recibido más de trescientos. Llegados a estos términos que afectaban a la fama, Ignacio tuvo que empeñarse para que la acusadora reconociese judicialmente sus errores de cálculo, desgraciadamente aireados. Esto ocurría en 1547. Ella tuvo que volver a Barcelona e ingresó en la Orden franciscana y llegó a reconciliarse con su adorado y maltratado viejo huésped y protegido. La experiencia no fue vana para el experto psicólogo. Dio un no definitivo a una rama femenina en la Compañía —aunque más tarde daría carta de hermandad, y aun admitiré a los votos de estudiantes, a la piadosísima princesa doña Juana— y aun desechó sin dudar la cura espiritual de monjas. Era, según él, un ministerio lleno de disgustos, de ansiedades, y no libre de peligros y murmuraciones.

Más rotundo, si cabe, se mostró Ignacio en otro no otorgado a instancias inevitables: el no a las dignidades; más expresamente, al episcopado. Era natural que en trance de reforma fuesen promovidos a las sedes miembros de las recientes congregaciones de clérigos reformados, como los teatinos, barnabitas, oratorianos, somascos. ¿No representaba ello un servicio a la Iglesia, hartó necesitada de tales hombres? El rechazo no fue simplemente cautelar o preventivo, sino respuesta negativa a una amenaza real. Con enorme grafismo definiría la situación como «la tribulación de los episcopados». En el término de pocos años (1543-1547) comenzaron a barajarse los nombres de Rodrigues para Coimbra, el de Laínez para Lubliana, el de Fabro para Patriarca de Etiopía; sobre todo el Rey de Romanos se empeñó en designar a Bobadilla y a Jay para la diócesis de Trieste. Ignacio se empleó a fondo y con increíble tenacidad en contra, tratando de evitar la imposición pontificia. Resistió cuanto pudo, visitó al Papa y a los cardenales, aun a altas horas de la noche, utilizó los buenos oficios de Margarita de Austria, no se rindió hasta el último instante en que

todo parecía decidido. Y triunfó. No recusaba el servicio a la Iglesia, pero sí la modalidad. Sus ideas son extremadamente claras: el abrir la puerta a tales dignidades sería la ruina de la Orden, iría en menoscabo del bien universal aunque en favor de un bien particular, desedificaría a los jóvenes generosos más amigos de lo arduo y difícil. Ignacio temía que con las dignidades entrase la ambición. Así pensaba este hombre, tildado de desmedidamente ambicioso de poder. Unos años más tarde procuraría igualmente que el Papa no nombrase cardenales a Borja y a Laínez.

Si este no resuelto a las mitras podía afectar a algunos, y desde luego al futuro de la Compañía, había otros noes de alcance más general que marcaban a todos. No a un hábito específico; los suyos vestirían al uso de los clérigos honestos. No al oficio coral, que les restaría movilidad y horas de trabajo. No al canto solemne y al órgano en la liturgia, por similares razones (Ignacio, ya viejo, confesará que no hubiera tomado esta determinación de seguir su gusto; era extraordinariamente sensible al embeleso de la música). No a las disciplinas y penitencias de regla, usuales en los monasterios y en los conventos de órdenes mendicantes. No a largas horas de oración personal, al atractivo de la contemplación, tan de moda, especialmente en España. Del colegio de Gandía impregnado de aromas franciscanos y favorecido por el encendido converso que fue Francisco de Borja, venían requerimientos en favor de la contemplación reposada. Ignacio siempre dijo no y no toleró en la Compañía a los estudiantes más de una hora de oración distribuida a lo largo del día y con su famoso examen incluido. Quería que sus estudiantes estudiaran y los demás trabajasen; que hiciesen de sus fatigas oración y sobre todo aprendiesen a buscar a Dios, también fuera de la oración, en las cosas, los acontecimientos, los hombres. El fue un ejemplo vivo en este intento. Los síes abrían anchos derroteros; los noes marcaban unos linderos. Entre unos y otros se iba fraguando un estilo de vida y trabajo, el camino de una institución.

Bulas, pobreza, lágrimas, «claridad calorosa»

Entretanto, Paulo III, el Papa que con tanto entusiasmo acogió a la Compañía, la distinguiría con una lluvia de Bulas y Breves. En 1542 concedía a la Compañía facultades, indulgencias y gracias, extensivas a cuantos, emitidos sus votos, tuviesen propósito de profesar a su tiempo. En 1544 y por Bula levantaba la limitación originaria de los 60 miembros y abría las puertas a un número ilimitado. Hacía un año los propiamente profesos eran sólo diez. En 1545 concedía a todos los sacerdotes licencias de predicar, confesar y absolver de pecados reservados. Un año más tarde aceptaba una innovación ignaciana de gran trascendencia: los llamados coadjutores, sacerdotes o laicos, que ayudarían a los profesos en sus tareas espirituales y los descargarían de preocupaciones materiales domésticas. Emitían sus tres primeros votos, pero su inserción definitiva en la Compañía quedaba a merced de ésta. Con ello la Compañía se delinea como un corpus o cuerpo, en cuyo epicentro están los profesos, auténticos pilares del instituto; su incorporación es definitiva tras largas pruebas. Además están los coadjutores espirituales o temporales, y los escolares. Todos forman una familia, participan en una misma empresa, cada uno en su puesto: en una cátedra o en un pulpito, o en una cocina o una portería. Ignacio suscribiría con gusto la frase teresiana «entre los pucheros anda Dios», y aun añadiría otros parajes de sus recuerdos de peregrino: y a la orilla de un río, en la

cárcel, en el hospital, en la plática del camino... El favor de Paulo III se hizo aún más ostensible cuando intervino la recomendación del duque de Gandía, el bisnieto de Alejandro VI a quien tanto debía el pontífice reinante. El logró del Papa gracias espirituales para los que practicasen los Ejercicios y aun la aprobación pontificia del pequeño librito (1548). Un año más tarde se otorgaban a la Compañía los beneficios de la amplísima «Mare magnum». Con diez años de existencia, lograba lo que franciscanos y dominicos habían obtenido después de siglos. A los viejos tiempos de desamparo y de confiar sólo en Dios, sucedía la era del favor, de la protección, del agasajo, del privilegio, rica sementera de odiosidad.

Y, sin embargo, junto a esta riqueza del aprecio y la estima crecientes, Ignacio seguía obsesionado con la pobreza. La había vivido generosamente como individuo y la había inculcado en sus seguidores. La pobreza era escuela de confianza en Dios, gesto concreto de imitación de Cristo, adorno inseparable de quien quería predicar evangélicamente. Quedaban atrás los días de su floración espontánea y personal y era preciso pensar en los módulos concretos de vivirla por parte de una institución. Ignacio, el estudiante pordiosero, no quiere que sus jóvenes adeptos estudiantes se distraigan de su trabajo en la búsqueda de su manutención diaria. Espera que surgirán generosos donantes que aseguren unas rentas para sus colegios, pero será tajante en privar de rentas a las casas de profesos y en la gratuidad de sus ministerios. La duda surgió en torno a un punto preciso: salvada la pobreza de las personas ¿se admitiría alguna renta fija en favor de las sacristías, esto es, de las servidumbres económicas objetivas del culto? La cuestión, al parecer trivial, era para él fundamental y muestra patente de su radicalismo en la materia.

A pesar de que el grupo se había decidido por la afirmativa en 1541, él seguía resistiéndose a dar por definitivamente resuelto el problema y lo debatió en su conciencia durante años. Fruto de sus reflexiones en 1544 es el documento autógrafo en que, al margen del problema en sí, nos encontramos con un vivo retrato del modo íntimo de proceder en su tarea de configurar el estilo de la Compañía, en su búsqueda meditativa y bien pensada, en sus motivaciones últimas con el balance de los pro y contra. Asegurar una renta para el culto tenía unas ventajas: se despejaban preocupaciones, no se ocasionaba molestia a nadie, se ordenaba mejor el culto, se conservaba mejor el cuerpo de la Compañía, se aseguraba mejor provisión y decoro de las iglesias, no se emplearía en buscar dineros un tiempo que era precioso para el estudio y los ministerios. Contra estas siete razones anota quince en favor de una pobreza absoluta y radical: mayor fuerza espiritual en la Compañía, más semejanza con Jesucristo, mayor unión con la Iglesia, más conformidad con Cristo sacramentado, más pura esperanza en Dios, más humildad, mayor esperanza y diligencia, mayor edificación, más eficacia en los ministerios y más libertad de espíritu, mayor espíritu para trabajar, mayor fuerza para persuadir a la pobreza, más pura aceptación de la pobreza evangélica y más perfecta práctica de la misma... Más, mayor se repiten hasta la saciedad. Es él. El viejo «más valer» que lo llevaba en la sangre, que medró en medio de ambiciones cortesanas y fue azuzado en las lecturas de libros de caballerías, se ha convertido hoy en ansia de un más y mayor con otro horizonte. Es el plus ultra renacentista, aplicado a la conquista de los espacios y cotas del espíritu de un caballero a lo divino.

Pero no nos engañemos ante esta opción aparentemente racionalista y voluntarista de quien razona y se propone la conquista de lo difícil, en ésta que él llama «deliberación sobre la pobreza». Un documento rigurosamente coetáneo, redactado de puño y letra por Ignacio, su Diario espiritual, nos rescata de este posible engaño y nos abre perspectivas insospechadas en el alma de este cristiano que sabe que Dios no se encuentra infaliblemente al término de nuestro esfuerzo como algo conquistado, sino como Alguien que nos visita gratuita o graciosamente. Sólo se conservan dos cuadernos, hartos menos que el «fajo bien grande de notas» que viera Gonsalves Cámara en manos de Ignacio y del que le leyera algunos párrafos, mas sin confiarle el manuscrito ni siquiera «un poco». Estos dos cuadernos supervivientes, de unos 25 folios, fueron publicados no antes de 1892 (parcialmente) e íntegramente en 1934. El primero de ellos —2 febrero - 12 marzo 1544— refleja el debate espiritual del problema de la pobreza, y en uno y otro aparece con claridad meridiana el gran secreto ignaciano, su condición de altísimo místico. La deliberación sobre la pobreza representa la búsqueda razonada de un camino ideal. Mas no es sólo un monólogo, un fruto maduro de la reflexión introspectiva, sino un diálogo con lo trascendente y numinoso, una búsqueda típicamente ignaciana de la iluminación y confirmación divina de las aspiraciones en las que nos habla y guía Dios. Al margen de la coyuntura, el Diario nos conduce a los abismos de experiencias con la celebración de la misa. Su lenguaje es sobrio y aun pobre, si lo comparamos con san Juan de la Cruz y santa Teresa. Mas, aunque el envoltorio sea diverso, la «cosa» reflejada es idéntica y estrechamente emparentada.

El cliché estereotipado y común del Ignacio asceta inflexible, voluntarista y hasta pelagiano, del hombre de acción con estilo marcial, se desvanece —o al menos hay que conjugarlo— con el Ignacio místico regalado con contemplación infusa o infundida, con pasividad entera en su conocimiento y amor, con abismales intuiciones de las cosas divinas, con familiaridad con el Verbo humanado y con su Madre la Virgen María, con increíble don de lágrimas —175 veces se habla de ellas—. El natural pudor de este vasco silente y poco expresivo impide aún más la expresión de lo que todos llaman indecible o inefable. Fundamentalmente puede decirse que él se llevó consigo su secreto, pero estas páginas de oro por su fondo más que por su forma nos revelan destellos de su secreto y la condición más definitoria de su andadura: fue antes que nada un carismático, un hombre a la escucha permanente de Dios.

Ante su sobriedad expresiva congénita, los demás místicos nos pueden parecer dicharacheros y locuaces. Cada problema resulta en él como piedra granítica de cantera, plena de robustez, de mudo poder sugerente. ¿Quién se atreverá a ahondar en su fuerza evocadora? «Crecida fiducia en nuestra Señora», «abundancia de devoción, lágrimas interiores y exteriores», «asaz claridad», «sentí en mí un ir o llevarme delante del Padre y en este andar un levantárseme los cabellos y movimiento como ardor notabilísimo en todo el cuerpo», «calor y amor intenso», «en tal manera viendo que escribir no se puede, como ni las otras cosas explicar», «muchas inteligencias sintiendo, notables, sabrosas y mucho espirituales», «con muchas inteligencias de la santísima Trinidad, ilustrándose el entendimiento con ellas a tanto que parecía que con buen estudiar no supiera tanto», «claridad calorosa»... Ignacio no es un anacoreta ni ahora se producen en él aquellos raptos o éxtasis de los años de Manresa. Vive estas experiencias en la liturgia, pero

también cuando camina por la ciudad, se prepara y viste para celebrar, se sienta a la mesa, hace antesala en la casa del cardenal de Cupis, cuando confiesa durante largas horas sin acordarse de comer o se ocupa de la asistencia espiritual y material de sus pupilas de Santa Marta.

La experiencia mística no lo desvía de la acción y le induce al apartamiento y retiro, ni se reviste de la simbología nupcial propia de tantos místicos. En él la mística revierte al servicio, potenciando hasta el extremo la dinámica de la verdad amada y entrañada, venero de lágrimas sin fin. ¡Quién lo diría! El titán de la acción y del dinamismo agotador fue un hombre a quien las lágrimas místicas le estropearon los ojos, aquellos ojos que hablaban, que ningún pintor nos ha sabido restituir y que están muertos en su mascarilla post mortem. Mejor que Tiziano nos lo dibujó aquel endemoniado de Padua que describió a Ignacio como «el españolito pequeño, un poco cojo, que tiene los ojos alegres», con ese amable diminutivo que nos recuerda su pequeña estatura. Porque Ignacio, el gigante del espíritu, fue un hombrecillo que medía 1,67, para confusión de los hombres de su alta raza. Así se explica que el cisterciense Luis Estrada en el encendido elogio que hace de Ignacio al año siguiente de su muerte, se regodee en el contraste entre su grandeza espiritual y su poca apariencia corporal, llamándole «granito menudo», «hombrecito tan pequeño» y «hombrecito de Dios».

La dispersa Compañía

Aunque parezca estar fugazmente en el tercer cielo, sumido en solaz espiritual, vive con los pies en la tierra, enredado en mil menesteres prosaicos y en el denso quehacer de cada día, dedicado a múltiples ministerios y sobre todo al principal: forjar hombres y formar su «mínima Compañía», apenas nacida y ya «Compañía dispersa». Es necesario darle pautas y no menos mantener la unidad y cohesión de sus miembros desparramados por el ancho mundo. Ignacio posee el don y sentido de lo concreto; no le gustan las abstracciones ni las vaguedades. Es su modo peculiar, tan sabrosamente descrito por Gonsalves Cámara: «Nunca persuade con afectos, sino con cosas..., las cosas no las orna con palabras, sino con las mismas cosas, con contar tantas circunstancias y tan eficaces, que cuasi por fuerza persuaden... su narración es simple, clara y distinta. Y tiene tanta memoria de las cosas, y aun de las palabras importantes, que cuenta una cosa que pasó diez, quince y más veces, omnino como pasó, que la pone delante de los ojos; y plática larga sobre cosas de importancia, la cuenta palabra por palabra»... «Cuando las cosas eran de importancia hacías las leer o contar tres, cuatro veces; y quedaba con tanta memoria de ellas, que me parece oírle contar y repetir en tiempos muy distantes algunas cosas siempre por el mismo orden y palabras formales con que la primera vez las oyera y dijera». Para Ignacio, como buen vasco, la palabra tiene enorme importancia y en ella va la persona; por eso hablaba y escribía muy de pensado: pensado lo que hablaba y a quién lo hablaba, a un hombre concreto y sobre algo concreto. Aborrecía la retórica, la verborrea, la exageración, lo fantasioso.

Prodigioso modelo de este modo de ser y actuar son sus instrucciones y cartas. Las primeras, según un criterio amplio, sobrepasan las doscientas. Revelan la amplitud y variedad de los ministerios, su extensión geográfica, su eficacia y, sobre todo, las normas de acción de Ignacio, sus motivaciones

y objetivos íntimos, el hondo sentido evangélico que inspira todo y los resortes humanos que moviliza para sus intentos. Tras ellas adivinamos un profundo psicólogo, avezado en el trato con los hombres. Principios de fondo y orientaciones de mínimo detalle se mezclan y confunden en estas directrices, que lo mismo tratan del modo de gobernar que de la manera de comportarse con las mujeres en el confesionario; de confesar reyes que del modo de escribir cartas; de cómo ejercitar los ministerios, cómo pedir limosna, cómo estudiar humanidades, etc.. En sus orientaciones hay variables y sentido de adaptación, y hay constantes. Cuando envía a Broet y Salmerón a la delicadísima misión de Irlanda, les aconseja cosas tan sabrosas como éstas: Hablar poco y tarde, oír largo y con gusto... Para tratar con los grandes, mirar de qué condición sean y hacerse de ella. Tomar el modo de ellos, porque aquello es lo que les agrada, me he hecho todo a todos. No ser grave y flemático con los coléricos. En la conversación de un colérico con otro —y él temperamentalmente lo era— hay peligro de desbaratarlo todo; hace falta ir armado con examen y voluntad de sufrir y no alterarse. Pensar que todo lo que se habla, puede hacerse público. Ser liberales de tiempo. Cumplir hoy lo que se prometió para mañana. Ganar el amor, para hacer mejor las cosas. Imitar las tretas del espíritu del mal en sus tentaciones: entrar con el otro, para salir con nosotros, «para meter en red en mayor servicio de Dios». ¿Astucia, manipulación, o pericia en humanidad?

Por lo demás, la misión irlandesa fue un completo fracaso. Peores que los acantilados rocosos en que estuvieron a punto de morir en su viaje por mar desde Flandes, fueron los problemas insolubles con que se encontraron. Vivieron escondidos durante unos días, anduvieron por Edimburgo y Glasgow sin lograr hacerse idea exacta de la situación de Irlanda y acaso convencidos de los dicterios sobre los irlandeses que oyeron en Lyon de labios del Primado escocés Beatón, quien los trataba de salvajes e incultos. Un mes estuvieron en Irlanda y salieron vivos de milagro. Al volver a Roma con sus sotanas rotas y sucias fueron detenidos en Lyon, tomados por espías. Razón tenía Salmerón para escribir: «no dejamos de participar de la cruz de N. S. porque padecemos hambre y sed y no tuvimos sitio para colocar nuestras cabezas o para rezar en paz un pater noster».

Dignas de mencionarse son las instrucciones escritas por Ignacio para Láinez y Salmerón —Fabro murió— cuando fueron designados para acudir al Concilio de Trento, inicialmente más para estar presentes en la ciudad que para participar en la asamblea. De cara al Concilio sólo les recomienda que oren y hagan orar mucho por él; y las normas impartidas tienen más en cuenta las actividades pastorales que las teológicas de los dos designados: «Sería tardo en el hablar, considerado y amoroso, mayormente cerca de definir las cosas que tratan o son tratables en el concilio. Sería tardo en hablar, ayudándome en el oír, quieto para sentir y conocer los entendimientos, afectos y voluntades de los que hablan, para mejor responder o callar». En cuestiones discutidas, no aferrarse a juicio propio, dar razón a ambas partes, hacerse con todos no apasionándose por ninguno. No mirar el propio ocio, falta de tiempo o comodidad, sino hacerse a la condición de la persona con quien se trata «para moverla a mayor gloria divina». Lo que principalmente se pretende en la jornada de Trento es predicar, confesar, leer, enseñando a muchachos, dando Ejercicios, visitando hospitales, exhortando a las gentes a orar, a venir a entero conocimiento de sí y a mayor conocimiento y amor de Dios, animando a

todos a renovar su vida religiosa, hablando «largo, concertado, amoroso y con afecto». No tocar y discutir materia controvertida con los protestantes, sino simplemente exponer su doctrina y exhortar, acomodando el estilo y las exigencias a los destinatarios. Y, entre ellos, mantener la unión, la corrección fraterna, la revisión en común de lo que se hace cada día, ayudarse en mayor caridad, decidir las cosas a votos, procurar el «buen odor de todas partes» con su ejemplo de vida.

Al elegir Ignacio a Laínez y Salmerón para cumplir órdenes del Papa, no pensaba en que actuaran directamente en el Concilio. En carta de presentación al Legado Cervini le dice que van «más por obediencia que creyendo ser suficientes para una mínima jota tocante al Concilio». Pocos días después de su llegada fueron incluidos por el presidente del Concilio en las listas de teólogos, por cierto que como clérigos seculares. Pronto brillaron por sus intervenciones —Salmerón tenía sólo 31 años y apariencia de aún más joven— y en la fase conciliar siguiente (1551-1552) figurarán ya como teólogos pontificios, lo que no obstó para que fuesen alojados en un cuartucho pequeño y feo, con una sola cama y sin una mesa donde poder estudiar o escribir. Pocos días después alquilaban los cuartos en que vivieron cinco años antes. Volvieron sus ministerios preferidos de confesar, catequizar, visitar hospitales, etc. Su paso por el Concilio sirvió para dar a conocer a la recién nacida Compañía; a partir de entonces aumentaría el número de los obispos de Italia, Francia y España que abrirían las puertas de su diócesis a la familia loyolea.

El Concilio brindó una plataforma propagandística a la Compañía, representada en él por Laínez, Salmerón y por Jay, que estuvo presente como procurador del cardenal Truchsess. En la imagen pública del jesuita, más que la innegable ciencia teológica de los teólogos conciliares, destacaba la probidad de vida y celo apostólico de los antiguos Maestros parisinos. El secreto del impacto que producían, repetido doquiera se encontrase un jesuita, estribaba en la autenticidad y eficacia de su sacerdocio. Los llamados «ministeria assueta», sea en una casa estable, sea en el paso temporal por una ciudad de un par de ignacianos, configuran una praxis pastoral tradicional: su única novedad estaba en el concienzudo cumplimiento de tareas pastorales desgraciadamente poco cuidadas por el clero: catequizar, predicar, explicar la Sagrada Escritura, esto es, iluminar y afianzar la fe; fomentar la práctica sacramentaria (confesión y comunión), es decir, embarcar en la vivencia religiosa; luchar contra los vicios individuales o sociales (blasfemia, concubinato, venganzas, banderías) e impulsar a hondos cambios de costumbres, lo que equivale a suscitar el dinamismo de la fe.

Ignacio y los suyos se empeñan en ir al fondo del hombre y de las cosas. Incitan a los mejor dispuestos a altos ideales, sin olvidar a las masas abandonadas. Saben consumir el día entero confesando, sin restarle más que el tiempo justo para comer. Su sementera cae sobre multitudes, sobre monasterios en trance de reforma, sobre individuos mejor dispuestos; transforma la vida de no pocos sacerdotes y canónigos, atrae vocaciones generosas a la Compañía o lanza a los seglares a actividades desusadas, corporativas unas, personales otras, busca la continuidad en soluciones estables. En Faenza un doctor en leyes se compromete gratuitamente a ser abogado de los pobres, otro a ser su procurador ante el gobernador, un médico a servir más generosamente a los necesitados y a acoger y vestir a los más miserables, y muchos a asistir a los enfermos en la «Compagnia de

la Caridad», fundada para ello. En el «servicio» de los hombres de Ignacio no sabríamos separar lo que hay de planificación o de respuesta rápida e improvisada a necesidades inmediatas y fundamentales. En cualquier caso hay prestación generosa hasta el agotamiento, vida a la intemperie y con fuerte acento de responsabilidad personal, dispersión de sujetos.

Cohesión por cartas: «Todo vuestro, sin poderme olvidar tiempo alguno»

¿Cómo mantener unión, cohesión, aire de familia, en esta tribu creciente y desparramada tan pronto por cuatro Continentes? «Cuanto más seamos corporalmente esparcidos, tanto mayores raíces echemos cuanto al espíritu», decía el amable saboyano Fabro. Ignacio velaba por la cimentación espiritual de los adeptos, pero además tenía que cuidar de estrechar los lazos de unión del cuerpo. Quedaban para la nostalgia los años del grupo parisino, íntimo, corto, con tantas horas de vida común y de ideales en forja. La vida imponía la separación forzosa. La Compañía, inicialmente, fue una aventura de amigos universitarios entrañables. La llaneza condimentaba su trato mutuo. Cuando Araoz se presentó en Roma con la intención de rescatar para su familia a Ignacio, su tío, se encontró de portero al Maestro Francisco de Javier, quien sin protocolos en el siglo de las cortesías, anunció llanamente la visita con estas palabras: «Iñigo, está aquí Araoz». Al precavido visitante le conmovió aquella sencillez y hermandad. ¡Cuánto debió costar a Javier separarse de su idolatrado maestro y amigo! Salió de Roma repentina e inesperadamente. Cuando pasaba por Bolonia, de paso para Lisboa y las Indias recibió carta de Ignacio y «con ella tales alegría y consuelo que sólo Dios Nuestro Señor podría aquilatar». Le roía el alma la idea de que nunca más volverían a encontrarse como no fuese por correspondencia. «No hemos de pensar otra cosa en nuestros momentos de ocio que pensar los unos en los otros valiéndonos de cartas». El día mismo en que cumplía los treinta y cinco años, 7 de abril de 1541, zarpaba de Lisboa. Días antes escribía a Ignacio: «cuando nos escribáis a las Indias, escribirnos nominalmente de todos, pues no ha de ser sino de año en año, y en aquella muy largo, que tengamos que leer ocho días, que nosotros así lo haremos».

La amistad honda de los primeros compañeros no era posible que se produjese entre gentes que ya no se conocían o se encontraban pasajeraamente. Sólo el correo, el lento correo del siglo XVI, podía hacer el milagro de mantener vivas las ligaduras afectivas, proporcionar conocimiento mutuo y noticia de las actividades de los demás, salvaguardar patrones y estilo de vida. Ignacio lo entendió así y urgió insistentemente la obligación de escribir y no sólo al albur del ocio. Y al mismo tiempo cargó sobre sus espaldas con la obligación de contestar, de escribir incesantemente y en todas las direcciones.

Las cartas, largas o breves, que de él se conservan son unas siete mil. Fueron muchas más. En una de ellas da cuenta una noche de que ha expedido unas doscientas cincuenta. Del año 1555 nos quedan unas mil cartas. Al interés común de todo epistolario, se añade en el ignaciano una circunstancia particular de orden personal más que literario. Es un hombre que cuida con esmero sus cartas. Como en todos los vascos hay en él un respeto a la palabra, a la palabra dicha y dada, y una especie de veneración a la palabra escrita. Lo que brota de su pluma en la intimidad de su

cameretta reviste la solemnidad de lo declarado ante escribano. Cincela la frase y la palabra, corrige y retoca, ensucia borradores, desecha una primera redacción y elabora una nueva. «Lo que se escribe —es norma que practica y recomienda a los suyos— es mucho más de mirar que lo que se habla, porque la escritura queda y da siempre testimonio». Esta cautela puede restar espontaneidad a sus cartas, tan distintas de las de santa Teresa, pero refuerzan la intencionalidad de cada palabra, enriquecida así de densidad expresiva. Demasiadas veces nos hemos acercado a Ignacio a través de la lectura del libro de los Ejercicios o de las Constituciones. Sin duda en ellos emerge su personalidad con acento inconfundible, pero en sus cartas lo abstracto se hace más personal —sea del lado del mitente como del destinatario—, el método y la norma se convierten en actitud concreta y dé situación, la rigidez se viste de flexibilidad y adaptación.

En sus cartas narra, aconseja, exhorta o manda, planifica empresas increíbles como la de la cruzada contra el turco, reafirma principios o resuelve negocios y asuntos, se adapta a las circunstancias. En ellas desvela sus motivaciones últimas, sus aspiraciones e ideales, sus preocupaciones, su actitud entre la contradicción y la lucha, sus sentimientos de amor, de gratitud o de paciencia, hasta su ironía disimulada; en suma, las esencias de su alma. Siempre cortés y comedido, humano, no deja lugar a la frivolidad. Está entero ante cada destinatario o circunstancia, lo mismo si se trata de Carlos V, Felipe II o Juan III de Portugal, que si escribe a su familia, a Gouveia, a sus viejas protectoras barcelonesas o a una monja. Un acento grave, contenido, sin servidumbres a los tratamientos sociales, domina en sus cartas, lo mismo si afronta los problemas de la reforma de la Universidad de Viena, que si trata de acudir al remedio de los escrúpulos, las arideces o las penas de sus comunicantes; igual si se dirige a próceres príncipes, cardenales y obispos, que a sus primeros compañeros, a nuevos jesuitas, y a mujeres encopetadas o humildes. A cada uno, la palabra justa y apropiada, con suavidad y urbanidad; la pequeña luz que alumbre la verdad, el camino singular y personal. Y a todos, como un ritornello obligado, una palabra de despedida que del afecto se levanta hacia la transcendencia: «Plega a Dios que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente cumplamos». Sentir y cumplir, los dos tiempos, ambos necesarios, para la transformación ardua y sin engaños.

Mas no olvidemos la perspectiva inicial desde la que abordábamos el pesado ministerio epistolar intramuros, dentro de la Compañía: las cartas eran un medio para ir dándole forma, para cuidar, uno a uno, de sus hombres, para mantenerla unida y hasta uniforme. Ellas hicieron el milagro de mantener unida aquella «societas amoris», como la definía Javier, en medio de su dispersión y crecimiento. Las cartas infunden vida, van plasmando un organismo, antes de que nazcan las leyes; algunas de ellas son casi ley, por aquello de que son pautas. Ignacio, que parece desprenderse fácilmente de sus seguidores y sacrificar el grupo enviando a sus hombres lejos, solos y a empresas arriesgadas, quiere saber de ellos y que sepan unos de otros. Entre sus pocos solaces, el mayor era el del encuentro fugaz con los suyos cuando pasaban por Roma, o el encuentro, por suplencia, a través de la carta. Con hipérbole inusitada en este hombre mesurado, decía que quería saber hasta las pulgas que picaban a cada uno, ¡cuánto más sus afanes y trabajos, éxitos o fracasos! Recibir noticias le

causa inmensa alegría, sobre todo cuando eran las de Javier, el que firmaba sus cartas «hijo menor en destierro mayor».

Junto a este aspecto interno, pronto se dio cuenta de que aquellas cartas, que eran trozos de vida, debían ser leídas y comunicadas a otros, afectivamente asociados a los esfuerzos de la «mínima Compañía». Las cartas espontáneas, escritas de prisa, sin orden ni concierto, no podían ser mostradas a otras personas; éstas sabían que llegaban cartas de uno y otro, e Ignacio pasaba «mucho afrenta» en no poder enseñárselas. Por eso impuso a todos como norma que escribiesen una «carta principal», ordenada y mostrable, y otra en forma de hijuela, más íntima y reservada. La primera había que mirar y remirar y aun escribirla dos veces. En cualquier caso era preceptivo el escribir e informar, en la seguridad de ser correspondido. «Yo, con ayuda de Dios —promete Ignacio a Fabro— os escribiré a todos cada mes una vez sin falta, aunque en breve, y de tres a tres meses largo, enviándoos todas nuevas y todas copias de todos los de la Compañía. Y así, por amor de Dios Nuestro Señor, nos ayudemos todos los de la Compañía y me favorezcáis en llevar y en aliviar en alguna manera tanta carga como me habéis dado a cuestras»...

Algunos fueron un tanto remolones en el cumplimiento de esta obligación sagrada y aun se permitieron hacer sincera crítica al procedimiento. Tal es el caso de Bobadilla, destacado en Alemania. Ignacio acepta la «fraterna y amorosa corrección», y con infinita paciencia y contención matiza las prevenciones del recalcitrante contra el «inconsiderado escribir», mas reitera al indisciplinado compañero sus prescripciones sobre el modo de escribir cartas. Quizá lo que más dolió a Ignacio fue la displicencia con que Bobadilla hablaba del asunto: creía que Ignacio perdía el tiempo en minucias y de sí mismo confesaba que no tenía tiempo para leer las cartas y noticias que recibía. «Y que vos, no dignándoos de leer mis letras, os falte tiempo para ello, a mí por gracia de Dios N. S. me sobra el tiempo y la gana para leer y releer las vuestras». Ignacio le promete que pondrá estudio en complacerle, le insinúa suavemente sus deberes de obediencia y se resigna a que le escriba lo mejor que pueda. Al santo de la obediencia, le gustaba que ésta brotase espontánea y generosamente del alma, no que fuese efecto mecánico de un mandato.

El cumplió escrupulosamente, en cuanto pudo, la carga asumida y en algún momento se le escapó esta confidencia con aire de queja: «Y si algunos están ocupados en la Compañía, yo me persuado que, si no estoy mucho, no estoy menos que ninguno y con menos salud corporal». Era una lección viva, no sin su punto de ironía, sobre el modo de comportarse. Claro que, contrariamente a Bobadilla, otros agradecían los desvelos de Ignacio, aunque tuviesen que esperar dos años para que las misivas llegasen a sus manos. Me refiero a Javier, hombre afectivo de inmenso corazón. También sus cartas tardaban dos años en llegar a Roma, mas no perdían por ello su frescor y su ternura afectiva. A veces en las familias el hijo más azotado es el que más afecto profesa a su padre. Javier, la más difícil conquista de Ignacio, le fue eternamente fiel y en qué grado. Por él sabemos que lloraba como un niño cuando le llegaba una carta de Ignacio, la leía de rodillas; cual un enamorado, llevaba colgando del cuello, como un amuleto, la firma de una de sus cartas. Javier, el incurable optimista, el hombre jovial que todo lo hacía con la sonrisa en los labios, saca tiempo para escribir largas cartas y ansia las noticias de sus compañeros. Nuncio de Oriente por el

Papa y Provincial con jurisdicción que abarca desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el Japón (!), jamás pierde su sencillez, su gran amor a los niños y a los leprosos; la memoria de lo pasado aviva su ternura hasta términos increíbles. Saluda a Ignacio como a «verdadero Padre mío», «Padre mío en las entrañas de Cristo único», y se despide de él como «vuestro hermano» y, sobre todo, «vuestro hijo».

Hoy descubrimos el inmenso amor soterrado entre estos dos vascos, tan reservados en la manifestación de sus sentimientos. No puede leerse sin emoción las frases que poco antes de morir (1552) dirige Javier a Ignacio: «Entre otras muchas palabras y consolaciones de su carta, leí las últimas que decían: 'Todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno, Ignacio', las cuales, así como con lágrimas leí, con lágrimas las escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y me tiene»... Ambos se echaban de menos, ansiaban verse en vida. Javier expresa su deseo delicadamente, pero sin rebozo, y aun insinúa que la obediencia podría hacer el milagro de acortar distancias. Ignacio lo llamó a Europa, por fin, para conocer directamente los problemas del Lejano Oriente. Su llamada, tan ansiada, llegó dos años después de haber muerto Javier ante las costas de China.

Las cartas de Javier tuvieron un éxito asombroso. Se multiplicaban sus copias y se leían con avidez en las Cortes de España y Portugal, en el Concilio de Trento, en París, Colonia y Coimbra. Al atractivo del mundo exótico que describía se sumaba, sobre todo, el calor de su celo apostólico, el inmenso campo que abría, las pautas de abnegación total que exigía a los misioneros, la fuerza con que incitaba a seguir su camino. Tres de ellas se imprimieron en París ya en 1545. En una de ellas resonaba potente el grito de llamada de Javier, su vibrante interpelación a Europa, más concretamente al ambiente universitario: «Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueve pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas»... Si, cuanto se afanan en alcanzar saberes, estudiasen las cuenta que tendrán que dar a Dios de los talentos recibidos, harían oblación generosa de sus vidas y vivirían harto más consolados y con más esperanza en la misericordia divina. Pero él sabía —y acaso en tiempos fue uno de ellos— que cuantos estudian en universidades, lo hacen por ganar dignidades, beneficios y obispados, sin, por otra parte, pensar demasiado en las tareas que éstos exigen. «Desordenadas afecciones» llama a éstas el antiguo universitario, que consumía miles de leguas anunciando el Evangelio y bautizando, solo y perdido en la inmensa geografía asiática, mientras un enjambre de clérigos se enzarzaba en cuestiones abstractas y en la lucha por medrar. Una de esas cartas logró lo que Ignacio no consiguiera unos años antes: rendir al mallorquín Nadal, que buscó a Ignacio en Roma e ingresó en la Compañía.

Si las cartas de Javier tuvieron este éxito y pronto empezaron a editarse en colecciones crecientes, también los demás cumplieron con la obligación impuesta por Ignacio. Se impuso el hábito de las epístolas por cuatrimestres, hoy editadas en varios volúmenes, que constituyen una fuente preciosa de la historia espiritual de Europa, pero que en su tiempo fueron instrumento de información mutua y de unión en la Compañía. Los

nombres de sus ciudades de origen salpican todo el mapa europeo, sin contar con las que llegaron de Mozambique, la India, Malaca, China y Japón por obra de Javier, o las que vinieron del Brasil o de Etiopía. En la estrecha celda de Ignacio resonaba el latido del mundo y, antes que nada, el latido individual de cada jesuita. El cargaba con la pesada y dulce tarea de tratar a cada uno, de curar de escrúpulos, de sacudir de letargos o desalientos, de frenar celos indiscretos, de desengañar de falsas opciones, de dirigir actividades e iniciativas, de recordar principios intocables, de asegurar un estilo de vida. El corazón de la Compañía estaba en aquel cuarto romano, en el alma de Ignacio.

La Compañía era un corpus, un cuerpo vivo, cada vez más ancho y variado, en el que todos estaban embarcados en una misma empresa aunque de maneras distintas. Primero fueron diez, pronto se contaban por cientos. Sus ministerios se diversificaban, la vida era más compleja que los esquemas y las formas. Se hizo necesaria la división de trabajo. Los letrados se veían ayudados y descargados, si otros se hacían cargo de la cocina, la portería, la huerta o la administración de la casa. Ignacio creó la fórmula del coadjutor espiritual y del coadjutor material. El prototipo del jesuita era el profeso con los cuatro votos. Ignacio tuvo prisa en romper el cerco del numerus clausus de sesenta impuesto por la primera aprobación pontificia; en cambio, no tuvo prisa en admitir a esta profesión última y definitiva. Cuando murió, del millar de jesuitas, sólo 35 eran profesos. En el extremo opuesto de la escala se encontraban los escolares o estudiantes, con sus votos temporales y su promesa de ingreso en la Compañía. ¿Clases? No, funciones, grados diversos de incorporación. Todos eran útiles y servían, conscientes de colaborar en la misma obra desde su puesto diverso. «Buscar a Dios en todas las cosas» era el lema machaconamente repetido por Ignacio. En todas, lustrosas o humildes, se podía hallar a Dios. Lo importante era trabajar, rendir, con tal abnegación y olvido de sí, con entrega a la propia tarea asignada.

Un librito «para se ejercitar»

Si a estas alturas preguntásemos a Ignacio por el secreto de este espectacular dinamismo, por la fuente escondida de tanta generosidad, nos respondería sin vacilar que era la fuerza de la gracia de Dios. Si aún inquiriésemos cómo, cuándo y por qué actuaba la gracia, nos diría que cuando nos hacemos permeables a ella, y que para ello poseía él una fórmula, acreditada por su experiencia propia, personal y social: los Ejercicios espirituales. En su ya largo camino, en sus múltiples actividades, ésta es la más peculiar y específica, aquélla en la que puso más empeño y esperanza. El pasa a la historia como el creador de esta fórmula, cuya eficacia en el tiempo y el espacio es incalculable. En la lista de «libros que cambian la historia» le corresponde un puesto singular. No sólo por el hecho de haber sido editado más de 4.500 veces con un promedio de una edición por mes durante cuatro siglos y en las más diversas lenguas, sino aún más por haber sido actuado o puesto en práctica su mensaje por parte de millones de personas. El éxito de este libro compuesto sin pretensiones literarias o estéticas y no para ser leído, sino para ser vivido, estriba precisamente en su fecundidad operativa. De él decía hace siglos san Francisco de Sales que había producido más conversiones que letras tenía. Un hombre extraño al catolicismo como H. Boehmer lo sitúa entre los libros

que «han marcado la historia de la humanidad». Un enconado denostador del mismo como Fülöp-Muller, que lo califica de «libro fatídico de la humanidad», reconoce la magnitud de su influjo cuando escribe: «Ninguna otra obra de la literatura católica se le puede comparar en cuanto a influencia histórica ejercida. La fuerza conquistadora de los Ejercicios trascendió pronto a toda la Iglesia católica».

A causa de esta fuerza transformante, el mismo autor se permite establecer el paralelo entre Lenín e Ignacio —digamos de paso que el primero sentía admiración por el segundo—: «ambos saben —dice Fülöp-Muller— que el secreto de toda acción histórica consiste en transformar la teoría en la práctica». Desde otros parámetros, el libro cuenta con más de seiscientos elogios de Papas sucesivos, entre los que cabe espigar el de Pío XI cuando lo califica de «código sapientísimo y universal para dirigir las almas». Olvidemos el posible acopio de juicios y fiémonos de lo que dice el propio Ignacio, el hombre menos dado a hipérboles, a su antiguo confesor parisiense el Doctor Miona: los Ejercicios son «lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar y aprovechar a otros muchos». ¡Libro fatídico... lo mejor!

Los Ejercicios antes que un libro fueron una praxis; y todavía antes, una experiencia personal en aquellos días de Loyola en que, herido, «se paraba a pensar». A aquellos tiempos lejanos nos remontan, según confesión explícita de Ignacio, algunos de sus saberes, luego consignados por escrito, acerca del discernimiento de espíritus, de impulsos y sentimientos. Ignacio fue el primer ejercitante. En Manresa escribió el primer núcleo del que sería libro inmortal, más para uso personal que para proyectarlo sobre los demás. Los logros de su observación introspectiva son notables. Ya allí y luego en Alcalá comenzó a proponer a otros verdades y métodos elementales para el cultivo del espíritu. Sus anotaciones, que entregara para su examen en Salamanca, nos son desconocidas. Los temas y técnicas forman ya un cuerpo en el período de París con sucesivas adiciones y retoques y darán lugar a copias manuscritas, parciales y totales, para uso de los primeros compañeros. También éstos, casi en su totalidad ganados a seguir el camino de Ignacio por la práctica de los Ejercicios, se convertirán en propagandistas de la fórmula, aun antes de ser aprobada la Compañía y mucho más después de esto, sea en sus actividades volantes y fugaces, sea en incipientes casas estables, escolasticados y colegios. ¿Llamaríamos a los Ejercicios «cuadernos de campo», entendiendo por campo el mundo real del espíritu y de los espíritus; singular carta de marear por las sirtes del corazón humano? Ignacio, que inició su peregrinaje espiritual preguntándose, ante los colosos Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, ¿por qué ellos sí y yo no?, invierte los términos de la cuestión al plantearse, ¿por qué yo y los demás no? Ignacio canaliza, sistematiza, universaliza su propia experiencia, abre a los hombres a una singular llamada. Así nacieron la praxis y el libro, «hijo primogénito» de Ignacio, causa de la conquista de adeptos y de cambios profundos en otros muchos. La praxis, con el aislamiento y aire oculto que implicaba y, sobre todo, con las profundas mudanzas de vida que provocaba, suscitó prevenciones en España, algaradas y contradicciones en París, murmuraciones y ataques más tarde a medida que se fue multiplicando.

Para salir al paso de suspicacias y reproches, Ignacio se decidió a editar sus cuadernos secretos y a ampararlos con la más alta protección: la

aprobación del Papa. Abrieron el paso los dictámenes positivos del cardenal Álvarez de Toledo y de Foscarari, ambos dominicos, y del prelado curial Archinto. Mucho pudieron las recomendaciones del Duque de Gandía, Francisco de Borja, todavía jesuita en secreto y que pronto conmovería al mundo con su entrada pública en la Compañía. Paulo III, el Papa reinante que tanto debía a Alejandro VI, no podía negar esta gracia al bisnieto del Papa Borja. El 31 de julio de 1548, por la Bula «Pastoralis officii», otorgaba su aprobación al libro de los Ejercicios y exhortaba a su práctica. Mira approbatio, comentaría uno de sus más feroces impugnadores. Realmente era inusitada semejante aprobación del libro que pasaba por ser cimiento espiritual de la Compañía, cuando todavía seguían sin ser presentadas las Constituciones definitivas de ésta. El lance resulta menos extraño desde la perspectiva del modo de proceder de Ignacio, amigo de papeles amparadores y de sentencias protectivas. El libro salió sin nombre de autor. Antonio Blado se encargó de la impresión de unos centenares de ejemplares, que quedaron en poder de la Compañía, sin posibilidad de venderse o reimprimirse. El libro dejaba de ser un secreto, pero no se convertía en instrumento público. Sabemos que Borja se llevó seis ejemplares por haber costado la edición y que otros tantos envió Ignacio a amigos y protectores. Algunos llegarían a otras manos y los más serían distribuidos a cuentagotas entre los jesuitas, esto es, entre quienes seguían ofreciendo las pautas espirituales ignacianas. Salió en elegante versión latina hecha por Frusio — se llamará Vulgata— (1546-1547) que suplantaba otra más literal anterior (1541). Poseemos una copia de su texto original español (1539-1540), con adiciones autógrafas posteriores de mano de Ignacio. Aquéllas y éste los podremos leer en edición crítica reciente (1969) con espléndida introducción sobre su transmisión codicológica, etapas de redacción, fuentes, léxico, etc.

El libro, claro, preciso, sin misterios, podía servir para disipar malentendidos que seguirían produciéndose —a pesar de la aprobación pontificia—, sobre todo en España. En años sucesivos no faltaron rumores incontrolables «por rincones», invectivas desde el pulpito, dictámenes escritos desfavorables. Es conocida la enemiga de los dominicos Cano y Pedroche y del arzobispo de Toledo Silíceo. Los ataques resultan por demás variopintos. Cano se permitió censurar en conversaciones, sermones, clases y hasta en presencia del Presidente del Consejo Real «el modo de proceder de la Compañía», y hasta apostilló el libro con anotaciones adversas; en una de sus observaciones califica de «pestilentissima regula» la norma cautelosa de Ignacio en orden a conceder al ejercitante la facultad de hacer cualquier voto; y en otra tacha de doctrina de alumbrados las tesis ignacianas sobre la indiferencia.

Más graves fueron las tachas puestas por Pedroche, miembro de la Junta nombrada por el cardenal Silíceo para el examen de los Ejercicios. Veía alumbradismo en el precepto de Ignacio de no mover al ejercitante a ningún estado de vida para dejar que descubriese y abrazase lo que Dios le comunicaba. La censura, venenosa y cizañera, reviste involuntariamente elogio en la frase en que ataca personalmente al autor del libro: «Este Ignacio o Iñigo de Loyola —dice—, según es fama, fue notado en la Inquisición por hereje, uno de los dejados y alumbrados. El cual Iñigo o Ignacio se fue huyendo a Roma para escaparse de la Inquisición e inquisidores... y fue de tan pocas letras, que no supo ni fue bastante para escribir estos ejercicios o documentos en latín, sino en romance y lengua española. Ítem más, se ha de notar y ponderar que, más de la experiencia

interior de su pecho y de la interior unción del Espíritu Santo que no de los libros, sacó y compuso el dicho Ignacio o Iñigo estos ejercicios y documentos espirituales: lo cual sabe, y no poco, a la fuente de los dejados y alumbrados». Al catedrático salmantino fray Pedro de Sotomayor, las técnicas ignacianas del examen le parecían «calculaciones», mientras fray Luis de la Cruz interpretaba las pautas de oración mental de los Ejercicios «invención moderna para volver locos a los hombres y postergar la salmodia davídica que emplea la Iglesia». En fin, los rumores callejeros se cebaban en el secreto de la práctica de los Ejercicios y en las evidentes mudanzas de vida que producían, para fantasear a cuenta de visiones, de tensas esperas de la actuación del Espíritu Santo, de doctrinas sospechosas. «Cosa nueva» podía ser el juicio más discreto y prudente. De poco servían los plácemes del Papa.

Estas cautelosas reservas se disipan hoy con el libro ignaciano en la mano. Un libro maduro, fruto de experiencia y reflexión, pensado como guía práctica para quien asume la tarea de director, no para el ejercitante. Sus páginas «inefablemente sencillas» (De Caussette) están escritas para ser vividas y practicadas, como las de un método de piano o de gimnasia, las de los tratados *De arte scissoria* o *De arte natatoria*. Antes que nada los Ejercicios son «para se exercitar». Los pueden juzgar quienes se han sometido a su disciplina. De entrada, Ignacio supone en el ejercitante una disposición inicial abierta, confiada y generosa. Le pide el esfuerzo del aislamiento y del silencio, la concentración, la puesta en tensión del cuerpo y del alma, de la memoria y la imaginación, del entendimiento y el discurso, de la voluntad. Somete al ejercitante a un proceso gradual y progresivo de consideraciones, a un tempo inicial de purificación y liberación de trabas, y a uno subsiguiente de apertura y entrega a las inspiraciones de Dios. El director marca los pasos y discierne los efectos, pero no debe ser un manipulador de conciencias, sino un simple cirineo que ayude a cada hombre a enfrentarse consigo mismo y a secundar la llamada de Dios. La doctrina que expone es absolutamente tradicional en fondo y forma, pero los Ejercicios no son conferencias eruditas, sino trance personal ante la revelación de Dios. El monólogo interior —análisis, reflexión, luz, «sentir»— desemboca en un coloquio, en un hablar con Dios. «Sólo cuando decimos Tú, mencionamos a Dios con alguna garantía» (J. M. Cabodevilla). Ese tú y el yo son los protagonistas del coloquio, cuyo culmen está en el arranque oblato: «Tomad señor, y recibid toda mi libertad»... El Dios de Ignacio no es un ser abstracto y lejano, sino el Dios trinitario, revelado en Cristo y operante por el Espíritu Santo. El horizonte trinitario y cristológico es patente.

¿A qué objetivo o finalidad apunta este esfuerzo? ¿A la búsqueda luminosa de la voluntad divina, del destino personal? ¿A la elección de estado o proyecto de vida? ¿A la santificación, a la unión con Dios, cuyo compendio sería la contemplación final para alcanzar amor? Si tal es el fin o meta, el camino está marcado por el esfuerzo constante, la lucidez contra los posibles engaños, la lucha contra el torpor, la veleidad o la falta de determinación. Efectivamente, impresiona el cúmulo de cautelas y de normas. En muchas de ellas Ignacio se muestra inmensamente flexible: lugar de oración, actitud corporal, penitencias, modos diversos de orar, espontaneidad de los coloquios. En otras no, porque entiende que se trata de leyes del espíritu, tan inflexibles como las leyes físicas. «Ejercitarse» es tensar el alma, es estar en tensión: «buscar lo que quiero», «hallar lo que

deseo», repite incansablemente. Ver y sentir, luego decidir y actuar, es otra de sus constantes. Busca la moción y la emoción, pero no acepta las decisiones que son fruto de meros estados emocionales, de alegría o de tristeza. Contrariamente a los que han achacado a los Ejercicios efectos manipuladores, se ha querido ver en ellos, desde una interpretación existencial de los mismos (G. Fessard), una vía de máxima posibilitación de la auténtica libertad, válida tanto para una elección de proyecto vital (elección de estado) como para cualquier acto de libertad. Ignacio no exige menos que cualquier psicoanalista en orden a establecer los apriori de la libertad y es implacable en la determinación de nuestros condicionamientos o «afecciones desordenadas». Afronta su «reflexión concretísima sobre el acto de libertad» desde su conciencia viva de pecado, el gran condicionante de una existencia auténtica.

Los pasos de la primera semana de Ejercicios expresan dialécticamente los momentos y elementos esenciales del drama humano-divino de la libertad. Sólo desde el reconocimiento del pecado propio, de la inautenticidad de la existencia y de un propósito purificador decidido, es posible pasar a la apropiación de verdades —Cristo es la Verdad—, a una estructura existencial de la fe, a la unidad del propio ser, a la libertad en función del compromiso histórico concreto, a una vida con sentido. Al psiquiatra moderno, sucedáneo del viejo guía, se le cae su instrumental dialéctico de las manos cuando se enfrenta con la carencia de sentido. Ve en el amor sublimación y remate, cuando el amor es la precondition de todo. Ignacio ante Cristo recalca el pro me —algo tan querido por Lutero—; invoca la cristología de siempre, pero despierta en el cristianismo una sacudida personal de largas consecuencias. Por eso los Ejercicios son un libro cerrado para los incrédulos.

Muchos ponderan la trabazón de pasos del camino ignaciano, sus indudables méritos psicológicos, sus sutiles desenmascaramientos de los recovecos de nuestras resistencias o vanas ilusiones, la energía comprometedora e integral de sus planteamientos. Sí, Ignacio conoce al hombre, a un tiempo lo desenmascara y enardece, le hace posible la libertad genuina mediante una auténtica liberación previa de sus condicionamientos; es un experto en discernir mareas y contradicciones de espíritu, en soltar nudos escondidos de intenciones y conductas. Mas no seríamos fieles a su intención profunda reduciendo sus Ejercicios a mera escala psicológica, aun ensalzándolos como obra de sabiduría consumada, si olvidamos que lo afirmado y creído, lo sentido y vivido por él y para los demás está transido por el sentimiento de la presencia operante y activa de Dios en la creación entera y especialmente en el alma de cada hombre, «vegetando, sensando reflejando» y decidiendo. Ignacio confía en el hombre, porque confía en la fuerza de la gracia de Cristo. Tiene esperanza en la fuerza reactiva de la «vergüenza» —sentimiento muy rico que no nos deja acabar de hundirnos en el abismo, y punto de arranque de imprevisibles arrancadas—; tiene fe en la tendencia innata que empuja a la fidelidad y a altos ideales. ¡Qué distancia entre el exercere, término que Erasmo utiliza a lo largo de su vida con sentido lúdico, exhibicionista, no personalmente comprometido, y el se ejercitar ignaciano, inmensamente serio y auténtico, transformante y operativo. Ignacio no busca la complacencia estética en bellas teorías, sino la conversión eficaz. Empuja a compromiso —«qué haré»—, seguro de que en él está Dios.

Claro que todo lo dicho vale de los Ejercicios en su expresión máxima, íntegra y puntualmente divididos en toda su preceptiva y donde las cuatro semanas son semanas reales y de completo retiro. Es preciso hacer esta salvedad porque el mismo Ignacio y sus compañeros adaptaron la fórmula con enorme flexibilidad a otras modalidades, más abreviadas y más elementales reducidas a pocos días, a horas del día, a temas elementales conducentes a una confesión purificadora. También en este punto «cortaban el vestido según el paño». Con todo y para hacernos idea de la irradiación de la fórmula ignaciana más exigente, podemos asumir las cifras documentadas del mejor investigador de la historia de los Ejercicios (I. Iparraguirre). Según él, consta que en vida de Ignacio hicieron los Ejercicios completos unas 7.500 personas: unas 1.500 mujeres, contando entre ellas a las religiosas, y unos 6.000 hombres, de los que sólo unos mil eran ya religiosos cuando los hicieron o abrazaron la vida religiosa tras hacerlos. La inmensa mayoría eran seglares, que siguieron su estado y camino. Entre los ejercitantes encontramos algunos cardenales, bastantes obispos, muchos religiosos y sacerdotes, muchísimos seglares. Los Ejercicios supusieron para ellos un incremento de fervor religioso, un aprendizaje de oración personal, una más honda y frecuente aproximación a los sacramentos, una radical transformación espiritual, una reforma de vida en el ámbito personal o social de carácter duradero. Muchos de ellos expresaron su experiencia íntima con una frase harto gráfica: renacían, volvían a nacer en el espíritu, eran «hombres nuevos». Razón tenía Ignacio al final de su vida, al afirmar que, junto a la aprobación pontificia, los Ejercicios contaban con otra aprobación o convalidación operativa no menos importante: la de su fecundidad práctica en la anchísima geografía de cuantos los practicaron «de todo estado y manera de hombres».

En el corto espacio de unos años (1540-1556), Iparraguirre contabiliza casi cien directores de Ejercicios y más de cien villas y ciudades europeas donde se dieron. Destacan entre ellas Alcalá de Henares, Barcelona, Bolonia, Coimbra, Gandía, Granada, Lisboa, Lovaina, Messina, Nápoles, París, Parma, Roma, Salamanca y Valencia, a las que siguen en número de ejercitantes Córdoba, Cuenca, Ferrara, Florencia, Oñate, Padua, Palermo, Venecia, Zaragoza, sin olvidar a las centroeuropeas Viena, Augsburgo, Spira, Ingolstadt, Maguncia, Ottobeuren y las lejanísimas Goa, Cochín, Ormuz, Malaca, Funaio (Japón) y Salvador (Brasil). Increíble, pero verdadero. Ignacio sale al paso de embates coetáneos y venideros con una frase de enorme seguridad: «Y no los leerá ningún hombre de buen espíritu y limpio de pasión, que no sienta lo mismo».

Los Ejercicios constituirán para muchos una experiencia rica y trascendental en su apariencia fugaz y pasajera, pero son infinitamente más que un trance decisivo. Son método y sistema, cuerpo doctrinal bien trabado, escuela de oración, modo de garantizar y ejercitar la libertad difícil y la opción fundamental, instrumento de conversión, de reforma y de regeneración espiritual: en suma, hontanar de espiritualidad válida para la vida, tanto del jesuita como de cualquier hombre. La disciplina, los aprendizajes, las vivencias, que en ellos se inculcan y brotan, no son fuego de un momento, sino estilo para la búsqueda constante de Dios en libertad regenerada. Modo de rendición y entrega al Absoluto, actitud aplicable a opciones fundamentales o a decisiones mínimas y cotidianas. Lo podemos comprobar en el plano teórico analizando el texto de los Ejercicios; sobre todo lo podemos palpar en el terreno práctico. Javier y Fabro, Nadal y Borja,

son hijos de los Ejercicios, ejemplos vivientes de la vigencia de su espíritu. ¡Y qué decir del propio Ignacio! Sus cartas, sus consejos, las Constituciones, su manera de decidir, su vida entera, son una encarnación constante y viva del nervio del libro. El era la ortopraxis de los Ejercicios; sin hipérbole pudo decir quien le conoció: «parece primero los haber plantado en su ánima».

¡Cómo encapsular la vida... y el carisma!

Sólo habían pasado nueve años desde el día de la entrada, llena de incertidumbres, en Roma y de aquellas decisivas deliberaciones iniciales. ¡Qué densa historia la de aquella «mínima Compañía», ya esparcida por el mundo! ¡Qué densa y sobresaltada también la historia de Europa en aquel decenio! Guerra y paz entre Francisco I de Francia y Carlos V, la amenaza de Solimán que conquista las llanuras de Hungría, el robustecimiento de la Liga protestante de Esmalcalda, el concilio por fin reunido en Trento, pero pronto suspendido, la victoria del Emperador sobre los protestantes en Muhlberg (1547). La guerra había suplantado a los ya viejos e inútiles coloquios religiosos: Worms, Rastisbona, Hagenau. Habían muerto Juan de Valdés y Lutero, Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I. Había nacido la Inquisición romana, la Capilla sixtina, las Nuevas Leyes de Indias, los versos de Boscán y Garcilaso, la Cosmografía universal de Murner, el *De revolutionibus* de Copérnico, el catecismo de Calvino, el álgebra de Cardano, las minas del Potosí, la Chambre ardente de Francia. En 1548 se llega al Interim de Augsburgo, fórmula transaccional de cara a la terrible escisión religiosa. Pronto morirá Paulo III y le sucederá Julio III, Javier llega a Japón, en Inglaterra se publica el Common Prayer Book, se reanuda el Concilio, fray Bartolomé de Las Casas escribe su Historia general de las Indias, nacen las universidades de México y Lima, Ronsard publica sus sonetos, Servet muere gritando en la Ginebra calvinista, los protestantes ganan su libertad en el Tratado de Passau (1552). Todo es ebullición, lucha, conquista, novedad.

Ignacio tiene pendiente algo que bien sabe: las Constituciones de la Compañía que encargara al grupo Paulo III. Primero fue la vida, el espíritu, el afán; luego vendrían las leyes, cribando experiencias y aclarando horizonte y tareas. Interim era la palabra del momento para la enmarañada realidad religiosa: solucionar provisoriamente, ver venir, dejar aclararse las cosas, probar, experimentar, no asustarse ante lo imprevisible. Interinidad es también la consigna de Ignacio en la lenta elaboración del estatuto de la Compañía. La vida le iba abriendo caminos impensados. No quería precipitarse cerrándolos o aprisionándolos con leyes. Además quedó solo en la tarea. Aunque por voluntad del Papa correspondía al grupo de cofundadores primeros darse su propia ley, ellos se dispensaron pronto y cargaron con la responsabilidad a Ignacio y a Coduri. Este murió muy pronto (1541). Todo gravitó sobre Ignacio, que era el padre, el guía y, ahora, el Preposición general. ¿Cómo encapsular el carisma en normas, mientras la vida iba marcando el programa? No tenía prisa, pero tampoco se dio pausa.

Responde a la vida con la vida, con el servicio. Lo hemos visto: forja a sus hombres, los mueve, los mantiene unidos, se consagra a sus apostolados personales; y al mismo tiempo va madurando las líneas maestras del instituto, sus directrices y normas. Con ello nos da la talla de su superior talento organizador. Todo lo va haciendo a la vez, entregándose

a cada momento y a cada asunto. A paso de buey va cincelando como piedras de sillería las piezas que formarán luego la catedral de las Constituciones. A las deliberaciones y conclusiones iniciales del grupo (1539-1540) irá añadiendo piezas fundamentales, pero parciales: la preceptiva sobre fundación de colegios y casas, con redacciones sucesivas 1541 y 1544, las constituciones sobre las misiones o encomiendas del Papa (1544-1545), las directrices sobre la pobreza (1544), las decisiones contra la ambición de dignidades y episcopados (1544-1545), las constituciones sobre los escolares o estudiantes, las normas que fijaban los impedimentos para ingresar en la Compañía o los ministerios que se habían de evitar, entre ellos el de la cura espiritual de monjas.. Estas disposiciones y otros apuntes iban perfilando el estatuto jurídico de la Compañía.

Algo le ayudaron en la tarea Domenech y más tarde Ferrao. Fue decisiva la incorporación del burgalés Polanco a partir de 1547. Su labor, callada y eficiente, fue importante. Sabía capta perfectamente la mente de Ignacio, al que le ayudó igualmente en el gobierno de la Compañía redactando por su encargo innumerables cartas. No se perdía en el bosque de las normas, discernía, ordenaba materiales, hizo una útil labor de despojo de reglas antiguas de otras órdenes, planteaba con tino los puntos a dilucidar en forma de dubia, iba redactando índices prácticos... Aunque la sustancia y el meollo de las directrices corresponda a Ignacio, la colaboración de Polanco fue fundamental. Los pasos dados recibían un primer respaldo por parte de Laínez, Salmerón, Broet y Jay, quienes abrían las puertas de la profesión a otros diez miembros. Los años 1547-1549 fueron decisivos para la aclaración de puntos y organización de materiales.

Poco antes de morir, Paulo III cierra su amplia protección a la Compañía con su cuarta Bula solemne «Licet debitum» en la que le otorga innumerables privilegios (18 oct. 1548). Medio año más tarde su sucesor Julio III satisface un viejo deseo de los cofundadores con la nueva Bula «Exposcit debitum» en la que se confirma y compendia lo concedido por el predecesor en sucesivos documentos, se aclaran cosas y se sancionan las acomodaciones impuestas por la experiencia (agosto 1550). Con esto llegaba a sazón la maduración de la Compañía, se sancionaban modificaciones dentro de idéntico fin y espíritu, se fijaban moldes para siglos. Se repiten en esta Bula los párrafos de la primitiva «Summa instituti» (1539) y de la «Regimini militantis», mas son significativos algunos retoques: si entonces se establecía como finalidad la propagación de la fe, ahora se habla de la defensa y propagación. Marcan la distancia que media entre el peregrino y el Prepósito general, entre los «prei reformati» y el espíritu de la Contrarreforma de una Iglesia acosada y sin esperanza de reconciliación con los separados. Han pasado sólo diez años, pero, ¡qué años! Todo está maduro para los pasos definitivos y últimos, tras un intenso trabajo.

Se llegó a una primera compilación global, llamada texto A, que para otoño de 1550 tomó, pulida y retocada, su forma definitiva. Es el texto A. Siguiendo la pauta marcada por Paulo III, Ignacio la quiso someter a revisión, corrección y aprobación de los primi Paires y para ello los convocó a Roma, aprovechando la oportunidad del Año Santo. Era una especie de congregación general, de acto mayor y colegial del grupo primitivo superviviente, al que se sumaron algunos profesos posteriores. Naturalmente no estuvo presente Javier, pero tampoco los demás se reunieron conjuntamente, sino que fueron desfilando por Roma según les

permitían sus actividades. Borja, ya profeso, acudió en los meses finales de 1550; en enero pasaron Laínez, Salmerón y Araoz; en febrero vendrán desde Portugal Simón Rodrigues y Bobadilla desde Alemania. Sus observaciones están recogidas puntualmente en un dossier titulado «Observata Patrum». Apuran detalles en la redacción de las normas. Con todo, Salmerón opta por unas Constituciones más cortas y abreviadas, dejando muchas cosas para declaraciones, y Bobadilla denuncia repeticiones y la conveniencia de reunir en un breve sumario la sustancia de tanta regla. Ignacio y Polanco se encargarían de aprovechar estas observaciones en la redacción de un texto definitivo, el B (1552), llamado también autógrafo y que será aprobado, tras la muerte de Ignacio, en la primera Congregación general (1558).

El esfuerzo llegaba a su final con un cuerpo orgánico fundamental y reglas minuciosas sobre diversos aspectos. Era el momento de promulgarlo y más que nada de convertir las normas en vida, de asimilarlas debidamente. Para ello Ignacio se valió de un discípulo fiel, Jerónimo Nadal, el hombre lúcido y equilibrado que penetró como pocos en el espíritu de Ignacio. Tras hacer la profesión el 25 de marzo de 1552, Ignacio le encargó la declaración de las Constituciones en Sicilia; luego lo hará en España y Portugal, en el norte de Italia, en Austria y Alemania. En Francia lo hará Broet, en Flandes Ribadeneira. Sólo en este último caso hubo alguna resistencia; en todos los demás, la aceptación fue plena y gozosa, hasta en Brasil. La Compañía se fue adaptando a la horma por vía práctica. Porque, en teoría, Ignacio, el eterno aprendiz de la vida, dejaba que ésta se impusiese a las leyes inflexibles: el buen sentido de cada superior las aplicaría in situ y el mismo Ignacio continuaría abierto a las instancias de la experiencia. En carta de Polanco a Javier del 11 de febrero de 1552 desvela la honda intención ignaciana: «Nuestro Padre Maestro Ignacio por la gracia de Dios está con mediana salud y espero se la conservará hasta que las Constituciones y Ordenaciones de la Compañía acaben de asentarse, las cuales con providencia especial de Nuestro Señor nos persuadimos no se hayan cerradas, hasta que la experiencia mostrase muchas cosas que ha mostrado y hasta que tenga más firmes raíces la Compañía en muchas partes». Abiertas quedaban aún cuando le llegó la muerte.

Las Constituciones son un código legislativo, social y jurídico. Entroncan genuinamente con el espíritu de los Ejercicios en una de sus vertientes operativas concretas: la plasmación de la Compañía de Jesús. Aunque en ellas se descubran rastros de tradiciones religiosas anteriores, son obra personal de Ignacio y espejo de sus ideales. No era canonista; sus directrices más se asemejan al espíritu de un hombre de acción que a preceptos de laboratorio erudito. Son fruto de mucha oración, de no poca reflexión, de los dictados de la experiencia diaria y de la vida. Están argamasadas con altos principios, grandes ideales y objetivos, intenciones y propósitos explícitos, ascética exigente, y al mismo tiempo descienden a minucias y detalles increíbles, propios del organizador que no se contenta con formulaciones vagas o abstractas, sino que desciende al pormenor. Su lectura, a veces, puede inclinarnos a pensar que nos hallamos ante un laberinto confuso, ante un bosque de preceptos imposible de conocer y menos de guardar, como diría en un momento típico de su hirsuta franqueza nada menos que Bobadilla. Pero Ignacio sabe que una insignificante gotera puede destruir un tejado y que por mínimos agujeros se pierde el líquido más precioso y que pequeños polvos traen grandes

lodos. Maestro de vigilancia implacable en las reconditeces del espíritu, traslada la misma atención y estilo a la organización de su corporación. No es amigo de ilusionismos, ni de más o menos: en los mínimos detalles de la vida, en cosas tan triviales como el comer o el vestir, escribir cartas o curar un enfermo, se puede volcar todo el espíritu o, por el contrario, se pueden escamotear sus exigencias más rigurosas. Por eso en sus normas, literariamente impersonales, hay tanto trazo inequívoco de su personalidad, de sus ideales y convicciones, de sus más recónditos sueños, al mismo tiempo que de su gran realismo.

Aquella historia explosiva, dispersa, casi alocada de la naciente Compañía necesitaba la brida de una normativa exigente; y más que reglamentación externa, personificación de un estilo, en el que las exigencias interiores concordasen con las directrices marcadas. En las Constituciones se remansan y funden sus viejas experiencias personales, asumidas —peregrinación, hospitales, catecismo de niños—, o rectificadas —cuidado de la salud, dedicación total y tranquila al estudio—; su sentido de acomodación a los imperativos del grupo o de una familia ya muy numerosa, su respuesta a impensadas tareas urgidas por las circunstancias o por encargo del Papa, sus precauciones ante el ingreso nutrido de nuevos candidatos y la escrupulosa prueba de su vocación y de su adaptación al modo del instituto. Es preciso leer las Constituciones al trasluz para descubrir en ellas, como en filigrana, la imagen del proyecto ignaciano, de sus caminos, del nervio de sus Ejercicios, en suma, de lo más de él mismo. Ejercicios y Constituciones —piezas paralelas e íntimamente engarzadas— nacieron en contextos, supuestos y objetivos distintos, mas son palpito del mismo hombre.

Su misma estructura resulta sorprendente y muestra hasta qué punto Ignacio construye de debajo hacia arriba y convierte en ley y paradigma lo que primero fue vida e historia. En efecto, antes del prólogo y de las diez partes de las Constituciones propiamente dichas, antecede un «Examen primero y general que se ha de proponer a todos los que pidieron ser admitidos en la Compañía de Jesús». En él se traza compendiosamente la razón de ser y el campo de acción de la Compañía de cara a la instrucción del eventual candidato y, en el fondo, se repite el planteamiento que dio origen al grupo parisino. Fines claros, vocación, género de vida, pruebas... plasman la base de todo, el punto de arranque. Luego se estructuran las diez partes con esta arquitectura: 1) admisión de candidatos: idoneidad y selección; 2) exclusión de los no aptos (cualquiera puede ser eliminado, incluido el General); 3) formación de novicios (en el yunque de la típica ascesis ignaciana); 4) estudios de formación; 5) grados de inserción en la Compañía (desde el estudiante hasta el profeso); 6) alcance de los votos (obediencia, castidad, pobreza) y estilo de trabajo; 7) campos de acción, señalados por el Papa o por el Prepósito general; 8) unión con el cabeza y entre sí; 9) el Prepósito general de la Orden; 10) resumen de principios y medios.

Gran parte de esta obra la escribió en un huerto, sobre una pequeña mesita, mirando hacia dentro: a su voz interior, a sus aspiraciones, a su experiencia, recalcando lo esencial y cuidando el detalle. Tienen más de troquel que de ley fría. De hecho, no quiso que las Constituciones obligasen bajo pecado y al frente de normas innumerables subrayó lo esencial: «y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de

caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones, ha de ayudar para ello».

Ars gubernandi: «interior ley de caridad y amor»

Imposible resulta el glosar los casi mil párrafos de las Constituciones. Su texto dista mucho de la sequedad de la prosa jurídica; en él se mezclan los preceptos con sus motivaciones hondas. El espíritu aletea en esta catedral orgánica y en cada una de sus nervaduras y a cada paso detectamos ese difícil ars gubernandi propio de Ignacio. El antiguo áspero penitente que arruinó su salud es ahora un solícito curador de la conservación del cuerpo y de la salud: «Como no conviene cargar de tanto trabajo corporal que se ahogue el espíritu y reciba daño el cuerpo, así algún ejercicio corporal, para ayudar lo uno y lo otro, conviene ordinariamente a todos»... Quien mezcló estudio, mendicidad y pláticas espirituales quiere ahora que sus escolares «tengan deliberación firme de ser muy de veras estudiantes, persuadiéndose no poder hacer cosa más grata a Dios en los colegios, que estudiar con la intención dicha»...

El tardío aprendiz de latines, querrá que los suyos se impongan en «letras de humanidad de diversas lenguas y la lógica y filosofía natural y moral, metafísica y teología escolástica y positiva y la Escritura sacra»; los pondrá en Facultades «según la edad, ingenio, inclinación» y las necesidades del bien común; cuidará escrupulosamente de la organización de los colegios y los alertará contra los «impedimentos que distraen del estudio, así de devociones y mortificaciones demasiadas o sin orden debida, como de sus cuidados y ocupaciones exteriores en los oficios de casa y fuera de ella». «Guárdese orden en las ciencias —dice por propia experiencia— y antes se funden bien en el latín que oyan las artes; y en éstas antes que pasen a la teología escolástica; y en ella antes que estudien la positiva». Quiere que en los colegios haya biblioteca, que los estudiantes acudan a las lecciones, las repitan, pregunten lo que no entienden, anoten, repitan, disputen, se gradúen «no haciendo cosas que a pobres no convengan en el tomar los grados, que, sin perjuicio de la humildad, solamente para más poder ayudar a los prójimos a gloria divina, deben tomarse». Quien hacía aún pocos años había excluido de la Compañía «escuelas y lecciones», planifica ahora sobre el «tomar asunto de Universidades, en las cuales se extienda más universalmente este fruto» y reglamenta acerca de los estudios sobre Humanidades y lenguas sabias, sobre filosofía y teología, y aun deja un portillo abierto a los estudios de leyes y medicina. Persiste en las Constituciones el viejo y escrupuloso culto de la pobreza, «firme muro de la religión», y todos debe estar aparejados para mendigar de puerta en puerta cuando la obediencia o la necesidad lo pidan.

El capítulo «De las cosas en que deben ocuparse y en que no» es un espécimen de difícil equilibrio logrado en la fijación del camino —fines y medios— de la Compañía. En la parte VI se perfilan los campos de acción, confiados por el Papa o el Preósito general, un ancho abanico garantizado por la docilidad y disponibilidad plena, en el que se percibe claramente el eco de la primigenia oblación hecha al Papa y la fibra ignaciana del más y mayor: acertar más... «mayor servicio divino y bien universal»... «elección de la parte de la viña del Señor que tenga más necesidad o esté en mayor peligro»... «se debe mirar dónde es verosímil que más se fructifique con los

medios que usa la Compañía, como sería donde se viese la puerta más abierta y mayor disposición y facilidad en la gente para aprovecharse». Ganar a gentes de autoridad o prestigio (príncipes, señores, magistrados, hombres de letras) «debe tenerse por más de importancia, por la misma razón de ser el bien más universal». La consigna es la de buscar el bien universal mayor, las cosas de mayor perfección, las mejores, las más urgentes, las que ayuden a más gentes, las más durables. Todo esto ha de traducirse en la selección de las personas más aptas. Las directrices de Ignacio, gran conductor de hombres, rezuman experiencia y tacto: «En las cosas donde hay más trabajos corporales, personas más recias y sanas. En las que hay más peligros espirituales, personas más probadas en virtud y más seguras. Para ir a personas discretas... parece convienen más los que se señalan en discreción. Para con personas de ingenio delgado y letras, son más proporcionados los que en ingenio asimismo y en letras tienen don especial. Para pueblo, comúnmente serán más aptos los que tienen talento de predicar, confesar, etc.». ¿Moral del éxito, o maduro y moderno sistema de eficacia?

Y ¿cómo no ver experiencia e historia quintaesenciada en la octava y novena parte en que se trata «De lo que ayuda para unir los repartidos con su cabeza y entre sí» y «De lo que toca a la cabeza y gobierno que de ella descende»? La Compañía con sus miembros tan esparcidos —lo ha meditado mucho Ignacio— no puede conservarse ni regirse «sin estar entre sí y con su cabeza unidos los miembros de ella». Es esencial la unión de los ánimos y fundamental para ella la obediencia y el mandar «bien mirado y ordenado». Ayuda a la unión que quien manda lo haga con «todo amor, modestia y caridad» y que el que obedece tenga a su superior mayor amor que temor. También la favorece «la uniformidad en lo interior de doctrina, juicios y voluntades, en cuanto sea posible, como la exterior en el vestir, ceremonias de la misa y lo demás, cuanto lo compadecen las cualidades diferentes de las personas y lugares». Ayudan a la trabazón compacta del cuerpo de la Compañía que el General resida en Roma, «adonde es más fácil entenderse con todas partes»; que los Provinciales estén cerca de sus inferiores y en unión con el General; que se favorezcan los encuentros personales verticales; que se mantenga fielmente la relación por correspondencia, «con el saber a menudo unos de otros y entender las nuevas e informaciones que de unas y otras partes vienen».

En la cúspide del cuerpo y como servidor primero del bien universal del mismo aparece la figura del Preósito general vitalicio, institución novedosa en la tradición canónica de las órdenes modernas. Algo deja atisbar Ignacio de las razones que le movieron a esta decisión tomada por la Compañía naciente antes de que él asumiera tal cargo: la experiencia y uso del gobierno, el conocimiento de los particulares, la eliminación de «pensamientos y ocasiones de la ambición, que es la peste de semejantes cargos, si a tiempos ciertos se hubiese de elegir; la posibilidad de encontrar más fácilmente uno idóneo que muchos, el ejemplo de los gobiernos más importantes eclesiásticos y civiles (Papa, obispos, príncipes, señores); la consolidación de la autoridad».* Y, at last, no least —lo repite dos veces—, se fatigará y distraer menos en ayuntamientos generales la Compañía, «comúnmente ocupada en cosas de importancia en el divino servicio». Nada hay en todo esto de disimulada autoapología personal. Todo el objetivo, atemporal, experimentado.

«Se dibujó al natural»

Y ¿cómo no ver una especie de autorretrato —de intenciones y de realidad— en la descripción morosa que nos brinda en el capítulo «Cuál haya de ser el Prepósito general»? Su autoridad omnímoda, aunque templada por sistemas de compensación, ha hecho pensar históricamente en la figura de un déspota tiránico, absoluto dominador de hombres. ¡Cuan lejos está tal caricatura de la figura, amorosamente cincelada por Ignacio, del que ha de regir los destinos de la dispersa Compañía! Su primera cualidad es que sea «muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones», para así convertirse como en fuente de todo bien para el cuerpo entero. Debe ser persona cuyo ejemplo en todas las virtudes ayuda a cuantos le rodean; particularmente deben resplandecer en él el amor a los demás, especialmente a los de la Compañía, y humildad verdadera que le haga amable a los ojos de Dios y de los hombres.

Ha de ser hombre libre de pasiones o, mejor, dueño de ellas, de juicio sereno, exteriormente comedido, concertado en el hablar y, en suma, espejo y dechado de todos. Ha de saber mezclar rectitud y severidad, ser inflexible en lo que juzgue que agrada más a Dios, pero compasivo con sus hijos, de modo que aun los reprendidos y castigados reconozcan que procede rectamente en el Señor. Le es necesaria magnanimidad y fortaleza para sufrir las flaquezas de muchos, para acometer cosas grandes, para perseverar y vencer contradicciones, sin enorgullecerse con los sucesos prósperos ni abatirse en los adversos y dispuesto a morir por la Compañía en servicio de Jesucristo. «Debería» ser dotado de gran entendimiento y juicio, así en lo especulativo como en lo práctico; mas, aunque la doctrina sea conveniente a quien ha de tener a su cargo tanta gente docta, es más necesaria la prudencia, la madurez espiritual, el discernimiento, el consejo, la discreción en el modo de tratar cosas tan variadas y conversar con tan diversas personas, dentro y fuera de la Compañía. Ha de ser vigilante y cuidadoso para comenzar, y decidido para llevar las cosas a su fin y perfección, sin dejarlas a medio hacer o imperfectas. Ha de poseer, en fin, las fuerzas corporales que el cargo exige, y una salud, apariencia y edad, a tono con el decoro y la autoridad; crédito y autoridad. Pueden ser de alguna consideración nobleza, riqueza habida en el mundo, honra y semejantes; pero, aun en su defecto, hay otras partes más importantes que bastan para la elección. «Finalmente —concluye— debe ser de los más señalados en toda virtud y de más méritos en la Compañía y más a la larga conocido por tal. Y si alguna de las partes arriba dichas faltasen, a lo menos no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras». Razón lleva Ribadeneira cuando piensa que en estos párrafos Ignacio, «sin pensar en sí, se dibujó allí al natural y se nos dejó como en un retrato, perfectísimamente sacado».

Cuando todo parecía ya dicho, Ignacio formula, en la décima parte, «cómo se conservará y aumentará todo este cuerpo en su buen ser». Si en todo lo anterior resuena la cantilena del precepto y del debe, estas postreras páginas, en que se compendian y realzan cosas ya dichas, están redactadas en forma de futuro. Alguien las ha llamado el «testamento espiritual» de Ignacio. Como en un final sinfónico, se repiten de forma estilizada melodías conocidas; se afianzan los cimientos o piedras millares del edificio, contrapesando medios sobrenaturales y humanos, exigencia y libertad. El texto se abre con un párrafo que expresa la más íntima y profunda convicción de Ignacio, el viejo peregrino que quería fiar su

esperanza en sólo Dios: «Porque la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro, es menester en él sólo poner la esperanza de que él haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar»... Y el texto abierto con este hondo convencimiento, radicado en un vivo sentido de menesterosidad e indigencia, se cierra cuidando de la salud de los miembros y de la sanidad y buen aire de los emplazamientos de las casas y colegios de la Compañía. En el centro de este amplio arco divino-humano, la ley esencial: «mantenerse siempre en el amor y caridad de todos... un amor universal que abraza a todas partes».

Sí, hay mucho de ordenanza en el admirable código ignaciano. Pero en su mente se configura la Compañía como una legión pronta para las misiones más arriscadas, disciplinada y heroica, donde desde el General al cocinero han de cumplir escrupulosamente con su oficio y deber. Mas, Ignacio no es el ególatra, invadido por afán de posesión y dominio, por no sé qué ambiciones manipuladoras o cualidades militarescas. Tal imagen de Ignacio, desgraciadamente hartó difundida y en la que han insistido quienes han proyectado sobre él la pasión de las batallas posteriores en las que la Compañía ha sido protagonista, es radicalmente distorsionada. Su personalidad, sus aspiraciones y motivaciones, sus modos de ser y actuar, están patentes en la prosa siempre templada de sus Constituciones, diáfana, espiritual y humanísima, para quienes quieran y sepan leerlas. Suscitó una comunidad de destino y de ideal, rompió con el contexto histórico de su tiempo renunciando a la riqueza, creando espíritu fraterno entre gentes de naciones enemigas, provocando entregas radicales al servicio de Dios y de los hombres de los cinco continentes, exigiendo valor y dinamismo, no resignándose a la crítica estéril o a la lamentación infecunda, planteando batalla en el corazón de cada hombre y ganándolos uno a uno.

Utopía es el título de una obra genial de su época (Tomás Moro), que quedó en aldabonazo literario para degustación de eruditos. Micro-utopía o realización parcial de la utopía fue la obra pragmática de Loyola, el hombre cuya acción resulta dinámica justamente porque no es para sí y desecha el yoísmo y el culto a la personalidad. Acción es su forma de esperanza en una sociedad desesperanzada, vencida por negros presagios y fatalismos. Pero tampoco es el usual hombre de acción, confiado en sus recursos y liderazgo. Más que actor se siente actuado, y no cae en la tentación de creer en su propia eficiencia. «Soy todo impedimento» es una frase suya, expresión de inmensa desnudez espiritual. ¿Piadosa exageración de santo? Tal interpretación es hartó cómoda para nosotros. Tengo para mí que responde a algo muy arraigado en su espíritu y que subraya la inmensa distancia que percibe entre su ser y la fecundidad prodigiosa que de él ha brotado.

«Otro que mejor, o no tan mal, hiciere el oficio que yo tengo»

Precisamente en 1551 cuando coronaba la obra de sus Constituciones y se iba reuniendo con los primi Paires, Ignacio intenta descargarse de su jefatura. El episodio suele aparecer en la pluma de los biógrafos de modo efímero y sin relieve, dada la ineffectividad del gesto, pero probablemente tiene una hondura biográfica de alto significado. Queda reflejado en un documento firmado por Ignacio en Roma el 30 de enero de 1551, cerrado y sellado, que entregó a los compañeros primitivos reunidos en Roma para revisar y dictaminar sobre las Constituciones.

La decisión ignaciana de renunciar al generalato no es algo improvisado, ni fruto de un desaliento temporal. Acaso pudo influir en ello cierta sensación de vejez, ya que frisaba los sesenta años y el año anterior había sufrido graves quebrantos en su salud. Dos años más tarde dicen de él que va «declinando mucho». Posiblemente pesó mucho más en su afán de retirada la convicción de que había cumplido fundamentalmente su destino, cuando, aprobada ya la Compañía y el libro de los Ejercicios, arribaba a buen puerto en punto a Constituciones. Eran las tres aspiraciones máximas de su vida, la razón primordial de su existencia, cuando abarcaba de un golpe de vista el extraño arco de su vida entera. Sin duda su pretensión era inviable y acaso no le concedieron sus compañeros la importancia debida, ni pesaron el alma que ponía en unas frases, largamente meditadas en el silencio y que aún se leen con emoción: «En diversos meses y años, siendo por mí pensado y considerado sin ninguna turbación intrínseca ni extrínseca que en mí sintiese que fuese en causa, diré delante de mi Creador y Señor, que me ha de juzgar para siempre, cuanto puedo sentir y entender a mayor alabanza y gloria de la su divina Majestad. Mirando realmente y sin pasión alguna que en mí sentiese, por los mis muchos pecados, muchas imperfecciones y muchas enfermedades, tanto interiores como exteriores, he venido muchas y diversas veces a juzgar realmente que yo no tengo, casi con infinitos grados, las partes convenientes para tener este cargo de la Compañía que al presente tengo por inducción y imposición de ella. Yo deseo en el Señor nuestro que mucho se mirase, y se elegiese otro que mejor, o no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la Compañía... yo depongo y renuncio simplemente y absolutamente el tal cargo que yo tengo, demandando y en el Señor nuestro con toda mi ánima rogando, así a los profesos como a los que más querrán juntar para ello, quieran aceptar esta mi obligación así justificada en la su divina Majestad»...

Son palabras sinceras, deseos largamente madurados y contrastados, convicción de que es Dios quien los inspira, añoranza de soledad y retiro como en los días iniciales de Loyola. Ignacio no es dueño de sí mismo ni dispone de su vida. Dios le habla, en contra de su anhelo íntimo, por boca de los demás. Sólo uno vaciló ante aquella petición, sencillamente expuesta: el Padre Oviedo. Fue el único que confió en las razones, expuestas o calladas. Todos los biógrafos lo condenan por su candidez. Acaso fue el más sensible al gesto implorante del indiscutible jefe, condenado a seguir hasta el fin, con la ayuda del infatigable Polanco y a partir de noviembre de 1554 del Padre Nadal, nombrado Vicario general. Ignacio siguió, y no resignado, sino entregado de cuerpo y alma a su obra y con arrestos para acometer empresas de alto vuelo.

«El tesoro que tenemos de esperanzas»

En esos cinco últimos años de su vida irá afianzando los caminos ya abiertos y se lanzará a otros nuevos. El «modo de proceder nuestro» se hace cada vez más ancho y generoso. Se multiplican los colegios, sobre todo en Italia (Bologna, Florencia, Nápoles, Perugia, Gubbio, Módena, Monreale, Siracusa, Catania, Genova, Siena) no reducidos a escolares jesuitas, como se pensó inicialmente, sino abiertos a todos y gratuitos; la pedagogía jesuítica va a perpetuar el «modus parisiensis» en sus centros e ir forjando unos métodos que desembocarán en ese monumento de la

pedagogía que será la *Ratio studiorum*. Aunque -Ignacio estuviese persuadido de que con poco de Tulio —Cicerón— y mucho de espíritu podía cumplir su misión fundamental, pisará tierra y contexto histórico y abrirá las puertas a una impronta culta de la Compañía, llamada pronto a brillar en todos los campos del saber. La apertura al universo mundo, propiciada por circunstancias inesperadas en los primeros años, adquirirá ahora nuevos vuelos con proyectos y realidades de gran estilo. «Para el tesoro que tenemos de esperanzas, todo es poco». Esperanzas, que son proyectos y es, sobre todo, confianza en Dios.

Sin organigramas modernos ni actuales medios de comunicación, el corazón de Ignacio registra la palpitación del mundo y se vuelca sobre él, abarcando el conjunto y sin olvidar el detalle. Lo abarca todo. Su creatividad se encauza por planes ambiciosos y por el consejo personalísimo y la cautela menuda; en unos y otro es sumamente realista. En 1551 y 1552 acometió dos empresas llamadas a tener resonancia secular: la creación del Colegio Romano, el precedente inmediato de la actual Universidad Gregoriana, y la fundación del Colegio Germánico para la formación de los futuros sacerdotes de Centroeuropa. Uno y otro se acreditarían como centros eficientes de formación. Son una respuesta eficaz a las instancias de la vida. Al historiador corresponde el recuento de los logros ; a Ignacio le quedaron deudas, la angustia de las promesas de ayuda fallidas o insuficientes. A Borja le asigna la historia el mecenazgo económico principal del Colegio Romano. Pero Ignacio, en cuya alma parece resbalar toda inquietud intelectual y que no tendrá más libros sustanciales en su vida —y en su celda— que los evangelios y el Kempis, es el fundador de la más prestigiosa Universidad en el corazón de la cristiandad. Y muy pronto trazará un plan para la reforma de la Universidad de Viena y lanzará a los suyos a las de Ingolstadt y Dillingen. No conseguirá asentarse en su París, sí en Salamanca, Alcalá, Coimbra y Lovaina.

Aunque sabe que toda batalla profunda pasa por el corazón de cada hombre, es consciente de que los hombres se ven arrastrados por la marea general, por el concreto contexto histórico. Por eso intenta posibilitar la fe en áreas no alcanzadas por el anuncio cristiano (infieles) o comprometidas por la escisión religiosa y la decadencia. No maldice la oscuridad de los tiempos, enciende pequeñas luces por doquier. A la proyección misionera en las Indias Orientales, sustentada por la Provincia de Portugal, añadirá durante estos años sus proyectos sobre el Congo, Etiopía y el Brasil, y al final de sus días, el deseo de fundar colegios en Chipre, Constantinopla y ¡ay! la amada Jerusalén. Javier ha hecho familiares en Europa los nombres de Goa, Cochín, Malaca, Ternate, Amboino, Isla del Moro, Yamaguchi, y pide incesantemente hombres, hombres hechos y derechos, curtidos y bien probados, no los desperdicios de Europa; envueltos en sabiduría para el Japón, penetrados de humildad y mansedumbre para la India. El Oriente Medio es el mundo hermético y hostil, la amenaza constante y real en forma de incursiones sobre la costa mediterránea. Ignacio logró indulgencias para el ejército de Carlos V que conquistó Argel (1551) y en el que Laínez asistió como capellán; además trazó en algún rato libre un fantástico plan de, flota cristiana que dominase el Mediterráneo y asegurase la paz, presentando, como el mejor de los arbitristas, el modo de financiarla. Con no menor mimo redactará la instrucción para el Padre Núñez Barreto a fin de intentar reducir el reino del Negus de Etiopía, falsamente llamado el Preste Juan, al

gremio de la Iglesia católica, empresa para la que personalmente se ofreciera el propio Ignacio en carta al Rey de Portugal.

Por fin, y no en principio como falsamente se cree, Ignacio no puede sustraerse a la situación espiritual caótica de Europa, a la defensa de la fe allí donde se encuentra desgarrada, amenazada, decaída, en peligro: me refiero al desgarro protestante. Es verdad que ya pronto trabajaron con denuedo en el mundo germánico Fabro, Bobadilla, Jay, el recién ganado Canisio. Esperan contra toda esperanza y tratan de detener lo que parecía irreversible: la pérdida total de Alemania para el catolicismo. Ignacio, muy bien informado, sabe que hay que levantar la Iglesia desde las puras ruinas: recuperar a las masas desconcertadas, estar presente en las Universidades donde el debate alcanza sus cotas más altas y decisivas; sobre todo, formar sacerdotes y apóstoles, partir casi de cero, desde los cimientos. Dispone de un breve puñado de hombres, contará con el favor del Rey de Romanos y de Guillermo de Baviera. En la retaguardia romana ha fundado el Colegio Germánico y sólo él sabe los quebraderos de cabeza que su financiación le produce. En vanguardia mueve sus peones en Colonia, Ingolstadt, Dillingen, Viena y redacta un plan para la reforma de la Universidad en esta última ciudad. Su consigna es clara: reconquistar Alemania para la Iglesia es el primer objetivo, implantar allí la Compañía el segundo.

Sus instrucciones a los jesuitas son precisas y prudentes (1549): han de confiar con magnanimidad en Dios, orar, dar ejemplo de vida, mostrar a todos sincero amor, hacerse todo a todos, conformarse con las costumbres de los pueblos, acreditarse con su doctrina, ganarse la amistad de los que gobiernan; sentir y decir lo mismo, conocer la índole de los hombres, trabajar en equipo. Enseñar en lecciones públicas, instruir y exhortar para hacer a los hombres no sólo más doctos, sino mejores; confesar, atraer a jóvenes que puedan convertirse en colaboradores, extender la práctica de los Ejercicios completos, atender a presos, enfermos y pobres, hacerse amigos de los que son cabeza de los herejes, yendo «poco a poco» y con destreza y con muestras de amor, dilucidando los puntos dogmáticos controvertidos, impugnando la herejía, pero tratando a las personas con «amor, deseo de su bien y compasión más que otra cosa», atrayendo a la obediencia de Roma, pero evitando defensas imprudentes que les hagan ser tenidos por «papistas, y por eso menos creídos».

Las cosas no cambiaron repentinamente y la infiltración protestante se dejaba sentir con mayor fuerza en la católica Austria. El panorama era desesperado: en diez años habían quedado relegados al olvido los antiguos coloquios y diálogos (1540), se había llegado a la guerra. Carlos V no tuvo tiempo para saborear la victoria de Mühlberg, cuando conoció la traición y el fracaso y a punto estuvo de caer prisionero. Francia apoyó la Liga protestante y el Emperador hubo de otorgar la libertad religiosa a los luteranos en el Tratado de Passau (1552). Ese mismo año Ignacio dirigía unas extensas instrucciones a Pedro Canisio; los autores protestantes las consideran como el «manual del perseguidor». En ellas se refleja la visión ignaciana de las responsabilidades políticas y se insta al Rey de Romanos, próximo Emperador, a tomar actitud resuelta en favor del catolicismo y en contra de la herejía. La historia había demostrado ya hasta qué punto era decisiva la actitud de reyes y príncipes en el destino espiritual de sus reinos. Ignacio propone que el Rey de Romanos se declare enemigo efectivo de la herejía, no admita a herejes en su Consejo y órganos de gobierno, depure

la Universidad de sospechosos, controle la impresión de libros, no permita que los protestantes se designen a sí mismo como «evangélicos».

Junto a medidas claramente represivas, aporta directrices positivas como la de elección de buenos obispos y predicadores, la selección del clero, el control de los educadores de la juventud, la catequización, la preparación de sacerdotes idóneos. Es la Contrarreforma, la «guerra manifiesta y no encubierta» al error heretical. ¿Podía esperarse otra cosa en los años de Eduardo VI, de Calvino, de los reyes del Báltico y de los Príncipes alemanes partidarios de la Reforma luterana? La Compañía adquirirá aire beligerante en aquella batalla campal, atacará con audacia y aguantará embestidas. Al margen de su eficacia activa indudable, pagará un pesado tributo de animosidad y odio, cargará con el mote de «papistissimi».

Pero el mentor de estos planes grandiosos no pierde su sentido de lo mínimo y concreto. En estos mismos meses y años se entremezclan en su correspondencia estas amplias instrucciones de alta estrategia con cartas personales en que desciende a la efemérides o al problema menudo y cotidiano: ha de consolar al Virrey de Silicia, don Juan de Vega, generoso protector, por la muerte de su esposa, a Margarita de Austria por sus aflicciones, al Rey de Portugal por la pérdida de un hijo. Se preocupa de la salud del Padre Barceo en la India, o del Padre Araoz en España, y del Padre Viola en Módena; ha de mostrar al espiritualista padre Godinho que también se sirve a Dios ocupándose de finanzas y cosas temporales. Ha de consolar al Padre Nóbrega, que ha caído esclavo de los turcos, mostrar su no dormida gratitud al Duque de Nájera. Ha de luchar para ahuyentar el capelo cardenalicio de la cabeza de Borja y Laínez, frenar el intervencionismo y rigidez excesiva del Provincial Miró, la avidez espiritual del Padre Leerno, el inmoderado afán de don de lágrimas del Padre Floris o las exigencias insaciables del P. Domenech que quería a todos los de la Compañía para Silicia. A Cogordan le esboza un plan de reforma de un monasterio de monjas; a Francisco de Borja, engolosinado con profecías, le ha de precaver contra los peligros de un pseudomisticismo empeñado en la reforma de la Iglesia y de la misma Compañía, a que eran aficionados los padres Oviedo y Onfroy: «No se ha de dar crédito a todos los que dicen ser profetas», le dirá Ignacio, el hombre a quien nunca oyeron hablar de misticismos y revelaciones. Le pesa en el alma la suerte de Alemania y no menos la de Inglaterra, donde inesperadamente durante el reinado de María Tudor parecen abrirse resquicios a la esperanza. Pide a todos oraciones fervientes por estos países en peligro; en cambio, no cederá ante la presión de quienes desean rebasar la hora diaria de oración de regla, sobre todo cuando son estudiantes: «El fin de un escolar estar en el colegio aprendiendo, es que haya ciencia con que pueda servir a nuestro Dios a mayor gloria suya, ayudando al prójimo, lo cual requiere todo el hombre; y no del todo se daría al estudio si por largo espacio se diese a oración».

Nada ni nadie le desvía de sus esquemas fundamentales, de su dialéctica precisa y cerrada: fin y medios... entrega de todo i el hombre. El es así y basta para mostrarlo un episodio. El 2 de noviembre de 1552 se disponía a salir de Roma —última de sus cinco salidas en 18 años— para visitar a doña Juana de Aragón, esposa del poderoso Ascannio Colonna, en su feudo napolitano de Alvito. Intentaba poner remedios a enconadas desavenencias matrimoniales con toda la fuerza persuasiva de su gestión personal. Al punto de partida llovía a cántaros, según Ribadeneira, y quisieron disuadirle del viaje o lograr que lo aplazara. Su repuesta vale por

todo un autorretrato: «Vamos luego —dijo a su acompañante Polanco— que treinta años ha que nunca he dejado de hacer a la hora que me había propuesto negocio de servicio a Dios por ocasión de agua, ni viento, ni otros embarazos de tiempo». Tenía ya 61 años y pocos meses antes había padecido una grave crisis de salud. Fue y fracasó en su empeño; mas, de ida, habló al pueblo de Alvito y de vuelta al de Ceprano y en ambos dejó organizada la comunión mensual del pueblo. No daba un paso sin dejar huella.

«La miseria de la triste vida»

No es brío natural, pujanza biológica, impropias de un anciano. Precisamente unos meses antes había escrito de su puño y letra una breve misiva a Javier en que deja constancia de su existencia, soportada más que juvenilmente briosa. La delicadeza del autógrafo es un modo de certificar al lejano hermano y amigo que todavía puede mover la mano y la pluma: «para que sepáis que estoy vivo en la miseria de la triste vida». Pero triste vida no quiere decir desaliento, ocio, dejación de preocupaciones, abandono, porque junto al breve billete autógrafo, Polanco, por comisión de Ignacio, redacta una extensa carta informativa, pieza de cartografía de las ocupaciones múltiples de la mente y del corazón del Preósito general. Al lejano compañero, cuya avidez de noticias era acrecentada por la soledad y la distancia, le informa largamente sobre la vida en Santa María de la Strada, sobre el Colegio Romano en el que más de quinientos estudiantes trabajaban el latín, el griego y el hebreo, y sobre las tareas docentes y apostólicas de los colegios de Tívoli, Nápoles, Ferrara, Bolonia, Venecia, Padua, París, Portugal y España. Todo ello pesaba de algún modo sobre los hombros de Ignacio, cuya fortaleza parece humanizarse en ese desahogo que se le escapa en el billete adicional autógrafo al aludir a «la miseria de la triste vida».

Curiosamente el mismo día que en Roma estampaba Ignacio sobre el papel esa frase, Javier le escribía desde Cochín otra extensa relación de sus andanzas en comunión de pesadumbres y nostalgias: «Yo estoy ya lleno de canas... Con esto acabo sin poder acabar, escribiendo a mis padres y hermanos tan queridos y amados». Y añadía al informe otra carta más íntima y personal a Ignacio, «verdadero padre mío», expresándole su ansia de verle en esta vida y hasta sugiriendo sin rebozo el medio de realizar el milagroso encuentro: la obediencia podía hacer el milagro; dicho con más descaro, la oportuna orden del idolatrado Ignacio. Por lo demás, también Javier, sin renunciar ni aflojar en el trabajo, padece del *taedium vitae*, como lo muestra en la carta que escribió —la última— pocos días antes de morir: «Ya pasó el tiempo en que deseé vivir más que ahora». Sin embargo, habla con pasión incontinida del Japón, de China e India; pide gente sólida en virtud y letras, dispuesta a grandes trabajos y persecuciones. Su temperamento navarro, generoso y total en la entrega, choca con algunos jesuitas que llegan de Portugal: mientras a uno le pide que sea «sufrido, manso, paciente y humilde», a otros espolea para que amen al pueblo. Prefiere en la Compañía poca, pero buena gente, ejercitada en abnegación, «personas de ánimo para mucho y de muchas partes», y quiere cerrar la puerta a los «flacos y para poco».

La vida le ha enseñado mucho: «Mirad cuántos escándalos se siguieron de los imperfectos y sin letras que se hicieron sacerdotes... No os engañen

devociones aparentes de ninguno, porque, al fin, cada uno da muestras de quién es. Mirad más el interior de las personas que el exterior que aparece. No hagáis mucho fundamento en gemidos y suspiros, que son exteriores; informaos en éstos de la interior abnegación de sí mismos»... El otrora difícil Javier es el producto más acabado de la forja ignaciana. Ignacio, al fin, lo llamó a Europa. La ansiada llamada llegó después de la muerte de Javier, y de ésta se enteró Ignacio dos años más tarde. Una gran pena, unida a otras y a no pocos sinsabores y problemas, porque la vida de Ignacio no fue de color de rosa.

Sinsabores

Hubo sinsabores en la vida de Ignacio de estos últimos años, aunque los llevase en paz y silencio. Lo menos importante eran las refriegas con algunas poderosas familias cuyos vástagos ingresaban en la Compañía sin el consentimiento de sus padres. Es famoso el caso de Octavio Cesari, y no menos el de Tarquinio Reinaldi, que hubo de solventarse ante magistrados. Ignacio, eterno aprendiz de la vida, tomaría cuenta de la lección: no admitir sin expresa voluntad paterna. Más importantes fueron las preocupaciones ocasionadas por la suspicacia de la Señoría de Venecia ante el colegio jesuítico, o la celotipia de los maestros profesionales de la enseñanza ante la inesperada competencia. Echaron mano de infundios, de pedreas, de irrupciones violentas en los centros de enseñanza de la Compañía. Los enfrentamientos más enconados tuvieron lugar en la propia Roma, a raíz del cartel que un día anunció el nacimiento del Colegio Romano: «Schola de Grammatica, d'Humanitá e Dottrina christiana. Gratis». Este último añadido era el más mortificante, aunque la lucha hubo de plantearse externamente en el campo de la calidad. Pero ésta quedó asegurada por el «ordo parisiensis» adoptado, que innovó la pedagogía en Italia; por la pronta extensión de la docencia á la retórica, la filosofía y la teología; por las disputas públicas a las que comenzaron a acudir cardenales; por el rápido reconocimiento por parte del Papa de la facultad de conferir grados; por el puñado de maestros cada vez más selectos que comenzaron a enseñar en sus aulas, y hasta por el nuevo y más adecuado edificio al que hubo de trasladarse el Colegio a causa del número creciente de alumnos.

No terminaban ahí las pesadillas producidas por el prestigioso Colegio. Nacido sin un escudo de renta y por obra de la generosidad del Virrey Francisco de Borja, fue sostenido generosamente por las limosnas de Julio III. Las grandes promesas de su sucesor en el pontificado fueron tan efímeras como su paso por la silla de San Pedro, ya que sólo duró tres semanas. El siguiente Papa, Paulo IV, no daría un ochavo para tan importante obra, aunque sí elevó la categoría del Colegio al autorizarle a conferir grados. Ignacio tuvo que sacar fuerzas de flaqueza, apelar a sus dormidas cualidades nativas para las empresas difíciles y heroicas, y esperar en Dios más que en los hombres. Contrajo deudas de más de setenta mil ducados y no podía siquiera pagar los intereses de los préstamos recibidos. Hubo momentos en que parecían contados los días del Colegio Romano, en que le amenazaba la cárcel, males ambos sólo previstos; los vividos fueron la sobriedad llevada hasta el límite por parte de los jesuitas romanos, que vieron reducida a la mitad su ración ordinaria de carne y pasaban viernes y sábados con un huevo. Ignacio informó de la situación a Francisco de Borja y envió a España al fiel Nadal a recabar

fondos; pronto recibió los primeros envíos bancarios desde Burgos. Con todo, el flamante Colegio Romano nunca conocería la suficiencia económica hasta que lo patrocinó el Papa Gregorio XIII, razón por la que quedará bautizado para la historia como Universidad Gregoriana. Pero esto ocurría en 1581, veinticinco años después de la muerte de Ignacio. No hay que decir que la misma música, en teclado más discreto, tocó el Colegio Germánico, pieza clave para la regeneración católica de Centroeuropa.

La carencia de dineros lanza a la lucha y sólo relativamente deja maltratada la fama. Existen penas más hondas que anidan sólo en el corazón. Una de éstas es la que hubo de producir a Ignacio la conducta de Simón Rodrigues, el frustrado misionero de Indias que se quedó en Lisboa, retenido y mimado por Juan III de Portugal. Era de los primi Paires, con los que Ignacio tuvo siempre consideración especial. No acudió a Roma cuando fue llamado en 1545, porque se lo impidió el monarca. Sí vino en 1551 para revisar las Constituciones. Estaba al frente de la primera Provincia de la Compañía, la de Portugal, floreciente en vocaciones y proyectada hacia la empresa misionera de la India y el Extremo Oriente. Pero a Ignacio habían llegado noticias alarmantes sobre el clima reinante en las casas de Portugal: junto a aparatosas muestras de mortificación externa, fallaba la caridad fraterna, el debido respeto a los superiores, se caía en la tentación de buscar ventajas y comodidades, reinaba una cierta anarquía. Rodrigues, inconstante de carácter y algún tanto caprichoso, independiente en exceso, apegado a su tierra nativa, al buen trato de nobles y cortesanos, fue removido de su cargo y nombrado Provincial de Aragón en 1552. Su reacción no fue la deseada por Ignacio: buscó pretextos, aireó su mala salud, intentó obtener el veto del monarca a su remoción, murmuraba de Ignacio. Este tuvo que apelar a la estricta obediencia para apartarlo de Portugal. Rodrigues abandonó materialmente su patria, pidió insistentemente el retorno y hasta volvió por su cuenta a Lisboa a fin de año. Ignacio tuvo que actuar con firmeza y prohibió que se le admitiera en las casas jesuíticas, por lo que Rodrigues se acogió a la hospitalidad del Duque de Aveiro. Ignacio tuvo que fulminar orden expresa para que obedeciese en el término de ocho días.

Contra lo que pudiera creerse, no eran éstos los modos preferidos ni usuales de gobierno de Ignacio; sus verdaderos sentimientos los expresa en la carta personal que dirigiera a Rodrigues animándole a venir a Roma: «Y cuanto a vuestro crédito —le dice—, no os digo más sino que yo tendré de él el cuidado que vos mismo podríades tener, pues que veo la razón que hay para ello... Y fiaos en esto de mí por amor de Cristo N. S., y tomad amorosamente este camino; que cierto, si plugiese a su divina Majestad, mucho me consolaría yo que antes de salir de este mundo pudiese veros y dejar vuestras cosas en otro ser; que si con todos mis hermanos debo tener este deseo, mucho más con los primeros que Dios N. S. se dignó ayuntarnos en esta Compañía; y esencialmente en vos, que sabéis que os he siempre tenido especial amor en el Señor nuestro... Tornóos a decir que os fiéis de mí; que, no obstante cuanto se pueda decir, yo miraré, como es razón, por vuestra consolación y existimación a gloria divina».

El recalcitrante portugués llegó a Roma a fines de 1553. Herido en el alma, pidió que una comisión juzgara sus responsabilidades. Cuatro jueces escucharon los cargos que le hacían sus compatriotas Cámara y Carneiro y tras varias semanas dieron su dictamen: reconociendo sus servicios y excusándole de algunos cargos, quedaron en pie algunas acusaciones:

desorden en el gobierno, desobediencia, afecto inmoderado a su patria, afán de comodidades, dureza de mente... Se le impuso el abandono definitivo y perpetuo de Portugal y diversas penitencias. Ignacio suavizó las cosas, pero mantuvo la prohibición de volver a Portugal. Rodrigues no fue sumiso y siguió intrigando, tuvo que abandonar Santa María de la Strada. Quiso peregrinar a Jerusalén y aun se le obtuvo licencia, viático y compañero para el camino, pero pronto desistió del propósito. Nadal lo visitó en Bassano en nombre de Ignacio. Falto de la reciedumbre de sus otros compañeros y dominado por la saudade, Rodrigues intentó volver a su patria durante los generalatos de Laínez y Borja, pero sólo lo obtuvo de Mercuriano en 1574 para morir en su tierra cinco años más tarde.

Su actitud, disculpable o no, era la negación del estilo que deseaba Ignacio en los miembros de la Compañía. Justamente en este contexto hay que situar la célebre carta que dirigiera a los padres y hermanos de Portugal en marzo de 1553, cuyo tema único es el de la obediencia, tantas veces aireada y maltratada por los detractores de Ignacio. En ella insiste en el carácter cardinal de la obediencia, en su honda inspiración religiosa más que disciplinar, en sus grados y escalas, en los modos de alcanzarla, en la necesidad del diálogo con el superior con indiferencia y libertad. No basta ejecutar externamente lo mandado, hay que adherirse a ello con voluntad, con el sentimiento y hasta con el juicio, «en cuanto la devota voluntad puede inclinar el entendimiento». Sólo así la obediencia puede ser «con amor y alegría», con prontitud, con humildad, con sencillez, con paz y tranquilidad de espíritu. La obediencia es una participación en el misterio de obediencia de Jesús; es además una victoria sobre sí mismo «en la parte más alta y difícil» de sí, que es la voluntad y el juicio. Son palabras de situación concreta, más repetidas en otros varios documentos ignacianos y que entroncan perfectamente con una vasta tradición espiritual monástica.

Para Ignacio la obediencia era piedra cardinal de la Compañía. Las consecuencias de su falta las enumera Ignacio con morosidad: descontento, pena, tardanza, flojedad, murmuraciones, excusas, desasosiego, turbación. Ignacio quería una obediencia pronta y espontánea, que naciese de dentro, que hiciese innecesaria la apelación a la orden o el mandato expreso. Reconocía que otras órdenes aventajaban a la Compañía en penitencias, en vida ordenada, en horas de canto coral, pero no quería que ninguna la ganase en obediencia. Aceptaba que los suyos pudiesen ser menos inteligentes, hermanos temporales, hasta que alguno fuese enfermo, mas no quería un solo desobediente. Sólo quien practicaba la obediencia perfecta entraba «con los dos pies» en la Compañía. Rodrigues le hizo sufrir.

Tampoco le faltaron preocupaciones provenientes del exterior. Durante algún tiempo empeoraron las relaciones con el arzobispo de Lisboa y con el Rey de Portugal. Mayores quebraderos le causaron las noticias procedentes de España. El arzobispo de Toledo Martínez de Silíceo era un declarado enemigo; algunas suspicacias mantuvo el santo arzobispo Tomás de Villanueva. Los tiros más fuertes venían de los ataques incesantes, en pulpitos y rincones, de algunos dominicos. El más enconado de todos, era el insigne teólogo fray Melchor Cano. No le iba a la zaga fray Tomás Pedroche, quien redactó una severa censura no sólo contra el libro de los Ejercicios, sino contra el mismo Ignacio y la Compañía. Del primero decía que era hereje, uno de los dejados y alumbrados, que, por escapar de la Inquisición española, huyó a Roma; de la segunda no le gustaba ni el nombre, que lo tachaba de «apellido soberbio y cismático». Está claro que los detractores

no se arredraban ante las aprobaciones pontificias. Nadal tuvo que escribir una réplica en forma de apología. La propia desmesura hacía vanos tales ataques.

Harto más recia fue la batalla entablada en París. La carta de naturaleza otorgada por Enrique II para que la Compañía pudiese vivir en Francia y fundar un colegio en París fue impugnada por el Senado o Parlamento de la ciudad, so pretexto de que los privilegios concedidos a ésta por Paulo III estaban en pugna con las leyes galicanas, con las soberanía del estado y con la jerarquía eclesiástica. El monarca, tras examinar las Bulas papales, reiteró su concesión en 1553, mas el Parlamento llevó la cuestión ante el obispo de París y ante la facultad de Teología de la Universidad. El obispo, Eustaquio de Bellay, se mostró adverso, no obstante el favor que el Rey y el cardenal de Lorena dispensaban a la Compañía. La Facultad aún fue más lejos. Sus deliberaciones, precedidas por la misa del Espíritu Santo, desembocaron en un terrible decreto en que se atacaba frontalmente a la Compañía: su nombre, la calidad de hijos ilegítimos y facinerosos de algunos de sus miembros (!), su falta de hábito religioso, el cúmulo de sus privilegios en perjuicio de la autoridad episcopal, de la disciplina eclesiástica, de los príncipes seculares, de las Universidades y de los pueblos. La Compañía, según la Sorbona, perjudicaba a las demás órdenes religiosas porque con sus usos debilitaba el uso de abstinencias, sacras ceremonias y austeridades corporales, fomentando la apostasía de los claustros, la insumisión a los obispos, el vilipendio de los derechos de la Iglesia y del Estado, y perturbando la concordia entre éstos con querellas, celotipias, disidencias, madres de los cismas. La Compañía, en fin, era declarada peligrosa para la fe, perturbadora de la paz en la Iglesia, disolutiva de las órdenes religiosas, nacida para destruir más que para construir. Voltaire no podría decir cosas más gruesas, ni con mayor empaque.

La tremenda tempestad del «negocio luteciano» no hizo perder la paz y la calma a Ignacio, a quien las contradicciones hacían revivir y sacar fuerzas de flaqueza. Acató la disposición adversa y no permitió que se contestase o impugnase. Sólo quiso replicar a las suspicacias y falsedades apelando a los hechos, a la ejecutoria de la Compañía, y para ello solicitó como un mentís rotundo el testimonio calificado de quienes la conocían. Era su estilo. Su actitud queda reflejada en unas anotaciones de Gonsalves Cámara: «Escríbese a los nuestros de toda la Compañía y empiécese luego hoy que manden testimonios de los príncipes, gobernadores, universidades y cada colegio de lo suyo y cada provincia». Se recogió una impresionante cosecha de elogios. De nada valieron, como tampoco los diálogos mantenidos en Roma con cuatro doctores sorbonistas que vinieron en compañía del cardenal de Lorena. Se llegó a pensar en un Breve pontificio que fulminase excomuniones contra los inconsiderados enemigos, mas Ignacio desistió de tal empeño por respeto y amor a la Universidad de París, «la cual ha sido madre de los primeros de la Compañía».

Ignacio moriría con esta espina en el corazón. Conoció los primeros ataques furiosos que se dirigirían a la Compañía a través de los siglos. Pudo conocer también la adhesión de Teodoro Loher (1555), no así la del alemán Wiedmanstadt, la del dominico español Valtanás (1556), la apología de Nadal o la del cardenal Estrada (1557), los elogios de Postel (1560), Wimpina (1563), Paiva de Andrade (1564), Etienne Pasquier (1565) o del cartujo Surio (1566), posteriores a su muerte.

«Qué cosa me podía dar melancolía»

Pero la prueba más penosa y desconcertante para este fidelísimo servidor del papado fue otra. Había gozado de la protección y la estima de Paulo II y Julio III y aun se prometió días más felices cuando vio exaltado a la tiara a su amigo el cardenal Cervini. Muy pronto recibió éste a Ignacio, le abrazó, le pidió la ayuda de sus teólogos —fueron designados Laínez y Olave— y le prometió generoso apoyo económico para el Colegio Romano. La voluntad protectora de Marcelo II era inequívoca, así como sus palabras de aliento: «Tú recoge soldados y hazlos combatientes; nos los usaremos». Una apoplejía cortó en flor tan bellas promesas y abrió la incertidumbre de un nuevo cónclave.

Ignacio, el providencialista, no descartaba los cálculos humanos. Muy pocos años antes, acaso en una crisis de salud, el médico le mandó evitar cualquier cosa que le causase melancolía. No sabemos si le respondió al galeno o sólo comentó la cosa con Gonsalves Cámara. A aquel hombre recio, libre de desaliento, sólo una cosa le podía provocar tristeza: «Yo he pensado —dijo a su confidente— en qué cosa me podría dar melancolía y no hallé cosa ninguna sino si el Papa deshiciera la Compañía del todo. Y aun con esto, yo pienso que si un cuarto de hora me recogiese en oración, quedaría tan alegre como antes». ¿Es mera cabala, habla en ello el inconsciente o la conciencia de una posible amenaza? El miedo tiene un nombre que silencia Ignacio: el cardenal Juan Pedro Carafa, el cofundador con san Cayetano de Tiene de un grupo de clérigos reformados con el que no quiso fundirse Ignacio; el que sembró Venecia de suspicacias que le valieron a Ignacio un proceso inquisitorial; el que había vivido en Roma durante un decenio sin que su nombre figure en las largas listas de cardenales que apoyaron las iniciativas ignacianas de Santa Marta o del Colegio Germánico; el que en su condición de Inquisidor general obligó a Ignacio por un monitorio a devolver a sus padres al novicio Cesari, pero fue desautorizado por el Papa; el que no encajaba que la Compañía hubiese eliminado el canto coral de su vida. Otra vez los apuntes de Cámara resultan elocuentes: Loyola «teme teatino por el cantar» (alusión clara a Carafa y a la posible imposición del coro en la Compañía).

De cara al cónclave, Ignacio manda a los suyos orar para que «siendo igual servicio de Dios, no saliese Papa quien mutase lo de la Compañía, por haber algunos papables de quien se temía la imitarían»... Y del cónclave, no obstante la oposición de España, salió Papa Carafa el 5 de mayo de 1554. La noticia sorprendió a Ignacio sentado junto a una ventana en compañía de Cámara. Por una vez Ignacio no pudo dominar su marea interior. Según su acompañante se le alteró notablemente el semblante y se le estremecieron los huesos del cuerpo. Levantándose de la silla, se retiró a su capilla a orar. Minutos después salía de ella transformado y sereno, aceptando soberanamente lo irremediable.

Nada tiene de particular que estos dos hombres no se entiendan. Eran dos coléricos: domesticado el vasco, irreprimible el napolitano. De éste había escrito poco antes el embajador florentino a Cosme de Médici: «Es un hombre de acero y las piedras que toca producen chispas que engendran incendio si no se hace lo que él quiere». Se habían evitado mutuamente hasta entonces; ahora no era posible ignorarse. Además ya no era Carafa, ahora era Paulo IV. ¿Aflorarían en el Papa los escondidos deseos del

cardenal? Ignacio se dirigió inmediatamente a toda la Compañía por medio de Polanco pidiendo oraciones por el nuevo Papa, de quien decía demasiado generosamente que «siempre había sido amigo de la Compañía». El problema es mucho mayor que el de una mera reserva mutua personal. Ignacio barrunta la amenaza que se cierne, no sobre su persona, sino sobre su obra, su «camino», configurado, a su juicio, por providencia de Dios con el refrendo tranquilizador de los Papas. El eje de la incondicional oferta al papado que animaba a la Compañía crugía ante las presumibles mudanzas que podía imponer la voluntad férrea y rigorista de Paulo IV.

Para Ignacio es la noche de la fe, la purificación de su esperanza, el abandono en los designios de Dios. Fundamentalmente pendiente de la llamada de Dios, había abierto nuevos caminos para los que quiso el refrendo de la autoridad jerárquica. ¿Practicaría ahora la obediencia de juicio que él recomendaba? Simplemente esperó, dejó que clarease el horizonte, posiblemente se dispuso para obedecer un mandato formal, pero éste no llegó. Mantuvo la fidelidad a secas, sin las compensaciones gratas que anteriormente la apremiaban. Vivió el «sentir con la Iglesia» de una manera tensa, desnuda, incómoda, dolorosa, sin precipitarse, con paciencia. Era la tensión entre la institución y el carisma, entre la voz de la autoridad y la fuerza de la voz de Dios. Tensión que es oscuridad y perplejidad, la «noche oscura» de la acción, la pura fe y confianza sin arrimos, lo que R. Schweger ha llamado «comprensión dramática de la Iglesia».

En realidad, fue un drama íntimo y celado más que una lucha abierta, porque externamente las cosas no fueron tan negras como era de prever. Carafa, ahora Paulo IV, recibió primero a Bobadilla; tras largos días de espera, recibió a Ignacio arrodillado, lo hizo levantar y paseó con él. Mostró favor a Laínez, a quien le quiso hacer cardenal; le hizo miembro de algunas Congregaciones de Curia y hasta le preparó un cuarto en el palacio pontificio, que nunca llegaría a usarlo. Tuvo atenciones con Salmerón y Olave. Como por instinto respetó a Ignacio, el «Prepósito viscaíno», como él lo llamaba, pero no confirmó las gracias hechas verbalmente por su predecesor Marcelo, a pesar de las recomendaciones favorables del Emperador, del Rey de Romanos y del Rey de Portugal. No dio un ochavo para aliviar la desesperada situación económica. Ignacio esperaba en Dios contra spem in spem.

El Papa Carafa, hombre recto y aun rigorista, se entregó en manos de su hermano, el cardenal Carlos. Engañado por él y arrastrado por una fobia antiespañola, similar a la de Julio II, se metió en pactos con Francia y en una absurda guerra con España. En este punto no podía reprimir sus accesos de cólera, y sus exabruptos injuriosos contra Carlos V y el Príncipe Don Felipe eran notorios lo mismo que sus amenazas de excomunión. Su suspicacia le llevó a ordenar un vejatorio registro de la casa donde vivía Ignacio, Santa María de la Strada, en busca de armas escondidas inexistentes y algunos jesuitas tuvieron que trabajar en el refuerzo de las defensas de Roma. Fue entonces cuando el teólogo y antijesuita Melchor Cano escribió con todo respeto justificando la guerra directa contra el Papa, asemejándola al gesto filial que ata los brazos de un padre furioso.

Ignacio nunca dijo una palabra contra el Papa. Una vez se le escapó una frase reveladora: el Papa podría reformar el mundo, si comenzase por reformarse a sí mismo, su casa y corte, y la ciudad de Roma. Un futurible y condicional hartos intencionados. Al fin, Ignacio moriría pronto, solicitando la bendición de Paulo IV. Este reveló su ánimo reprimido cuando poco después

pronunció ante Laínez una frase terrible sobre el dominio tiránico de Ignacio. Sólo entonces se atrevió a imponer por la fuerza en la Compañía el coro comunitario, excluido por Ignacio, y la norma de que el General no fuese vitalicio sino trienal. Esta irrespetuosa victoria duró los meses que duró su pontificado. Desengañado por el total fracaso bélico-político y por los manejos de su hermano, arremetió contra su familia, padeció el furor de la ortodoxia extendiendo sus suspicacias a los cardenales Morone y Pole, acometió reformas drásticas en Roma y naturalmente no pudo ver los tumultos populares romanos desencadenados a su muerte (1559). Paulo IV e Ignacio de Loyola. No es un episodio efímero, es la atmósfera gélida y de intemperie en la que concluye la vida del más fiel servidor del papado de todos los tiempos. El pesar más hondo y preocupante, añadido a los «trabajos de los días»: a las fatigas cotidianas de las cartas, a las deudas, a las rencillas incipientes, a las nuevas iniciativas, a las expulsiones, a la carestía de la vida.

El estaba en todo, pero sus fuerzas no eran las de antes. En 1554 pasó en cama la mayor parte del tiempo; el año siguiente fue mejor y pudo firmar unas mil cartas. Contaba ahora con la ayuda de un Vicario general. Nadal fue el elegido, tras una consulta previa de los candidatos al cargo. Pronto tendría unos Asistentes. Mas él seguía de cerca lo mismo los grandes proyectos que las minucias. Pudo poner la primera piedra de la nueva iglesia de Santa María de la Strada junto con el cardenal de la Cueva y nada menos que Miguel Ángel se ofreció a dirigir la obra. La carestía que siguió a los primeros barruntos de guerra le hizo desistir del propósito; sólo a fin de siglo se levantaría el actual templo del Gesú. Las piedras de la Compañía son sus hombres. Ignacio es generoso en otorgar la profesión a los que van lejos, a Etiopía; en cambio, se muestra más mirado y exigente con los que andan por Europa. Tuvo tanta prisa en romper el numerus clausus de los sesenta, impuesto por la Bula fundacional y, sin embargo, los profesos estrictos no llegaban todavía a cuarenta, aunque la Compañía entera frisara el millar. El verano de 1555 expulsó a bastantes aspirantes; le inquieta la admisión fácil. Decide también «apretar» a los alumnos del Colegio Germánico tocados de cierta indisciplina, pero no abandona la fórmula de los colegios: sueña con uno en Praga, otro en México, uno árabe en Palermo, otros en Chipre, Constantinopla, Jerusalén... Es incansable, incurable...

El «Prepósito vizcaíno» y su declive

Sin él darse cuenta, los suyos tratan de descargarle. Le dosifican las visitas, le filtran las noticias y preocupaciones, le aíslan, protegen, rodean de cuidados apropiados para un hombre cansado. El médico le dicta una dieta alimentaria adecuada para su catarro crónico y los dolores, que cree de estómago, y sugiere prevenciones contra la falta de ejercicio y contra el efecto pernicioso de «cogitaciones fuertes y muy fijas imaginaciones en cosas espirituales y temporales». Un consejo perfectamente inútil y casi sarcástico. Ignacio es austerísimo en la comida, nunca pide nada ni se queja de nada; parece insensible a los placeres de la mesa y le disgustan los que se quejan de los descuidos de la cocina. A veces le regalan con una copita de vino dulce y algún plato especial. Lo prueba por cortesía y obsequia con él a otro, v. gr. a Ribadeneira, acompañando el gesto con un comentario: «En fin, vos sois el más ruin después de mí». También le gusta ofrecer una pera, exquisitamente mondada por él y, sobre todo, comer

espaciadamente migajas de pan para hacer ver que come. Y duerme poco, pasea de noche por la celda, y piensa y ora. Trabaja siempre, todas las horas de vigilia.

Para remedio de pesares a veces se escabulle. Laínez le observa y Ribadeneira nos lo dice con finura maestra: «Subíase a un terrado o azotea de donde se descubría el cielo libremente; allí se ponía en pie, quitado su bonete, y sin menearse estaba un rato, fijos los ojos en el cielo; luego, hincadas las rodillas, hacía una humillación a Dios; después se asentaba en un banquillo bajo, porque la flaqueza del cuerpo no le permitía hacer otra cosa. Allí se estaba, la cabeza descubierta, derramando lágrimas hilo a hilo, con tanta suavidad y silencio, que no se le sentía ni sollozo ni ruido ni movimiento alguno del cuerpo». También le aliviaba penas otro remedio, aunque se lo proporcionaron en rarísimas ocasiones: la música, alivio mágico de pesadumbres de alma y cuerpo. Sólo unas cinco veces recuerda Gonsalves Cámara que le brindaron este consuelo por obra del Padre Frusio, del Colegio Germánico, que tocó para él el clavicordio. Y ¡cómo ocultarlo!, todavía quedaba, en tan corto repertorio, otra compensación humana increíble, humilde y entemecedora: «La fiesta que a veces le hacíamos era darle cuatro castañas asadas, que, por ser fruta de su tierra y con la que se criara, parecía que holgaba por ellas». ¡Quién adivinará la sensación proustiana del saboreo de castañas, el festín imaginativo y telúrico del Padre Ignacio, en quien por unos instantes resucitaba Iñigo con el recuerdo borroso de la cocina de Loyola!

Todo lo esencial estaba cumplido, coronadas las aspiraciones fundamentales (aprobación de la Compañía, de los Ejercicios, de las Constituciones). Cumplidos los deseos primordiales de Iñigo, se habían satisfecho los de los suyos, cuando volcó la intimidad de su alma en el relato autobiográfico concedido a Cámara. Sólo faltaba una piedra para que el arbotante cerrara su arco. Nadal presentía la muerte próxima. Cuando sale para largo de Roma en 1555 recomienda que no fatiguen a Ignacio, que reduzcan las noticias, que le dejen para lo más importante. «La cosa que más debemos procurar todos es que nuestro Padre esté en ocio», solazándose en la viña de recreo o de otro modo similar. Nadal sabe que ese ocio no es dejación y vacío, sino activo y fecundo: «su ocio (como es tan familiar y unido con Dios), sustenta y tiene en peso toda la Compañía». Más efusivamente entusiasta que él, el viejo don Diego de Eguía, que confiesa a Ignacio, no deja de decir a quien le quiere oír que su penitente «es santo y más que santo», indiscreción que le valdrá la pérdida de su dulce carga de confesor.

En este declive de la vida, suave atardecer, de Ignacio, los suyos han de desistir de tener su retrato. Intentará pintarlo Jacopone del Conté en cuanto expire, pero Ribadeneira no aceptará como válido aquel intento: «No es de nuestro Padre Ignacio; parece un clérigo regalado y relleno». En defecto de un lienzo, siempre muerto, cada uno de los próximos a Ignacio iba grabando a fuego en su alma su imagen espiritual. Los apuntes esporádicos de Gonsalves Cámara, debidamente espigados, nos ayudan a recomponer la fisonomía humana de Ignacio. El recoge frases, hechos, actitudes, rememoraciones y cosas de cada momento. Su modo de ser, de pensar, de actuar, queda reflejado en pinceladas sueltas que, yuxtapuestas, nos dan todo un retrato personalísimo e inconfundible de trazos muy característicos.

Externamente considerada, la vida de Ignacio es ahora simple, monótona, retraída. En más de quince años sólo salió cinco veces de Roma, pero el mundo entero entraba en su celda en forma de cartas, noticias, proyectos. Las actividades apostólicas de los primeros años romanos cedieron ante las tareas de gobierno y dirección. El trabajo sedentario cotidiano sólo se rompe con esporádicas salidas a la ciudad. Vive escondido, entre papeles, ensimismado, pero activo. Le sacan de su soledad los jesuitas que llegan o que parten; le ayuda, horas y horas, el fiel secretario Polanco. Todavía hoy podemos contemplar el espacio en que se desenvolvió su vida: en una celda dormía, en otra trabajaba, en una contigua comía, acompañado de jesuitas en tránsito, de superiores de la Compañía o de invitados que «querían hacer penitencia» a su mesa. Amaba en todo tanto la pobreza como el orden y la limpieza. Tenía algo de áulico y señorial su tratamiento a los invitados, en sus modos más que en los manjares. Viste sotana simple y sencilla y se defiende del frío con un abrigo. Cuando sale lleva manteo y un sombrero de ancha ala con cintas que abrocha bajo la barbilla. Camina con los brazos cruzados bajo el manteo; en casa se ayuda de un bastón de caña. Impresiona verle andar, en casa o en la calle. Va a algo, está con algo o con alguien. Desaparecieron los cabellos rubios de su juventud; está calvo, tiene barbilla, sobre la que destacan su nariz aguileña y sus pómulos salientes. Su tez es bronceada. ¿Acaso cetrina por su dolencia de hígado? Su rostro, serio y tranquilo, es un poema de contención, de vida interior. Algunos lo encuentran especialmente luminoso y expresivo. Sus ojos vivos están ahora quemados por el trabajo, la vejez y las lágrimas. Han perdido alegría, no su fuerza penetrativa. Rara vez mira a la cara. Cuando lo hace, parece que conoce de pies a cabeza. Si su mirada no está impregnada de benignidad, dicen que traspasa el corazón y lo ve todo. A veces espía la cara de su interlocutor para ver la mudanza del rostro.

Palabra, acción, voluntad

No es hombre de libros. Le acompaña siempre uno, el Kempis, que conoció en los primeros tiempos y al que llama la «perdiz» de los libros espirituales. No es un intelectual, ni siquiera un estudioso, no le atrae la especulación espiritual o las fogosas discusiones de su tiempo. No le gusta la controversia; prefiere afirmar, no discutir o combatir. Su fuerte es la palabra y la acción. Le interesan los hombres, los problemas personales, las cosas concretas. Espera más de la vivencia que de los libros. Su arma decisiva es la palabra desnuda y clara, dotada de enorme fuerza. Habla poco, pero de pensado. No exagera, le sobran adjetivos y superlativos y no sabe lo que es una palabra ociosa, inútil, vacía. Para él la palabra es compromiso: por eso narra simplemente sin ornato, sugiere directamente, cumple la que da y es siempre dueño de lo que dice. Nunca, desde su conversión, dijo una palabra injuriosa o simplemente despectiva a nadie. El autocontrol de su lengua es absoluto. Piensa mucho lo que dice, a quién lo dice, cómo y cuándo lo dice. Por eso sus palabras «son como reglas». No ha sido predicador ni profesor, pero nada más que con su palabra ha hecho todas sus conquistas decisivas. Convierte la conversación en un arte, no en artificio humanista, en exhibición, en deleite, sino en comunicación y diálogo profundo, interpelante. No monologa, dialoga. Antes de nada escucha con todo su ser, acaso pregunta, hace hablar al otro y sabe detectar el alcance de lo que se le dice y aun de lo que no se dice, pero se

esconde en el corazón. No subyuga, pero persuade y lenta, pero definitivamente, convence. Cerca, acorralla, generalmente vence toda resistencia, no imponiéndose, sino haciendo brotar del otro la respuesta buscada, ayudando a su libertad, desnudándose y desnudando al otro de artificiosa insinceridad, buscando la transparencia radical entre espíritus. Por eso le repelen como instintivamente los exagerados y fantasiosos, los dicharacheros y ligeros, los insinceros, los incumplidores de la palabra dada, los murmuradores. Son su antítesis; falsean el peso de la palabra. El es directo y sencillo, dice cosas, sin ornato, con las palabras justas. Es grave y nunca habla precipitadamente; pero no es solemne ni se regodea en lo que dice o en el modo en que lo dice. Le disgustan los que hablan asertiva, pontificalmente; les llama decretistas. Para él la palabra es un regalo ofrecido con humildad. Y cuando es escrita, es doble palabra.

Escribe con la seriedad de un escribano de sí mismo, cuida y matiza cada término, corrige sin cesar, lo mismo cuando escribe las Constituciones, se dirige a reyes, a una buena mujer o a un hermano. Hay que leerlo con morosidad y calma, en voz alta, otorgándole el tempo que él otorgó a la concepción y expresión, al cincelado de cada frase. Nadie le ha incluido en antologías o historias de la literatura. Y, sin embargo, un estructuralista como Roland Barmes, analizando el uso ignaciano de las estructuras de articulación, desarticulación, síntesis y elección, ha vindicado para él el título de verdadero escritor, maestro en la comunicación de su mensaje. Ignacio está entero en lo que dice o escribe. Es muy vasco en este culto a la palabra, sustancia de la persona, en cierto modo la persona misma, frente a un tú, que también es persona.

No poseemos pieza oratoria suya, ni siquiera catequética. La forma debía ser elemental; la fuerza, absolutamente singular, por la convicción personal que ponía en sus palabras. Donde es maestro es en el diálogo interpersonal e íntimo, en la comunicación profunda, en el trance impregnado de autenticidad que deja en los interlocutores huella imborrable e inexpresable. Tales situaciones que hacen historia y pueden ser definitivas en la biografía de tantos no dejan más señal escrita que sus efectos y el recuerdo cálido y son relativamente raras. La prosa de la vida la componen las palabras cotidianas: el mandato, el ruego, el consejo, la exhortación, la corrección. Ignacio no da muestra alguna de ingenio ocurrente, pero sabe reír cuando al término de una frugalísima comida alguien reprocha al sirviente: «hermano, ¿traéis palillos cuando no hemos ensuciado los dientes?». En cambio, no le gustan el grito, la risa descompasada, la desmesura, la crítica. Jamás criticó o murmuró de nadie; exculpa faltas ajenas, se resiste a creer el mal que le dicen de otros. Es dueño y señor de su lengua. Se le recuerda como «el hombre más cortés y comedido cuanto a lo natural». No perdió los buenos modales adquiridos en Arévalo; era exquisito y delicado, lo mismo tratando a un magnate que a los más humildes o novicios. Pero su «cortesanía» se purgó de la bambolla huera e insincera de los hábitos sociales crecientes de la era Carolina y más correspondía a la sencillez de la escuela de los Reyes Católicos. Inculca a los suyos el trato cortés unido a la sencillez y paulatinamente los va despojando de sus títulos mundanos. Así el señor Doctor Olabe —el muchacho que diera limosna a Iñigo en Alcalá— pasará a ser el Doctor Olabe y acabará siendo sencillamente Olabe, aunque sea jesuita de grandes dotes e investido de altas misiones. Ignacio ni siquiera cae en protocolos serviles cuando se dirige a los grandes. Quien, recién convertido, se

propuso como norma tratar a todos simplemente de vos, se dirige ahora al Príncipe español, el futuro Felipe II, con una fórmula de respetuosa sencillez: «mi señor en el Señor nuestro».

La palabra... y la acción. Y como motor de ésta, la voluntad. Es el rasgo más típico de Ignacio. Al vasco más que ser le importa estar, saber estar, pero no entiende el estar como indolente abandono, sino como respuesta al entorno y a la vida, como actuar, como voluntad de acción. Ser es querer, decidir, actuar. En Ignacio los mecanismos de la decisión son complejos: aun en las acciones aparentemente improvisadas, ha precedido una decisión que responde a una reflexión madura. Piensa a fondo, rápida o lentamente, antes de decidirse. Deja en los demás la impresión de que siempre «se mueve por razón». Por eso, una vez decidido —promesa o decisión— cumple con fidelidad entera. Su tesón y constancia en lo grande o en lo mínimo se hicieron legendarios. Quedó como proverbio definitorio la frase del cardenal Carpi en alguna ocasión significativa: «ya ha fijado el clavo». Era muy difícil desclavarlo. No es un irrealista o alocado; mas decidido a algo, palpa el futuro como si fuera presente: «Como el Padre se determina en que se haga una cosa, cobra tanta fe como si tuviese con qué lo hacer presente». Pero cobra fe para la acción, para el compromiso. Es a la vez paciente y activo, capaz de hacer antesala en casa de un cardenal un día entero sin acordarse de comer. Es ingenuamente providencialista y concienzudamente racional. Su actitud de fondo la compendia una frase, formulada de diversas maneras, pero cuya sustancia es inequívoca: confiar en Dios como si todo dependiera de El. Trabajar y poner medios humanos como si todo dependiera de nosotros.

Su voluntad, desde siempre, es magnánima; no le arredra lo difícil, lo imposible. El viejo principio del «valer más», incrustado en su sangre y en su estirpe, cambia el horizonte en una purificación progresiva: primero fueron el honor y el renombre... luego las grandes hazañas del converso... al fin, la mayor gloria de Dios. No conoce el miedo, pero no es alocado ni imprudente. El tesón, tras la reflexión madura, es el secreto de sus logros; primero sobre sí, luego sobre los demás: «nunca emprendía una cosa, que no la terminara» o «nunca pidió nada a los papas, que no lo consiguiera». Dentro de la hipérbole se encierra una gran verdad, acaso más llanamente expresada en esta frase, «y no se deja fácilmente mover». La lucha y las tribulaciones le fortalecen, devuelven fuerzas a su salud precaria. Más aún, desde otro ángulo superior, cree firmemente que, donde surgen muchas contradicciones, hay que esperar gran fruto espiritual. Resiste las pruebas sin una queja; resistió un día la «carnicería» del cirujano en Loyola, y durante gran parte de su vida los espasmos de la litiasis biliar u otro día el dolor que le causó un hermano que, por querer coserle un paño en torno al cuello, le atravesó la oreja. También resistirá sin lamentos el dolor espiritual que le cause el estado moral de la Iglesia de su tiempo.

Los que le tratan de cerca admiran en él su serenidad radiante, su igualdad de ánimo. Siendo un colérico parece imperturbable. No es insensible; es «señor de las pasiones interiores», como lo define Cámara. Ribadeneira subraya lo mismo con más expresividad: «siempre estaba de un tenor, con una uniformidad perpetua e invariable». Los vaivenes de su salud no afectaban a su serenidad de ánimo, con la que dominaba todas las situaciones: «Para alcanzar una cosa del Padre —prosigue Ribadeneira, ducho en picardías psicológicas— lo mismo era tomarle acabando de decir misa o de comer, o levantándose de la cama o de la oración, después de

una buena o triste nueva, que hubiese paz o que el mundo se hundiese. Y en esto no había que tomarle el pulso, ni que mirar el norte, ni regirse por carta de marear, como ordinariamente acaece en los demás que gobiernan, porque siempre estaba en sí y sobre sí; y así, estando comiendo o conversando con toda suavidad, si a alguno de los presentes se le soltaba alguna palabra menos recatada y circunspecta, luego se mesuraba el Padre con tal semblante de rostro, que bastaba verle para saber que había falta, aunque muchas veces fuese tan pequeña que los mismos que habían faltado no cayesen particularmente en ella».

«Una fuente de óleo». «Como quien besa el alma»

Paz y sosiego no quieren decir frialdad e inflexibilidad. El Ignacio tétrico, dominador y déspota, lo ha inventado la aversión. Cuando lo conoció el Doctor Loarte, discípulo de Juan de Avila y luego jesuita, lo definió como «una fuente de óleo». Cámara nos dará la contrafigura de la falsa imagen con preciosos matices suplementarios: «Todo parece amor... es universalmente amado de todos, no conoce ninguno de la Compañía que no le tenga grandísimo amor y que no juzgue ser muy amado del Padre». Ignacio era respetado, venerado, pero sobre todo amado. Inspiraba confianza y libertad. Todos salían de su celda confortados y sonrientes. Era exigente, primero consigo mismo, pero era infinitamente más dúctil de lo que se ha creído. Era como un gigante espiritual que arrastraba, contagiando seguridad, fuerza, afán. «En las conversaciones es tan dueño de sí mismo y de la persona a quien habla, que, inclusive [a] un Polanco, parece dominarlo como un hombre maduro sobrepasa a un niño». Poseía una suprema destreza en tratar cada alma, y era especialmente comprensivo con los débiles. Cámara nos pinta de mano maestra su proceder: «Así el Padre, cuando comienza a conversar con uno, va primero dándole todo y hablando le de manera que, aunque fuese muy imperfecto, no se podría escandalizar; después que lo va conociendo y él mismo va cobrando fuerzas, vale el Padre quitando poco a poco de modo que, sin sentirse ninguna violencia, le muda todo el juego». Es el arte de crear en cada uno espacios cada vez más radicales de libertad. Ama el orden y el cumplimiento de las normas, pero es liberal en dispensar cuando hay razón y maternalmente solícito con los enfermos. Desea en todos una abnegación radical, mas luego se complace en seguir y potenciar la inclinación de cada uno. En marzo de 1555, relatando a Cámara sus viejos tiempos de larga oración y tremendas penitencias, añadió esta glosa de aprovechado aprendiz de la vida: «Ningún yerro le parecía poder haber mayor en las cosas espirituales que querer gobernar a los otros por sí mismo». No se equivocó creyendo que todos eran iguales, mas a unos pocos les despertó la capacidad de serlo y a todos infundió la tentación de superarse.

¿Cómo compaginar esta ductilidad con la inflexibilidad en materia de obediencia? Sabemos hasta qué punto fue inflexible en esta materia. El nolo y volo no tenían cabida en la Compañía, y sólo estaba en ella con los dos pies quien practicaba la obediencia de voluntad y entendimiento, esto es, una cordial y total aceptación de lo mandado. Con todo, la obediencia "perinde ac cadáver" o como un bastón en mano de un viejo, que tanto suele aterrorizar, no es mecánica ni militarista. Existe siempre el derecho a dialogar, a representar; hay que asumir una responsabilidad personal; y la canonización del superior no significa infalibilidad por su parte. Mas, la

última palabra la tiene el superior en su esfera, aunque sea el cocinero sobre sus sabios ayudantes improvisados; y ésta ha de ser no sólo acatada, sino alegremente abrazada. A Ignacio le gusta más sugerir que ordenar y prefiere que todo se haga suave y generosamente sin invocar explícitamente la obediencia. Cuando ha de pronunciar una negativa, prefiere encomendar el encargo a otro; y si lo ha de hacer él, gusta de presentar las dificultades para la concesión negada «y universalmente suele dar tan buenas palabras y mostrar tanto amor, que todos los que despiden con la negativa, van contentos y todas las cosas que dice van fundadas en razón, de modo que el otro se hace capaz» (G. Cámara). El áspero es una orden es inconcebible en boca de Ignacio. Posee el secreto inimitable del arte de mandar y sabe que tan difícil es forjar en la Compañía hombres capaces de mandar como capaces de obedecer, del modo en que él quiere que se mande y obedezca. Parece controlarlo todo y sin embargo sabe otorgar a los Provinciales y a los que envía con misiones especiales toda la libertad y responsabilidad propias posibles y quiere que la asuman, salvado un principio: «Tened amor y mirad el bien universal».

En algunas circunstancias procede severamente. El se guardó el secreto último de algunas expulsiones. A veces impone penitencias desproporcionadas. Sus capelos o reprimendas, que terminaban con el indefectible «ios con tanto», se revestían de cierto aparato exterior que, sin embargo, no correspondía a excitación de ánimo ni mal genio. Ribadeneira, el siempre agudo observador, afina mucho en el diagnóstico: siendo de complexión muy colérico, los médicos tenían a Ignacio por flemático, pues así le hacía aparecer el dominio de sus pasiones. Mas sin ser dominado por la cólera en su interior, daba a veces muestras externas de enfado, «que era cosa de espanto». Es imposible compendiar su descripción de situaciones de esta especie: «porque muchísimas veces habernos visto que, estando nuestro Padre muy sosegado y con toda la dulzura de santa conversación que se puede imaginar, enviaba a llamar alguno para darle capelo; y en entrando aquél, parece que se mudaba y que se encendía; y en acabando de hablarle y partirse el otro, volvía luego sin intervalo de tiempo con la misma serenidad y alegría de rostro que primero, como si no hubiera pasado nada». La conclusión de Ribadeneira es de finos quilates psicológicos: «De manera que se veía claramente que en su ánima no se turbaba punto, y que de aquel semblante de rostro que tomaba se servía como de máscara, poniéndosela y quitándosela a su voluntad». Claro que no todos entendían este juego de la máscara.

El honesto Laínez sufrió no poco del trato externamente áspero de Ignacio y acudía a Dios preguntándole qué pecados había cometido para que le tratase así aquel santo. Esta frase nos indica que no desmerecía la santidad de Ignacio a ojos de Laínez, como tampoco la del regañado Laínez a ojos de Ignacio, quien no escatimaba alabanzas a la virtud de su compañero. Ante la insistencia de Laínez en algún punto, un día le cortó bruscamente Ignacio: «Tomad vos la Compañía y gobernadla». Laínez sería —Ignacio lo preparaba para ello— su sucesor como Prepósito general. Cámara notó que la delicadeza general de Ignacio con todos, especialmente con los débiles, se convertía en dureza con algunos pocos. Era la actitud calculada de quien golpea el hierro para la forja de artesanía. «A los recios da pan duro y pasto de varones a comer». Los recios serán nada menos que Laínez, y los mismos Polanco y Nadal, a quienes trataba «sin ningún respecto, antes duriter». Y, sin embargo, será precisamente Nadal quien

nos dará la más maravillosa versión de lo que era el trato individual, de persona a persona, de Ignacio: «como que besa el alma y en ella se insinúa suave y tranquilamente».

¿Hay algo de oculta timidez en el alma de Ignacio que explique estas cosas? Es enfermedad muy típica del vasco, y no hay que olvidar que el tímido encubre un profundo sentimental que enmascara su vulnerabilidad íntima bajo apariencias contrarias. Algún misterio encierra la certera pincelada de Cámara: «afable con todos, familiar con ninguno». ¿Es la soledad del líder? A lo largo de la ya prolongada vida de Ignacio parecen enfrentarse en la intimidad de su alma dos tendencias contrapuestas: es afable, comunicativo, airea su experiencia personal, busca ayuda y guías; pero es efusivo sólo en raros momentos de intimidad. Fuera de ellos controla su mundo interior, sus sentimientos, reprime su manifestación espontánea. Hay en ello algo de máscara ocultadora para quienes no lo conocen muy a fondo. La revelación es suya: «Quien medía su amor con lo que él mostraba, que se engañaba mucho; y lo mismo en el desamor o mal tratamiento». Es el placer secreto del tímido: el juego de la máscara o la imagen externa y de su ser íntimo, algo muy diverso del mero histrionismo. En cualquier caso, la frase revela un mundo interior inmenso y oculto, inexpugnable, celosamente guardado, y no solamente por no caer en desequilibrios o particularismos personales, impropios de un guía espiritual. No hay que confundir la serenidad ignaciana con la imperturbabilidad. Es hipersensible. Más aún la secundariedad de su temperamento hace que todo tenga amplias resonancias en su interior, que deje huellas profundas. La prodigiosa retentiva de Ignacio, ese contar las cosas pasadas sin aditamento ni ornato por el mismo orden, con las mismas palabras y repetidas veces, esa magia en resucitar y poner ante los ojos, casi hacer ver, el pasado, delatan la profundidad de la huella recibida. Ese es el humus natural; la compensación vendría de la voluntad, del control de sí mismo, de la proyección en la actividad. Es imprescindible distinguir las dos capas superpuestas: la naturaleza y el artificio, o mejor, la talla, la conquista.

Naturaleza y talla, hierro y forja, dejarse guiar

Naturaleza y talla, hierro y forja. Código genético, tendencias cercenadas, canalizadas, sublimadas, amalgama del consciente y del inconsciente, historia personal con mudanzas impuestas o queridas, voluntad, ideales y logros entremezclados: todo eso que hemos ido atisbando a través de lo que dice y hace Ignacio, de lo que nos cuentan los demás, lo podemos conocer penetrando en la caverna de su personalidad a través de la galería secreta de la grafología. El trazo neto, firme, realista, con precisión de escultor, el peso de la grafía matizado, adaptado al papel, la disposición de los espacios con su mensaje de orden, claridad y método, han abierto a la pericia de C. M. Alfholder perspectivas luminosas para la comprensión del Ignacio entero, de la fibra y del tejido de su existencia concreta. El análisis de escritos extendidos a lo largo de mucho tiempo muestra el declive vital de estos últimos años, pero una fidelidad a sí mismo es la nota sobresaliente que aúna a todos. Quedó enterrado el tiempo del rigorismo áspero y aristado, azuzado por cierto sentimiento de culpabilidad, para dar paso a la larga etapa definitiva que modeló su vida. Su agresividad ha quedado canalizada. Ha sido una conquista difícil, propiciada por su capacidad de introversión y contemplación, de escucha atenta y reflexiva a

una Presencia interior, al centro de su ser. Su grafía denota grandeza y nobleza de ánimo, vibración interior con calor de irradiación, paso seguro que no turban el temor o la fiebre, el logro de una armonía interior, la interacción entre consciente e inconsciente. En su raíz hay un apego al pasado personal y familiar, una tendencia acusada a la receptividad telúrica, una facilidad para el contacto con las cosas y la naturaleza, una necesidad natural de comunicación, un fino sentido para la captación de todas las riquezas subterráneas y sensoriales, un seguro control de su sensibilidad.

Ignacio vive muy cerca de su inconsciente, percibe sus imágenes, las asimila y sublima. Los gestos conscientes e inconscientes se interpenetran; su interacción mutua deriva en una gran seguridad. Abierto al placer, al gozo de los sentidos, domina y orienta la libido y posee una gran aptitud para la sublimación. La anchura del campo de su conciencia y su apertura al mundo le empujan a acometer empresas gigantes. Posee enorme poder de concentración, no admite componendas, le entusiasma el trabajo a pesar de las dificultades, su juicio es siempre matizado, su discernimiento seguro, la fuerza de su tenacidad y disciplina poco común. Y el corazón —ese corazón enigmático, controlado, de Ignacio— canta en su grafía, sin máscara protectora: todo tiene en él repercusión infinita, y le empuja a crisis interiores penosas. Es un pozo de bondad, de comprensión, de afecto, de compasión, una fuente de deferente respeto, solicitud, dulzura y amor para los demás. Tal es la lección, clara y luminosa, de la grafología. Ignacio es dinamismo vital embridado.

La psicología nos puede ayudar a entender a Ignacio, pero su personalidad total será ininteligible reducida a puro psicologismo. La sinceridad verdadera, de la que habla Jacques Riviere definiéndola como «un perpetuo esfuerzo por crear la propia alma tal cual es», sin abandonarse a sí mismo, sin sucumbir a las meras emociones o seguir la cuesta inclinada del acceso complaciente a la facilidad interior, puede ser la tonalidad dominante del camino de Ignacio, empeñado en ser auténtico siempre, en no resignarse a ser como era, ni siquiera a enredarse en una introspección estéril e inactiva. Su sinceridad conlleva una voluntad de transformación, pero es más «necesidad de confiarse a impulsos donde el yo se olvida y se deja guiar por fuerzas que le son superiores», que describe L. Lavelle, con una disciplina de atención que reconoce y palpa no sólo valores abstractos superiores, sino una realidad envolvente y fundante que es Dios, manifestado en Cristo. Ignacio es un introvertido, pero que encuentra en sí algo que le trasciende. Su verdad es un acto de subordinación. Su libertad —o su liberación— le hace cautivo de la verdad, de mente y corazón, como quería Newman. Es un místico, es un santo, atento siempre a los «rumores de ángeles» que percibe en el fondo de su alma. Busca apasionadamente la transparencia extrema, la flexibilidad incondicional en manos de un agente superior (Przywara), que le empuja, sin palabras y con hechos, hacia un futuro durante largo tiempo incierto. Es un perpetuo y sensible oyente de la palabra de Dios, de una palabra interior, rubricada por el gozo y la paz, más que la palabra material de la Biblia. En pocos santos es tan patente una actitud tan neta de empirismo sobrenatural.

«Parece que ve a Dios»

Los suyos detectan este misterio profundo de su alma, sobre el que deja escapar algunas ráfagas en confidencias íntimas en las páginas, sólo

luego conocidas, de su Diario espiritual, o en el relato autobiográfico de su vida. Ignacio, el discreto, el reservado, habla con más facilidad de sus viejos pecados que de sus iluminaciones interiores. Murió sin revelar el secreto de «cierta cosa que pasó en Manresa», de sus visiones y hablas místicas, de la razón última del caudal de lágrimas que arrasaba sus ojos en la oración o en la misa. De rebus suis taciturnus. Ni siquiera intentó describir lo que todos los místicos definen como inefable. Cumplió ante paginam el escéptico consejo del hodierno Wittgenstein: «De lo que no podemos hablar, mejor es callar». Y calló. Pero el silencio no disimulaba la alta tensión interior. Era un espectáculo verle rezar antes de comer. Todos sabían que la celebración de la misa ponía a prueba sus fuerzas corporales y su misma salud. La misa —eso que para tantos es un puro rito, una rutina— era un trance singular para Ignacio y momento privilegiado de ocultas experiencias místicas, que sólo, pero con certeza, atisbamos en la lectura de su Diario con su laconismo desesperante. No tenía capacidad física para celebrar todos los días, enfermaba diciéndola a causa de la «vehemente conmoción» que le causaba. Al autor de esta última expresión, que no es otro que Nadal, le causan asombro dos cosas: su actuación perpetua e ininterrumpida de espíritu y la facilidad con que halla a Dios en todas las cosas, no sólo en la oración plácida, sino en el fárrago de los asuntos y problemas, en la conversación. Así resulta que el ideal y meta últimos que Ignacio propone a los suyos —«hallar a Dios en todas las cosas»— constituía su propia atmósfera personal.

El mismo Nadal va a lo esencial cuando sintetiza el meollo de la actitud espiritual de Ignacio en esta frase: *ducentem Spiritum sequebatur, non praeibat*. En el fondo, Ignacio más que un guía es un guiado. A él mismo se le escapó en este otoño de su vida una confidencia sustancial, absolutamente típica en los místicos: se conducía más pasivo que activo. El proverbial hombre de acción resulta así un hombre accionado, mucho más receptivo que activo, aunque externamente sea, sin duda, esto último. De forma más plástica y elemental insiste Gonsalves Cámara en la misma idea en sus apuntes de 1555: «Cualquiera cosa que el Padre haga de Dios, la hace con un admirable recogimiento y prontitud, y parece claramente que no sólo imagina tener a Dios delante, mas que lo ve con los ojos, y esto se puede aun ver en el bendecir de la mesa. Y de aquí se piensa que nace el grande daño que recibe su cuerpo cuando oye o dice misa, si no está recio; y aunque lo esté, muchas veces lo habernos visto enfermar el día que ha dicho misa». ¡A qué distancia sideral no encontramos de la definición y compendio de Ignacio como «voluntad de poder» de Fülöp-Müller!

Así pensaban quienes convivían con él y lo veneraban. Y, sin duda, de modo muy similar contemplaba el propio Ignacio la curvatura entera del arco de su vida y de su obra en esas largas horas de meditación reflexiva y de mirada retrospectiva que propiciaba su vida retirada y escondida. Ya no diría de sí que era un postema, como en los días heroicos del hervor. Mas desde la tranquila paz de la madurez, tenía mucho de convicción personal y autobiográfica la frase que suena a axioma magistral: «El que piensa de sí que es algo, es para poco. El que piensa que es para mucho, no es nada». Quizá más que una tesis teórica enuncia un balance íntimo y autobiográfico, en el que el asombro era infinitamente superior a la complacencia. Mirando hacia atrás desde 1556 podía contemplar el fatigado Preposición general de la Compañía una lúcida realidad, con sólo quince años de existencia; los nueve compañeros parisinos de la aventura eran ya cerca de mil; de ellos cerca de

trescientos eran sacerdotes, unos quinientos eran estudiantes, centenar y medio coadjutores. Estaban distribuidos en 80 casas a lo ancho del mundo. Habían ido naciendo las distintas Provincias por este orden: Portugal, España, India, Aragón, Castilla y Andalucía, del desglose de España; Italia, Sicilia, Francia, Brasil, Etiopía, las dos Alemanias, sin contar con Roma. Todos trabajaban denodadamente en los más diversos ministerios, bastantes de ellos en la enseñanza: exactamente cerca del 8 por 100 de los sacerdotes y una cuarta parte de los estudiantes. Contaba con 113 novicios. Si fuese un adivino del futuro y amase los cuadros estadísticos y la publicidad, podía solazarse con el cuadro que nos ofrece la investigación moderna:

año	Jesuitas	sacerdotes	estudiantes	coadjutores
1556	938	271	499	168
1574	4.088	1.226	1.676	1.186
1600	8.272	3.146	2.449	2.677

«¡Si yo siguiera mi gusto e inclinación!»

Pero el futuro era incógnito, incierto, confiado. En el presente acosaban las deudas, el miedo a Paulo IV, delicados problemas, acaso el temor de si eran demasiados, sin duda el convencimiento de que los primeros tiempos fueron más heroicos. Algún día, en sus frecuentes rememoraciones de los años parisinos, recordó el rigor extremo con que los primeros hicieron los Ejercicios en punto a retiro, ayuno, frío, penitencia, y se le escapó esta frase hiperbólica: «Agora ya no valía nada». Más también valoraba logros y realidades, alimentaba expectativas humanas en la generosidad de los jóvenes y reconocía el grado de improvisación y tanteo del pasado: «los que habían de venir serían mejores y para más; que nosotros hemos andado como quiera». Todo un juicio sobre la primavera romántica y el estío de frutos cuidados y en sazón. Pero ante el futuro, más que razonable confianza, poseía Ignacio algo profundamente cristiano: «un tesoro de esperanzas», más largo que las realidades mismas. Tal tesoro se fundaba en una convicción irremovible: Dios dirigía la Compañía «como cosa suya». Justamente la contemplación del pasado apoyaba esta certeza de futuro. Porque, bien pesado y desde la cima de la vida, el pasado, el suyo y el de su «mínima Compañía» era desconcertante, paradójico, contradictorio para quien considerase el envés del tapiz, con sus hilos y nudos en revoltijo.

Ducet te quo tu non vis (Jn 21, 18).

Como un símbolo mínimo del sino extraño de su vida, de las paradojas de su existencia, podemos esgrimir una palabra inesperada: música. Gonsalves Cámara plantea la cuestión de modo telegráfico, excesivamente estilizado: «De la afección del Padre a la música y cómo teme teatino por el cantar». El segundo término nos es ya conocido: Ignacio ha eliminado el coro comunitario de su Orden, desechando un elemento tradicional milenar de la vida religiosa y teme que Paulo IV no se resigne a confirmar esta mutación. Y, sin embargo, a Ignacio le entusiasma la música hasta un grado poco común. No ha olvidado las tonadillas de las danzas de su tierra y por haber hablado de ellas se vio un día obligado a remedar el trezado de sus pasos por animar a un enfermo dominado por la melancolía. En Arévalo convivió con su paisano el Maestro Ancheta, músico cortesano de los Reyes Católicos, disfrutó de la buena música renacentista y hasta aprendió a tañer. Sólo así se explica la aseveración rotunda de su pariente

Araoz: «músico, ni en viernes ni en sábado tañó». Cámara registra con más extensión la sensibilidad musical de Ignacio en sus últimos años y aduce elementos no desdeñables para los modernos cultivadores de ese viejísimo arte de la Musicoterapia: «Con lo que mucho se levantaba en oración era la música y canto de las cosas divinas, como son misas, vísperas y otras semejantes; tanto, que como él mismo me confesó, si acertaba a entrar en alguna iglesia cuando se celebraban los oficios cantados, luego parecía que totalmente se transportaba de sí mismo. Y no solamente le hacía este bien al alma, sino también a su salud corporal; y así, cuando no la tenía o estaba con gran hastío, con ninguna cosa se curaba más que con oír cantar alguna cosa devota a algún hermano».

Cámara se espanta de que no se le hubiera regalado en vida con más frecuencia con el bálsamo de la música. En dos años y medio que vivió en Roma sólo vio llamar cinco o seis veces al Padre Frusio para que tocara el clavicordio sin cantar, cuando Ignacio estaba en cama con hastío, y algunas veces vio cantar a su hermano coadjutor temporal «muchas prosas devotas, tan parecidas en tono y voz a las que los ciegos dicen, que parecía ser un mozo de ciego». Entre Arévalo y Roma, está Manresa, donde el peregrino era asiduo asistente a misas cantadas y vísperas, que acaso le evocaban horas parroquiales de su infancia azpeitiana. El debate entre gusto y sensibilidad naturales y opción de mente y voluntad aparece claramente expuesto —y vivenciado— por el propio Ignacio en un apunte de Ribadeneira, muy precisamente datado: «El lunes de la semana santa del año de 1554, contando nuestro Padre en mi presencia cómo había entrado en la iglesia de San José (que era su día) y sentido gran consolación con la música que allí oyó, añadió estas palabras: 'Si yo siguiese mi gusto y mi inclinación, yo pondría coro y canto en la Compañía; mas dejólo de hacer, porque Dios nuestro Señor me ha dado a entender que no es ésta su voluntad, ni se quiere servir de nosotros en coro, sino en otras cosas de su servicio».

«Si yo siguiese mi gusto e inclinación»... Es una confesión clave y dramática que puede extenderse a otras muchas cosas que no son la música. Su vida entera es como una conversión incesante y toda conversión es un acto de subordinación. Fuera del período manresano, Ignacio, el hombre de la obediencia, fue un solitario y externamente libre, no sometido a la obediencia, nacido para líder y guía de los demás. Es verdad que jugó a obediencia y mando en los días de vida cuasi eremítica del norte de Italia; que aceptaba como una orden —de Dios— lo decidido comunitariamente por los primeros compañeros, y que se plegó al dictado del viejo confesor franciscano que le obligó a aceptar el generalato. Mas el espíritu, «el Señor fue su único guía» (Dt 32, 12), y su vida entera fue un acto de heroica sumisión a su soplo, tantas veces desconcertante. Sólo a esta luz resultaba inteligible. El dueño de su vida no era él, sino otro. Por eso su ejecutoria era un rosario de deseos incumplidos y de resultancias inesperadas, una mezcla sorprendente de muerte y vida, de infinitas «naves quemadas», de sinuosos meandros... Arrancado de los Loyola, que no acabaron de encajar su mudanza, su vida fue un mentís al fatalismo de la biografía: no todo estaba escrito en los genes para quien sabía rebelarse contra el «yo —o nosotros— soy así». El orgullo, la lujuria, el afán de poder de su estirpe, murieron en él hacía muchos años. Quedaron sepultados la dama de sus pensamientos, su deseo de volver al mundo, su propósito de ser cartujo, de apartarse de la

vida. Ya no le tentaban el afán de penitencias extremosas, de emular a Amadís o a los santos con grandes hazañas espirituales...

Pero existen en su vida otras formas más sutiles de renuncia, de frustración de nobles y legítimos deseos, sueños y proyectos. Durante mucho tiempo no pensó en fundar una Orden en sentido estricto, y he aquí que era el fundador y jefe de la más organizada y moderna de las órdenes. Pensó en un puñado de hombres, pero éstos se multiplicaron como la hierba. Hubiese gustado del retiro y del anonimato, y le envolvió el prestigio y la extensión a todos los continentes. Se aficionó a los caminos polvorientos, los hospitales, las gentes sencillas, y acababa visitando palacios, rodeado de maestros, carteándose con cardenales y reyes. El radical peregrino se había convertido en el hombre más inmóvil y sedentario. El espíritu del peregrino, en organización. Prefería la obediencia, y le tocaba mandar y dirigir. Fue el hombre más sumiso a la Iglesia, y aparecía como un rebelde, callado pero eficaz, contra muchas de sus formas. Fue una especie de espontáneo vagabundo espiritual, y concluyó dictando Constituciones y reglas sin número. Su simplicidad y espontaneidad espiritual parecían haberse convertido en sistema complicado; lo que para los demás es complicado y difícil, para él era natural y posible. Todos lo creían un prodigioso planificador, y sólo él sabía hasta qué punto estuvo a la escucha y a merced del Espíritu, de los signos de los tiempos, de las circunstancias.

Era un hombre de raíces medievales, y encarnaba la innovación y la modernidad. Le obsesionaba el adoctrinamiento de los niños y los rudos, y desembocaba en la fundación y sostén de colegios y universidades. Lo creían inmerso en su yo, y el alma de su alma era una vivencia de libérrima y total entrega a otro: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad»... Y, sobre todo, creyó contumazmente que Dios le llamaba a Jerusalén... y, sin embargo, le condujo a Roma. Es verdad: «Pocos hombres se asemejan a su vida» (G. Bernanos) y entre esos pocos no está Ignacio.

La vida iqué raras carambolas!

Más aún, la historia, ya fáctica, pudo ser otra en esas suertes que los humanos llaman carambolas: ¡Ah, si hubiese muerto en Pamplona o Loyola, o si hubiese curado plenamente de su herida, o si hubiese leído libros de caballerías en su convalecencia, si hubiese matado al moro en los páramos de Aragón, o naufragado en el Mediterráneo en su viaje palestino, o perecido en Lombardía a manos de los franceses, o no se hubiera decidido a ir a París, o se hubiese despeñado en los Apeninos camino de Bolonia! ¡Ah si no hubiese faltado, precisamente en aquel año, nave para ir de Venecia a Jerusalén, o si no hubiese decidido encaminarse a aquella Roma que preveía hostil y con puertas cerradas, si no los hubiese invitado a comer Paulo III, si se hubiese cerrado a las primitivas demandas!... Abnegación era la sustancia de su vida y su lema predilecto en lides espirituales. Con gusto suscribiría las radicales palabras que años más tarde escribiría otro hombre, menudo de cuerpo y gigante de espíritu como él: «Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes... para venir a lo que no eres, has de ir por donde no eres, porque para venir del todo al todo, has de negarte del todo en todo» (San Juan de la Cruz, 1.ª Noche 1, 13). Con el quid agendum de cada instante, que sujeta y proyecta su alma hacia el futuro, Ignacio culmina su carrera con la sensación de haber cubierto un camino

programado por otro, huyendo siempre hacia adelante, «sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía» (San Juan de la Cruz).

Ignacio de Loyola, no lo olvidemos nunca, es un profundo creyente, un cristiano, no un estoico. «Creer es un entusiasmo al servicio de la verdad. No es posible entusiasmarse de la verdad si no es amable. Nuestro deseo de creer es un deseo de amar» (P. Chauchard). En eso radican su disponibilidad y voluntariedad; unificado y en paz consigo mismo, es capaz de acoger e irradiar. En la argamasa de las etapas y episodios de su vida, ha cumplido el sabio programa trazado para el fundamental progreso y ascensión del hombre por uno de sus futuros seguidores, Theillard de Chardin: centrarse sobre sí mismo (crecer), descentrarse en la entrega al otro (amar), sobrecentrarse en Uno mayor que él mismo (adorar). Loyola, el infatigable hombre de acción, es un incansable orante, un radical adorante.

Extrañas preguntas para una entrevista

Lo he acompañado y seguido, paso a paso, a lo largo de su camino, acercando comprensiva y afectivamente la luz de mi interpretación a su rostro implorante, a su alma cubierta por las espesas capas de pintura que acumuló la exaltación barroca o el dicterio nacido del desconocimiento o del odio. ¿Habré acertado a explicar cómo era él y disipado la inercia y peso de sus imágenes histórico-literarias? He renunciado a la cuadrícula y al esquema, a los tentadores paralelismos, a las grandes palabras sonoras y convencionales, para espiarle a él desde dentro, para dejarle hablar y actuar dentro de sus parámetros y jerarquía de valores. Pero es lícito —y obligado— formularse algunas grandes preguntas. ¿Podríamos enhiarlas para una imaginaria entrevista en el jardincillo de la romana Santa María de la Strada en ese mes de julio de 1556 en que el peregrino llegaba a destino? ¿Las haremos con el desenfado de un reportero que quiere meter a su juego al entrevistado y hacerle decir lo que él quiere? ¿O con el respeto que nos infunde una ya larga compañía, la ancianidad, esos sus ojos quemados, la mansedumbre y la serenidad indefensas, la seguridad de quien cree haber hecho bien su camino? No nos podemos despojar de una ventaja, que a la vez es pesada carga y prisma de desfiguradoras refracciones: vemos la espalda de los hechos, cuatro siglos de historia europea y de historia de la Compañía, no podemos olvidar a Pascal y a Voltaire y a Castelar y a tantos otros... ¿Con qué saludo abriremos el diálogo? ¿Llamándole san Ignacio, patriarca, padre Maestro Ignacio, Iñigo... o hablándole en su lengua nativa y diciéndole como le pudo decir su nodriza María Garín, Loyolako seme txikiye (el hijo menor de Loyola), para así remover remembranzas entrañables de su alma y romper sus mecanismos de control e inhibición? Acaso ante su mirada nos parezcan fuera de sitio las preguntas solemnes prefabricadas, artificiosas, venenosas. Pero hagámoslas para quedar descansados:

¿Se considera un hombre medieval o renacentista? ¿Dentro de la ancha galería de figuras renacentistas, es uno más que buscó un sistema personal en que se fundiese la tradición medieval con las instancias modernas? ¿Fue un hombre de su tiempo? ¿Y por qué en sus preocupaciones, en sus cartas, encontramos tan escaso eco de las contiendas intelectuales de la época? ¿Se ha enterado de que es contemporáneo de Castiglione, de Ronsard, de Cardano y Tartaglia, de Copérnico? ¿Qué le dice el nombre de Erasmo? ¿Es

un erasmita solapado que piensa que la fe no consiste en ir continuamente a la iglesia, en ver imágenes y encenderles candelas, en repetir incontables oraciones, que de nada vale ir corporalmente a Jerusalén si el alma queda en Sodoma o Babilonia, que el «hábito no hace al monje» o que el monacatus non est pietas! Y ¿por qué prohibió la lectura de Erasmo dentro de la Compañía; sólo porque era un autor discutido, como Savonarola, o Vives, y prefería lo seguro e indiscutido a lo que se prestaba a polémicas estériles? ¿No buscaba con ello la seguridad al precio de la dependencia y sumisión? ¿Por qué silenció tan sistemáticamente el nombre de Lutero? ¿Pensó en ser su antagonista y antípoda? ¿Qué le dice el nombre por él nunca oído de Contrarreforma? ¿Sus preferencias iban por la reforma administrativa, la doctrinal o la práctica? ¿Pretendió reformar la Iglesia según la Escritura (Lutero), restaurar o restituir la Iglesia de la Escritura (anabaptismo), restituir el verdadero cristianismo (Servet) o reformarse en la Iglesia? ¿Su atmósfera vital no ha sido el orden preestablecido y el deseo de purificador, sin subvertirlo? ¿No es vana su pretensión de armonizar la iniciativa y la obediencia, el carisma y la institución, la abnegación y la integración de valores humanos, la regla y la libertad, la oración y la acción, el razonamiento y la mística? ¿Fue un conversador fascinante como Juan de Valdés?

¿Qué lugar otorga a su antropología, entre el optimismo renacentista y el pesimismo luterano? ¿No pasó de ser un marginado a ser un instalado, de ser un bohemio a ser un ordenancista, de ser un laico a ser un religioso? ¿Le gusta afirmar o combatir, convencer o imponer? ¿Espera más de la experiencia que de los libros, de la vivencia que de las bellas ideas? ¿De verdad cree en la libertad del hombre, o piensa que «todo es gracia»? ¿No le tienta el orgullo de pesar más en Europa y en el mundo que Francisco I de Francia o que Enrique VIII de Inglaterra, que los papas amigos Paulo y Julio? ¿Cree que todo lo puede y resuelve el conocimiento, que todo desemboca en un problema educativo, o piensa que el hombre necesita una radical curación, y que curarse es más que saber? ¿Por qué ese silencio tenaz, esa negación del discurso crítico; espera poco de la cultura? ¿Por qué pensó menos en la filología bíblica y en la caza sabrosa de manuscritos y variantes, y más en la disposición interior del lector de la Biblia, en la caza de hombres en los caminos y en la calle? ¿Espera verdaderamente que la cultura y la educación sean atajos necesarios para llegar a la philosophia Christil Bajo pretexto de «ayudar a las ánimas», ¿no persiguió la dominación de las conciencias? Su afán de servir, ¿no es la máscara de la ambición de poder? ¿No es un hombre de impositividad avasalladora? ¿Es en verdad rígido mandón, o un prodigioso y delicado compañero guía? ¿Busca la liberación del individuo, renunciando a la transformación de las estructuras; o desea el cambio de éstas y sacrifica a ello el individuo? ¿Apunta hacia las élites o a la sociedad? ¿Rinde culto desmesurado al éxito y a la eficacia... piensa que el fin justifica los medios... en su obra sustancialmente burguesa?

«La aventura de un pobre cristiano»

Preguntas, juicios, preguntas. Palabras, palabras, palabras. Cuadrículas, falsillas, esquemas, abstracciones para nuestras racionalizaciones complacientes. Acaso no obtendrían respuesta de nuestro desconcertado entrevistado, sino un cargado silencio; no el de quien no quiere contestar,

sino el de quien se encuentra perturbado por tanto artificio, complicación, óptica extraña. ¿Medieval? Nunca había oído esa palabra, aún no inventada. Era simplemente alguien nacido en 1491, en vísperas del descubrimiento de América, y que llegaba al final cuando Carlos V renunciaba a su corona imperial y a sus vastos estados. Fue sencillamente un hombre, despreocupado de banderías y de etiquetas que no fuesen la de la ortodoxia: uno entre tantos de su enmarañado tiempo, tan apasionado, heroico y desgarrado, rico en nombres que han dejado huella en la historia. Parecido a todos en su juventud; distinto, original y hasta singular, desde el día, ya lejano, en que «se paró a pensar» y cruzó luego una barrera invisible que la mayoría no cruzaba. Y empezó a andar un camino, en parte viejo, en parte personal y nuevo, parecido a esos tenues senderos, y casi imperceptibles, que abrían las bestias en las laderas de las montañas de su tierra y que en su lengua nativa se llaman con el dulce nombre de bidaxka (caminito). Con fe ciega en el futuro, como otro Abrahán, salió de su tierra y siguió aquel camino, incierto pero firme, sin saber su destino. Fue un obstinado, tal como lo define H. Hesse, obediente sólo a la ley de su propio sentido, aunque jamás entendió tal sentido como algo que se posee, sino algo por lo que se es poseído, o más explícitamente, como alguien que nos lleva no sabemos a dónde.

Acaso en el último fondo fue un hombre solitario y solo, aunque siempre le rodeó una constelación de amigos, de adeptos, de seguidores... y de enemigos; pero nunca dejó que le envenenase el corazón el odio a los cristianos, falsos u oficiales, que le persiguieron. Su impulso profundo no nacía de ningún contra nada o contra nadie, sino de la obsesión de ayudar, despertar, liberar, no con bellas teorías, con lindas ideas o esquemas, sino con el desnudo, bronco y comprometedor quid agendum. No tenía tiempo para pensar en nuestras importantes e interesantes preguntas. Bastante tenía con saber estar a cada instante, circunstancias o trance, sea en los grandes cruces de caminos o en las humildes bifurcaciones de senderos, decidiendo por meditados pro y contra, cuando no le hablaba con suficiente claridad el espíritu, que a veces le guiaba valiéndose de los caprichos de una muía, por la voluntad del grupo o por avatares episódicos de los navieros venecianos. Inicialmente no tenía más fuerza que la de su pobre y tosca palabra, y no convirtiéndola en grito estentóreo ni en recia voz de mando, sino susurrándola a cada alma, como lo podrían certificar todos sus verdaderos seguidores. Conquistaba por contagio. Ya lo dijo Lucrecio: «Una antorcha enciende otra antorcha». Soñó, es verdad, en Loyola, al mismo tiempo que soñaban Lutero en Wartburgo y Erasmo en Lovaina. A su modo peculiar los tres conocieron la marginación y alimentaron tres formas de rebeldía. Los tres combatieron la vaciedad del cristianismo circundante. «El nombre nos queda de cristianos». La frase es de Loyola, pero pudieran suscribirla Erasmo o Lutero. Los tres sintieron vivamente el quebranto de la cristiandad, pero Ignacio no se entregó a la crítica o al lamento, y eso por pudor y por hombría. Por pudor, porque no se deben sacar al balcón los trapos sucios de la familia: los de los Loyola o los de esa familia más ancha que es la Iglesia. Y, por hombría, porque lo que procede y corresponde a un hombre cabal no es llorar o mostrar cansancio, sino limpiar las manchas, esto es, actuar: primero en sí, luego en el entorno inmediato y concreto, y, por fin, en el tiempo y espacio que podemos alcanzar con nuestra acción, siempre mayor del que pensamos o abarcamos.

Lo demás fue puro resultado, revueltas del camino. No se nos pide más que saber estar ante cada hombre singular, ante el entorno determinado que se va dilatando, resignándonos a que las realizaciones se impregnen de la dimensión histórica inevitable y hasta a que degeneren en ellas los deseos imposibles de absoluta pureza. Aun trabajando de cara a la eternidad, Ignacio infundió a su obra los signos indeclinables de su época, el marchamo y limitaciones de toda historicidad, ese rasgo para cuyo descubrimiento y valoración hace falta una perspectiva más larga que la que permite el breve soplo de la vida de un hombre. La más auténtica utopía no pasa de microutopía, de utopía en germen o en miniatura, si quiere rebasar de veras la frontera del puro sueño estéril. La vida es una modesta flecha en el espacio histórico: más que el tramo de la recta importa la púa de su extremo que la convierte en vector, en dirección precisa, ascendente o descendente, cerrada o abierta.

En realidad, Ignacio no se cerró sobre sí ni buscó nada para sí; cumpliendo su programa sí buscó todo para su obra, porque deseamos para lo que queremos lo que no nos atreveríamos a desear para nosotros mismos. Hizo humildemente su camino, sin excesivos planos, seguridades ni sistemas: «hemos andado como quiera»... Ahora le seguían muchos, «preparados para todo», inclusive para ser vilipendiados. Seis meses después de la muerte de Ignacio, el monje bernardo Luis Estrada, entusiasta admirador, hizo el inventario del repertorio de los primeros ataques a la Compañía: «Unos los persiguen debajo del título de noveleros; otros diciendo que arrogantemente se atribuyen a sí el nombre de Jesús; otros porque no traen hábito de frailes; otros porque no cantan las horas canónicas; otros porque tratan con las gentes; otros porque en breve los ven tan aprovechados... Todo lo soportaba 'aquel hombrecito de Dios, que tenía paciencia'»... Una bella y concisa definición para quien llegaba al final, al cierre de «la aventura de un pobre cristiano» (I. Silone). Quedaba afianzado el sendero, hollado por tantos... Via quedaban, como decía la Bula pontificia de aprobación de la Compañía: cierto camino, un camino entre muchos posibles, que pasaba por Etiopía, Brasil, Japón, Alemania o Gandía, por el palacio de Juan III de Portugal, por el aula o la portería de un colegio cualquiera, o por la cocina de Santa María de la Strada, Santa María del Camino.

El último tramo del peregrino solitario y callado

Un camino para otros, porque el suyo personal se acercaba a término. Ignacio comenzó el año 1556 con muestras de declive. Su temple ante el dolor y la salud quebrada escamoteaba la realidad y probablemente tenía razón el viejo Padre Diego de Eguía, que también moriría pronto, para asegurar que Ignacio vivía de milagro. Ya no tenía razón para vivir, si por ello hemos de entender la realización de una existencia, de las aspiraciones fundamentales. Sólo tenía razones para seguir trabajando hasta el final, consagrado a los mil y un asuntos de la Compañía, no a sí mismo. Los dolores de la calculosis biliar se hicieron más insistentes y continuos, y a ellos se añadió una fiebre constante. En enero no pudo celebrar la misa. Sus escasas horas habituales de sueño se vieron perturbadas por las molestias. Comía y cenaba en la cama. En su mente bullía el más abigarrado abanico de asuntos: la apostasía de Ceilán, la amenaza del turco, el mundo protestante, el retoque de las Constituciones y los problemas que

suscitaba su implantación, los problemas económicos de muchas casas, los enfermos, la erección de la Provincia de Alemania, el Colegio de Ingolstadt, el retorno de Inglaterra al catolicismo, el Colegio de Jerusalén. La compra de buenos tipos para montar una imprenta en casa —pronto se imprimiría el Nuevo Testamento en etíope—, la compra de algunas casas para ampliar el Colegio Romano, la recolección de testimonios favorables a la Compañía con que contrarrestar al amargo decreto de la Facultad Teológica de París, la conveniencia de que en las casas de la Compañía se hable la lengua de la tierra donde radican, el despego de Bobadilla y la actitud recalcitrante de Rodrigues, dos de los primi Paires...

Ignacio está en todo y sigue dictando cartas, unas setecientas en los siete últimos meses de vida, que salen para Ferrara, Colonia, Clermont, Nápoles y Sicilia, España, Trieste, Inglaterra, Etiopía... En una de ellas, dirigida al secretario de la cancillería imperial, Alejo Fontana, comenta sobriamente una noticia que conmovió a Europa: la reciente renuncia de Carlos V a la corona imperial y a sus reinos: «tan animosamente se ha despojado de tan grandes estados por no llevar el peso de ellos, ni querer sin él llevar la dignidad y mando. Ejemplo raro, y que pocos imitarán, aunque deberían muchos imitarle». ¿Es una alusión velada al octogenario Paulo IV? Lo cierto es que Ignacio seguía llevando peso, dignidad y mando y su última carta lleva fecha del 23 de julio.

Es verdad que a principios de ese mes decidió abandonar Santa María de la Strada, situada en el centro de la ciudad, encomendando el gobierno de la Compañía a los PP. Madrid y Polanco. Quiso afrontar los calores de la canícula en la casita de campo del Colegio Romano, cercana a las Termas Antonianas, domésticamente llamada la viña. Los aires del campo y el verdor circundante parecieron proporcionarle una mejoría, que pronto se mostró ilusoria. Pasada la fiesta de Santiago volvió como pudo a su vieja mansión para acabar allí su larga andadura terrenal. Acaso aquellos días le embargó el presentimiento de la muerte. Algo empezaba a fallar en aquel roble duro y resistente para que el 29 pidiese que le visitase el médico, hartado más preocupado con la enfermedad grave de Laínez y de otro enfermo de la misma casa. La verdad es que las cosas se precipitaron impensadamente y de las cartas que salieron de Roma comunicando la muerte de Ignacio se desprende una clara sensación de estupor, de sorpresa, casi de decepción. Privados inesperadamente de la «amorosa presencia» de quien podía tener sucesores, no sustitutos, les embarga una extraña sensación de sentimiento sin dolor, de lágrimas de devoción, de esperanza y serena alegría entremezclados. Pero el «santo viejo», como se le llama en una de ellas, se les fue de las manos casi sin darse cuenta. Es el destino de quienes han sido, y parecen han de ser, sempiternos enfermos que vencen siempre sus achaques y los encubren o disminuyen con resistente fortaleza e íntimo pudor.

En Roma imperaba el sofocante calor del ferragosto, agotador y temible. Para colmo se aplicó al enfermo una cura elemental de ventanas cerradas e innumerables mantas, que no hizo sino aumentar el sudor y el desfallecimiento. Cuando otro galeno cambió el procedimiento, aligeró de ropa al enfermo y aireó la estancia, ya era demasiado tarde. Ignacio, delicadísimo enfermero, era un obedientísimo paciente que se sometía perinde ac cadáver a las prescripciones médicas. Silente y discreto hasta la muerte, aprovechó la ausencia del enfermero, para encomendar secretamente a Polanco una misión alarmante: fue hacia las cuatro de la

tarde del día 30 de julio. El enfermo deseaba que Polanco acudiese a Paulo IV para decirle que «estaba muy al cabo y casi sin esperanza de vida temporal» y suplicarle le diese su bendición para sí y para el Padre Laínez, que también estaba en peligro de muerte. Era todo un gesto. Por aquellos mismos días Roma bullía con aprestos bélicos para la más absurda guerra concertada por un Papa; nada menos que contra Felipe II. El Duque de Alba amenazaba desde Nápoles y en el ánimo de todos se reavivaba el recuerdo del espantoso Sacco de Roma de hacía treinta años. Pero Paulo IV, que llegaría a ordenar un registro de Santa María de la Strada en busca de armas inexistentes, era el Papa, y esto bastaba para la profunda fe de Ignacio de Loyola, ya que no para suscitar humanas esperanzas o entrañable amor. La súplica postrera de Ignacio era como una manera de protestación oficial de su comunión con la Iglesia, «vera esposa de Jesucristo» y con quien la representaba en su cara sombría y con sus reticencias respecto a Ignacio.

Por una vez Ignacio tiene prisa y remacha su petición con palabras sobrecogedoras en quien tanto las medía y no las decía ociosas: «Yo estoy que no me falta sino expirar». Increíblemente el fiel Polanco no las tomó demasiado en serio y pensó que Ignacio exageraba las cosas. Además tenía que evacuar aquel mismo día abundante correspondencia para aprovechar el correo que salía para España. Sugirió que cumpliría el encargo al día siguiente, y no le impresionó la extraña insistencia del enfermo: «Yo holgara hoy más que mañana o cuanto más presto, holgara más, pero haced como os pareciere. Yo me remito enteramente a vos». Polanco dejó el asunto para el otro día, aún más cuando el médico disipó la alarma a su juicio injustificada. Así quedaba Ignacio solo ante la muerte, sin que lo advirtieran los demás, silencioso y sufrido. En trance similar, sabemos por él mismo que sintió vanagloria de su vida ermitaña en Manresa (1522); paz en el alma y alguna confusión por el mal empleo de los dones cuando, yendo de Valencia a Italia, estuvo a punto de naufragar (1535); inmenso gozo y consuelo espiritual en Roma (1550). Esta vez, en que la muerte venía de veras, encubrió con silencio sus sentimientos. Se remite sencillamente a Dios, al Papa, a la voluntad de los demás... renuncia a sí mismo, a su propia voluntad y holganza.

Aquella última noche, favorecido de esas horas de misteriosa mejoría que a veces preceden a la muerte, pareció cenar mejor que de costumbre y platicó con sus compañeros. Luego se acostó. El hermano Cannizaro observó que se agitaba algo y que luego se sosegó. Desde su cámara contigua pudo oír algunos gemidos durante la noche. ¿Diría, como otros moribundos, las primeras palabras aprendidas en euskera? ¿Llamó ansiosamente a su madre de rostro desdibujado? ¿Pronunció delirante la palabra de sus sueños, Jerusalén? Nos consta que dijo una, la más universal, y potencialmente la más personal e intransferible: «Ay, Dios» «Jesús». Gemido, súplica, abandono, rendición suprema, esperanza.

En la primera visita tras el alba, encontraron a Ignacio en trance de expirar. Polanco salió de prisa hacia el Vaticano para cumplir el encargo de la tarde anterior. Volvió con la suspirada bendición, pero Ignacio había muerto hacia las siete de la mañana, pensando como Teresa de Jesús: «Al fin, muero hija de la Iglesia». Morir... algo tan sencillo como vivir, tan natural como el espectáculo cotidiano que ofrecen los humanos y que tan sosegadamente nos lo describió en los Ejercicios (n. 23): «unos blancos, otros negros; unos en paz, otros en guerra; unos llorando, otros riendo;

unos santos, otros enfermos; unos naciendo, otros muriendo». Ignacio moría con desnuda muerte intrapersonal, no impersonal, ni siquiera interpersonal (Weismann y Hacket). Solo, sin teatro, sin lágrimas ni compañeros a su alrededor, sin nombrar Vicario, sin cerrar definitivamente las Constituciones, sin echar bendiciones, dar consejos de última hora, sin transportes ni milagros, sin sacramentos ni bendiciones papales, sin la ritual recomendación del alma. Murió «al modo común», como apunta consternado un testigo.

Se hizo la autopsia de su cuerpo. Cálculos y más cálculos, testigos mudos de sufrimientos ocultos, aparecieron en el hígado, riñones, pulmones, hasta en la vena porta. La autopsia de su alma aún no ha concluido tras cuatro siglos. ¡Ah!, y los pies... Si los de Goethe eran pulcros y bellos como los de una doncella, los de Ignacio estaban cuajados de recios callos, criados en todos los caminos de Europa para «ayudar las ánimas», una a una, por este peregrino, amigo de caminar «solo y a pie».

La mascarilla mortuoria, el retrato precipitado post mortem, el sepelio de su cuerpo diminuto, la inmediata Congregación general y sus problemas, el escaso número de profesos, el nombramiento del sucesor, las futuras beatificación y canonización, el altar riquísimo en el grandioso Gesù romano, la escultura de Bernini, la amplia iglesia de San Ignacio, la suerte de los colegios y de las misiones, las intenciones de Paulo IV, de los reyes y los príncipes, la grandiosa basílica de Loyola, las loas y los vituperios, las pruebas tremendas... todo eso..., eran cosas de los demás. El concluía su camino, dejaba una estela, un contagio, unos moldes, un tesoro de esperanzas, la seguridad de que Dios le había guiado y hecho todo: la Compañía de Jesús.

«La Cristiandad, cobarde y desangrada, aprendió de ti la fuerza de olvidar el lamento».

(A. Hernández Carratalá).

«Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo, que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende; y si mal la entiende, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve». Es un consejo ignaciano para los que dan y reciben los Ejercicios (n. 22), que el autor de este libro recuerda a los amigos lectores para que «más se ayuden y se aprovechen».

San Sebastián, 20 de mayo 1982

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Este libro está primordial y fundamentalmente elaborado sobre fuentes históricas ignacianas, editadas durante casi un siglo por el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús en su colección Monumenta histórica Societatis Iesu, completada con las colecciones Bibliotheca Instituti y Subsidia. De ellos mencionamos como fundamentales los siguientes:

Monumenta Ignatiana.

Epistolae et instrucciones, 12 v. (Madrid 1903-1911).

Exercitia spiritualia, nueva ed., por I. Calveras-C. Dalmases (Roma 1969).

Directoría Exercitiorum, ed. I. Iparraguirre (Roma 1955).

Constitutiones Societatis Iesu, ed. A. Codina-D. Fernández Zapico, 3 v. (Roma 1934-1938).

Monumenta Paedagogica, I, ed. L. Lukacs (Roma 1965).

Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola: I. Narrationes scriptae ante annum 1557, ed. D. Fernández Zapico-C. Dalmases-P. Leturia (Roma 1943). II. Id., annis 1557-1574, ed. C. Dalmases (Roma 1951). III. Id. ab annis 1574 ad initium saeculi XVII, ed. C. Dalmases (Roma 1960). IV. P. Petri Ribadeneyra Vita S. Ignatii de Loyola, ed. crítica del texto castellano y latino por C. Dalmases (Roma 1965).

Fontes documentales de Sancto Ignatio de Loyola. Documenta de Sancti Ignatii familia et patria, iuventute, primis sociis (Roma 1977).

Hemos tenido presentes los Estudios ignacianos, 2 v., del P. P. Leturia (Roma 1977), la espiritualidad de la Compañía de Jesús del P. J. Guibert (Santander 1955), la Historia de los Ejercicios espirituales de San Ignacio en vida de su autor, del P. I. Iparraguirre, I (Bilbao-Roma 1945) y la obra del P. J. M. Granero, San Ignacio de Loyola. Panoramas de su vida (Madrid 1967), así como las más recientes investigaciones publicadas en revistas.

Para ahorrar una extensa bibliografía sobre el tema, nos remitimos a la información de las Orientaciones bibliográficas sobre San Ignacio de Loyola, 2.ª edición renovada y puesta al día, del P. I. Iparraguirre (Roma 1965) y al complemento de la misma para los años 1965-1976 del P. M. Ruiz Jurado (Roma 1977). La bibliografía de fecha posterior es recogida anualmente en la revista Archivum Historicum Societatis Iesu (Roma). A ambos tomos se añaden los libros de J. F. Gilmont-P. Daman, Bibliographie ignatienne (1894-1957), (Roma-Louvain 1958) y de J. F. Gilmont, *hes écrits spirituels des premiers jésuites* (Roma 1961).

Un acceso fácil a los principales textos ignacianos es posible gracias a la excelente edición Obras completas de San Ignacio, del P. I. Iparraguirre, en la Biblioteca de Autores cristianos, 86 (Madrid 1977).

Clásicas biografías de San Ignacio en lengua española son las de Dudon, Casanovas, Brodrick, Hollis, Dalmases, y la reciente amplísima del P. R. García-Villoslada en la Bac Maior, 28 (Madrid 1986).